Selina Todd



El pueblo

Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)

Akal / Reverso. Historia crítica / 5

Selina Todd

El pueblo

Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)

Traducción: Antonio J. Antón Fernández



A principios del siglo XX, la mayor parte de la población británica pertenecía a la clase obrera; cien años después, su existencia misma está en entredicho. El más poderoso sujeto de transformación social, aquella fuerza que tuvo en sus manos ganar un mundo nuevo, parece haberse desvanecido en el lapso escaso de un siglo. Este libro escribe su historia.

En él, Selina Todd traza con maestría el ascenso de la clase obrera entre las dos guerras mundiales, su feroz resistencia al thatcherismo y su declive, que no desaparición, hasta hoy. Lo hace desvelando una Gran Bretaña sorprendente, en cuyos cines se alzaban desafiantes los puños cuando Winston Churchill aparecía en la pantalla, donde la comunidad entera batallaba junto a los huelguistas y donde las identidades rara vez se configuraban en torno al dinero. *El pueblo* es la vibrante historia de un siglo revolucionario y de quienes –albañiles, criadas, trabajadoras industriales o mineros– forjaron realmente el mundo moderno.

«Fruto de más de diez años de investigación, abarca muchas cuestiones y está repleto de vívidos detalles…»

Daily Express

«Todd aborda la misión de pintar la clase obrera de nuevo contra el lienzo de la historia…»

Owen Jones, *New Statesman*

«El libro que tanto necesitábamos.»

David Kynaston, *Observer*

«La ambición y alcance del estudio de Todd es espectacular.»

Scotsman

Selina Todd es escritora y profesora de Historia contemporánea en la Universidad de Oxford. Escribe sobre las clases, las desigualdades, la historia de la clase obrera, el feminismo y sobre la vida de las mujeres en la Gran Bretaña contemporánea. Su libro anterior, *Young Women, Work, and Family in England, 1918-1950*, fue galardonada con el Women's History Network Book Prize.

Sobre *El Pueblo*, se ha escrito:

«A Selina Todd no le falta coraje ni ambición. *El pueblo*, fruto de más de diez años de investigación, abarca muchas cuestiones y está repleto de vívidos detalles. A partir de entrevistas exhaustivas […], la autora proporciona una renovada visión de las vidas de las familias de clase obrera incidiendo especialmente en el papel de las mujeres, una cuestión que, a menudo, estudios anteriores han descuidado. Y se le da bien contradecir algunos de los conocimientos convencionales acerca del periodo.»

Daily Express

«La vasta y apasionada historia que compone Selina Todd constituye una contribución más que necesaria a la renovada pujanza del pensamiento sobre las clases sociales en la Gran Bretaña de hoy […] Todd aborda la misión de pintar la clase obrera de nuevo contra el lienzo de la historia. Su rechazo de la clase concebida como política de identidad, o como algo envuelto en una especie de halo romántico, es particularmente de agradecer […] Este libro cautivador subraya cómo la lucha por la emancipación no es fácil ni obvia o lineal: su impulso nace de la pura necesidad. En el país de los bancos de alimentos, los tiburones de préstamos legales y los contratos de cero horas, esta lucha constituye una necesidad acuciante.»

Owen Jones, *New Statesman*

«Es oportuno el momento para el análisis, por parte de Selina Todd, de lo que ella misma denomina "el auge y declive" de la clase obrera […] *El pueblo* es el libro que tanto necesitábamos […] Ofrece un relato lúcido y muy convincente de un siglo de historia británica desde una óptica de clase obrera. Todd no cae en soflamas, pero tras la lectura uno no puede dejar de sentirse justamente indignado: nos han jodido pero bien […] Todd es una historiadora tan sutil como vigorosa. El uso de testimonios orales retrospectivos como fuente puede acarrear serias dificultades […] pero ella los emplea con una destreza e inteligencia equiparables a las de Orlando Figes en esa obra magistral que es *Los que susurran;* y así, entreverar los diferentes capítulos del libro con el relato de la agitada vida de Vivian Nicholson, que saltó a la fama tras ganar una sustanciosa quiniela, es algo que funciona maravillosamente; ante todo, Todd atesora un conocimiento exhaustivo, verdaderamente envidiable, de las realidades de la vida de clase obrera […] La verdad subyacente de toda la historia –en última instancia, trágica e impactante– que Todd relata sigue siendo esencialmente válida. Y lo relata de una modo que es, como hubiera dicho Henry James, auténtico.»

David Kynaston, *Observer*

«El panorama es fascinante, y descomunal el recorrido efectuado […] Asimismo, es una narración colorida, que acierta a plasmar la cultura, la música o el baile de las clases populares y a reflejar el paso de un mundo de oficinistas y de duro trabajo manual, a otro de grandes superficies de bricolaje y decoración, de menguante poder sindicial y en el que se trabaja los domingos […] La ambición y alcance del estudio de Todd es espectacular.»

Scotsman

«Qué maravilla de libro […] Los últimos capítulos, que ofrecen un análisis de lo que todos nosotros hemos vivido, son los mejores. La autora tiene un don, su escritura no resulta nada académica, de modo que el libro es accesible y sumamente ameno. Incluso quienes no estén particularmente interesados en los aspectos políticos se sentirán cautivados por el relato de la vida cotidiana.»

Alistair Dawber, *Independent*

«Todd brilla especialmente a la hora de describir los efectos que la Primera Guerra Mundial tuvo en la sociedad, y el empleo que hace de los sirvientes domésticos como barómetros del cambio social aporta una nueva voz a esta historia.»

Alan Johnson, *The Spectator*

«Selina Todd nos cuenta la historia *real* del pueblo británico y por qué es más urgente que nunca dar la batalla por la igualdad económica.»

Melissa Benn

Diseño de portada
RAG

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original
The People. The Rise and Fall of the Working Class, 1910-2010

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4682-0

Dedicado a Andrew Davies
Y en memoria de Jack Hirst, 1936-2012

Introducción

Las diferencias de clase han unido y dividido a Gran Bretaña desde la Revolución Industrial. La han unido, porque la pertenencia de clase se acepta generalmente como la quintaesencia de lo británico; algo que todos podemos compartir, una herencia, un lenguaje. La han dividido, porque la clase no es una tradición romántica o una pintoresca idiosincrasia, sino que deriva de la explotación, en un país en el que una pequeña elite ha poseído la mayoría de la riqueza. La denominada clase obrera «tradicional» –todos aquellos que trabajaban con sus manos– incluía a la mayoría de británicos en 1910, que es cuando comienza este libro, y, aunque un siglo después ya no sean así las cosas, la mayoría de la gente todavía se sigue considerando parte de esa clase obrera. En estas páginas cuento su historia.

Los años entre 1910 y 2010 fueron el siglo de la clase obrera. Durante la Revolución Industrial la clase obrera «estuvo presente en su propia formación», en palabras del historiador E. P. Thompson: mineros y obreros manuales se reunían para materializar sus propios intereses y desafíar los de sus empleadores[1]. Pero fue en el siglo XX cuando la mayor parte de británicos llegó a comprenderse como clase obrera y consiguió que los políticos y la prensa los trataran como tal. Fue también en este siglo –y en concreto durante y después de la Segunda Guerra Mundial– cuando la clase obrera se convirtió en «el pueblo», cuyos intereses eran sinónimos de los de la propia Gran Bretaña.

Esta clase obrera se componía principalmente de trabajadores manuales y sus familias –mineros, estibadores y obreros siderúrgicos, y también criados– y trabajadores de oficina de menor nivel, como tipistas, secretarios, recaderos y mensajeros. Constituían más de tres cuartos del pueblo británico hasta 1950, y más de la mitad todavía en 1991. Aparte, hubo un gran número de trabajadores no manuales –enfermeros, técnicos y oficinistas de mayor cualificación– que elegían identificarse a sí mismos como clase obrera en virtud de su trasfondo familiar, y porque creían que trabajar para vivir implicaba que tenían más en común con otros asalariados que con los empleadores o los líderes políticos. La gente de clase obrera,

por tanto, constituyó la mayoría de la sociedad británica a lo largo del siglo XX y comienzos del siglo XXI. Por contraste, los empleadores constituían sólo el 3 por 100 de la fuerza laboral en la década de 1900, y el 4 por 100 llegado el milenio[2]. Este libro aborda el modo en que ese desigual estado de cosas afectó a las vidas de la gente, y cómo la gente corriente se adaptó, resistió a y modificó las circunstancias en las que se encontró.

El pueblo destapa un enorme y oculto retal del pasado de Gran Bretaña, pero también es una historia íntima. Comenzó como un intento por mi parte de encontrar información sobre la historia de una familia: la mía. Mi madre, Ruth, era una más entre seis hermanos nacidos en Leeds en la década de 1940. Su padre, Fred Hirst, era soldador; y su madre, Jean, había cambiado las colas del paro de la Escocia de entreguerras por una vida mejor, trabajando junto a su mejor amiga, Nancy, en las tiendas de la cadena Woolworths en Leeds. Los Hirst vivieron en Hunslet, el mismo distrito industrial de Richard Hoggart, autor de *The Uses of Literacy;* pero su experiencia no reflejaba el idilio romántico y respetable descrito por Hoggart, ni la estable sociedad de *Downton Abbey.* La historia que escuché tenía que ver con la creciente influencia económica y política de la clase obrera; especialmente durante y después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los obreros de fábrica y los soldados se convirtieron en «el pueblo», una categoría cada vez más central en el debate político y la cultura británica. Pero también era un relato de cómo todo lo conseguido se lograba mediante la lucha, ya fuera escapando del servicio doméstico en los años veinte; asegurándote en los años cuarenta de que estuvieras en un empleo exento y así no tuvieras que ir a filas para combatir en «su» guerra; o abucheando y arrojando cáscaras de naranja a Winston Churchill cuando este aparecía en las pantallas de cine a comienzos de la década de 1950, porque habían sido los laboristas quienes habían asegurado que la «guerra del pueblo» lograría una «paz del pueblo» de bienestar y pleno empleo. Pese a las reformas de posguerra, la de ellos fue también una historia de indignación e ira, que dejaba claro que la desigualdad de clase –y las humillaciones que causaba– no había sido erradicada, y tuvo su retorno, en pos de venganza, a partir de 1979.

La historia de mi padre, Nigel, es diferente; pero también es un relato ausente en los libros de historia. Creció en Kent como hijo único. Tras la temprana muerte de su madre, cuando Nigel tenía ocho años, su padre

sufrió una crisis depresiva y estuvo ingresado durante el resto de su vida. Nigel vivió bajo la custodia estatal. El Estado del bienestar de posguerra facilitaba que un trabajador social profesional se encargara de su caso. Pero las reformas sociales del gobierno laborista de 1945 todavía estaban en sus primeros años, y la mayor parte de niños en la situación de Nigel dependían de que los acogieran familiares –en caso contrario eran entregados a orfanatos dirigidos por organizaciones voluntarias, como Barnado's–. Nigel tuvo la suerte de que su trabajadora social decidiera ayudarle a escapar de ese destino. Se ocupó de que fuera alojado en un hospital rural de la zona, sólo unos pocos años después de que las prestaciones sanitarias hubieran pasado a ser gratuitas para todos en 1948, gracias a la Ley del Servicio Nacional de Salud (NHS). Al final, Nigel pudo tener un hogar estable, con sus abuelos primero, y después con una tía y un tío. El amor de ambos por la especulación financiera, ya fueran las apuestas (su abuelo murió con un cuaderno de apuestas en su bolsillo trasero) o grandiosos planes para enriquecerse rápido, trazan el perfil de una vida de fantasías y sueños de una existencia diferente y mejor, que ningún partido político pudo proporcionarles.

Como la mayor parte de niños en la llamada «época dorada» de movilidad social en los años de posguerra, Nigel suspendió su examen *eleven-plus* y se educó en una «escuela secundaria moderna» (Secondary Modern School) hasta la edad de quince años. Él y mi madre recibieron su educación por recorridos diferentes a los proporcionados por el Estado. En el caso de mi padre, fue gracias al movimiento obrero: en sus últimos años de adolescencia trabajó como empleado de oficina en la Workers' Educational Association, una organización para la educación adulta fundada por sindicalistas y socialistas en 1903. La WEA le envió al Ruskin College, una universidad de educación adulta financiada por sindicatos en Oxford, donde conoció a mi madre. Después de abandonar la escuela con dieciséis años, desilusionada con lo que su «Grammar School» tenía que ofrecerle, Ruth había entrado a trabajar en las oficinas de la Family Service Unit (FSU) de Leeds, una organización de trabajo social que tenía por objetivo mejorar las vidas de los necesitados, en vez de culparles por su situación. Su trabajo allí, y su implicación en el Partido Laborista local a comienzos de la década de 1960, también la llevaron al Ruskin College. Ninguno de los dos aspiraron a ascender de estatus hacia la clase media: querían que mejoraran

las oportunidades para todos, y esperaban ver a Gran Bretaña convertirse en una sociedad más igualitaria, en la que la cultura y la vida de la clase obrera no se considerara automáticamente inferior. Pero nunca idealizaron la vida de la clase obrera, ya que ambos querían escapar de las incertidumbres y pobreza de su infancia.

Busqué en vano la historia de mi familia cuando fui a la universidad para estudiar Historia, y continué buscando infructuosamente durante la siguiente década. Finalmente me di cuenta de que tendría que escribir esa historia yo misma. Lo que comenzó como la historia de una familia se convirtió en una historia sobre la Gran Bretaña moderna, basada en las historias de decenas de personas corrientes[3]. Incluye tanto a mujeres como a hombres, y habla tanto de la experiencia de la niñez como de la vida adulta –ya que la clase, en cuanto relación basada en las desigualdades de poder, afectaba a la vida más allá de la fábrica y la oficina–. Winifred Foley, hija de un sindicalista y nacida en 1914, sabía que era de clase obrera porque tuvo que abandonar el hogar familiar para incorporarse al servicio doméstico a los catorce años. Frank Gogerty, nacido en Warwickshire en 1918, es una de las muchas personas de este libro cuya vida cambió radicalmente durante el siglo: sin techo a los dieciséis, en 1940 su vida había mejorado como mecánico de automóviles. Compartía un miedo, extendido en aquel entonces, a que la Segunda Guerra Mundial destruyese todo aquello por lo que había trabajado, pero volvió a casa a tiempo para disfrutar de la «paz del pueblo». Próspero en el Coventry de posguerra, no obstante siguió identificándose como clase obrera porque tenía que trabajar para ganarse la vida. Betty Ennis creció en Persia y vino a Gran Bretaña en 1945; orgullosa de su nueva vivienda pública en la década de 1950, vio cómo su barrio se convertía en un foco de extrema pobreza en la década de 1970, y al llegar el milenio continuó siendo una activista incansable en defensa de sus residentes.

Aquellos que alcanzaron la mayoría de edad después de la guerra disfrutaron más y tuvieron mayor independencia cuando fueron jóvenes, pero vieron cómo se restringía su libertad con el aumento del desempleo y la inseguridad a finales de la década de 1960. El *teddy boy* Terry Rimmer, nacido en 1937, hacia 1968 había cambiado el rock por la rebeldía de los piquetes sindicales en la Ford Motor Company. Judy Walker, amante del *jive*, escapó de Coventry en los años sesenta buscando aventuras en el sur

de África, para regresar a un apartamento de alquiler municipal en la década de 1970, y a toda una vida como activista de su comunidad.

Otras voces nos recuerdan que nunca hubo una época dorada de la movilidad social, y que hacerse un hueco en la «escala social» nunca fue fácil ni agradable. Entre estas voces está la de Bill Rainford, que en 1969 pensaba que tendría un trabajo de por vida, sólo para encontrarse con un despido treinta años después; y la de Paul Baker, el hijo del lechero que se convirtió en gerente financiero, pero que a veces se preguntaba si su éxito valía los sacrificios que hizo para dejar atrás su pasado de clase obrera. Escuchamos de todas estas personas y cientos más el relato de cómo se labraron una vida por sí mismas, a menudo luchando en circunstancias que, dada la oportunidad, nunca habrían elegido.

Demasiado a menudo, tales relatos personales se dejan al margen, como meros ejercicios de «nostalgia», y a veces por historiadores que, sin embargo, no tienen problemas en utilizar los recuerdos de políticos o aristócratas. Desde luego, es cierto que las historias que la gente nos ofrece sobre el pasado están enmarcadas por el contexto en el que son relatadas. La mayor parte de los testimonios personales en los que me baso fueron narrados en los años posteriores a 1979, por gente que era consciente de vivir en la Gran Bretaña de Thatcher, o conociendo ya el legado de la década de 1980: esto es, el fin del pleno empleo y gran parte de las prestaciones sociales de posguerra. Esto, desde luego, influye en sus relatos, cuando comparan lo que tenían en el pasado con lo que tuvieron después de 1979. Pero incluso aquellos que se excusan por tener una «mala memoria» o tener «una pobre educación» demuestran una gran capacidad para recordar cómo era la vida entonces, y para juzgar aquellas experiencias pasadas desde su presente, con el beneficio (o lo contrario) que aporta la perspectiva del tiempo.

Sus historias muestran que la gente de clase obrera no aceptó siempre los puntos de vista de políticos o empleadores. De hecho, a lo largo del siglo XX las clases medias y altas fueron más susceptibles que los trabajadores de abandonarse a recuerdos llenos de nostalgia por el pasado: desde aquellos que empleaban a servidumbre doméstica, que se retrotraían a los días dorados en los que todo el mundo «sabía cuál era su lugar», hasta las críticas en pleno siglo XXI hacia –en palabras del escritor Andrew O’Hagan– una «clase obrera [que] ya no era clase obrera […] gente que no

deseaba valores, sino etiquetas de diseño y antenas parabólicas», y conformaba «la fuerza más conservadora de Gran Bretaña». Según este argumento, la época de la «respetable» clase obrera había acabado en la década de 1960; en los años ochenta la gente se había vuelto perezosa por el bienestar, avariciosa por el consumismo o arrogante por el sindicalismo, dependiendo de la perspectiva de quien redactara la crítica[4]. Pero las historias de gente corriente nos recuerdan que nunca fue exactamente así: no hubo época dorada.

También nos recuerdan que la clase obrera nunca fue completamente homogénea. Si género y genealogía marcaban una diferencia, también lo hacía la geografía. «Si viajas hacia el norte», decía George Orwell en su *Road to Wigan Pier* de 1907, «tu ojo, acostumbrado al Sur o al Este, no nota demasiada diferencia hasta que estás más allá de Birmingham. En Conventry podrías estar perfectamente en Finsbury Park […] y entre todas las ciudades de las Midlands se extiende una civilización de chalés indistinguible de la del sur»[5]. La gente había comenzado a mudarse de Coventry hacia el norte en búsqueda de trabajo; una tendencia que continuaría después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los migrantes de Asia y el Caribe se unirían a galeses, irlandeses y mineros de la zona de Tyneside («Geordies») en las urbanizaciones que se expandían alrededor de la ciudad. «Mi ciudad es supersónica», escribía J. McHugh en una carta al *Daily Mirror* cuando en 1968 pidieron a los lectores que nombraran la «ciudad del *boom*» de Gran Bretaña. «Nuevos centros comerciales para comprar. Nuevas galerías de arte […] Nuevos pisos y pasarelas elevadas […] En este momento nuestra industria automovilística está estancada, pero observad cómo pese a eso también miramos hacia delante»[6]. Lamentablemente, cuando la banda The Specials, de Coventry, publicó su single «Ghost Town» en 1981, su relato lírico de la desolación que trajo la desindustrialización resonaba en su ciudad de origen. Es una imagen que los residentes actuales sienten que resume los problemas de la ciudad, pero no dice nada sobre el espíritu de sus habitantes.

En 1933 Liverpool era más pobre y oscura que Coventry, «como la ciudad de una novela victoriana más bien melancólica», según el escritor J. B. Priestley. La clase obrera de la ciudad se abarrotaba en «edificios propios de suburbio […] Rostros que habían brillado durante una temporada en los prostíbulos victorianos ahora fisgaban y murmuraban al vernos. Port Said y

Bombay, Zanzíbar y Hong Kong llamaban aquí. Las chicas lo contaban bien claramente»[7].

En Liverpool, como en muchos pueblos y ciudades costeros, los residentes de clase obrera nunca eran exclusivamente blancos o de origen británico. A lo largo de este libro veremos que nunca hubo una homogénea «clase obrera blanca», cuyos intereses e identidad pudieran distinguirse de la de británicos negros o migrantes recientes.

Hacia la década de 1950 Liverpool ya no era un lugar tan popular para asentarse, a medida que más personas miraban hacia el sur y las Midlands, más prósperos, para encontrar un modo de ganarse la vida. En los sesenta la ciudad se convirtió en sede de Mersey Beat, un centro de los «Swinging Sixties» fundado sobre la trayectoria de los Beatles, nuestros «chicos corrientes» de Liverpool; pero la pobreza nunca desapareció, pues la ciudad nunca se benefició de las nuevas industrias manufactureras que proliferaban más cerca de Londres. «Liverpool no sufre de amnesia histórica», señaló el periodista John Pilger al visitar la ciudad en los noventa. «Aunque sus panteones del comercio de esclavos y de la era industrial se hayan adecuado para el disfrute de turistas, el pavimento se haya restaurado y limpiado, el pasado sigue siendo un presente desafiante. Como guardián del sudor, la sangre y las lágrimas de la gente corriente, pocos lugares están a la par de Liverpool»[8].

Las diferencias entre Liverpool y Coventry subrayan la diversidad de la vida de clase obrera en la Gran Bretaña del siglo XX. La clase es una relación definida por el poder desigual, más que un modo de vida o una cultura que no cambia. No puede haber una clase obrera «ideal» o «tradicional». En su lugar hay individuos que son empujados a reunirse bajo circunstancias y experiencias compartidas. Son sus historias las que se plantea narrar *El pueblo*.

Este libro comienza en 1910 y acaba en 2010. Entre estas fechas, la clase obrera experimentó una transformación social y política masiva. En 1910 sus integrantes tenían pocos derechos y oportunidades. Dependían de sí mismos y de sus familias, en una era de escasas prestaciones sociales y alto desempleo. Hasta la década de 1940, la historia de la clase obrera fue principalmente la historia del pueblo luchando por la regulación más básica de sus vidas laborales, a menudo infructuosamente.

Hay dos puntos de inflexión para la clase obrera en el siglo XX. El primero fue la Segunda Guerra Mundial. La acuciante necesidad de fuerza de trabajo para ganar la guerra dio a la clase obrera una nueva importancia. El pueblo se aseguró de que esto perdurara en tiempos de paz, eligiendo en 1945 a un gobierno laborista que dejó el importante legado de un Servicio Nacional de Salud, una educación gratuita, seguridad social integral y pleno empleo. Hacia 1950 los hijos e hijas de los criados eran casi exclusivamente trabajadores de fábrica o empleados, la mayor parte de ellos sindicalistas, y todos contaban con la garantía de prestaciones sociales y seguridad laboral «de la cuna a la tumba».

Mas, por importantes que fueran esos años de posguerra –que señalaron el apogeo del poder político y económico de la clase obrera–, no fueron años de igualdad. Después de 1945, sucesivos gobiernos presentaron a Gran Bretaña como una meritocracia, en la que cualquiera podía ascender a otro estatus con trabajo duro y talento. Pero sólo unos pocos podrían lograr el «éxito». Lejos de ser una «meritocracia» en la que cualquiera podía tener éxito si trabajaba duro, la Gran Bretaña de la posguerra siguió siendo una sociedad en la que la cuna importaba más que el esfuerzo.

Pero los años entre 1940 y mediados de la década de 1970 fueron un periodo de promesas y relativa prosperidad, especialmente teniendo en cuenta lo que vino después. El segundo punto de inflexión llegó en 1979, con la elección del gobierno conservador de Margaret Thatcher. Como veremos, las semillas del tipo de individualismo que ella abonó fueron plantadas mucho antes de su victoria electoral. Desde finales de la década de 1960, la situación económica internacional se volvió cada vez más incierta, especialmente después de la crisis del petróleo de 1973. Para los diversos gobiernos, tanto laboristas como conservadores, fue cada vez más difícil conciliar los intereses de los empleadores, que esperaban un aumento constante de las ganancias, con los de la clase obrera, que quería una vivienda digna, salarios adecuados y, con el paso del tiempo, cierta participación en la forma en que se dirigían sus lugares de trabajo y sus comunidades. En los años setenta, los sucesivos gobiernos se colocaron del lado de los empleadores. Sin embargo, aunque esta prehistoria del thatcherismo es importante, 1979 marcó un punto de inflexión; por primera vez en cuarenta años la brecha entre los más ricos y los más pobres

comenzó a ampliarse rápidamente, y Gran Bretaña asistió al declive de la clase obrera como fuerza económica y política.

La mayoría de las personas que aparecen en este libro nunca se hicieron ricas o famosas. Hay una excepción: Viv Nicholson, cuya historia se cuenta en diversos «interludios» a lo largo del libro. En 1961, el marido de Vivian Nicholson obtuvo el mayor premio de la historia de las quinielas británicas de fútbol. Viv declaró que ahora tocaba «gastar, gastar y gastar» todo el premio; lo hizo, y acabó en bancarrota a mediados de los setenta. He incluido la historia de Viv porque es marcadamente diferente de la arquetípica narrativa de la clase obrera «tradicional» que buscaba la respetabilidad o la revolución. En este libro planteo qué puede suceder con nuestra comprensión del siglo XX si incluimos a otros grupos dentro de esta historia: criados, alumnos de escuela, votantes *tories* y migrantes. No es un relato romántico o triunfalista. No necesitamos que la gente de clase obrera sean héroes revolucionarios o buenos vecinos para demostrar que la desigualdad es errónea y perjudicial. Comencé este libro porque no pude encontrar la historia de esas personas de clase obrera en el relato asentado del siglo XX, y tampoco pude descubrirla en cualquiera de los mitos romantizados de la clase obrera, promovidos por políticos y académicos de izquierda o por comprometidos trabajadores sociales. Las personas sobre las que escribo no fueron indefensas víctimas de la pobreza, que necesitaban que otros hablaran por ellas. Al igual que Viv, tenían voz e ideas propias.

He llamado a estos fragmentos de la vida de Viv «interludios» para distinguirlos en forma y contenido de los capítulos más sustantivos. Se extraen de la autobiografía de Viv y de informes periodísticos, apoyados por otros testimonios personales y fuentes que vinculan la historia de Viv a los temas principales del libro[9]. Tejen una historia pública más amplia, que narro desde una experiencia más privada y personal, la cual muestra que la clase tiene que ver tanto con sentimientos personales como con el activismo público.

La vida de Viv ofrece, de forma amplificada y glamurosa, una versión de lo que le ocurrió a la clase obrera. Entre 1910 y 1945 la clase obrera se transformó, y pasó de ser los pobres a ser la gente, el pueblo. No todos querían volverse respetables, como esperaban ardientemente los investigadores sociales de clase media: muchos querían liberarse de la

necesidad y de la ansiedad, y se aprovecharon de la poca seguridad o crédito financiero que tuvieron para pasar un buen rato. Anhelaban las cosas buenas de la vida, y después de la Segunda Guerra Mundial se les animó a pretenderlas. Sin embargo, incluso cuando lograron conseguir casa y vacaciones, siguieron estando en lo más bajo de la escala política y económica. La riqueza, educación y redes heredadas siguieron siendo importantes e influyentes; repentinas subidas salariales, un salario mínimo, o incluso un premio inesperado en las apuestas, no podían cerrar esta brecha. En la década de 1980, los buenos tiempos llegaron a su fin. El gobierno acusó a la gente de causar su propio regreso a la pobreza, por su avaricia o su torpeza. Pero al igual que Viv, que como pensionista afirma, desafiante, que «no se arrepiente», muchas de estas personas se niegan a rechazar su identidad de clase obrera.

He intentado escribir una historia esperanzadora. Una mayoría de británicos continúan identificándose hoy como clase obrera. En medio de una gran recesión, la mayor parte de la gente, independientemente de si se identifica como clase obrera o no, es agudamente consciente de que la economía importa: quién tiene el poder económico, y qué hace con él, marca una gran diferencia en la calidad de todas nuestras vidas. Como veremos, muchos cuestionan la idea de que los intereses individuales sean la medida suprema, que cualquiera puede prosperar con trabajo duro y esfuerzo, y que esta sociedad es la mejor posible. Aquellos que ganaron guerras, que lograron una educación superando todos los obstáculos, que lucharon por mejores derechos laborales y que trabajaron duramente para proporcionar a sus hijos el mejor comienzo posible, sólo para verles después en las colas del paro; todos ellos subrayan que la vida no siempre ha sido así, y que puede cambiar una vez más.

[1] E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (Harmondsworth, 2.ª ed., 1968).

[2] Datos de A. H. Halsey y J. Webb (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends* (Oxford, 2000), pp. 99 y 125.

[3] Estas han sido extraídas de autobiografías publicadas, trabajos inéditos de historia oral y entrevistas hechas para encuestas. Los detalles sobre dónde se realizaron estas entrevistas se dan en la bibliografía. Aquellas realizadas por mí misma o Hilary Young (citadas más abajo) están disponibles por el autor. Todas las entrevistas realizadas por Hilary Young son citadas en nota al pie en la primera

ocasión que aparecen en este libro, pero no las siguientes veces. Esto se hace para no sobrecargar de notas el texto.

[4] A. O'Hagan, «What Went Wrong with the Working Class? The Age of Indifference», *Guardian*, Saturday Review (10 de enero de 2009), p. 2.

[5] G. Orwell, *The Road to Wigan Pier* (Londres, 1937), p. 94.

[6] «The Boom Cities», *Daily Mirror* (4 de enero de 1967), p. 5.

[7] J. B. Priestley, *English Journey. Being a rambling but truthful account of what one man saw and heard and felt and thought during a journey through England during the autumn of the year 1933* (Londres, 1934), p. 239.

[8] J. Pilger, *Hidden Agendas* (Londres, 1998), pp. 334-335.

[9] V. Nicholson y S. Smith, *Spend, Spend, Spend* (Londres, 1977). El libro se publicó para aprovechar la publicidad que rodeó al estreno de la obra del mismo nombre de Jack Rosenthal, que dramatizaba la vida de Viv. No proporciono las páginas de referencia del libro, pero aporto todas las referencias al resto de fuentes citadas en los interludios. La información extraída de la autobiografía ha sido cotejada con otras fuentes, incluyendo las entrevistas de prensa a Viv y su familia, y los registros de vivienda y educación de Castleford.

PRIMERA PARTE

CRIADOS, 1910-1939

1. El desafío escaleras abajo

«En torno a diciembre de 1910», escribía Virginia Woolf en 1923, «cambió el carácter humano». Esta transformación se personificaba «en el carácter de tu cocinero. El cocinero victoriano vivía como un leviatán en las profundidades, formidable, silencioso, oscuro, inescrutable. El cocinero georgiano es una criatura de luz solar y aire fresco. Dentro y fuera de la sala de estar, puede cogerte prestado el *Daily Herald*, y luego pedirte consejo sobre un sombrero»[1].

Woolf no era la única en considerar 1910 como un punto de inflexión: el *Manchester Guardian* lo consideró «un año único» de turbulencias políticas y sociales, que señaló de diversos modos el surgimiento de la moderna clase obrera[2]. Enero comenzó con unas elecciones generales. El gobierno liberal las convocó en 1909 con la esperanza de darle la vuelta a la desestimación por parte de la Cámara de los Lores del «Presupuesto popular» de David Lloyd George. Este presupuesto, que prometía mayores prestaciones sociales por parte del Estado, resultó ser popular entre los votantes. Los liberales volvieron al gobierno, aunque con una mayoría enormemente reducida. El Partido Laborista de Keir Hardie, que cumplía diez años, incrementó sus parlamentarios, de veintiocho a cuarenta –sobre todo gracias a los votantes de las circunscripciones industriales–, y ahora controlaba el equilibrio de poder. Mientras tanto, el poder político de la aristocracia británica estaba siendo seriamente socavado.

En mayo, la repentina muerte de Eduardo VII animó la creencia de que la estabilidad de la era eduardiana estaba llegando a su fin. Arreciaba el debate sobre cómo debía ser gobernada la Gran Bretaña post-eduardiana, y en interés de quién. En julio 10.000 sufragistas ofrecieron una respuesta, cuando se reunieron en Trafalgar Square para exigir el voto para las mujeres. Ese otoño, hombres y mujeres trabajadoras sumaron sus voces a la petición de reformas. *The Times* lamentó las «huelgas de un carácter casi inédito» que estallaron a lo largo del país, cuando hombres y mujeres, jóvenes y ancianas, exigieron mejores salarios y condiciones laborales[3]. En agosto las fabricantes de cadenas de Cradley Heath, situada en el *Black*

Country, hicieron huelga por un salario mínimo y una jornada de diez horas; en octubre su empleador transigió, marcando la que sería una importante victoria para el movimiento obrero y para las mujeres. En noviembre una huelga de 30.000 mineros en los valles de Gales del Sur culminó en batallas abiertas entre los obreros y el ejército británico, después de que el ministro del Interior, Winston Churchill, ordenara que las tropas armadas entraran en el pueblo de Tonypandy. El 18 de noviembre («Black Friday») más de 300 sufragistas tuvieron un enfrentamiento con la policía fuera del Parlamento, dando paso a unos disturbios que duraron seis horas, en los que 115 mujeres fueron arrestadas y muchas más golpeadas.

Mientras, el debate parlamentario sobre los poderes de la Cámara de los Lores alcanzó un punto muerto, y en diciembre el gobierno convocó unas segundas elecciones generales. Las votaciones comenzaron el 3 de diciembre y no concluyeron hasta el 19 de diciembre, acrecentando la sensación de que Gran Bretaña era políticamente volátil, cuando no inestable. Los liberales volvieron al gobierno –y cumplieron la promesa de abolir el derecho de la Cámara de los Lores a vetar iniciativas legislativas e implementar la Irish Home Rule– y el laborismo logró dos escaños más.

En 1910 las relaciones de clase cambiaron para siempre. Examinando de nuevo aquel año, un editorial del conservador *Times* concluía que «la democracia, en la arrogancia de su poder recién afianzado, parece creer que puede prescindir de todo lo que en el pasado ha dado auténtica grandeza y prosperidad duradera a las naciones»[4]. Que la democracia pudiera sobrevivir, o si debía, era algo incierto. De un lado estaban aquellos que se mostraban de acuerdo con *The Times* en que a Gran Bretaña le fue mejor con una aristocracia fuerte y una clase obrera sin voz ni voto. Del otro lado estaban trabajadores como los mineros de Tonypandy y las fabricantes de cadenas de Cradley Heath, que defendían que los trabajadores corrientes tendrían que tener voz sobre las prestaciones sociales, el empleo y el salario, tanto a través de las urnas como de la negociación con sus empleadores.

Woolf tenía razón al considerar a la servidumbre doméstica como barómetro del cambio social. En 1910 –y en 1923– los trabajadores del servicio doméstico constituían el grupo más grande de trabajadores en Gran Bretaña[5]. Las relaciones de los criados con sus empleadores se veían generalmente como un microcosmos que reflejaba la sociedad británica.

Según Ramsay MacDonald, hablando como primer ministro laborista en 1924, «la auténtica separación en la sociedad es la línea divisoria moral y económica entre el productor y el no productor, entre *aquellos que poseen sin servir y aquellos que sirven* [cursivas mías]»[6]. Y en los años posteriores a 1910 los criados eran centrales en la emergente clase obrera moderna. Durante el siglo XIX sólo los trabajadores cualificados habían poseído las herramientas negociadoras suficientes para luchar con éxito por una mínima cuota de poder. Armados con un oficio, sus amenazas de huelga o abandono del puesto de trabajo tenían más impacto que las de los trabajadores no cualificados; y, a diferencia de los criados, trabajaban junto a decenas o cientos de otros asalariados, con los que podían forjar lazos de amistad y solidaridad. Fueron ellos quienes formaron sindicatos, y practicaron la ayuda mutua en sociedades de amistad. Pero hacia 1910 los trabajadores no cualificados estaban logrando que sus voces se escucharan cada vez más, y sus demandas resultaran más difíciles de ignorar.

Los años eduardianos a menudo se recuerdan como una «larga fiesta de jardín en una tarde dorada» –al menos para los ricos– en la que todo el mundo sabía cuál era su lugar y estaba bastante satisfecho con él[7]. La realidad era más inestable, incierta y cambiante. En 1900 la formación del Partido Laborista atestiguaba la creciente relevancia de los trabajadores industriales como fuerza política. El Congreso de Sindicatos ya tenía treinta y dos años, pero la fundación del Partido Laborista marcó un avance decisivo para los sindicatos.

El éxito laborista en las elecciones de 1906 –obteniendo veintinueve diputados– tuvo un efecto inmediato. Preocupado por la amenaza de una mayoría laborista, o, peor aún, por huelgas de masas, el gobierno liberal de Herbert Asquith introdujo rápidamente una serie de reformas sociales. Estas dieron al Estado mayor responsabilidad que nunca respecto a las condiciones sociales del pueblo. La Ley de Disputas Laborales de 1906 decretaba que los sindicatos no podían ser jurídicamente responsables de cualquier daño ocasionado como resultado de una huelga; en el mismo año, la Ley de Compensación de los Trabajadores ofrecía una remuneración para las víctimas de accidentes laborales. En 1908 los mineros –una fuerza laboral fuertemente sindicalizada– lograron la jornada laboral de ocho horas, y el gobierno introdujo una Ley de Pensiones de Vejez, que ofrecía

una pensión estatal no contributiva a personas con más de setenta años que ganaran menos de 31 libras al año. Flora Thompson, la hija mayor de un cantero de Oxfordshire y antigua niñera, con treinta y dos años era oficinista de Correos en Bournemouth cuando se introdujo la pensión. Recordó el impacto de aquellos cambios en su libro *Lark Rise to Candleford:* «En un primer momento, cuando fueron a la Oficina de Correos […] caían lágrimas de gratitud por las mejillas de algunos, y decían al recoger su dinero: "Dios bendiga a ese Lord George [Lloyd George]" […] y "¡Dios la bendiga, señorita!"; traían flores de sus jardines y manzanas de sus árboles para la joven a la que simplemente se le había encargado entregarles el dinero»[8].

En 1911 los liberales introdujeron una Ley de Seguro Nacional, que garantizaba un seguro de enfermedad y desempleo para los obreros manuales y todos aquellos que ganaran menos de 160 libras al año. El gobierno había construido una red de seguridad básica, que cubría no sólo a los más pobres, sino a todos aquellos que tenían que trabajar para vivir. Al hacerlo, los liberales asentaron un primer pilar del Estado del bienestar. También reconocieron la legitimidad de la demanda central del movimiento obrero: que aquellos que tenían que trabajar para ganarse la vida tenían intereses específicos y necesidades que el gobierno debía atender. Los liberales esperaban que su legislación evitara la protesta popular, pero, para hacerlo, sus políticas debían reconocer que la clase obrera era un grupo social y político con entidad propia.

Para mucha gente de clase obrera, estas reformas no llegaron lo suficientemente lejos. Entre 1910 y 1914, huelguistas y sufragistas provocaron ríos de tinta de la prensa británica. Las feministas y los activistas obreros organizaron protestas cada vez más sonoras para que se les garantizara el voto a todos los hombres y mujeres adultos. Afirmaban que era injusto excluir a cinco millones de hombres sólo porque sus propiedades no fueran suficientes, y que la exclusión de las mujeres en función de su sexo era ridículo en un mundo en el que el trabajo de las mujeres –como trabajadoras y como madres– era tan esencial. En 1913, las sufragistas del Sindicato Social y Político de Mujeres (WSPU), liderado por Emmeline Pankhurst, intensificaron su campaña de destrucción de propiedad pública y privada, esperando que el caos resultante forzara al gobierno a tomarlas en serio. Como la mayoría de movimientos sociales y

políticos del siglo XX, la afiliación del WSPU cruzaba las fronteras de clase. Muchas de sus líderes, incluyendo a las Pankhurst, provenían de la clase media. En junio de 1913, Emily Davidson, graduada en las universidades de Londres y Oxford, murió en el Derby de Epsom al colocarse frente al caballo del rey, en medio de la carrera, con una bandera en la que exigía el voto para las mujeres. Pero las sufragistas también incluían entre sus filas a mujeres de clase obrera como Hannah Mitchell, una sombrerera de Lancashire, que había llegado a la conclusión de que «si no tenemos el voto, nadie acabará con las penurias que nos causaba intentar llegar a fin de mes»[9].

Mujeres como Hannah Mitchell, que se unían a la campaña sufragista desde el movimiento obrero, defendían que la injusticia económica era un mal tan grande como la desigualdad sexual. En 1910, frustradas con las reticencias del gobierno liberal a dedicar fondos para los servicios sanitarios, mujeres laboristas abrían en Londres la primera clínica de asistencia a menores. Para muchos reformadores de clase media del siglo XIX, como Helen Bosanquet, la alta tasa de mortalidad entre las madres de clase obrera y sus hijos se debía a su paternidad negligente y a la insalubridad. Contra tal argumento, estas laboristas subrayaron que la culpable era la pobreza, e hicieron campañas para que el Estado proporcionara mejor vivienda, alimentación, y cuidados médicos[10]. En el mismo año, el Women's Cooperative Guild –que representaba a más de 27.000 mujeres– hizo un llamamiento al gobierno para que garantizara el derecho a voto de todas las mujeres adultas, les permitiera servir como jurado y ser abogadas; también pidió que estableciera clínicas pediátricas en los colegios y abaratara los costes del divorcio, «para que esté al alcance de las personas pobres»[11]. Sus llamamientos cayeron en oídos sordos.

Mientras, miles de obreros fabriles se unían a los piquetes. En Clydeside, en el corazón industrial de Escocia, el número de jornadas de trabajo perdidas en huelgas entre 1910 y 1914 era cuatro veces mayor que el nivel registrado para la década precedente. Los huelguistas –muchos de ellos trabajadores no cualificados– exigían salarios más altos y menos horas de trabajo, pero también más negociación sobre las condiciones laborales[12]. Estaban especialmente preocupados por la oportunista tendencia de sus empleadores a definir a los trabajadores como «no cualificados» si estaban implicados en cualquier tarea con maquinaria, justificando así el pago de

salarios muy bajos. Esta definición de «cualificación» como artesanía no mecanizada estaba quedándose obsoleta ya en 1910, a medida que las fábricas hacían un uso creciente de cintas automatizadas y máquinas industriales. Los obreros señalaban que operar la maquinaria exigía habilidades como velocidad, destreza y fuerza. Tal como descubrió Alice Foley cuando comenzó a trabajar en una fábrica de Lancashire a la edad de catorce años, incluso el trabajo más mecánico exigía «dedos hábiles» si se quería evitar una lesión grave. Su trabajo la dejaba «tan agotada que a menudo me quedaba dormida durante el té o la cena», pero se le pagaba un salario ridículo como joven mujer «no cualificada»[13].

Alice, con catorce años, se unió a una huelga instigada por los tejedores preocupados por la automatización de las plantas de Lancashire: «A cambio de esta innovación técnica la dirección exigió una reducción sustancial en el régimen salarial». Las huelguistas como Alice Foley ponían en cuestión la suposición que tenían sus empleadores respecto a que las mujeres «no cualificadas» y jóvenes estaban satisfechas, eran apáticas o completamente impotentes. La «larga y agotadora» disputa en la que tomó parte acabó en un fracaso casi completo, arrancando al propietario de la planta apenas unas pocas concesiones. Lo mismo ocurrió con la mayor parte de huelgas en este periodo. Sin embargo, los manifestantes mostraron una determinación y compromiso con su causa que sorprendió a muchos empleadores, políticos y periodistas. En 1912, los trabajadores de yute de Dundee (muchos de ellos mujeres, y gran parte jóvenes) hicieron huelga por mejores salarios. Después de tres semanas, el *Scotsman* se maravillaba al descubrir que «casi 30.000 obreros» seguían en huelga, pese a la «angustia que prevalece en los hogares de los pobres»; un recuerdo de que muchas familias de clase obrera dependían del sueldo de las mujeres tanto como del de los hombres»[14]. Esta huelga también acabó en una derrota casi total. Pero, como escribió después Alice Foley, la militancia de esos años fue «una primera salva en la lucha humana por conservar los métodos tradicionales de producción contra esos feroces impulsos de la tecnocracia y la automatización, que acosarían y atormentarían a la industria del algodón durante el siguiente medio siglo»[15]. Con todo, las acciones de gente como ella sí ayudaron a establecer un mínimo de negociación con sus empleadores y aseguraron que los trabajadores industriales no se vieran forzados a mantener el papel

deferente exigido a los sirvientes domésticos, que carecían de cualquier derecho a la negociación colectiva.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, sin embargo, los empleadores se negaron a garantizar demasiados derechos a sus trabajadores. El desempleo era alto, y su gobierno favorecía la dura represión de la militancia industrial; los propietarios manufactureros de Gran Bretaña podían plantar cara a los huelguistas con el apoyo de los ministros. Menos de un mes después de que fracasara la huelga del yute en Dundee, en 1912 el sindicalista socialista Tom Mann fue acusado en Mánchester de incitar al motín. Mann, hijo de una criada y un minero, había ayudado a organizar la gran huelga portuaria de Londres de 1889, una de las primeras movilizaciones de masas de trabajadores industriales no cualificados llevada a cabo en Gran Bretaña.

En 1911 había encabezado el comité que organizó una gran huelga de trabajadores de transporte en Liverpool, disputa que se hizo tristemente famosa por la brutalidad mostrada por la policía hacia los pacíficos manifestantes: el «domingo sangriento» del 13 de agosto de 1911. El Ministerio de Interior y la policía habían intentado llevar a Mann ante los tribunales por sus actividades políticas desde entonces, y la decisión de juzgarle por sedición –con escasas bases probatorias– se tomó a nivel ministerial. Mann fue sentenciado a seis meses de cárcel, de los que cumplió siete semanas. Después de su excarcelación, el irreprimible Mann apoyó activamente a los huelguistas en Gran Bretaña y Francia en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial[16].

La dura reacción del gobierno liberal a la militancia industrial estaba completamente a la par con la actitud de los ministerios hacia la clase obrera en general. Sus reformas de bienestar querían ser un bálsamo que tranquilizara y socavara la actividad del movimiento obrero, sin intención de estrechar la brecha entre ricos y pobres. La Ley de Compensación Obrera y la Ley de Seguro Nacional ofrecieron subsidios y ayudas que se solapaban con los ya ofrecidos por sindicatos y asociaciones. Aquellos que eran demasiado pobres como para contribuir a los planes de seguros existentes descubrieron que las reformas liberales ofrecían muy poco. A cinco chelines por semana, la pensión de vejez de 1908 no podía mantener a la gente fuera de la pobreza (en 1901 el reformador social B. S. Rowntree había estimado que a una persona le costaba siete chelines por semana vivir

con lo mínimo, y el mínimo de Rowntree era muy frugal)[17]. El gobierno no estaba interesado en acabar con la pobreza, sino solamente en mantener el mínimo suficiente para apaciguar al electorado.

Los huelguistas de Bolton, Clydeside, Dundee y Liverpool, por tanto, tenían buenas razones para estar enfadados. Las promesas de ayuda del gobierno suscitaron sus expectativas, pero la escasa asistencia que proporcionaban las reformas provocó una amarga frustración. En 1913 una investigación llevada a cabo por el Grupo Fabiano de Mujeres (aliado con el Partido Laborista, que en ese momento tenía trece años de vida) indicaba que la pobreza era un hecho vital para muchos miles de familias normales. *Round about a Pound a Week* fue la obra de Maud Pember Reeves, cofundadora del grupo. En 1909 había convencido a los participantes para que emprendieran una investigación de la vida familiar en Lambeth. La introducción de su libro indica hasta qué punto resultaba intimidante para la adinerada reformadora el distrito que había elegido investigar:

> Toma un tranvía desde Victoria a Vauxhall Station. Bájate por debajo del arco que está frente a Vauxhall Bridge, y allí encontrarás Kennington Lane. El arco se cierra en una bóveda que reduce el rugido de los trenes que continuamente pasan por encima a un vibrante y sordo retumbo. De ambos extremos del arco llega una estrecha procesión de tranvías, autobuses, carros de cerveza, camiones de carbón, carretas llenas de material indecible para la fábrica de pegamento y curtiduría, automóviles, carros de venta ambulante, y gente […] Así es la puerta occidental al distrito que se extiende por el norte hacia Lambeth Road, por el sur hasta Lansdowne Road, y al este hacia Walworth Road, donde viven aquellos cuyas vidas constituyen el objeto de este libro[18].

Entre 1909 –cuando Pember Reeves y sus colaboradores pasaron por primera vez bajo el arco del ferrocarril– y 1913, visitaron a cuarenta y dos familias de Lambeth, dos veces por semana.

Estas mujeres fabianas eligieron deliberadamente estudiar un grupo que «no eran las más pobres del distrito, ¡ni mucho menos!»[19]. Pember Reeves y su equipo se afanaron en mostrar que los buhoneros, artistas callejeros y mendigos no eran los únicos que luchaban por llegar a fin de mes. Revelaron que un gran número de trabajadores, incluyendo a dependientes, vendedores de pescado frito, costureras y peones de fábrica, pese a tener salarios de entre 18 y 30 chelines por semana, también pasaban por dificultades a la hora de alimentar y vestir a sus familias. Como decía el periódico semanal liberal *Nation:* «Si uno quiere conocer cómo viven los

pobres hoy, lo averiguará leyendo el pequeño libro de la sra. Pember Reeves […] No se nos muestra el Londres marginal, sino el Londres normal y corriente, decididamente respetable; no “la sumergida décima parte” de la sociedad, sino más bien la mitad»[20].

La conclusión más radical de Pember Reeves era que la pobreza no se limitaba a un pequeño número de irresponsables. Las fabianas desafiaron el prejuicio de que los pobres eran los culpables de sus penurias; un sentimiento característico entre los políticos conservadores y liberales, y entre muchos de sus votantes de clase media. Bajo los términos de la Ley de Pobres del siglo XIX, aquellos que no podían ganarse un sustento, ya fuera por bajos salarios, enfermedades, desempleo o vejez, debían dirigirse a su Consejo de Tutores *(Board of Guardians)* en busca de ayuda. Este comité de contribuyentes locales –que a menudo incluía a consejeros municipales, un sacerdote y una selección de vocales liberales y conservadores– determinaba si los solicitantes merecían la ayuda, cuánta asistencia proporcionarles, y si tal ayuda se ofrecía en metálico o en forma de comida o vestimenta.

En 1904, Hannah Mitchell, de treinta y tres años, miembro del Partido Laborista Independiente (ILP), fue testigo de hasta qué punto podían ser insensibles los Tutores. Hannah, hija de un trabajador del campo, había abandonado el hogar paterno con catorce años para trabajar como criada. Odió este trabajo, especialmente después de que el hijo de su empleador intentara violarla. Logró ahorrar suficiente dinero para escapar a un pueblo de Derbyshire, donde encontró trabajo como dependienta y se implicó en el movimiento sindical. Después trabajó de costurera, se casó con un sastre que conoció en reuniones socialistas, y en 1904 fue elegida para el Consejo de Tutores de Ashton-Under-Lyne. Hannah descubrió que, con la excepción de los representantes laboristas, todos los demás miembros del Consejo «consideraban a los receptores de ayuda ingratos patanes que se aprovechaban de la caridad»[21]. Esto no había cambiado diez años después, cuando las fabianas publicaron el resultado de sus investigaciones. Demostraron que el mercado laboral y el sistema británico de prestaciones sociales garantizaban que la mayoría de los obreros viviría siempre en la pobreza, o muy cerca de ella. Esta era una recusación inapelable de la gobernanza británica, especialmente tras la era de la «reforma» liberal.

Mientras, el crecimiento de una clase obrera asertiva estaba provocando el miedo entre las clases medias y altas británicas. El «problema de la servidumbre» –definido por el *Concise Oxford Dictionary* en 1911 como la dificultad de «obtener y controlar a los criados»– atrajo incluso mayor atención por parte de la prensa que los huelguistas[22]. Las quejas de los empleadores sobre los problemas a la hora de encontrar criados «fiables» eran tan viejas como el oficio mismo de criado. Pero, en los años que precedieron a la Gran Guerra, la indignación y ansiedad de los empleadores creció, porque los sirvientes se comportaban cada vez más como trabajadores industriales –como si fueran, de hecho, clase obrera, con intereses compartidos que podían entrar en conflicto con los de sus empleadores–. Esto era especialmente preocupante desde el momento en que a la servidumbre se le suponía cierta acomodación y manejabilidad: la mayor parte de ella estaba compuesta por mujeres adolescentes, que abandonaban su hogar a la edad de doce o catorce años para trabajar y alojarse en la casa de su empleador.

Entre 1911 y 1914 el «problema de la servidumbre» pasó a ser central dentro de la preocupación más general que sentían las clases media y alta respecto a una clase obrera cada vez más asertiva[23]. Mientras se comportaran de manera servil, los empleadores podían creer que el orden social era estable; pero una mirada aviesa o un apenas disimulado gesto de desdén, en una época de reformas sociales, huelgas y sufragismo, se veía como otro signo más de la guerra de clases. Los patrones y patronas de clase media y alta lamentaban por igual la pérdida de «respeto». Lady Muriel Beckwith, hija del séptimo duque de Richmond, describía esta relación como «una ley curiosamente cercana y tácita de dedicación y afecto […] [y] dependencia mutua»[24]. Muchos empleadores afirmaban que la conducta de los sirvientes no les hacía merecedores de libertades sociales, y mucho menos merecedores del derecho a voto. «Conducir de noche, según he oído, es una de las últimas diversiones», afirmaba un anónimo empleador de sirvientes, que firmaba «HMT» en una carta al *Scotsman.* Este escritor anónimo aseveraba que las criadas eran habitualmente recogidas por jóvenes para pasar las tardes a la carrera por las carreteras rurales, dejando desiertos sus puestos, «y la anciana patrona… se queda en una casa vacía, con la puerta sin cerrar»[25].

La ira de estos empleadores se exacerbó a causa del debate sobre el seguro nacional. En 1908, cuando el gobierno liberal propuso inicialmente la introducción del seguro, el gabinete Asquith dejó claro que pretendían incluir a los criados en su plan de seguro por enfermedad. Esto haría necesario que los sirvientes masculinos pagaran cuatro peniques por semana, las sirvientas tres peniques por semana, y su empleador tres peniques por semana. Tendrían que realizar estos pagos en la oficina postal a cambio de sellos, que tanto el empleador como el criado registrarían en un libro de contabilidad. Después, en tiempos de enfermedad, estos pagos darían derecho a un criado masculino a 10 chelines por semana y a una mujer a siete chelines y seis peniques por semana, aunque no se pagaba nada en los primeros tres días de enfermedad, para evitar tentaciones de fingirse enfermo[26]. La Ley de Seguro Nacional se aprobaría en 1911.

Algunos criados se sintieron amargamente perjudicados por esta propuesta, que drenaba sus ya de por sí bajos salarios, pero los oponentes más vehementes fueron sus empleadores. «Las airadas patronas, y con ellas toda una escandalizada sociedad respetable, lanzaron a escala nacional una furiosa campaña con los lemas "nueve peniques por cuatro peniques" y "nada de lamer sellos"», recordaba Alice Foley, entonces una joven sindicalista trabajadora del algodón[27]. La ley, escribía una patrona a *The Times*, «no diferenciaba suficientemente al sirviente doméstico alojado en casa del mero empleado remunerado por su oficio»[28]. El hogar privado, sugerían estos empleadores, debía permanecer más allá de la interferencia del gobierno.

Estos empleadores retrataban al servicio como claramente diferente de otras formas de trabajo asalariado, si bien en realidad los sirvientes accedían al mercado laboral por la misma razón que todos los demás trabajadores: porque necesitaban el dinero. En 1911 *The Times* publicaba un alud de cartas que se oponían a la Ley, redactadas por personajes notables como Lady Portsmouth, Lady Stanley y Sir William y Lady Bull. Afirmaban que el seguro nacional «debilitaría los estrechos lazos entre patrones y sirvientes»; pero la Ley también «otorgaría […] una recompensa a quienes simularan enfermar». Sugerían que «el espléndido historial de salud y tenacidad que se han labrado nuestras criadas» se debía sencillamente a sus duras condiciones de trabajo y carencia de cualquier subsidio. Concédase cualquier licencia a estas jóvenes trabajadoras, decían,

y probablemente devendrán indolentes e irresponsables; un lastre para la sociedad[29]. Este argumento contra la prestación de servicios de bienestar perduraría durante todo el siglo XX, y más allá.

Los contrarios a la ley temían que el seguro cambiara la relación entre empleadores y criados, dando a estos últimos una porción mayor de control. Hasta 1911 la ley acordaba que las necesidades de los empleadores debían tener preferencia: las únicas obligaciones legales que debía cumplir el empleador de un sirviente doméstico eran el suministro «de alimento y ropa necesarios» y «alojamiento»; también se les prohibía infligir «cualquier daño corporal» a los sirvientes que fuera suficiente para hacer peligrar su vida o dañar permanentemente su salud[30]. Las jornadas y condiciones de trabajo de las criadas estaban sin regular; muchas soportaban jornadas de doce horas y pocas vacaciones (habitualmente un domingo cada semana, medio día cada quincena, y una semana de baja no remunerada).

La Ley de Seguro Nacional, de hecho, no ponía en riesgo esta situación. La inclusión de los criados tenía sentido para el gobierno liberal, como medio para proteger esta ocupación laboral de su desaparición, en un momento en que las oportunidades de empleo en fábricas y tiendas estaban ampliándose lentamente. Los liberales consideraban que la Ley podría ofrecer un mínimo grado de protección a todos los trabajadores, a la vez que impulsaría el ahorro, al animar a los asalariados a contribuir a su bienestar futuro[31]. Que el plan se basara en contribuciones, en vez de en un impuesto redistributivo, sólo reforzaba la desigualdad entre los más ricos y los más pobres; en palabras de George Bernard Shaw, era «un ataque total a la subsistencia de los pobres, manifiestamente insuficiente, con el objeto de salvar los visiblemente desbordados bolsillos de los ricos»[32]. Pero los empleadores de sirvientes sólo veían una amenaza a su antiguo derecho a tratar a sus criados como posesiones.

Una investigación sobre la impopularidad del servicio doméstico señalaba que «los criados a menudo hablan con tristeza de sí mismos, como una clase aparte». El Consejo Industrial de Mujeres extrajo sus conclusiones a partir de cuestionarios completados por más de 700 empleadores y más de 500 sirvientes domésticos en 1914. Las respuestas atestiguaban la soledad de las criadas y el descontento con sus excesivos horarios y míseras condiciones laborales. Entre ellas había mujeres como Margaret Morris, nacida en una aldea de Oxfordshire en 1900, que entró a trabajar en el

servicio doméstico con una familia de agricultores poco antes de su decimocuarto cumpleaños. «Fueron a recogerme en un carruaje, y esa noche eché bastante de menos mi casa […] a la mañana siguiente, después de desayunar, se me dio un plumero y un cepillo, y se me dijo que barriera el comedor […] Comí sola en la cocina.» En su decimocuarto cumpleaños, un frío día invernal, «me tocó matar a un pato; no se me permitió hacerlo en la cocina, así que me senté en una silla grande, en el jardín trasero. No sabía cómo hacerlo: ¡ay! Me sentí tan infeliz. Y entonces llegó el cartero y me trajo mis cartas de cumpleaños, y eso me alegró […] pero a la señora no le gustó demasiado». En una ocasión, cuando Margaret preguntó tímidamente si podía quedarse fuera hasta las nueve de la tarde, en la que era su media jornada semanal de descanso –la única ocasión en que podía ver a su familia–. su patrona se negó: «“No, no vamos a pagar a una criada para que luego tengamos que hacernos nosotros la cena”, dijo: “volverás aquí a las ocho, como siempre”. Así se las gastaban con las chicas de pueblo»[33].

Pero aunque muchas criadas procedían de entornos rurales, el Consejo Industrial de Mujeres reveló que «de ningún modo estaban separadas del resto de la comunidad industrial. Los padres y hermanos de muchas de ellas han hecho huelgas en tiempos recientes, y se han informado leyendo los periódicos. La agitación industrial y las olas de activismo sufragista han llegado a las mentes de aquellas criadas que piensan, y han ayudado a concentrar la frustración de aquellas que sólo pueden pensar en sus agravios»[34]. Las criadas, lejos de ser estúpidas o irresponsables, conocían lo que ocurría en otros oficios. Sabían de los beneficios que los sindicatos, la regulación laboral y las reducciones de horarios habían logrado para sus amigos y familiares, y se sentían frustradas por no poder disfrutarlos.

En un momento en que otros trabajadores estaban ganándose el derecho a negociar colectivamente con sus empleadores, de las criadas se esperaba que se subordinaran completamente a sus patrones. Estaban obligadas a no ser vistas ni oídas cuando limpiaban, excepto cuando realizaban tareas especialmente serviles. En 1905 la quinceañera Edith Green, de Keighley, West Yorkshire, comenzó a trabajar para la familia de un comerciante de carbón en Barnsley. Cuando cada tarde su empleador volvía a casa del trabajo, «tenía incluso que quitarle sus zapatos y colocarle […] sus pantuflas. Y pensaba que era una tarea horrible»[35]. Algunos empleadores cambiaban los nombres de sus sirvientes si sentían que los padres de sus

trabajadores habían optado por una elección demasiado «engreída»[36]. Edith Lockwood tenía doce años cuando comenzó a trabajar de criada en 1899. Esta era su primera vez lejos de casa, se sentía sola y echaba de menos a su madre. Nada era familiar, ni siquiera su nombre, pues su patrona «no me llamaba Edith […] porque tenía una amiga llamada Edith, así que me llamaba [con mi segundo nombre] Annie»[37]. En 1914 Catherine Bairnson, poco después de su decimosegundo cumpleaños, abandonó su casa en las islas Shetland para trabajar de criada en una casa de clase media en Edimburgo. Su patrona «inspeccionaba mi habitación […] miraba en mis armarios cuando estaba fuera». Esta joven criada aprendió rápidamente que, a ojos de los ricos y privilegiados, «no se podía confiar en ti»[38]. Estas normas, regulaciones y pequeñas humillaciones enseñaban a los sirvientes a saber cuál era su lugar: eran inferiores a sus empleadores, y seguirían siéndolo por muy duro que trabajaran.

Pero muchos sirvientes se negaron a aceptar que este *era* su lugar. La indicación de cuán autoritarios podían ser muchos empleadores estriba en que el comportamiento de los sirvientes causara tanta indignación, pues, aunque no escaseaba la desconfianza, ciertamente se mantenía silenciada. Los sindicalistas expresaban su frustración ante la dificultad de organizar a las criadas, pero el hecho es que muchos sirvientes no podían ver lo que un sindicato podía hacer por ellos, al vivir en casas que habitualmente empleaban sólo a una o dos personas. Y sin embargo, pese a su falta de representación sindical y su fuerte dependencia de los empleadores, de los que dependía el alojamiento y la comida, muchas se negaron a adoptar la sumisión que se les exigía. La srta. Myers, que de joven entró a trabajar en el servicio doméstico en Leicestershire, estaba entre ellas. Cuando su empleadora le mostró el uniforme exigido, la señorita Myers le respondió que «no llevaría [un gorro] […] porque no me gusta llevar eso». También se negó a vestir «uno de los delantales cruzados con un lazo a la espalda»[39]. Gorros y delantales eran signos profundamente impopulares de la diferencia entre las criadas y la mayor parte de los demás trabajadores asalariados, y una señal del control del empleador sobre el cuerpo de su empleada, así como sobre su tiempo.

Aun así, muchas criadas guardaban silencio; un silencio que sus empleadores esperaban que fuera respetuoso, y que a menudo era un símbolo de disidencia, en un empleo en el que su privacidad se veía

constantemente invadida. En plena adolescencia, Margaret Morris abandonó a la familia de agricultores a la que servía para conseguir trabajo en hogares de clase media de Oxford. Mientras que Virginia Woolf creía que las criadas se mostraban cada vez más asertivas al tratar a sus empleadores como iguales, apareciendo en la sala de estar para «pedir consejo sobre un sombrero», muchos criados veían esto como un medio de apaciguar a las patronas, que eran intrusivas hasta el punto de resultar entrometidas: «Solían dar una opinión a veces, si les gustaba un sombrero», recordaba Margaret Morris. «En aquellos días todo el mundo llevaba sombreros, de modo que si tenías uno bonito, podías decirles algo sobre él, o pedir su opinión. Así que a veces solía dar mi opinión, pero no muy a menudo.» Detrás de esta relación aparentemente abierta, Margaret pudo labrarse una escasa vida social. «Si se suponía que debíamos ir a la iglesia y no queríamos ir, no lo hacíamos. Si salíamos con un novio, no les decíamos nada [a sus patronas]»[40].

Muchos sirvientes simplemente hacían su trabajo lo mejor que podían. Algunas disfrutaban de una cálida relación con sus empleadores, como Kate Edwards, que trabajaba como acompañante de una mujer de clase media en la década de 1900, y la describía como una «auténtica amiga», sugiriendo una relación que era más afectuosa que deferente[41]. Otras se enorgullecían de sus habilidades, por pobremente remuneradas que estuviesen. Florence Thompson, nacida en 1893, disfrutó de las clases de ciencia doméstica en el colegio: «me atraía cocinar y ese tipo de cosas», y esto la animó a entrar en el servicio doméstico[42]. El orgullo que sentía por sus habilidades ponía en cuestión la concepción que los empleadores tenían del trabajo doméstico, como un oficio inferior que se remuneraba con salarios inferiores. Los criados con la suficiente buena suerte de estar en hogares más grandes y ricos podían disfrutar de la comida o buena vestimenta que se les proporcionaba. Bessie Allan trabajó en New College, Oxford, en la década de 1910. Provenía de un hogar pobre de East Oxford –«¡Nunca había estado en una casa rica, no digamos un *college*!»– y disfrutaba de los pródigos desayunos de «gachas, tostadas y kitchiri»[43]. Como muchos criados que trabajaban en diversas instituciones, encontraba satisfacción en esos beneficios materiales, más que en la relación con su empleador.

Algunos sirvientes imitaban el estilo de vida de sus empleadores. En 1913, Lily Blenkin, hija de un carpintero de Easington, en County Durham, entró a trabajar de sirvienta en una casa de clase media alta con doce años. Creía que había aprendido mucho del estilo de vida de sus empleadores, que consideraba «mejor que el mío»[44]. Pero la actitud de Lily Blenkin hacia sus empleadores no era tan sinceramente respetuosa como sugiere este comentario. «Si se me hubiera dado mejor el colegio», decía, «podría haber aspirado a algo más que el servicio doméstico»[45]. Muchas criadas compensaban sus aspiraciones frustradas disfrutando vicariamente de la vida de sus empleadores, valorando la proximidad que sus empleos ofrecían a cenas de gala y fiestas elegantes.

Había una delgada línea entre imitar y cruzar los límites. Las criadas resentidas con sus empleadores podían cotillear sobre ellos, o usar la ropa de sus señoras[46]. La sra. Bairnson recordaba una de las ocasiones en las que su patrona de Edimburgo salió de casa: «Nunca habría tenido el valor de hacerlo por mi cuenta, pero las otras dos decían "venga, anímate" […] Subimos al primer piso y tomamos un té en la sala de estar. Bueno, era la única forma de […] olvidar nuestra suerte»[47]. Incluso Lily Blenkin apuntaba más allá de lo que le estaba destinado, pues, al afirmar que «estar en el servicio doméstico me enseñó a hacer las cosas bien al casarme», vindicaba su derecho y capacidad de vivir como sus empleadores, hasta donde le permitieran sus limitados recursos. Se negaba a aceptar que su papel en la vida consistía principalmente en servir a sus superiores sociales. Y en 1914 esa negativa parecía radical y peligrosa para los empleadores de muchos criados, porque socavaba la relación servicial sobre la que se había basado durante tanto tiempo la jerarquía social británica.

Las cambiantes actitudes de los sirvientes que había identificado Virginia Woolf les habían aportado pocos resultados tangibles hacia 1914. A pesar del crecimiento en el trabajo de fábrica, muchos miles de personas tuvieron que depender del servicio doméstico para lograr empleo, y no podían permitirse el lujo de perder su trabajo desafiando abiertamente a un empleador. Sin embargo, sus aspiraciones a escapar del servicio en pos de algo mejor causaban una creciente ansiedad a sus patrones, a medida que quedaban disponibles más empleos en las fábricas y el debate sobre el seguro social insinuaba que los sirvientes también eran trabajadores. Los empleadores eran muy conscientes de que los huelguistas radicales de los

piquetes de fábrica tenían a representantes situados en sus salones y cocinas. Aquí había una señal de que estaba emergiendo una clase obrera moderna, una identidad compartida que unía a trabajadores no cualificados y artesanos, criadas y mineros, frustrados y airados por lo poco que les ofrecía la vida.

Si la relación entre huelguistas y criados causaba cierta consternación a los patrones de todo el país, también lo hizo el descubrimiento de que sus sirvientes abandonarían con gusto sus puestos por otra cosa. Antes de 1914, esa «otra cosa» generalmente significaba el matrimonio. A pesar de su cariño hacia su patrona, decía Kate Edwards, «si una puede pillarse un hombre serio y de bien que pueda conseguirle un hogar y un techo sobre su cabeza, lo pilla»[48]. El matrimonio proporcionaba libertades que el servicio nunca podría ofrecer, y las criadas solían casarse antes que las obreras de fábrica o las dependientas[49]. Cuando llegaba la oportunidad de irse, incluso aquellos que decían disfrutar de su trabajo o tener afecto por su patrona hacían las maletas y se mudaban sin mirar atrás. Margaret Morris se mantuvo en el servicio hasta que se casó a la edad de treinta y cuatro. Estaba tan feliz en su último lugar de trabajo que regresaba con frecuencia, ya casada, «para hacer mermelada y fruta en almíbar». Pero echaba de menos a sus compañeros del servicio, no a su patrona. Y, como muchas criadas, Margaret estaba decidida a que sus hijos no siguieran sus pasos: «No querría que ninguna de mis niñas entrara en el servicio; era una vida tan dura […] Me hubiera encantado haber trabajado en una oficina»[50]. Las criadas como Margaret Morris sacaban el mayor partido posible a su situación, pero su punto de vista del mundo difería del de sus empleadores, que creían que la tarea de la clase obrera residía en servirles.

Gran Bretaña en 1914 no era un lugar pacífico. En los años anteriores a la Gran Guerra, había comenzado a surgir la clase obrera moderna. Los trabajadores no cualificados, incluidos los sirvientes, empezaron a afirmar su independencia respecto a los empleadores con creciente contundencia. Las huelgas y disturbios ocasionales de finales del siglo XIX fueron reemplazados por un ola concertada de militancia industrial. El «problema de la servidumbre» alcanzaba nuevas cotas, a medida que las criadas retomaban la rabia expresada por sus padres y hermanos en los piquetes y la llevaban a las cocinas y salones de sus empleadores. El movimiento obrero

estaba empezando a tener un impacto en la vida política británica. Los éxitos del nuevo Partido Laborista provocaron reformas que no redujeron la pobreza, pero sí cuestionaron la anterior división entre los que servían y los que eran servidos. Las reformas de bienestar liberales reconocían que los intereses de estos dos grupos no eran mutuamente complementarios; que el bienestar de los trabajadores no era adecuadamente atendido por los acuerdos sociales y políticos existentes; y –en el debate sobre el seguro nacional– que los asalariados, ya fuera en casas privadas o en fábricas, tenían intereses importantes en común.

Sin embargo, la posición de estos trabajadores continuó siendo débil. «[Nosotros] éramos una comunidad intimidada y pasiva», diría Alice Foley años más tarde; el «miedo al despido o al abuso» impidieron que ocurriera algo. «En momentos aislados, sentí el anhelo de una existencia más amable, pero eran necesidades difusas, más que impulsos vigorosos»[51]. Ella era obrera de fábrica, y los criados tenían aún menos poder. Sin embargo, durante cada jornada de trabajo tenían ante ellas el ejemplo de una «existencia más amable»: la vida de sus adinerados empleadores. Viviendo en los rincones de casas acomodadas, los criados podían contrastar diariamente sus propias condiciones de vida con las de sus patrones. Al mismo tiempo, podrían comparar su falta de poder de negociación con los derechos limitados, pero crecientes, de sus padres, hermanos y hermanas en las fábricas. En 1914 eran ricos sólo en esperanzas y sueños; la guerra, y sus consecuencias, les darían la capacidad de materializar una pequeña parte de ellos.

[1] V. Woolf, *Mr. Bennett and Mrs. Brown* (Londres, 1924), p. 5.

[2] «Home Politics in 1910», *Manchester Guardian* (31 de diciembre de 1910), p. 6.

[3] «Industry and Commerce», *The Times* (30 de diciembre de 1910), p. 7.

[4] «Democracy and its Leaders», *The Times* (30 de diciembre de 1910), p. 7.

[5] En 1901 había 1.459.884 criados en Inglaterra, Escocia y Gales, y 1.335.389 en 1921. *Census of England and Wales, 1901: Occupation Tables* (Londres, 1903); *Census of England and Wales, 1921: Occupations* (Londres, 1924), gráfico 4; *Eleventh Decennial Census of the Population of Scotland, 1901*, vol. 2 (Londres, 1903); *Census of Scotland, 1921*, vol. 3: *Occupations and Industries* (Edimburgo, 1924), gráfico 2; *Census, 1951, England and Wales: Occupation Tables* (Londres, 1956), gráf. 3; *Census, 1951, Scotland, vol. 4: Occupations and Industries* (Edimburgo, 1956), gráf. 1.

[6] Citado en G. S. Jones, *Languages of Class* (Cambridge, 1982), p. 244.

[7] S. L. Hynes, *The Edwardian Turn of Mind* (Londres, 1991), p. 4.

[8] F. Thompson, *Lark Rise to Candleford* (Harmondsworth, 1973), p. 97.

[9] H. Mitchell, *The Hard Way Up: The Autobiography of Hannah Mitchell, Suffragette and Rebel* (Londres, 1977), p. 33.

[10] P. Dale y K. Fisher, «Implementing the 1902 Midwives Act: Assessing Problems, Developing Services and Creating a New Role for a Variety of Female Practitioners», *Women's History Review*, vol. 18, n.º 3 (2009), pp. 427-431.

[11] Women's Co-operative Guild, *Working Women and Divorce. An Account of Evidence Given before the Royal Commission on Divorce* (Londres, 1911), p. 22.

[12] «The Singer Strike», Glasgow Digital Library, University of Strathclyde, http://gdl.cdlr.strath.ac.uk/redclyde/redclyeve01.htm (consultado el 3 de febrero de 2013).

[13] A. Foley, *A Bolton Childhood* (Mánchester, 1973), p. 51.

[14] «Dundee Jute Strike», *Scotsman* (21 de marzo de 1912), p. 8.

[15] Foley, *Bolton Childhood*, p. 57.

[16] Gran parte de este párrafo está basado en C. Wrigley, «Mann, Thomas», *Oxford Dictionary of National Biography*.

[17] P. Thane, *Foundations of the Welfare State* (Londres, 1996), pp. 69-90.

[18] M. Pember Reeves, *Round about a Pound a Week* (Londres, 1913), pp. 1-2.

[19] *Ibid.*, p. 2.

[20] Citado en C. V. Butler, *Domestic Service. An Enquiry by the Women's Industrial Council* (Londres, 1916), p. 151.

[21] Mitchell, *The Hard Way Up*, p. 121.

[22] H. W. Fowler, *The Concise Oxford Dictionary of Current English* (Oxford, 1911), p. 1094.

[23] Véase la página de cartas de los lectores, *Manchester Guardian* (9 de marzo de 1914), p. 3.

[24] M. Beckwith, *When I Remember* (Londres, 1936), p. 68.

[25] «Mistress and Maid», *Scotsman* (5 de septiembre de 1913), p. 7.

[26] Para una descripción de las reformas de seguros, véase P. Thane, «The Making of National Insurance, 1911», *Journal of Poverty and Social Justice*, vol. 19, n.º 3 (2011), pp. 214-216.

[27] Foley, *Bolton Childhood*, p. 75.

[28] «The Insurance Bill and Domestic Servants», *The Times* (5 de junio de 1911), p. 7.

[29] Respecto a estos «estrechos lazos» véase W. Sighel, «The Insurance Bill and Domestic Servants», carta al editor, *The Times* (5 de junio de 1911), p. 7. Sighel continuaba afirmando que la Ley «podría aplicarse en casos de enfermedad». Respecto a las simulaciones de enfermedad *[malingering]*, véase The Writer of Your Special Articles (pseudónimo), «Mistaken Advice to Domestic Servants», carta el editor, *The Times* (7 de diciembre de 1911), p. 10. Otras cartas incluyen: H. Cox, «The Insurance Bill», carta al editor, *The Times* (6 de julio de 1911), p. 6; «Mistresses' and Servants' Campaign», *The Times* (21 de noviembre de 1911), p. 14; Lady Portsmouth, Lady Dorothy Nevill *et al.*, «A Petition of Protest», carta al editor, *The Times* (21 de noviembre 1911), p. 14.

[30] J. D. Casswell, *The Law of Domestic Servants:With a Chapter on the National Insurance Act, 1911* (Londres, 1913), p. 14.

[31] Thane, «National Insurance», pp. 215-216.

[32] G. Bernard Shaw, «National Insurance and Political Tactics», *The Times* (24 de octubre de 1911), p. 9.

[33] Entrevista a Mrs. M (Margaret es un pseudónimo), TS 137, *WEA domestic service interview collection*, Oxfordshire History Centre (a partir de aquí, OHC).

[34] Butler, *Domestic Service*, p. 11.

[35] Citado en L. Delap, *Knowing their Place: Domestic Service in Twentieth-century Britain* (Oxford, 2011), p. 49.

[36] Véase, por ejemplo, la entrevista a Mrs. U3, *Stirling women's oral history archive*, *Scottish Oral History Archive*, University of Strathclyde. Véase también *ibid.*

[37] Entrevista a Mrs. Lockwood, transcrip. n.º 129, *Family Life and Work Experience collection (FLWE), ESRC Qualidata Archive*, University of Essex.

[38] Entrevista a Mrs. Bairnson, transcrip. n.º 156, FLWE.

[39] Entrevista a Mrs. Myers, transcrip. n.º 315, FLWE.

[40] Margaret Morris, OHC.

[41] S. Marshall, *Fenland Chronicle: Recollections of William Henry and Kate Mary Edwards Collected and Edited by her Daughter* (Cambridge, 1967), p. 266.

[42] Citado en Delap, *Knowing Their Place*, p. 28.

[43] Entrevista a Mrs. A (Bessie Allan es un pseudónimo), TS 137, WEA domestic service interview collection, OHC.

[44] Entrevista a Lily Blenkin, transcrip. n.º 226, FLWE.

[45] *Ibid.*

[46] Entrevista a Walter Blackman, transcrip. n.º 96.

[47] Mrs Bairnson, 156, FLWE.

[48] Marshall, *Fenland Chronicle*, p. 266.

[49] D. Gittins, *Fair Sex* (Londres, 1982), p. 73.

[50] Margaret Morris, OHC.

[51] Foley, *Bolton Childhood*, p. 61.

2. Beligerantes de pelo corto

El 4 de agosto de 1914 el gobierno británico declaró la guerra a Alemania. Había comenzado la Gran Guerra, es decir, la guerra que supuestamente acabaría con todas las guerras. En cuestión de meses, las criadas habían desaparecido prácticamente de todos los hogares de clase media y alta, a medida que las mujeres jóvenes fueron incorporándose a las fábricas de municiones. El quinceañero Robert Roberts, aprendiz de ingeniería en Salford, observaba que el éxodo se debía al deseo de las jóvenes por lograr «libertad; sobre todo, libertad para juntarse fácilmente con hombres». Esta libertad estaba garantizada por la proliferación de empleos en talleres y fábricas, a medida que los hombres partían para combatir, y también por la necesidad de producir municiones que tenía el país, una demanda que amplió significativamente el número de empleos disponibles en las fábricas[1]. Estos puestos ofrecían horarios laborales más cortos y mejores salarios de los que recibían las criadas y, de manera crucial, la posibilidad de llevar una vida independiente. En 1919 el Comité del Gabinete de Guerra sobre las Mujeres en la Industria descubrió que las mujeres jóvenes de clase obrera eran reticentes a volver a recluirse en el «servicio doméstico, excepto como último recurso. Querían más libertad y horarios definidos»[2]. Hacia 1921 había 1.335.389 trabajadores del servicio doméstico; un millón menos que en 1911[3].

La Primera Guerra Mundial desafió dramáticamente las relaciones de clase en Gran Bretaña. El conflicto desplazó a la industria a miles de personas más –incluyendo a criadas–, y estos trabajadores ganaron nuevos derechos económicos y políticos. Antes de la guerra, aquellos que soportaron una pobre remuneración y largos horarios laborales tenían dos opciones: encontrar un trabajo mejor (algo no siempre posible) o ir a la huelga (lo que podría conllevar el despido). Durante la guerra, los empleadores y el gobierno necesitaban a los trabajadores; abarrotaron las fábricas de municiones no sólo artesanos cualificados, sino también trabajadores no cualificados y antiguos sirvientes domésticos. Los líderes obreros fueron capaces de negociar salarios y horarios con los empleadores

y el gobierno, y establecer un lugar permanente en la mesa de negociaciones nacional. En 1914, 437.000 mujeres y 3.708.000 hombres habían pertenecido a algún sindicato. Hacia 1920, más de un millón de mujeres y siete millones de hombres estaban sindicados[4].

Pero si la experiencia compartida del trabajo bélico fue importante en el auge de la moderna clase obrera, también lo fueron las repercusiones de la guerra. El gobierno de coalición de posguerra, formado por conservadores y liberales, incumplió las promesas hechas en tiempos de guerra: que, al llegar la paz, proporcionaría empleo y «hogares para los héroes». El gobierno obligó a muchas mujeres a volver al odiado servicio doméstico. La combinación de unas aspiraciones que se habían incrementado como resultado del trabajo durante la guerra, y la frustración ante la escasez postbélica de vivienda y empleos, alimentó el deseo de la gente corriente por un trabajo industrial regulado, tiempo para el ocio y relevancia política. Los intentos, por parte de los empleadores, de adoptar medidas drásticas contra las nuevas señales de independencia entre sus trabajadores –personificadas en la criada que se mantenía a la moda con su pelo corto– sólo exacerbaron la tensión.

A los trabajadores de fábricas, tiendas y talleres les fue bien al finalizar la guerra. En 1916 el gobierno llegó a un acuerdo con los sindicatos, en el que se limitaba el derecho a huelga durante la duración del conflicto, a cambio de mejores salarios y jornadas laborales más cortas. La familia Andrews, de Bristol, estaba entre ellos. En 1914 al sr. Andrews le costaba encontrar trabajo, y dependía, para alimentar a sus siete hijos, de empleos coyunturales en los puertos de la ciudad y en las playas de maniobras ferroviarias. Nellie, su hija de catorce años, miraba hacia el futuro tanto con expectación como con temor, aguardando el día en que pudiera abandonar el colegio, en 1916: expectación, porque sería capaz de contribuir a las arcas de la familia, pero también temor, porque el único trabajo disponible era el servicio doméstico. Sin embargo, hacia 1915 las circunstancias de su familia habían cambiado; respecto a sus padres, «sus mejores días los vivieron durante la guerra». La actividad económica estaba en ebullición alrededor del puerto de Bristol, los ferrocarriles tenían más trabajo, y las fábricas de la ciudad buscaban más mano de obra, a medida que los hombres abandonaban el frente. «Mi padre tenía trabajo, y mi madre

consiguió […] un trabajillo propio.» Las mismas perspectivas de Nellie mejoraron. Pudo lograr un empleo en la fábrica de tabaco de Wills en Bedminster, el mayor empleador del sur de Bristol y uno de los mejores de la ciudad: además de pagar salarios razonables, además de procurar vacaciones y una pensión, la familia Wills había equipado su fábrica con luz eléctrica, maquinaria moderna, unos lavabos adecuados y una cantina para los obreros. Hacia 1917 la familia Andrews tenía «a tres de nosotros en Wills». Con cinco salarios fijos, «tenía[mos] más comida para los pequeños, un poco más de dinero»[5].

Trabajar en Wills era especialmente preferible a un empleo de criada –o «fregona», como las llamaban desdeñosamente los obreros–. En 1920 a las criadas se les pagaba entre cuatro y 18 chelines por semana, pero en un taller o fábrica una mujer podía ganar 28; su salario semanal se había doblado desde 1914[6]. A los trabajadores de fábrica y taller se les contrataba por una semana de cuarenta y ocho horas, mientras que los criados estaban a plena disposición de su empleador durante las veinticuatro horas del día[7]. La generación de la guerra tenía nuevas experiencias con las que comparar el servicio doméstico; y lo encontraban insuficiente. «Desde que entré a trabajar en el servicio, tuve que abandonar mis labores en la parroquia, y la educación musical», se quejaba una joven que trabajaba como cocinera en 1919 y había comenzado su vida laboral como peón de fábrica de municiones. «Una chica, en un taller o fábrica, puede realizar su labor comunitaria y también mejorar su educación»[8].

Muchos observadores de clase media y alta temían que el rechazo de las mujeres de clase obrera al trabajo de «fregona» augurase una transformación social más amplia y radical. En 1918 la Ley de Representación del Pueblo (también llamada Cuarta Ley de Reforma) garantizaba el sufragio universal masculino para los hombres mayores de veintiún años; anteriormente, las cualificaciones de propiedad impedían que votara en las elecciones generales el 40 por 100 de la población adulta masculina. A las mujeres propietarias de más de treinta años también se les garantizó el voto, aunque esto dejaba sin derecho a voto a las mujeres sin propiedad (incluyendo a la mayor parte de sirvientas domésticas) y a los veinteañeros. Estas fueron victorias importantes para los movimientos obrero y sufragista, ganadas a un gobierno que esperaba atemorizado a que la transición hacia la paz fuera más estable que las revueltas y la revolución

que se habían vivido en Alemania y Rusia. La Ley de Educación de 1918 elevó la edad de escolarización obligatoria de los doce hasta los catorce años, una meta que había sido buscada con tesón por una generación de sindicalistas en los pueblos algodoneros de Lancashire, donde los propietarios de fábricas empleaban a niños como mano de obra barata. En 1919 el gobierno aprobó la Ley de Vivienda y Planificación Urbana, que instaba a las autoridades locales a proporcionar vivienda a todos los que necesitaran acomodación. Las leyes de vivienda del mismo año ofrecían incentivos financieros a los constructores privados que quisieran construir casas para la venta.

Estas medidas, sin embargo, no contuvieron el apoyo creciente al movimiento obrero. En 1918 el Partido Laborista aprobó unos nuevos estatutos, que le comprometían con la redistribución de la riqueza. Los diputados laboristas ganaron sesenta y tres escaños en las elecciones de ese año, un cambio notable en la fidelidad de los obreros, que antes apuntaba hacia los liberales.

La afiliación sindical había aumentado durante la guerra, a medida que los sindicatos lograban mayor poder y credibilidad[9]. Pero aquellos que apoyaban a los laboristas también se habían desilusionado con el gobierno de coalición de Lloyd George. Había ganado las elecciones de 1918 prometiendo un país preparado para recibir a los héroes que volvieran de la guerra: a estos les esperarían empleos estables y mejores viviendas. Pero hacia 1919 las colas del paro estaban aumentando, mientras la industria británica pugnaba por reconvertirse a una economía en tiempos de paz. El gobierno no hizo nada por ayudar. La prestación por desempleo siguió siendo escasa para los miles de hombres y mujeres que se encontraron sin trabajo. La Cuarta Ley de Reforma otorgaba el derecho a voto a sólo el 40 por 100 de las mujeres. Los fabricantes textiles convencieron al gobierno de coalición para que retrasara la implementación de la Ley de Educación de 1918 hasta 1921. En las ciudades británicas, millones de personas continuaron viviendo en arrabales masificados. Al final de la guerra, quinientas mil familias necesitaban urgentemente una nueva casa, pero el gobierno no respaldó su legislación con ningún apoyo directo a las autoridades locales, y en 1921 sólo se habían construido 214.000 casas[10].

La rebelión fue la consecuencia inmediata. En 1919 se produjeron disturbios en la mayor parte de pueblos y ciudades importantes. La policía y

el ejército intentaron sofocar las protestas en lugares tan dispares como Glasgow y Luton. El 31 de enero se produjeron enfrentamientos entre la policía y cientos de obreros en huelga que exigían una semana de cuarenta y ocho horas, en George Square, Glasgow. Entre los detenidos estaba el activista laborista Emanuel Shinwell. Se le sentenció a cinco meses de cárcel por incitación a la revuelta. William Gallacher pasó tres meses encarcelado por los mismos cargos. Gallacher, que después se convertiría en un destacado diputado comunista, era uno de los «Red Clydesiders» que habían llamado la atención de la policía y los políticos por primera vez en 1915, cuando esos obreros de construcción naval y sus esposas organizaron y huelgas de alquiler y paros en los astilleros. La indignación prendió entonces por el comportamiento de los propietarios de viviendas y empleadores locales, quienes se habían servido de la llegada a la ciudad de cientos de trabajadores de la industria bélica para alzar los alquileres y reducir los salarios.

Los disturbios de 1919 fueron desencadenados por un profundo resentimiento ante el llamamiento del gobierno de coalición a un esfuerzo «nacional» para ganar la guerra, un esfuerzo que en realidad parecía exigir mucho más sacrificio a los trabajadores que a los industriales y magnates inmobiliarios. El tratamiento dado a Shinwell, Gallacher y sus compañeros de revuelta alimentó la sensación de injusticia entre los manifestantes. El antagonismo y la sospecha mutua dio forma a las relaciones entre empleadores y trabajadores de Clydeside durante la década de 1920, que se enquistaron en un círculo vicioso de recortes salariales, paros laborales y despidos.

Los manifestantes de Clydeside incluían también a personas mayores, desempleados, niños y mujeres que no trabajaban, todos los cuales se unieron a las huelgas de alquiler de los años de posguerra. En Glasgow, como en otras partes, mucha gente miraba a los propietarios inmobiliarios al menos con tanto rencor como a los empleadores. A veces unos y otros eran la misma persona, y a menudo tenían huevos en muchos cestos; algunos venían de familias terratenientes, otros se habían enriquecido en la industria. En los pueblos pequeños los residentes podían recorrer fácilmente las conexiones entre la alta burguesía terrateniente, los industriales y los propietarios inmobiliarios, que a menudo eran miembros de la misma familia. Percy Wiblin creció en Abingdon, Oxfordshire. Su hogar de

infancia era una casa abarrotada en un patio medieval; el propietario de la fábrica textil, que ocupaba un lado del patio, dejaba libres esas casas en ruinas para alojar a sus trabajadores. Cuando Percy se casó en 1930, él y su mujer Lil alquilaron «una pequeña casa […] llena de puñeteras chinches y pulgas» de otro propietario fabril local, Bill Brind. «En esa época la opinión de la gente no contaba nada», recordaba Percy. «Si gente como la familia Morland [propietarios inmobiliarios y dueños de una fábrica cervecera local] o la familia Saxby venían y decían algo, se hacía lo que decían, y punto. Así es como se dirigía la ciudad, y ellos tenían a gente en el gobierno local, gente pudiente, que pertenecía a [esas familias]. Ellos eran los que controlaban Abingdon»[11]. Mientras la reforma de la Cámara de los Lores había puesto coto a algunas de las ambiciones políticas de la aristocracia, su poder pervivió, en la medida en que muchas familias seguían siendo influyentes propietarias de inmuebles, y otras se adaptaban a los nuevos desafíos de la Gran Bretaña de posguerra convirtiéndose en dueñas de manufacturas o magnates de la prensa. La conexión entre riqueza heredada, industriales y elite política nunca se interrumpió del todo.

Hacia el verano de 1919 la frustración ante la hipocresía del gobierno había provocado disturbios en otros lugares. Uno de los más tumultuosos se produjo en Luton, donde la política local se dirigía de manera similar a la descrita por Percy Wiblin. Los ex-militares desempleados estaban furiosos con el gobierno local por las extravagantes celebraciones de la victoria. El 19 de julio se unieron al desfile oficial de la victoria e interrumpieron con gritos la proclamación de paz del alcalde; entonces, la multitud se lanzó hacia adelante, forzando al alcalde y los concejales a retirarse humillados al Ayuntamiento, perseguidos por cientos de manifestantes. En el juicio posterior contra los arrestados durante los desórdenes, los fiscales intentaron identificar a los «cabecillas», pero los informes contradictorios sugerían que la revuelta había sido completamente espontánea. Maud Kitchener, de cuarenta años, admitió que había «animado a la multitud a atacar a la policía». Durante el proceso, afirmó ante una sala abarrotada que había llevado «la chaqueta de un soldado por diversión», sintiendo que como obrera tenía más afinidad con los soldados que muchos de los dignatarios locales[12]. A Joseph Pursey, que vestía «tres condecoraciones por heridas de guerra» en el uniforme, se le acusó de gritar «El alcalde y el secretario municipal están aquí, chicos. ¡Echémosles!»[13]. Se saquearon

tiendas –un grupo de alborotadores se llevó tres pianos de una tienda de música– y se atacó el banco de alimentos. El alcalde pasó la tarde escondido en su oscuro despacho, en vez de disfrutar del suntuoso banquete preparado por el Ayuntamiento. A primera hora de la mañana se le sacó a escondidas del pueblo, disfrazado de agente auxiliar de policía.

El resultado más significativo de las revueltas fue el miedo: miedo a la clase obrera y de lo que era capaz. En Luton, el alcalde se retiró de la vida política, el Ayuntamiento organizó un banquete para los residentes de la *workhouse*, y los participantes en los disturbios recibieron sentencias ligeras, algo que reflejaba el miedo de las autoridades a las repercusiones. En Glasgow los «Red Clydesiders» no lograron todo lo que esperaban, pero sus acciones mantuvieron a raya la avaricia y las ambiciones de sus empleadores y caseros. En este clima muchos políticos miraban de reojo a Rusia, donde la guerra había acabado en revolución, y a Alemania e Italia, donde la revolución se pudo evitar sólo por poco. El miedo al poder colectivo de la clase obrera durante la siguiente década moldearía las relaciones entre el Parlamento y el movimiento obrero, y, no menos significativamente, entre empleadores y trabajadores.

En octubre de 1922 el Partido Conservador decidió dar término a su coalición de posguerra con los liberales. Lloyd George dimitió como primer ministro, para ser reemplazado por el líder conservador Andrew Bonar Law. Un mes después, Bonar Law convocó unas elecciones generales, que tuvieron como resultado el retorno al gobierno de su partido. Los conservadores ganaron principalmente con los votos de la clase media, pero también lograron atraer a algunos votantes nuevos de clase obrera; los obreros varones, recién incluidos en el electorado, habían sido un objetivo electoral desde 1918. Las afinidades políticas partidistas nunca se habían repartido netamente según las líneas de clase social, pero el ascenso del Partido Laborista provocó que algunos conservadores y liberales temieran que la clase obrera pudiera ahora unirse para expulsarles del poder. Después de 1918 tanto liberales como conservadores trabajaron duramente para forjar alianzas mutuamente beneficiosas en la política municipal inglesa, galesa y escocesa. Estas alianzas se realizaron, como señala el historiador James Smyth, «siempre para un único propósito; mantener a los laboristas fuera del gobierno». Lo hicieron principalmente cortejando el voto de aquellos electores que nutrían las filas de organizaciones como el Sindicato

de Clase Media, y cuya preocupación por los impuestos y la independencia respecto a la clase obrera era compartida por la mayor parte de políticos liberales y conservadores. Pero estos partidos también ofrecían un atractivo negativo a los votantes de clase obrera, promoviendo un mensaje antisocialista que subrayaba sus vínculos con el bolchevismo «foráneo», la violencia, la tiranía y la inestabilidad económica. Votar a los conservadores suponía, para algunos hombres de clase obrera, un voto que les distinguía como patriotas; también parecía garantizar cierto grado de certidumbre política y económica y, especialmente en algunas circunscripciones rurales, un voto para el empleador o propietario inmobiliario[14].

Los conservadores continuaron la estrategia marcada por la coalición a la que reemplazaron, introduciendo políticas que buscaban deliberadamente limitar el poder económico y político de la mayoría del electorado. En el mes que transcurrió entre la caída de la coalición de posguerra de Lloyd George y las elecciones generales, Bonar Law nombró ministro de Sanidad a Arthur Griffith-Boscawen, de cincuenta y siete años de edad, hijo de un gran propietario de Denbighshire. Su cartera incluía ese molesto problema de posguerra: la vivienda. Cuando Boscawen entró en el cargo, el hacinamiento –definido como más de dos personas ocupando una habitación– era una realidad para millones de personas que vivían en pequeñas cabañas rurales, pisos adosados o –especialmente en las ciudades escocesas– bloques de pisos.

La vida era dura en tales condiciones, especialmente para las mujeres que luchaban por mantener limpias sus casas. Winifred Foley creció en una pequeña casa rural de mineros de dos pisos, una casa «dos arriba, dos abajo» en Forest of Dean, que alojó a los seis miembros de la familia hasta que Winifred partió para entrar en el servicio doméstico, en 1928. En su pueblo, como en muchos otros, el hacinamiento empeoró las cosas por el hecho de que no había «desagües ni basureros», y tampoco electricidad. El hogar de Winifred Foley dependía de lámparas de parafina, que eran caras de mantener y producían mucho humo, con lo que añadían más suciedad a la casa[15]. En su pequeña sala de estar con cocina su madre intentaba secar la ropa junto al fuego y cocinar, mientras cinco o seis niños jugaban a su lado. Lejos de ser una existencia idílica, la vida rural a menudo era dura, estrecha y claustrofóbica.

Boscawen estaba decidido a aliviar estos problemas. Era un político conservador experimentado, respetado por la cúpula de su partido. Había ejercido el cargo de ministro de Pensiones en la coalición que gobernó durante la guerra, y después como ministro de Agricultura en el gobierno de posguerra. Pero comenzaba su nuevo papel negándose a cumplir la promesa de la coalición: construir más viviendas. Boscawen rechazó la idea de que los votantes de clase obrera necesitaran mejor alojamiento, y aconsejó a las parejas jóvenes que continuaran compartiendo las pequeñas casas y pisos de sus padres, en vez de buscar una casa propia: «En China, y en general en Oriente», declaró, «siguen viviendo satisfechos bajo el techo paterno». Los comentarios de Boscawen ilustraban cuán lejos estaba el votante de clase obrera respecto a los intereses de su partido. Su sugerencia de que los británicos de clase obrera tenían menos en común con las clases medias y altas del país que con los pueblos nativos de China y Asia –en este momento todavía ampliamente considerados como inferiores, social y biológicamente, a los británicos– era sumamente reveladora[16].

Desafortunadamente para Boscawen, muchos de sus votantes estaban en desacuerdo con su punto de vista. En las elecciones de noviembre de 1922 perdió su escaño, después de sólo un mes en el cargo. Tristemente para los votantes, sin embargo, los conservadores siguieron decididos a limitar el gasto en vivienda pública. El problema de la vivienda no se resolvió durante la década de 1920 porque los constructores privados construyeron muy pocas casas de alquiler, las autoridades locales no recibieron el dinero o incentivos para construir muchas viviendas públicas, y las que se construyeron comportaban alquileres que estaban más allá del alcance de las familias más pobres. «En la práctica», escribe el historiador John Burnett, «las viviendas públicas acabaron destinadas a … dependientes y comerciantes, artesanos y trabajadores semicualificados en mejor situación, con familias de tamaño medio y empleos estables»[17]. La demanda se quedaba especialmente corta.

Las políticas de desempleo del gobierno no se centraban en crear trabajos, sino en obligar a las mujeres a que entraran en el servicio doméstico. La prensa de derechas apoyaba esta postura. Su «vida de ociosidad», atronaba un editorial del *Times*, «no debería pagarse con dinero del bolsillo público»[18]. El *Daily Express* de Lord Beaverbrook lamentaba los «abusos del subsidio de paro» por parte de mujeres «para las que el servicio

doméstico es, obviamente, el empleo adecuado»[19]. El *Daily Mail* del vizconde Rothermere llevó a cabo una exitosa campaña de propagación del miedo hacia los «abusos» de la prestación del paro por parte de las mujeres desempleadas. Tras este asalto de la prensa, el gobierno conservador de Bonar Law anunció en 1922 que el subsidio de desempleo de las mujeres solteras cesaría si se negaban a entrar en el servicio doméstico; incluso en los casos en los que aceptar el empleo significara abandonar el hogar familiar.

Pero esta política no ayudó en nada a aquellos hombres adultos que conformaban la mayoría de los desempleados británicos. El desempleo alcanzó un máximo en 1921, cuando el 11 por 100 de los trabajadores asegurados estaban sin trabajo, y muchos miles más carecían de seguro[20]. Los desempleados habían trabajado en las industrias que habían alcanzado una sobreproducción de bienes en los años finales de la guerra o los primeros años de posguerra –como la construcción naval–, o que se enfrentaban a una dura competición extranjera. Con la excepción de la manufactura textil, que empleaba a miles de mujeres en el noroeste de Inglaterra, estas industrias empleaban abrumadoramente a hombres cualificados. Mineros, obreros metalúrgicos y de la construcción se vieron duramente golpeados, con sus cuotas de desempleo llegando a más del 20 por 100 en cada una de sus industrias[21].

Que los hombres se quedaran sin empleo por culpa de la incorporación de las mujeres al mundo laboral era un mito; pero uno bien poderoso. Los conservadores no eran los únicos que culpaban del desempleo masculino a las trabajadoras. En 1920 el primer alcalde laborista de una gran ciudad, Tom Fox, declaró que las chicas del «*pin money* –aquellas que meramente trabajaban para permitirse pequeños gastos personales– tendrían que abandonar sus puestos en el Ayuntamiento para que estos pudieran ser ocupados por veteranos de guerra»[22]. Sin embargo, una investigación posterior descubrió que el aumento de empleos cubiertos por mujeres «se debía principalmente a la mayor carga de trabajo en los departamentos municipales», más que al hecho de que las mujeres reemplazaran a los hombres[23].

Estos políticos ignoraban el papel que empleadores y gobierno desempeñaron en causar el desempleo masculino, que no se debía a que las mujeres les quitaran el trabajo a los hombres, sino al veloz declive de la

industria pesada. Las industrias ligeras que estaban empezando a reemplazarla se especializaban en la manufactura mecanizada en masa, de ropas, comida y mobiliario; los empleadores adoptaron una producción de línea de montaje para permitirles emplear a trabajadores jóvenes y mujeres no cualificadas, que eran más baratos que los hombres adultos cualificados[24]. El gobierno, implacablemente del lado de los empleadores, se negó a interferir en tales políticas de contratación, o a asumir la responsabilidad de crear empleo para los miles de hombres que se encontraban en el paro.

Aumentar el suministro de sirvientes domésticos no sólo era un modo de desviar la atención del enfoque *laissez-faire* de los ministros respecto al trabajo industrial, sino un medio para ganar apoyos entre los votantes de clase media, de los que dependían los conservadores. Entre las mujeres jóvenes de clase obrera, su «incansable deseo de independencia, que es un legado de la guerra» –en palabras de un editorial del *Daily Mail*–, amenazaba el estilo de vida de sus empleadores[25]. En 1920, George Askwith –en palabras de su biógrafo, un funcionario «mordaz y egocéntrico» que durante la guerra había sido el principal consejero del gobierno para las relaciones industriales– fundó el Sindicato de Clase Media. Fue el primer ejemplo de una serie de asociaciones y grupos de contribuyentes –entre los cuales estaba la Anti-Waste League– creados como reacción a lo que Askwith consideraba la amenaza que planteaban sindicatos y subsidios a las condiciones de vida de los contribuyentes de clase media[26]. El Sindicato, como otras asociaciones de contribuyentes, demostró ser popular entre los propietarios inmobiliarios, indignados ante el gasto estatal destinado a los desempleados.

Los escritores y políticos de clase media retrataban a las criadas como símbolos de una clase obrera nueva, independiente, potencialmente insurreccional. Algunos presentaban las demandas de mayor independencia de las trabajadoras modernas como antipatrióticas. En 1919, Lady Askwith, la mujer de George Askwith, escribió un panfleto en el que argumentaba que el servicio doméstico debía fortalecerse para asegurar el futuro de la raza británica. El Ministerio de Reconstrucción del gobierno publicó esto en una breve serie de panfletos diseñados para facilitar la transición a la vida civil. La «salud y prosperidad» de las mujeres de clase media, concluía Ellen Askwith, «es de vital importancia para el futuro de la raza, más que

satisfacer las demandas de un único conjunto de trabajadores»[27]. Pese al hecho de que la amplia mayoría de británicos eran de clase obrera, esta escritora, y la mayor parte del gobierno, presentaban sus intereses como marginales e insignificantes; sólo las necesidades de la clase media eran de «importancia vital».

El aumento en el trabajo de talleres y fábricas y la Ley de Educación de 1918 alimentaron el antagonismo y el recelo hacia una clase obrera cada vez más autónoma, social y políticamente. Al informar de una investigación del gobierno sobre la escasez de servidores domésticos en 1923, el *Daily Mirror* señalaba con desaprobación que «el mejor nivel educativo» ha resultado (como es habitual) en una sensación generalizada de superioridad respecto a las tareas domésticas»[28]. Un gran número de comentaristas de clase media creían que la más ligera mejora en las condiciones de vida de los trabajadores era altamente amenazadora para la estabilidad social del país –y para sus propios privilegios.

Aquellas mujeres que se vieron forzadas a volver al servicio doméstico lo detestaron. Antes de la guerra, había pocas alternativas. Pero la experiencia del trabajo en la industria bélica –tanto el suyo como el de sus hermanas o amigas de mayor edad– ensanchó los horizontes de posguerra para las jóvenes asalariadas. En 1922, Emily Cleary dejó la escuela a los catorce años. Vivía en un pueblo en las afueras de Mánchester, y tenía grandes esperanzas de lograr un trabajo cualificado como repostera. La guerra, dijo, «supuso todo un nuevo abanico de posibilidades; fíjate que antes no había mucho disponible para las chicas –chicas de mi clase, quiero decir–, para las chicas de pueblo, no había nada para ellas excepto el servicio»[29]. Emily logró su objetivo, pero durante su formación enfermó. Cuando se recuperó, su madre le dijo que se iría de casa para entrar en el servicio doméstico. «No había nada más en aquella época […] mi madre era desesperadamente pobre, y en aquellos días era habitual hacer lo que se te decía»[30].

Aunque en realidad el número de sirvientes domésticos aumentara entre 1921 y 1931, los hombres y mujeres de pueblos y ciudades cada vez tenían más posibilidades de encontrar trabajo en las fábricas. Después de un lento comienzo en la posguerra, la manufactura comenzó a expandirse. Viejas industrias como el acero habían dependido de un pequeño número de

trabajadores cualificados, pero estos nuevos empleadores de manufacturas eligieron concentrarse en bienes de consumo –comida enlatada, ropa a la moda y aparatos eléctricos– producidos de modo barato y uniforme, usando tanta mecanización como fuera posible. No necesitaban a trabajadores que hubieran pasado por un largo aprendizaje, sino a gran cantidad de ellos, para que ocuparan sus líneas de producción: y de repente se disparó la demanda de jóvenes asalariados, que eran más baratos que los adultos.

Aquellas mujeres que sí entraron a trabajar en el servicio doméstico podían comparar constantemente su propia experiencia de empleo con la de sus compañeras en fábricas y talleres. Ellen Gibb era una adolescente cuando partió de su hogar, en una aldea aislada de Leicestershire, para trabajar como la única criada en una familia de clase media, en un pueblo en las afueras de Leicester. Pero, para cuando comenzó a trabajar, las chicas que vivían en el pueblo de su empleador se beneficiaban de un servicio regular de autobús a la ciudad, donde encontraron trabajo en las cada vez más numerosas fábricas textiles y de confección. A las seis, cada tarde, cuando estaba ocupada limpiando la casa de su empleador, «solía ver a las chicas bajarse del bus, y pensaba que sus vidas eran ciertamente más libres»[31]. Pero fuera de las grandes ciudades las oportunidades para las jóvenes seguían siendo limitadas.

El llamativo número de trabajadores de fábrica capaces de disfrutar de su independencia implicaba que el servicio doméstico se vería cada vez más como un trabajo inferior, que sólo desempeñaban los hijos de las familias más pobres y de los ambientes más rurales. Como la mayor parte de hombres y mujeres que entraron en el servicio doméstico después de la Primera Guerra Mundial, Edith Edwards sintió que «siempre hubo un estigma» respecto a su trabajo[32]. Edith, que había crecido en Macclesfield, aspiraba a convertirse en oficinista, pero «éramos muy, muy pobres»[33]. Su padre había muerto; su familia dependía de la paga que recibía su madre por múltiples trabajos de limpiadora. Convertirse en oficinista significaba seguir un curso de mecanografía o contabilidad, o al menos el desembolso que suponía adquirir una blusa blanca. Así que entró a trabajar de criada, un trabajo que se asociaba cada vez más con la pobreza, la falta de libertad y las promesas rotas de la Gran Guerra.

Que estas mujeres deseaban dejar el servicio por un trabajo industrial o de venta al público nos da una pista de cuán degradante era el trabajo

doméstico para miles de criadas, pues las fábricas y tiendas no eran lugares amables de trabajo. En 1928, el Advisory Council for Juvenile Employment de Londres decía que «el obrero de fábrica promedio es encargado u operador de máquina o se dedica a dividir, llenar, empaquetar o alguna otra forma de almacenaje, y principalmente en este último tipo de trabajo es donde se emplea a chicos, chicas y mujeres»[34]. Su trabajo era aburrido, y los horarios extenuantes. Las condiciones a menudo resultaban atroces. Aún a mediados de la década de 1930 miles de trabajadores industriales en el East End londinense, Birmingham y Mánchester trabajaban en talleres pequeños, apretados y mal acondicionados, que recordaban al siglo XIX, evadían la detección de la Inspección de Fábricas y constituían una «amenaza real […] para la salud del obrero»[35]. En la fábrica Ferranti de Lancashire donde trabajaba Lucy Lees, de catorce años, el techo estaba en tan mal estado que los excrementos de pájaro caían sobre los propios trabajadores[36].

Los propietarios respondían a las quejas de sus jóvenes criadas con antagonismo. La intimidación y el mezquino abuso de poder era el destino de muchas criadas. En 1923 la quinceañera Nora Sandys abandonaba su hogar familiar en un pueblo de Lancashire para incorporarse como la única criada de una gran parroquia victoriana, a unas pocas millas. Su jornada típica comenzaba a las seis en punto, cuando tenía que levantarse en un dormitorio lleno de agujeros y sin calefacción, y vestirse rápidamente antes de comenzar sus tareas: «Reunir los zapatos, bajar las escaleras, devolverlos, limpiar la chimenea, encender el fuego, cebar el balde de carbón, preparar la mesa para el desayuno del patrón, ir al salón, limpiarlo […] llevarle a la patrona el desayuno a la cama». Para entonces, Nora llevaba en pie más de dos horas. Si tenía suerte, le quedaría tiempo para hacerse un té y tomarse una rebanada de pan y mantequilla para desayunar, antes de que tuviera que «sacar la escoba y el recogedor y limpiar la alfombra y todo el mobiliario, que eran muebles de caoba grabada, muy pesados […] Después el recibidor, los platos, y el dormitorio principal, mi dormitorio, el rellano, y el baño».

Nora tenía que trabajar rápidamente, pues todos estos quehaceres debían completarse hacia mediodía si quería llegar a tiempo para preparar el almuerzo. El vicario y su mujer exigían un almuerzo caliente cada día, así que tenía que sacar tiempo para preparar la carne o pescado al principio de

la mañana, y después, a mediodía, «cocinar las verduras y a la una cambiarme de mi uniforme de mañana al de tarde, y poner la mesa para la comida». Después de comer sola en la cocina sin calefacción, Nora tenía toda una tarde de trabajo por delante, sin ninguna compañía. «Era muy fuerte, estaba muy sana y en esa época [mi patrona] había quebrado mi espíritu completamente, así que me volví muy obediente», recordaba. «No cuestionaba nada»[37].

La carga de trabajo de Nora Sandy no era inusual; pocas criadas en la década de 1920 contaban con ayuda para las tareas domésticas y la cocina. Las familias de clase media pocas veces podían permitirse o alojar a más de una «criada-para-todo». Las mansiones británicas, con su gran número de criados, criadas y personal de cocina, sólo habían dado empleo a una pequeñísima minoría de sirvientes, y en los años veinte estos hogares señoriales habían decrecido en número y riqueza, a medida que las exportaciones baratas erosionaban el valor de la agricultura y las familias aristocráticas vendían parte de su tierra. Hacia la década de 1920, más del 70 por 100 de los hogares que empleaban a sirvientes tenían sólo uno, habitualmente una joven, de la que se esperaba que cargara con todo el trabajo doméstico y a menudo cuidara también de los hijos de sus empleadores[38].

Estos propietarios de clase media ya no necesitaban emplear a criadas; sus casas modernas de entreguerras eran más pequeñas, más luminosas y fáciles de limpiar que las casas de campo eduardianas o las casas señoriales georgianas, y había nuevas maneras de limpiarlas. Ya en 1919, Baxendales, uno de los grandes almacenes más importantes de Mánchester, declaraba en sus anuncios publicitarios que «las aspiradoras resolverán el problema de los sirvientes»[39]. Hacia 1930, la mayor parte de profesionales asalariados podían permitirse las nuevas aspiradoras, neveras y hornillos; pero los clientes potenciales todavía eran reacios a comprar. Preferían, en palabras de Winifred Foley, que entró en el servicio con catorce años, «una criatura que funcionara con muy poco combustible y no cuestionara su suerte»[40]. Para que funcionara este cálculo, los sirvientes debían costar menos que el tiempo y dinero que tendría que invertir una mujer de clase media en aparatos domésticos. Por consiguiente, los hogares de clase media acababan empleando a una criada-para-todo por una miseria.

Ante este trabajo asfixiante, no es sorprendente que algunas sirvientas, como Nora Sandys, acabaran resignadas y desesperadas. Pero otros sirvientes de posguerra canalizaron sus esperanzas de un tipo de vida mejor hacia su limitado tiempo de descanso y se lanzaron al nuevo mundo que surgía alrededor de sus áticos y sótanos. En las grandes ciudades y pueblos el cine estaba empezando a ganar popularidad; hacia 1916 Gran Bretaña ya alardeaba de sus 5.000 salas de cine[41]. Sin embargo, antes de la llegada del cine sonoro (los «*talkies*») a finales de la década de 1920, bailar era un pasatiempo aún más popular. Entre 1918 y 1925 se abrieron 1.100 salas de baile en todo el país, ofreciendo diversión a una clientela predominantemente de clase obrera[42]. El baile del sábado por la noche «era una vía de escape de la realidad para miles de dependientes, trabajadores de fábrica y empleados que podían permitirse salir una vez a la semana, según recordaba un asistente habitual de la sala de baile Regent de Brighton, que abrió en 1923 y acomodaba a 1.500 clientes en las mejores noches[43].

Las criadas tenían demasiado poco tiempo de descanso para permitirse estos respiros con asiduidad. Pero lo que sus empleadores encontraban tan molesto era que, por mucho que su libertad estuviera limitada, sus criadas dieran rienda suelta a su nueva independencia en el corazón de los hogares de clase media y alta. «La antigua criada sabía cuál era su lugar», se quejaba un remitente en la página de cartas del *Manchester Guardian* en 1923; «la chica moderna no, y, aunque se le da más relevancia y libertad, a menudo sólo abusa de ella»[44]. Las criadas se convirtieron en símbolos de una nueva modernidad asertiva, que se expresaba en ropas producidas en masa y cosméticos que sugerían que una chica podía escapar de «su lugar», si bien fugazmente. Después de que Emily Cleary –la aspirante a repostera– se cortara el pelo en 1925, su disgustada patrona «dijo: “Ahora mira lo que eres, una vulgar fregona” –pues bueno, simplemente di media vuelta y salí de la habitación»[45]. Los infructuosos esfuerzos de los empleadores por reprimir la independencia de sus criadas simplemente alimentaron el resentimiento de sus trabajadoras –y su determinación de abandonar el servicio tan pronto como pudieran.

En las casas señoriales georgianas, las residencias eduardianas y los adosados británicos, el pelo corto, los rostros maquillados y las piernas con

medias de las criadas delataban una sutil pero significativa transformación social. Ni siquiera el alto desempleo, los recortes de subsidios y los excesivos horarios mal remunerados podían erosionar la exigencia de una independencia social y financiera que la servidumbre doméstica nunca podía ofrecer. Estas eran las «turbulencias» sobre las que había escrito Woolf. Habían comenzado antes de la Primera Guerra Mundial, pero habían sido exacerbadas por dos experiencias formativas. La primera fue el trabajo durante la guerra. Entre los años 1914 y 1918 la fuerza laboral británica se industrializó realmente. Muchos miles de trabajadores experimentaron condiciones similares y descubrieron, en la nueva y urgente demanda por su trabajo, un poder económico y político sin precedentes. Utilizaron la fortaleza de la acción colectiva para asegurar mejores salarios –y ganar más tiempo de ocio en el que disfrutarlos.

La segunda experiencia fue el retorno a la «normalidad» de los tiempos de paz. Las incumplidas promesas políticas de más empleo y vivienda, y las medidas coercitivas que forzaban a las mujeres a retornar al servicio doméstico mientras sus hermanos y padres languidecían en las largas colas del paro, provocaron resentimiento y rabia hacia el gobierno y los empleadores. Sólo tres años después de que Virginia Woolf hubiera descrito esta transformación, el antagonismo de clases al que aludió explotaría en una de las huelgas más grandes y convulsas que jamás hubiera vivido Gran Bretaña.

[1] R. Roberts, *The Classic Slum* (Hardmondsworth, 1974), p. 222. He documentado las experiencias de asistentes de tienda, peones de fábrica y dependientas en S. Todd, *Young Women, Work, and Family in England, 1918-1950* (Oxford, 2005), cap. 1.

[2] War Cabinet Committee on Women in Industry, *Report* (Londres, 1919), pp. 241, 99-100.

[3] *Census of England and Wales, 1901: Occupation Tables* (Londres, 1903); *Eleventh Decennial Census of the Population of Scotland, 1901*, vol. 2 (Londres, 1903); *Census of Scotland, 1911*, vol. 2 (Londres, 1913), gráf. 2.

[4] Cifras de afiliación tomadas de S. Lewenhak, «Trade Union Membership among Women and Girls in the United Kingdom, 1920-1965», tesis doctoral (Londres, 1972), pp. 32, 45. Datos demográficos tomados de G. S. Bain y R. Price, *Profiles of Union Growth: A Comparative Statistical Portrait of Eight Countries* (Oxford, 1980), p. 37.

[5] Entrevista con Nellie Andrews (pseudónimo), RO11, colección de historia oral, Bristol Reference Library. Mi agradecimiento a Josie McLellan por llamar mi atención sobre este archivo.

[6] «Industrial Depression and Domestic Service», *Yorkshire Post* (15 de septiembre de 1920), p. 3; I. Gazeley, «Manual Work and Pay», en N. Crafts, I. Gazeley y A. Newell (eds.), *Work and Pay in*

Twentieth Century Britain (Oxford, 2007), pp. 66-68; Labour Party, *What's Wrong with Domestic Service?* (Londres, 1930); D. Caradog Jones, *Social Survey of Merseyside*, vol. 2 (Liverpool, 1934), p. 311; y H. L. Smith, *New Survey of London Life and Labour*, vol. 2 (Londres, 1934), p. 468.

[7] Sobre los cambios en los horarios laborales, v. Gazeley, «Manual Work and Pay», pp. 61-62.

[8] Citado en S. Mullins y G. Griffiths, *Cap and Apron: An Oral History of Domestic Service in the Shires, 1880-1950* (Leicester, *c.* 1986), p. 15.

[9] Lewenhak, «Trade Union Membership among Women and Girls», p. 45, y Bain y Price, *Profiles of Union Growth*, p. 37.

[10] J. Burnett, *A Social History of Housing, 1815-1985* (Londres, *c.* 1986), p. 221.

[11] Entrevista con Percy Wiblin, OT 609, Abingdon Oral History Project, OHC.

[12] «The Luton Riots», *Manchester Guardian* (21 de octubre de 1919), p. 8.

[13] «MA Accused in Luton Riots», *Daily Mirror* (1 de agosto de 1919), p. 15.

[14] J. Smyth, «Resisting Labour: Unionists, Liberals, and Moderates in Glasgow between the Wars», *Historical Journal*, vol. 46, n.º 2 (2003), p. 377.

[15] W. Foley, *Child in the Forest* (Londres, 1974), pp. 18-19.

[16] Citado en Burnett, *Social History of Housing*, p. 222.

[17] *Ibid.*, p. 233.

[18] «Domestic Servants and Unemployed Benefit», *The Times* (3 de marzo de 1921), p. 11.

[19] «More Servants Soon?», *Daily Express* (9 de marzo de 1921), p. 1.

[20] Para este temprano periodo no hay datos disponibles sobre el desempleo distribuidos por género. Véase B. R. Mitchell, *British Historical Statistics* (Cambridge, 1988), p. 124, gráf. 8.

[21] G. Routh, *Occupations and Pay in Great Britain, 1906-1979* (Londres, 1980), p. 122.

[22] «Unemployed Ex Soldiers», *Manchester Guardian* (2 de octubre de 1920), p. 9.

[23] «Pin Money Women. None Employed by the Manchester Corporation», *Manchester Guardian* (27 de octubre de 1920). p. 7.

[24] «Slump in Trade», *Observer*, 26 de septiembre de 1920, p. 16.

[25] A. Bingham, *Gender, Modernity and the Popular Press in Interwar Britain* (Oxford, 2004), pp. 68-69.

[26] R. Lowe, «Askwith, George Ranken», *Oxford Dictionary of National Biography.*

[27] Ministry of Reconstruction, *Domestic Service* (Londres, 1917), pp. 2 y 14.

[28] «No Servants», *Daily Mirror* (5 de mayo de 1923), p. 5.

[29] Entrevista con Mrs. E. Cleary, cinta n.º 28, colección Manchester Studies, Tameside Local Studies Library (TLSL).

[30] *Ibid.* Véase también la entrevista con Joan Whitfield, AMS 6416/1/6/13, Lewes, en la colección Living Memory, East Sussex Records Office (ESRO), Lewes.

[31] Citado en Mullins y Griffiths, *Cap and Apron*, p. 13.

[32] Entrevista con Edith Edwards, cinta 36, colección Manchester Studies, TLSL.

[33] *Ibid.*

[34] London Advisory Council for Juvenile Employment, *A Guide to Employment for London Boys and Girls* (Londres, 1928), p. 130.

[35] J. Beauchamp, *Working Women in Great Britain* (Nueva York, 1937), p. 24.

[36] Entrevista con Lucy Lees, n.º 1999.0335, North West Sound Archive (NWSA), Lancashire Record Office.

[37] Entrevista con Mrs. Sandys, cinta n.º 9, colección Manchester Studies, TLSL.

[38] Citado en V. Markham y F. Hancock, *Report on the Postwar Organisation of Private Domestic Employment* (Londres, 1945), p. 4. Sobre el predominio de un solo criado o criada en hogares de clase media, véase H. Perkin, *The Rise of Professional Society: England since 1880* (Londres, 1989), p. 78, y Smith, *London Life and Labour*, vol. 8, part 2 (Londres, 1934), p. 315.

[39] Anuncio clasificado, *Manchester Guardian* (1 de marzo de 1919), p. 1.

[40] W. Foley, *The Forest Trilogy* (Oxford, 1992), p. 140. Sobre la capacidad de los consumidores de clase media para comprar aparatos domésticos, véase S. Bowden y A. Offer, «Household Appliances and the Use of Time: The United States and Britain since the 1920s», *Economic History Review*, vol. XLVIII, n.º 4 (1994), p. 745; T. Devine, *The Scottish Nation, 1700-2000* (Londres, 2000), pp. 243-245.

[41] C. Langhamer, *Women's Leisure in England, c. 1920–c. 1960* (Mánchester, 2000), p. 58.

[42] D. Beddoe, *Back to Home and Duty: Women between the Wars 1918-1939* (Londres, 1989), p. 115.

[43] http://www.mybrightonandhove.org.uk/page_id__6373_path__0p115p191p980p.aspx.

[44] H. Harvey, carta del lector, *Manchester Guardian* (18 de mayo de 1923), p. 5.

[45] Mrs. E. Cleary, 28, colección Manchester Studies, TLSL.

3. Enemigos interiores

En la mañana del 4 de mayo de 1926, Harry Watson, de veintidós años de edad, salió de su casa al este de Londres y se dirigió hacia las dársenas del puerto, donde trabajaba como peón. Pero este no era un día de trabajo normal. Cuando llegó, la multitud allí congregada no hacía cola para lograr un trabajo eventual –la imagen habitual con la que se encontraban los visitantes del puerto–, sino que celebraba un mitin. Había comenzado la huelga general en toda Gran Bretaña. Esa mañana, mientras escuchaba los discursos de sus compañeros, Harry se convenció de que iban «a ganarla, porque era una huelga nacional y [los más veteranos] sabían qué tipo de poder y autoridad confería. No había duda de que habría una capitulación por parte del gobierno»[1].

Entre 1,5 y 3 millones de una masa laboral sindicada de 6 millones fueron a la huelga el 4 de mayo –mientras millones más de viudas, hermanas, amigas y vecinas ofrecieron activamente su apoyo a los huelguistas–[2]. En la tarde anterior, el 3 de mayo, Walter Citrine, el secretario general del Trade Union Congress (TUC), había anunciado que los trabajadores del transporte británicos irían a la huelga en apoyo de los mineros del país, que estaban rechazando unos salvajes recortes salariales. Pero esto era algo más que una protesta por los salarios. «La huelga realmente fue un grito desesperado por la dignidad de los hombres», dijo Winifred Foley, que tenía entonces doce años y era hija de un minero en huelga. Su padre y sus compañeros querían «poder realizar un trabajo semanal completo en la mina, que se les pagara lo suficiente para llenar los estómagos de sus familias» sin miedo al desempleo[3]. La huelga fue una batalla por la ciudadanía económica: por el reconocimiento de que aquellos que trabajaban estaban contribuyendo a la riqueza del país, y por tanto merecían una parte de ella. Era una «asombrosa demostración de la determinación de la clase obrera»[4].

Las quejas que impulsaron la convocatoria se habían estado macerando desde el final de la guerra. Desde 1919 los mineros se enfrentaron a

sucesivos recortes salariales, y hacia 1924 se habían realizado huelgas en las industrias del acero y el carbón, como resultado de los intentos de los empleadores de recortar salarios y empleos, y por la frustración ante el primer gobierno laborista, elegido ese año, que se mostró indiferente a las demandas de los mineros. Ramsay MacDonald, el primer ministro de la breve administración laborista en minoría, criticó a los huelguistas por su «deslealtad», y su gabinete consideró a los responsables meros exponentes de la «influencia comunista» dentro del movimiento sindical. A partir de entonces los dirigentes sindicales se aproximarían a los líderes laboristas con mucha más precaución, siendo ya conscientes de que existía un conflicto entre los intereses de sus miembros y el deseo de los políticos laboristas por cortejar a un electorado más amplio.

Las elecciones generales de noviembre de 1924 devolvieron al gobierno al partido conservador de Stanley Baldwin. Al año siguiente el ministro de Hacienda *(chancellor of the Exchequer)*, Winston Churchill, devolvió la libra británica al patrón-oro; una decisión que exacerbó enormemente la tensión entre los mineros y sus empleadores. Churchill quería alzar el valor de la libra contra otras divisas nacionales, un gesto hacia aquellos que recordaban el predominio imperial de Gran Bretaña en los años anteriores a 1914, pero que fue desastroso para la economía británica, como ya predijo el economista John Maynard Keynes. En 1914 el gobierno y los industriales británicos pudieron apoyarse en el imperio tanto para producir como para consumir bienes británicos. Pero hacia 1925 los industriales británicos dependían fuertemente de los bienes exportados, y las manufacturas tenían que poner precios competitivos a sus productos en el libre mercado internacional. La jugada de Churchill tornó prohibitivamente caras las exportaciones.

La industria minera se vio especialmente perjudicada. Los propietarios de explotaciones mineras anunciaron que tendrían que reducir los precios, y que estos recortes de precios debían sufragarse con reducciones salariales. Los mineros reaccionaron indignados. Ya habían sufrido recortes desde el final de la Gran Guerra, y afirmaban que no podrían soportar más reducciones. Señalaban que los propietarios de explotaciones podían permitirse perfectamente un recorte en los pingües beneficios que continuaban recolectando. La solución de Baldwin fue pagar una

subvención a los propietarios; un enfoque notablemente más caritativo que el adoptado por su partido hacia los desempleados del país.

En el Parlamento, Baldwin afirmó que la subvención era necesaria para evitar una gran confrontación entre empleadores y trabajadores en una de las mayores industrias británicas[5]. Pero en privado se dio una explicación más agresiva. Kingsley Martin, militante del Partido Laborista y profesor en la London School of Economics, recordaba que

> Churchill y los más enardecidos del gabinete esperaban ansiosos una huelga, sabiendo que habían construido una organización nacional en los seis meses de gracia que habían logrado por mor del subsidio a la industria minera. El propio Churchill me dijo esto en la primera ocasión en que nos reunimos […] Cuando Winston dijo que se había aceptado la subvención para permitir que el gobierno aplastara a los sindicatos a menos que los mineros se rindieran antes, mi imagen de Churchill se vio confirmada[6].

Baldwin era más moderado –a diferencia de Churchill, se negaba a consentir que las tropas dispararan sobre los huelguistas–, pero era inflexible respecto a que los sindicatos tendrían que aceptar las exigencias de los empleadores. En agosto de 1925 los ministros discutieron cómo preparar la organización de emergencia de suministros y transportes «al mayor punto de eficiencia posible» en «el próximo par de meses», anticipándose a una huelga general[7]. Baldwin advirtió al TUC contra la convocatoria de una huelga: «Permitidme decir que ninguna minoría en un país libre ha doblegado nunca a toda la comunidad […] cuando la comunidad tiene que protegerse, con toda la fortaleza del gobierno detrás, la comunidad lo hará, y su respuesta sorprenderá a las fuerzas de la anarquía a lo largo y ancho del mundo»[8].

En un momento en que la mayoría del pueblo británico era clase obrera, la presentación de Baldwin de los sindicalistas como una «minoría» comprometida con la «anarquía» era cuanto menos curiosa. Los ministros conservadores sabían que, numéricamente, los sindicatos se hacían más fuertes. Fue esto lo que causó tanta preocupación a estos políticos. El derecho de los sindicatos a negociar en nombre de sus afiliados se había establecido en arduas negociaciones durante el siglo XIX, y había resultado consagrado por ley durante las primeras dos décadas del siglo XX. La Primera Guerra Mundial había atraído a miles de trabajadores no cualificados y semicualificados, y establecido nuevos derechos de negociación para ellos. Hubo muchos dentro del Partido Conservador que

esperaban ansiosamente una excusa para coartar el poder colectivo de esos trabajadores.

En abril de 1926 el gobierno dejó de pagar la subvención a los propietarios de explotaciones mineras, y la huelga se hizo más que probable. Los periódicos de tendencia tanto liberal como conservadora reflejaron el horror de Baldwin ante el hecho de que la clase obrera cometiera la osadía de ir a la huelga. Era imposible, opinaba el *Manchester Guardian*, «concebir que el país pueda quedar implicado en algo como una huelga general. Pero todo esto no sólo está escrito, sino que basta la creencia instintiva en la cordura de la mayor parte de ingleses para nutrir la esperanza de que no se producirá»[9]. El periódico advertía a sus lectores que rendirse «a la presión de la fuerza» sería admitir que «los días de gobierno de la mayoría en Gran Bretaña estarían contados»[10].

Como Baldwin, la prensa británica representaba a los obreros del país como una terca minoría cuyos objetivos estaban más allá de lo comprensible. Mucha gente de clase media, liberal y de izquierdas simplemente dio por sentado que representaban a la parte principal de la sociedad británica, y que sus opiniones conformaban el sentido común, mientras que las ideas de los sindicalistas eran radicales o irracionales. Estos editoriales de periódico eran la primera pista de que, en un tiempo de conflicto, muchos defensores acomodados, ya fuera de los laboristas o de los liberales, arrojarían por la borda sus simpatías partidistas para defender sus privilegios contra el trabajo organizado.

La dirección del TUC acudió reacia a la huelga general. Al dar su aquiescencia a un recorte salarial para los mineros, el TUC creyó que dejarían al movimiento obrero en la impotencia. Pero estos hombres moderados no estaban interesados en «secuestrar al país para obtener un rescate», como sugerían los periódicos británicos en la víspera de la huelga[11]. El 2 de mayo el Consejo General del TUC escribió al gabinete Baldwin ofreciendo «en la eventualidad de una huelga general […] negociar la distribución de víveres esenciales». Después de «algunas discusiones entre los representantes del gobierno y el Consejo General», se llegó al acuerdo de que continuarían las «conversaciones de carácter informal y de las que no se tomaría nota estenográfica» en la eventualidad de una huelga, para coordinar la distribución de alimentos y combustible[12]. Estas discusiones se mantuvieron en secreto ante los

sindicalistas de base. Muchos de ellos se escandalizaron cuando quedó claro, el 3 de mayo, que el TUC sólo convocaría a la huelga a los ferroviarios, trabajadores del transporte, metalúrgicos, impresores y estibadores.

El 4 de mayo comenzó la huelga. El llamamiento a la acción trajo una extraña calma a los puertos, estaciones de tren, centros de ciudades y pueblos. Los quioscos estaban vacíos; se detuvo el ruido de martillos y taladros en los astilleros; el silbido de los motores de vapor se extinguió. Al igual que los ferroviarios, mozos de cuerda, soldadores, conductores de autobús y trabajadores portuarios, otros obreros que apoyaban a los mineros detuvieron sus brazos sin el permiso del TUC, entre ellos muchos obreros textiles de Lancashire.

Durante los siguientes días, estos huelguistas fueron conscientes de que no tenían líderes; la huelga era una lucha entre estos obreros comunes y el *establishment* político. La dirección del TUC se mantuvo en la tibieza, y los líderes políticos laboristas ofrecieron poco apoyo a los huelguistas. A algunos, procedentes de ambientes aristocráticos o de la clase media-alta, les preocupaba que los intereses de los huelguistas pudieran dañar irreparablemente los suyos propios. Entre ellos estaba Philip Snowden, el primer laborista en ocupar el cargo de ministro de Hacienda en el gobierno en minoría de 1924. Se oponía a la huelga, pero «no lamentaba que se hubiera intentado este experimento. Los sindicatos necesitaban una lección sobre la futilidad y necedad de tal exhibición de fuerza. Una huelga general en ninguna circunstancia podría ser exitosa […] No hay país en el mundo que tenga proporcionalmente una población de clase media tan grande como Gran Bretaña»[13]. La lógica de Snowden era altamente cuestionable: la Cuarta Ley de Reforma había ampliado masivamente el electorado para incluir a muchos situados fuera de la «clase media». Su opinión mostraba que él, junto con los máximos dirigentes liberales y conservadores, se tomaba las preocupaciones de estos nuevos votantes mucho menos serio que las de los comerciantes, profesores y pequeños empresarios que conformaban la clase media.

El gobierno de Baldwin etiquetó a los huelguistas de delincuentes, antipatrióticos y desleales. «La visión del gobierno es que debe haber un gobierno», rezaba un comunicado de prensa, «y que debe gobernar no tomando partido en la disputa, sino afirmándose como el poder supremo de

la comunidad que debe situarse por encima de todos los intereses sectoriales»[14]. Los huelguistas eran representados como un «interés sectorial», mientras que los intereses de los propietarios de minas de carbón eran tratados como sinónimos de «la comunidad».

Quién formaba parte de la «comunidad» de Baldwin quedó claro cuando el llamamiento del gobierno al «trabajo leal» tuvo eco en los primeros días de mayo. Como explica la historiadora Rachelle Saltzman: «Estudiantes de la universidad y jóvenes empresarios se disfrazaron con uniformes obreros, asumieron las tareas de camioneros, conductores de autobuses y guardias voluntarios *[special constables]* […] Las mujeres de la alta sociedad se ofrecían a llevar a quienes necesitaran transporte, ejercían de operadoras telefónicas, servían té a los voluntarios»[15]. Ellen Havelock había llegado recientemente desde Girton College, Cambridge. A las pocas horas de anunciarse la huelga, «se hizo público el llamamiento "nuestro país te necesita"» en las ondas y en la prensa escrita. «Y, por supuesto, respondieron los mejores y más inteligentes, incluyendo a mi prometido, que se unió de inmediato y se fue corriendo a Londres.» Muchas personas de clase media y alta compartían el patriotismo de Havelock. «Cualquiera que proviniese de hogares como el mío se habría ofrecido como voluntario», explicaba Phineas May, un judío londinense de clase media que había abandonado hacía poco la escuela privada. Se ofreció voluntario como *special constable* porque «sentías que era lo correcto, del mismo modo en que cuando hay una guerra te alistas»[16]. Esta guerra se libraba contra la clase obrera organizada.

Como era de esperar, dado el alto desempleo y la propaganda estatal, muchos desempleados y obreros manuales respondieron a la petición de voluntarios que realizó el gobierno. George Richardson, de dieciocho años, estaba entre ellos. Aprendiz de ingeniero en Peterborough, su decisión de ofrecerse voluntario estuvo fuertemente influida por su padre, un trabajador cualificado que nunca había estado sin trabajo. Peterborough era una ciudad con un gran número de trabajadores del transporte, pero muchos de ellos eran trabajadores ocasionales; familias como los Richardson a menudo tenían vínculos más fuertes con los trabajadores agrícolas de sus pueblos de origen que con otros trabajadores de la fábrica. Durante mayo de 1926 George disfrutó su trabajo en la planta de energía local por la camaradería y sensación de heroísmo que inspiraba: «¡Estábamos manteniendo en

funcionamiento la planta de energía! […] ¡Estábamos tan orgullosos de lo que estábamos haciendo!»[17]. Para quienes solían ser tratados como socialmente inferiores, ser honrados como patriotas era una experiencia embriagadora.

En el caso de otros esquiroles de clase obrera, necesitaban el trabajo. En Bristol, Alf Canning, de dieciocho años, conductor de autobús, continuó en su puesto de trabajo cuando los demás hicieron huelga. Su padre, un peón que «no estaba sindicado, supongo», le dijo a Alf que mantuviera la cabeza gacha. Los siete hermanos y hermanas de Alf dependían mucho de su salario, y en 1926 «si tenías un trabajo te iba bien». Con tanta gente desesperada por lograr un empleo en Bristol, Alf y sus compañeros tuvieron que «ser cuidadosos en todos los sentidos; podrías ser su víctima si no les gustaba el color de tus ojos»[18]. En varias ciudades hubo muchos jóvenes desempleados que se ofrecían como voluntarios, principalmente para ganar unos pocos chelines, aunque algunos de ellos también expresaban un conservador fervor patriótico. En Glasgow entre los rompehuelgas había miembros de los Billy Boys, una violenta pandilla callejera protestante que brindó protección a las reuniones locales del Partido Conservador a lo largo de las décadas de 1920 y 1930[19].

Pero la mayoría de los voluntarios provenía de un entorno mucho más privilegiado. Algunos, como Mary Chitty, una adinerada estudiante de Girton College, Cambridge, creía que los huelguistas eran revolucionarios peligrosos –«después de todo, la revolución rusa era bastante reciente»[20]–, mientras que había otros que sí sentían cierta simpatía hacia la difícil situación de los huelguistas. Algunos de estos voluntarios se etiquetaban a sí mismos como laboristas o liberales. El prometido de Ellen Havelock era un militante laborista en Cambridge. Sin embargo, se ofreció como voluntario porque consideraba que los intereses de su país chocaban con los de los mineros. No todos los de su entorno social estaban de acuerdo: más tarde descubrió que su abuela, que recordaba los cierres patronales de la mina de carbón a finales del siglo XIX, había enviado dinero en secreto, cada semana, a la caja de resistencia del TUC[21].

La huelga general fue una lucha de clases. Reveló el antagonismo que muchas de las clases altas y medias sentían hacia peones, criados y obreros de talleres y fábricas que les servían. El honorable John Jones provenía de una familia terrateniente de Suffolk y se acababa de graduar en la

Universidad de Cambridge. Durante la huelga condujo autobuses en Londres.

> Todo el asunto era un chiste. Te subías al bus y tenías a un «Special» sentado a tu lado con una porra, de modo que, si alguien se levantaba, le bajaba de un golpe […] Y la gente se subía al bus […] decías «¿a dónde quieres ir, querida?» […] Con tal de que llegáramos finalmente al destino, no importaba. Y todo el mundo se partía de risa […] llevamos a algunas adorables señoras que simplemente querían darse gratis un paseo […] Y nos lo pasamos muy bien.

En esos nueve días de mayo pudo verse a «mujeres de clase alta actuando como sirvientas […] mujeres vestidas como hombres, gente de clase alta vistiendo y actuando como miembros de clase baja […] y una atmósfera general de día de fiesta»[22].

Hacia 1926 las «juergas» provocadoras y violentas eran parte de la vida cotidiana de la gente de moda en Londres, la Bright Young People, presentes en la novela de 1930 de Evelyn Waugh *Vile Bodies*. «Juergas» y «festivales» eran un medio para que la generación más joven afirmara su superioridad financiera y social. Estas «juergas» a menudo implicaban vestirse como obreros o desempleados, imitando su tosca gestualidad. Jessica Mitford recordaba que la huelga general trajo un gran revuelo a su hogar, aislado, rural y aristocrático:

> Había una emocionante sensación de crisis en el aire […] Todos nos vimos obligados a prestar nuestros servicios para paliar la crisis. Nancy y Pam [sus hermanas], por entonces de veintipocos años, abrieron una cantina en un viejo granero en la carretera principal […] donde se turnaban para servir té, sopa caliente y sándwiches a los camioneros esquiroles. Después de las clases, Gorgo y yo con nuestra institutriz, y Debo con la niñera, emprendíamos el penoso camino colina arriba para ayudar, con Miranda [la corderita que tenía Jessica como mascota] bien pegada a los talones, por si un bolchevique salía de un brinco de entre los setos[23].

A la hermana de Jessica, Pam, se le acercó en la cantina que regentaba para los rompehuelgas un

> mugriento vagabundo […] «¿Me sirve una taza de té, señorita?», preguntó mirando a Pam con lascivia. Tenía su horrible cara muy cerca de la de Pam […] «¿Me da un beso, señorita?», dijo, y le rodeó la cintura con un brazo. Pam, aterrada, soltó un chillido de pánico, y con las prisas por apartarse de él se cayó y se torció el tobillo. Resultó que el vagabundo era Nancy [su hermana] disfrazada. A fin de cuentas, a todas nos dio pena que la huelga general llegara a su fin y que la vida volviera a la aburrida normalidad[24].

Antes de la Primera Guerra Mundial, disfrazarse e imitar a los criados y empleados era parte integral de las celebraciones anuales, como la Navidad

y la fiesta de la cosecha, en la que los empleadores de clase alta atendían a sus criados[25]. Tales rituales subrayaban el vínculo de obligación mutua que se suponía que tenía que definir al «servicio». También suponían que tal inversión de papeles era una transgresión temporal del orden «natural» de las cosas. Pero hacia 1926 este significado se perdía en las mascaradas de los Bright Young Things mencionados. Muchas de sus «juergas» fueron provocadas por la inestabilidad política de los años de posguerra, y eran un medio de afirmar temporal, provocadora y a veces violentamente sus pretensiones de superioridad social.

Reírse de la gente era algo serio. «[E]so fue lo que derrotó a la huelga», afirmaba John Jones; «todos los que eran de mi edad simplemente tratamos todo el asunto como un chiste, ¡y lo fue!»[26]. Hacerse con los empleos de los huelguistas sugería que los acomodados voluntarios, y no la clase obrera, eran la espina dorsal de Gran Bretaña; los huelguistas eran prescindibles, y su exigencia de un tratamiento igual, risible. Diana Athill, que era una niña en 1926, daba por descontado el sentimiento de superioridad social de su aristocrática familia. En sus años de adolescencia, sin embargo, llegó a descubrir que esto se apoyaba en una dura verdad: «despreciaban a casi todo el resto del mundo»[27]. Nosotros somos el país, dijeron los voluntarios de 1926; somos necesarios. Vosotros, los huelguistas, dependéis de nuestra buena voluntad, y no al revés.

Mas, por importante que fuera el trabajo voluntario, el gobierno sabía que la victoria dependía de su movilización de los medios, la policía y, en última instancia, las fuerzas armadas. En un esfuerzo por mantener a raya la agresividad de Winston Churchill, Baldwin le permitió editar la *British Gazette*, el periódico de propaganda del gobierno, y el único diario de tirada nacional publicado a lo largo de la huelga. Sus hojas estaban llenas de discursos y declaraciones de Baldwin de que los huelguistas pretendían «matar de hambre […] al país»[28]. La BBC siguió la línea del gobierno; la corporación se negó a retransmitir un llamamiento al gobierno y al TUC por parte del arzobispo de Canterbury, en el que apelaba a que volvieran a la mesa de negociaciones, después de que el gobierno expresara su desaprobación. Aunque el TUC publicaba su propio folletín informativo, el *British Worker*, este a menudo era extremadamente difícil de encontrar. Era parte de una estrategia del gobierno por impedir que los huelguistas se comunicaran entre sí, así como con un público más amplio. En Battersea, el

trabajador de ferrocarril de veintiún años Harry Wicks, huelguista él mismo, se quejaba de estar «hambriento de noticias»[29].

Pero, al ver que los huelguistas no mostraban signos de volver al trabajo, el gobierno decidió recurrir a la fuerza. El 7 de mayo una noticia publicada en el *Birmingham Post* y algunos periódicos más, impresos por rompehuelgas, informaba a sus lectores de que «cualquier miembro de las defensas civiles o militares que impida el desorden puede estar seguro de que el gobierno de Su Majestad apoyará sus acciones, ahora y después»[30]. Se enviaron tropas para trabajar en los muelles. A Harry Watson y sus camaradas les «llegó el rumor de que había soldados en los muelles descargando barcos, y que los camiones subían por Victoria Dock Road operados por las tropas […] desde luego, cuando llegamos a Barking Road, fuera de la estación de Canning Town, ya se veían camiones con alambre de espino alrededor y, detrás del alambre, las armas de los soldados».

En esta fase de la disputa, muchos obreros –incluido Harry Watson– creían que el gobierno estaba tan comprometido con el debate pacífico y democrático como sugería su propaganda. Estaban a punto de recibir un duro golpe. En Canning Town

> la gente gritaba y abucheaba […] pero […] había todavía un cierto grado de buen humor en ello. [Entonces] la policía comenzó a empujar desde atrás –en vez de colocarse frente a nosotros, estaban detrás– y siguieron empujando y empujando, y se nos empujaba más allá, hacia la carretera y […] antes de darnos cuenta la policía estaba aporreándonos, causando más rabia y, durante media hora, un auténtico estallido.

Impactado, Harry volvió a casa, a Battersea. Pero la huelga se hizo cada vez más violenta en los días siguientes. Las acciones del gobierno radicalizaron a muchos obreros. El 8 de mayo los huelguistas de Canning Town planearon una venganza:

> Antes de que subieran por la carretera principal, cientos de ellos arrancaron las barandas de hierro de los muros y las llevaron por Barking Road. Cuando llegué allí, había varios camiones ya que habían sido volcados […] Y entonces desde Victoria Dock Road llegaron más camiones con tropas, y de nuevo la policía se desplegó […] pero antes de que pudieran comenzar a hacer nada la multitud se encaró con la policía y empezaron a blandir sus barras de acero[31].

Esta fue una victoria efímera para Harry Watson y sus compañeros. Más tarde, ese mismo día, el ejército logró romper una línea de piquetes para

transportar comida a un centro de distribución organizado en Hyde Park –una victoria estratégica que la *British Gazette* proclamó como una demostración de que el gobierno controlaba la situación–. Pero la violencia aumentó en otros lugares. El 10 de mayo los huelguistas hicieron descarrilar el *Flying Scotsman* a su paso por Northumberland. Los mineros, en Glasgow, fueron encarcelados por enfrentarse con la policía cuando esta intentaba asegurar que las tropas entraran en las cocheras de Kilmarnock[32].

El gobierno invocó los draconianos poderes de la Ley de Poderes de Emergencia de 1920 para reprimir la protesta. Un minero en Penrith fue encarcelado durante tres meses, condenado a trabajos forzados por distribuir carteles que exhortaban a los mineros a no romper la huelga[33]. Ciento tres huelguistas y sus defensores fueron acusados de violencia y desorden en Northumberland, 110 en el West Riding de Yorkshire y 183 en el condado de Durham[34]. En County Durham, un huelguista fue encarcelado durante tres meses supuestamente por haber amenazado con que «si Stanley Baldwin emplea sus fuerzas –la fuerza policial, la aérea, el ejército y la marina–, nos enfrentaremos a ellos y se irán a pique […] Me estoy escribiendo con un amigo en el ejército y otro en la marina y dicen que un buen número de ellos seguirán la bandera roja cuando llegue la oportunidad»[35].

Hombres y mujeres que se consideraban gente respetable y respetuosa de la ley se encontraban ahora criminalizados. Harry Musgrave era el hijo de un minero en County Durham. Su padre era

> una persona muy bien educada y respetuosa de la ley […] no rompería un plato. Ese hombre tan respetuoso quebrantó la ley durante la huelga de 1926; obviamente, al principio fueron a las escombreras a recoger carbón hasta que no quedó nada. Después abajo, en los bosques de Bloemfontein […] comenzaron a trabajar un filón […] y desde luego que era ilegal; alguien vigilaba por si hubiera un policía. Así que hicimos una fogata[36].

Hombres como el sr. Musgrave se dieron cuenta de que las leyes de Gran Bretaña no estaban hechas principalmente para su protección. Mientras que la propaganda del gobierno sugería que los huelguistas eran una minoría, o incluso «agitadores comunistas», muchos se sintieron forzados al comportamiento criminal por las acciones del gobierno. Para aquellos que

se habían enorgullecido de ser gente que obedecía la ley, esta era una experiencia demoledora.

Hacia el 10 de mayo el trato del gobierno hacia los huelguistas estaba provocando incomodidad entre mucha gente que inicialmente había mantenido una postura ambigua sobre la disputa. Edith Holt, de Bristol, se contaba entre ellos. Obrera de fábrica con niños pequeños, lo «sentía por los mineros», pero estaba desesperada por la huelga: «Está claro que los mineros habían dejado a todos los demás sin trabajo [al hacer huelga]». Pero cuando los mineros de Gales del Sur marcharon a Bristol para celebrar un mitin, ella se sintió sorprendida e intimidada por el modo en que les recibieron. «Toda la policía salió a caballo y golpeaban a diestro y siniestro.» Edith se encontró atrapada en la melé al volver a casa desde el centro. «[La policía] te perseguía a cualquier sitio. Y yo tenía a mis bebés en el carrito y corrí hasta Newgate Hill para quitarme de en medio.» Mientras que presentaba públicamente a los mineros como un diminuta minoría, en realidad el gobierno de Baldwin hacía la guerra contra la clase obrera en su conjunto, sin pararse a diferenciar entre huelguistas y espectadores. Al hacerlo, provocaron que observadores como Edith pensaran que tenían mucho en común con los propios huelguistas[37].

El 12 de mayo el TUC capitulaba y declaraba el fin de la huelga. La dirección había decidido que nunca podría ganar a la máquina de propaganda del gobierno y su control de las fuerzas armadas. Pero los sindicalistas de base estaban devastados, viéndolo, con razón, como una enorme derrota para la clase obrera. En Swansea, los huelguistas no podían creerlo; cuando la policía y los periodistas les contaron la decisión «protestaron a gritos al escuchar las noticias: “Dejad de tomarnos el pelo”»[38]. Cuando llegaron las noticias a la multitud que estaba fuera del Ayuntamiento de Battersea, «los obreros simplemente abuchearon y gritaron», recordaba Harry Wicks. «Decidimos que debíamos marchar de vuelta al trabajo. La mayor parte de los obreros empleados en Victoria Station eran de Battersea, así que la sección decidió presentarse en sus puestos al día siguiente, y marchamos desde Battersea hacia Victoria Station»[39]. Lo mismo ocurrió en toda Gran Bretaña.

Sólo se mantuvieron los mineros; sin embargo, para diciembre de 1926 ellos también habían vuelto al trabajo, derrotados por los propietarios de minas, que les habían suspendido de sus empleos hasta que los sindicatos

aceptaran las reducciones salariales que habían dado pie a la propia huelga general. En Navidad, hombres como el sr. Musgrave o habían vuelto al trabajo en condiciones y términos más duros, o habían sido despedidos por empleadores que les acusaban de ser radicales revolucionarios. En 1927 el gobierno de Baldwin había aprobado la Ley de Conflictos Laborales, que prohibía las huelgas de apoyo o solidarias, y planteaba estrictas limitaciones a los piquetes.

Uno de los legados más importantes de la huelga fue que el movimiento obrero de Gran Bretaña se comprometió firmemente con el cambio constitucional, más que con el activismo o la revolución. Siempre habría voces de disenso, pero los líderes del TUC y el Partido Laborista pudieron usar la huelga general de 1926 en su provecho. El apoyo de los líderes a la huelga siempre había sido ambivalente, y estaban preocupados por el creciente activismo exhibido en ambas partes. «Considerada un último recurso», argumenta el historiador Keith Middlemas, «no se rechazaba completamente esa huelga […] desde el punto de vista del gobierno, la NCEO [Confederación Nacional de Organizaciones de Empleadores] y el propio TUC, en el caso de que la decisión se dirimiera entre una guerra de clases o colapso de la sociedad capitalista, por un lado, y la armonía industrial, del otro»[40]. A los sucesivos gobiernos, de diferentes colores políticos, les bastó con discutir las políticas y cooperar con los sindicatos y organizaciones de empleadores; la alternativa –huelgas y paros sin fin– era demasiado ardua, cara y caótica como para considerarla viable[41].

Pero para los trabajadores corrientes el fracaso de la huelga general significaba la pérdida de cualquier esperanza en que el movimiento obrero solventara sus dudas sobre los defectos de la democracia británica. Los líderes obreros se mostraron indecisos respecto al empleo de la fuerza colectiva de los obreros como arma política. Las políticas del gobierno recogían demandas de la clase obrera respecto a nuevos derechos políticos y económicos –la negociación sobre las horas de trabajo, salarios y condiciones ahora estaba bien establecida–, pero las exigencias de cualquier cosa que se acercara a una mayor igualdad social y económica fueron ilegalizadas, consideradas «inconstitucionales».

Y sin embargo, pese a que fuera una enorme derrota, la huelga general de 1926 confirmó la existencia de una clase obrera exasperada, que quería

hacerse escuchar. La experiencia de hombres como Harry Wicks destruye el mito de que los británicos son esencialmente un pueblo moderado cuyas diferencias (incluyendo las de clase) son menos importantes que un interés compartido por la gobernanza apacible y respetuosa de la ley. La huelga había sacudido al poder establecido, y los que vivieron los nueve días de mayo nunca los olvidaron. Fue una lucha de clases, que mostró la fuerza colectiva de la clase obrera, pero también los intereses partidistas de los gobernantes de su país, quienes emplearon todas las armas a su disposición para proteger su propiedad, sus beneficios y privilegios. Una generación de hombres y mujeres nunca perdería la inspiración que proporcionaba saber que la unión era la fuerza, y tampoco olvidaría el comportamiento de un gobierno «democrático» que decidió reprimirles. No es ninguna sorpresa que en muchos pueblos mineros, décadas después, los rompehuelgas de 1926 todavía fueran tratados como parias[42].

Una de las consecuencias fue un aumento en el voto laborista entre la clase trabajadora. A pesar del tibio respaldo del laborismo, las agrupaciones locales del Partido Laborista habían mostrado gran solidaridad con los huelguistas. En las elecciones municipales, el apoyo del laborismo no aumentaba desde 1920. Pero en 1926, por primera vez, los laboristas lograron controlar varios ayuntamientos importantes, incluidos Glasgow y Sheffield[43]. Alf Canning, el rompehuelgas de dieciocho años de Bristol, estuvo entre estos nuevos partidarios del laborismo. Aunque él no había secundado la huelga general, le influyó la solidaridad mostrada por los huelguistas y sus sindicatos, y por sus propias condiciones precarias de trabajo –horarios agotadores, trabajo por turnos, y ponerse a entera disposición de unos gerentes que advertían a Alf de que las colas del paro estaban llenas de gente bien dispuesta–. Poco después de que la huelga terminara, se unió a la Liga Joven del Partido Laborista. Se inscribió, dijo, «para crear una sociedad más justa»[44].

Las experiencias de los huelguistas, a su vez, afectaron a las perspectivas de futuro de sus hijos. En 1928, Winifred Foley, de catorce años, abandonó su hogar para ingresar en el servicio doméstico. Su padre, un minero, sufrió la venganza de su jefe tras desempeñar un papel destacado en la huelga general de 1926, y ahora le resultaba difícil llegar a fin de mes con su salario reducido. «No tengo que decirte cuánto queremos tu madre y yo que sigas en casa», le dijo a su hija. «Pero escucha: si te hacen trabajar

demasiado o no te dan suficiente de comer […] pillaremos dinero como sea y te traeremos de vuelta.» Pero Winifred Foley sabía que sus padres necesitaban desesperadamente que su hija «comiera en la mesa de otro», aunque a su padre le rompiera el corazón no ser capaz de mantener a su familia reunida[45].

Seis años después, Winifred Foley revivió los recuerdos de la huelga general, bajo nuevas circunstancias. Estaba a punto de dejar el servicio doméstico, habiéndose asegurado un trabajo de camarera que le proporcionaba un salario bajo, pero también la independencia que tanto deseaba. En su último día en el servicio, «canté “La bandera roja” tan fuerte como pude entre el ruido de las ollas y sartenes, y pensé en papá y en todos los trabajadores pisoteados del mundo, casi llorando»[46]. Los huelguistas de 1926 pudieron haber sido derrotados en su batalla por la plena ciudadanía económica; pero su sueño perduró.

[1] Transcripción de la entrevista con Harry Watson a cargo de Margaret Morris (1975), TUC Library, London Metropolitan University.

[2] http://www.nationalarchives.gov.uk/cabinetpapers/themes/general-strike-cover-papers.htm.

[3] Foley, *Child in the Forest*, p. 101.

[4] S. Pedersen, «Triumph of the Poshocracy», *London Review of Books*, vol. 35, n.º 15 (8 de agosto de 2013), p. 19.

[5] P. Williamson, *Stanley Baldwin: Conservative Leadership and National Values* (Cambridge, 1999), y D. Watts, *Stanley Baldwin and the Search for Consensus* (Londres, 1996).

[6] K. Martin, *Father Figures: A First Volume of Autobiography, 1897-1931* (Londres, 1966), p. 78.

[7] Citado en A. Mason, «The Government and the General Strike, 1926», *International Review of Social History*, vol. 14, n.º 1 (1969), pp. 6-7.

[8] Coal Mining Industry Subvention, HC Deb., Hansard (6 de agosto de 1925), vol. 187, col. 1592.

[9] «In Suspense», *Manchester Guardian* (30 de abril de 1926), p. 10.

[10] «Two Days for Peace», *Manchester Guardian* (2 de mayo de 1926), p. 16.

[11] «In Suspense», p. 11.

[12] Cabinet papers, CAB 23/52 C 21 (26), The National Archives (TNA), p. 1.

[13] P. Snowden, *An Autobiography* (Londres, 1934), p. 151.

[14] «Emergency Plans», *Manchester Guardian* (3 de mayo de 1926), p. 13.

[15] R. Saltzman, «Folklore as Politics in Great Britain: Working-class Critiques of Upper-class Strike Breakers in the 1926 General Strike», *Anthropological Quarterly*, vol. 67, n.º 3 (1994), p. 105.

[16] *Ibid.*, p. 108.

[17] Citado en R. Saltzmann, *A Lark for the Sake of their Country. The 1926 General Strike Volunteers in Folklore and Memory* (Mánchester, 2012), p. 110.

[18] Entrevista a Alf Canning (pseudónimo), transcrip. KHP 31, Kingswood History Project, Bristol Reference Library, p. 11.
[19] A. Davies, *City of Gangs. Glasgow and the Rise of the British Gangster* (Londres, 2013), p. 45.
[20] Citado en Saltzman, *A Lark*, p. 66.
[21] Saltzman, «Folklore as Politics», p. 110.
[22] Ambas citas en *ibid.*, p. 105.
[23] J. Mitford, *Hons and Rebels* (Londres, 1996), p. 20 [ed. cast.: *Nobles y rebeldes*, trad. Patricia Antón de Vez, Barcelona, Libros del Asteroide, 2014, p. 19].
[24] *Ibid.*
[25] Para un relato detallado, véase Beckwith, *When I Remember*, p. 86.
[26] Saltzman, «Folklore as Politics», p. 111.
[27] D. Athill, *Life Class: The Selected Memoirs of Diana Athill* (Londres, 2009), pp. 166-167.
[28] Stanley Baldwin, citado en *British Gazette* (7 de mayo de 1926), p. 1.
[29] Entrevista a Harry Wicks, en *Harry Wicks's papers*, MSS. 102, Modern Records Centre (MRC), University of Warwick.
[30] *Birmingham Post* (7 de mayo de 1926), p. 1.
[31] Entrevista a Harry Watson.
[32] «Rioters Jailed», *Birmingham Post* (12 de mayo de 1926), p. 1.
[33] «Disorder», *Birmingham Post* (11 de mayo de 1926), p. 1.
[34] H. Barron, *The Miners' Lockout: Meanings of Community in the Durham Coalfield* (Oxford, 2009), pp. 104-105.
[35] Citado en *ibid.*, p. 105.
[36] Citado en *ibid.*, p. 136.
[37] Entrevista a Edith Holt (pseudónimo), transcrip. R02, colección de historia oral de la Bristol Reference Library, pp. 13-14.
[38] «The End of the Strike», *Birmingham Post* (13 de mayo de 1926), p. 1.
[39] Entrevista a Harry Wicks.
[40] K. Middlemas, *Politics in Industrial Society: The Experience of the British System since 1911* (Londres, 1979), p. 195.
[41] *Ibid.*, p. 18.
[42] C. Wrigley, «1926: Social Costs of the Mining Dispute», *History Today*, vol. 34, n.º 11 (1984); Saltzman, *A Lark*, cap. 9; http://ethelsmith.hubpages.com/hub/Welsh-Coal-Mining-A-thriving-business-in-the-past; http://aswanseavalleyman.wordpress.com/.
[43] Smyth, «Resisting Labour», p. 384.
[44] Entrevista a Alf Canning, p. 31.
[45] W. Foley, *Child in the Forest*, p. 141.
[46] *Ibid.*, p. 230.

4. Paro

En 1934 la escritora Winifred Holtby –autora de la aclamada novela *South Riding*– declaró que, en las áreas industriales de Gran Bretaña,

> un nuevo elemento se ha introducido en la relación entre padres e hijos. Así como encontrar empleo a menudo es más fácil para las mujeres que para los hombres, también es más fácil para los adolescentes que para los adultos. Por tanto, sucede a menudo que las jóvenes trabajan en fábricas, en el servicio doméstico, tiendas y lavanderías, y utilizan su pequeño salario para apoyar a sus padres […] No siempre es fácil, incluso para la generosa y explotable adolescencia, soportar la misma carga de responsabilidad que los adultos[1].

Holtby se refería a las desastrosas consecuencias del desempleo masivo. Y centraba su indignación en la innovación del gobierno para reducir el gasto en subsidios: una evaluación de recursos. Tres años antes, en 1931, el gobierno había reducido la prestación por desempleo y había introducido una evaluación de recursos para los solicitantes que no tuvieran derecho a prestaciones estándar de desempleo. Entre ellos estaban aquellos trabajadores que no tenían seguro, como los empleados domésticos. También incluían a los trabajadores asegurados que hubieran estado desempleados durante más de tres meses, y hubieran agotado su derecho al subsidio contributivo de desempleo introducido por la Ley de Seguro Nacional de 1911. La mayoría de los desempleados de larga duración eran hombres adultos con familias que mantener y todos ellos sufrieron las consecuencias. En 1934 la evaluación de recursos a la que eran sometidos los solicitantes se amplió para incluir en la evaluación los ingresos de todos los miembros de su hogar, y sus posesiones.

El desempleo acosaba a la clase trabajadora de entreguerras; alrededor del 11 por 100 estuvo desempleada en los mejores años, pero la cantidad se elevó drásticamente en los años posteriores al *crash* de Wall Street de 1929[2]. En 1931, el 23 por 100 de hombres adultos constaban como trabajadores sin empleo, y el 20 por 100 de las mujeres. Miles de personas sin seguro, y por lo tanto no registradas –menores y limpiadores, por ejemplo–, experimentaron también el desempleo. Todavía en 1938, el 14 por 100 de los hombres y el 13 por 100 de las mujeres estaban registrados

como desempleados, y una proporción mucho mayor de personas se encontraba en paro en el noreste de Inglaterra y en las ciudades textiles del noroeste, en Clydeside (Escocia) y en Gales del Sur; el corazón industrial de Gran Bretaña[3]. Los desempleados incluían tanto a hombres como mujeres, en trabajos cualificados y no cualificados. Los trabajadores de cuello blanco también se vieron afectados por el desempleo, aunque los obreros manuales recibieron el golpe más duro.

Las políticas del gobierno castigaban a los desempleados; en concreto, la existencia misma de la evaluación de recursos sugería que eran culpables de su propia pobreza. Sin embargo, a medida que avanzaba la década de 1930, los propios desempleados protestaron contra el trato que recibían, mostrando el deseo de cumplir un papel activo e integral en una sociedad democrática. Mientras tanto, las dificultades sufridas por las esposas e hijos de los desempleados suscitaron varias encuestas a gran escala, que mostraron que la pobreza era una experiencia compartida por la clase obrera, y que estaba causada por las políticas del gobierno, no por la imprudencia personal.

El establecimiento por parte del gobierno de una evaluación doméstica de recursos atestigua esa persistente suposición de los poderosos y privilegiados: que la deliberada ociosidad de los pobres causaba la pobreza. Políticos e investigadores sociales diferían en cuanto a si esta era la causa principal de la pobreza, o simplemente la más fácil de tratar, pero el principio de que los pobres podían ser considerados responsables de sus dificultades guió las políticas de bienestar a lo largo de los años de entreguerras. En realidad, sin embargo, la política gubernamental a menudo impedía que las personas se ayudaran entre ellas o a sí mismas; en el caso de la evaluación de recursos, penalizando a los que tenían ahorros o un acceso a redes de autoayuda dentro de su familia, barrio o sindicato.

La evaluación de recursos no era nueva; ni tampoco tener que demostrar que se era merecedor de subsidios. La Ley de Desempleo de 1921 había introducido una prueba dirigida a demostrar si el solicitante estaba «en búsqueda genuina de empleo», y tenían que pasar por ella todos los solicitantes de subsidio de desempleo. Hasta 1929, los Consejos de Tutores *(Boards of Guardians)* que administraban la Ley de Pobres eran responsables de proporcionar asistencia a aquellos que estaban

desesperados y sin derecho alguno a subsidio por enfermedad o desempleo. Carolyn Steedman, que creció en la década de 1950, recordaba que su abuela, «que pasó por la evaluación de recursos a finales de la década de 1920, se ganó la simpatía del asistente social, que ignoró la presencia de un valioso piano porque mantenía la casa limpia, con un mantel sobre la mesa»[4].

No todos los Tutores seguían la letra de la ley. En 1927 la administración conservadora de Stanley Baldwin aprobó la Ley del Consejo de Tutores, que permitía al gobierno reconstituir más fácilmente los Consejos. La ley era una respuesta vengativa a la decisión tomada por algunos tutores progresistas, que garantizaron ayuda a los mineros que fueron a la huelga en 1926. Más habitualmente, sin embargo, los Consejos miraban a los pobres con suspicacia, y tener en casa más sillas de lo estipulado, por ejemplo, podía traducirse en una reducción en el subsidio de desempleo del solicitante[5].

En 1929, cuando los conservadores perdieron las elecciones generales, llegaban a su fin los cinco años de gobierno de Baldwin. Las mujeres de clase obrera eran parcialmente responsables de su derrota. En 1928 su poder político aumentó cuando el movimiento de mujeres finalmente ganó la lucha por el derecho a voto, y logró que se ampliara a las mujeres en los mismos términos que los hombres. En 1918 el gobierno de coalición entre conservadores y liberales había aprobado la Cuarta Ley de Reforma, con la esperanza de evitar un retorno a la combatividad sindical en la industria y las protestas sufragistas de los años anteriores a la guerra. La ley concedió el voto a todos los hombres por encima de los veintiún años; pero sólo a mujeres por encima de los treinta años que fueran contribuyentes. Esto excluía a la mayor parte de mujeres de clase obrera, y entre ellas a las criadas.

Si el gobierno esperaba que la ley de 1918 apaciguaría al movimiento de mujeres, se equivocaban. Sufragistas y miembros de otras destacadas organizaciones de mujeres formaron la Unión Nacional de Sociedades por la Ciudadanía Igualitaria (NUSEC), bajo el liderazgo de Eleanor Rathbone, la reformista social de Liverpool que era concejala independiente por el distrito de Granby. Al encontrarse con presiones de las mujeres activistas de todo el espectro político, Stanley Baldwin había prometido equiparar derechos para todo el censo cuando entró en el cargo en 1924, pero durante

los siguientes tres años insistió en posponer toda votación sobre la cuestión, reconociendo que parte de su propio gobierno podría rebelarse. Se vio influido también por Lord Rothermere, propietario del *Daily Mail* y un poderoso simpatizante conservador, que utilizó las páginas de su periódico para advertir de «la locura del voto *flapper*», aduciendo que las votantes jóvenes –*flappers*– y de clase obrera traerían un gobierno laborista[6]. Por otra parte, el laborismo se había comprometido a igualar el censo, y Baldwin sabía que potencialmente podía ganarse el apoyo de las mujeres adelantándose a la oposición[7]. En 1927, con el final del actual Parlamento a la vista, el movimiento de mujeres y los diputados que lo apoyaban desde todos los partidos políticos intensificaron la presión sobre Baldwin para cumplir su promesa. En estas circunstancias el gobierno de Baldwin aprobó la Ley de Igualación del Censo.

La elección general de 1929 fue, por tanto, la primera en la que las mujeres entre veintiún y treinta años pudieron votar, y en la que se incluía a las mujeres de clase obrera por encima de los treinta años. Por primera vez Gran Bretaña fue realmente una democracia de masas: más de 32 millones de personas tenían voto, comparadas con los 7,7 millones de 1910.

El resultado de las elecciones generales de 1929 pareció confirmar los miedos de Rothermere: los votantes eligieron al Partido Laborista de Ramsay MacDonald. Los signos iniciales apuntaban a que este gobierno laborista llevaría a cabo el tipo de reforma social a la que tan ruidosamente se oponían conservadores como Rohermere. En 1929 la Ley de Gobierno Local laborista abolió la Ley de Pobres. En la mayor parte de lugares cambió muy poco la situación, al ser reemplazados los Consejos de Tutores por Consejos de Asistencia Pública cuyas tareas y personal eran casi idénticos a los de sus predecesores. Aun así, se abolió la evaluación de recursos.

Pero la abolición de la evaluación de recursos, como el propio gobierno laborista, tuvo una vida muy corta. Tras el *crash* de Wall Street de 1929, y la depresión del comercio global y el ulterior desempleo de masas, MacDonald formó un Gobierno Nacional «de todos los partidos». Los conservadores dominaban esta nueva administración. Este gobierno de concentración nacional reintrodujo la evaluación de recursos en 1931, y la evaluación de recursos domésticos se instituyó tres años después, administrada por los nuevos Consejos de Asistencia Pública.

Los votantes laboristas de 1929 quedaron consternados e irritados. La evaluación de recursos domésticos agravaba los problemas de los desempleados, en vez de aliviarlos. Afectaba a aquellos que durante mucho tiempo habían sido considerados –y se consideraban– la clase obrera respetable. Antes de la Primera Guerra Mundial, la mayor parte de los desempleados eran trabajadores eventuales y no cualificados, y a menudo menores. Pero a comienzos de la década de 1930 los trabajadores adultos y cualificados eran altamente vulnerables al desempleo de larga duración, porque la depresión golpeó más duramente a las industrias manufactureras más antiguas, como la producción de hierro y acero y la minería de carbón.

El desempleo se convirtió en una experiencia importante y compartida de la vida obrera, atravesando las diferencias de cualificación, ocupación, edad y género. Aunque los hombres se vieron principalmente afectados, muchas mujeres se encontraron también sin trabajo, o forzadas a entrar en el servicio doméstico, a causa de las políticas del gobierno y el desempleo de sus padres. El número de sirvientes aumentó hasta sumar 1.554.235 en 1931[8].

El gobierno sugería que los desempleados tenían que ayudarse a sí mismos, insinuando que aquellos que estaban en el paro eran responsables de sus penurias. En 1927 el gobierno de Baldwin había introducido un plan de traslado laboral, y el Gobierno Nacional lo amplió. El plan, que desplazaba a los trabajadores de las zonas deprimidas del norte para ocupar puestos de trabajo en el sur de Inglaterra, atestiguaba la fuerte división regional entre las áreas industriales empobrecidas y la más rica región del sudeste. Más que intentar aumentar el empleo en el norte, el plan forzaba a los obreros a abandonar sus hogares y aceptar empleos a cientos de kilómetros de sus esposas o padres. El plan fracasó. Dependía de los empleadores en las industrias manufactureras ligeras, que estaban empezando a expandirse en las ciudades de las Midlands y el sur de Inglaterra a comienzos de la década de 1930. Pero estos empleadores no querían dar trabajo a adultos de mediana edad, caros y con una historia sindical, cuando podían utilizar a adolescentes más baratos que vivían a la vuelta de la esquina. La mayoría de trabajadores transferidos eran mujeres jóvenes, muchas de las cuales habían dejado la escuela sólo unos meses antes. Algunas fueron enviadas a nuevas fábricas, pero el 80 por 100 de ellas acabaron en el servicio doméstico; eran el reemplazo para las

adolescentes del sur, que ahora escapaban de los hogares de clase media que las empleaban, y buscaban empleo en las nuevas fábricas[9].

Los trabajadores que participaron en el plan de traslado aprendieron –si todavía no lo sabían– que Gran Bretaña se componía de dos naciones que vivían una junto a la otra. Las divisiones sociales no eran simplemente regionales. Aunque más hombres y mujeres estaban desempleados en el corazón industrial del norte de Inglaterra, el sur de Gales y Escocia que en las Midlands y el sudeste de Inglaterra, esto no era todo. En la mayor parte de conurbaciones principales los habitantes de los arrabales convivían con prósperos y acaudalados propietarios de coches que podían permitirse vacaciones y ropas a la moda. En 1933 J. B. Priestley paseó por la vieja High Street de Southampton, en un *English Journey* que le permitiera evaluar la situación económica y social del país. «[La] milla de oro parecía estar haciendo el agosto», observaba; «compartía el buen gusto de Fleet Street y el Strand por las enotecas […] Comí en uno de estos lugares, y estaba lleno». Pero más abajo, en una callejuela adyacente, Priestley rápidamente se encontró con «estrechos tugurios de ladrillo […] habitaciones hacinadas», y tiendas pequeñas y «sórdidas» con «ventanas mugrientas»[10].

Priestley encontró más evidencias del *boom* económico en Coventry, «la famosa y antigua ciudad de los tres campanarios, y la igualmente famosa nueva ciudad de bicicletas, coches de motor y radiotransmisores»[11]. Pero su guía, un joven obrero en la fábrica local de Daimler, intentó convencer a Priestley de que este *boom* se basaba en una inmensa cantidad de trabajo duro a cambio de relativamente poca recompensa. Los habitantes de Coventry a menudo estaban solos, pues muchos se habían mudado a kilómetros de su familia y amigos para encontrar trabajo; como el propio guía de Priestley, que «no era un hombre de Coventry y al que no le gustaba el lugar. Sobre esto estaba en total acuerdo con el recepcionista jefe de mi hotel, que tampoco era de Coventry. Quizá no hay nadie que sea de Coventry». El recepcionista «respondía a mis preguntas sobre dónde pasar una noche entretenida con las negativas más sardónicas». La gente, según me dijo, estaba obsesionada con el trabajo, y concentrada en conseguir dinero; presumiblemente, en muchos casos, para enviarlo a sus padres o hijos que todavía estaban en «casa»[12].

Estos trabajadores de Coventry disfrutaban de una seguridad desconocida para sus parientes en el norte, pero la vida era mucho más dura para ellos que para las familias de clase media y media-alta que Priestley conoció en la cercana Cotswolds. Pero a medida que crecían las colas del paro también lo hacían las ansiedades de la clase media sobre quién pagaría a los pobres. Muchos profesionales asalariados y empresarios se veían –en palabras de un columnista del *Daily Mirror*– «emparedados entre quienes son incapaces de arreglárselas por sí mismos, y los adinerados que pueden perfectamente permitírselo»[13]. Su indignación se nutría de la pérdida de esos privilegios que antes les diferenciaban de la clase obrera. El derecho a voto ya no era una seña de identidad de clase media, sino un derecho garantizado a todos los adultos. La ampliación de los gobiernos locales, el funcionariado y el trabajo en tiendas y talleres significaba que los obreros de cuello blanco ya no eran un grupo social tan diferenciado como antes de la guerra. Y, pese al aumento en el número de sirvientes domésticos, la demanda excedió a la oferta, aumentando la preocupación sobre si la clase media debía continuar dependiendo de la ayuda doméstica. Los cabezas de familia, preocupados por la supervivencia de su estatus social y sus comodidades domésticas, ahora se referían constantemente a sus responsabilidades –y potencial explotación– como contribuyentes que soportaban la carga de las políticas sociales.

Pero, de hecho, a gran parte de la clase media le iba bastante bien. Lejos de soportar una carga financiera lacerante, la persona con 500 libras de ingresos anuales estaba sometida a una carga fiscal ligera. A partir de mediados de los años veinte, la construcción de viviendas privadas se incrementó, y los propietarios de clase media fueron los primeros beneficiados. La vivienda pública siguió siendo lenta y esporádica en la década de 1920, y los alquileres en las nuevas viviendas municipales eran demasiado altos para la mayor parte de obreros manuales. Los profesionales asalariados, por otro lado, podían permitirse hipotecas sobre chalés modernos en las espaciosas periferias verdes que surgían en las afueras de las principales ciudades de Gran Bretaña[14]. Muchos podían permitirse emplear ayuda doméstica, y un creciente número de ellos deseaban hacerlo. «La escasez de sirvientes», concluían funcionarios del Ministerio de Educación en 1937, «tiene que deberse a una demanda ampliamente incrementada, más que a un descenso en la oferta»[15].

El resentimiento de los contribuyentes de clase media por tener que sufragar a los desempleados se vio acicateado por el tratamiento cada vez más punitivo del Gobierno Nacional hacia los miles de desafortunados que se encontraban en el paro. En 1931 un editorial del *Times* alababa la evaluación de recursos, afirmando que el paro se había convertido en «una fuente alternativa de manutención casi permanente»[16]. Los desempleados, afirmaba Francis Joseph en una carta publicada por *The Times* en agosto de 1931, estaban «drogados por el paro», satisfechos con vivir de donativos en vez de buscar enérgicamente empleo[17]. En diciembre de ese año el *Scotsman* –el periódico leído por empresarios, profesores de escuela y esposas de los barrios residenciales al norte de la frontera– publicaba una llamativa carta de «Lex», quejándose de que «he vivido mucho» desde «el día en que la independencia de los escoceses era tal, que el suicidio parecía casi preferible a recibir asistencia pública»[18]. Un remitente bajo la firma «An Inquirer» («Un indagador») estaba de acuerdo en la queja: «A diferencia de los desempleados, los que pagan impuestos están pagando sin recibir un retorno directo». «Muchos de los que no tienen trabajo se casan y forman familias mientras reciben el subsidio», aumentando la «pesada carga» de los contribuyentes[19].

Sin embargo, lejos de poder apoyarse en el subsidio para un cómodo estilo de vida, los desempleados eran el grupo con más probabilidades de vivir en la pobreza. Esto señalaba un cambio con respecto a años anteriores. En 1924 A. L. Bowley, profesor de Estadística en la Universidad de Londres, y su asistente Margaret Hogg, habían descubierto que incluso en un deprimido pueblo minero del noreste llamado Stanley sólo el 15 por 100 de los hogares estaban en situación de pobreza porque estuvieran encabezados por un hombre desempleado. La mayoría de las familias eran pobres porque su principal asalariado había muerto o era demasiado viejo para trabajar, o porque los salarios que ganaban los miembros de la familia con trabajo «eran insuficientes incluso a horario completo» para mantener el hogar[20]. Sin embargo, hacia 1929, la encuesta social más grande de la historia llevada a cabo en Gran Bretaña, el *New Survey of London Life and Labour*, liderada por Hubert Llewellyn Smith, observaba que «la proporción más alta [de familias] en situación de pobreza se encuentra donde no hay un hombre adulto asalariado», frecuentemente como resultado del desempleo[21].

A partir de 1932, el número de desempleados comenzó a caer a medida que estaban disponibles más puestos de trabajo en las industrias de fabricación ligera, tiendas y oficinas. Sin embargo, el desempleo continuaba siendo una de las principales causas de penuria en muchas áreas, incluidas las relativamente ricas. En 1936 alrededor del 4 por 100 de los residentes de York vivían en la extrema pobreza, el 30 por 100 de ellos por el desempleo[22], y lo mismo era cierto respecto a Bristol en 1938[23]. Jack Bell nació en 1922 y creció en Hanham, en las afueras de Bristol. Su madre era operadora de fábrica, y su padre se dedicaba a la venta ambulante. Jack abandonó la escuela a los catorce años, para trabajar como peón de la construcción. Se sentía afortunado: «Era algo común ver a hombres […] pequeños grupos de hombres en la esquina de la calle, simplemente hablando, y esperando que algo ocurriera»[24]. La mayoría de desempleados dependían del apoyo financiero de sus parientes, principalmente hijos, hijas y esposas, en ese orden[25].

Los arquitectos del sistema de subsidios, y aquellos que lo vigilaban, insistían en comportarse como si la imprudencia personal causara la pobreza, y pedían a los desempleados que se ayudaran a sí mismos. Pero los críticos, como A. D. Lindsay, el director del Balliol College, de Oxford, advertían de que la evaluación de recursos impedía que las personas se ayudaran a sí mismas o a sus parientes y de hecho significaba «romper las familias»[26]. A partir de 1934, la evaluación de recursos reducía el subsidio de una persona desempleada si compartía casa con asalariados, de modo que algunos de los que solicitaban el paro abandonaban el hogar, o fingían haberlo hecho. Stanley Iveson creció en Nelson, una villa textil de Lancashire que sufría un alto nivel de desempleo. Como obrero adolescente fue testigo del efecto que provocaba la evaluación de recursos sobre las personas de su calle: «Había un gran edificio al otro lado [de la carretera] […] era una casa benéfica de huéspedes. Y la gente [iba] habitualmente; los muchachos solían ir a dormir allí durante la semana […] por un chelín la noche […] para poder cobrar el subsidio. Pero iban a casa a comer […] Y desmembró muchos hogares en aquellos años»[27].

En otras familias, los jóvenes asalariados abandonaron definitivamente el hogar, de modo que el hermano o padre desempleado pudiera conservar su subsidio en lugar de vivir con su exiguo salario. En 1935, Jane Wright, concejala laborista en Paddington, «encontraba muchos casos en los que un

hijo o hija, o ambos, que hasta entonces ayudaban a los padres, al verse estos sometidos a la evaluación de recursos, habían tenido que abandonar el hogar familiar. Esto, naturalmente, causaba gran ansiedad a los padres»[28]. Todavía en 1937 un estudio realizado por el Carnegie Trust señalaba que los hombres jóvenes en las ciudades de Glasgow y Liverpool abandonaban el hogar paterno a una edad temprana, para evitar la evaluación de recursos[29].

El proceso de someterse a la evaluación de recursos era tan humillante como degradante era el principio subyacente a la prueba. Los inspectores –u «oficiales de asistencia»– tenían derecho a inspeccionar la casa de una persona desempleada para ver si tenían bienes que se pudieran vender antes de pedir el subsidio, o si estaban gastando el dinero de manera irresponsable. En 1934, Ernie Benson, de veintidós años y radicado en Hunslet, Leeds, sufría para llegar a fin de mes. Su trabajo eventual había llegado a su fin, y pidió el subsidio. Su esposa Eileen trabajaba en una fábrica «tres días semanales, la mayor parte de su salario se dedujo de la cantidad que habría recibido normalmente en Asistencia Pública […] Recibía unos miserables 10 chelines a la semana». En total, se esperaba que los Benson y sus dos hijos pequeños vivieran con 20 chelines por semana, en un momento en que el investigador social B. S. Rowntree calculaba que la familia promedio requería más de 43 chelines para procurarse «lo necesario para una vida sana»[30]. El dinero de Ernie dependía de las visitas semanales del oficial de la Junta de Asistencia Pública, Frank Waters, «un auténtico cabrón»:

> Estaba sentado en casa un día, esperando su visita. Era uno de esos días aburridos y húmedos y el fuego se estaba extinguiendo ya en la chimenea. Mientras lo atizaba, la puerta se abrió sin previo aviso y entró Frank Waters. Inmediatamente preguntó: «¿Hay algún cambio?». Vaya enfado me pillé […] «sal de aquí, cabrón maleducado. Mi esposa podría estar lavándose aquí mismo; sal, llama a la puerta y no entres hasta que se te diga» […] Salió y llamó a la puerta. Le dejé entrar y le brillaron los ojos al decir: «¿Hay algún cambio en su situación?». Y salté: «Sí, joder, a peor». «¿Tienes algo en la despensa?» […] Después de un rápido examen [a la despensa] dijo: «Está bien, pero no voy a olvidar esto».

Poco después de la fatídica visita de Waters, la Junta de Asistencia Pública descubrió que Ernie estaba ganando en secreto 10 chelines por semana, reparando botas y zapatos. «El dinero que recibía de asistencia se

suspendió durante cinco semanas, lo que significó que no tuve nada para Navidad»[31].

Las personas se veían obligadas a cometer fraude para mantenerse y sostener a sus familias. En 1931, Frank Haynes, de veintiún años, de Abingdon, se encontró en el paro. Había trabajado como aprendiz de carpintero al acabar la escuela: «Me quedé allí hasta que cumplí los veintiún años, cuando ganaba 10 chelines a la semana. Cuando pedí un aumento, me echaron». La Junta de Asistencia Pública «me rechazó y me dijo que mi padre podría quedarse conmigo»; el padre de Frank, un pintor y albañil con cuatro hijos pequeños, apeló. Un mes después, la Junta concedió a Frank 10 chelines, demasiado poco para vivir, especialmente porque quería casarse. Así que «he tenido un pequeño trabajo desconocido para ellos, pintando en una casa»[32].

En algunos casos, como el de Ernie Benson, los vecinos que buscaban cobrarse antiguas afrentas dejaban caer la insinuación de que alguien que pedía el subsidio estaba trabajando. En otros casos, los vecinos se ayudaban mutuamente. En 1934 Emily Swankie, de dieciséis años de edad –quien vivía con sus once hermanos en un humilde piso de Glasgow–, trabajaba en una tienda. Su hermano mayor Charlie, veinteañero, estaba desempleado. «Dos de mis hermanas y yo estábamos trabajando, y también mi padre. Así que se redujo el dinero de Charlie […] supuso algo bastante grave para la familia cuando perdimos el salario de Charlie y luego el dinero del paro». Charlie les dijo a los funcionarios de la evaluación de recursos que se había ido del piso de sus padres, para poder optar a más dinero; en realidad «simplemente pasaba fuera de casa tanto tiempo como fuera posible». Y «los vecinos se daban la alerta sobre cuándo pensaban que los inspectores iban a pasarse», para que «pudieran esconderse» desempleados como Charlie[33]. Tales incursiones en las vidas privadas de la gente alimentaban el resentimiento, la rabia y la sospecha.

El desempleo radicalizó a algunos. Emily Swankie se unió al Partido Comunista y en 1934 participó en una de las marchas del hambre organizadas por el National Unemployed Workers' Movement (NUWM) desde Glasgow hasta Londres[34]. Ernie Benson se convirtió en un partícipe incondicional del NUWM, y se divirtió desactivando los intentos del Consejo de Asistencia Pública de Leeds para forzar a los desempleados a realizar labores sencillas a cambio de sus subsidios. Obligado a acudir al

«Centro de Ocupación» local, «realicé bastante trabajo ahí, pero no para ellos. Tomé prestada una máquina portátil de escribir para mecanografiar cartas y recortar plantillas para los folletos del Partido [comunista] y el Movimiento de Desocupados. Cuando hice esto por primera vez los técnicos del taller no sabían qué demonios decir al respecto». Al final, la obstinación de Benson y sus copartícipes forzaron a la plantilla del centro a reemplazar esas labores simples por clases, y finalmente a cerrar el centro[35].

Pero fue la desesperación del desempleo de larga duración lo que marcó la década de los treinta. En muchas familias, el desempleo se extendió a dos o más generaciones. Ewan MacColl nació en Salford en 1915. «De los cuatro hijos que tuvo mi madre, tres murieron pequeños. Yo fui el superviviente y, en consecuencia, me tuvo un cariño especial.» Su madre, Betsy, era limpiadora, y su padre, William, trabajador en una fundición local. Los ideales comunistas de William MacColl y su activismo sindical le hicieron perder varios empleos en la década de 1920. En 1929 Ewan MacColl abandonó la escuela elemental de Grecian Street junto con sus otros compañeros de clase de catorce años, «temerosos del futuro, infectados por la desesperación de nuestros padres, esperando al mañana y deseando que nunca llegara»[36].

Como Emily Swankie y Ernie Benson, la resistencia a este destino catapultó a Ewan MacColl al activismo político; en este caso a través de la Liga de Juventudes Comunistas y el teatro socialista.

> Los años entre 1929 y 1934 fueron tumultuosos […] Abandono la escuela, me apunto al paro, me incorporo a [el grupo de teatro de] los Clarion Players, trabajo en mantenimiento de cableados, estoy empalmado, estoy desempleado de nuevo pero todavía empalmado, me da empleo el *Textile Trader* (con erección), desempleado una vez más, formo Red Megaphones (menos empalmado), me hago aprendiz de mecánica de motores (y fui rápidamente despedido). A partir de entonces, todo parece ocurrir a la vez. Dos o tres noches por semana estoy ocupado ensayando y actuando en *sketches* de *agit-prop* y durante el día estoy hasta arriba de trabajo político. En los fines de semana vagabundeo por Derbyshire o North Lancashire o el Lake District y leo todo lo que pasa por mis manos. También me mantengo activo en el consejo juvenil del NUWM[37].

Pero a los más viejos les podía resultar difícil reunir esta energía y entusiasmo. En 1930 William MacColl fue despedido por última vez; hacia

1931 «se había convertido en otro rechazado más entre tres millones de rechazados»[38]. Nunca volvió a encontrar un trabajo habitual.

Muchos de los «rechazados» se echaban a la carretera en 1934. Estaban intentando seguir el consejo del Gobierno Nacional; desplazarse adonde estuviera el trabajo, e intentar aliviar la presión sobre sus esposas e hijos –a menudo sin éxito–. Ese verano, Laurie Lee, de dieciocho años, abandonó la pequeña casa rural que compartía con su madre y seis hermanos en Slad, un pueblo de Cotswolds. Se dirigió hacia Londres, en busca de trabajo y aventuras.

> Pronto advertí allí que había muchos otros, todos arrastrándose hacia el norte, en una sombría procesión. Algunos, desde luego, eran trotamundos profesionales, pero la mayoría pertenecía a esa multitud de desempleados que en aquella época vagaban sin rumbo por Inglaterra […] Eran como un ejército agotado alejándose de una guerra, con las mejillas hundidas, los ojos muertos de fatiga. Algunos llevaban bolsas de herramientas, o raídas maletas de cartón; algunos vestían los fantasmas de antiguos trajes de ciudad; otros, cuando se detenían a descansar, se quitaban cuidadosamente sus zapatos y los limpiaban precariamente con briznas de hierba. Entre ellos había carpinteros, tenderos, ingenieros de las Midlands; muchos llevaban meses en la carretera, subiendo y bajando el país en un laberinto de rechazados sin empleo, la rutina de mediados de los años treinta…[39].

Parecía no haber, pensaba Lee, escapatoria para estos hombres. Él mismo tenía su vista puesta en Londres y esperaba, por tanto, salir del país tan pronto como pudiera permitirse un pasaje para escapar de su deprimida patria. Llegó a Londres, y encontró trabajo eventual en una de las muchas obras de construcción de la capital. Un año después, estaba de camino hacia España.

Laurie Lee era de los que tuvieron suerte. Muchas familias no podían permitirse que sus hijos se mudaran lejos. Cuando los jóvenes abandonaban la escuela, sus oportunidades de empleo estaban determinadas por sus contactos personales. En 1923 el gobierno había establecido oficinas de empleo juvenil, aduciendo que la falta de información era el mayor causante de desempleo. Pero estas oficinas no podían inventar trabajos, así que eran incapaces de ofrecerles mucho a los adolescentes que terminaban la escuela a comienzos de los años treinta. En pueblos grandes y ciudades, los que salían de la escuela tenían más opciones que aquellos de pueblos o comunidades mineras pequeñas, pero, en un mercado laboral tan competitivo, muchos dependían de que un pariente o vecino «les avalara»

ante un capataz o gerente. Una serie de encuestras sobre las vidas laborales de los jóvenes –instigadas por la preocupación generalizada ante el elevado desempleo– descubrió que eran pocos los que entraban en el mismo oficio que sus padres, si bien la inmensa mayoría trabajaba en el mismo nivel ocupacional. Tenían pocas posibilidades de moverse del trabajo no cualificado al cualificado, y los hijos de obreros manuales casi no tenían posibilidades de lograr un trabajo administrativo o profesional de un grado superior[40]. Este era un mercado laboral que ofrecía muy poca movilidad; y, cuando el desempleo golpeó, llegó el desastre.

Entre aquellos que entraron en el mercado laboral en los años de entreguerras, fueron más los que perdieron estatus que los que ascendieron. Aquellos que tuvieron suficiente fortuna como para entrar de aprendices en un oficio se encontraron con que habitualmente no había trabajo para ellos al final de su formación: este era el destino del aprendiz de ingeniería Harry Hardcastle en la novela de 1933 de Walter Greenwood *Love on the Dole*[41]. En 1969 el sociólogo Richard Brown lideró un equipo que realizó entrevistas en los astilleros de Wallsend, en Tyneside. Al propio Brown le preocupaban las experiencias y actitudes de los trabajadores de los astilleros a finales de la década de 1960, pero durante las entrevistas su equipo recolectó detalles de la historia laboral de 266 ingenieros, soldadores y peones. La mayoría de estos hombres, que habían entrado en el mercado laboral antes de 1935 (el 70 por 100 de un total de 187 hombres), experimentaron una movilidad social descendente durante los años treinta. Muchos se vieron expulsados forzosamente de su oficio una vez que hubieron completado su formación y adquirido la cualificación suficiente para entrar en rangos salariales adultos. La mayor parte de ellos nunca tuvo la oportunidad de volver a formarse o retornar al oficio para el que se habían formado. Acabaron como peones o trabajadores semicualificados[42].

Como puede colegirse de todo ello, los adolescentes que eran demasiado jóvenes para optar a una cualificación que les garantizara salarios adultos tenían mayor demanda que los adultos: mas, una vez que llegaban a los veintiún años, eran despedidos. Esto era verdad en las viejas industrias manufactureras como la construcción naval, y también era cierto en aquellas nuevas fábricas que producían radios y aspiradoras, y para los almacenes y oficinas que aparecieron en la década de 1930. Las

trabajadoras jóvenes eran baratas. Los empleadores justificaban los bajos salarios que ofrecían afirmando que se trataba de «trabajadoras de *pin money*», es decir, que sólo trabajaban para sufragarse sus gastos de ocio. Pero la realidad, como observó Winifred Holtby, era que las jóvenes asalariadas cargaban con pesadas responsabilidades. Norman Savage creció en Mánchester. El desempleo de larga duración de su padre llevó a Norman a desempeñar trabajos casuales durante sus años escolares: trabajó en una tienda antes y después de la escuela, y como chico de los recados en las vacaciones escolares. Cuando dejó la escuela a comienzos de la década de 1930, él y su hermana mayor se hicieron responsables de mantener a su familia de seis miembros: «Mi hermana trabajaba en la fábrica […] así que sólo teníamos mis sueldos, de pocos chelines, y sus pocos chelines para aguantar»[43].

Los padres a menudo se sentían culpables y avergonzados de ser incapaces de mantener a sus hijos. Peggy Few, que creció en Nottingham, se sentía afortunada de haber encontrado trabajo en la fábrica de cigarrillos Players de la ciudad, tras abandonar la escuela a comienzos de la década de 1930. La fábrica pagaba buenos salarios y las condiciones eran razonables; «los ángeles de Players», como eran conocidas popularmente Peggy y sus compañeras de la fábrica, trabajaban en condiciones salubres, tenían horarios más cortos que muchos otros trabajadores y disfrutaban con regularidad de incrementos salariales. A mediados de la década de 1930, sin embargo, Peggy aprendió que esto podía ser sólo una bendición a medias. El día después de que recibiera un aumento de sueldo, la prestación de desempleo de su padre se interrumpió: «Lloró como un niño y también yo, me sacó del trabajo para decírmelo […] y dije: “No importa, papá, no importa, nos las arreglaremos de algún modo, de algún modo saldremos adelante”»[44].

La generación de Peggy aprendió a culpar al gobierno o sus empleadores por este estado de cosas, no a los padres de los que intentaban cuidar. Su experiencia influiría el curso de la historia. Ellos fueron la generación que logró el voto en 1945, y que, con un ojo puesto en los años treinta, le regaló al laborismo su primer gobierno de mayoría.

Winifred Holtby no estaba sola en su desesperación. La evaluación de recursos galvanizó las simpatías de muchos escritores, académicos,

investigadores sociales y trabajadores sociales de izquierdas. «Mis dos padres eran de izquierdas», recordaba la periodista Katharine Whitehorn, la hija de un maestro de escuela pública, «horrorizado por las condiciones de los dos millones de desempleados, los suburbios, o la evaluación de recursos, que significaba que escondías tus últimos tesoros en la carbonera si no querías que tu prestación se interrumpiera hasta que los vendieses. Y, como a muchos de su generación, los horrores de la Primera Guerra Mundial –durante la cual mi padre había sido objetor de conciencia– les habían hecho apasionadamente pacifistas»[45]. «Ahora nos damos cuenta», escribía A. D. Lindsay, el director del Balliol College de Oxford, en un feroz ataque contra la evaluación de recursos publicado por *The Times* en 1935, «de que la mayor parte de hombres […] desempleados [lo están] sin tener culpa alguna»[46].

Con el laborismo sumido en el caos, y las colas del paro todavía largas, aquellos preocupados por las consecuencias del desempleo a largo plazo se alejaron de la política formal y se dedicaron a investigar las condiciones de los afectados. En 1934 dos investigadores, H. L. Beales y R. S. Lambert, publicaron *Memoirs of the Unemployed*, una colección de testimonios de hombres y mujeres. Al año siguiente, el arzobispo de York y simpatizante laborista, William Temple, convocó un Comité de Investigación sobre el Desempleo bajo los auspicios de la organización caritativa Pilgrim Trust. Entre sus miembros estaba el autodenominado «progresista independiente» A. D. Lindsay, del Balliol. El vasto estudio acerca del impacto del desempleo sobre los hombres y mujeres en el sur de Gales, el noreste de Inglaterra, Londres y Liverpool se publicó bajo el título de *Men without Work* en 1938.

Estos estudios demostraban que los pobres no podían ser culpados por su pobreza. Beales y Lambert habían mostrado que toda persona desempleada tenía un trasfondo; una historia personal que habitualmente implicaba trabajo duro cuando tenían la oportunidad, así como las frustraciones que conllevaba la enfermedad, la vejez o la recesión global. Los investigadores del Pilgrim Trust coincidían con Beales y Lambert en que el desempleo no se limitaba a unos pocos irresponsables. *Men without Work* concluía que «en periodos de depresión miles de hombres se ven sin trabajo por condicionantes que están fuera de su control»[47].

Esta era una afirmación importante y controvertida. Los políticos conservadores y la prensa afín habían promovido persistentemente la idea de que los que recibían el subsidio de desempleo eran aquellos que nunca habían ahorrado prudentemente, o sufragado el plan de seguro nacional. En 1931 un editorial de *The Times* declaraba que los desempleados «deben demostrar su necesidad de ayuda, como condición para recibirla», afirmando que esto ofrecía «ventajas morales» en un sistema en el que los «no asegurados» formaban una parte tan considerable de solicitantes[48]. Lo que tales proclamaciones ignoraban convenientemente era la gran proporción de solicitantes de subsidio que habían estado desempleados por tanto tiempo que habían agotado sus ahorros o el plan de subsidios contributivos financiado por sus pagos de seguro nacional.

Al dar voz a los desempleados, a su historia e individualidad, *Memoirs of the Unemployed* y *Men without Work* socavaba los estereotipos de irresponsabilidad y pereza que saturaban las representaciones de los parados en la prensa y la política. Un publicista desempleado relataba a Beales y Lambert su «desesperación» cuando tuvo que recurrir a vender «mis libros y otros enseres. Finalmente mi mujer tuvo que vender toda la bisutería que poseía. Lo más doloroso fue cuando tuvo que empeñar el anillo de bodas»[49]. Describía su «desesperación» y «horror» de verse endeudado e incapaz de ser el sostén familiar con el que se había casado su mujer; y afirmaba estar «resentido contra todos los políticos de todos los partidos»[50].

Los defensores de la evaluación de recursos asumían, tal como sugería *The Times*, que el subsidio de desempleo disuadiría a la gente de encontrar trabajo. Pero los desempleados no estaban de acuerdo. «Siempre he defendido mi independencia», decía un minero de cuarenta años del sur de Gales, «pero ahora me he visto obligado a perder la mía sin que fuera mi culpa, sino simplemente porque soy la víctima de un círculo vicioso». Las historias que contaban estos hombres dejaban claro que el problema con el paro no era su generosidad, sino sus limitaciones, que arrojaron a tantas familias a la pobreza. Este minero les dijo a Beales y Lambert que encontraba a los políticos «incompetentes»; estar en el paro «me ha amargado mucho», decía[51].

Las voces de los desempleados revelaban que la apariencia y comportamiento personales, así como los patrones de consumo, no eran las

causas de la pobreza, sino sus consecuencias. Algunos de los que hablaron con Beales y Lambert relataban su trayecto, desde «conservar las apariencias» y aspirar a cierto tipo de trabajo, hasta el momento en que descubrían sus intereses comunes con aquellos que antes habían considerado «toscos» o irresponsables: un «botones escocés» escribió que su peor periodo fue cuando tuvo que luchar por conservar su alojamiento en un «distrito acomodado de Glasgow». Finalmente:

> Olvidé mi orgullo […] y compartí una habitación en una área de clase obrera donde vivir del paro no es una experiencia infrecuente. Aprendí cómo lavar y planchar mi ropa […] y reparar mis botas y, aún más importante, aprendí cómo aprovechar al máximo cada penique gastado […] Se puede entrar en clubes que no exigen etiqueta… Una apuesta hípica llamada «*double tanner*» me permitió amasar una riqueza estimada en tres libras. Este «dinero sucio» no sólo me permitió comprar botas, calcetines, camisas y ropa interior […], sino que me facilitó un viaje de un día a la playa. ¡Cuánto disfruté esa excursión![52].

Historias como la de este hombre subrayaban cuán delgada era la línea entre respetabilidad y pobreza. Eran un testimonio del carácter arbitrario de las dificultades por las que tantos pasaban, y desafiaban la idea de que la pereza o falta de ahorro llevaba a la gente a la pobreza. Vivir al día –disfrutar de la emoción de una carrera de caballos, de un viaje en tren a la costa, o de unas patatas fritas en la playa– era un modo de vida precario impuesto por las circunstancias.

Estas no eran historias nuevas. Que millones de personas pudieran caer en la pobreza pese a no tener culpa alguna, y que las dificultades económicas tuvieran terribles consecuencias para la salud emocional y física, así como para los ingresos familiares, era algo que había sido documentado por investigadores sociales, periodistas y novelistas durante más de un siglo; por hombres y mujeres como Charles Dickens, Henry Mayhew y Maud Pember Reeves. Pero en cada generación necesitaban volver a ser narradas; pues el mito de que los pobres causaban su propia pobreza era persistente, precisamente porque servía a los intereses de los poderosos. Que los desempleados eran también ciudadanos –que algunos de ellos habían pagado impuestos en algún momento– constituía una verdad que los políticos parlamentarios pocas veces reconocieron en la década de 1930.

Y aun así algunos de los contribuyentes estaban cambiando lentamente de opinión: la experiencia del desempleo de masas les llevó a pensar si era realmente ético dividir a los pobres «que no lo merecían» de los «que sí lo

merecían». Unos pocos llegaron a esta conclusión como resultado de su propio desempleo, ya que los obreros de cuello blanco y técnicos profesionales no estaban exentos. Otros, como los padres de Katharine Whitehorn, eran progresistas de larga data, cuyos puntos de vista se habían visto confirmados por las dificultades y angustias que causaba la evaluación de recursos. Pero la mayor parte cambiaron su visión a raíz de lo que presenciaron en el trabajo, en viajes por su ciudad o país, en sus lecturas. En 1948 *Men without Work*, del Pilgrim's Trust, encontró un editor entusiasta en la figura de Victor Gollancz, que había fundado el Left Book Club en 1936. Gollancz esperaba proporcionar una plataforma para los escritores y textos dedicados a la vida de la clase obrera; también pretendía producir libros asequibles para un público amplio. Fue Gollancz quien publicó el relato de L. P. Coombe sobre la vida en un pueblo minero de Gales del Sur, *These Poor Hands,* así como *Road to Wigan Pier,* de George Orwell. En abril de 1939 el club tenía 57.000 miembros, que esperaban ansiosamente su ejemplar de cada «libro del mes»[53].

Gollancz no estaba solo en su promoción de la literatura de clase obrera. Mediada la década de 1930, muchos en la izquierda política acariciaban la idea de un «frente popular», una idea emanada del Partido Comunista pero retomada y desarrollada por un grupo más amplio de escritores, artistas, periodistas y académicos, incluyendo a Winifred Holtby, Lewis Grassic Gibbon y Cecil Day Lewis. En algunos lugares de la Europa continental el frente popular ejercía una mayor influencia política directa (Francia eligió un gobierno de frente popular en 1936), pero tuvo un efecto significativo en la vida cultural británica. El frente popular incluía una colección de escritores y artistas dispersos, pero el mensual *Left Review* era su plataforma. En una tipografía abigarrada, la primera página del primer número de la *Left Review,* en octubre de 1934, proporcionaba a sus lectores una introducción al frente popular:

> En el actual mundo capitalista hay una crisis de ideas no menos notable que la crisis de la economía […] Hay ya una considerable cantidad de escritores que son conscientes de esto: desean y trabajan por el fin del orden capitalista de la sociedad. Apuntan a un nuevo orden basado no en la propiedad y el beneficio, sino en el esfuerzo cooperativo. Son conscientes de que la clase obrera será la constructora de este nuevo orden, y ven que el cambio debe ser efectivamente revolucionario[54].

En este clima un puñado de influyentes escritores de clase obrera, como Walter Greenwood, autor de *Love on the Dole,* y Walter Brierley, que escribió *Means Test Man,* encontraron editores y un público interesado[55]. Es difícil saber cuán grande era el público para estos libros, pero *Love on the Dole,* de Greenwood, fue un *bestseller,* reimpreso diez veces entre 1934 y 1937[56]. El alto número de ventas y abonados que logró el Left Book Club de Gollancz, y las múltiples reseñas en periódicos nacionales de las que se beneficiaron estos libros, sugieren que mucha gente estaba dispuesta a aprender más sobre la vida de la clase obrera de lo que dejaba translucir la retórica de los políticos o los titulares de los periódicos.

Muchos de estos lectores eran de clase media; pero no todos ellos. Los lectores de clase obrera a veces eran críticos respecto a las novelas y encuestas, en las que se veían representados como víctimas ignorantes o indefensas, más que como personas razonables y con opiniones políticas propias. Entre ellos estaba Ernie Benson, que ayudó a fundar una librería comunista en Leeds durante mediados de la década de 1930. Prefería las representaciones de la clase obrera de la vida urbana a las que ofrecía George Orwell en su *Road to Wigan Pier,* un relato de la visita de Orwell a la deprimida villa norteña y la gente que encontró allí. Cuando Benson visitó Wigan un año después de que se hubiera publicado el libro de Orwell,

> uno de los miembros locales del partido, Jim Grady, me dijo que [Orwell] pidió al hermano de Jim que le llevara por las zonas más deprimidas de Wigan […] Estaba interesado en servirse de los trabajadores desaliñados, ignorantes, y […] proyectarles como típicos de todo Wigan. Con tales ideas, qué poco sabe esta gentecilla sobre nosotros, la clase obrera, nuestras aspiraciones y sueños, nuestro deseo y capacidad para elevarnos por encima de la suciedad, la pobreza, las guerras y el hambre que el capitalismo crea para nosotros, y de nuestros esfuerzos por crear una sociedad más justa y humana[57].

Mientras que sólo una minoría de los desempleados estaban políticamente en activo, Benson tenía razón en señalar que sus experiencias y actividades a menudo eran desconocidas para los investigadores sociales, que elegían representar al desempleado «típico» como apático, resignado, o frustrado. Estos escritores no querían reconocer que la gente de clase obrera podía tener la capacidad de ser agentes del cambio social sin el liderazgo de una clase media liberal.

Para finales de la década de 1930 un amplio abanico de votantes de clase media estaban cambiando su visión sobre los desempleados, como

innatamente apáticos o irresponsables. Una razón era el auge del fascismo y el autoritarismo en la Europa continental, personificados en el nombramiento de Hitler como canciller de Alemania en enero de 1933. El Partido Nazi, como los *Fascisti* de Mussolini, se sirvió de su atractivo populista, organizando mítines de masas y manifestaciones. Repentinamente resultó ineludible la capacidad de la gente corriente para ser agentes del cambio político. Desde 1932, la British Union of Fascists (BUF) de Oswald Mosley intentaba replicar el éxito de Hitler. Mosley, un antiguo diputado laborista, atrajo suficiente apoyo como para celebrar grandes mítines en varios pueblos y ciudades, incluyendo el tristemente famoso y violento mitin del London Olympia de junio de 1934, que preocupó a varios destacados diputados conservadores, así como a los conservadores *Times* y *Daily Telegraph;* lo suficiente para que estos denunciaran al «ejército privado» de Mosley por su «violencia»[58].

Tanto la derecha como la izquierda británica afirmaban que la clase obrera corriente estaba de su parte –pero, en realidad, las calles, los vecindarios y las ciudades a menudo estaban divididos–. El mensaje de Mosley atraía a la gente que creía que estaba compitiendo con los inmigrantes por vivienda y empleos limitados. Las áreas portuarias de clase obrera siempre habían acogido a los inmigrantes recientes: eran los lugares donde los recién llegados podían encontrar alojamiento barato y trabajo eventual. En áreas como el East End de Londres, los South Shields de Tyneside, o la zona portuaria de Liverpool, el trabajo seguro era limitado y las viviendas, llenas a reventar; algunos se apresuraron a apoyar la afirmación de Mosley de que los inmigrantes o causaban estos problemas, o los empeoraban. El BUF nunca propuso candidatos para unas elecciones generales, pero en las elecciones municipales londinenses de 1937 el partido de Mosley recibió gran cantidad de votos en las circunscripciones del East End, como Bethnal Green y Shoreditch. En varias ocasiones el BUF pudo marchar, sin oposición, por las calles del East End.

En última instancia, sin embargo, el BUF no pudo suscitar el apoyo que los nazis habían recibido de parte de la clase obrera alemana. Esto fue así en parte porque el desempleo en Gran Bretaña no era tan elevado como lo era en Alemania o Italia. La mayor parte de los parados eran hombres de más edad, muchos de los cuales eran miembros del movimiento sindicalista británico, más fuerte y más independiente que el movimiento sindical en

Alemania. Los hombres que formaban las colas del paro en Gran Bretaña eran muy diferentes en edad y apariencia respecto a los jóvenes que pudieron reclutar los nazis, desilusionados pero determinados.

El apoyo de la clase obrera al fascismo fue débil; la tolerancia racial, cuando no la aceptación, era una característica antigua en las comunidades que estaban en el punto de mira de Mosley. En distritos donde convivían diferentes razas, religiones y culturas, la tensión era siempre una posibilidad, especialmente en tiempos de pobreza y desempleo. Pero gran parte del tiempo la mayoría de la gente subsistía forjando relaciones vecinales, y a veces amistades profundas, que cruzaban las fronteras de raza y religión. Los inmigrantes que querían convertirse en súbditos británicos tenían que incluir en sus solicitudes a valedores de origen británico, y gente de todos los ámbitos de la vida daban el paso de ofrecer este apoyo a vecinos o compañeros de trabajo. En 1919 John George Robinson, un antiguo residente de South Shields –un pueblo costero que acogía a yemeníes, alemanes, austríacos, judíos rusos y escandinavos–, dio su apoyo a la solicitud de George Edwin Anderson para nacionalizarse. John había conocido a George años antes: al «haber trabajado de cartero durante 17 años, conocía bien a su padre»[59]. Incluso en el East End de Londres el BUF no logró obtener ningún concejal en el Ayuntamiento: el laborismo continuó siendo la elección de la mayor parte de los votantes de clase obrera. Pese a las afirmaciones de Mosley de que hacia 1935 el BUF contaba con 50.000 miembros, sólo atrajo a unos 16.000[60].

Muchos fascistas activos provenían de los estratos más ricos de la sociedad. En 1934 el Partido Laborista pidió a sus agrupaciones locales que proporcionaran información sobre la afiliación del BUF en su área. Las respuestas revelaron que Mosley dependía mucho de los comerciantes y empresarios, preocupados por la crisis financiera, y la clase media-alta; en Harrogate, «los miembros más jóvenes del Partido Tory» se vieron atraídos por los uniformes y actitudes del BUF; en Portsmouth el partido dependía de «hombres y mujeres jóvenes económicamente independientes»; mientras que, en los condados de alrededor de Londres, uno de los portavoces más destacados del BUF era «un vicario de la Iglesia de Inglaterra, que también es líder del Movimiento Boy Scout»[61]. Arthur Rogers, un asistente de quince años en una pequeña tienda de ultramarinos, recordaba que en Oxford eran estudiantes universitarios los defensores más destacados de

Mosley. «En las noches de los sábados, en la Universidad estaba el movimiento de camisas negras, los nazis, y solían venir y quedarse por la calle, y Sid [amigo de Arthur] solía quedarse en el medio para discutir con ellos. Sabía más de eso que ellos»[62].

Pero muchos simpatizantes fueron más cautelosos y discretos. La impopularidad del BUF creció a medida que empezaron a gotear las revelaciones sobre la brutalidad de Hitler. Nellie Driver, una organizadora del BUF en el pueblo algodonero de Nelson, en Lancashire, recordaba que «algunos de nuestros simpatizantes eran empresarios *tories* bien conocidos, y en Nelson se habrían quedado estupefactos de saber quiénes eran». Ella lamentaba que los miembros más destacados del BUF «fueran chalados, o algo peor»[63]. Mientras que el antisemitismo y convicciones totalitarias del BUF (y sus uniformes y actitudes, a juzgar por Harrogate y Portsmouth) proporcionaban una vía de escape para los *tories* descontentos, la mayor parte no estaban tan desencantados como para plantearse abandonar el electoralmente exitoso Partido Conservador de Baldwin.

Aunque Mosley criticara rotundamente los «grandes intereses» que controlaban «el comercio […] la prensa […] el cine [y] las finanzas de la City», era receptivo al apoyo por parte de aristócratas, grandes empresarios y fabricantes[64]. Adinerados empresarios agrícolas asistían a las campañas del BUF en Suffolk[65]. En 1934, Lord Rothermere, hasta 1931 propietario del *Daily Mirror*, reservó dos tercios de una página en su periódico para su artículo «Echad una mano a los Camisas Negras». Rothermere denunciaba a los antifascistas «sembradores del pánico», y sugería que el «patriotismo y disciplina [de los Camisas Negras] ha dado un ejemplo práctico para los jóvenes y mujeres de Gran Bretaña, a los que los viejos políticos están robando su legítima parte en el control y organización de los asuntos de su país». Respecto a qué tipo de «control» podía ofrecer un Estado de partido único a la juventud británica, Rothermere no decía nada[66]. La aristocrática familia Mitford, que nunca fue especialmente estable, también se sumó. Unity y Diana visitaron Alemania varias veces a mediados de la década de 1930, y estrecharon lazos de amistad con miembros del círculo íntimo de Hitler[67].

Los opositores más activos al fascismo comenzaron a aparecer a mediados de la década de 1930. Una vez que Hitler fue instalado en el poder, cualquiera que leyera los periódicos fue consciente de que la violencia, el

antisemitismo y el totalitarismo eran partes intrínsecas de su régimen. Esto ayudó a potenciar la oposición al BUF en algunos vecindarios de clase obrera, incluyendo el Este de Londres. Fue allí, en 1936, donde Charlie Goodman, de veintiún años, hijo de padres judíos polacos emigrados, escuchó que los Camisas Negras de Mosley estaban planeando marchar por su vecindario. Como muchos de sus amigos, en su familia Charlie había sentido la influencia política de izquierdas, y se había aproximado al Partido Comunista en sus años de adolescencia. Hasta mediados de la década, sin embargo, las actividades políticas de la mayor parte de sus amigos y familiares se limitaban a debates y reuniones. La experiencia de Charlie amplificaba la de Willy Goldman, hijo de rusos-rumanos de lengua yiddish, que «nunca [nos] permitieron olvidar que éramos extranjeros. Nuestros padres continuamente nos recordaban: "Un mal judío mete a toda la raza en problemas"»[68]. Las actitudes cambiaron a medida que aumentaba el desempleo y el BUF comenzaba a desfilar. Hacia 1936 tanto Willy Goldman como Charlie Goodman eran parte de la «creciente oposición al fascismo» junto a muchos amigos y parientes. Charlie adscribía su creciente voluntad de hacer campaña activa contra Mosley «a lo que estaba ocurriendo en Alemania». En 1936 se unió a cientos de manifestantes que impidieron que el BUF marchara por Cable Street. Por su participación en esta manifestación exitosa, Charlie fue arrestado por agresión a un policía, y pasó un año en la cárcel de Wormwood Scrubs[69].

En 1936 algunos de los desempleados abandonaban las colas del paro y marchas del hambre de Gran Bretaña para luchar en otros frentes. En julio de ese año un golpe militar encabezado por el general Francisco Franco contra el gobierno republicano desencadenaba la Guerra Civil española. Seguros de que esto marcaba el comienzo de un sostenido ataque fascista contra la democracia europea, más de 2.300 voluntarios de Gran Bretaña e Irlanda se unían a las Brigadas Internacionales organizadas para asistir a las fuerzas republicanas[70]. Entre los voluntarios se contaban algunos combatientes aristocráticos como Esmond Romilly (primo, y después marido, de Jessica Mitford) y George Orwell, que avasallaba habitualmente con sus emocionantes informes de prensa sobre la guerra, pero la mayor parte eran jóvenes que provenían de hogares corrientes en Londres, los campos mineros del noreste, los valles de Gales del Sur, o los arrabales de Mánchester. Incluían a Clement Broadbent, de treinta y cuatro años, el

concejal laborista más joven de Dewsbury, al que mataron en la Batalla del Ebro en 1938[71]; y a Nat Cohen, un pacifista judío que vivía en el East End de Londres, y que «estudiaba estrategia militar y español por las noches» antes de fundar la Columna Tom Mann de las Brigadas Internacionales[72]. Muchos eran desempleados, como Phil Gillan, de veinticinco años, el primer voluntario de Glasgow en llegar a España, que había tenido un trabajo remunerado durante sólo unos pocos meses después de dejar la escuela, y luego había «estado desempleado durante unos diez años»[73].

Estos voluntarios se veían a sí mismos como guardianes de la democracia. Gary McCartney, un voluntario escocés, estaba seguro de que sus compañeros no fueron «a España a establecer el comunismo o algo así. Fuimos a España para continuar la lucha por la libertad de un pueblo, para marcar una cruz en una papeleta de voto»[74]. Muchos esperaban que el éxito en España destruiría al fascismo en Europa. Cuando Charlie Goodman fue excarcelado de Wormwood Scrubs en 1937, «sintió que quería continuar la lucha físicamente contra el fascismo, con las armas en la mano», y partió sin demora hacia España[75].

Enseguida se retrató a los voluntarios como defensores de la democracia, tanto por parte de los periódicos como por los políticos laboristas. Especialmente influyente fue el *Mirror,* el periódico más popular de Gran Bretaña, que vendía cuatro millones de ejemplares al día[76]. En 1938 los editores del periódico se habían liberado lo suficiente de la influencia de Lord Rothermere como para poder defender la causa de la República española como una «lucha por las clases trabajadoras». Algunos de los periodistas veteranos del periódico provenían de las primeras generaciones de niños de clase obrera que se habían beneficiado de la educación primaria gratuita estatal (establecida en 1874). Literatos y aventureros, aportaban a su trabajo diario el compromiso de llegar a la clase trabajadora e informarla. También habían visto, de primera mano, los efectos del desempleo en las familias y las comunidades en las que crecieron. «Proveníamos de entornos populares», decía Hugh Cudlipp, el editor de contenidos. «Yo vengo del sur de Gales, que fue una zona golpeada por la crisis […] Si has pasado por eso, no lo olvidas»[77]. La cobertura del *Mirror* reflejaba el punto de vista de muchos de los voluntarios británicos en España: que la plena ciudadanía no sólo significaba el derecho al voto, sino también el derecho a

desempeñar un papel pleno en la vida económica del país. Si esto significaba el derecho al trabajo, el derecho a negociar la política económica al más alto nivel, o el derecho a una completa igualdad política y económica, era un tema de debate dentro de la izquierda británica, pero todos compartían el sentimiento de que la democracia ofrecía mayores posibilidades de realizar sus aspiraciones a la clase obrera de las que el fascismo jamás podría ofrecer.

Los que lucharon en la Guerra Civil española, o contra el BUF de Mosley, eran una minoría. Sin embargo, sus protestas llamaron la atención de la prensa y del público en general, porque sugerían que las personas de clase obrera podían ser los verdaderos guardianes de la democracia en Gran Bretaña, en un momento en que esta parecía estar en grave peligro. Estos activistas, muchos de ellos desempleados, se organizaron contra las muy publicitadas amistades entre los aristócratas británicos y los nazis. Lejos de ser irresponsables o impotentes, promovieron las causas del antifascismo y el socialismo. Y, al hacerlo, propusieron una visión muy diferente del futuro de la propugnada por los influyentes partidarios de Hitler.

De vuelta a casa, en los valles de Gales del Sur, los barrios pobres de East End y las ciudades textiles de Lancashire, el desempleo continuaba causando pobreza. A mediados de la década de 1930, las condiciones de vida de las mujeres de clase obrera atraían la atención de activistas feministas y sindicales. En la década de 1920 y principios de 1930, los gobiernos locales y nacionales se habían centrado en la salud de los niños al medir el impacto médico de la pobreza. A pesar de las discrepancias regionales, funcionarios del Ministerio de Sanidad pudieron señalar una disminución gradual en la mortalidad infantil. Pero la salud de las mujeres presentaba una imagen más preocupante. De hecho, entre 1923 y 1933 la tasa de mortalidad materna aumentó un 22 por 100. Aunque la tasa nacional de mortalidad materna se redujo a mediados de la década de 1930, las áreas más pobres continuaron registrando incluso 10 muertes maternas por cada 1,000 nacimientos vivos[78].

La preocupación por la difícil situación de estas mujeres desencadenó una campaña para mejorar la información sobre el control de la natalidad y las asignaciones del Estado para madres gestantes y niños pequeños. Estas fueron reformas que habían defendido durante mucho tiempo las mujeres

del Partido Laborista y el movimiento cooperativo, que provenían de una amplia gama de orígenes sociales. Después de la Primera Guerra Mundial, lograron que se incorporara al programa laborista un servicio estatal de maternidad, atención médica gratuita, asistencia domiciliaria y alimentos y leche gratuitos o de bajo coste en las escuelas, aunque ni el gobierno laborista de 1924 ni el de 1929 implementaron estas reformas[79].

Las activistas del movimiento feminista compartían algunos de estos objetivos. Algunas de ellas diferían de las mujeres laboristas en su actitud hacia la intervención estatal. Algunas, como Eleanor Rathbone, creían que el voluntariado debía proporcionar los servicios de maternidad y pediátricos que las mujeres laboristas defendían que debía gestionar el Estado. Entre aquellas que inicialmente apoyaron la opinión de Rathbone estaba Margery Spring Rice, la hija de un rico abogado de Londres, y antigua estudiante del Girton College de Cambridge. Tras abandonar la universidad en 1924, Spring Rice se había unido a algunas de sus contemporáneas para realizar trabajos sociales en los barrios marginales de Londres. Sus encuentros con mujeres de clase obrera la convencieron de que no tenían la culpa de la pobreza en la que se encontraban. Durante la siguiente década, Spring Rice ayudó a establecer varias clínicas benéficas de maternidad y cuidados infantiles en todo Londres.

En 1933 Spring Rice se unió al Comité de Investigación de la Salud de las Mujeres, un grupo no partidista que incluía a representantes de los principales grupos de mujeres, incluyendo al Co-operative Women's Guild. El trabajo del comité se inspiró en la negativa del gobierno a admitir que la pobreza era la causante de la mala salud. Al centrarse en las mujeres y niños pequeños, el movimiento de mujeres pudo desafiar la suposición de que los pobres podían dividirse entre «merecedores» y «no merecedores». Las madres enfermas y moribundas nunca eran vilipendiadas de la misma manera que los hombres desempleados; y sus hijos eran claramente inocentes. Eran fácilmente retratadas como víctimas indefensas de la pobreza.

Sin embargo, Spring Rice y sus aliados tuvieron que luchar contra el escepticismo. Incluso muchos de los que aceptaron una conexión entre la pobreza y la mala salud de las mujeres sentían que la solución residía en las propias mujeres. En 1934, un editorial del *Times* sobre «Mortalidad materna» –en sí mismo un signo de cuán apremiante era entonces ese

problema político– sugería que «el estado nutricional de la madre determina en gran medida la salvaguarda de su salud durante el parto». Sin embargo, este escritor compartía la opinión de muchos pensadores liberales respecto a que los esfuerzos voluntarios y la educación suponían un medio más eficaz que la intervención estatal para mejorar la salud de la mujer. El principal problema radicaba, concluía el editorial, en «la ignorancia de muchas madres jóvenes» sobre sus necesidades[80]. En el mismo año, el Ministerio de Sanidad lanzó una serie de investigaciones regionales sobre mortalidad materna, en parte para calmar las críticas de las activistas. Incluso en su informe de 1937 sobre Gales, que admitía a regañadientes que «una dieta inadecuada y una alimentación incorrecta pueden ser factores determinantes» que contribuían a una alta mortalidad materna en los barrios obreros, el Ministerio concluía que «su influencia no puede ser evaluada con precisión en este momento»[81].

Los conservadores se opusieron firmemente a las exigencias laboristas de que los desempleados recibieran más asistencia y los servicios de salud pública estuvieran mejor financiados. En 1935, Stanley Baldwin entró en el cargo de primer ministro sustituyendo al enfermo y frágil Ramsay MacDonald, en un gobierno denominado «nacional», pero en realidad dominado por los conservadores. «[E]l gasto de dinero por sí solo nunca salvará la vida de una madre», declaró en 1935 el diputado conservador Mavis Tate en un debate parlamentario sobre la mortalidad materna[82]. Debatiendo en contra de la ampliación de la sanidad pública, afirmó que «el magnífico trabajo realizado por las asociaciones voluntarias» era suficiente para satisfacer las necesidades sanitarias de aquellas personas que no podían pagar un médico privado[83].

Sin embargo, en tres años la posición de Tate se había visto seriamente cuestionada. El trabajo de activistas como Margery Spring Rice y las autoridades locales (en su mayoría laboristas) que apoyaron las peticiones de una mejor asistencia para los pobres comenzaba a obtener resultados. Al mismo tiempo, el Partido Laborista adoptaba un compromiso nacional por el bienestar estatal y el desarrollo de la vivienda, tras recuperarse de la crisis de 1931 y reunificarse bajo un nuevo líder –Clement Attlee– en 1935. El laborismo obtuvo varias victorias importantes en elecciones municipales, incluyendo aquella que en 1934 puso el gobierno municipal de Londres, el

London County Council, en manos de Herbert Morrison. Estas autoridades priorizaron mejorar la salud y la vivienda en las áreas de clase obrera.

Deseosos de asegurar que los laboristas no tomaran la iniciativa en la reforma, el gobierno de Baldwin introdujo la Ley de Vivienda de 1936. Esta colocaba a cargo de las autoridades locales la tarea de proporcionar alojamiento a «las clases trabajadoras», y condujo a una gran expansión de la vivienda pública. Mientras que las viviendas públicas municipales de la década de 1920 habían estado dirigidas a los trabajadores manuales, más prósperos, este plan fuertemente subsidiado se centró en los más pobres. Ciudades como Liverpool y Newcastle lanzaron ambiciosos programas de demolición y remodelación de los barrios más empobrecidos. Cada vez más gente pensaba que el Estado debía proporcionar lo esencial para la vida.

En 1938, el trabajo del Comité de Salud de la Mujer culminó en la publicación de *Working Class Wives*. Margery Spring Rice redactó este estudio, que se basó en entrevistas a 1.250 mujeres de clase obrera. Incluía a las esposas de los asalariados, así como a mujeres casadas con hombres desempleados; también a habitantes del campo y a quienes vivían en barrios marginales del centro de la ciudad. Las voces de esta amplia muestra ayudaron a reforzar el más poderoso argumento de Spring Rice: que un aumento en la mortalidad materna atestigua la mala salud generalizada causada por la pobreza. «La lucha constante contra la pobreza en los últimos cuatro años me ha hecho sentir muy nerviosa e irritable», explicaba la esposa de un hombre desempleado, ella misma una antigua mecanógrafa. La «sra. L. C. de Cardiff», que en el pasado había trabajado como criada, se quejaba de un fuerte dolor de espalda «desde su primer parto, que fue difícil». Incapaz de pagar la tarifa del médico, sufría «palpitaciones inexplicables y dolores cardíacos» y apenas encontraba respiro con seis niños y sin baño o agua caliente[84].

La pobreza explicaba la mala salud de estas mujeres. El comportamiento de algunos maridos no ayudaba: «Yo misma creo que una de las mayores dificultades que tienen nuestras madres es que nuestros maridos no se dan cuenta de que al menos necesitamos tiempo de ocio», decía una mujer. «Mi vida durante muchos años consistía en estar encerrada en una cocina de un metro cuadrado, cada catorce meses un bebé […] A menudo sentía que no era más que una máquina»[85]. Pero el hacinamiento, los bajos salarios y el desempleo, junto con una escasa y cara atención médica, también

desempeñaban un papel importante. «Naturalmente, hay algunos que parecen obtener más de la vida que otros», admitía Spring Rice, «pero casi sin excepción esas mujeres son las que tienen pocos niños […] y por esta u otra razón están en mucho mejores circunstancias financieras»[86].

Cuando se publicó *Working Class Wives*, todavía ardía en el Parlamento y la prensa el debate sobre si los altos niveles de mortalidad materna se debían a la pobreza o a una mala prestación médica. Las mujeres y los médicos con quienes habló Margery Spring Rice no tenían dudas: la pobreza causaba problemas de salud, y tener que pagar por la atención médica exacerbaba el problema. En el mismo año en que se publicó *Working Class Wives*, el debate en curso sobre la mortalidad materna obligó a los conservadores a admitir que el gobierno podía hacer más para mejorar la salud pública. El gobierno aumentó los gastos en asistencia sanitaria, declaró obligatoria la formación obstétrica en 1936 y financió la formación de miles de nuevas comadronas. El Ministerio de Sanidad publicó estadísticas que mostraban que la mortalidad materna había caído a 4,11 en 1935, la tasa más baja registrada en diez años.

En 1937, Neville Chamberlain reemplazó a Stanley Baldwin como primer ministro. Chamberlain, que como ministro de Hacienda había presidido los salvajes recortes de subsidios de 1934, anunció la caída de la mortalidad materna como una victoria de las reformas sanitarias conservadoras. En el futuro, declaró en un mitin al aire libre ante sus partidarios, «cada futura madre, cualesquiera sean sus circunstancias, tendrá a su alcance la ayuda de una comadrona cualificada». Más en general, sugería, las malas condiciones físicas se debían a la falta de ejercicio, no a la pobreza. Chamberlain propuso un programa nacional de «entrenamiento físico» que «dará a nuestra juventud una nueva alegría de vivir, una consciencia de su capacidad para hacer lo que quieran hacer sin fatiga»; un programa que les haría «mejores ciudadanos y mejores atletas»[87].

El laborismo dejó patente su escepticismo, señalando que la conexión entre mala salud y dificultades económicas era cada vez más palpable. Ellen Wilkinson, la joven diputada laborista por Jarrow, sugería que formar a las comadronas era insuficiente, una medida parcial para un problema nacional causado por la pobreza. Los diputados laboristas, declaraba ella, «tienen mucha experiencia de lo que significa tener hijos estando sometidos a la evaluación de recursos, y tener que visitar esos hogares». Sabían que «la

enfermería y la obstetricia, por excelentes que fueran, no son un sustituto para la buena comida y unas condiciones dignas»[88]. Los críticos del gobierno señalaban que la caída de la mortalidad materna escondía masivas diferencias regionales. El diputado laborista James Griffith señaló que la mortalidad materna continuaba siendo «anormalmente alta» en su circunscripción de Gales del Sur, «donde hemos tenido diez años de muy grave pobreza y desempleo […] Las madres han pagado un precio por ello»[89].

De hecho, la tasa más baja de mortalidad materna se situaba en West Ham, un distrito de clase obrera. En 1937 Kingsley Wood, ministro de Sanidad conservador, señaló, tratándose como se trataba de «un distrito pobre con una población por encima de las 280.000 almas», que West Ham era la prueba de que la pobreza no tiene por qué conducir a la mala salud: una adecuada atención médica, y formar a las madres de clase obrera sobre la crianza de sus hijos, eran todo lo que se necesitaba[90]. En realidad, la buena salud materna de la que disfrutaban las mujeres de West Ham era el resultado del firme compromiso del gobierno municipal laborista con una sanidad generosa y públicamente financiada y con la adecuada prestación de servicios sociales. El ayuntamiento de West Ham invirtió en comadronas y servicios hospitalarios para las zonas demasiado pobres como para pagar las tasas médicas. Pero lo crucial fue que West Ham ofreció también más asistencia financiera a los desempleados que cualquier otra autoridad local en Gran Bretaña. Como señaló James Griffith, la tasa más baja de mortalidad materna se «debía al hecho de que habían estado dispuestos a gastar un dinero en interés de la vida humana que otras autoridades mucho más ricas se han negado a gastar»[91].

En 1938, Margery Spring Rice podía confiar en encontrar a lectores interesados en *Working Class Wives*. Las reformas de bienestar introducidas en West Ham, y más ampliamente en el London County Council, controlado por los laboristas, habían demostrado que las mejoras en los servicios sociales no eran prohibitivamente caras, y que podrían recoger cuantiosos frutos[92]. Iniciativas locales como estas dieron forma a las propuestas del economista John Maynard Keynes para una mayor organización e inversión estatal en empleo, sanidad y vivienda, además de un salario mínimo y el pleno empleo.

También tuvo un papel en este giro la campaña contra el desempleo, orquestada por el Movimiento Nacional de Trabajadores Desempleados y los sindicatos (a menudo en incómoda alianza, ya que el primero se encontraba próximo al Partido Comunista). En la marcha del hambre de Jarrow, en 1936, 200 hombres desempleados marcharon desde esta devastada ciudad de astilleros en el noreste de Inglaterra para entregar una petición al primer ministro, Stanley Baldwin, en Londres. La marcha atrajo una gran cobertura periodística y captó la imaginación del público. Para muchos habitantes de clase media de los pueblos y ciudades por los que pasaron los manifestantes, esta marcha supuso su primer encuentro con la clase obrera del norte. Estudiantes del Girton College, Cambridge, servían café y sándwiches a los manifestantes en su marcha por el Sur de Inglaterra. Cuando llegaron a Bedford, «a cada hombre se le dieron cigarrillos o tabaco por parte del Rotary Club» y «se les ofrecieron asientos gratuitos en los cines locales»[93].

Pero, cuando los manifestantes llegaron a Londres, Stanley Baldwin se negó a reunirse con ellos. Su acción provocó una desaprobación generalizada. El 5 de noviembre de 1936, el editor de *The Times* señalaba con aprobación que los manifestantes habían cursado «su petición por el método constitucional» y merecían la atención del gobierno. «La gente de Jarrow» declaraba el editor, «son […] quienes sufren decisiones en las que no pudieron influir y que han ido en beneficio de otros lugares. Han hecho lo que pudieron por sí mismos». E instaba a los ministros a reconocer que «es demasiado tarde como para sugerir que la situación y la ubicación de la industria no son preocupaciones directas del gobierno», declarando que «para salvar a las áreas afectadas de sufrir una prolongada agonía, son necesarias nuevas industrias; y si la empresa privada se aparta, se hace más necesario aún que el gobierno actúe»[94]. Era la primera vez que *The Times* mostraba un apoyo tan claro a los desempleados.

Para cuando se publicó *Working Class Wives,* Spring Rice había cambiado su postura anterior, es decir, que el voluntariado podría garantizar por sí solo la salud y el bienestar de las personas. La investigación de su comité afirmó con rotundidad que el gobierno debía seguir el ejemplo de instituciones como el Ayuntamiento de West Ham, reduciendo el desempleo y haciendo más accesible la atención médica. Mientras que Spring Rice aún consideraba factible un papel para las agencias de voluntariado, aunque

fuera secundario, ella creía ahora que sólo la oferta estatal de servicios sociales y un plan económico adecuado podrían solventar las necesidades urgentes de estas mujeres y sus familias, ofreciendo un cuidado igual, integral y continuo. «Al Comité [estas recomendaciones] no le parecen algo revolucionario, visionario, extravagante o socialmente equivocado», declaró Spring Rice. Y señaló también que un servicio nacional de salud, un mejor subsidio de desempleo y la intervención estatal para crear trabajo resultarían en «un ahorro incalculable de gastos hasta entonces dedicados a la atención de enfermedades y administración de la miseria». Si bien las organizaciones voluntarias y caritativas habían hecho un gran bien, necesariamente se centraban en las personas cuya situación era más urgente; lo que se requería era un nuevo énfasis en la prevención. Estos fueron objetivos por los cuales muchas organizaciones de los trabajadores, incluido el Co-operative Women's Guild, habían estado haciendo campaña durante décadas. En la década de 1930 encontraron nuevos aliados, cuyo cambio de opinión se vio provocado por el inmenso sufrimiento de los desempleados.

Spring Rice también aseveró que las reformas de bienestar que proponía podrían proteger al país de la amenaza de una dictadura, que ahora se alzaba en toda Europa. El «principio del desarrollo democrático de la felicidad y el bienestar individual a través de los servicios comunales ofrecidos a todos los ciudadanos», argumentaba, «siempre será parte integral de un gobierno sensato»[95]. Este era un argumento en favor del derecho universal a los medios básicos de vida; un derecho derivado no de los ingresos familiares o la falta de ellos, ni del carácter moral de cada uno, sino simplemente del hecho de haber nacido.

Y, sin embargo, esta forma de democracia pretendía ofrecer ayuda de arriba abajo para la clase trabajadora, no alentar la igualdad política y económica. Las propuestas de Spring Rice no otorgaban un papel central a las organizaciones creadas por la clase obrera para promover la autoayuda colectiva: los sindicatos y el Cooperative Women's Guild entre ellas. La idea de que los trabajadores podían ser importantes agentes de cambio todavía resultaba incómoda para muchos observadores de clase media, incluidos aquellos que simpatizaban con los desempleados. Cuando las propias escritoras del CWG publicaron una colección de relatos de primera mano sobre la pobreza de sus socias, la editorial –Hogarth Press, propiedad de Leonard y Virginia Woolf– los prologó con una carta de la propia

Virginia Woolf, en la que describía los textos de las colaboradoras como importantes, pero carentes de «distanciamiento y amplitud imaginativa, incluso teniendo en cuenta que las mujeres mismas carecían de diversidad y expresividad». El resultado, afirmaba, era «un discurso a medio articular».

Woolf era muy explícita respecto de sus propios temores a que las mujeres de clase obrera no fueran todavía capaces de participar plenamente en el debate democrático[96]. El estudio de Spring Rice era diferente; después de todo, se basaba en una consulta que incluía a representantes del Cooperative Women's Guild y del comité permanente de Organizaciones de Mujeres de la Industria, conformado por sindicalistas. Sin embargo, sus propuestas subrayaban la necesidad de intervención estatal, más que de organización de la clase obrera. Esta visión del futuro sin duda suponía una mejora en la dura realidad de las colas del paro, pero chocaba con las aspiraciones de muchos de los manifestantes de Jarrow, los simpatizantes de NUWM y los huelguistas de 1926, que habían albergado esperanzas de una participación más activa en el sistema político.

Para millones de personas, la década de 1930 significó desempleo, y el desempleo significaba indigencia y humillación. La experiencia de estar en el paro atravesaba las diferencias entre cualificados y no cualificados, «respetables» y «toscos». Las políticas gubernamentales se centraron en disuadir a los desempleados de que se volvieran dependientes del Estado, y en proporcionar incentivos para buscar trabajo. Sin embargo, como probaron sucesivas encuestas sociales, este enfoque estaba mal dirigido; aplacaba en parte a los contribuyentes de clase media, pero no abordaba las causas subyacentes del desempleo, ni evitaba las penurias de quienes lo sufrieron. Irónicamente, la evaluación de recursos domésticos del gobierno aseguraba que el desempleo afectara directa y agudamente a miles de personas más al margen de las que ya nutrían las colas del paro: las esposas y niños, que pasaban a ser responsables de mantener a sus familias, con salarios que habitualmente eran enormemente insuficientes.

Estos días, sin embargo, dejaron un legado positivo. La vista de las colas del paro llenas de mineros, artesanos y dependientes (la llamada clase obrera «respetable», e incluso clase media-baja) hizo que muchos polemistas de clase media fueran conscientes de que las penurias eran arbitrarias. Las evaluaciones de recursos añadían más humillación en

tiempos de gran tensión, y daban poco a cambio: el bienestar punitivo no hizo nada por reducir el número de desempleados, y podía dañar seriamente la salud de mujeres y niños, así como la de los hombres desempleados. La evaluación de recursos se diseñó para limitar los servicios de bienestar, pero su implementación secundó una campaña por hacer del bienestar social un derecho universal.

Los participantes en las marchas del hambre, investigadores sociales, activistas feministas y políticos laboristas que declararon que la pobreza estaba causada por la desigualdad social, y no por el comportamiento individual, todavía tenían poca influencia política a finales de la década de 1930. Eso cambiaría de 1940 en adelante, en modos que beneficiarían a una nueva generación de votantes de clase obrera. El potente recuerdo de los «hambrientos años treinta», y especialmente de la ingrata evaluación de recursos, llevaría a esos niños que habían cargado con responsabilidades familiares en los años de entreguerras a votar en 1945 por un nuevo gobierno laborista, comprometido con un Estado del bienestar y el pleno empleo.

Pero la retórica del «nunca más», propia de la década de 1940, era desconocida en 1934 para los hombres en la cola del paro y sus familias. Los manifestantes de Jarrow en 1936 finalmente serían conmemorados por haber ayudado a dar forma a un debate nacional sobre el desempleo y las causas de la pobreza. Pero ese futuro desconocido no podía compensarles por volver a casa sin trabajo y hambrientos, sabiendo que su primer ministro se negaba a verles. No podía borrar la humillante experiencia de solicitar la asistencia pública, o suavizar la frustración provocada por el hecho de que, después de décadas de lucha por el voto, el poder político de la gente de clase obrera seguía siendo limitado; el único papel legítimo que les había sido ofrecido por parte de políticos o investigadores sociales liberales era el de la víctima indefensa. Para demasiada gente, estos fueron años crueles de privación y desesperación.

[1] W. Holtby, *Women and a Changing Civilisation* (Londres, 1934), p. 118.
[2] N. Crafts, «Living Standards», en Crafts *et al.* (eds.), *Work and Pay*, p. 21.
[3] I. Gazeley, *Poverty in Britain*, 1900-1965 (Basingstoke, 2004), p. 108.
[4] C. Steedman, *Landscape for a Good Woman* (Londres, 1986), p. 35.

[5] P. Thane, «The “Welfare State” and the Labour Market», en Crafts *et al.* (eds.), *Work and Pay*, p. 187.
[6] A. Bingham, «Stop the Flapper Vote Folly», *Twentieth Century British History*, vol. 13, n.º 1 (2002).
[7] P. Thane, «What Difference did the Vote Make?», *Historical Research*, vol. 76, n.º 192 (2003), pp. 268-285.
[8] *Census of England and Wales, 1921: Occupation Tables* (Londres, 1924), gráf. 4; *Census of England and Wales, 1931: Occupation Tables* (Londres, 1934), gráf. 3; *Census of Scotland, 1921*, vol. 3 (Londres, 1924), gráf. 2; *Census of Scotland, 1931*, vol. 3 (Londres, 1934), gráf. 1.
[9] *Report of the Ministry of Labour for the Year 1938*, xii (PP 1938-1939), Cmd. 6016.
[10] Priestley, *English Journey*, pp. 13 y 16-17.
[11] *Ibid.*, p. 68.
[12] *Ibid.*, p. 74.
[13] C. Burge, «A Flaw in the National Housing Scheme», *Daily Mirror* (19 de abril de 1934), p. 12.
[14] M. Clapson, *Invincible Green Suburbs, Brave New Towns* (Mánchester, 1998), cap. 2; P. Scott, «Mr. Drage, Mr. Everyman, and the Mass Market for Domestic Furniture in Interwar Britain», *Economic History Review*, vol. 62, n.º 4 (2009), pp. 802-827.
[15] Minuta no publicada para el ministro de Educación, 1937, ED 11/278, TNA.
[16] «Work, Wages and the Dole», *The Times* (12 de junio de 1931), p. 17.
[17] «Iron and Steel», carta a *The Times* (22 de agosto de 1931), p. 6.
[18] «The Means Test», carta al *Scotsman* (19 de diciembre de 1931), p. 9.
[19] *Ibid.* Véase también «Tomorrow’s Elections», *The Times* (31 de octubre de 1933), p. 15.
[20] A. L. Bowley y M. Hogg, *Has Poverty Diminished?* (Londres, 1925), p. 197.
[21] Smith, *New Survey of London Life and Labour*, vol. 3, p. 83.
[22] B. S. Rowntree, *Poverty and Progress. A Second Social Survey of York* (Londres, 1941), p. 51.
[23] H. Tout, *The Standard of Living in Bristol: A Preliminary Report of the Work of the University of Bristol Social Survey* (Bristol, 1938), p. 46.
[24] Entrevista a Jack Bell (pseud.), KHP 50, Bristol Reference Library.
[25] C. Cameron, A. Lush y G. Meara, *Disinherited Youth: A Report on the 18 + Age Group Enquiry Prepared for the Trustees of the Carnegie United Kingdom Trust* (Edimburgo, 1943), pp. 70, 75; Rowntree, *Poverty and Progress*, pp. 188-189; H. L. Beales y R. S. Lambert (eds.), *Memoirs of the Unemployed* (Londres, 1934), pp. 20, 40-41, 82-87; W. Temple y el Pilgrim Trust, *Men Without Work* (Cambridge, 1938), pp. 147-148.
[26] A. D. Lindsay, «Means Test», carta a *The Times* (14 de febrero de 1935), p. 8.
[27] Entrevista a Stanley Iveson, cinta núm. 898, Manchester Studies collection, TLSL.
[28] «The Means Test», carta a *The Times* (18 de febrero de 1935), p. 8.
[29] Cameron, Lush y Meara, *Disinherited Youth*.
[30] Rowntree, *Poverty and Progress*, p. 8.
[31] E. Benson, *To Struggle is to Live. Vol. 2: Starve or Rebel* (Newcastle, 1980), pp. 47-49.
[32] Entrevista a Frank Haynes, OT555, TS227, Abingdon Oral History Project, OHC.
[33] Emily Swankie en I. MacDougall (ed.), V*oices from the Hunger Marches* (Edimburgo, 1991), pp. 227-228.
[34] *Ibid.*
[35] Benson, *To Struggle is to Live*, p. 46.
[36] E. MacColl, *Journeyman: An Autobiography* (Londres, 1990), p. 122.
[37] *Ibid.*, p. 201.
[38] *Ibid.*, p. 29.

[39] L. Lee, *As I Walked Out One Midsummer Morning* (Harmondsworth, 1971), p. 20.

[40] A. D. K. Owen *et al.*, *A Survey of Juvenile Employment and Welfare in Sheffield* (Sheffield, 1933), p. 18; Caradog Jones, *Social Survey of Merseyside*, vol. 3 (Liverpool, 1934), p. 203; Caradog Jones, *Social Survey of Merseyside*, vol. 2, p. 33; J. y S. Jewkes, *The Juvenile Labour Market* (Londres, 1938), pp. 12-13.

[41] W. Greenwood, *Love on the Dole* (Londres, 1933).

[42] Esto ha sido calculado a partir de la digitalización de R. Brown, *Orientation to Work and Industrial Behaviour of Shipbuilding Workers 1968-1969: Manual Workers' Questionnaires*, Número de Estudio (SN) 6586, UK Data Archive (UKDA).

[43] Entrevista a Mr. Savage, transcrip. núm. 477, Manchester Studies collection, TLSL.

[44] Entrevista a Peggy, transcrip. núm. A66/a, colección de historia oral *Making Ends Meet*, Nottingham Local Studies Library (NLSL).

[45] K. Whitehorn, *Selective Memory* (Londres, 2007), p. 3.

[46] Lindsay, «Means Test».

[47] Pilgrim Trust, *Men without Work*, p. 200.

[48] «The Running Sore», *The Times* (25 de marzo de 1931), p. 15.

[49] «An Unemployed Business Man», en Beales y Lambert, *Memoirs of the Unemployed*, p. 57.

[50] *Ibid.*, p. 61.

[51] «A South Wales Miner», en *ibid.*, p. 69.

[52] «A Scottish Hotel Servant», en *ibid.*, pp. 260-261.

[53] Esta información está tomada de las páginas web del Left Book Club Archive, que se encuentra en la Universidad de Sheffield. Véase http://librarysupport.shef.ac.uk/leftbook.pdf.

[54] *Left Review*, n.º 1 (octubre de 1934), p. 1.

[55] C. Hilliard, *To Exercise Our Talents: The Democratization of Writing in Britain* (Cambridge, Mass, 2006).

[56] S. Constantine, «*Love on the Dole* and its Reception in the 1930s», *Literature and History*, n.º 8 (1982), pp. 232-247.

[57] Benson, *To Struggle is to Live*, p. 56.

[58] Citado en J. Stevenson y C. Cook, *Britain in the Depression: Society and Politics, 1929-39* (Londres, 1994), p. 228.

[59] Citado en L. Tabili, *Global Migrants, Local Culture: Natives and Newcomers in Provincial England, 1841-1939* (Basingstoke, 2011), p. 147.

[60] D. S. Lewis, *Illusions of Grandeur: Mosley, Fascism and British Society, 1931-81* (Mánchester, 1987), pp. 71-72.

[61] *Questionnaires to District Labour Parties on Fascist Activity in their Region, 1934-5*, Labour Party Archive, Labour History Archive, Mánchester.

[62] Entrevista a Arthur Rogers, OT 404,TS 225, Abingdon Oral History Project, OHC.

[63] Citado en S. Rawnsley, «The Membership of the British Union of Fascists», en K. Lunn y R. Thurlow (eds.), *British Fascism. Essays on the Radical Right in Interwar Britain* (Londres, 1980), p. 154.

[64] Citado en Stevenson y Cook, *Britain in the Depression*, p. 227. Sobre los influyentes apoyos de Mosley, véase D. Cannadine, *The Decline and Fall of the British Aristocracy* (New Haven, 1992), pp. 547-551; N. Todd, *In Excited Times: The People against the Blackshirts* (Newcastle, 1990), p. 20; R. Skidelsky, *Oswald Mosley* (Londres, 1975), pp. 325-326.

[65] Skidelsky, *Oswald Mosley*, pp. 325-326.

[66] V. Rothermere, «Give the Blackshirts a Helping Hand», *Daily Mirror* (22 de enero de 1934), p. 12.

[67] «Daughter of Peer Nazi Guest of Honour», *Daily Mirror* (11 de septiembre de 1935), p. 3; Mitford, *Hons and Rebels*, pp. 62-63.

[68] W. Goldman, *East End My Cradle* (Londres, 1988), p. 20.

[69] *Oral history recording with Charlie Goodman*, n.º 16612/4, Imperial War Museum (IWM).

[70] B. Alexander, *British Volunteers for Liberty: Spain, 1936-1939* (Londres, 1986), p. 29.

[71] «Death in Spain», *Yorkshire Post* (10 de diciembre de 1938), p. 9.

[72] «He Fought in Spain War, Brought Spanish Wife to Fight Here», *Daily Mirror* (27 de enero de 1938), p. 1.

[73] Citado en MacDougall, *Voices from the Hunger Marches*, p. 133.

[74] Citado en Alexander, *British Volunteers for Liberty*, pp. 25-26.

[75] *Oral history recording with Charlie Goodman*, n.º 16612/4, Imperial War Museum.

[76] Respecto a la popularidad del *Mirror*, véase A. Bingham, *Family Newspapers? Sex, Private Life and the British Popular Press 1918-1978* (Oxford, 2010), pp. 1, 8, 17 y 19.

[77] Citado en J. Pilger, *Hidden Agendas* (Londres, 1998), p. 382.

[78] C. Webster, «Healthy or Hungry Thirties?», *History Workshop Journal*, vol. 13, n.º 1 (1982), p. 117.

[79] P. Thane, «Visions of Gender in the British Welfare State», en G. Bock y P. Thane (eds.), *Maternity and Gender Policies. Women and the Rise of the European Welfare States 1880s–1950s* (Londres, 1991), p. 105.

[80] «Maternal Mortality», *The Times* (23 de junio de 1934), p. 13.

[81] Ministry of Health, *Report on Maternal Mortality in Wales* (Londres, 1937), pp. 93-94, 115.

[82] Ministry of Health, HC Deb., Hansard (17 de julio de 1935), vol. 304, col. 1118.

[83] Midwives Bill, HC Deb., Hansard (30 de abril de 1936), vol. 311, col. 1169.

[84] M. Spring Rice, *Working Class Wives: Their Health and Conditions* (Harmondsworth, 1939), pp. 77, 79.

[85] *Ibid.*, p. 94.

[86] *Ibid.*, p. 103.

[87] «A Wealthier Britain», *The Times* (19 de julio de 1937), p. 9.

[88] Midwives Bill, HC Deb., Hansard (30 de abril de 1936), vol. 311, col. 1160.

[89] «Maternal Mortality», HC Deb., Hansard (27 de mayo de 1937), vol. 324, col. 417.

[90] Ministry of Health, HC Deb., Hansard (17 de julio de 1935), vol. 304, col. 1064.

[91] Ministry of Health, HC Deb., Hansard (17 de julio de 1935), vol. 304, col. 1072. Véase también M. Mitchell, «The Effects of Unemployment on the Social Condition of Women and Children in the 1930s», *History Workshop Journal*, vol. 19, n.º 1 (1985), p. 117.

[92] J. Harris, «War and Social History: Britain and the Home Front during the Second World War», *Contemporary European History*, vol. 1, n.º 1 (1992), p. 30.

[93] «Jarrow Marchers at Bedford», *The Times* (27 de octubre de 1936), p. 11.

[94] «Jarrow's Petition», *The Times* (5 de noviembre de 1936), p. 15.

[95] Spring Rice, *Working Class Wives*, pp. 205-206.

[96] V. Woolf, «Introductory Letter», en M. L Davies (ed.), *Life as We Have Known It* (Londres, 1984), pp. xxix, xxxi.

Interludio I
Ha nacido una estrella

> Nací en 1936 en Castleford, Yorkshire. Lo encontrarás en el mapa; soy la tía que lo marcó ahí.
>
> Vivian Nicholson, *Play for Today*, 1977

El 3 de abril de 1936 Vivian Asprey nacía en una pequeña vivienda pública de dos pisos, un «dos arriba / dos abajo» en Wallington Street, en el pueblo de Castleford, situado en West Yorkshire. «Donde vivíamos, todos los tipos eran mineros del carbón», explicaba años después. «Excepto mi padre; él era un bastardo a tiempo completo, hecho y derecho, bien pagado.» En el informe del censo, sin embargo, él también estaba listado como «minero». Los mineros eran aquellos hombres cuyo trabajo hacía grande a Gran Bretaña, «tiznados hasta los ojos, con sus gargantas llenas de polvo de carbón, empujando sus palas con brazos y estómagos de acero», según la descripción de George Orwell, entre la admiración y la envidia, en su *Road to Wigan Pier* de 1937[1].

La realidad era en cierto modo diferente. Los «mineros son cuentistas», advertirían sardónicamente sus esposas a los científicos sociales veinte años después, cuando estos llevaban a cabo un estudio sobre la vida en la ciudad minera de Yorkshire. Sus trabajos eran difíciles y peligrosos, pero la reacción a estas dificultades podía suponer tomarse libre algún que otro día para emborracharse, o las heroicidades con las que se deleitaba Orwell[2]. Su trabajo también era insalubre. El padre de Viv pasó la mayor parte de su vida «de baja», debido a la epilepsia, el asma y su amor por la bebida. Sus cinco niños –Viv era la mayor– dependieron de la miseria que ganaba su madre asmática por la recogida de patatas en los cultivos locales.

En los primeros años de Viv, la mayor parte de las jóvenes de Castleford ya podían despreciar el trabajo agrícola y el servicio doméstico que sus abuelas y madres habían tenido que realizar. El trabajo de fábrica se imponía. Empleadores que manufacturaban textiles, regalices, dulces y productos químicos querían que las jóvenes trabajaran para ellos; eran más

baratas que los hombres adultos, y a diferencia de las mujeres casadas, con familias de las que cuidar, las adolescentes querían un trabajo a tiempo completo. Una chica podía ganar más en una fábrica que en el campo, pero ese trabajo no carecía de peligros. Seis años antes del nacimiento de Viv, Castleford se había dado a conocer en todo el país tras una explosión en Hickson y Partners, unos fabricantes de tintes, la cual mató a trece trabajadores e hirió a otros treinta y dos. Trescientas casas quedaron inhabitables. El británico Pathé News informaba del accidente en los cines de toda Gran Bretaña: «Castleford: como un terremoto», proclamaba el noticiario.

Lejos del trabajo, los jóvenes disfrutaban de las veladas viendo el último éxito de Hollywood en Queen's, la sala de proyección del pueblo, o en el nuevo cine New Star, mientras que los bailes en el salón cooperativo de baile atraían a grandes multitudes. El auditorio y el teatro también eran populares. Al visitar Bradford en 1933, J. B. Priestley había comentado que «en comunidades que han sufrido más la depresión industrial, entre la gente joven que frecuentemente no puede imaginar qué ocurrirá con sus trabajos y sus vidas, estos teatros han […] actuado como puestos de avanzada para el ejército de ciudadanos del mañana, exigiendo vivir […] una vida a la vez más intensa e imaginativa, y más reflexiva, que la que sus padres y madres nunca conocieron»[3]. Priestley era menos entusiasta respecto al cine, pero en los años en los que Viv era niña seguramente el cine pudo servir a un propósito similar.

Viv recordaba su casa familiar: «Eran edificios anodinos, que parecía que fueran a derrumbarse». La familia vivía hacinada; con sólo dos dormitorios para una casa de siete, «no había espacio para jugar». Desde el momento en que pudo gatear, Viv jugaba en el exterior con los niños de los vecinos. Jugaban en la calle; ninguna casa tenía jardín y «la puerta principal daba directamente al asfalto».

La vida podía haber sido peor. «Tu inodoro y tu carbonera estaban en el fondo del patio», y no había «ni baño, ni agua caliente», ni perspectiva aparente de que eso fuera a cambiar. Por otra parte, al menos tenían un patio. Si los Aspreys hubieran vivido en una de las grandes ciudades industriales, como Leeds, perfectamente podrían haberse encontrado viviendo en casas adosadas y de una habitación por piso que formaban parte

de tantos suburbios; estas sólo tenían ventanas y ventilación en el frontal de la casa, y los residentes compartían un inodoro exterior al final de la calle.

Había ventajas en ser la hija de un minero. La casa de Viv era una vivienda pública, y estas generalmente se mantenían en mejores condiciones que las regentadas por propietarios privados. Aquellas construidas a partir de 1918 tendían a ser más caras que las casas privadas de alquiler, pero la casa de Viv se había construido en la primera década del siglo, después de la aprobación de la Ley de Vivienda de las Clases Trabajadoras de 1900, que daba a los ayuntamientos el poder para construir, reformar y mantener el alojamiento para sus residentes más vulnerables. En West Riding of Yorkshire habían aceptado el desafío, presionados por los sindicatos de mineros, que exigían vivienda decente y asequible para sus miembros. Miles de otros trabajadores tuvieron que esperar a la Ley de Vivienda de 1936 para tener la posibilidad de acceder a una vivienda de alquiler público.

Había otras compensaciones. Las casas en Wallington Street podían parecer anodinas, pero «dentro eran cómodas». En *The Uses of Literacy* Richard Hoggart escribió sobre su infancia en la década de 1930, en el cercano Hunslet; «la disposición abigarrada y congestionada» de la casa de su infancia, que forjó fuertes vínculos familiares y alimentó la buena vecindad, era, en «pocas palabras, tan homogénea y tan bien definida como un pueblo»; una vida de una «plenitud peculiarmente fascinante»[4]. Viv habría estado de acuerdo; crecer en Castleford fue, pensaba ella, «una gran vivencia»; era «una zona difícil, pero buena en muchos sentidos». Mirando hacia atrás desde la edad adulta, le costaba no sentir nostalgia y ver el pasado con un halo romántico: «¿Sabes? Incluso parecía que los veranos eran más largos». Pero, aunque fuera un recrearse en los buenos tiempos, la nostalgia a menundo se basa en cierta realidad; a veces los adultos sí se sentaban en la calle «y charlaban y reían, y bromeaban y fumaban, y bebían cervezas juntos», mientras que los niños jugaban por la tarde.

De niña, Viv tuvo muchas experiencias a partir de las cuales juzgar su entorno, y encontrarlo insuficiente. Largos días, meses y años de duro trabajo industrial y mala salud provocaban un deseo de que los buenos tiempos –las charlas, las risas, fumar y beber en la calle en una tarde de verano– duraran más tiempo. A lo más lejos que llegaba Viv era a la tienda de *fish and chips* al final de la calle, pero su experiencia y la de su familia

eran suficientes para que supieran que en la vida tenía que haber más que enfermedad y pobreza. Las películas de Hollywood ofrecían una realidad diferente, pero era difícil encontrar un medio de escape que no se difuminara al apagarse el proyector. Richard Hoggart celebraba su hogar de la infancia como «una madriguera muy alejada del mundo exterior»[5], pero para Viv y su familia el mundo exterior era tentador, aunque frustrantemente remoto, y sus grandes oportunidades se limitaban a la gran pantalla.

[1] Orwell, *Road to Wigan Pier*, p. 31.

[2] N. Dennis, F. Henriques y C. Slaughter, *Coal is Our Life: An Analysis of a Yorkshire Mining Community* (Londres, 1956), p. 41.

[3] Priestley, *English Journey*, pp. 198-199.

[4] Hoggart, *Uses of Literacy*, pp. 35, 68.

[5] *Ibid.*, pp. 35-36.

5. Política en el Palais

En 1938 un nuevo baile de moda triunfaba en todo el país. «Puedes encontrarles bailando el Lambeth Walk en salones de baile de Mayfair, en salas de fiestas suburbanas, en las fiestas *cockney*, o en verbenas de pueblo», informaba un nuevo libro, *Britain by Mass Observation*. Los autores eran Tom Harrisson y Charles Madge, dos de los fundadores de Mass Observation, una nueva y progresista organización de investigación social que se dedicaba a estudiar cómo vivía la gente corriente[1].

Los *Lambeth Walkers* simbolizaron una nueva era de prosperidad que incluso los humildes vendedores ambulantes podían disfrutar. Hacia 1938 el desempleo estaba cayendo y los salarios se elevaban. Aparentemente, los hambrientos años treinta habían acabado. En Lambeth Baths, el baile anual de la Lambeth-Walk Traders' Association tuvo gran afluencia ese año, y los periodistas del país estaban allí para ver a los famosos y a los asiduos de estos eventos. Todos los asistentes se unieron al «Walk», informaba el *Daily Express*, con el «fervor de un vals en Viena, un charlestón en Nueva York, un tango en España, y nadie bailó nunca el Lambeth Walk ni la mitad de bien que Harry, el príncipe de la manzana de caramelo, después de su cuarta cerveza negra y una cabeza de bebé (pudin de carne)»[2]. Aquí estaba una nueva y moderna clase obrera, ya no fracturada por el desempleo, sino unida por una cultura de ocio comercializado que hablaba de salarios razonables y tiempo para disfrutarlos.

Hacia mediados de la década de 1930, había tanta prosperidad como pobreza. Las familias de clase obrera en el sudeste de Inglaterra y zonas de las Midlands y el norte –en ciudades bulliciosas y que ofrecían cada vez más empleos, como Mánchester– comenzaron a disfrutar de más vacaciones, mayor tiempo de ocio, y lujos en el hogar. Especialmente destacados entre estos nuevos consumidores eran los jóvenes; y también las mujeres jóvenes. De día, en las fábricas de Gran Bretaña, producían aparatos de radio, bicicletas y ropas de moda que sostenían un nuevo *boom* del ocio. De noche consumían los frutos de su trabajo. Daban expresión a una Gran Bretaña nueva y más igualitaria, en la que todo el mundo tenía

acceso a los placeres de la vida. En 1926 los huelguistas habían sido representados como antidemocráticos. Pero a mediados de la década de 1930, a medida que la amenaza del fascismo y el totalitarismo se cernía sobre Europa, las energías y aspiraciones de los trabajadores y consumidores corrientes cada vez se veían como la mejor defensa de Gran Bretaña frente a la dictadura.

El Lambeth Walk era sólo un baile; pero bailar era importante en los años treinta. La popularidad de las salas de baile atestiguaba un *boom* del ocio de la clase obrera, cuyos efectos fueron debatidos ansiosamente por políticos y escritores. En 1933, J. B. Priestley visitó la ciudad textil de Leicester. En la fábrica de lencería Wolsey, Priestley encontró a «cientos de chicas» trabajando en las líneas de montaje, con «la muda discreción y el orden descontrolado de una colmena o un hormiguero». Estos trabajadores, señalaba sombríamente, «no son más que palancas y engranajes». Admitía que «no son intimidadas ni reprendidas; sus propias debilidades son tenidas en cuenta, al detalle; su comodidad también se tiene en consideración. Pero desde que "fichan" al entrar hasta que lo hacen al salir, su dignidad humana central, que les da derecho bajo nuestro sistema democrático a votar con tanta legitimidad como cualquier otro, no tiene existencia real». Y, una vez que dejan el trabajo, el «peligro es, desde luego, que este empleo robótico se alterne con un ocio robótico».

Esta era la preocupación central de Priestley: que esta clase obrera con medias de seda, que al salir de Leicester dejó «atrás, embobada», podría renunciar a la democracia. Resignados a ser autómatas en el trabajo, encontrando satisfacción en películas y modas de Hollywood, influidos por las nuevas vallas publicitarias al estilo americano, con anuncios de bebidas refrescantes o vacaciones junto a las carreteras, esta nueva generación podría dejar pasar al fascismo o al comunismo por la puerta de atrás –o, de manera más preocupante: la urna de voto[3], ya que Priestley escribía sólo cinco años después de que las mujeres hubieran recibido finalmente el derecho a voto en los mismos términos que los hombres, y en el momento en que Hitler se hacía con el poder en Alemania.

Muchos observadores de clase media compartían su preocupación. A hombres de la derecha e izquierda políticas –incluyendo a George Orwell, el periodista Ivor Brown y el poeta Louis MacNeice– les preocupaba que la

línea de montaje destruyese la democracia y la civilización[4]. En 1930 MacNeice se graduó en Oxford y ocupó una plaza de profesor titular en la Universidad de Birmingham, donde permaneció durante seis años. Simpatizante de la izquierda, pero escéptico respecto al marxismo, su sentimiento político predominante era la antipatía hacia el totalitarismo de Italia y Alemania. En 1941, recordando sus años en Birmingham, MacNeice escribió que

> cuando el viento soplaba del sur, el aire se espesaba con olor a chocolate; estabamos sólo a una milla de la fábrica de Cadbury […] Pensé que, si tuviera que tener un empleo en la producción en masa, preferiría no fabricar chocolate. Las chicas con sus mandiles blancos, cada una con su pequeña monotonía, envolviendo una chuchería rosa con precisión, eternamente; un millón de bolas de caramelo dentro de un millón de cubiertas de chocolate, mientras otras chicas los colocan en un millón de crujientes envoltorios de papel. Todos empaquetados en cajas con un verano perpetuo en la cubierta y enviados a todo el mundo, a las mejores novias y madres del mundo, y en todo el mundo pisan ese papel crujiente y colorido en cines, ferrocarriles, estadios; y cada día es el cumpleaños de alguien[5].

Aquí MacNeice capturaba un elemento de la producción en masa que preocupaba a muchos de sus críticos: la transformación de los humanos en máquinas que no podían ya pensar o sentir de manera independiente.

MacNeice, como muchos otros liberales y socialistas de clase media, creían que la producción en la línea de montaje encarnaba todos los males del trabajo moderno y su naturaleza cada vez más repetitiva y mecanizada, no cualificada. «Así que, efectivamente, se había transformado a sí mismo en una máquina», escribía Winifred Holtby de un trabajador bancario en su novela de 1927 *The Land of Green Ginger,* «que encontraba cada vez más imposible revertir la transformación de máquina a hombre»[6]. En 1934 el *Manchester Evening News*, en una serie sobre las trabajadoras modernas, se refería a una cajera como «La Máquina de Sumar»[7]. MacNeice recogía otras preocupaciones sobre el consumo masivo de los frutos de la producción en masa: la reducción de la cultura a una gris uniformidad, el sabor del chocolate barato en cines o estadios anónimos, y la homogeneidad de los cumpleaños producidos en masa.

Observadores como MacNeice nos recuerdan que la producción en masa, llevada a cabo en las líneas de montaje de fábricas que empleaban a cientos de personas, era un desarrollo sorprendentemente nuevo en la década de 1930, y no universalmente bienvenido. El empresario americano Henry

Ford había popularizado la producción en masa en sus fábricas automovilísticas americanas, y el método lo comercializó con efectividad su compatriota Frederick Taylor, que dedicó su vida laboral a calcular los medios más eficientes para producir bienes. Taylor dividió cada proceso de producción en tareas discretas, y después utilizó un cronómetro para medir la celeridad con la que un trabajador podía completar una única operación, ya fuera instalar un parachoques a un coche, hacer un agujero, o realizar a máquina una costura. Defendía que había que pagar a los obreros por pieza –o tarea– para darles un incentivo para trabajar rápida y consistentemente. Taylor argumentaba que los trabajadores no necesitaban comprenderlo todo sobre su lugar de trabajo y su función, solamente su propia tarea; este método aseguraba que no se «distraerían», en la medida en que toda su atención tendría que dirigirse a completar el número requerido de tareas en el tiempo establecido[8].

Hacia la década de 1930, los discípulos de Taylor incluían a Charles Bedaux, un millonario francés que amasó una fortuna en los Estados Unidos. Hacia 1931 Bedaux labraba amistades en las altas instancias: incluían a Edward, el príncipe de Gales, y a varios miembros destacados del Partido Nacionalsocialista de Alemania[9]. Bedaux fue responsable de presentar los métodos de Taylor a los fabricantes británicos, con los que tenía estrechos vínculos. El «sistema Bedaux», como vino a ser conocido, era atractivo para los empresarios que producían ropa, vehículos, cosméticos, aparatos domésticos, mobiliario y comida procesada. La expansión de estas industrias ha llevado a los historiadores a reevaluar la década de 1930 como una década de abundancia, más que de pobreza. Pero detrás de este desarrollo se escondía un cambio dramático en las condiciones de trabajo de la gente, cuya naturaleza y efectos no pueden resumirse simplemente como «progreso».

Los obreros de fábrica no eran tan ingenuos o impresionables como temían comentaristas como Priestley. Las nuevas libertades civiles que señalaba MacNeice –el dinero y tiempo para gastar en películas y chocolates– fueron ganadas a pulso por los propios trabajadores. Entre ellos estaban los jóvenes trabajadores textiles en la planta Wolsey de Leicester, la fábrica que visitó Priestley. En 1931, dos años antes de su visita, habían abandonado sus puestos en señal de protesta. La razón que dieron fue la

propuesta de la empresa, que pretendía introducir la «gestión científica»: el sistema de Bedaux.

En 1931 los obreros de Wolsey trabajaban en una de las industrias en las que se apoyaba la recuperación económica: la producción de lencería. La mayor parte de aquellos que desertaron de sus puestos fueron mujeres jóvenes, muchas de ellas pagadas por pieza. Abandonaban sus puestos, según declararon a la prensa local, porque temían que la introducción del sistema Bedaux reduciría sus sueldos. El sistema Bedaux invariablemente conducía a que se les impusieran objetivos sumamente exigentes para la producción por hora y día. Las mujeres de Wolsey eran especialmente escépticas respecto a que la introducción de maquinaria o líneas de montaje les beneficiara. El 7 de diciembre de 1931 estas mujeres «embobadas», que Priestley había encontrado tan aterradoramente apáticas, dejaron las herramientas y salieron de la fábrica.

Las huelguistas de Wolsey se ganaron el título peyorativo de «obreras alborotadoras» en la prensa local. El adjetivo sugería que su acción espontánea –no tuvieron ninguna líder– era el resultado de la frívola actitud laboral de las jóvenes; mucho se dijo de su «canto y baile» cuando formaron una línea de piquetes fuera de la fábrica. Inicialmente, el Sindicato de Lencería de Leicester (LHU), que disfrutaba de una buena relación con la dirección de Wolsey, parecía estar de acuerdo. No fue hasta el 10 de diciembre, tres días después de que las jóvenes hubieran salido, cuando el LHU formalizó su apoyo a la disputa laboral. Los líderes sindicales previamente habían evitado la polémica cuestión del plan Bedaux. Sus simpatías estaban con aquellos obreros cualificados a los que no se les exigía realizar tareas automatizadas y eran poco susceptibles de verse afectados por las reformas.

Después de que las mujeres hubieran aguantado tres días de piquete en medio del frío invernal, ya no podían acusarlas de «escándalo» o frivolidad. «[Como] resultado de la disputa sobre la introducción del sistema Bedaux», admitía Horace Moulden, secretario del LHU, «el Sindicato se ha visto obligado a afrontar la cuestión de si está o no preparado para aceptar el principio de Bedaux como plan salarial»[10]. Hacia el 15 de diciembre la mayor parte de la fuerza laboral de Wolsey, alrededor de 3.000 trabajadores, se había unido a la huelga, y el apoyo del LHU animó a muchas mujeres a unirse al sindicato. Pero dos meses después de que comenzara la huelga, el

11 de febrero de 1932, el LHU anunciaba a las trabajadoras que debían volver al trabajo. Las negociaciones entre los dirigentes del LHU y la gerencia habían terminado con un acuerdo para introducir el sistema Bedaux, aunque bajo una forma modificada que permitía que el sindicato negociara con la empresa las franjas salariales del trabajo por pieza[11].

Aunque la disputa de Wolsey acabara en decepción para las huelguistas, no fue un completo fracaso. La modificación que las obreras lograron en la producción en masa fue sutil, pero no obstante importante. Las huelguistas aseguraron derechos de negociación significativos para los trabajadores no cualificados y semicualificados, que permitirían a estos trabajadores desempeñar un papel pequeño, pero vital, en las relaciones laborales de la década venidera. Al luchar por un salario mínimo, ellas y muchos trabajadores más aseguraron también que una generación entera de clase obrera tuviera dinero suficiente para comprar las nuevas radios, cosméticos, ropa y comida que ellos mismos manufacturaban cada día en las líneas de producción.

Más importante, en una era en la que el «sentido común» político presentaba la urna de voto como el agente del cambio, a los huelguistas como radicales peligrosos o irresponsablemente frívolos, y una línea de montaje cada vez más rápida como única ruta para escapar de la depresión económica, estas trabajadoras respondieron con una diferente visión del mundo. El sistema Bedaux simbolizaba una nueva forma de producción fabril, un nuevo enfoque del trabajo al que se oponían estas obreras. Sugerían que había cosas más importantes que la velocidad, la productividad y el beneficio. Preguntada por el *Leicester Evening Mail* por la justificación que daba a su oposición al sistema Bedaux, una joven trabajadora de Wolsey afirmaba, simplemente: «Es inhumano»[12].

A medida que fue pasando la década de 1930, estallaron disputas similares en otras industrias. El desempleo y la huelga general de 1926 habían precipitado una caída en la afiliación sindical. Hacia 1933, 3.661.000 hombres y 731.000 mujeres eran miembros de sindicatos, un descenso de más del 50 por 100 para ambos sexos desde 1920. Pero desde mediados de la década de 1930 la afiliación sindical comenzó a aumentar, a medida que más trabajadores eran reclutados para las plantas de manufacturas, y a su vez se unían a los sindicatos. En 1939, 1.010.000 mujeres eran sindicalistas, el 16 por 100 de la fuerza laboral femenina; y

5.288.000 hombres pertenecían a sindicatos, el 39 por 100 de la fuerza laboral masculina[13].

Estos nuevos sindicalistas a menudo se dedicaban al trabajo fabril cualificado y no cualificado. En 1929 el *New Survey of London* de Llewellyn Smith señalaba que «una gran proporción del trabajo adicional que recientemente ha entrado en los oficios metalúrgicos, y en su mayor parte el trabajo femenino, lo hace en las que son industrias prácticamente nuevas, cuya existencia a gran escala ha sido posible gracias a la invención de los procesos de producción en masa»[14]. Mientras que muchos hombres se enfrentaban al desempleo, las nuevas industrias manufactureras empleaban a un número creciente de hombres jóvenes y mujeres. Había gran demanda de ellos, y como resultado tenían mayor poder de negociación.

Muchos de estos trabajadores de fábrica habían sido antes sirvientes domésticos. Sus habilidades de negociación se habían labrado en esos trabajos previos, pues hacia la década de 1930 el servicio implicaba algo muy diferente respecto a una década antes. En las ciudades, el auge del empleo fabril se sumaba a la escasez de servidumbre. La alta demanda de sirvientes en hogares de clase media implicaba que las jóvenes criadas podían renunciar y marcharse a un puesto mejor en un hogar diferente, si así lo querían. Muchas de ellas lo hicieron. Hacia comienzos de la década de 1930 la queja principal de sus patrones era que cada vez tendían más a abandonar su puesto. Los criados podían permitirse ser más asertivos, como recordaba Eileen Balderson. «Se dice que los sirvientes domésticos han sido explotados. No estoy de acuerdo», afirmaba en su autobiografía. «La explotación se aplicaba mucho más a otros trabajadores […] las chicas buscaban mejorar su situación a través de agencias de trabajo doméstico, pidiendo siempre un salario mayor del que esperaban obtener. No era necesario permanecer allí donde las condiciones eran precarias»[15]. Pero, sencillamente, los criados abandonaban sus puestos, cada vez más. Winifred Foley tuvo su oportunidad en 1934, cuando finalmente logró un empleo como «nippy» (camarera en uno de los crecientes Lyons Corner Houses, que servían té y almuerzos al nuevo ejército de jóvenes oficinistas y dependientes de los centros urbanos británicos. «El dinero era terrible, los horarios amplios»; así recordaba ella su empleo en el centro de Londres. «Pero tenía mi independencia»[16].

Más sirvientes abandonaron sus empleos para entrar en las fábricas. Llevaban con ellos la determinación de proteger aquellos elementos del trabajo fabril que durante tanto tiempo habían admirado: menos horas de trabajo y un salario mínimo. Pero sus sindicatos no siempre apoyaban a estos nuevos miembros. Muchos líderes sindicales veían a las mujeres y los jóvenes como una amenaza para los empleos masculinos veteranos, más que como un electorado al que debían intentar representar. En 1932 el London Trades Council expresaba su preocupación respecto a que «el progreso de la ciencia trae consigo maquinaria que se va adaptando para poder ser manejada por una fuerza de trabajo femenina adolescente […] esto plantea un problema de gran impacto para los hombres trabajadores»[17].

Cuando la «fuerza de trabajo femenina» comenzó a hacer huelga o a sabotear sus lugares de trabajo, estos sindicalistas quedaron desconcertados. En 1935 la mayor parte de los trabajadores no tenían todavía ningún derecho a vacaciones pagadas. Mary Abbott, una joven trabajadora textil de Lancashire, desesperada por disfrutar de las delicias costeras de Blackpool, se encontró con la hostilidad de su sección sindical cuando ella y sus jóvenes compañeras pidieron que los delegados plantearan la cuestión de las vacaciones pagadas en la conferencia nacional del sindicato. Cuando Mary procedió a desafiar a los dirigentes locales enviando un telegrama al ejecutivo nacional en el que detallaba su petición, el secretario del comité local la convocó para amonestarla: «“Eso no está bien”, dijo, “pensarán que ahora tenemos muchos radicales en esta sección”. “Bien”, dije, “probablemente nos vendrían bien algunos”». Su determinación estaba alimentada por el apoyo de su padre, un activo sindicalista[18].

Uno de los sindicatos adoptó un enfoque diferente. Bajo el astuto liderazgo de Ernest Bevin –que se había labrado una buena carrera, desde estibador hasta secretario general del Sindicato General y de Transportes (TGWU)–, este sindicato se convirtió en la mayor organización sindical británica. Hacia mediados de la década de 1930, los delegados del TGWU se dedicaron a una campaña decidida de reclutamiento, dirigida a aquellas mujeres y jóvenes empleados en las líneas de montaje de Gran Bretaña. En la revista del sindicato apareció una página dedicada a las mujeres. Los delegados del sindicato sugerían que, respecto a los jóvenes trabajadores, el «entusiasmo por bailar, las excursiones a pie y en bicicleta, el fútbol, la

gimnasia y otros deportes y pasatiempos organizados pueden reconducirse con efectividad hacia los canales del sindicato»[19].

La esperanza del TGWU de aprovechar las aspiraciones al ocio de los trabajadores no era tan paternalista como sonaba. En 1935 Hubert Llewellyn Smith, autor de *The New Survey of London Life and Labour*, concluía con optimismo que había surgido una «nueva civilización», en la que los crecientes niveles salariales de los londinenses, su acceso a vivienda nueva, y la capacidad para frecuentar asiduamente las salas de baile y grandes almacenes había desplazado «cada vez más el centro principal de interés de la vida del obrero, de su trabajo diario hacia su ocio cotidiano»[20]. Las vacaciones y el tiempo de descanso se estaban volviendo cada vez más importantes para los trabajadores corrientes y sus representantes. En 1930 se fundó la Asociación de Albergues Juveniles; hacia 1935 el excursionismo y la bicicleta se habían puesto de moda. La propiedad de coches –en aumento, pero todavía limitada a la clase media– y el acceso a viajes baratos en autobús animaron a empresarios como Billy Butlin a abrir campamentos de verano, y alimentó una pasión por el picnic, los viajes en caravana y el camping[21].

Entre aquellos que se beneficiaron estaba Frank Gogerty. Nacido en 1916, Frank era hijo ilegítimo, y tanto la vergüenza como la pobreza llevaron a su madre a separarse de él. Fue criado por sus tíos en la zona rural de Warwickshire. Fue al colegio en Rugby, antes de abandonarlo a los quince años para buscar trabajo. Frank esperaba entrar a trabajar de oficinista o en algún oficio, pero sus tíos carecían del dinero o la voluntad de mantenerle económicamente durante el aprendizaje, y no había trabajo de oficina disponible para un chico con una educación tan limitada. Continuando su precaria relación con el dinero, se encontró sin techo en 1934, y caminó hasta Coventry para buscar trabajo en una de las fábricas de la ciudad «sin nada, literalmente nada, en mis bolsillos. Estuve hambriento durante días». Dos años después, el Frank de veintidós años estaba trabajando en una de las fábricas de coches de Coventry, que pagaba buenos salarios y generosas horas extra. Invirtió su salario en una bicicleta: «Los coches estaban en mantillas, al igual que las motocicletas. No podías permitirte una motocicleta, no podías permitirte un coche, así que lo siguiente era una bicicleta». Iba en bicicleta «cada día» y daba una vuelta a Warwickshire con un club local de ciclismo cada fin de semana. Más tarde, ese año, se

prometió a Rita, una camarera que conoció en una de las cafeterías que de vez en cuando podía permitirse frecuentar, para tomar apenas un té y un bollo. Rita «no sabía montar en bicicleta, así que, ¿qué hice? Fui y compré un tándem de segunda mano […] nos duró años»[22].

Los trabajadores como Frank respondieron con entusiasmo a la llamada del TGWU. Muchos de ellos ni siquiera habían tenido contacto con un sindicato. Entre ellos estaba el conductor de tranvías de Bristol, Alf Canning. En 1935 «el TGWU decidió que intentarían organizar a los trabajadores». Era un proceso lento. En un primer momento Alf, de veintisiete años, estaba entre la mayoría de conductores de tranvía reticentes a afiliarse, temiendo que su jefe les castigara por ello –un temor que había impedido que Alf se uniera a la huelga general de 1926–. Pero «tres o cuatro se unieron […] y entonces los líderes del sindicato dijeron que no permitirían que nadie fuera castigado, que darían la cara por ti». Esto tuvo un impacto en Alf, al que no le gustaba ese sistema en el que un obrero con una queja tenía que dirigirse directamente al gerente, mientras que si un capataz se quejaba de su trabajo no tenía a nadie que le defendiera. «El miedo era que, si tenías que hablar con el gerente, podías acabar despedido.» «Con el sindicato, tendrías a alguien que te defendería y que podía marcar una gran diferencia.» De todas formas, tuvieron que pasar dos años para sindicar a los trabajadores del parque de tranvías de Kingswood, donde trabajaba Alf; sólo una más de muchas, muchas batallas libradas por organizadores sindicales a lo largo del país[23].

Entre los pioneros del sindicato estaban los trabajadores de la Ingrams Rubber Factory, en Hackney Wick. Ingrams era una de las mayores empleadoras del área, y una de las más antiguas. En 1933 la empresa había ganado más de 30.000 libras, pero pagaba bajos salarios: sólo 9 peniques por hora a los hombres, y menos de 25 chelines por semana a las mujeres. Los trabajadores no tenían paga extra ni vacaciones pagadas. En abril de 1936 los trabajadores de una fábrica de madera cercana ayudaron a establecer una sección del TGWU –la sección sindical 1/149–. En agosto, 170 trabajadores de Ingrams se habían unido, desde hombres adultos hasta chicas adolescentes. Cuando la familia Ingrams anunciaba con desdén que no se reunirían con los representantes sindicales para discutir el reconocimiento sindical y los niveles salariales porque estaban «de vacaciones», los «trabajadores organizados de vuestra fábrica» escribían

para anunciarles que habían «paralizado nuestro trabajo hasta el momento en que se haya alcanzado un acuerdo»[24].

A la hora de comer del 8 de septiembre los huelguistas –decididos a asegurarse de que su protesta fuera bien visible en una zona en la que los trabajadores, golpeados por la pobreza, a menudo se sentían impotentes– marcharon hacia las puertas de la fábrica, llevando pancartas preparadas apresuradamente. «Cuando llegamos», recordaba Harry Fortt, «nos encontramos con una enorme multitud de hombres, mujeres y niños». Inspirados por su propia osadía, y animados por el público, algunos de los jóvenes comenzaron a bailar. Sus marchas y bailes se convirtieron en un espectáculo diario en Hackney Wick, hasta que el 20 de septiembre la familia Ingrams aceptó la mayor parte de sus demandas. Algunas de las huelguistas sufrieron represalias cuando volvieron al trabajo y, en consecuencia, al menos diez mujeres jóvenes abandonaron la fábrica[25]. En todo el país se produjeron disputas similares, y los esfuerzos de los implicados daban sus frutos: hacia 1939 el TGWU era el mayor sindicato británico[26].

Hacia 1938, Gran Bretaña parecía menos dividida en clases que en 1918 o incluso en 1930. Un número creciente de familias se asentaban en casas nuevas, luminosas y modernas, construidas en las periferias residenciales que se expandían por Gran Bretaña. Los recién casados Frank y Rita Gogerty estaban entre ellos. No podían permitirse comprar su propia vivienda –«no teníamos dinero ahorrado, todo lo que teníamos lo habíamos invertido en los muebles»–, pero pudieron alquilar una casa en las afueras de tres años de antigüedad, en Coventry. «Teníamos dos dormitorios, un baño dentro, una cocina bien equipada y todo lo demás; y todo era perfecto.»

A finales de la década de 1930, las urbanizaciones de entreguerras acogieron a una amplia gama de trabajadores, desde funcionarios hasta trabajadores de fábrica. La urbanización de Moulsecoomb, en Brighton, había sido hogar de empleados y profesores desde su creación en la década de 1920, pero en 1939 también acogía a trabajadores que procedían de los barrios marginales de la ciudad[27]. «La gente leía noticias sobre las casas que se estaban construyendo aquí […] y venían a verlas por sí mismos», recordaba una inquilina de Liverpool. Estaba orgullosa de que «siempre

había gente que subía y bajaba por nuestra calle»[28]. Norman Lewis, el hijo mayor de un barquero, nació en Lancaster en 1931. Tenía sólo seis años cuando su familia de cuatro miembros se trasladó a una vivienda pública en la nueva urbanización Marsh de la ciudad, pero este evento significativo pasó a la historia familiar, tal era el lujo del agua caliente y el baño interior: «Teníamos una lista de parientes que venían a casa para bañarse»[29]. Una minoría pequeña, pero significativa, de otros trabajadores se estaba convirtiendo por primera vez en propietarios ocupantes. En 1938 casi el 20 por 100 de los trabajadores manuales británicos eran propietarios de su hogar o tenían una hipoteca[30].

El desempleo estaba cayendo. Clare Stevens, de Bristol, tenía diez años cuando en 1938 su padre consiguió finalmente un trabajo, el primero en quince años. Le contrató una empresa local de mudanzas, cuyo negocio estaba aumentando a medida que más familias se aprovechaban de la accesibilidad de la vivienda privada y tenían dinero para pagar el traslado profesional de sus bienes y la entrega de nuevas sillas y mesas comprados en el creciente número de grandes almacenes de Bristol. Al final de la primera semana de trabajo de su padre, «llegó y puso todo su dinero sobre la mesa, orgulloso de estar trabajando y ganando dinero». Su esposa pagó sus deudas y comenzó a comprar una lavadora «en H. P. [*Hire Purchase;* compra a plazos]»[31].

El rearme militar significó más trabajo para miles de personas más. Después de que Percy Wiblin dejara la escuela en Abingdon, en 1923, fue a trabajar a Thatcher's Builders «de manitas: o sea, todos los trabajos de mierda», pero apenas había nada más. En 1935, sin embargo, la vida estaba cambiando. Cuando Gran Bretaña comenzó a rearmarse, Percy –ahora casado– pudo conseguir trabajo en las obras de construcción del cercano aeródromo de Harwell, con mejores condiciones y mejor paga. Las municiones y la construcción de viviendas le proporcionaron a Percy nuevas oportunidades de negociación. Continuó en la construcción, en otro aeródromo. «Entonces, un día soplaba un vendaval, mucho viento, y pensé: "No puedo seguir con esto, no voy a continuar así"; total, que bajé a ver al capataz de la empresa que construía [las viviendas municipales] en Saxon Road […] y me dijo: "¿Puedes comenzar mañana?"»[32].

Los hijos de estas familias eran ambiciosos. Estaban decididos a aprovechar nuevas oportunidades de empleo –en fábricas, tiendas y

oficinas– para forjarse una vida más independiente y próspera para ellos y sus familias. A finales de la década de 1930, el trabajo de cuello blanco era el sector ocupacional que se expandía más rápidamente en Gran Bretaña. En 1935 Elsie Smith, con catorce años, abandonaba la escuela elemental de Mánchester para comenzar a trabajar. Hija de un obrero y una limpiadora, Elsie estaba decidida a convertirse en empleada de oficina: «Prefería tener un bolígrafo en mi mano que una maldita máquina en mi rodilla. Y eso de "caminar con la cabeza alta" […] Pensé: "Voy a tener la cabeza tan alta como cualquier otra, y nadie es mejor que yo" […] Si estoy bien vestida y me siento bien, eso es lo que siento y puedo tener la cabeza bien alta […] Realmente sentía que quería ser mejor»[33].

El matrimonio ya no era el único medio para que una joven ascendiera socialmente. La moda y el ocio eran importantes en la construcción de una vida mejor, y el trabajo de oficina proporcionaba un medio para alcanzarlos.

La pujante generación de mujeres modernas exhibía una asertividad que sorprendía a los observadores y atraía a los jóvenes. La modestia y la deferencia no te conducían a ninguna parte en ese nuevo mundo: iniciativa, ingenio e independencia eran las consignas de aquellos que querían avanzar en la vida, como descubrió Frank Gogerty:

> Cuando comenzamos a montar en tándem, el equipo para los clubes de ciclismo consistía en pantalones cortos de pana y chaqueta; eso era todo, independientemente del clima, incluso si estaba lloviendo. Y no muchas chicas en ese periodo en particular podían ser vistas en pantalones cortos, no muchas. Pero Rita lo aceptó, fue en pantalones cortos. Algunos de los vecinos solían llamarla «fresca», pero ella no lo era. Estaba allí y ese era el tipo de persona que era. No podías burlarte de Rita.

Las mujeres jóvenes buscaban virtudes similares en los jóvenes. En una era en la que el desempleo aún proliferaba, no era fácil encontrar un sostén económico fiable. En cambio, tener inventiva, tomar la iniciativa y afirmar tus derechos eran prueba del potencial de un hombre para sacar lo mejor de sí mismo si las circunstancias lo permitían[34]. La señorita Hughson era criada en Mánchester cuando se prometió en la década de 1930 con un hombre que sólo podía encontrar trabajos ocasionales en las fábricas. «Le convencí de que comprara una libreta de seguros; porque el dinero en esos días estaba en hacerse una.» Pero cuando su prometido no tomó la iniciativa en organizar su boda o ahorrar dinero para el depósito de un piso, Mrs. Hughson comenzó a salir ocasionalmente con otro hombre. «Cuando vi a

mi novio le dije “Mira, estoy siendo amigable con este chico […] así que depende de ti fijar una fecha; si no, me vuelvo al servicio”. Y él dijo: “Muy bien; lo haremos el quince de agosto”», y esa decisión le reconcilió con ella[35]. Parejas como los Hughson y los Gogerty estaban ocupando su lugar en una nueva, moderna y asertiva clase obrera, impaciente por que comenzaran los buenos tiempos.

En 1938 estos trabajadores lograron una importante victoria. La Ley de Vacaciones Pagadas marcó el punto culminante de una campaña de veinte años en pos de un tiempo de ocio pagado, y en ese proceso el TUC –y especialmente el TGWU– habían desempeñado un papel crucial. La Ley daba derecho a la mayoría de trabajadores de fábrica, tiendas y oficinas (aunque no a trabajadores ocasionales, o sirvientes domésticos) a una semana de vacaciones pagadas al año. El trabajo enérgico de los investigadores sociales y grupos de mujeres, como la investigación sobre la salud de las mujeres dirigida por Margery Spring Rice, desempeñó un papel importante en convencer al gobierno conservador de que apoyara las vacaciones pagadas de una semana al año (aunque no llegara a la quincena que había exigido el movimiento obrero). «Unas vacaciones anuales aportan mucho a la salud del trabajador y su familia», declaró Ernest Brown, el ministro de Trabajo, cuando presentó la propuesta de ley a la Cámara de los Comunes. Pero rápidamente aclaró que el bienestar de los trabajadores por sí solo no era argumento suficiente para la intervención estatal; era más importante que un «incremento en el bienestar del trabajador general signifique un incremento en la eficiencia de la industria, y esto a su vez significa un incremento en nuestro bienestar general»[36]. Los conservadores todavía veían el mundo en términos de «nosotros» y «ellos»: «nuestro bienestar general» se refería a aquellos que no trabajaban en la industria.

Sin embargo, como señala Sandra Dawson, historiadora especialista en la Ley de Vacaciones Pagadas, la nueva ley «legitimaba el ocio […] de la clase obrera» y, al hacerlo, «redefinió quién era considerado un legítimo consumidor de placer»[37]. Quizás el consumo de ocio y lujos podría superar, o al menos compensar, las desigualdades en el trabajo y en los ingresos. «La prueba de fuego para cualquier reforma social», argumentaba el diputado laborista Gordon MacDonald en un debate parlamentario sobre los horarios laborales en 1937, «es que en última instancia permite al

trabajador disfrutar de un ocio más amplio, y disfrutarlo mejor»[38]. Por razones similares, los *Lambeth Walkers* fueron bienvenidos tanto por la prensa como por los políticos: parecían augurar una nueva era de comodidad, un final de la pobreza, y una sociedad en la que todo el mundo podría participar de las cosas buenas de la vida.

Pero había todavía mucho que hacer. Aunque los jóvenes obreros eran capaces de consumir nuevos tipos de ocio, sus otras oportunidades seguían siendo limitadas. Para algunos, una blusa blanca y dinero para el cine eran premios de consolación por la educación que habían deseado pero nunca recibido. La mayor parte de niños de clase obrera abandonaban la escuela a la edad más temprana posible –catorce años– después de recibir una formación académica muy básica, ofrecida por las escuelas elementales del Estado. La Ley de Educación de 1936 elevó la edad de abandono escolar hasta los quince años, pero pospuso la introducción de esta medida durante tres años; en ese momento estalló la guerra, y no acabó de implementarse hasta 1948.

Los niños que quisieran continuar con su educación tenían que asistir a una escuela secundaria, pero estas cobraban matrícula. Sólo aquellos con suficiente fortuna como para obtener una de las escasas becas que ofrecía la autoridad educativa local (LEA) pudieron beneficiarse de una educación secundaria gratuita. En 1938 el Informe Spens sobre la educación secundaria señalaba que, aunque el número de becas LEA se hubiera elevado durante la década de 1930, todavía era muy bajo. Los alumnos becados suponían menos de un cuarto de todos los estudiantes de escuelas secundarias. Incluso los pocos niños de clase obrera que ganaban una beca a menudo no podían aceptarla porque sus padres necesitaban sus salarios. En 1934 una de las afortunadas fue Margaret Sharp, hija de un obrero de Clitheroe, Lancashire: «Gané una beca, pero nunca fui». Su familia necesitaba que ella ganara dinero lo más rápidamente posible, así que siguió el camino de su madre y se incorporó a la fábrica local[39]. Menos del 15 por 100 de aquellos niños que abandonaron la escuela había recibido alguna educación secundaria en 1938; el resto eran niños de catorce años que sólo habían asistido a la escuela elemental[40].

Estos jóvenes asalariados tuvieron la consolación de nuevos tipos de ocio, pero mucha gente mayor continuaba sobreviviendo en la pobreza. Aquellos

que vivían en las deprimidas regiones industriales del noreste de Inglaterra, el sur de Escocia y Gales del Sur continuaron viéndose perjudicados por el desempleo y el trabajo inseguro. En 1938 el 14 por 100 de la fuerza laboral todavía estaba en el paro: más de un millón de personas[41]. Miles de personas todavía estaban sometidas a la evaluación de recursos domésticos. En 1937 una investigación del gobierno revelaba que un hombre que recibía el subsidio de desempleo obtenía sólo dos quintas partes del salario medio[42]. Aquellos que estaban trabajando podían disfrutar de noches en la sala de baile, pero su ocio a menudo era un modo de olvidar las pesadas cargas financieras con las que lidiaban, como aquellos hijos que mantenían a padres desempleados.

Incluso entre aquellos que tenían trabajo, los años finales de la década de 1930 apenas fueron años de abundancia. Los que vivían fuera de las ciudades se vieron prácticamente al margen de las innovaciones en ocio y compras. Jack Bell creció en el pueblo de Hanham, cerca de Bristol. En torno a 1930, el Jack de ocho años observaba a «una multitud de mujeres pasar por Hanham regalando muestras de cereales de maíz de Kellogg», pero ese fue el principio y el final del encuentro de Hanham con los alimentos procesados y precocinados hasta finales de la década de 1940: «la dieta era una cosa bastante fija», porque nadie se podía permitir los nuevos productos. Los últimos años treinta fueron buenos para su familia en un aspecto: un empresario inmobiliario que construía un ambicioso plan de viviendas privadas en Hanham descubrió que, de hecho, muy pocos de los habitantes locales podían permitirse las 400 libras que pedía por casa, así que «nos mudamos al nuevo plan; el constructor no podía venderlas, así que simplemente las alquilaba». Las nuevas modas, con los dobladillos que subían y bajaban, pasaron de largo en Hanham. «No venía bien cambiar de moda», decía Jack, «porque la gente no podía permitirse comprar nuevas prendas»[43].

Incluso en las ciudades más grandes, donde crecían las oportunidades de empleo, la prosperidad de sus habitantes se mostró frágil. Muchas familias dependían especialmente de las contribuciones de sus hijos e hijas asalariados, que sufragaban la adquisición de nuevos bienes de consumo, vacaciones y entradas de cine que ofrecía la década en sus últimos años. Lo explicaba Dolly, que se incorporó a una fábrica de Mánchester en 1938: «Sé lo que sentí cuando comencé a trabajar: me habían mantenido hasta los

catorce años, y me tocaba devolver algo de todo eso en casa. Tenía hermanos y hermanas más jóvenes, y mi salario –10 chelines a la semana– tenía que aportarlo en casa. Tenías el sentimiento de querer ayudar […] Mi ambición era tener una casa bonita, y más que nunca cuando comencé a trabajar». Era una aspiración que compartía con su madre y con incontables otras jóvenes de su generación[44]. La familia de Dolly logró este objetivo mientras todavía era una adolescente, porque «entonces muchas de nosotras estábamos trabajando»[45]. Pero cuando los hijos se mudaban fuera de casa de sus padres mantener ese estilo de vida podía resultar inseguro. Depender de un único trabajo remunerado era en cualquier caso una apuesta fuerte en una era de escasos subsidios sociales y empleo limitado. Aquellos que trabajaban a menudo sufrían de mala salud debido a la escasa nutrición, los accidentes en el puesto de trabajo, y las facturas del médico. Planificación Política y Económica, una agencia independiente de investigación, calculó que los días de trabajo perdidos por enfermedad le costaron a la economía del país 120 millones de libras al año[46]. Aquellos que caían enfermos tenían poco o ningún acceso a una baja laboral; en breve, también ellos acabarían sometidos a la evaluación de recursos.

Algunos en la izquierda se preguntaban si la atención que los políticos y la prensa estaban prestando al ocio de la clase obrera obviaba hábilmente los problemas que todavía afligían la vida de millones de personas. En 1938 Mass Observation invitó a la gente a que enviaran diarios e informes sobre aquellos fenómenos sociales que sus fundadores consideraban de interés. La mayor parte de los Mass Observers que se ofrecieron voluntarios eran de clase media, una mayoría eran jóvenes, y muchos eran de izquierdas. Un joven escribió que «he visto [el Lambeth Walk] bailado en excursiones, y en fiestas de la WEA [Asociación Educativa de los Trabajadores] y me resultó odioso […] Lleva a ver la vida de los suburbios, con toda su pobreza, suciedad y miseria, a través de la lente rosada del encantador Pearly King[47] y el ocurrente Cockney»[48]. Si un ocio de mejor calidad podía superar las indignidades y el sufrimiento causado por la desigualdad social y económica era una pregunta que pocos políticos se plantearon durante los años treinta. En la década siguiente, la necesidad de afrontar la falta de poder de la gente de clase obrera en sus lugares de trabajo y en la política formal, a la que se refería este joven, se haría más urgente.

La clase obrera británica de 1939 tenía un aspecto muy diferente a la clase obrera de 1918 –o incluso de 1930–. Había más trabajadores empleados en fábricas y oficinas que en el servicio doméstico. Los asalariados ya no eran criados; un número mayor de ellos trabajaba con muchas otras personas en tiendas, oficinas y fábricas, reforzando su sentimiento de interés colectivo y su poder de negociación. Habían luchado y logrado un mayor reconocimiento para los sindicatos, cuyos líderes ahora desempeñaban un papel en la regulación de las horas de trabajo y los salarios de millones de trabajadores. Por las tardes, jóvenes trabajadores disfrutaban de su independencia financiera en cines y salas de baile, donde el *glamour* de Hollywood y los estridentes movimientos de baile les permitían explorar sus sueños de una vida mejor que la de sus madres y padres.

Pero en el verano de 1939 lo nuevo era tan evidente como lo que no había cambiado. El desempleo no se había marchado. En las fábricas, miles y miles de jóvenes y mujeres estaban trabajando más por menores salarios; sus padres seguían desempleados y sus familias todavía sufrían la odiada evaluación de recursos. A medida que crecía la amenaza bélica, los empleadores y el gobierno decepcionaron a miles de trabajadores revocando su nuevo derecho a las vacaciones pagadas. Empleadores, políticos, líderes sindicales y periodistas les explicaron a los obreros que su compensación por el trabajo aburrido, la inseguridad en sus puestos laborales y la continua subordinación política y económica era una nueva cultura del consumo: noches en la sala de baile, sesiones matinales de cine en su media jornada de descanso, casas en las afueras con altos alquileres, chocolates, gramófonos y –quizás, cuando acabara la guerra– vacaciones en Blackpool. En agosto de 1939, sin embargo, todavía podía discutirse si la gente se embarcaría en una guerra para defender esta versión de la democracia.

[1] C. Madge y T. Harrisson, *Britain by Mass Observation* (Harmondsworth, 1939), p. 139.

[2] «Harry, Toffee Apple Prince, Shows'em How», *Daily Express* (21 de octubre de 1938), p. 5.

[3] Priestley, *English Journey*, pp. 130-131, 133, 148-149.

[4] P. Bailey, «Fats Waller meets Harry Champion: Americanization, National Identity and Sexual Politics in Inter-war Music Hall», *Cultural and Social History*, vol. 4, n.º 4 (2007), pp. 495-510; R. Fagge, «J. B. Priestley, the «Modern" and America», *Cultural and Social History*, vol. 4, n.º 4 (2007), pp. 481-494.

[5] L. MacNeice, *The Strings Are False: An Unfinished Autobiography* (Londres, 1965), p. 132.

[6] W. Holtby, *The Land of Green Ginger* (Londres, 1927), p. 36.

[7] «Girls We All Know: The Adding Machine», *Manchester Evening News* (1 de abril de 1930), p. 3.

[8] Citado en R. Sennett, *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in the New Capitalism* (Nueva York, 1998), p. 40.

[9] J. Christy, *The Price of Power: A Biography of Charles Eugene Bedaux* (Londres, 1984).

[10] Citado en «Strike at Wolsey Works», *Leicester Evening Mail* (10 de diciembre de 1931), p. 2.

[11] *Internal Wolsey Management Report on Meeting of Workers and the Trade Union*, 8 de febrero de 1932, DE 4823, Leicestershire Records Office (Leics RO).

[12] «Wolsey Strike», *Leicester Evening Mail* (12 de diciembre de 1931), p. 1.

[13] Lewenhak, «Trade Union Membership», pp. 32, 45; Bain and Price, *Profiles of Union Growth*, p. 37.

[14] Citado en Beauchamp, *Women*, p. 25.

[15] E. Balderson y D. Goodlad, *Backstairs Life in a Country House* (Newton Abbott, 1982), p. 13.

[16] Foley, *Child in the Forest*, p. 101.

[17] London Trades Council, *Annual Report for the Year 1932* (Londres, 1933), p. 9.

[18] Entrevista a Mary Abbott, cinta núm. 671, Manchester Studies collection, TLSL.

[19] Transport and General Workers' Union, *Delegate Conference of 1935* (Londres, 1936), pp. 7-9.

[20] Citado en S. Alexander, «A New Civilization? London Surveyed 1928-1940s», *History Workshop Journal*, vol. 64, n.º 1 (2007), p. 298.

[21] S. O'Connell, *The Car and British Society: Class, Gender and Motoring 1896-1939* (Mánchester, 1998).

[22] Entrevista a Frank Gogerty de Hilary Young (2006).

[23] Entrevista a Alf Canning, Bristol Reference Library, pp. 27-28.

[24] A. Cameron, *In Pursuit of Justice* (Londres, 1946), p. 30.

[25] *Ibid.*, pp. 29-31.

[26] R. Croucher, *Engineers at War* (Londres, 1982), pp. 24-28.

[27] B. Jones, «Slum Clearance, Privatization and Residualization: The Practices and Politics of Council Housing in Mid-twentieth Century England», *Twentieth Century British History*, vol. 21, n.º 4 (2010), pp. 510-539.

[28] Citado en M. McKenna, «The Suburbanization of the Working-Class Population of Liverpool between the Wars», *Social History*, vol. 16, n.º 2 (1991), p. 178.

[29] Entrevista a Mr N2L, Elizabeth Roberts Archive, University of Lancaster.

[30] Burnett, *Social History of Housing*, p. 248.

[31] Entrevista a Clare Stevens (pseudónimo), transcrip. KHP01, Bristol Reference Library, p. 4.

[32] Entrevista a Percy Wiblin, OT 609, OHC.

[33] Lifetimes Group, *A Couple from Manchester* (Mánchester, 1975), p. 40.

[34] L. Whitworth, «Men, Women, Shops and "Little Shiny Homes": The Consuming of Coventry, 1930-39», tesis doctoral (University of Warwick, 1997), pp. 74-76.

[35] Entrevista a Mrs. Hughson, cinta núm. 26, Manchester Studies collection, TLSL.

[36] Ernest Brown, *Holidays with Pay Bill*, HC Deb., Hansard (14 de julio de 1938), vol. 338, col. 1553.

[37] S. Dawson, «Working-Class Consumers and the Campaign for Holidays with Pay», *Twentieth Century British History*, vol. 18, n.º 3 (2007), pp. 277-305.

[38] Shorter Hours of Labour, HC Deb., Hansard (11 de noviembre de 1936), vol. 317, col. 896.

[39] Entrevista a M. Sharp, 1994.0128, NWSA.

[40] Consultative Committee on Secondary Education, *Report of the Consultative Committee on Secondary Education with Special Reference to Grammar Schools and Technical High Schools* (Informe Spens) (Londres, 1938), p. 88, gráf. 1 y p. 93, gráf. 4.

[41] I. Gazeley y A. Newell, «Unemployment», en Crafts *et al.* (eds.), *Work and Pay*, p. 235.

[42] Thane, «The “Welfare State”», p. 188.

[43] Entrevista a Jack Bell, KHP 50, Bristol Reference Library, p. 18.

[44] Lifetimes Group, *Something in Common* (Mánchester, 1976), p. 35.

[45] *Ibid.*, p. 16. Véase también J. White, *The Worst Street in North London: Campbell Bunk between the Wars* (Londres, 1986), pp. 216-217.

[46] White, *The Worst Street in North London*, p. 190.

[47] La figura de los «Pearly Kings and Queens» constituye una suerte de tradición londinense (de origen poco claro, pero habitualmente fechada a finales del siglo XIX, en la persona del barrendero Henry Croft, nacido en 1862) en la que diversos hombres y mujeres, ataviados con ropa humilde decorada con perlas y objetos brillantes, se dedican a recolectar dinero para obras de caridad (véase S. Roud, *London Lore*, Londres, Random House, 2008, pp. 207-208). Por tanto, qué quisiera decir un joven británico en 1930-1940 con «glamorous Pearly King» (el término utilizado en el original) podría no tener que ver tanto con los significados antiguos del término (vinculados a la magia, el ocultismo, etc.) como con aquellos más modernos, asociados a las estrellas del Hollywood naciente o a la cultura de las revistas femeninas británicas de la década de 1950 (v. C. Dyhouse, *Glamour: Women, History, Feminism*, Nueva York, 2011, pp. 1-5). Es posible que pueda entenderse como algo irónico, o en todo caso próximo al ambiguo significado recogido en las ediciones contemporáneas del *New Fowler’s Modern English Usage*: «encanto atractivo o engañoso» (cit. en Judith C. Brown, *Glamour in Six Dimensions: Modernism and the Radiance of Form*, Nueva York, 2009, pp. 9-10) *[N. del T.]*.

[48] Madge y Harrisson, *Britain by Mass Observation*, p. 169.

SEGUNDA PARTE

EL PUEBLO, 1939-1968

6. La guerra del pueblo

El 5 de junio de 1940 el pueblo de Bridport, en Dorset, se vio «abarrotado hasta la asfixia» por soldados exhaustos, evacuados de Dunkerque; policía militar; excursionistas que buscaban infructuosamente un descanso de las noticias bélicas; camiones, armas, uniformes y un equipo de la ENSA (la Entertainments National Service Association) recién llegado de Londres. Basil Bean, el director de ENSA, tenía órdenes precisas: proyectar sin parar películas para las tropas, mientras los jefes decidían qué hacer con ellas. Esa tarde, Bean se reunió con sus colegas para discutir el proyecto:

> En un pequeño pub […] intercambiamos impresiones e hicimos planes, escuchando a la soldadesca hirviente (sí, ese es el único adjetivo que se puede usar) expresando un blasfemo resentimiento ante lo que les había ocurrido. En el bar, un típico «Sargento Troy» estaba logrando una gran aceptación entre su audiencia, al criticar abiertamente a los oficiales de su unidad antiaérea, por hacerse con el único transporte disponible y dirigirse hacia la costa francesa, dejando solos a sus suboficiales y soldados. Estos hombres, consternados, salvajemente heridos en su orgullo, buscaban alivio en la crítica despiadada hacia aquellos que estaban por encima[1].

Un ejército derrotado, amotinado contra sus oficiales, no auguraba nada bueno para las oportunidades de Gran Bretaña contra un enemigo que marchaba rápidamente sobre Francia. A Dean le preocupaba que la conversación que había escuchado se estuviera repitiendo por todo el país, y que proyectara la imagen de una nación demasiado dividida socialmente como para encontrar la unidad y fortaleza suficientes para ganar la guerra.

Pero, entre junio de 1940 y las elecciones generales de julio de 1945, Gran Bretaña experimentó una transformación social. Basil Dean no podía soñar siquiera con que, en el momento en que pudo hablar de esa tarde en Bridport, Dunkerque habría quedado inmortalizada como una victoria para los británicos, y sus ejércitos como los representantes del «pueblo». Esos trabajadores que, tras salir victoriosos de la guerra, merecían ganar la paz. Tampoco podría imaginar la arrolladora victoria electoral del laborismo en 1945, con su promesa de mantener el pleno empleo y un Estado del

bienestar en agradecimiento a los obreros de los que había dependido la victoria.

La Segunda Guerra Mundial fue la guerra del pueblo. Señaló uno de los hitos del siglo XX, anunciando un periodo de pleno empleo y servicios sociales que sólo llegó a su fin tras el segundo hito: la elección de Margaret Thatcher en 1979. Durante la guerra el gobierno selló un contrato con el pueblo: trabajad duro a cambio de un empleo garantizado, un salario digno y atención y servicios en tiempos de necesidad. Este pacto evolucionó porque la demanda de municiones y hombres creó por primera vez pleno empleo en Gran Bretaña, y los propios trabajadores lo utilizaron para fortalecer su poder de negociación colectiva.

Pero llamar a la Segunda Guerra Mundial «la guerra del pueblo» no significa que Gran Bretaña se convirtiera en un país sin clases. El gobierno buscó ganar la guerra exigiendo esfuerzos y sacrificios aún mayores a los trabajadores de las fábricas y a las tropas. Sólo cuando la crisis lo exigió de manera perentoria se obligó a la gente de clase media y alta a participar en algunos de estos sacrificios. La mayor parte de políticos tenían poco interés en hacer de Gran Bretaña una sociedad más igualitaria. De hecho, su idea de cómo ganar la guerra se predicó a partir de la premisa de que la desigualdad económica era una parte natural y útil de la vida británica. El país tenía a millones de personas que necesitaban trabajar para vivir, así que ellos serían los trabajadores de la guerra.

Los trabajadores pudieron emplear la demanda sin precedentes de mano de obra para asegurar mayores derechos políticos y económicos, pero estos logros costaron mucho esfuerzo. Los conservadores, que dominaron el gobierno de coalición durante la guerra, creían que la gente corriente sólo necesitaba el suministro más esencial de servicios sociales, y que las iniciativas voluntarias podrían organizarlo. Durante la guerra crecieron la popularidad de la asistencia social y el pleno empleo, aumentó la fe en la intervención estatal como un medio de crear una sociedad mejor, y la gente defendió su derecho a una mejor remuneración y servicios sociales, en el trabajo y en casa. Pero la clase obrera siguió siendo simplemente eso: una clase compuesta por trabajadores que tenían que ganarse la vida, y que se diferenciaban por ello de los ricos, que vivían del trabajo de otros. En la década de 1940 el nuevo papel del pueblo en la vida política y económica de la nación todavía era subordinado: como empleados de otros, como

receptores de salarios en lugar de obtener una parte equitativa de las ganancias, y como los beneficiarios, pero no los arquitectos, del bienestar social.

Sin embargo, los trabajadores llegaron a verse como una fuerza colectiva –una clase– de modos nuevos y profundos. Compartían incluso más experiencias de las que habían compartido antes de la guerra, a medida que los desempleados se incorporaban a la fuerza de trabajo y que el trabajo en las fábricas eclipsaba al servicio doméstico como el mayor nicho de empleo del país. En estas circunstancias, los trabajadores claramente tenían mucho que ganar uniéndose y luchando colectivamente por sus necesidades compartidas. Lo hicieron desde una nueva posición de fuerza: ya no eran caricaturizados como enemigos del Estado –como en la huelga general de 1926– o vistos como víctimas indefensas, como los solicitantes de la prestación de desempleo en la década de 1930. Ahora eran reconocidos por los políticos y la prensa como la columna vertebral de la nación, de cuyo trabajo dependía Gran Bretaña. Sus intereses pasaron a ser los intereses del país.

En el verano de 1940 estos avances eran inimaginables. La mayor parte de civiles de clase obrera compartían las frustraciones de los soldados que Basil Dean observó en Birdport. Los soldados rasos se habían llevado la peor parte de la falta de preparativos de guerra. Había rabia, pero poca sorpresa, ante el hecho de que los ricos y privilegiados parecieran estar viviendo una guerra muy diferente a la de las tropas y trabajadores corrientes. Los informes de prensa –controlados por el gobierno conservador de Chamberlain– sugerían que los soldados que volvían de Dunkerque eran recibidos con guirnaldas por multitudes jubilosas, que conservaban la determinación pese a los miedos a una invasión alemana. Pero Mass Observation –en un encargo del gobierno para preparar informes confidenciales sobre la moral pública durante la guerra– subrayaba cuán lejos de la verdad estaba esta representación[2]. Los Mass Observers advirtieron de que el antagonismo hacia «la vieja banda» y los «intereses creados» crecía día a día. Esto era especialmente el caso en la costa sur, donde «cualquiera con algo de dinero» ya se había marchado *«en masse»*[3].

Más preocupante que la rabia y la frustración, sin embargo, era la apatía. Ante la amenaza de invasión, Mass Observation indicó que «la gente de clase media estaba preocupada por razones personales, económicas, por su comodidad e independencia». Pero mucha «gente de clase obrera decía que de todas formas no les supondría mucha diferencia»[4]. La amarga verdad era que muchos trabajadores británicos no estaban seguros de que la tiranía nazi pudiera ser mucho peor que la pobreza que ya habían soportado en nombre de la «democracia».

La actitud del gobierno no ayudó a calmar tal escepticismo. En junio de 1940, Mass Observation lamentaba que la propaganda e información del gobierno eran «impersonales», «indecisas» y «estaban desconectadas […] de la reacción de las masas». Con la amenaza de invasión creciendo diariamente, el gobierno hizo llegar a cada hogar un folleto titulado «Si llega el invasor». Los destinatarios no lo recibieron con entusiasmo; una joven lo consideraba «derrotista». El folleto, según Mass Observation, sonaba como «la clase alta hablando a las masas estúpidas»; presuponía que la gente «huiría» y por tanto necesitaba que se le instara a «pensar antes en tu país que en ti mismo», indicando con ello que en momentos de crisis el gobierno consideraba que no se podía confiar en las personas.

El gobierno y los altos mandos militares compartían lo que Tom Harrisson, uno de los fundadores de Mass Observation, describió como un «profundamente arraigado desprecio hacia las masas civiles». Los planes de los ministros en caso de invasión y bombardeo aéreo buscaban contener la histeria evacuando a los niños de las ciudades, ordenando a los adultos que permanecieran en su lugar, y asumiendo que «el proletariado estaba destinado a derrumbarse, a correr, entrar en pánico, incluso volverse loco, al carecer del coraje y la autodisciplina de sus patrones o de los soldados»[5]. A la propia gente no se le dio ninguna razón positiva para actuar contra un invasor potencial. El «PONTE A ELLO de Herbert Morrison», concluía Mass Observation sobre la consigna lanzada por el gobierno, diseñada para inducir una mayor productividad en los trabajadores de las fábricas, «tiene un tono condescendiente que recuerda vagamente al TU VALENTÍA… NOS TRAERÁ LA VICTORIA»[6].

Pocos hombres acudieron felices a la guerra. Aparte del miedo a no regresar nunca, las tropas soportaban salarios y condiciones precarios. En septiembre de 1939, los hombres de edades comprendidas entre los

dieciocho y cuarenta y uno podían ser llamados a filas bajo la Ley del Servicio Nacional (Fuerzas Armadas). Los que no eran reclutados como oficiales recibían sueldos bajos; menos que el salario de la mayoría de trabajadores manuales. Esto era una bendición para aquellos que habían estado desempleados, pero menos satisfactorio para los obreros manuales y de cuello blanco que habían sido el principal o único sostén económico de sus familias. Frank Gogerty trabajaba de mecánico de motores en Coventry cuando fue llamado a filas. Lamentaría entonces no haber tenido la rapidez de colocarse en una «ocupación reservada», como la ingeniería; la guerra, dijo, «le jugó una mala pasada», privando a su mujer Rita y sus dos hijos de sus ingresos en el futuro (en su caso, cinco largos años). Hombres como Frank recelaban de hacerle el trabajo sucio a un gobierno que no les había ofrecido nada por lo que valiese la pena luchar.

Quedarse en una fábrica, como Frank Gogerty hubiera preferido, tenía bastante sentido. Los obreros en tiempos de guerra se beneficiaban de aumentos salariales y seguridad en el empleo. Las fábricas bélicas eran los centros del cambio económico y político; y sus trabajadores, los agentes del cambio. Para el otoño de 1940, el desempleo era casi desconocido en Gran Bretaña. Hacia 1943, más del 90 por 100 de las personas solteras en edad de trabajar tenían un empleo; más de un tercio de las mujeres casadas también estaban trabajando. La mayor parte de estos trabajadores se hallaban en las fábricas, produciendo municiones, tanques y armas, y ganando mejores salarios de los que los obreros fabriles nunca habrían podido soñar antes de la guerra.

Pese al miedo e incertidumbre que trajo 1940, la guerra ofrecía una nueva seguridad a estos trabajadores. En febrero de 1940 un Mass Observer visitó una Bolsa de Trabajo londinense, donde encontró una amplia selección de sirvientes domésticos, recaderos y oficinistas esperando sus citas. Ya no se veía la desesperanza de la década de 1930. Una mujer de veinte años, que había cambiado el servicio doméstico por el trabajo en una de las Reales Fábricas de Artillería, resumía el sentimiento predominante: «Si no me gusta, me voy», le dijo a su entrevistador. «¡No aguantaré tonterías!»[7].

La antigua criada que habló con Mass Observation ejemplificaba una extendida suspicacia respecto al gobierno. Después de un estallido inicial de entusiasmo en el otoño de 1939, la productividad en las fábricas había

caído: los obreros estaban fatigados por los largos horarios impuestos por los empleadores. En mayo de 1940, el propio gobierno estaba empezando a reconocer que debía superarse su desconfianza si querían tener alguna posibilidad de ganar la guerra. Tras la dimisión de Chamberlain, Churchill fue nombrado primer ministro ese mes, e incorporó varios laboristas a su gabinete. Entre ellos estaban Clement Attlee, líder del Partido Laborista y ahora *Lord Privy Seal*, y Ernest Bevin, antiguo secretario general del Sindicato de Obreros General y de Transporte (TGWU), que se convirtió en ministro de Trabajo y Servicio Nacional. En mayo de 1940 este nuevo gobierno aprobaba la Ley de Poderes de Emergencia, que les garantizaba un control sin precedentes sobre los ciudadanos y la propiedad privada. Attlee subrayó que la Ley aseguraría que todo el mundo –«rico o pobre»– tendría que «realizar el servicio y entregar su propiedad» de serle requerido[8].

Pero aquellos situados en la derecha política, así como en la izquierda, fueron cada vez más conscientes de que ganar la guerra implicaría algo más que un control cada vez más centralizado de las personas y propiedades. El 1 de julio de 1940 un editorial de *The Times* pedía objetivos de guerra claros, que explícitamente beneficiaran a los obreros y soldados de a pie. La Gran Bretaña de posguerra tendría que mantener la libertad y la democracia, y «cuidémonos de definir estos valores en puros términos decimonónicos. Si hablamos de democracia no nos referimos a una democracia que contemple el derecho al voto pero olvide el derecho a trabajar y el derecho a vivir»[9].

Ernest Bevin hizo más que cualquier otro político por transformar esta retórica en objetivos de guerra concretos. En 1940 defendió con éxito que el gobierno, y no los empleadores, debía controlar la fuerza de trabajo, los salarios y las condiciones laborales. La Ley de Poderes de Emergencia (Defensa) otorgó a Bevin «un papel en la vida civil comparable al de Churchill en la dirección de la guerra»[10]. Bevin antepuso la productividad a la libertad civil; rápidamente introdujo la Orden 1.305, que declaraba ilegales las huelgas e introducía duros castigos para quienes hicieran huelga irregularmente. Los trabajadores fabriles debían estar en sus puestos durante diez o doce horas cada día. Las vacaciones pagadas se suspendieron «mientras tanto». Pero Bevin argumentaba que la recluta para trabajar en las fábricas, la ilegalización de las huelgas, las largas jornadas y la eliminación de las vacaciones pagadas sólo incrementarían la productividad si se les

garantizaba un papel central a los sindicatos en la vida industrial británica y se priorizaba el bienestar de los obreros. Y comenzó a implementarlo Bevin ya en mayo de 1940, recortando la jornada laboral en las Reales Fábricas de Artillería, incrementando el número de cantinas en el lugar de trabajo, construyendo albergues para trabajadores, y mejorando los servicios médicos disponibles para los obreros fabriles. Bevin se declaró decidido a asegurar que «ninguna rama industrial […] carezca de convenio» para el final de la guerra; y con ello se refería a que cada industria debía instituir la negociación colectiva entre empleadores y sindicatos, garantizando con ello a los últimos una nueva y permanente forma de poder[11]. Los trabajadores necesitaban sentir que tenían un interés compartido en lo que estaban haciendo, de otro modo no estarían motivados para trabajar al ritmo que requería el esfuerzo bélico.

Bevin logró su objetivo porque, como señala el historiador Keith Middlemas, «el trabajo, más que la maquinaria o el capital, se había convertido en la mercancía industrial más escasa y valorada»[12]. En otras palabras, el esfuerzo bélico dependía de los trabajadores –de muchísimos de ellos trabajando tan duro como fuera posible–. Eso había sido verdad en la Primera Guerra Mundial, pero en 1940 estaba ya claro que el poder militar de Alemania, y la importancia de la guerra aérea, significaban que cada combatiente en esta guerra necesitaba el triple de apoyo económico –en forma de municiones, transporte y equipación– que su predecesor[13]. Y la certeza de Bevin de que una mayor satisfacción entre los obreros aumentaría la productividad se demostró rápidamente acertada. En sólo tres meses desde su nombramiento, los trabajadores de las fábricas británicas trabajaban más duro y más rápido[14].

Bevin vio la nueva demanda de trabajadores de fábrica como una oportunidad para convertir a la clase obrera en «el pueblo», cuyos intereses tanto políticos como industriales debían ser valorados al máximo. Su estrategia tuvo un dramático y duradero impacto sobre los obreros británicos. Defendió que los líderes del movimiento sindical eran los representantes democráticos de la fuerza laboral británica. Eran los sindicalistas, no los diputados o el electorado en su conjunto, a los que Bevin se dirigió para lograr el consenso respecto a sus nuevos poderes. El 25 de mayo de 1940 invitó a 2.000 delegados del TUC a Westminster, donde les pidió que «os coloquéis prácticamente a plena disposición del

Estado. Somos socialistas y esta es la prueba de nuestro socialismo […] Si nuestro movimiento y nuestra clase se alzan con toda su energía ahora y salvan al pueblo de este país del desastre, el país siempre mirará con confianza al pueblo que le salvó»[15].

Aunque Bevin afirmaba que esta era una estrategia «socialista», su enfoque también desplazaba a los sindicatos fuera de la política de partidos, sugiriendo que la negociación colectiva, los horarios y el control de la industria eran cuestiones que no atañían a partidos políticos, sino al interés nacional. Esto claramente ofrecía una nueva plataforma a los líderes sindicales. También ofrecía una nueva lógica para la nacionalización de industrias, sobre la base de que los intereses de la fuerza laboral eran idénticos a los de la nación. Pero este nuevo acuerdo dependía asimismo de que los sindicalistas aceptaran el sistema económico del que de hecho formaban parte. Podrían negociar mejores salarios; pero no podían negociar un modo diferente de organizar el trabajo y la salud. El recuerdo de 1926, cuando muchos sindicalistas de base defendían que el sistema industrial capitalista era injusto, parecía ya muy lejano.

Pero si la radicalidad de 1926 ya no parecía posible, los obreros de 1940 por lo menos eran igual de asertivos, y seguramente más organizados, que los que habían apoyado entonces la huelga general. Los sindicatos que habían vigilado tan celosamente los privilegios de los hombres cualificados comenzaron a abrir sus puertas a los trabajadores semicualificados y no cualificados que integraban las filas de la masa laboral en tiempos de guerra. En 1942 la Amalgamated Engineering Union (AEU) finalmente admitió a mujeres. Estas nuevas obreras eran tan conscientes como los fabricantes de que la alta demanda de trabajadores fortalecía sus derechos de negociación. Ampliaban los sindicatos, que habían representado el 39 por 100 de hombres y el 15 por 100 de mujeres en la masa laboral en 1939, pues hacia 1943 estaban representando al 46 y el 30 por 100 respectivamente[16].

Pero esta masa laboral seguía estando estratificada por clases. En 1941 el gobierno introdujo el alistamiento laboral de las mujeres, comenzando por las jóvenes y solteras, pero llegando hasta las mujeres casadas en 1942. En la práctica, sin embargo, las mujeres reclutadas eran casi exclusivamente de clase obrera. Pocas mujeres de clase media o alta entraron en las fábricas. Si una mujer podía demostrar que estaba ayudando al esfuerzo bélico a través

de la actividad voluntaria –como trabajando a tiempo parcial en una cantina de soldados, o en el nuevo Servicio Voluntario de Mujeres–, podía quedar exenta de la llamada a filas. Sólo las mujeres de clase media y alta podían permitírselo.

Entre ellas estaba Eleanor Humphries, un ama de casa de cuarenta años que vivía en Blackheath, Londres, con su marido Horace. Ella creía que Bevin debía ser «absolutamente despiadado» ante la oposición del TUC al alistamiento laboral de las mujeres de clase trabajadora (Walter Citrine, el secretario general del TUC, creía que debía animarse, pero no obligarse, a que las mujeres casadas participaran en el trabajo a tiempo parcial). Sin embargo, confesaba en su diario en 1942 que «estoy francamente esperando tener suficiente trabajo [voluntario] para evitar que me dirijan a un trabajo a tiempo parcial»[17]. Sus esfuerzos semanales voluntarios incluían dos tardes de tareas administrativas para el Citizens' Advice Bureau y la Invalid Children's Aid Association. Margot Harper, un ama de casa de clase media que vivía en Bristol, fue finalmente reclutada en 1943, pero se le permitió incorporarse a un trabajo de oficina a tiempo parcial, en vez de entrar en una fábrica. Después de unos pocos meses enfermó su hija de dieciocho años, Joyce, y Margot se tomó tiempo libre para cuidarla. Pero, cuando Joyce mejoró, Margot decidió que prefería estar en casa y no notificó a la Bolsa de Trabajo que sus tareas de cuidados estaban acabando; en 1944 informaba triunfante en su diario que había «mantenido "un perfil bajo" durante cierto tiempo»[18].

Mientras esas mujeres buscaban activamente sortear la vigilancia administrativa, el gobierno claramente simpatizaba con su difícil situación. El Ministerio de Trabajo hizo grandes concesiones para aquellas mujeres como Humphries, que «no tenían criados». Incluso en los peores momentos de la guerra, el ministerio permitió a los empleadores de sirvientes domésticos que pidieran la exención para sus criadas, aunque en 1942 los oficiales señalaban, con cierta consternación, que muchos sirvientes «abandonaban por propia iniciativa para sumarse al trabajo bélico»[19]. Muchos funcionarios de la Bolsa de Trabajo dirigían a madres de clase obrera a las fábricas, pero aceptaban con facilidad que las mujeres de clase media sin sirvientes estaban demasiado ocupadas en cuidar de sus casas[20]. Los informes del Ministerio del Interior (Home Intelligence) alertaban de un «considerable resentimiento entre mujeres que ya están

trabajando, ya que a las clases medias y altas todavía se les permite “librarse” con trabajos de guerra voluntarios»[21]. Gran Bretaña en tiempos de guerra era una sociedad en la que el gobierno esperaba que la clase obrera cumpliera su papel tradicional –proporcionar trabajo– a cambio de recompensas en forma de mejor salario, seguridad en el empleo y horarios regulados más amplios, muy diferentes a las que hasta entonces había disfrutado la gente. Seguramente ni era una sociedad igualitaria, ni una en la que el gobierno o los empleadores quisieran introducir mayor igualdad social.

Muchos gobernantes y funcionarios estaban claramente satisfechos con conservar los privilegios sociales de la clase media. El propio Bevin no estaba dispuesto a instigar ninguna confrontación sobre la controvertida cuestión del trabajo de las mujeres casadas; y describió ante la Cámara de los Comunes el alistamiento laboral de estas como «algo infeliz»[22]. En la práctica, el gobierno fue capaz de encontrar el número necesario de trabajadoras entre las mujeres y madres de clase obrera. En 1942 el Ministerio de Trabajo publicó un panfleto para los empleadores, en el que les urgía a considerar el introducir el trabajo a tiempo parcial para reclutar a más mujeres casadas. Suavizando los miedos a que esto condujera a que los obreros a tiempo completo exigieran también horarios a tiempo parcial, el ministerio aseguró a los empleadores que «muchas mujeres que están trabajando a tiempo completo necesitan ese dinero adicional»[23]. Como señaló Richard Titmuss, historiador de las políticas sociales en tiempos de guerra, muchas mujeres de clase obrera necesitaban trabajar porque los sueldos pagados a las familias de soldados eran muy bajos[24]. La organización gubernamental del trabajo sostuvo activamente un sistema económico en el que una gran franja de la población necesitaba desesperadamente un salario, y después utilizó a este grupo de población como una reserva en la que reclutar a trabajadores de guerra.

Las reformas de Bevin lograron mucho, pero no satisficieron totalmente a muchos obreros. Como sugería el descontento detectado por los funcionarios de Home Intelligence, a bastantes trabajadores les molestó el fuerte control ejercido por los empleadores y el gobierno. Pese a la ilegalización de las huelgas, muchos trabajadores comenzaron a protestar, exigiendo un salario igual y una mayor participación popular en el control de la producción, especialmente respecto al valor asignado a las diferentes

tareas. Antes de la guerra, los sindicatos habían protegido celosamente los derechos de aquellos trabajadores cuyos trabajos eran designados como «cualificados». Durante la guerra disminuyó la importancia de la cualificación técnica: los empleadores intentaron introducir técnicas de producción en masa, como el sistema Bedaux, y después definir a los trabajadores que las operaban como «no cualificados» o «semicualificados», lo que justificaba pagarles peores salarios.

Una de las primeras huelgas se produjo en 1941 en los talleres que Guest, Keen and Nettlefolds tenía en Smethwick. Los intentos de la empresa por pagar menos a las mujeres –designadas como «trabajadoras semicualificadas»– que a los trabajadores varones llevaron a cientos de trabajadores a abandonar sus puestos de trabajo. Muchos de los huelguistas eran mujeres, pero también se unió una parte de obreros varones cualificados. Declaraban que la empresa había utilizado el alistamiento de varios de sus obreros para reorganizar la producción según el sistema Bedaux. Las mujeres alistadas para el trabajo en fábrica fueron entonces designadas como «semicualificadas» por su empleador –con la complicidad de los responsables sindicales–. Esto permitió a la empresa pagar a las mujeres menos respecto a lo que tenían derecho los trabajadores cualificados. En Guest, Keen and Nettlefolds, como en otras disputas, los huelguistas defendieron que la producción en línea de montaje debía introducirse sólo tras consultar a la plantilla. También defendieron con rotundidad que el trabajo en la línea de montaje no debía definirse automáticamente como «semicualificado», señalando que esto no tenía en cuenta el agotador y valioso aporte que tales trabajadores estaban haciendo a la producción[25].

Otra disputa significativa tuvo lugar en la Bath Co-operative Society, en diciembre de 1941, cuando los empleados jóvenes de oficina iniciaron una ilegal «huelga sentada» en sus puestos ante la decisión de sus empleadores de reducir salarios y la reticencia de su sindicato a hacer nada al respecto. Las instigadoras fueron mujeres jóvenes postadolescentes y veinteañeras. Su trabajo no era considerado un trabajo bélico esencial, de modo que en 1941 se encontraron con el alistamiento forzoso. Muchas de ellas habían aceptado esto con ecuanimidad, hasta que los gerentes de la cooperativa declararon su intención de reducir los salarios para las mujeres de su grupo de edad, y simultáneamente introducir nuevas bonificaciones para los

jóvenes recién salidos de la escuela, que eran más baratos de emplear. A ellas les preocupaba que, si esto se permitía, serían reemplazadas por trabajadores más jóvenes y no tendrían trabajos a los que volver tras la guerra. Detrás de ello detectaban la intención de su empleador de «descualificar» el trabajo de oficina, dividiendo sus trabajos en tareas menores que pudieran realizar los jóvenes recién salidos de la escuela. Las trabajadoras hicieron huelga el 23 de diciembre, perfectamente sincronizadas para obstaculizar las ventas de Navidad. Ante multitudes de furiosos clientes, la dirección de la cooperativa se rindió ante sus demandas, y restauró la anterior escala salarial[26].

Estas huelguistas estaban alerta ante los intentos de sus empleadores de utilizar la guerra en interés propio. «[Nosotras] no hicimos huelga por un aumento salarial», escribía una de las huelguistas de Bath a su periódico local. «Nosotros, la plantilla joven, queríamos la cancelación de la nueva escala salarial, que pretendía atraer a los noveles que venían buscando empleo a la sociedad cooperativa. Pero era un insulto a aquellos que habían trabajado aquí tres o cuatro años […] sólo les queríamos *[sic]* reajustados a su anterior escala»[27]. Las huelguistas de Bath expresaban un temor extendido a que los empleadores instrumentalizaran el esfuerzo bélico como excusa para renegar de los acuerdos prebélicos respecto a salarios y estatus.

A menudo los huelguistas expresaban su rabia hacia unos líderes sindicales que toleraban las exigencias de los empleadores siempre que no interfirieran demasiado con aquellos trabajadores a los que muchos sindicalistas consideraban todavía su base, a saber, los trabajadores varones cualificados. En muchas fábricas como Guest, Keen and Nettlefolds las disputas sobre el salario igualitario estallaron en parte porque la AEU era indiferente a las quejas de las mujeres, mientras que en Bath la National Union of Distributive and Allied Workers (NUDAW) se dedicaba principalmente a asegurar un aumento salarial para la sección masculina de capataces, y no se mantuvo al corriente de las quejas de las jóvenes trabajadoras. Las propias obreras estaban furiosas ante esto, y abandonaron sus puestos de trabajo sin consultar a sus dirigentes sindicales[28].

En general los huelguistas encontraron receptividad y comprensión por parte del Ministerio de Trabajo de Bevin. Las huelgas ilegales desencadenaron investigaciones por parte del gobierno, y en enero de 1943 el Ministerio de Trabajo encargó una sobre la disputa laboral en Bath. El

equipo que realizó esta investigación criticó a los gerentes y responsables sindicales de Bath, en lugar de a los huelguistas. Consideraban que «lo peor de todo el asunto […] es que los trabajadores no habrían asegurado ese resultado ventajoso si no hubieran actuado como lo hicieron, forzando con sus acciones al Comité de Administración»[29]. Se esperaba ahora que empleadores y sindicatos trabajaran juntos para acordar escalas salariales equitativas y horarios de trabajo regulados.

Los huelguistas a menudo confiaban en que no serían procesados; ya en 1941 reclamaban su derecho a la democracia en el trabajo y en las urnas, evocando los objetivos bélicos de Churchill, Bevin y la prensa. Tal como escribía una de las jóvenes huelguistas al poco simpatizante *Bath and Wiltshire Chronicle and Herald:* «Nosotras, como seres humanos que viven en un país libre, ¿acaso no nos merecemos por lo menos ser escuchadas por las personas que nos emplean?». Ella firmaba como «la hija de un soldado en activo»[30]. En un periodo en el que la fuerza de trabajo era muy necesaria, los trabajadores sabían que tenían más fuerza de negociación. Esto no sólo se aplicaba a hombres cualificados, sino a aquellos trabajadores que habían carecido de representación sindical antes de la guerra, como jóvenes y asalariados no cualificados.

Estos trabajadores compartían el poderoso sentimiento de que merecían un mejor tratamiento, en un momento en el que ellos y sus familias apoyaban el esfuerzo bélico, ya fuera como soldados, artesanos hábiles, empleados de cuello blanco u operarios de línea de montaje en la construcción de tanques. En ocasiones, intentaron avanzar más allá de lo esperado o deseado por el gobierno. Fue fruto de la unidad de los trabajadores el que pocos huelguistas fueran enjuiciados. La investigación del gobierno que siguió a la huelga de Bath fue típica en sus conclusiones: no debían adoptarse más medidas contra los huelguistas porque su enjuiciamiento podría dar lugar a nuevas protestas y «el efecto sobre el futuro de las relaciones industriales y el esfuerzo bélico en general sería desastroso»[31].

Los huelguistas tuvieron algunos éxitos notables. Como resultado de sus protestas, y del astuto manejo de Bevin, los ingresos de los obreros manuales se triplicaron durante la guerra, y los trabajadores no cualificados y semicualificados disfrutaron de mayores aumentos salariales[32]. Pero los trabajadores no pudieron lograr más poder sobre la organización de la

producción, o una participación popular en las negociaciones sobre las condiciones de trabajo. En Bath, la investigación del gobierno concluyó que los trabajadores estaban «libres de las ataduras de su sindicato», sugiriendo así que el trabajo del sindicato era frenar la participación directa y popular en las relaciones laborales[33]. La negociación de Bevin en 1940 con el gobierno y los líderes sindicales se basó en la presunción de que los trabajadores no buscarían controlar o interrumpir la producción a cambio de una mayor regulación gubernamental de sus horarios de trabajo, salarios y bienestar, siempre en consulta con sus dirigentes sindicales y empleadores. Se esperaba que los trabajadores fueran los beneficiarios pasivos del cambio, en lugar de sus impulsores. Esta era la guerra del pueblo, pero el pueblo, desde luego, no iba a lograr la igualdad.

«Reparto justo» y «sacrificio igual» fueron las consignas de la vida civil, pero algunos eran más iguales que otros. Si eso era evidente en el trabajo, fue aún más evidente en esas áreas del frente doméstico en las que Bevin y los sindicatos tenían menos control: racionamiento, evacuación y protección antiaérea. El gobierno se mantuvo firmemente comprometido con un enfoque de *laissez-faire* en lo tocante al aprovisionamiento. En 1939, los informes de Home Intelligence sugerían que la guerra con Alemania causaría rápidamente una escasez de alimentos. Varios ministros defendieron el racionamiento de alimentos y combustible para evitar la escasez, las compras frenéticas y los aumentos de precios que pudieran hacer que los bienes esenciales fueran demasiado caros para los consumidores medios. Sin embargo, Chamberlain se resistió al racionamiento en el otoño de ese año, a causa de una campaña orquestada por la prensa de derechas, dirigida por el *Daily Express*, que afirmaba que el racionamiento era «control gubernamental llevado hasta la locura»[34]. El gobierno finalmente introdujo el racionamiento de alimentos en enero de 1940, inicialmente restringido a algunos alimentos básicos. Sin embargo, la disminución de la oferta de productos importados significaba que la mayoría de los alimentos básicos, la ropa y el combustible fueran racionados durante dos años.

El gobierno de coalición de Churchill defendió el racionamiento como una solución que ofrecía un «reparto justo». Cada persona recibió una cartilla de racionamiento, que contenía cupones que los comerciantes

recortaban o firmaban cuando la gente compraba bienes racionados. Todos los adultos recibían las mismas raciones, en la misma cuartilla de raciones color crema, pero no todas las necesidades eran las mismas. Es cierto que cuando Churchill se hizo cargo del gobierno mandó publicar rápidamente libros verdes especiales de raciones para madres lactantes y niños menores de cinco años, lo que les garantizaba una pinta diaria de leche gratis y un suministro doble de huevos. Las feministas habían estado luchando por la leche gratis para bebés y mujeres embarazadas desde la época de Pember Reeves; sólo la guerra total incitó al gobierno a aceptarlo. A finales de la década de 1930, las familias de los trabajadores de las fábricas y los trabajadores agrícolas consumían muchas menos calorías que las familias de gerentes y directores de empresas. Hacia 1943 estos grupos estaban consumiendo una cantidad muy similar de calorías, y las familias de la clase trabajadora comían más carne y lácteos de lo que habrían podido pagar en la década de 1930. El suministro gratuito de leche para madres lactantes y niños pequeños claramente mejoró su salud[35].

Sin embargo, el racionamiento, ciertamente, no supuso un «justo reparto». Los que podían permitírselo podían encontrar muchas cosas en las que seguir gastando su dinero, especialmente en los primeros años de la guerra. Hasta 1941, el racionamiento se limitaba a algunos alimentos esenciales, y aquellos con dinero todavía podían comprar muchas exquisiteces, así como ropa y combustible. El racionamiento nunca se aplicó a los restaurantes. «Todavía no hemos visto el despido en masa de los chefs empleados por las clases altas», declaraba la Women’s Co-operative Guild en 1943; «a aquellos con dinero e influencia no les falta de nada»[36]. Mientras tanto, Ernest Bevin perdía su lucha por lograr un aumento de raciones para los trabajadores manuales, en compensación por el esfuerzo físico que se les pedía. El gobierno de mayoría conservadora se mostró muy reacio a erosionar los privilegios de los ricos. Lo hizo hasta donde fue estrictamente necesario para mantener a la nación sana, y nada más.

Las respuestas del gobierno al bombardeo se caracterizaron igualmente por un deseo de hacer el mínimo indispensable. También indicaban que los conservadores seguían siendo reacios a comprometerse con la intervención estatal en servicios sociales, prefiriendo confiar en los esfuerzos voluntarios. En las primeras horas del 1 de septiembre de 1939 daba comienzo el primer plan estatal de evacuación a gran escala jamás visto en

Gran Bretaña. El gobierno de Neville Chamberlain había decidido implementar este plan, creyendo que la guerra podría provocar un desastroso bombardeo aéreo: en 1937 una estimación oficial del gobierno calculaba que 1.800.000 personas resultarían muertas o gravemente heridas en los primeros dos meses de guerra[37]. A pesar de esto, el gobierno se mostró inflexible en cuanto a que el plan de evacuación debía ser voluntario. La participación no era obligatoria, y a las organizaciones de voluntariado se les dio la responsabilidad de administrar el plan, con apenas una mínima asistencia de las autoridades locales, y ninguna del gobierno de la nación. En la práctica, muchos de los ricos simplemente emplearon su riqueza en quedar exentos del plan. Podían permitirse enviar a sus hijos al extranjero, o a internados rurales, o mudarse a una casa de campo *en famille;* la escritora Vera Brittain hizo las tres cosas[38]. La mayor parte del millón de evacuados que salieron de las ciudades de Gran Bretaña siguiendo el plan oficial eran niños de clase obrera. También lo fueron la mayoría de sus anfitriones, que recibieron una mísera asignación con la cual mantener a sus nuevos inquilinos[39].

La evacuación puso de relieve que las organizaciones de voluntariado no podían hacer frente al cuidado de un gran número de personas. El gobierno se encargó de dividir el país en áreas de evacuación y recepción, pero el resto dependía de las autoridades locales. En el verano de 1939, Hilda Dunn, de veintisiete años, era una de las miles de profesoras «enfurecidas y exhaustas» cuyo «trabajo cotidiano se veía constantemente interrumpido por la tarea de hacer listas». Hilda y sus compañeros en la escuela Washington Road de Newcastle estaban en una zona de evacuación. Fueron los responsables de entregar a la autoridad local los nombres de los niños que debían ser evacuados de su colegio. Después, en agosto de 1939, las autoridades educativas locales (LEA) hicieron arreglos para la evacuación de sus hijos, sirviendo de enlace con los oficiales de alojamiento en las áreas de recepción. Estos oficiales de alojamiento tenían la difícil tarea de organizar la llegada de los niños, encontrando familias de acogida, y haciendo coincidir a los evacuados con los alojamientos asignados. El gobierno dejó muy poco dinero adicional disponible para las áreas que acogían a los evacuados, ya fuera para pagar a funcionarios o familias de acogida. En consecuencia, muchos de los funcionarios responsables del alojamiento hacían malabares con su nueva carga de trabajo y su labor

diaria, como G. M. Bland, funcionario de alojamiento de Lancaster y también bibliotecario de la ciudad[40]. Algunos fueron receptivos a los estímulos del gobierno para delegar sus responsabilidades en organizaciones voluntarias como el Women's Voluntary Service; otros, como Bland, hacían lo que podían en circunstancias difíciles. En la mayoría de los casos, sus esfuerzos demostraron ser insuficientes para hacer frente a la gigantesca tarea que se les había encomendado.

La experiencia de la evacuación a menudo fue caótica. El 1 de septiembre Hilda Dunn llegó a la Estación Central de Ferrocarril de Newcastle para llevar a sus treinta evacuados a un destino desconocido. Después de varias horas en tren, arribaron, con «sus vestidos de algodón arrugados, sus caras sucias y su cabello enmarañado. Venían de "barrios marginales" y su aspecto era acorde». La comitiva de Hilda Dunn tuvo suerte: un comité de recepción les esperaba con «sonrisas amables, apretones de manos, vapor de la tetera» e información detallada sobre los nuevos hogares para los niños. La misma Hilda apreció cuánto esfuerzo les suponía. Tristemente, la experiencia de John McGuirk fue más común. Fue evacuado de Bootle a Southport en 1940, a la edad de siete años. «Fue un choque cultural para mí», dijo, «porque vengo de un tipo de familia de sótano, simple y humilde, no teníamos casi nada». Aun así, procedía de un hogar cariñoso, en un vecindario en el que «todos estaban en un mismo nivel: eran pobres», y esto hizo de su llegada a Southport una desagradable revelación. «Nos metieron a todos en este cementerio», dijo. «La gente venía y te elegía como si estuvieran escogiendo perros en tiendas de mascotas»[41]. Experiencias como la suya se reprodujeron en todo el país[42]. Mostraban los clamorosos fallos de un plan abandonado casi en su totalidad en manos de voluntarios, con poca capacitación y escasos recursos.

Las relaciones entre los evacuados y sus anfitriones reflejaban el abismo que fracturaba a Gran Bretaña. La gente de clase media y alta a menudo se negaba a ayudar. En algunas áreas de recepción, según reseñaba un oficial de Home Intelligence, los lugareños a los que se pedía que dejaran habitaciones libres para los evacuados «con frecuencia sugieren que los propietarios de grandes casas de campo están eludiendo sus responsabilidades»; una queja que él y sus colegas consideraban justificada[43]. Una encuesta sobre la evacuación, de la Universidad de Liverpool, concluía que las clases medias y altas eran más propensas a

negarse a acoger a evacuados. Los anfitriones de clase media y clase alta eran también más propensos a quejarse de sus evacuados y mostrar su resentimiento abiertamente a través de un trato frío o insensible a los niños bajo su cuidado. Según observaba un responsable de alojamiento escocés, «los anfitriones de clase obrera se limitaban a cumplir y acomodar a sus invitados, o, siendo del mismo temperamento, se sentían muy cómodos con ellos. Los anfitriones más adinerados, a pesar de tener más y mejor espacio, se quejaban airadamente en la mayoría de los casos, hasta que se retiraba a los niños»[44]. John McGuirk y su hermano fueron alojados en casa de un hombre de negocios y su esposa, que poseían una gran casa en la zona residencial de Southport, pero proporcionaban a sus hospedados comidas escasas, los alojaban en la habitación más fría y pequeña de la casa, y les dejaban claro que sus anfitriones «pensaban que éramos escoria».

La evacuación agudizó el sentido de clase de muchos niños. Esos niños que se alojaban en casas de clase media, como John McGuirk, a menudo descubrían que su presencia era molesta. Los dramaturgos Jack Rosenthal y Arnold Wesker recordaban experiencias similares. En el caso de Rosenthal, su madre finalmente lo llevó de vuelta a Salford; Wesker, sin embargo, pasó seis años con varios padres de acogida y «nunca dejé de anhelar volver a Londres» con su «familia pobre, pero feliz»[45]. Veinte años después, ambos se labrarían un renombre escribiendo sobre la rica vida emocional de las comunidades y familias de clase obrera que se vieron obligados a dejar atrás.

La experiencia de la evacuación convenció a algunos profesores y trabajadores sociales de que los padres y hogares de clase trabajadora poseían virtudes hasta entonces pasadas por alto. Unos días después de llegar al pueblo de Arnistone, Hilda Dunn visitó a las hermanas Smithson, de «rostro rubicundo y nariz afilada», que habían sido alojadas en una remota y pobre granja en una colina:

> Una mujer robusta, quizás en la cuarentena […] nos llevó hasta una cocina de piedra que por el olor pudo haber sido alguna vez una escombrera […] Un caldero negro burbujeaba sobre el fuego, y gallinas raquíticas entraban y salían de una puerta abierta […] las dos chicas llegaron corriendo a la puerta. Parecían algo sacado de una pantomima, cada una con dos pares de gruesos calcetines oscuros y enormes zuecos. Pero sus caras eran rosadas y vivas.

Las hermanas Smithson se acomodaron bien en su alojamiento. «En el curso de muchas visitas a esa granja», recordó su maestra, «nunca vi limpieza o eficiencia». Hilda Dunn se preguntaba si debía llevarlas a otra casa; «había hogares más acomodados en el pueblo […] pero ¿podría un niño al que se hospedaba obligatoriamente tener una vida mejor que la de un perro?» Hilda se dio cuenta de que «había otras cosas» que importaban más que la limpieza –y de que el amor y el afecto se pueden encontrar tan fácilmente en un hogar mísero como en uno próspero[46].

Joan Cooper también comenzó su carrera como profesora, en su nativo Mánchester, durante la depresión de 1930. La experiencia la llevó a buscar puestos en asistencia infantil durante la Segunda Guerra Mundial, y se convirtió en jefa del programa de evacuación en Derbyshire. Los arreglos improvisados para alojar a los niños, a veces con anfitriones insensibles, la llevaron a defender que el Estado, en lugar de las organizaciones benéficas, era quien debía cuidar a los niños vulnerables. Su experiencia del amor y afecto que presenció en las familias de clase obrera cuyos hijos venían a Derbyshire, y entre las familias anfitrionas de clase obrera, reforzó su convicción de que, siempre que fuera posible, los niños deben mantenerse con sus padres en lugar de ser entregados al cuidado de instituciones. Tales experiencias tendrían un gran impacto en el Estado del bienestar de posguerra, cuando mujeres como Cooper desempeñaron un papel decisivo en las reformas educativas y sociales. Antes de la guerra, las organizaciones benéficas habían tomado la iniciativa en el cuidado de niños vulnerables, e institucionalizarlas era la norma. Joan Cooper ayudó a implementar la Ley de Niños de 1948, que dio al Estado un mayor control sobre el cuidado de los niños, introdujo hospicios para los más pequeños y mantuvo a los niños con sus padres biológicos siempre que fuera posible. Llegó a convertirse en jefa del Departamento de Niños en el Ministerio del Interior[47].

De vuelta a las ciudades, nunca se materializó aquella histeria que, según el gobierno de Chamberlain, provocarían las incursiones aéreas. El Blitz comenzó en el otoño de 1940, pero la mayoría de la gente continuó yendo a trabajar y siguió cuidando de sus familias. Los barrios más afectados por los bombardeos fueron los más cercanos a los muelles. Estos eran distritos como el de Stepney en Londres, donde los estibadores, los obreros fabriles, los peones y dependientes de tiendas se apretujaban en húmedas habitaciones alquiladas, y casas destartaladas de una o dos habitaciones

acogían a un promedio de doce personas[48]. Cualquiera que visitara el East End afectado por el Blitz no podía sino quedar impresionado por la valentía de sus residentes; pero los periodistas que visitaron a quienes allí se encontraban también observaron enfado. El Blitz sacó a la luz lo mal equipada que estaba Gran Bretaña para enfrentarse al desastre, y la obstinada indiferencia del gobierno hacia la gente común. Comprometido con el voluntarismo, el gobierno había alentado a las personas a construir pequeños refugios subterráneos de acero *(Anderson shelters)* en sus jardines, pero aquellos que no podían permitirse el tiempo o los materiales, o carecían de espacio, soportaron terribles privaciones. Después de visitar los estrechos y malolientes refugios antiaéreos del East End de Londres, un periodista estadounidense advirtió que «esta gente estaba empezando a perder la fe […] fe en todos los escalones de personas por encima de ellos»[49]. Coventry fue duramente bombardeada el 14 de noviembre de 1940. A la noche siguiente Tom Harrisson, de Mass Observation, encontró a supervivientes que no habían huido de sus hogares corriendo hacia los terriblemente precarios refugios antiaéreos de la ciudad, «siempre muy húmedos y con agua fétida hasta los tobillos». Señalaba, además, que «una buena parte de las viviendas en el centro estaban demasiado abarrotadas para tener *Andersons* en el jardín». También observó que muchos de los refugios públicos eran inseguros; construidos en ladrillo y por encima del nivel del suelo, varios habían sido bombardeados, y sus ocupantes habían muerto[50]. Miles de personas actuaron por iniciativa propia ante la negligencia de las autoridades; los londinenses acudieron en masa a las estaciones de metro subterráneas de la capital, incautándolas y ocupándolas en lugar de entrar en refugios que, por otra parte, su gobierno no había podido proporcionar[51].

Bert Sheard, de Bristol, soldado en activo con 22 años, estaba en el frente cuando comenzó el Blitz. Este antiguo obrero de fábrica se «enfadaba cuando leía los periódicos y había titulares como “Podemos aguantarlo, que lo intenten”. No escuché a nadie decir eso cuando llegué a casa. Todos decían: “No podemos aguantar mucho más”». Para Bert, los informes de prensa «no eran más que propaganda», que sugerían que la victoria dependía de que las personas afectadas continuaran sonriendo, en lugar de que el gobierno invirtiera en apoyo médico, refugios y tropas[52]. A Bert esos informes le resultaban condescendientes –un punto de vista compartido

por muchos de los encuestados por Mass Observation–, en la medida en que presuponían que la gente común era lo bastante estúpida como para no saber o intuir qué nivel de moral se deseaba encontrar en las áreas bombardeadas. Esa obvia propaganda sólo alimentaba los rumores sobre lo terrible que debía ser la situación en ciudades como Coventry.

Los que quedaron sin hogar tras el Blitz recibieron una asistencia limitada y a regañadientes. El gobierno encargó a los funcionarios de Asistencia Pública que administraban asistencia a los más pobres antes de la guerra que ayudaran a que la gente bombardeada abandonara sus casas. Como observó Mass Observation, muchos de ellos fueron los mismos hombres y mujeres que habían administrado las casas de trabajo de Gran Bretaña antes de 1929 y administrado la evaluación de recursos durante la década de 1930[53]. Y seguían creyendo que los solicitantes de asistencia sólo necesitaban lo mínimo. En Londres, abrieron centros de descanso diseñados para albergar a 10.000 personas en una noche. Esta fue una lamentable subestimación de las necesidades reales: en varias noches de noviembre de 1940, hasta 25.000 personas se apiñaron en estos centros, uno de los cuales fue descrito por un horrorizado periodista como un «sofocante calabozo subterráneo». A los habitantes a largo plazo se les servía el típico menú de casa de trabajo: té aguado, pan, cecina y restos de mermelada[54]. Claramente, la red asistencial para pobres anterior a la guerra no era un recurso eficiente para afrontar una emergencia nacional. Ante las persistentes dificultades, hacía tiempo que aquellos a cargo de la asistencia pública habían abandonado la falacia de que sólo una minoría de pobres «merecía» asistencia. La guerra demostró que este peligroso mito ignoraba la dura realidad: la falta de recursos y voluntad política impedía que los ciudadanos más necesitados de Gran Bretaña recibieran la ayuda que necesitaban. En marzo de 1941, por instancias de Bevin, el gobierno abolió discretamente la evaluación de recursos domésticos[55]. El Blitz enseñó algo importante: las víctimas del desastre casi nunca eran sus perpetradores.

La histeria que había temido el gobierno no se materializó. Los Mass Observers y los periodistas hablaban de la clase obrera como los héroes silenciosos del frente doméstico, mientras que los residentes más prósperos aparecían como egoístas y antipatrióticos. En áreas duramente bombardeadas, como Coventry y Portsmouth, según las conclusiones de Mass Observation, la gente estaba «seriamente turbada», pero «no

vencida». Eran los ricos quienes se mostraron más propensos a huir. En noviembre de 1940, el día después del primer ataque aéreo sobre Leicester, los Mass Observers descubrieron que «la gente rica ya estaba sopesando comprar viviendas fuera de Leicester, y muchos de los que tienen coche van al campo […] y pasan la noche allí». Tras varios ataques aéreos sobre Portsmouth, «había comentarios críticos entre las clases trabajadoras sobre los más adinerados, que en su mayoría salían en coche durante los primeros días y a menudo lo hacían con asientos libres»[56]. El Blitz, como la evacuación y el racionamiento, dejó claro a muchos investigadores sociales y periodistas que la desigualdad social y económica tenía consecuencias políticas profundas y peligrosas. El deseo de los ricos de aferrarse a sus privilegios era activamente perjudicial en un tiempo de crisis nacional.

En contraste con ello, las personas corrientes parecían ser los héroes del momento. Los que vivían en los distritos rurales a menudo llevaban a los evacuados a hogares ya abarrotados. Los habitantes de las ciudades seguían yendo a trabajar mientras soportaban las incursiones aéreas nocturnas. Y en 1942 muchas familias sabían que su chico, destinado al Mediterráneo o al Lejano Oriente, no volvería a casa. Ese sacrificio no se limitaba a un grupo social, desde luego; pero las familias de clase obrera perdían a hermanos, hijos y maridos que antes de la guerra habían sido estigmatizados como irresponsables o vagos. En 1941 el hermano de Emily Swankie, Charlie, que había quedado desempleado en 1928, había sufrido la cancelación del subsidio tras pasar por la evaluación de recursos en 1932, y había tenido que pasar años fingiendo vivir lejos del piso de sus padres: «Estaba perdido en el mar cuando su nave fue torpedeada en el Golfo de Vizcaya»[57]. Lejos de ser irresponsable o histérico, Charlie y millones de otros como él sostuvieron el esfuerzo bélico.

En 1942 los medios y el gobierno presentaban habitualmente a los trabajadores como el pueblo; la masa popular cuyos intereses y deseos debían dar forma a la cultura británica. En 1941 habría resultado ridículo sugerir que sólo los gustos de clase media marcaban la pauta de los medios británicos. En 1940 Bevin, no sin dificultades, logró introducir «Música mientras trabajas» (programas de música ligera emitidos por la BBC para los obreros fabriles) para elevar la moral. Apareció en *Worker's Playtime*, el programa de variedades de la BBC que a partir de 1941 se emitió desde la

cantina de una fábrica «en algún lugar de Gran Bretaña». Programas de variedades como este empleaban los talentos que encontraban en las fábricas que visitaban, y se invitaba a los trabajadores a cantar una canción o contar chistes en directo a la audiencia de todo el país. Como señala el historiador Geoffrey Field, el resultado era que la «radio sonaba más como la masa de toda una nación hablándose a sí misma» que como una velada de clase media-alta, como ocurría antes de la guerra[58].

Hacia 1942 los suministros de comida y ropa eran escasos. La guerra marítima estaba vaciando drásticamente el suministro británico de alimentos importados. En este momento de penurias e incertidumbre, las estrategias de clase obrera para sobrevivir con muy poco –labradas en la depresión de entreguerras– fueron públicamente elogiadas. En la propaganda gubernamental y en los medios el tono altanero, que tanto había preocupado a Mass Observation durante el primer año de la guerra, dio paso a una nueva voz, más susceptible de intimidar a la clase media o alta que a los trabajadores. «No te sientas tan superior ante la mención del *fish and chips*», aconsejaba Charles Hill, el doctor radiofónico de la BBC[59], a millones de radioyentes. «No es sólo muy sabroso y dulce; es papeo de primera clase. Es así, tanto si es servido con toda dignidad al duque en su comedor, como si se lo zampa un chaval sobre un periódico colocado sobre sus rodillas»[60].

En 1943 la Cámara de Comercio urgía a los británicos a «reutilizar». Los panfletos y carteles recordaban a las amas de casa que «un vestido bien remendado es algo de lo que estar orgullosa en estos días», más que un vergonzoso signo de pobreza[61]. Reutilizar y parchear no era ninguna novedad para las mujeres de clase obrera, pero ser elogiadas por su iniciativa constituía una experiencia nueva.

El énfasis en el sacrificio igual para todos y la «reutilización» en la propaganda de los medios y el gobierno creó un clima en el que aquellos que «se habían librado» eran abiertamente criticados por decepcionar a la nación. Los carteles y folletos del gobierno subrayaban la importancia de establecer «un reparto justo» a través del racionamiento. Los civiles eran instados a «quedarse quietos» durante los bombardeos y «cumplir con su parte» en las fábricas. Mucha gente de clase media y alta pudo evitar hacerlo, a menudo con la ayuda de un gobierno que no veía buenas razones para acabar con la desigualdad social. No obstante, y si bien de modo sutil,

el esfuerzo bélico cuestionaba constantemente la legitimidad de la desigualdad social. Menos sutil, pero no menos significativa, fue la postura cada vez más heroica que mostraban en la prensa y en la propaganda los miembros de la clase obrera: soldados, trabajadores de la munición y hábiles amas de casa.

Hacia la mitad de la guerra, las victorias aliadas sugerían a la gente cómo sería el mundo de posguerra. En primer lugar, y principalmente, esperaban que el trabajo no se acabara. «El miedo al desempleo de posguerra», según se advertía en un artículo firmado por un «Soldado raso» en el periódico laborista *Tribune*, «no es probable que se evapore con promesas y profecías»[62]. El pleno empleo había proporcionado seguridad económica, y un nuevo poder de negociación. «Era una economía planificada que funcionaba»; así lo sentía Peggy Charles, de veintiún años, habiendo trabajado en una fábrica de componentes aéreos durante tres años. Ella y miles más querían que los avances logrados en tiempo de guerra se aseguraran en tiempo de paz[63]. A finales de 1942 apareció un receptáculo en el que proyectar las aspiraciones de posguerra, bajo la forma del Informe Beveridge, que prometía servicios y bienestar «de la cuna a la tumba». Incluso Frank Gogerty, agotado por el esfuerzo bélico, y gastando sus botas en un campo militar en las afueras de Bournemouth, se animó cuando escuchó hablar de esto: «La expresión utilizada era “de la cuna a la tumba” y teníamos grandes esperanzas en lo que podía significar. Todos pensamos que una nueva revolución iba a comenzar, o a ocurrir. Nos dimos cuenta, o pensábamos ser conscientes, de que tardaría años en llegar, unos cuantos años. Desde la cuna a la tumba, cuidaremos de ti. Era una expresión maravillosa».

Para comprender la fuerza de tales sentimientos, deberíamos recordar brevemente la situación anterior a la guerra. Los necesitados tenían que depender del seguro contributivo, si tenían suficiente dinero para pagarlo. Si no lo tenían, dependían de la administración local de la Ley de Pobres, o, desde 1929, de los Consejos de Asistencia Pública, también municipales. Y, en última instancia, de las organizaciones privadas de beneficencia. La asistencia estaba condicionada a la evaluación de recursos. El subsidio de desempleo era todavía inadecuado para quienes tenían familia que mantener. Aquellos que estaban enfermos, pero eran demasiado pobres

como para pagar a un médico, podían acudir a hospitales voluntarios locales, u hospitales de la Ley de Pobres allí donde estos existían; pero la disponibilidad variaba de ciudad en ciudad.

Las deficiencias de este sistema habían desencadenado muchas y valiosas iniciativas voluntarias, incluyendo las clínicas de asistencia establecidas por activistas de entreguerras como Margery Spring Rice. Sin embargo, esta asistencia voluntaria no podía superar el problema de la pobreza, como había mostrado el incremento en la mortalidad materna entre familias desempleadas durante la década de 1930. Ya en 1939 muchos liberales y políticos y pensadores de izquierdas –entre ellos William Beveridge, John Maynard Keynes y Margery Spring Rice– defendían que el Estado necesitaba intervenir más directamente para mejorar la salud, la educación y la seguridad económica. Mas diferían respecto al papel que debía cumplir el Estado. Mientras que Beveridge creía que las organizaciones voluntarias podrían continuar adoptando un papel primario, otros, como Herbert Morrison, consideraban que la planificación central era el camino para avanzar, y que el Estado tendría que hacerse responsable principal del bienestar de sus ciudadanos. Este punto de vista se ganó muchos apoyos durante los primeros dos años de la guerra. La imagen de los evacuados como desagradables, sucios y débiles era una caricatura, pero, como se dispuso a señalar el científico social Richard Titmuss, poseía suficiente verdad como para subrayar las insuficiencias de las prestaciones sociales existentes[64]. Mientras, Bevin ganó su lucha por mejores instalaciones sanitarias y médicas en las Reales Fábricas de Artillería, tras defender con éxito en el Gabinete que una fuerza de trabajo saludable era una fuerza de trabajo productiva. Pero lo que nadie había sugerido todavía, en 1942, era cómo podrían consolidarse estos avances, y ampliarse en tiempos de paz.

En esta situación irrumpió William Beveridge. Destacado liberal, a Beveridge le había encargado Arthur Greenwood –ministro laborista de Sanidad en el gobierno de coalición– revisar todos los planes de seguro social existentes. Era un signo del recién asentado poder de los sindicatos que la acción de Greenwood fuera desencadenada por una petición del TUC de introducir un plan de seguro social completo. El comité de Beveridge publicó su informe *Social Insurance and Allied Services* el 1 de diciembre de 1942.

En las semanas anteriores a su publicación, se filtró el rumor de que el seco título del informe escondía propuestas alentadoras. Beveridge consideró durante bastante tiempo el plan de seguro nacional contributivo como un fundamento del bienestar social. Creía firmemente que el principio contributivo impedía que la gente cayera en la inactividad o se hiciera demasiado dependiente del Estado. También estaba convencido de que cualquier crecimiento en las prestaciones sociales debía garantizarse sólo a cambio del compromiso de la gente con el trabajo, siempre que pudieran y quisieran realizarlo. Pero, hasta la guerra, Beveridge había estado firmemente comprometido con la idea de que el voluntariado era el mejor modo de expandir la prestación de servicios sociales. Los primeros dos años del Blitz, la evacuación y el reclutamiento le llevaron a concebir un papel más central y ambicioso para el Estado del que hasta entonces había creído posible o deseable[65].

Entusiasmadas, miles de personas hicieron cola en medio del frío invernal para recibir una copia del informe (las 635.000 copias iniciales se agotaron rápidamente). «Es extraordinario el interés que está suscitando en la gente», le dijo un hombre de clase media a Mass Observation el 2 de diciembre. «Cuando bajé a la Imprenta Nacional para hacerme con uno, había colas de personas para comprarlo. Y, mientras lo hojeaba en el autobús, el conductor dijo: “¿No tendrás una copia de sobra?”»[66].

El informe de Beveridge se publicó en un momento propicio. En ese año de 1942 Estados Unidos entraba en la guerra, y Hitler tomaba la desastrosa decisión de declarar la guerra a la URSS. El conflicto, finalmente, iba en la dirección que quería Gran Bretaña. Muchos en el Partido Laborista ya estaban pensando en el futuro. En abril Ernest Bevin había dado la bienvenida a Londres al comité de emergencia de la Organización Internacional del Trabajo, con las siguientes palabras: «Esta es una guerra del pueblo: debe llevar a una paz del pueblo»[67]. Menos de un mes después, los delegados en la conferencia del Partido Laborista aprobaban una moción para defender la tregua política que había existido entre el laborismo, los conservadores y los liberales durante el periodo bélico; pero la ganaron por el más estrecho de los márgenes. Esta decisión de ampliar la tregua política significaba que nadie había dado forma en el congreso a las aspiraciones que apuntalaban el discurso de Bevin e inspiraban a los delegados disidentes de la conferencia. El informe de Beveridge les procuró

munición. Los Mass Observers notaron que entre los lectores del informe estaban muchos trabajadores manuales y sus familias, que en su mayoría acogieron con satisfacción las principales conclusiones del informe. El 2 de diciembre lo resumía la portada del *Daily Mirror:* «Beveridge revela cómo desterrar la necesidad: el Plan de la Cuna a la Tumba. Todos pagan, todos se benefician». Era un mensaje simple y directo que se hizo inmensamente popular.

Las propuestas de Beveridge buscaban liberar a todos los británicos de la necesidad, la enfermedad, la ignorancia, la miseria y la inactividad. El Estado tendría que hacerse responsable de garantizar que sus ciudadanos tuvieran los medios básicos para vivir (un «mínimo nacional»), aunque los trabajadores contribuirían a ello a través del pago del seguro. Este elemento del plan era necesario, decía Beveridge, para que los trabajadores experimentaran «el deber y el placer del ahorro». El sostén de este plan, subrayaba, debe ser un gobierno comprometido con el pleno empleo.

El énfasis de Beveridge en la autoayuda y su suposición de que las «donaciones gratuitas» conducirían a la «ociosidad» indicaba que no habían desaparecido las antiguas suspicacias sobre la fibra moral de la clase obrera. Sin embargo, al defender una dotación de bienestar universal que no estuviera condicionada a la evaluación de recursos, Beveridge destruyó la distinción entre «merecedores» y «no merecedores» que había penalizado a tantas personas necesitadas antes de la guerra. Su énfasis en el papel crucial del gobierno central también era nuevo.

Las respuestas políticas al Informe Beveridge dejaron translucir la división entre los miembros conservadores y laboristas del gobierno. Los conservadores se negaron a respaldar la premisa central de Beveridge respecto a la dotación de carácter universal. Churchill argumentó que las promesas infladas de la guerra podrían abocar al descontento de la posguerra, si aquellas no se cumplían en tiempos de paz; y dejó claro que las consideraba lujos inalcanzables. «Las grandes masas de gente afrontan sin arredrarse las dificultades de la vida, pero es probable que se enfaden mucho si sienten que han sido […] engañadas», advertía en una nota confidencial enviada al Gabinete de Guerra en enero de 1943. «Porque no deseo engañar a la gente con falsas esperanzas […] me he abstenido hasta el momento de hacer promesas sobre el futuro»[68]. Pero el lenguaje del realismo económico y el «sentido común», que había sido tan provechoso

para el Partido Conservador de entreguerras, ya no era popular en tiempos de guerra. Home Intelligence informó de que la postura de Churchill provocó «ira» y «desaliento, especialmente entre la gente de clase obrera»[69]. Que su sacrificio en los tiempos bélicos daba derecho al «pueblo» a una recompensa en tiempos de paz era una idea firmemente asentada entre la prensa y muchos sectores de la población; pero no entre los *tories* más veteranos.

Fuera del Parlamento, las propuestas de Beveridge encontraron un apoyo masivo, especialmente en la clase obrera. Los trabajadores fabriles, los dependientes y los empleados de oficinas y servicios fueron particularmente entusiastas. Un trabajador cualificado de veintiocho años resumía en su respuesta a Mass Observation el estado de ánimo reinante: «Estaría bien dejar de preocuparte por el mañana, o por tu avanzada edad, o por lo que les va a ocurrir a los niños»[70]. «Debería aprobarse lo más rápido posible», declaraba otro hombre de clase obrera. «No veo cómo alguien puede oponerse, excepto tal vez las compañías de seguros, pero ellas […] ya se han forrado lo suficiente»[71]. La gente de clase media expresaba mayor cautela. Un ama de casa de clase media, casada con un hombre de negocios, pensaba que «mimamos a los trabajadores […] con sus cantinas y su música. Deberían trabajar más duro». Sin embargo, admitía que su oposición era anticuada y «egoísta […] he sido una de las pocas afortunadas y quiero seguir así»[72]. Esto era muy diferente del abierto sentimiento de superioridad expresado por tantos empleadores de criados apenas veinte años antes. Y Mass Observation desveló que «los opositores al plan estaban en minoría» incluso entre la clase media; en febrero de 1943, por ejemplo, sólo una persona se oponía a las recomendaciones de Beveridge, frente a siete personas que las aprobaban[73].

El laborismo adoptó las recomendaciones de Beveridge, y cosechó los beneficios. Desde 1942, los resultados de las elecciones parciales indicaron un desencanto con los conservadores. Durante la guerra, los principales partidos políticos habían acordado no competir en las elecciones. Pero hubo elecciones parciales en aquellos lugares en los que los diputados en el cargo habían muerto o se habían retirado, y desde 1942 los votantes dejaron claro que estaban ansiosos por un cambio en la línea que sugerían Beveridge, Bevin y el laborismo. La participación fue elevada, y ganaron apoyo los

candidatos que abogaron por un cambio social radical siguiendo líneas ampliamente izquierdistas, entre ellos muchos comunistas.

Lejos de las urnas, estaban apareciendo otros signos de compromiso popular con el cambio social. En los cines, diversos encuestadores de audiencia y los Mass Observers descubrieron que, comprensiblemente, las películas más populares fueron las que ofrecían una evasión completa de la guerra; comedias de *slapstick* o romances históricos. Pero, entre las películas bélicas en oferta, las más populares no eran las que propugnaban la unidad nacional por encima de la división de clases, sino aquellas que reconocían que «el mundo está formado por dos tipos de personas»[74]. Esas eran las palabras de Charlie, el capataz de la película de 1943 *Millions Like Us*, un relato sobre mujeres de diversos orígenes sociales, enviadas a trabajar a una Real Fábrica de Artillería en el campo. En ella se muestran sus muy diferentes perspectivas vitales, como resultado de sus diferentes orígenes de clase; y Jennifer, la más privilegiada de todas, es al principio la más holgazana y menos patriótica. «Ay, estamos juntos ahora que hay una guerra; tenemos que estarlo», le dice Charlie a Jennifer, que se convierte en su novia (la chica de clase obrera aún no había alcanzado un estatus glamuroso; Jennifer era, una vez más, la rompecorazones de la película). «¿Qué pasará cuando acabe? ¿Seguiremos así, o volveremos a como era antes?» No era ninguna coincidencia que el discurso de Charlie se hiciera en una colina con vistas a la tierra verde y agradable de Inglaterra[75]. La desigualdad, sugería, no era parte de la «tradición británica» por la que combatía «el pueblo»[76].

El atractivo del laborismo no se basó simplemente en reclamar solidaridad entre la clase obrera y la clase media; esta solidaridad también se invocaba contra los ricos y poderosos, que ahora eran populares chivos expiatorios. Home Intelligence averiguó que a los partidarios del Informe Beveridge les preocupaba que los «intereses creados», que «quieren regresar a 1939», impidieran que se adoptaran las recomendaciones del informe, a pesar de su popularidad[77]. «La campaña de publicidad del Partido [Laborista] en diciembre de 1942», relata la historiadora Laura Beers, «es notable por su énfasis en los beneficios prácticos del bienestar social y la dirección estatal de la economía, no sólo para las clases trabajadoras, sino también para la nación en su conjunto»[78]. «Los *tories* están preocupados por el futuro de

sus ganancias privadas», declaraba uno de los panfletos electorales del Partido Laborista en 1945. «El laborismo está preocupado por el futuro de la gente»[79].

Este era un sentimiento popular en 1945. Se extendía el temor a que volviera la pobreza de la década pasada. La gente recordaba las promesas rotas que se habían hecho en la última guerra, y las largas colas del paro en 1919. Una trabajadora de municiones dijo a Mass Observation que, aunque le gustaría dejar el trabajo al final de la guerra, «no se sabe cómo acabará esto […] podríamos acabar vendiendo cerillas en las calles»[80]. Otra mujer decía con pesimismo: «Creo que será tan malo como la última vez, o incluso peor»[81].

La guerra en Europa terminó en mayo de 1945. Dos meses después llegaron las elecciones generales. Antes de la guerra, la obtención de beneficios era ampliamente aceptada como la base de cualquier sociedad civilizada. Mas este ya no era el caso. La desacertada advertencia de Churchill de que el compromiso del laborismo con la solidaridad colectiva era comparable a la Gestapo mostró hasta qué punto el líder del partido estaba sorprendentemente lejos del estado general de ánimo[82]. Pero los laboristas no ganaron simplemente por el fracaso conservador. *Let Us Face the Future* –el programa laborista publicado ese año– ofrecía un poderoso mensaje que resonaba entre muchos votantes de clase media, así como en el electorado de clase obrera. Herbert Morrison, el hombre a cargo de la campaña electoral del Partido Laborista, afirmó que la garantía estatal de asistencia social amplia e integral beneficiaría a toda la «gente útil» de Gran Bretaña. «No hay desequilibrio de intereses entre trabajadores manuales y trabajadores intelectuales», declaró, un sentimiento a menudo repetido por el líder del partido, Clement Attlee[83]. Tal era la fe de Morrison en esta visión que dejó su escaño parlamentario de South Hackney –un electorado predominantemente de clase obrera– para disputar el escaño de East Lewisham, más de clase media, en las elecciones de 1945. Su fe se vio confirmada: Morrison se llevaría por mayoría, con 15.000 votos de diferencia, un escaño que el partido antes consideraba imposible de ganar.

En todo el país se repetía la misma imagen: el laborismo cosechaba enormes victorias en distritos electorales anteriormente conservadores. El sentido común de la década de 1930 –que la clase media nunca pagaría por

el sistema de bienestar, y que la empresa privada era el único medio para organizar la sociedad– se demostró falso. El éxito del laborismo dio prueba de la capacidad del partido para unir a empleados, mineros y maestros de escuela como «ciudadanos productivos» –expresión de Morrison– contra los «intereses creados» de los ricos. Sucesivas encuestas de opinión realizadas entre abril y agosto de 1945 indicaron que estas no eran unas elecciones ganadas simplemente contra el conservadurismo; fueron un voto afirmativo a las políticas laboristas. A lo largo de la primavera y el verano de ese año, las encuestas de opinión revelaron que más del 60 por 100 de los encuestados (de un amplio abanico de trasfondos sociales y simpatías políticas) apoyaban la nacionalización de la industria[84].

Pero la victoria del laborismo descansó sobre todo en los votos de la gente de clase obrera. En agosto, más del 50 por 100 de los simpatizantes laboristas que respondieron a una encuesta de Gallup dijeron que habían votado laborista porque el partido era «mejor para la clase obrera». Kitty Murphy estaba entre aquellos votantes primerizos que auparon en el poder al laborismo. Había crecido en el East End de Londres, y había sido testigo de los efectos del desempleo en su padre y sus tíos. En 1940 era una joven casada, que trabajaba en el Arsenal de Woolwich con su madre, su padre y su hermano menor, mientras su marido combatía en el extranjero. En 1945 la licenciaron del servicio de trabajo, y votó mientras esperaba el retorno de su marido. Los eslóganes laboristas de 1945 –«Nunca más» y «Pregúntale a tu papá»– tenían sentido para ella. «No pretendíamos volver a lo de antes», explicaba. «El Partido Laborista nos prometió que harían esto y que harían aquello, y así fue; lo hicieron […] sin embargo, no creo que hubiera pasado de haber vuelto Churchill»[85].

El espíritu del Blitz, la sensación de que «estamos todos juntos en esto», fue ciertamente mitificado, tanto durante como después de la guerra, pero era un mito basado en una realidad de esfuerzo colectivo en pos del avance colectivo. El laborismo prometió que esto continuaría en tiempos de paz, una afirmación que demostró ser especialmente atractiva para mucha gente que había vivido los años de la pobreza de entreguerras, y la incertidumbre en tiempos de guerra. El Partido Laborista de Attlee llegó al gobierno con una holgada mayoría de 146 escaños en la Cámara de los Comunes y el 48 por 100 del voto popular[86].

La victoria del laborismo era un resultado tangible de la guerra del pueblo; un voto por la conservación del pleno empleo y por un mejor bienestar social como recompensa por el agotamiento, esfuerzo y pérdidas que la gente había soportado mientras intentaban ganar la guerra. El conflicto había mostrado cuán valiosos eran los trabajadores corrientes para el funcionamiento económico, militar y político del país, y qué impresionantes resultados podían lograr la planificación, la unidad y un salario digno. La clase obrera creció como fuerza económica y política gracias a la nueva demanda de fuerza de trabajo y a los derechos de negociación por los que lucharon duramente. Gran Bretaña, al final de la guerra, ciertamente no era un país igualitario, pero el cisma social abismal de 1939 se había estrechado ligeramente en favor de los asalariados, gracias al racionamiento y el aumento de salarios. En 1945 millones de votantes mostraron que querían que continuaran ciertos aspectos de la vida en tiempos de guerra: en primer lugar, y principalmente, estaba el pleno empleo; pero después, muy de cerca, estaba un Estado del bienestar que cuidara de las necesidades de la gente. Las aspiraciones de los votantes atestiguaban una transformación en la relación entre el Estado y el pueblo. Los responsables de este cambio fueron los trabajadores del frente doméstico, y las tropas que ahora volvían del extranjero; aquellos a los que Ernie Bevin llamó «nuestra gente», y que ahora se habían convertido en *el pueblo.*

[1] Citado en A. Calder, *The People's War: Britain 1939-45* (Londres, 1969), p. 126.

[2] *File Report* (FR) núm. 159, «Morale Today» (1 de junio de 1940), Mass-Observation Archive (MOA), University of Sussex, p. 6.

[3] MOA: FR 167, «Atmosphere in Dover» (3 de junio de 1940), p. 3.

[4] MOA: FR 124, «Morale Today» (18 de mayo de 1940), p. 1.

[5] T. Harrisson, *Living Through the Blitz* (Harmondsworth, 1978), p. 22.

[6] MOA: FR 159, «Morale Today», p. 10.

[7] *Topic Collection* (TC) 51/2/C, «Attitudes to Jobs – Young Women and Girls», 1940, MOA.

[8] *Emergency Powers (Defence) Bill,* HC Deb., Hansard (22 de mayo de 1940), vol. 361, col. 154-85.

[9] «Leader», *The Times* (1 de julio de 1940).

[10] Middlemas, *Politics in Industrial Society*, p. 276.

[11] A. Bullock, *The Life and Times of Ernest Bevin. Vol. 2, Minister of Labour, 1940-1945* (Londres, 1966), p. 63.

[12] Middlemas, *Politics in Industrial Society*, p. 277.

[13] G. Field, *Blood, Sweat and Toil: Remaking the British Working Class, 1939-1945* (Oxford, 2011), p. 79.

[14] Bullock, *Life and Times of Ernest Bevin*, p. 63.

[15] Middlemas, *Politics in Industrial Society*, p. 275.

[16] Cifras de afiliación tomadas de Lewenhak, «Trade Union Membership among Women and Girls», pp. 32, 45. Datos demográficos tomados de Bain y Price, *Profiles of Union Growth*, p. 37.

[17] Citado en J. Hinton, *Nine Wartime Lives* (Oxford, 2010), pp. 101 y 105.

[18] Citado en M. Allen, «The Domestic Ideal and the Mobilization of Womanpower in World War Two», *Women's Studies International Forum*, vol. 6, n.º 4 (1983), p. 410.

[19] *Ministry of Labour Gazette* (marzo 1942), p. 98; véase también J. Hinton, *Women, Social Leadership, and the Second World War: Continuities of Class* (Oxford, 2002), p. 29, n. 57.

[20] Hinton, *Women, Social Leadership, and the Second World War*, p. 29.

[21] Citado en H. L. Smith, *War and Social Change. British Society in the Second World War* (Mánchester, 1986), p. 44.

[22] Citado en Allen, «The Domestic Ideal», p. 409.

[23] *Ibid.*, p. 411.

[24] R. Titmuss, *Problems of Social Policy* (Londres, 1950), p. 420.

[25] E. C. Bailey, «Strikes and Lockouts. Accounts of Individual Lockouts», 1946, LAB 76/29, TNA, pp. 53-56.

[26] W. Hamilton Whyte, *Report of Enquiry into the Bath Co-operative Society Strike*, 1942, LAB 10/164, TNA.

[27] Carta de «Bath Co-op Employee», *Bath and Wiltshire Chronicle and Herald* (29 de diciembre de 1941), p. 5.

[28] «Bath Co-operative Society Strike», LAB 10/164, TNA, pp. 5-6.

[29] *Ibid.*, p. 4.

[30] *Ibid.*

[31] *Ibid.*, p. 8.

[32] Field, *Blood, Sweat and Toil*, p. 121.

[33] «Bath Co-operative Society Strike», p. 3.

[34] Editorial, *Daily Express* (13 de noviembre de 1939), p. 3.

[35] Titmuss, *Problems of Social Policy*, pp. 522-524, proporciona un resumen de los datos y las fuentes originales, incluyendo informes de médicos.

[36] Citado en J. Gaffin and D. Thoms, *Caring and Sharing: The Centenary History of the Co-operative Women's Guild* (Mánchester, 1993), p. 132.

[37] T. Harrisson, *Living Through the Blitz*, p. 24.

[38] V. Brittain, *Testament of Experience* (Londres, 1980).

[39] Cifras de J. Welshman, *Churchill's Children: The Evacuee Experience in Wartime Britain* (Oxford, 2010), p. 5.

[40] *Ibid.*, p. 32.

[41] Entrevista a John McGuirk de Hilary Young (2006).

[42] Véase T. Harrisson y C. Madge, *War Begins at Home* (Londres, 1940), pp. 299-300.

[43] Citado en H. L. Smith, *Britain in the Second World War: A Social History* (Mánchester, 1996), p. 41.

[44] Mass Observation, *War Begins at Home*, p. 323.

[45] Citado en «Wesker, Arnold», *Current Biography*, vol. 23, n.º 2 (1962), p. 43.

[46] H. Pickles, *Crooked Sixpences Among the Chalk* (Hawes, 1993), pp. 85-86.

[47] W. Utting, «Cooper, Joan Davies», *Oxford Dictionary of National Biography*.

[48] Calder, *The People's War*, p. 189.

[49] Citado en *ibid.*, p. 207.

[50] Harrisson, *Living Through the Blitz*, p. 136.

[51] Véase también MOA: FR 503, «Air Raid on Leicester» (26 de noviembre de 1940), p. 5.

[52] Entrevista a Bert Sheard, TWC 26, Barton Hill History Group interview, Bristol Reference Library.

[53] Harrisson, *Living Through the Blitz*, p. 38.

[54] *Ibid.*, p. 219; «Manchester's Rest Centres», *Manchester Guardian* (2 de enero de 1941), p. 6.

[55] R. Davison, «Britain Abolishes the Household Means Test», *Social Service Review*, vol. 15, n.º 3 (1942), pp. 533-541. Véase también Bullock, *Ernest Bevin*, p. 65.

[56] MOA: FR 497 «Coventry» (noviembre de 1940); FR 502, «Local Morale Reports» (noviembre de 1940), y FR 503, «Leicester».

[57] E. Swankie, in MacDougall, *Voices from the Hunger Marches*, p. 228.

[58] Field, *Blood, Sweat and Toil*, p. 229.

[59] En su etapa de doctor radiofónico (antes de dedicarse plenamente a la política), la prensa describía a Charles Hill como «un rechoncho fumador de pipa, con voz paternal y un toque popular», aunque en realidad no era médico en activo, sino funcionario de la British Medical Association. Aparte de su espacio matinal, realizó numerosos programas especiales, a petición del gobierno, para defender ante una audiencia de 14 millones de radioyentes las virtudes médicas de los alimentos racionados. El tono de su programa, acorde con lo que se comenta aquí, podría parecer hoy especialmente condescendiente; al tranquilizar a la población en un momento de temor generalizado ante la guerra biológica, el doctor Hill describía a los patólogos como «señores que se sientan en un taburete y examinan a otros» (véase L. Dawes, *Fighting Fit: The Wartime Battle for Britain's Health*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2017) *[N. del T.]*.

[60] Citado en Calder, *People's War*, p. 383.

[61] Board of Trade, *Patriotic Patches* (Londres, 1943), p. 1.

[62] «Army Frustration», *Tribune* (31 de julio de 1942), p. 16.

[63] Entrevista a Margaret Amosu, n.º 16704, oral history collection, IWM.

[64] Titmuss, *Problems of Social Policy*.

[65] J. Harris, «Political Ideas and Social Change», en Smith, *War and Social Change*, pp. 247-249.

[66] MOA: FR 1568, «Public Reaction to the Beveridge Report» (enero de 1943), p. 3.

[67] Bullock, *Ernest Bevin*, p. 202.

[68] Citado en K. Jeffreys, *War and Reform: British Politics during the Second World War* (Mánchester, 1994), p. 98.

[69] «The Government and the Beveridge Report», Home Intelligence report, 11 de marzo de 1943, INF 1/292, TNA.

[70] MOA: FR 1568, «Beveridge», p. 4.

[71] MOA: FR 1606, «What are People in Britain Thinking and Talking About?» (febrero de 1943), p. 7.

[72] Citado en Jeffreys, *War and Reform*, p. 95.

[73] MOA: FR 1606, «What are People in Britain Thinking and Talking About?», p. 5.

[74] Field, *Blood, Sweat and Toil*, p. 236.

[75] «England's green and pleasant land» remite, en el original, a los versos de un poema de William Blake que da letra al conocido himno religioso y patriótico británico *[N. del T.]*.

[76] *Millions Like Us*, dir. S. Gilliat (1943).

[77] Citado en Smith, *Britain in the Second World War*, pp. 129-130.

[78] L. Beers, *Your Britain: Media and the Making of the Labour Party* (Cambridge, Mass., 2010), p. 173.

[79] Labour Party, *Labour. Cross Here!, General Secretary's papers, 1945*, Labour Party Archive (LPA), People's History Museum, Mánchester.

[80] MOA: FR 2059, «Will the Factory Girls Want to Stay Put or Go Home?» (marzo de 1944), p. 2.

[81] *Ibid.*, p. 7.

[82] Jeffreys, *War and Reform*, p. 81.

[83] Citado en S. Brooke, *Labour's War: The Labour Party during the Second World War* (Oxford, 1992), p. 309.

[84] Field, *Blood, Sweat and Toil*, p. 372.

[85] Entrevista a Kitty Murphy, n.º 11849, *Oral history collection, Imperial War Museum* (IWM).

[86] N. Tiratsoo, «Labour and the Electorate» en D. Tanner, P. Thane y N. Tiratsoo (eds.), *Labour's First Century* (Cambridge, 2000), p. 283.

Interludio II
Sobre «el Lloyd George»

Viv comenzó el colegio en 1941. La guerra no supuso gran diferencia en su vida; la minería era una ocupación reservada y su padre, en todo caso, estaba demasiado enfermo de epilepsia como para ser llamado a filas. Sus hermanos y hermanas eran todos más jóvenes que ella, así que a su madre no se la asignó al servicio de trabajo de guerra.

Al acabar la guerra en 1945, a Viv y sus cuatro hermanos y hermanas se les habían unido sus dos primos, Michael y Margaret. Su tía había muerto y «mi madre los acogió porque no había nadie más que lo hiciera». Ahora había nueve personas viviendo en cuatro habitaciones, pero la familia no tenía posibilidad de ser realojada; no había casas más grandes cercanas. «Yo, Jess, Maureen y Margaret dormíamos en una cama grande y mi madre en una cama individual, en una habitación», mientras que los chicos y el padre de Viv compartían el segundo dormitorio. Viv disfrutaba escapándose de su abarrotado hogar siempre que podía, pero, con tantos niños pequeños en la casa, como hermana mayor se esperaba que ayudara a su madre. «Tenía que levantarme a las seis de la mañana, hacer la colada y hervir el agua», antes de levantar a sus hermanos y hermanas pequeños y prepararles para el colegio.

Al no trabajar el padre de Viv, y con tantos niños que alimentar, la familia no notó mejoría con los aumentos salariales de comienzos de la década de 1940. Seguían dependiendo de lo que ganara la madre de Viv en el campo para suplementar la ayuda que recibían del Comité de Asistencia Pública local (el órgano que administraba la evaluación de recursos).

Viv hacía novillos en el colegio porque «[el Comité] nos daba la ropa […] y a menudo me preocupaba que hubiera pertenecido antes a alguno de los niños del colegio, que podían darse cuenta y decirme: “¡Oye, mis zapatos!”». Aunque la Ley de Seguro de Desempleo de 1934 significó que las cuantías de los subsidios de desempleo se decidían a nivel nacional, y no local, los comités todavía disfrutaban de una amplia autonomía respecto a

cómo ayudar a aquellos que estaban sin trabajo por enfermedad, o estaban ganando salarios demasiado bajos como para apoyar a sus familias (según designaba la estricta evaluación de recursos). Muchos comités, incluyendo el de Castleford, preferían hacer donaciones «en especie», como ropa, creyendo que esto impediría que las familias gastaran su dinero de manera «equivocada».

En 1948, el año en que el gobierno laborista introdujo las políticas de bienestar «de la cuna a la tumba» recomendadas por el Informe Beveridge, Viv cumplió los doce años. Familias grandes como la suya no siempre vivieron ese año como un año de transformación. Fue el año en que la madre de Viv comenzó a ponerla a «trabajar en el campo, en las puñeteras horas del colegio». Viv protestaba; odiaba el agotador trabajo de recolección de patatas y guisantes. Su madre le decía que no tenían alternativa, porque su padre «sólo tenía “el Lloyd George”, que era como llamábamos nosotros a la Asistencia Nacional». El nombre mostraba hasta qué punto ninguno de ellos sintió que hubiera cambiado algo desde los días anteriores a la guerra; el tan alabado Estado del bienestar, para Viv significaba sólo que ella tenía que «hacer cola para tomar ese aceite de hígado de bacalao cada lunes por la mañana». Lo odiaba y «siempre me saltaba mi turno. Al final acababa la última, y el profesor –el sr. Smith– me veía. Me agarraba del carrillo, me abría la boca a la fuerza». El método se le volvió en contra: «Una vez le vomité encima».

Sin embargo, las nuevas políticas de bienestar marcaron una diferencia para Viv, pues los últimos años cuarenta despertaron en ella una cierta consciencia no sólo de lo que le faltaba, sino de aquello a lo que debía tener derecho. El aceite de hígado de bacalao, y la educación en general, sugerían que ella importaba; y alimentaron su indignación y un deseo por un tipo de vida diferente. En qué podría consistir esa vida quedó señalado en 1949, cuando «mi profesora, la srta. Wilson, sugirió que debía cambiar de colegio». En 1948 la ministra laborista de Educación, Ellen Wilkinson, había supervisado la aprobación de la Ley Educativa de 1944. Esto significaba, según explicaba la maestra de Viv, que la escuela de arte de Castleford ahora era gratuita, y estaba abierta a todos los que pudieran aprobar un examen que demostrara sus capacidades. Ella «me preguntó si mis padres estarían interesados en que fuera». Viv «estaba loca con la idea», pero su padre dijo que no, «no podemos permitírnoslo». Necesitaban

el salario de Viv para mantener a sus cuatro hijos pequeños, por no mencionar la bebida. Incluso después de que la maestra de Viv escribiera otra carta «diciendo que a mi viejo no le costaría un penique […] porque todo lo pondría el gobierno, o algo así», su padre no quiso escuchar: «Te vas», dijo él cuando Viv cumplió quince en 1951, «y te vas para ganar un sueldo».

7. Las nuevas Jerusalén

Entre 1945 y 1951 las vidas de la gente de clase obrera mejoraron notablemente. El laborismo llegó al poder con el compromiso de mantener el pleno empleo y la negociación colectiva, y para introducir los servicios de bienestar de la cuna a la tumba. Hazel Wood había nacido en 1941, y era la más pequeña de tres niños. En 1940 su familia había llegado a Coventry desde Sunderland, esperando encontrar trabajo para el padre desempleado de Hazel. La madre de Hazel había crecido como la más pequeña de una gran familia, a la que había tenido que mantener con el sueldo de dependienta porque su padre, herrero, estaba desempleado. Había dejado atrás esa vida cuando se casó en 1939. Hacia 1945, su marido tenía un trabajo cualificado en una fábrica de coches, y la madre de Hazel se quedaba en casa para cuidar de sus tres niños. «Ella reía mucho», decía Hazel. «Había conocido tiempos más duros y estaba muy feliz de haber sobrevivido»[1].

Su experiencia era compartida por miles de otras personas. La prolongación del racionamiento por parte del laborismo (y no se abolió plenamente hasta 1954), así como la introducción de una seguridad social ampliada, ayudó a asegurar que la brecha de ingresos entre los más ricos y los más pobres, que se había estrechado a comienzos de la década de 1940, permaneciera igual. Los salarios crecieron, y los trabajadores manuales y empleados de menor grado disfrutaron de los mayores aumentos. Más importante aún, el pleno empleo erradicó la causa principal de pobreza anterior a la guerra. El gobierno de posguerra de Clement Attlee estableció el marco político para los siguientes treinta años. Menos del 2 por 100 de la población trabajadora estaba desempleada entre 1948 y comienzos de la década de 1970[2].

Sin embargo, a la vez que ocurría esta mejoría, las políticas del gobierno limitaron el poder de la gente de clase obrera, provocando la frustración popular. Los principales portavoces laboristas no estaban comprometidos con establecer una igualdad económica o política. Promovieron la igualdad de oportunidades, pero a los trabajadores no se les garantizó ningún control

sobre la industria, y en su lugar se esperó de ellos que se sometieran a la autoridad de los gerentes. El bienestar se sufragaba no mediante una redistribución de ingresos, sino mediante el pago del seguro. Esto colocaba una pesada carga sobre maridos y padres, e hizo a las mujeres y niños fuertemente dependientes de ellos. El gobierno laborista mantuvo la vivienda privada, la educación y la sanidad, además de diferencias salariales que recompensaban a los profesionales asalariados y gerentes, más que a los trabajadores manuales. Estas medidas pretendían ayudar a crear una meritocracia, en la que cualquiera pudiera prosperar con trabajo duro y talento. Pero en realidad estas políticas reforzaban las divisiones sociales existentes, animando a los votantes de clase media a verse como un grupo de interés separado de la clase obrera. La retórica de 1945, es decir, el «pueblo» contra los «intereses creados», sonaba cada vez más hueca.

La visión de Hazel Wood sobre los últimos años cuarenta es muy diferente del habitual retrato de sombría austeridad. Doris Lessing resume esa visión deprimente al narrar su llegada a Londres desde Sudáfrica en 1948, con el manuscrito de su autobiografía *Canta la hierba* en su maleta:

> Ni cafeterías ni buenos restaurantes; la ropa era fea y deprimente, con la «austeridad» propia de la guerra. A las diez todo el mundo estaba en casa y las calles quedaban desiertas. Los comedores sociales [los denominados *British Restaurants*], subvencionados durante la guerra, a menudo eran los únicos lugares donde se podía comer […] La única distracción civilizada eran los pubs, pero cerraban a las once […] Todavía duraba la sensación de estar en guerra, no sólo en los lugares bombardeados, sino en las mentes y la conducta de la gente. Cualquier conversación tendía a deslizarse hacia la guerra, como un animal que se lamía la herida. Había una cautela, una fatiga[3].

El recuerdo de Lessing contiene mucha verdad. Pero necesitamos preguntar qué verdad era esta. Para aquellos que estaban habituados a un cómodo estilo de vida, el final de la década de 1940 fue un incómodo periodo de privación. Pero para aquellos que habían crecido en la depresión y habían sobrevivido al Blitz, los años inmediatos de posguerra auguraban el comienzo de una nueva vida. Entre 1945 y 1951 las vidas de la gente de clase obrera mejoraron sensiblemente.

El Estado del bienestar, y especialmente el pleno empleo, hizo más fácil la transición de la guerra a la paz, más de lo que mucha gente había temido. En junio de 1948, a Frank Gogerty, de treinta y dos años, soldado en

servicio militar obligatorio desde 1943, se le dijo finalmente que podía volver a casa con su mujer Rita y sus dos hijos pequeños. Era el día que había soñado durante cinco años; pero cuando llegó se sintió inquieto:

> Salí de la oficina de desmovilización con un traje, un par de zapatos, un sombrero, una corbata y una camisa; pensé: bueno, esta es una nueva vida. Y realmente comencé a pensar, porque durante cinco años había estado en el ejército, donde todo te lo daban hecho. Con el ejército no tenías responsabilidades, y cuando volví en ese tren estaba pensando: «Caramba, tengo una casa en Coventry, tengo una esposa, tengo dos hijos. Tengo que cuidar de ellos».

Frank tenía «algunas dudas» sobre si realmente podría hacerlo. Afortunadamente, se adaptó rápidamente a la vida en casa: «Creo que la duda se desvaneció tan pronto como vi a Rita», dijo. También ayudaba el hecho de que Ernest Bevin se había ocupado de que los trabajos de antes de la guerra, como el de Frank, metalúrgico cualificado, estuvieran disponibles para él. «Si vuelvo», se dijo, «tienen que emplearme durante un año, así que tengo un año para rehabilitarme».

La seguridad económica no pudo curar el trauma que afrontaban los soldados que regresaban, y particularmente los prisioneros de guerra, pero ayudó. Las políticas laborales tenían como objetivo brindar a la gente un nivel de vida digno, pero también una plena ciudadanía política y económica. «El pleno empleo», declaró el diputado laborista Charles Pannell en 1948, «significa un salario estable al final de la semana […] Pero puede significar algo más […] Significa que la mayor parte de las dignas clases trabajadoras […] pueden alzarse y mirar al frente con toda su hombría y ser hombres que se mantienen de pie, en lugar de seres débiles arrodillados»[4].

Esta forma de ciudadanía se amplió por igual a los veteranos discapacitados y a los capacitados: a hombres como Robert Rigby, de veinticinco años, que en 1945 se casó con Nellie, una enfermera que conoció mientras se recuperaba de terribles heridas sufridas como soldado. Cuando Robert fue desmovilizado, la pareja se mudó a su ciudad natal, Liverpool. Hacia 1948, los Rigby se instalaron en una nueva vivienda pública en Belle Vale, un barrio de casas prefabricadas construidas a toda prisa en las afueras del sur de Liverpool. Las secuelas de Robert le provocaban un constante dolor y una cojera permanente. Sin embargo, los Rigby se sintieron tranquilizados tanto por la vivienda pública como por la

conciencia de que, en palabras de Nellie, «había un plan con el que se proporcionaría trabajo a los veteranos discapacitados»[5]. El gobierno laborista lo había garantizado. A Robert, en realidad, no se le encontró un trabajo hasta 1952 –en una fábrica local–, pero su pensión de guerra, su nuevo hogar, y el hecho de que Nellie podía encontrar trabajo cerca los ayudó a sobrevivir. El pleno empleo, como había dicho Charles Pannell, no consistía simplemente en dar trabajo a la gente, sino también en garantizarles algo de control sobre sus vidas.

Para muchas personas, el final de la guerra no parecía un regreso a la normalidad en tiempos de paz, sino el comienzo de una vida mejor. Muchos trabajadores tenían en sus bolsillos algo de dinero extra para gastar. A los obreros manuales cualificados se les continuó pagando mejor que a sus compañeros de trabajo no cualificados, y la brecha entre los profesionales asalariados y los trabajadores manuales continuó siendo significativa, pero estas diferencias se redujeron a medida que los trabajadores manuales disfrutaron de mayores y más regulares aumentos salariales que los profesionales[6]. A finales de la década de 1940, la mayoría gastaba alrededor de un tercio de sus ingresos en productos racionados; todo un cambio desde la década de 1930, cuando muchas familias tenían que gastar al menos dos tercios de sus ingresos en comida y ropa. «El racionamiento fue un gran nivelador», dijo Norman Lewis, que era un adolescente a finales de la década de 1940 y vivía con su madre viuda en Lancaster. Aunque sus circunstancias fueron difíciles, «todos estábamos un poco mejor, por el poder adquisitivo»[7]. En 1949, Mass Observation entrevistó a 2.040 personas en Inglaterra sobre sus patrones de ingresos y gastos. Los investigadores descubrieron una satisfacción generalizada, especialmente entre los trabajadores manuales y sus familias: «Un tercio dice que no tienen deseos particulares más allá de los que pueden pagarse»[8]. Esto señalaba una mejora ostensible desde los hambrientos años treinta.

La gente gastaba más en ocio que nunca. «Los seis o siete años de austeridad y estrecheces, y a menudo contención y sacrificio», explicaba el investigador social Ferdynand Zweig en 1949, «han producido una recaída y una reversión de la tendencia, que ahora es hambre de placer»[9]. Lejos de abandonar las actividades comunitarias que realizaban durante la guerra y retirarse a sus hogares, muchas personas aprovecharon el final de las restricciones para salir y socializarse. Los asalariados y sus familias

acudieron en masa a los *British Restaurants:* los comedores estatales que se habían abierto durante la guerra para ofrecer comidas asequibles, y que sobrevivieron durante más de una década. Casi la mitad de todos los trabajadores de fábricas y tiendas iban al cine al menos una vez por semana[10]. Carol Blackburn creció en Swinton, cerca de Salford. Sus padres fueron ambos peones, que habían sobrevivido gracias al subsidio de desempleo en los años previos a la guerra. Su nueva seguridad económica significó que, por primera vez, la familia podía frecuentar habitualmente lo<s cines y cafés de Swinton. «Solíamos ir a las películas los viernes por la noche», recordaba Carol. «Mi padre solía llevarnos. Era algo familiar. Ibamos a ver la película y después al *Chip Shop*»[11]. Los pubs también experimentaron un auge, así como los puestos de *fish and chips:* el consumo de cerveza aumentó de 2 millones de barriles en 1938 a 3 millones en 1945[12].

El racionamiento continuaba; y siguió siendo popular. En 1935 el trabajador fabril promedio había consumido sólo el 87 por 100 de la ingesta calórica del 20 por 100 superior de asalariados (principalmente profesionales asalariados). Hacia 1947 esa brecha había desaparecido[13]. Las trabajadoras se quejaban de tener que emplear su valioso tiempo en hacer la cola para la compra, y la mayor parte de la gente no se negaba a aceptar un poco de mantequilla o azúcar «bajo cuerda» de un tendero de confianza[14]. Aquellos que sorteaban la ley a menudo eran considerados por sus parientes o amigos como personajes al estilo de Robin Hood, intentando redistribuir bienes que los especuladores o el ejército intentaban acaparar. Cuando los tíos de Brian Thresh volvieron a Mánchester desde el frente, llevando «sábanas, ropa, viejas linternas», fueron bienvenidos como héroes. Desafortunadamente, la policía no andaba lejos: «Las confiscaron, al final, porque eran propiedad robada», pero habían sido tomadas del ejército, lo cual se consideraba juego limpio; eran «todas cosas que ya no usaba el ejército, y que la gente realmente necesitaba en los días posteriores a la guerra»[15]. La sensación era que la gente merecía coger lo que necesitara; pero nada más[16].

La mayor parte de la gente estaba preparada para aceptar que el gobierno era *su* gobierno, y estaba comprometido con sus intereses. En 1947 una fuerte nevada impidió que el carbón fuera transportado a las estaciones eléctricas. El gobierno impuso cortes eléctricos e instó a la población a

ahorrar combustible. Algunos trabajadores apenas notaron la diferencia. Entre ellos, un trabajador de ferrocarril de Essex y su colega, que dijeron a Mass Observation que «estaban dispuestos a trabajar limpiando los vagones de carbón durante el fin de semana, pero consideraron que no hacíamos falta». Sus familias, como muchos hogares de clase obrera, no sufrieron más durante la crisis porque la cantidad de combustible que utilizaban cada día era muy exigua. «Hemos estado suficientemente calientes dentro de casa, porque tenemos mucha leña», decía el trabajador del ferrocarril[17].

Los laboristas provocaron más indignación al retirar los controles sobre alimentos y combustibles que al ampliarlos. En 1948 el gobierno, falto de liquidez, aceptó la ayuda del Plan Marshall para poder pagar las deudas de guerra con el gobierno de Estados Unidos. Los términos del Plan Marshall, que se diseñó para promover el capitalismo y obstaculizar las ambiciones expansionistas de la Unión Soviética, comprometieron al gobierno con la defensa de un mercado libre, lo que implicaba una desaparición gradual del racionamiento. Hacia 1951, la mayor parte de la gente gastaba menos del 10 por 100 de sus ingresos en bienes racionados, de modo que los aumentos de precios golpearon duramente a los consumidores corrientes. Los periódicos estaban llenos de relatos sobre la preocupación de las mujeres de clase obrera sobre cuánto y cuán rápido aumentaban los precios después de que los bienes dejaran de estar racionados. En febrero de 1951, por ejemplo, Elaine Burton, diputada laborista por Coventry South, exigió que los comerciantes locales «paren la escalada de las verduras tras los fines de semana». Y declaró al *Daily Mirror* que «las amas de casa en Coventry han dado ejemplos de cómo han aumentado los precios los viernes y sábados, comparados con los mismos de lunes a jueves […] El repollo sube uno o dos peniques […] las naranjas hasta un penique y medio cada una»[18]. Muchas de estas mujeres exigían más control del gobierno sobre los precios, no menos. Tenían excelentes razones para preocuparse. Después de 1951, la diferencia en el consumo calórico entre los más pobres y los más ricos comenzó a crecer de nuevo (aunque seguía siendo mucho menos significativa en los treinta años que siguieron a la guerra de lo que había sido en la década de 1930)[19].

1948 fue un año crucial. Por un lado, el gobierno aceptó el cáliz envenenado de la ayuda Marshall. Por el otro, el laborismo abolió la Ley de Pobres e instituyó un nuevo sistema de seguridad social, sanidad gratuita y

educación secundaria gratuita. Las encuestas de opinión mostraban un apoyo abrumador a estas reformas. «Lo que más gusta del nuevo plan es que es más barato para cada individuo», informaba Mass Observation en 1949. «A esta justificación le sigue la que señala cómo fomenta la igualdad»[20]. La sanidad gratuita era especialmente valorada. Años después, al preguntarle sobre lo que más había mejorado su vida, Beryl Gottfried, nacida en 1929, comentaba: «Ya no tienes que pagar por el médico». Su padre, un guardavías de Oxfordshire, «se dedicaba a menudo a sacarle los dientes a la gente, porque no se podían permitir ir al dentista»[21]. Moira Gordon, una antigua sirvienta doméstica, estaba especialmente bien posicionada para presenciar el cambio, habiendo tenido dos hijos antes de 1948 y uno justo después de que se introdujera el National Health Service. Estaba casada con un trabajador agrícola en un pueblo cerca de Stirling: «Tienes que pagar a un doctor y a una comadrona, y entonces, cuando los chicos eran un poquitín más mayores, podías pagar una inyección y en realidad era obligatoria y tenías que pagar por eso, ¿sabes? Pero todo eso acabó en 1948. Así que tuve dos antes de eso, 1940 y 1947, pero hacia 1948 todo estaba incluido en el National Health, así que [cuando tuve a mis hijos más pequeños] era mucho mejor»[22]. La mortalidad infantil cayó rápidamente entre 1941, cuando se registraban 50 muertes por cada 1.000 nacimientos, y 1955, cuando se registraron 27 por cada 1.000[23].

De modo crucial, esta dotación de servicios sociales era parte de lo que el laborismo denominó un «contrato social» con el pueblo. El gobierno garantizaría el bienestar de los trabajadores a cambio de su trabajo. Para asegurar que se satisfacían las necesidades de los obreros tanto en el trabajo como en el hogar, a los sindicatos se les garantizó un lugar en la mesa nacional de negociación. «El ciudadano individual seguirá pensando que la sociedad está por encima de él», declaró Aneurin Bevan, ministro laborista de Sanidad y Vivienda, «hasta que no tenga los mismos derechos en su puesto de trabajo que ante la urna de votación»[24]. Todo el mundo tenía el derecho individual a votar, así como a vender su trabajo a quien quisiera. Pero los trabajadores también demandaban una libertad colectiva, para organizarse y negociar con sus empleadores.

Sin embargo, esta independencia colectiva fue severamente limitada. No había señales de que a los obreros se les fuera a otorgar control alguno

sobre la industria. Detrás de esto estaba el compromiso del laborismo con la meritocracia. El gobierno acordó con William Beveridge que las reformas de bienestar debían pagarse a través del seguro social, y no a través de un sistema impositivo redistributivo. Muchos políticos laboristas creían que el seguro social y mayores niveles salariales para profesionales y gerentes eran importantes en una sociedad decidida a recompensar el trabajo duro y el talento. En 1946 el laborista William Jowitt, Lord Chancellor, explicaba su visión ante la Cámara de los Lores. Jowitt, de sesenta y un años de edad, había formado parte del gobierno de coalición durante la guerra, y posteriormente fue ministro de Seguro Nacional, un cargo desde el cual aplicó varias de las propuestas de Beveridge. Entre ellas estaba la introducción de las prestaciones familiares.

En agosto de 1946 Jowitt anunció que el Estado pagaría cinco chelines por semana a la madre por cada uno de sus hijos, excepto el primero; una gran ayuda para muchas familias, incluyendo a aquellas mantenidas por mujeres. Estas prestaciones eran esenciales, declaró, porque «la remuneración que obtiene el trabajador debe depender de los servicios que presta. No puede depender del tamaño de su familia». Las prestaciones familiares asegurarían, así, «que niños de todas las franjas de la comunidad puedan tener esas mismas oportunidades que todos deseamos»[25]. En la meritocracia laborista, el gobierno empleó tiempo y esfuerzo en ofrecer a los niños las mismas oportunidades al nacer, pero se promovieron las diferencias salariales como incentivo para trabajar duro y obtener por ello una recompensa.

La naturaleza «de arriba abajo» de estas reformas explica una creciente desilusión con el gobierno. La huelga siguió siendo ilegal bajo el gobierno de Attlee, pero, a pesar de la posibilidad de encarcelamiento, cientos de trabajadores sí la hicieron, defendiendo aumentos salariales y mejores condiciones de trabajo. Al hacer huelga, afirmaban su derecho a tener más voz sobre su vida laboral de lo que les permitían las reformas laboristas. Los trabajadores vieron que a sus responsables sindicales se les garantizaba un asiento en la mesa de negociación, donde frecuentemente se convirtieron en portavoces de la dirección, especialmente en las industrias nacionalizadas que supuestamente eran dirigidas en interés «del país». Mineros y obreros metalúrgicos que habían festejado la nacionalización se encontraron, estupefactos, con que la rígida jerarquía gerencial de los días

anteriores a la guerra seguía en vigor; a menudo con las mismas personas al frente. La mayor preocupación para el gobierno fue la avalancha de huelgas en los puertos británicos entre 1947 y 1950. Antes de la guerra, los trabajadores del puerto eran empleados ocasionales; la mayor parte eran contratados por día o por semana, y por diferentes empleadores. En tiempos de alto desempleo, esto garantizaba a los empleadores un enorme poder, y privaba a los trabajadores de cualquier seguridad. Ernest Bevin cumplió su promesa de regularizar el trabajo portuario, estableciendo el Consejo de Trabajo Portuario en 1947. Pero muchos trabajadores de puertos se vieron contrariados ante la pérdida de sus derechos de negociación locales, arduamente logrados, y por el renovado derecho de sus empleadores a contratar por día (algo que sólo se abolió en la década de 1960)[26]. Entre 1947 y 1950 estallaron en los puertos de Londres cuatro huelgas principales, no oficiales, y se produjeron disputas menores en las provincias. Pocos de los huelguistas estaban en un sindicato, algo que Mass Observation explicaba aludiendo a «un sentimiento de impotencia y aislamiento» entre unos trabajadores que se sentían desencantados con sus líderes sindicales y con el gobierno[27].

La gente de clase obrera que se hallaba fuera de la jurisdicción de los sindicatos estaba más insatisfecha. Cientos de miles de personas continuaron viviendo en la pobreza. En 1948, 495.000 pensionistas y 143.000 más por debajo de la edad de jubilación recibieron el Suplemento Nacional de Asistencia, que proporcionaba un ingreso básico para aquellos que no tenían otros medios para llegar a fin de mes. La Asistencia Nacional dependía de una evaluación de recursos. El laborismo no introdujo una pensión mínima de subsistencia, como recomendó Beveridge[28]. Muchos ancianos continuaron sufriendo la indignidad de ver cómo se evaluaban sus ingresos, en sus propias casas.

También sufrían las mujeres que criaban solas a sus familias; incluidas muchas viudas de guerra. Tal como ocurrió con las prestaciones familiares, la introducción de la Asistencia Nacional en 1948 cayó como una bendición para las madres solteras. Si tenían niños en edad escolar, ya no se les pedía que se registraran para trabajar si querían pedir el subsidio. Pero el subsidio estaba sometido a la evaluación de recursos, y podía cortarse si se sospechaba que vivían con un hombre[29].

Para las viudas y las mujeres que se habían separado de su marido llegar a fin de mes suponía un gran sufrimiento. A finales de la década de 1940, Norman Lewis vivía en el barrio Marsh de Lancaster con su hermana pequeña, en edad escolar, y su madre. Norman tenía diecinueve años, y su padre, que trabajaba de barquero, había muerto en 1943: «Se cayó al canal y se ahogó. Qué muerte más romántica. La compañía no nos pagó nada». Unos pocos años después la madre de Norman cayó enferma «y el doctor seguía llamando a casa […] Le agarré un día y le pregunté qué demonios pasaba con mamá. Dijo con toda rotundidad: "Se está matando de hambre para alimentaros"». Norman abandonó su formación de carpintero: «Tenía que ganar más dinero […] sin decirle nada a mamá, cogí un trabajo de peón, así que mi salario engordó»[30]. Las mujeres con niños pequeños a menudo eran muy pobres. En 1948 la sra. Annie Pye, de Birkdale, en Merseyside, fue multada con 10 libras por vender sus cartillas de racionamiento. «Viviendo separada de su marido y con cuatro niños que mantener con menos de 2 libras por semana», informaba el *Liverpool Echo*, era «incapaz de enviar a dos de los niños al colegio, porque no tenían botas»[31]. El Estado del bienestar no erradicó la pobreza.

Los ministros laboristas asumieron demasiado fácilmente que el pleno empleo barrería todas las penurias. El gobierno no logró seguir la recomendación de Beveridge, esto es, que era necesario implementar otras formas de apoyo para aquellos grupos –como las madres solteras– que no podían encajar fácilmente en un plan de seguro social, y que no siempre eran capaces de trabajar fuera del hogar[32]. En vez de eso, al acercarse el final de la década de 1940, el laborismo priorizó el pago de los préstamos americanos y, al intensificarse la Guerra Fría, también el incremento del gasto en defensa. El izquierdista Aneurin Bevan sugirió en vano que la creación de un gran Estado del bienestar, con un NHS que fuera «la envidia del mundo», podría ser una vía más civilizada (y factible) hacia el prestigio internacional que la diplomacia agresiva[33].

En el ámbito doméstico, el gobierno estaba concentrado en reanimar la economía incrementando la demanda doméstica de bienes de consumo. Esto significaba impulsar la manufactura, que a su vez necesitaba que trabajadores no cualificados y semicualificados ocuparan las líneas de montaje. En 1945 miles de mujeres casadas habían abandonado las fábricas de guerra. La mayor parte lo hicieron voluntaria y agradecidamente. «[E]n

los servicios, y abrumadoramente también en las fábricas, matrimonio y vida doméstica sigue siendo una casi universal esperanza de posguerra», señalaba en 1944 un estudio de Mass Observation sobre las mujeres trabajadoras[34]. Dos años después del final de la guerra, sin embargo, el gobierno estaba animando a las mujeres casadas a que volvieran a las fábricas, para compensar la escasez de mano de obra. El 1 de junio de 1947 George Isaacs, ministro de Trabajo, proclamó desde la radio el llamamiento «De vuelta al trabajo». Explicó que el país necesitaba urgentemente producir más exportaciones para incrementar los ingresos nacionales, y que «sencillamente, no hay suficiente gente para hacerlo»[35].

Pero el gobierno se mostró reticente a reconocer las necesidades de las mujeres trabajadoras. Se clausuraron las guarderías surgidas durante la guerra, de modo que en 1951 el servicio público de guarderías estaba disponible sólo para el 3 por 100 de los niños –la misma proporción que se había beneficiado de él en 1936–[36]. Isaacs sugirió hipócritamente que «la gente prefiere arreglárselas [para cuidar de sus hijos] a su manera; acordándolo con sus vecinos o algún otro familiar»[37]. Pero esto no era posible en todas partes, como descubrió Nellie Rigby cuando fue a buscar trabajo a finales de la década de 1940. Pocos residentes en su barrio de las afueras tenían familiares viviendo cerca, así que «las mujeres trabajadoras estaban desesperadas por lograr ayuda». Robert Rigby pudo cuidar de su hija pequeña antes de volver al trabajo en 1952, pero entonces la propia Nellie empezó a cuidar a niños, «porque la gente realmente necesitaba esto y donde estábamos no había guarderías».

El gobierno se negó a abordar las necesidades de las trabajadoras, tanto a causa de los gastos potenciales como por su creencia miope en que la mayor parte de trabajadoras finalmente serían reemplazadas por hombres. Isaacs subrayó que el retorno de las mujeres a las fábricas era «algo temporal; ya nos pondremos al día»[38]. Sin embargo, una amplia encuesta económica encargada por el gobierno sugería que el trabajo de las mujeres sería esencial durante muchos años. La recuperación económica británica dependía de la producción en masa y el consumo doméstico de automóviles, electrodomésticos, productos eléctricos y ropa. Como señalaba la encuesta, los empleadores en estas industrias preferían emplear a trabajadores baratos, no cualificados y semicualificados –principalmente menores y mujeres, en lugar de hombres adultos, más caros–[39]. Pero el

gabinete Attlee se aferró a la idea, ampliamente consagrada en las campañas del movimiento obrero, de que la familia ideal era aquella que podía mantenerse con un solo asalariado, varón. El salario de las mujeres y sus condiciones laborales fueron tratados como asuntos de importancia secundaria. En 1946 el gobierno alegó la presión financiera como una razón para ignorar las recomendaciones de una Real Comisión de Igualdad Salarial, que abogaba por la equiparación de salarios para hombres y mujeres en la enseñanza y los escalafones más altos del funcionariado. En 1948 las obreras fabriles ganaron, de promedio, 74 chelines y 6 peniques por semana –aproximadamente la mitad del salario medio masculino[40].

La mayor decepción para los votantes laboristas fue, sin embargo, la vivienda –o la falta de ella–. En 1945, 100.000 familias vivían en casas que antes del estallido de la guerra habían sido declaradas oficialmente como no aptas. Otras 200.000 personas vivían en casas que habrían sido declaradas inhabitables si la guerra no hubiera estallado. Otros dos millones y medio de viviendas ocupadas eran inseguras como resultado de los bombardeos. Muchísima más gente vivía en condiciones de hacinamiento junto a parientes o amigos. Alrededor del 10 por 100 de la población vivía en edificios de mala calidad[41]. El ministro de Sanidad y Vivienda, Aneurin Bevan –o Nye, como era conocido en la prensa–, prometió construir 240.000 casas nuevas cada año. Su Ley de Vivienda de 1948 estipulaba un estándar mínimo generoso para las viviendas públicas: tenían que estar sólidamente construidas, bien aisladas, bien ventiladas, ser luminosas y estar equipadas con ese lujo que constituía el baño interior.

Bevan estaba decidido a hacer que la vivienda pública resultara disponible para todos los que la necesitaran. La Ley de Vivienda de 1936 había cargado sobre las autoridades locales la responsabilidad de dar alojamiento a «las clases trabajadoras»; la Ley de 1948 de Nye Bevan proclamó audazmente que las autoridades locales albergarían a todos los necesitados. Bevan reconoció que los desperfectos bélicos habían afectado a muchas personas; pero su Ley también estaba moldeada por la convicción –provocada por los masificados barrios marginales de la Gran Bretaña anterior a la guerra– de que las autoridades locales proporcionarían viviendas de mayor calidad y mejor planificadas que las de los constructores o propietarios privados.

La mayoría de las casas nuevas estarían ubicadas en las afueras de pueblos y ciudades, o en las dieciocho nuevas ciudades *(new towns)* que los laboristas planeaban construir. El suelo era más barato fuera de los centros de las ciudades, pero Bevan tenía otra razón para construir comunidades desde cero: quería asegurar la diversidad social. «Debería[mos] intentar introducir […] lo que siempre fue la característica más encantadora de las ciudades inglesas y galesas», declaró en 1949, «donde el doctor, el tendero, el carnicero y el jornalero vivían todos en la misma calle»[42]. El propio Bevan había crecido en un pueblo minero, en los valles del sur de Gales; quería alentar la solidaridad colectiva que había conocido allí, y erradicar las viviendas míseras que habían soportado su familia y vecinos. Los distritos en nuevas ciudades como Crawley se construían alrededor de su propia «zona verde», llena de tiendas y servicios[43]. Bevan estaba decidido a erradicar la distinción entre propietarios de viviendas e inquilinos sociales, así como las divisiones geográficas que habían existido entre los barrios de vivienda pública y las afueras, más salubres.

Los afortunados celebraron sus nuevos hogares. «Es como el paraíso»: así describía su piso la esposa de un marinero desmovilizado al *Manchester Evening News*, que orgullosamente informaba de que estos «primeros apartamentos de posguerra» de la ciudad «podrían perfectamente haber sido trasplantados del West End londinense»[44]. En 1948 la familia de Bill Rainford se mudó de la pequeña casa en ruinas que compartía con sus familiares en el distrito de Everton, en Liverpool, a una vivienda pública recién construida en Belle Vale. El propio Bill era sólo un bebé en ese momento, pero creció sabiendo hasta qué punto sus padres valoraban el cambio de casa, y lo orgullosos que estaban de su nuevo hogar. Los nuevos vecinos de los Rainford compartían su convicción de que este cambio de vivienda significaba más que una nueva casa: significaba dejar la pobreza y la destrucción como algo del pasado. «Estaban dejando la guerra atrás», explicaba Bill, «y tratando simplemente de reconstruir sus vidas»[45].

Pero familias como los Rainford eran de las pocas afortunadas. El ministerio de Bevan incumplió sistemáticamente su objetivo anual de 240.000 nuevas viviendas, aunque para 1950 se había construido la impresionante cifra de 900.000 casas nuevas. Una encuesta estimó que, de continuar al mismo ritmo, sólo en Birmingham cientos de solicitantes de

vivienda pública tendrían que esperar más de veinte años[46]. En 1951 la vivienda era la mayor queja de los votantes.

Por significativas que fueran estas dificultades, el final de la década de 1940 transformó la vida de muchas personas. El miedo y la incertidumbre de la guerra habían terminado, pero el país no volvió simplemente a la normalidad anterior a la guerra. Los seis años que siguieron a la victoria electoral laborista de 1945 fueron testigos del rápido desarrollo del Estado del bienestar más integral que había visto Gran Bretaña. Este dio a todos acceso gratuito a la atención médica y a la educación secundaria, y ofreció una red de seguridad importante para aquellos que no podían beneficiarse del pleno empleo. La seguridad económica permitió a las personas hacer planes de futuro mientras disfrutaban la vida en el presente. La gente podía permitirse la esperanza; incluso podían darse el lujo de salir y divertirse. Valoraban lo que experimentaban como auténticas mejoras.

Al mismo tiempo, muchas personas –ya fueran «trabajadores manuales» o «trabajadores intelectuales»– mantuvieron su apoyo a la nueva sociedad igualitaria y compasiva que el laborismo parecía ofrecer. Philip Gilbert nació en 1920 en Stepney, Londres, en una familia judía de clase obrera. Hacia 1950, con treinta años de edad, Philip trabajaba en una fábrica de Hackney. Examinando su vida pasada en 1990, viviendo ya en una zona próspera de Oxford donde regentaba una librería, señalaba la década de 1940 como el único momento por el que sentía nostalgia. «Creo que cuando hubo más cuidados y compasión en nuestro país fue durante los años de la guerra, y justo después»[47].

Alan Watkins pensaba que este sentimiento perduró «unos diez años después de la guerra». Fue colegial en Coventry durante la década de 1940, y creció en una casa destartalada en un estrecho patio medieval, cerca del centro de la ciudad bombardeada. Después de la guerra, dijo, la gente toleraba a los pobres: «Creo que era algo como “están, pero por la Gracia de Dios”. Porque, ya sabes, mucha gente no tuvo suerte. Una bomba podía caer tanto en la casa de un hombre de negocios como en la de un obrero»[48]. Alan no tenía problemas en describir a su familia como «algo tosca», sin juicio de valor alguno; en la Gran Bretaña de la posguerra la gente entendía que las familias se encontraban en circunstancias que no habían elegido: en el caso de los Watkins, esto significaba subsistir con el

salario no cualificado de su padre, en una ciudad bombardeada y con una escasez grave de vivienda. Norman Lewis estaba de acuerdo. Si algunas familias de su barrio no mantenían su casa tan ordenada como otros, esta no era razón para criticarlas, sino que se debía a circunstancias fuera de su control, como «las mujeres cuyos maridos fueron asesinados», incluyendo a su propia madre. Norman evitaba conscientemente la idea de que algunas familias eran más «merecedoras» o «respetables» que otras. «Mis valores entonces no consistían en si éramos mejores o peores que otros. Nos gustaba pensar que todos éramos iguales»[49].

Un resultado fue que el laborismo ganó las elecciones generales de 1950, aunque con una mayoría reducida. Tras estas elecciones, el análisis interno de los conservadores daba una explicación: los activistas locales, las cifras de votación y las encuestas de opinión revelaban que los laboristas seguían recolectando muchos votos en distritos electorales de clase trabajadora, aunque el partido había perdido terreno en algunas zonas de clase media. Los conservadores concluían que los atractivos del laborismo eran, en orden de importancia, «el pleno empleo, el Servicio Nacional de Salud y los servicios sociales, el reparto justo, mayores salarios [y] el "desgobierno *tory*"»: los votantes recordaban vívidamente los hambrientos años treinta. Mientras que algunos votantes de clase media se sentían muy atraídos por el compromiso de los conservadores de recortar los impuestos sobre las rentas, los votantes de clase obrera, en especial, sentían un rechazo por la «imprecisión de las políticas [conservadoras] respecto al pleno empleo», por los «recortes en los subsidios de alimentos» –incluyendo la promesa de poner fin al racionamiento–, y también por «Churchill, visto como un belicista»[50].

Sin embargo, sólo un año después, el 26 de octubre de 1951, el Partido Laborista perdió las elecciones generales. El Partido Conservador de Churchill regresó al poder. Su victoria no fue una sorpresa: las encuestas de opinión predecían desde hacía tiempo una cómoda mayoría para los conservadores, y la prensa especulaba con que esto se debiera a la fatiga de los votantes con la austeridad. El rearme fue drenando la economía, en un país que todavía dependía de la importación del 60 por 100 de sus alimentos a precios altos. En un artículo en *The Guardian*, cinco semanas antes de las elecciones, el periodista Alastair Cooke profetizaba que se produciría una victoria conservadora a causa de los temores de los votantes a un «invierno

de descontento» caracterizado por la escasez de combustible, la continuación del racionamiento y la inflación[51]. De hecho, las encuestas mostraron que la escasez de viviendas era la razón más importante por la cual algunos votantes de la clase obrera habían cambiado su voto por los conservadores; los *tories* prometieron construir muchas más casas en un tiempo mucho más corto del que Bevan manejaba. Muchos votantes consideraron el racionamiento y los controles de precios como un precio razonable a cambio del pleno empleo y el bienestar, y Winston Churchill volvió a Downing Street con una mayoría de apenas diecisiete escaños, lo que la BBC consideraba una «decepción» para su partido[52].

Pero la victoria de los conservadores no fue el resultado de la generalizada desilusión popular con la austeridad. Aunque les ayudara la frustración por las incumplidas promesas del laborismo respecto a la vivienda, los conservadores perdieron el voto popular en 1951, con más votantes del laborismo que nunca, incluido 1945. Churchill volvió a Downing Street montado sobre una nueva ola de antipatía de la clase media hacia el laborismo. La escasa mayoría de los conservadores provenía principalmente de votantes en circunscripciones acomodadas, y de una gran participación de la clase media en áreas de mayor mezcla social[53]. Estos votantes de clase media, la mayor parte de los cuales estaban empleados en puestos de responsabilidad en el sector privado, se veían como los perdedores del régimen laborista. Comparada con la situación de la clase obrera, la clase media era más susceptible de haber vivido el final de la década de 1940 como un periodo de privación. «La escasez puede ser más irritante y las carencias son menos fácilmente aceptables», concluía Mass Observation, «si tanto la variedad como la abundancia habitualmente se han logrado dentro de un presupuesto equilibrado»[54]. Durante la crisis de combustible de 1947, Mass Observation se encontró con que una minoría de individuos de clase media se dedicaba deliberadamente al «desperdicio de combustible (en parte político, en parte por venganza)». Un Mass Observer informaba sobre una mujer anciana del suroeste de Londres, que «insiste en usar la luz del pasillo todas las noches porque odia al sr. Shinwell [el mismo Emanuel Shinwell que había sido condenado después de las revueltas de Glasgow en 1919, ahora ministro laborista], y haría cualquier cosa para sacarlo a él y al gobierno del poder»[55]. «Si a los trabajadores las décadas de entreguerras les evocaban imágenes de pobreza y colas del paro», escribe el historiador

Geoffrey Field, «para las clases medias se convirtieron en una Arcadia perdida de bajos impuestos y criados baratos»[56].

No todos los votantes de clase media se enamoraron del laborismo. El gobierno continuó siendo muy popular entre los trabajadores del sector público, incluidos maestros, funcionarios públicos, técnicos y administradores. Muchos de aquellos con quienes habló Mass Observation apreciaron y se beneficiaron claramente de las reformas de bienestar del laborismo. Algunos de ellos compartieron el fuerte apoyo de Norman Lewis y Philip Gilbert al igualitarismo. Otros se sentían atraídos por la promoción laborista de una elite de planificadores y técnicos expertos, que ofrecían un nuevo y distinto papel para la clase media[57]. En 1948, Mass Observation preguntó a los encuestados por qué se consideraban de clase media, y cómo veían el futuro. Un hombre de mediana edad ofreció una respuesta típica al predecir, confiado, que «la parte gerencial e intelectual de nuestra clase será muy demandada» en el nuevo Estado del bienestar[58]. Trabajadores como él veían el Estado de bienestar como algo que les ofrecía nuevas oportunidades, y no sólo en términos de carrera. Muchos empleados, maestros de escuela y jóvenes funcionarios públicos habían tenido dificultades para pagar las matrículas escolares o facturas médicas antes de la guerra, y dieron la bienvenida a las reformas laboristas. La aceptación entre la clase media de los subsidios y servicios universales era muy alta, y Mass Observation informaba de un fuerte apoyo a la gratuidad de la educación secundaria y la sanidad[59].

Aquellos a los que no les gustaba el programa laborista eran los que se habían movido cómodamente entre los servicios privatizados antes de la guerra, y ahora lamentaban la pérdida de su situación privilegiada. «Ahora estamos suscritos a un plan sanitario» –escribía Nella Last, un ama de casa y esposa de un pequeño empresario en Barrow-in-Furness– «y hay menos tiempo para que los doctores descubran qué te pasa». En 1950, ella estaba aún más indignada por la «preocupación» que la educación secundaria gratuita causaba a sus amigos con hijos[60]. Las familias de clase media que previamente habían pagado las relativamente bajas tarifas que cobraban las Grammar Schools, o se hacían con las pocas becas disponibles, ahora se enfrentaban a una mayor competencia por plazas en estas escuelas secundarias académicamente selectivas. «[Es] desgarrador escuchar a niños inteligentes y ambiciosos de buenos hogares decir: “Yo quería ser médico,

etc., pero ya no puedo serlo porque nunca pasé a la Grammar School”», escribía en 1949 el maestro de veintisiete años de una escuela primaria. «Cuando veo (y enseño) a algunos de los niños que acceden (de alguna manera, y el cielo sabe cómo) a nuestras Grammar School, sin duda me hace pensar»[61].

Mientras tanto, el laborismo había perdido la visión confiada de 1945, cuando defendió los intereses de lo que denominaron «el pueblo» frente a los «intereses creados». El gobierno había animado a los «trabajadores manuales» y «trabajadores intelectuales» a creer que compartían ciertos intereses importantes, en virtud de su común necesidad de trabajar para ganarse la vida. El laborismo había sido capaz de construir un proyecto a partir de la experiencia de guerra total que habían compartido estos votantes. Pero hacia 1951 la situación había cambiado. El espíritu colectivo de la guerra era un recuerdo que se desvanecía. Y muchos políticos laboristas –ellos mismos procedentes de hogares de clase media– creían que había una distinción importante entre trabajadores manuales y empleados asalariados no manuales y altamente cualificados. «Creo que son una clase bastante importante», declaraba el fiscal general laborista, Sir Hartley Shawcross, durante un discurso electoral ampliamente publicitado, en 1950. «Hemos proporcionado muchos de los mejores cerebros en las profesiones, a menudo porque los padres han estado dispuestos a hacer grandes sacrificios para dar a sus hijos la mejor educación posible»[62]. El carácter «de arriba abajo» de las reformas laboristas, con su énfasis sobre los gerentes y planificadores, subrayaba un papel diferente para la educada clase media.

Aunque a mucha gente de clase media (Nella Last entre ellos) le preocupaba que el laborismo pudiera abolir la educación y sanidad privadas, el gobierno no lo hizo. Pero no logró ganar votos de clase media entre los trabajadores y gerentes del sector privado, a los que esperaban contentar con esta precaución. Algunos ministros laboristas, Herbert Morrison entre ellos, adujeron que construir una mejor asistencia estatal implicaría que declinara la privada. Pero esto pasaba por alto el hecho de que mucha gente de clase media elegía la educación o sanidad privadas precisamente porque, como sugerían Nella Last o el anónimo profesor de escuela cuyo testimonio recabó Mass Observation, esa asistencia estaba restringida a unos pocos. Aquellos que utilizaban estos servicios privados

los veían como un medio importante de afirmar, y mantener, su «distinción» respecto a otros asalariados[63].

La reticencia del laborismo a erosionar estos privilegios reforzó la idea de que la clase media era un grupo social separado que merecía un tratamiento especial. Incluso el izquierdista Nye Bevan estaba de acuerdo en que los obreros corrientes debían tener casas más baratas y pequeñas que los gerentes y profesionales, aconsejando que a los gerentes de las nacionalizadas minas de carbón se les proporcionaran casas «estilo chalé»[64]. A los trabajadores de cuello blanco, veteranos y técnicos, se les animaba a creer que merecían mejores servicios sociales que los obreros manuales, lo cual sólo profundizó su sentimiento de privación cuando el laborismo no pudo cumplir con la bajada de impuestos, y les hizo más proclives a apoyar a los conservadores, un partido claramente comprometido con la empresa privada. La alianza en tiempos de guerra entre trabajadores manuales e intelectuales contra los «intereses creados» se había roto.

La década de 1940 fue, en muchos modos, el apogeo del «pueblo». En ella se logró gran parte de la negociación colectiva en el lugar de trabajo, así como la seguridad social, la educación y la sanidad universales. Además de mejorar sus condiciones de vida, el pleno empleo garantizó a los trabajadores un significativo grado de poder económico, que podían usar, y de hecho usaron, para impulsar su fortaleza política.

Pero estos logros tuvieron un coste. Estaban condicionados a que «el pueblo» aceptara una vieja relación de poder que dejaba el control de los lugares de trabajo, y la mayor parte de la riqueza del país, en las manos de unos pocos. Attlee y sus ministros afirmaron que la estructura social de Gran Bretaña se basaba ahora en el mérito, más que en el nacimiento. Pero mientras el poder económico y político se concentrara en las manos de una minoría –a través de las diferencias salariales y una entrada selectiva en las universidades y profesiones–, entonces las oportunidades de la mayor parte de la gente serían limitadas, por duro que trabajaran. Del mismo modo en que la «guerra del pueblo» no había sido una guerra sin clases, la «paz del pueblo» estuvo marcada por la división de clases.

[1] Entrevista a Hazel Wood de Hilary Young (2006).

[2] Crafts, «Living Standards», p. 21.

[3] D. Lessing, *Walking in the Shade: Volume Two of my Autobiography* (Londres, 1998), pp. 4-5.

[4] *Economic Situation*, HC Deb., Hansard (26 de octubre de 1949), vol. 468, cols. 1387-8.

[5] Entrevista a Nellie Rigby de Hilary Young (2007).

[6] G. Routh, *Occupations and Pay*, p. 157.

[7] Entrevista a Mr. N2L, Elizabeth Roberts Archive.

[8] MOA: FR 3075, «A Report on the Present-Day Cost of Living» (enero de 1949), p. 20. Esta conclusión se basaba en una muestra de 2.040 personas. Véase también C. Schenk, «Austerity and Boom», en P. Johnson (ed.), *Twentieth-Century Britain: Economic, Social and Cultural Change* (Londres, 1994), p. 302.

[9] F. Zweig, *Labour Life and Poverty* (Londres, 1949), p. 49.

[10] K. Box, «The Cinema and the Public», *Government Social Survey* (1946), realizado en el Nuffield College, Oxford, pp. 1-2.

[11] Entrevista a Carol Blackburn, 2001.0424, NWSA.

[12] Zweig, *Labour Life and Poverty*, pp. 48-49.

[13] I. Zweiniger-Bargielowska, *Austerity in Britain: Rationing, Controls, and Consumption: 1939-1955* (Oxford, 2000), p. 45, gráf. 1.5.

[14] «Queue-Arm? Housewives Tell of Queue-legs Too», *Manchester Evening News* (14 de marzo de 1947), p. 3; «You have been Warned! Manchester Enforcement Officers tell Black Market Hawkers», *Manchester Evening News* (7 de marzo de 1947), p. 8.

[15] Entrevista a Brian Thresh, 1998.0035, NWSA. Véase también «Stole Bedspreads», *Liverpool Echo* (15 de noviembre de 1955), p. 10.

[16] MOA: FR 2580, «Women and Industry» (marzo 1948); FR 3036, «Queuing» (septiembre de 1948); FR 3055, «Shopping» (noviembre de 1948).

[17] MOA: FR 2461B, «Who are the Fuel Wasters?» (febrero de 1948).

[18] «Stop Week-End Veg Ramp», *Daily Mirror* (16 de febrero de 1951), p. 6.

[19] Zweiniger-Bargielowska, *Austerity in Britain*, p. 45, gráf. 1.5.

[20] MOA: FR 3109, «Some Comments on the National Health Survey» (abril de 1949), p. 6.

[21] Entrevista a Beryl Gottfried, OT 549, Abingdon Oral History Project, OHC.

[22] Entrevista a la sra. B4.1, Stirling Oral History Archive, Scottish Oral History Archive, University of Strathclyde.

[23] R. Fitzpatrick y T. Chandola, «Health», en Halsey y Webb (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends*, p. 97, gráf. 3.3.

[24] A. Bevan, *In Place of Fear* (Londres, 1952), pp. 102-103.

[25] *Family Allowances Bill*, HC Deb., Hansard (8 de marzo de 1945), vol. 408, col. 2261.

[26] A. J. Reid, *United We Stand: A History of Britain's Trade Unions* (Londres, 2010), p. 339.

[27] MOA: FR 2999, «Trade Unions» (mayo-junio de 1948), p. 3.

[28] P. Thane, «Labour and Welfare», en Tanner *et al.*, *Labour's First Century*. Las críticas de los índices utilizados en los años posteriores a la guerra, y una sugerencia para adoptar una medida diferente de pobreza, se ofrecieron en B. Abel-Smith y P. Townsend, *The Poor and the Poorest: A New Analysis of the Ministry of Labour's Family Expenditure Surveys of 1953-54 and 1960* (Londres, 1965).

[29] P. Thane y T. Evans, *Sinners? Scroungers? Saints?: Unmarried Motherhood in Twentieth-century England* (Oxford, 2012).

[30] Entrevista a Mr. N2L, Elizabeth Roberts Archive.

[31] «Widow's Plight», *Liverpool Echo* (5 de julio de 1948), p. 3.

[32] P. Thane, «Unmarried Motherhood in Twentieth-Century England», *Women's History Review*, vol. 20, n.º 1 (2011), p. 21.

[33] A. Bevan, citado en *The Times* (15 de agosto de 1947), p. 2.

[34] MOA: FR 2059, «Will the Factory Girls Want to Stay Put or Go Home?».

[35] «Women Workers», *Manchester Guardian* (2 de junio de 1947), p. 3. Véase también G. Isaacs, *Economic Situation*, *HC Deb.*, Hansard (11 de marzo de 1947), vol. 434, col. 1149.

[36] Central Advisory Council for Education (England), *Children and their Primary Schools* (Londres, 1967), p. 108, gráf. 4.

[37] «Isaacs Tells Women: We Need You», *Daily Mirror* (2 de junio de 1947), p. 1.

[38] *Ibid.*

[39] Central Office of Information, *The Battle for Output: Economic Survey for 1947* (Londres, 1947).

[40] Ministry of Labour, «Average Earnings and Hours Enquiry, de octubre de 1948», *Ministry of Labour Gazette* (enero de 1949).

[41] Calculado a partir de A. Holmans, «Housing», en Halsey y Webb (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends*, pp. 469-510.

[42] A. Bevan, HC Deb., Hansard (16 de marzo de 1949), vol. 462, cols. 2121-231.

[43] «Must have Middle Class to be a Real Town, Planners Warn», *Daily Mirror* (10 de mayo de 1949), p. 7.

[44] «First Tenants are now in Luxury Flats», *Manchester Evening News* (4 de julio de 1948), p. 4.

[45] Entrevista a Bill Rainford de Hilary Young (2007).

[46] *The waiting list in Birmingham, December 1950*, HLG 117/415, TNA, p. 3; véase también Birmingham Trades Council, «Report on the Methods of Allocating Council Houses» (1951), MSS 292/835/6, MRC.

[47] Entrevista a Philip Gilbert, OT 740, *Seven Roads Community Oral History Project*, OHC.

[48] Entrevista a Alan Watkins de Hilary Young (2007).

[49] Entrevista a Mr. N2L, *Elizabeth Roberts Archive.*

[50] *Confidential Summary Report on the General Election of 1950, November 1950*, General Election Departmental Records, CCO 500/24/1, Conservative Party Archive, Bodleian Library, University of Oxford, p. 41.

[51] «Tory Victory in a Winter of Discontent», *Manchester Guardian* (22 de septiembre de 1951), p. 6.

[52] http://news.bbc.co.uk/onthisday/hi/dates/stories/october/26/newsid_3687000/3687425.stm.

[53] K. O. Morgan, *The People's Peace* (Oxford, 1990), p. 81.

[54] MOA: FR 3073, «Middle Class – Why?» (diciembre de 1948), p. 27.

[55] MOA: FR 2461B, «Who are the Fuel Wasters?» (febrero 1947), p. 3.

[56] Field, Blood, *Sweat and Toil*, p. 378. Véase también *ibid.*, pp. 23-24.

[57] M. Savage, *Identities and Social Change in Britain since 1940: The Politics of Method* (Oxford, 2010), cap. 4.

[58] M. Savage, «Affluence and Social Change in the Making of Technocratic Middle-Class Identities: Britain, 1939-55», *Contemporary British History*, vol. 22, n.º 4 (2008), pp. 471-472.

[59] MOA: FR 3152, «Non-Medical Aspects of the National Health Service» (agosto de 1949); FR 3025, «Present Day Education» (agosto de 1948). R. Lowe, «Modernizing Britain's Welfare State», en L. Black y H. Pemberton (eds.), *An Affluent Society? Britain's Post-War «Golden Age» Revisited* (Aldershot, 2004), p. 45.

[60] N. Last, P. y R. Malcolmson, *Nella Last in the 1950s* (Londres, 2010), pp. 17, 65.

[61] MOA: FR 3170, «Defects in Modern Education» (octubre de 1949), p. 5.

[62] Citado en «Easing the Middle Class Burden», *Daily Mirror* (24 de enero de 1950), p. 2.

[63] Sobre el carácter de la distinción de la clase media, véase P. Bourdieu, *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste* (Londres, 1984).

[64] Morgan, *Britain since 1945*, p. 62. Véase también *Housing Managers' file,* 1946, HLG 104/5, TNA.

Interludio III
Liberar al pueblo

En 1951 Viv dejó la escuela para comenzar a trabajar en la fábrica local de regaliz. El recién elegido gobierno conservador había prometido en su programa electoral «liberar al pueblo» de restricciones como el racionamiento, traer «libertad» (opuesta al socialismo de Estado asociado al bloque soviético), recompensar el «esfuerzo individual» y reemplazar la «guerra de clases» y la «envidia» por la «abundancia» y «la unidad de los pueblos anglohablantes». Churchill apelaba claramente al ama de casa de clase media, llamando al «ahorro y el buen cuidado de la casa», y reprendía al laborismo por crear una distopía de colas frente a las oficinas de subsidios: «*Queuetopia*». La Gran Bretaña que prometió era próspera y atractiva –pero en realidad, para los asalariados corrientes, la abundancia se mostró huidiza durante toda la década de 1950.

Revistas y películas de Hollywood promovían nuevas modas que ofrecían lujo en lugar de austeridad, como los largos vestidos de Christian Dior con el llamado *New Look*. En 1951 *Picture Post*, la popular revista semanal, proclamaba una «revolución» en el tenis: «Queda inaugurado el *New Look* para las deportistas». El escritor aplaudía el rechazo de los «estilos adustos para deportistas serias» –o para mujeres serias, en todo caso; el énfasis recaía en la «innovación frívola» más que en la funcionalidad, en «ir femenina» más que en ser «masculina», en la «libertad de acción» más que en la seriedad del propósito–[1]. El mensaje era que la prosperidad estaba justo a la vuelta de la esquina. En este periodo sin precedentes de crecimiento económico todas las mujeres podían aspirar aparentemente a un ideal, hasta entonces de clase media y alta, de ocio y placer.

Para aquellas que, como Viv, se sentían en los márgenes de este sueño, la vida sólo empeoraba con la sospecha de que alguien (probablemente vistiendo un vestido *New Look*), en algún sitio (quizás París, posiblemente Leeds), estaba pasándolo mucho mejor. El racionamiento de ropa había acabado en 1949 y, para cuando Viv acabó la escuela, los marrones y grises

de la ropa de los años bélicos fueron reemplazados en las revistas de moda por el tafetán en su «tono favorito de azul […] exactamente a juego con los ojos» de la princesa Elizabeth[2]. Pero estos frutos de la «libertad» seguían estando fuera del alcance de miles de mujeres como Viv, incluso si pasaban todo el día produciéndolos en una línea de montaje.

En 1952 Viv abandonaba su trabajo de fábrica para convertirse en acomodadora de cine. Los cines todavía se abarrotaban, y las acomodadoras podían ver todas las películas. «¡Me encantaba!», recordaba una mujer que, en su veintena, trabajaba como acomodadora en Portsmouth: «¡Genial, que te pagaran por hacer algo que disfrutabas tanto!»[3]. El elegante uniforme añadía un toque de *glamour*, y Viv comenzó a cardarse y teñirse el pelo al estilo de «Monroe, Bardot y Mansfield»[4]. También había oportunidades de ganar algo de dinero extra: «Teníamos montones de películas sobre gente perdida en el desierto», recordaba una acomodadora que trabajó en la década de 1950. «En esas noches el jefe decía al proyeccionista que subiera la calefacción, porque esto significaría que se vendería más helado. Sé que es ridículo, pero funcionaba […] A menudo nos turnábamos para vender helado y de ese modo ganábamos algunos chelines extra»[5].

Viv usaba ese truco también, pero su padre se enteró de que se estaba quedando el dinero adicional de las ventas de helados y empezó a aparecer cada noche para acompañarla de vuelta a casa. Después de que se hubiera quedado con la mayor parte de su salario de 15 chelines, a ella le quedaban sólo un chelín o dos para gastar en la sala de baile local –el Kiosk–, pero «todo por dos noches de placer a la semana, joder, no merecía la pena». El cine y la sala de baile todavía entretenían a miles de jóvenes asalariados cada semana, pero, como descubrió Viv, a menudo sólo era una consolación parcial por el trabajo duro.

Un tipo diferente de distracción llegó un año después, con la coronación de Isabel II. «Cuando llegó la coronación de una nueva y joven reina», recordaba Katharine Whitehorn, una recién graduada de la Universidad de Cambridge y aspirante a periodista, «la gente comenzó a hablar de una Nueva Era Isabelina»[6]. Esta era la primera coronación que sería televisada: la Familia Real –la reina con sus vestidos de *New Look*, sus jóvenes hijos y Felipe, su apuesto príncipe griego– era una respuesta quintaesencialmente británica a las celebridades de Hollywood. Miles se

congregaron alrededor de sus aparatos de televisión para disfrutar de la pompa y esplendor.

Para mucha gente, la coronación captó un recuerdo de la guerra diferente de las victorias militares con las que se asociaba asiduamente a Churchill. El sociólogo Maurice Broady concluyó que la coronación fue, para muchos británicos, una oportunidad de revivir la camaradería de los días de la guerra –o, más exactamente acaso, disfrutar de una vacaciones inesperadas–. Su estudio de los distritos de clase obrera en Merseyside concluía que muchos de los organizadores no estaban animados por fuertes sentimientos monárquicos, sino por un deseo de señalar cuánto habían cambiado sus vidas. Los dulces, las tartas, la limonada, la cerveza y los bailes revivían el día de la victoria, y fueron «reforzados por la experiencia de dificultades y privaciones que la gente del lugar había compartido. Sus recuerdos de la depresión económica de la década de 1930 son especialmente vívidos»[7].

Si las fiestas callejeras suponían la pervivencia de una vieja forma de comunidad de clase obrera, mucha gente –Viv incluida– ansiaba saborear los nuevos lujos: los aparatos domésticos, los coches, las ropas de moda publicitadas en cada periódico y en cada marquesina de la calle, y una casa propia. Improvisar y remendar estaba bien para los tiempos de guerra, pero el mensaje de comienzos de la década de 1950 era que la opulencia y la comodidad eran los significantes del éxito.

Cuando Viv cumplió los dieciséis años, comenzó a salir con Matt, un minero local. «Quedarme embarazada sencillamente era un modo de escapar», y ella y Matt «tuvieron» que casarse en 1952. Viv afirmó que «no quise a Matt, nunca»; y sus padres fueron más comprensivos de lo que ella esperaba. Su padre le aconsejó que no se casara, mostrando una preocupación por ella que pocas veces había visto antes. «Todos tendremos que apretujarnos de un modo u otro para que te quedes en casa», le dijo –desmintiendo el mito de que la década de 1950 era conservadora y represiva, y los hijos ilegítimos y sus madres eran repudiados en sus familias.

Pero Viv no podía ver un futuro para sí misma en casa de sus padres: «Quería independencia», decía, y había pocas posibilidades de lograrlo como madre soltera, incluso en la era del Estado del bienestar. La media de edad en los matrimonios cayó súbitamente después de la Segunda Guerra

Mundial. Muchas parejas no veían la necesidad de esperar, dada la abundancia de trabajo; no tenían que ahorrar durante años para comenzar su vida juntos, como habían hecho a menudo sus padres. Y aun así el matrimonio temprano también atestiguaba los placeres limitados del ocio y el trabajo: casarse seguía siendo la mejor escapatoria de la casa paterna para una chica de clase obrera. Era un deseo que podría tener un final feliz como el de los cuentos de hadas y las películas, con el príncipe convirtiendo los andrajos de ella en ropajes lujosos, y convirtiéndola en reina de su propio palacio[8]. En el mundo feliz posterior a la guerra, se fingía que tales cosas eran posibles.

Una casa propia era el sueño compartido por miles de parejas jóvenes a finales de las décadas de 1940 y 1950. En la campaña electoral de 1951, los conservadores de Churchill presumían de que construirían 300.000 casas cada año[9]. Esta promesa se demostró muy atractiva para miles de personas que languidecían en los barrios más marginales de Gran Bretaña. En los primeros años cincuenta muchos votantes –independientemente de la papeleta electoral que eligieran en 1951– esperaron fervientemente que esta fuera una promesa que el gobierno pudiera cumplir.

[1] «The Tennis Girl goes Feminine», *Picture Post*, vol. 51, n.º 11 (16 de junio de 1951), pp. 20-21.

[2] «The Princess goes to a Tennis Party», *ibid.*, vol. 52, n.º 8 (25 de agosto de 1951), p. 25.

[3] C. Harding y B. Lewis (eds.), *Talking Pictures: The Popular Experience of the Cinema* (Castleford, 1993), p. 78.

[4] «Winning the Pools – and Losing her Clothes», *Guardian* (15 de marzo de 1977), p. 9.

[5] Acomodadora anónima citada en Harding y Lewis, *Talking Pictures*, p. 81.

[6] Whitehorn, *Selective Memory*, p. 43.

[7] M. Broady, «The Organisation of Coronation Street Parties», *Sociological Review*, vol. 4, n.º 2 (1956), p. 228.

[8] Sobre el amor y el matrimonio en la Inglaterra de posguerra, véase C. Langhamer, *The English in Love: The Intimate Story of an Emotional Revolution* (Oxford, 2013).

[9] Burnett, *Social History of Housing*, p. 277.

8. Comunidades

En 1954, Betty Ennis, de veintiséis años, vivía en un piso de alquiler público en las afueras de Coventry. De madre iraní y padre británico, en 1946 estuvo hospedada en el albergue Baginton Fields para trabajadores y refugiados migrantes de Coventry, después de que su padre trajera a la familia «de vuelta a casa» desde Oriente Medio. A comienzos de 1954 Betty estaba casada con Michael Ennis –un peón irlandés que vivía en un albergue cercano– y la pareja esperaba su tercer hijo. Betty aguardaba ansiosamente que acabara la construcción del barrio de viviendas públicas de Willenhall, donde sería realojada la familia Ennis, según el Ayuntamiento. «Solía venir y observaba cada día cómo la construían», contaba Betty. Finalmente, les dijeron que podrían elegir una casa de tres dormitorios próxima al centro del barrio. «Cuando el constructor me preguntó qué casa quería, ¿esta o esa? […] Elegí esa»[1]. Era una infrecuente oportunidad de ejercer cierto control sobre sus vidas; la vivienda pública iba a ayudarles a dar forma a un nuevo y brillante futuro.

Para Betty Ennis y los otros dos millones y medio de británicos que se mudaron a viviendas públicas durante los siguientes veinte años su nuevo hogar no era sólo una casa, sino un paso importante hacia la independencia[2]. La vivienda pública ofrecía una mayor libertad, lejos de las reglas y compromisos de las familias con las que tenían que convivir tantas parejas jóvenes, lejos de los caseros de barrios marginales, que cobraban los alquileres pero nunca reparaban sus casas, y lejos del miedo a encontrarse sin hogar si se quejaban de sus condiciones o se atrasaban con el alquiler. La mayor parte agradecieron la seguridad y espacio que esto les permitía. Pero durante la década de 1950, cuando se estaban adaptando a sus nuevas casas, sucesivos gobiernos conservadores se fueron distanciando del compromiso de Bevan con la construcción de comunidades socialmente mixtas. Estos gobiernos intentaron revivir la antigua concepción de la vivienda pública, entendida como solución para los más pobres, y promovieron con insistencia la vivienda en propiedad. Los nuevos bloques de viviendas y vecindarios se convirtieron en comunidades, gracias a los

esfuerzos que hicieron sus habitantes, a menudo ante la indiferencia u hostilidad del gobierno.

Gran Bretaña estaba en movimiento en la década de 1950. En 1951, tres años antes de que los Ennis se mudaran a su nueva casa, el 18 por 100 de los hogares eran alquilados a ayuntamientos o a alguna de las corporaciones que gestionaban las veintidós nuevas ciudades de posguerra. Diez años después, la familia de Betty Ennis formaba parte del 25 por 100 de estos hogares, una cifra que se elevó a casi un tercio de los hogares británicos hacia la década de 1970. Miles más compraron sus propias casas. En 1951, el 31 por 100 de los propietarios eran propietarios ocupantes, pero el 44 por 100 poseían sus casas diez años después. La proporción de hogares alquilados a un propietario privado disminuyó drásticamente del 51 por 100 en 1951 al 31 por 100 en 1961, y se había hundido hasta el 19 por 100 hacia la década de 1970[3].

Durante la década de 1950, los planificadores y científicos sociales continuaron abrigando la fe de Nye Bevan en que los nuevos barrios podrían convertirse en comunidades vibrantes, socialmente mixtas y autosuficientes. Aunque esta fe no era nueva en los años de la posguerra, anunciaba una genuina y generalizada confianza en que la gente de la clase obrera enseñara al resto del país una o dos cosas sobre la comunidad. El Blitz había asentado la idea de que un espíritu colectivo inextinguible definía la vida de la clase obrera. En 1952 Lewis Womersley, arquitecto de la ciudad de Sheffield, se deshacía en elogios hacia «la amabilidad de los barrios marginales» en una conferencia de urbanistas, y advertía de que los nuevos barrios debían proteger esta vibrante vida comunitaria[4].

Los científicos sociales se propusieron investigar la vida de la clase trabajadora y cómo planificar mejor las nuevas comunidades en áreas tan diversas como el centro de la ciudad de Liverpool y los alrededores de Oxford. Encontraron bastantes datos que apoyaban la afirmación de Womersley. En 1957 los investigadores sociales Michael Young y Peter Willmott publicaron *Family and Kinship in East London*, un estudio pionero basado en sus entrevistas y observaciones sobre los residentes de Bethnal Green. Young y Willmott destacaron que los residentes disfrutaban de estrechos lazos de amistad y parentesco con sus vecinos. Y advirtieron que estos residentes merecían que se les consultara sobre dónde les gustaría

vivir, revelando que «pocas personas quieren salir del East End». Criticaron la política de eliminación de barrios marginales, por no tener en cuenta el fuerte «sentido de pertenencia» de la gente respecto a las zonas en las que vivían. Encuestas realizadas en áreas tan diversas como Banbury y Sheffield descubrieron que muchas personas no querían alejarse del centro de las ciudades, aunque querían una vivienda de mejor calidad[5].

Los hallazgos de estos investigadores han influido –quizás demasiado– en la creación de cierta imagen de lo que era la vida de la clase obrera «tradicional». El estudio de Young y Willmott se convirtió en un superventas y nunca ha desaparecido de las librerías desde su publicación. Pero estos investigadores pasaron por alto un aspecto vital de la «comunidad» de la clase obrera: el trabajo. Ann Lanchbury, hija de un trabajador del automóvil y antigua trabajadora del servicio doméstico, creció en una vivienda pública en una calle de Coventry llamada Pinley Fields. Lo que le gustaba de ella era que tenía vida: mujeres charlando en los portales, niños jugando en la calle y una corriente incesante de peatones y ciclistas hacia o desde las fábricas locales, que daban trabajo al hermano de Ann y a sus vecinos[6]. La dramaturga Shelagh Delaney diría algo similar acerca de su ciudad natal, Salford: «Las calles estaban llenas de vida» –le dijo a Ken Russell en un documental de televisión filmado a principios de los años sesenta– precisamente porque la gente tenía a mano trabajo y tiendas[7]. Al centrarse en vecindarios específicos, y en las relaciones entre personas de una calle en concreto, los investigadores de la década de 1950 sugerían que la vida de la clase obrera se desenvolvía en barrios herméticamente sellados, moldeados por las virtudes y defectos de sus habitantes. Los investigadores tenían buenas intenciones, y destacaron muchos aspectos importantes de la vida de la clase obrera, aparte de subrayar la necesidad de consultar a los residentes sobre la forma que debían adoptar los nuevos barrios. Pero prestaron escasa atención a los modos en que empleadores, propietarios y legisladores influían en la calidad de vida de todos los barrios, nuevos o viejos. Descuidaron la realidad en la que el cuidado infantil recíproco, los préstamos informales y los lazos humanos que impresionaron a Lewis Womersley estaban provocados por la pobreza. Se perdieron lo que realmente hacía clase obrera a la gente: el hecho de que carecían de poder.

Terry Rimmer podría haberles contado algo sobre esto. A finales de la década de 1950, Terry vivía con su madre en una pequeña casa adosada en un distrito de clase obrera del sur de Liverpool que alquilaban a un propietario privado. Terry tenía poco más de veinte años. Había regresado recientemente del Servicio Nacional, habiendo permanecido en el ejército un tercer año adicional «porque necesitábamos el dinero en casa». Su madre, viuda de guerra, trabajaba en una fábrica y tenía tres hijos menores que mantener. Poco después de mudarse a su nuevo hogar, Terry y su madre descubrieron que sus vecinos no tenían electricidad, así que Terry, un fornido trabajador ferroviario, «perforó un agujero en la pared, para que pudieran [usar nuestra toma de corriente para] ver la televisión»[8]. La gente se ayudaba mutuamente porque estas eran formas importantes de salir adelante y disfrutar de algunas de las nuevas tentaciones de la vida de la posguerra, entre las cuales estaba la televisión.

Mientras que los investigadores sociales se entusiasmaron con la disposición de los vecinos a echarse una mano, aquellos que tenían que sobrevivir a base de tales estrategias tenían una visión menos romántica. Algunos hubieran preferido más privacidad, o al menos no tanta dependencia de la buena voluntad de los vecinos. Las propias experiencias de Terry lo llevaron a tratar a los vecinos con cauto respeto. De niño, Terry había escuchado a los vecinos cotilleando sobre su madre «porque era madre soltera […] y tenía novio». Aquellos que sí disfrutaban de buenas relaciones con vecinos o parientes todavía valoraban mantener cierta independencia respecto a ellos. En 1954, Sheila Adams, de setenta años, estaba dispuesta a mudarse del centro urbano de Liverpool a un piso de alquiler público en el barrio periférico de West Derby, donde vivía una de sus hijas. «Lo que quiero», le dijo a un científico social que la visitaba, «es comodidad y paz, y saber que hay parientes cerca»[9]. La mayoría de los jubilados quería vivir de forma independiente, cerca pero no con sus hijos si era posible, o con fácil acceso a ayuda doméstica, o de enfermería, si lo necesitaban[10].

La gente necesitaba que su hogar le proporcionara diversas cosas, dependiendo de su etapa vital. Las personas mayores a menudo se mostraban reacias a dejar atrás amigos y parientes en el centro de las ciudades, por temor al aislamiento en los nuevos barrios. Pero muchos jóvenes estaban encantados de escapar de las calles en las que vivieron sus

padres. En 1957, el científico social D. V. Donnison descubrió que la mayoría de trabajadores manuales, empleados y trabajadores de tiendas se mudaron porque «querían más espacio». En 1955 los científicos sociales preguntaron a casi 600 familias en el centro de la ciudad de Liverpool sobre dónde les gustaría vivir. Las personas mayores querían un apartamento (más fácil de administrar que una casa) cerca del centro de la ciudad. Aquellos con niños pequeños querían mudarse a los barrios residenciales de las afueras. Querían que sus hijos crecieran en un ambiente «saludable», «con aire limpio y un parque para jugar», según explicaba melancólicamente una madre[11].

Los que estaban más desesperados por mudarse querían escapar de la comunidad claustrofóbica en la que vivían. Algunos vivían infelizmente con un padre o madre tiránico; otros habían sufrido su desaprobación al casarse con alguien de una religión o raza diferente[12]. La sobrepoblación y la pobreza llevaban a algunos residentes de barrios marginales a definir su comunidad identificando a los «extraños», y excluyéndolos del limitado apoyo que se ofrecía. Al emitir tales juicios, sentían que podían arrogarse una precaria autoridad. Los padres de Bill Rainford estaban en el extremo receptor. Eran un ejemplo típico de los que querían mudarse: una joven pareja que compartía el hogar con sus padres, con sus hermanos y sus propios hijos pequeños. El sr. y sra. Rainford también eran un «matrimonio mixto»: ella era protestante, él era católico, en una ciudad aún dividida por prejuicios sectarios; compartían el hogar familiar de la sra. Rainford, pero los padres de ella apenas se atrevían a hablar a su yerno. «Querían», decía Bill, «sacarnos de ese ambiente». Cuando el sr. y la sra. Rainford se mudaron a una casa prefabricada en las afueras, en el sur de la ciudad, sus nuevos vecinos eran tanto protestantes como católicos, unidos por el deseo de «comenzar una nueva vida», en palabras de Bill. Había intolerantes en las comunidades de clase obrera, pero también muchos que aprovechaban las oportunidades que ofrecía la reconstrucción de posguerra; oportunidades para salir y comenzar de nuevo.

Los Rainford y los Ennis eran afortunados. En 1954, cuando Betty Ennis fue reubicada, millones de personas ansiaban una vivienda pública. Esto era especialmente cierto en las grandes ciudades industriales de Gran Bretaña, como Glasgow, Liverpool y Newcastle, donde las condiciones de las viviendas eran especialmente pobres. Aquí, como en Birmingham, Leeds y

Mánchester, miles de residentes languidecían en las largas listas de espera que ante tal demanda introdujeron las autoridades locales. La mayoría de los que querían una nueva casa o apartamento eran en ese momento inquilinos privados, viviendo en desesperadas condiciones de hacinamiento e insalubridad[13]. En 1955, el sr. y la sra. Mahoney, de Liverpool, vivían en una pequeña casa adosada en Mount Vernon Street, una calle principal entre la universidad y el centro de la ciudad. Cuando los científicos sociales los visitaron, encontraron a la pareja y sus tres hijos viviendo prácticamente a oscuras. Los marcos de sus ventanas estaban podridos y el propietario había «clavado» las ventanas en lugar de repararlas. En el dormitorio individual los tablones del suelo eran débiles; las «patas de la cama atravesaban el piso». Los Mahoney no sufrían peores condiciones que la mayoría de sus vecinos[14].

Para los que vivían en tales condiciones, las viviendas públicas suponían un lujo casi increíble. Aquellas construidas antes de mediada la década de 1950 tendían a ser de mucha mejor calidad que las viviendas de alquiler privado –y, de hecho, eran mejores que muchas casas habitadas por sus propietarios–. La Ley de Vivienda de Bevan de 1948 estipulaba un generoso parque público de casas con habitaciones espaciosas y un baño interior. En 1957 la encuesta nacional de Donnison mostró que la mayoría de los aspirantes a mudarse «probablemente prefieran las viviendas más grandes, más nuevas y mejor equipadas, disponibles para el inquilino público», en lugar de arriesgarse en el sector privado[15]. En 1964, el 80 por 100 de los hogares que pagaban el alquiler a una autoridad local disfrutaban del uso exclusivo de un fregadero, un baño fijo, un lavabo, un suministro de agua caliente, y un váter. Sólo el 61 por 100 de los propietarios ocupantes tenían estos servicios, y sólo el 57 por 100 de los inquilinos privados[16]. Los constructores y los propietarios comerciales, que estaban principalmente interesados en obtener ganancias, carecían de incentivos para modernizar el alojamiento que ofrecían, en un momento en que mucha gente estaba desesperada por encontrar cualquier tipo de hogar.

El gobierno conservador de Churchill cumplió su promesa electoral de construir 300.000 casas al año, pero lo hizo volviendo a una concepción de la vivienda pública anterior a la guerra, considerándola inferior a la construcción privada. Eso relajó las estrictas regulaciones de Bevan, alentando a las autoridades locales a escatimar en el espacio y a utilizar

materiales más baratos con el fin de cumplir los objetivos. También relajó los controles en la construcción privada. «Las autoridades locales, y sólo las autoridades locales por sí solas, pueden limpiar y rehabilitar los barrios marginales», reconoció el ministro de Vivienda, Harold Macmillan, en 1954, «en tanto en cuanto la necesidad general de vivienda pueda ser satisfecha, como lo fue en gran medida antes de la guerra, por la empresa privada». La vivienda en propiedad, declaró, alentaba la «independencia»[17].

Los millones de personas que necesitaban un hogar no estaban de acuerdo con Macmillan. Muchos de ellos consideraban las viviendas públicas mejores que el alojamiento privado, tanto en calidad como en seguridad. Christine y Jack Elliott estaban entre ellos. En 1951 vivían de alquiler en una cabaña pequeña y destartalada en Willenhall, en las afueras de Coventry. Jack, un obrero no cualificado, estaba empleado en una de las fábricas de automóviles de la ciudad, mientras Christine trabajaba como limpiadora en un hotel local. Volver a casa cada día habría tenido que suponerles un respiro de sus agotadores trabajos, pero no era así. En 1951, la cabaña tenía seis ocupantes: Christine y Jack; la madre inválida de Christine; su padre, cada vez más frágil; y las hijas de Christine y Jack, Carol, de nueve años, y Pauline, de siete. No había un lavabo dentro de la casa, ni electricidad. «Tenía a mi papá, a mi madre en la cama, a mi marido y a dos niños que cuidar», dijo Christine. «A menudo me pregunto cómo salí adelante»[18].

Sin posibilidad de arrendamiento municipal (la zona de viviendas de Willenhall, donde Betty Ennis tendría su hogar, todavía estaba en su etapa de planificación), los Elliott aprovecharon la oportunidad de comprar una casa nueva a un constructor local. Su casa de tres habitaciones les costó 1.500 libras. Tuvieron suerte de que el padre de Jack, jefe de una oficina de Correos, les diera un depósito de 500 libras, pero el reembolso de la hipoteca dependía de que Jack y Christine conservaran un trabajo regular durante los siguientes veinticinco años, algo que no resultó posible. A finales de la década, Jack comenzó a enfermar con creciente regularidad, y por ello Christine tuvo que conseguir más trabajos. Christine habría preferido un baño completo; esta casa sólo tenía «un baño fuera» –una molestia desterrada en las viviendas públicas de posguerra–. Pero en 1951 «estábamos desesperados; no había casas disponibles»[19]. En 1960 una

quinta parte de los propietarios ocupantes de todo el país habría preferido alquilar[20].

Para aquellos que sí consiguieron una vivienda pública, era un acontecimiento memorable y feliz. Especialmente notable es el efecto que la mudanza producía en los niños. Su deleite y sus vívidos recuerdos de ello revelan hasta qué punto la preocupación por la vivienda impregnaba la vida familiar en la década de 1950. Vera Goldsmith creció en Liverpool, donde sus padres compartían una casa adosada «uno arriba, uno abajo» en el centro de la ciudad, con su hija pequeña y su abuela materna. La madre de Vera encontró la situación particularmente difícil; su hija era muy consciente de que «realmente se desanimó». Cuando Vera tenía diez años llegó una carta del Ayuntamiento:

> Mi mamá trabajaba en Smithdown Road Hospital [como camarera], pero mi Nin [abuela] vio la insignia en el membrete y supo que era del Ayuntamiento, y dijo: «Esto debe ser para la casa», así que corrió conmigo hasta Smithdown Road Hospital con esta carta y fue a ver a mi madre. Le mostró la carta: le había sido asignada esta casa en el barrio de Lee Park; entonces mi Nin subió al autobús conmigo a Lee Park para ver la casa […] estábamos muy emocionadas[21].

Dorcas Kelly era una adolescente cuando su familia se mudó a una de las 5.000 casas prefabricadas de Belle Vale, en el sur de Liverpool. «Toda la familia bajo un mismo techo, ¡nuestro techo! ¡Un nuevo y hermoso hogar, mejor que el que podía disfrutar la mayoría de obreros! ¡Una cocina bien equipada y con una nevera!»[22]. La vivienda pública ofrecía a miles de personas la oportunidad de tener su propio hogar, y uno bueno. Pero, una vez que se mudaban, comenzaba el arduo trabajo de hacer que sus nuevos barrios se convirtieran en comunidades.

Aquellos que se mudaron a nuevos barrios en la década de 1950 se encontraron con paisajes extraños e inhóspitos. La primera impresión que Vera Goldsmith tuvo de Lee Park fue que «estaba embarrado por todas partes», dificultando mantener limpias las casas o desplazarse con facilidad. Los planificadores no había anticipado las necesidades de los peatones, con una visión optimista que imaginaba vecindarios habitados por propietarios de automóviles; pero pocos inquilinos públicos podían permitirse un coche en la década de 1950. En el nuevo barrio Willenhall de Coventry, que lindaba con el pueblo de los Elliott, las carreteras se llenaron de tráfico que

llegaba hasta las fábricas locales de automóviles; pero no había caminos pavimentados que conectaran el barrio con la ciudad, donde estaban la escuela y la parada de autobús. Esta significaba que Betty Ennis tenía que llevar a sus hijos a la escuela por un campo embarrado, «lo cual era difícil llevando un cochecito», y caminar de regreso a casa a través de este mismo campo, sin iluminar, cuando regresaba del trabajo en el turno de noche de la fábrica local.

Los barrios nuevos a menudo estaban ubicados lejos de los vecindarios céntricos de las ciudades, que los habitantes conocían bien. En 1954 los investigadores sociales visitaron un gran complejo de vivienda pública en Sheffield. A pesar de que el barrio tenía por entonces veinte años y los residentes vivían a menos de una milla de la ciudad, «estaban […] casi completamente aislados de otros distritos residenciales». La zona estaba rodeada de «solares y escombros» y las vías del tren separaban a sus habitantes del resto de Sheffield. Las autoridades locales tenían fondos limitados para construir las viviendas, y esas ubicaciones se explicaban por el bajo precio del suelo; esto condicionaría también la situación de muchos otros barrios nuevos de posguerra[23].

Los residentes se sentían tanto vallados como aislados. En 1955 Lorna Sage, de diez años, y sus padres se mudaron de la casa parroquial de sus abuelos al pueblo de Hanmer, en Shropshire, a un pequeño barrio público de nueva construcción en las afueras del pueblo. «El Ayuntamiento colocó postes de cemento y una verja de cadenas», recordaba ella, pero «no era una frontera muy creíble»[24]. Justo más allá de barrios como el de ella estaba el campo; una señal de la existencia no planificada, fuera del alcance de los políticos, cierto, pero también un recordatorio de que los residentes estaban al margen de la sociedad y podían ser fácilmente olvidados.

Los nuevos barrios se construyeron sobre unos cimientos políticos inestables: la fe de los políticos en que la empresa privada proporcionara empleos, tiendas y ocio. En 1945, la New Towns Commission planificó dieciocho nuevos pueblos, todos situados en zonas donde la tierra era abundante y barata, para atraer a empleadores. En 1946 el gobierno de Attlee introdujo nuevos subsidios para animar a las empresas de manufactura a que situaran plantas en nuevas zonas industriales, cerca de las áreas más golpeadas por la depresión de la década de 1930: Clydeside, Tyneside, Merseyside y el sur de Gales. En las Midlands y el sudeste, el

gobierno esperaba atraer a las empresas y alejarlas de Londres, ofreciendo a los empleadores suelo barato cerca de los nuevos pueblos, con buenas conexiones por carretera a los puertos y ciudades principales. «Su función primordial», declaró el ministro de Vivienda en un informe sobre los nuevos pueblos, «es proporcionar casas con empleos cerca»[25]. Lo mismo podía decirse de los nuevos barrios.

La realidad demostró ser diferente. Los subsidios de los laboristas no atrajeron tantas empresas como habría esperado el gobierno. Las que aparecieron fueron a menudo empresas de manufacturas ligeras, que preferían emplear a trabajadores baratos, jóvenes y mujeres, más que a hombres adultos[26]. En Liverpool, la zona industrial de Speke, a varios kilómetros al sur del centro de la ciudad, proporcionó muy poco empleo hasta comienzos de los sesenta, cuando llegó Ford. En 1955 Peggy Brooke vivía de alquiler con su marido y sus dos hijos adolescentes en una ruinosa casa privada del centro de Liverpool. A ella le habría encantado mudarse a una nueva vivienda pública en Speke, pero concluyó que estaba «demasiado lejos del trabajo de [mi] familia»[27]. Mientras, el gobierno municipal de Londres, el London County Council, se ocupaba de realojar a los residentes de Bethnal Green en un nuevo desarrollo urbanístico en «Greenleigh» (pseudónimo empleado por Young y Willmott), Essex. Pero a finales de los cincuenta casi la mitad de los hombres que se habían mudado allí continuaban trabajando en el East End londinense[28].

En 1957, el gobierno conservador eliminó los subsidios que había introducido la administración Attlee. Esto era parte de una serie de medidas dirigidas a reducir el gasto público y estimular el mercado privado de alquiler. Pero el recorte cambió miles de nuevos proyectos urbanísticos públicos, existentes y planificados, y los transformó en ciudades dormitorio, cuyos residentes continuarían dependiendo de los lejanos centros urbanos para sus empleos. En 1959 los inquilinos del Ayuntamiento de Mánchester que habían sido alojados en el barrio de Langley –más de ocho kilómetros al norte del centro de la ciudad– soportaban transbordos diarios de hasta dos horas, puesto que la «expansión industrial no había ocurrido localmente, tal como se esperaba»[29]. La gente se sentía ligada al centro urbano no sólo por su familia y amigos, sino por la necesidad de trabajar[30]. Mientras que los gobiernos sucesivos promovieron los barrios de vivienda pública en la medida en que ofrecían nuevas comunidades planificadas, hicieron poco

por proporcionar los empleos que los residentes necesitaban para pagar su alquiler y disfrutar de los servicios que ofrecía la zona.

La falta de trabajo local afectaba a las mujeres tanto como a los hombres. Con los asalariados teniendo que viajar largas distancias cada día, las mujeres pasaban muchas horas solas en casa. Pocas tenían parientes o amigos cerca a los que llamar, y era difícil que hubiera tiendas en los alrededores, de modo que llegar a fin de mes podía hacerse duro. En 1960 Margaret Jones y su familia se mudaron del centro de Liverpool a un nuevo barrio a las afueras, Lee Park, al sur de la ciudad. «Hacer la compra en esta zona me resulta frustrante», se quejaba en 1963. «La comida es definitivamente más cara. Sólo puestos ambulantes»[31]. Los gastos de alimentación eran importantes, pues el coste de la vida a menudo era más alto de lo que habían anticipado los residentes. En 1946 se esperaba que un inquilino público pagara un promedio de 9 chelines de alquiler por semana, pero los inquilinos privados a menudo pagaban menos, reflejando el estado precario de la mayor parte de alquileres[32]. Los billetes de autobús eran un gasto inesperado y molesto; se les había prometido que los empleos vendrían a los nuevos habitantes, y no viceversa.

Los propios residentes crearon gradualmente los servicios que necesitaban. Los vecindarios se convirtieron en comunidades, pero sólo merced al trabajo duro de sus residentes. Los inquilinos eran forzados a actuar, por la miope visión de los planificadores y la reticencia de los políticos a invertir adecuadamente en los nuevos vecindarios. Los inquilinos de Belle Vale «construyeron el club obrero ellos mismos», recordaba Bill Rainford. «No había nada allí. Había un tipo que era constructor, y organizaba a los otros.» En Willenhall, Betty Ennis y sus vecinos se ofrecieron voluntarios como guardias de cruce para la escuela primaria local, hasta que el Ayuntamiento instaló semáforos. Surgieron numerosas asociaciones de vecinos: Michael y Betty Ennis estaban entre los fundadores de la asociación de Willenhall.

A medida que los vecinos se conocían, algunos entablaron amistad. Sus espaciosas casas ocuparon el lugar de las calles en la vida social[33]. Betty y Michael Ennis vivían demasiado lejos de las salas de baile y pubs de Coventry como para salir tan a menudo como les habría gustado. Durante la semana, se quedaban en casa y miraban la televisión con sus hijos. Pero cada sábado por la noche «íbamos a una casa diferente. Y tomábamos

sándwiches o arroz con curry, o *spaghetti*, o algo así. Y bebíamos y poníamos discos, y bailábamos un poco en la casa».

Los planificadores no tenían toda la culpa, puesto que no eran responsables del clima político cambiante[34]. A finales de la década de 1940 era perfectamente comprensible que los planificadores asumieran que la inversión del gobierno sostendría los barrios y les ayudaría a crecer. Bevan y sus partidarios defendieron con entusiasmo los beneficios de parques, bibliotecas y centros de ocio. Pero después de 1951, cuando los conservadores volvieron al gobierno, esto cambió. El gobierno aumentó la construcción de casas, pero a cambio de recortar en servicios públicos. Desde 1954 esta línea política se endureció: Harold Macmillan anunció que las autoridades locales sólo se ocuparían de la limpieza de barrios marginales; las necesidades generales de vivienda, dijo, podían cumplirse mejor a través de la empresa privada[35]. El programa conservador para las elecciones generales de 1955 anunciaba la intención del partido de establecer «una democracia de propietarios», y la subsiguiente Ley de Vivienda de 1956 se diseñó para impulsarla[36]. La Ley obligaba a las autoridades locales a centrarse en vivienda nueva para los residentes con mayores dificultades. Los votantes que podían permitirse comprar su propia casa fueron animados a hacerlo. Los gobiernos municipales recibieron la capacidad de vender sus parques de vivienda, aunque muy pocos lo hicieron. La vivienda pública pasó a ser una opción menos atractiva: las autoridades locales usaron materiales más baratos, y se concentraron en la construcción de viviendas lo más rápido posible. Los conservadores descartaron la visión de Bevan de comunidades socialmente mixtas mediante la inversión en viviendas de alta calidad y espacios públicos, en favor de la construcción rápida de grandes bloques de pisos.

Las divisiones sociales comenzaron a fracturar las nuevas comunidades. Los gobiernos municipales a veces las exacerbaron. Las viviendas públicas de dos pisos eran la opción más atractiva –las construidas antes de mediados de la década de 1950, y las construidas después– y los ayuntamientos eligieron a quién alojar y dónde. Muchas autoridades municipales, incluido el London County Council, suponían que las familias que provenían de barrios marginales del centro de la ciudad probablemente serían más conflictivas, y las concentraron en las viviendas más pobres disponibles[37]. Elaine Leather se trasladó en 1958 a una vivienda pública

en el barrio Willenhall de Coventry. En este momento, cuatro años después de que Betty Ennis eligiera su casa allí, ciertas calles se habían ganado la reputación de ser «duras». Cuando le dijeron a Elaine Leather dónde se alojaría, suspiró aliviada, porque no era una de esas calles con «mala fama» de ser «sucias […] [y] llenas de basura y desperdicios». En un primer momento, Elaine fue una de las que chasqueaban la lengua al juzgar el comportamiento de las familias que vivían en estas calles: «Había muchos niños, todos sucios». Pero, después de vivir en el barrio durante unos meses, se convenció de que «a veces el causante era el Ayuntamiento», al acomodar a familias grandes en casas que eran demasiado pequeñas para ellas, y colocándolas juntas en una sola calle[38]. Muchos concejales seguían creyendo que los necesitados se podían dividir entre los «merecedores» y los irresponsables.

Entre los que soportaron los peores problemas de vivienda se encontraban los inmigrantes de la Commonwealth. La cantidad de personas que llegaban a Gran Bretaña desde el Caribe y Asia aumentó después de 1948, como resultado de la política de captación laboral del gobierno de Attlee para las nuevas industrias manufactureras. Muchos de estos inmigrantes habían crecido con la idea de que Gran Bretaña era su «madre patria»; algunos habían luchado con los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial. «Nacimos británicos», decía Leo Jones, un barbadense negro nacido en 1933, que viajó a Gran Bretaña en 1951 para «mejorar mi *cricket*» y conseguir trabajo. Con pocas oportunidades de trabajo en las islas del Caribe, y vínculos históricos con Gran Bretaña y los Estados Unidos, muchos isleños crecieron suponiendo que sólo estarían unos años trabajando en el extranjero. Entre ellos estaba Leo, que había trabajado como jornalero en una plantación después de dejar el colegio; llegó a Gran Bretaña para trabajar en una fábrica de Reading. «En Barbados crecías diciendo a los blancos: "Patrón, esto" y "Patrón, lo otro"»; ahora quería otro tipo de vida. «Vine pensando que sería para cinco años»; cincuenta años después, todavía estaba allí.

Al principio, la vida era muy difícil: conseguir trabajo era fácil, pero «la gente solía poner carteles [que] decían "Habitación en alquiler" y tan pronto como veían tu cara negra decían: "Lo siento, ya no está libre"». Así que Leo y sus compañeros de trabajo inmigrantes sentían que «tienes que buscar

tu propio lugar». Sólo dos años después de mudarse a Gran Bretaña Leo compró su primera casa –en un pequeño bloque de adosados victorianos– a «un tipo que tenía todas estas casas. Él me la entregó por dos libras semanales, pagando 600 libras sin interés», porque le gustaba la habilidad para el *cricket* de Leo (y porque obtenía pingües beneficios). Leo fundó un equipo de *cricket*, el Reading West Indies, y los equipos blancos de las fábricas comenzaron a jugar contra ellos. «Hicimos buenas migas y la gente te rogaba que vinieras y vivieras en su casa.» De todos modos, Leo sabía que había ciertos límites que no había que cruzar: «Si alguna chica o mujer blanca iba a un bar adonde íbamos los negros, la llamaban prostituta». Se casó con una enfermera de Barbados en 1958. «Era la mujer negra más hermosa que he visto en mi vida»[39].

La mayoría de inmigrantes se encontraron viviendo en áreas de clase obrera; incluso si se consideraban procedentes de la clase media. Esme Lancaster tuvo más dificultades para encontrar trabajo que Leo Jones, porque ella tenía aspiraciones más altas. Era una joven maestra de escuela jamaicana que vino a Gran Bretaña en 1954 porque «en Jamaica necesitabas calificaciones de inglés para convertirte en maestra titular». Esme era negra, pero su formación había sido sufragada parcialmente por una paternalista familia de plantaciones blancas en la que había trabajado como niñera.

En el Caribe, las jerarquías de raza se entrelazaban con las relaciones de clase. En Jamaica, Esme era tratada como socialmente inferior a las personas blancas, pero, al mismo tiempo, infundía respeto por su formación. En Gran Bretaña descubrió que su educación contaba poco o nada. Esme se considera «afortunada» de encontrar alojamiento con un amigo de la familia en Birmingham: una habitación en pisos compartidos, en un área de clase obrera de la ciudad. El trabajo fue más difícil de conseguir. Aunque había escasez de maestros en Gran Bretaña, muchos directores y ayuntamientos consideraban que los inmigrantes negros no estaban a la altura de la tarea. «Me enviaron a una escuela y el director simplemente se quedó observándome.» «No me adjudicaron ninguna clase, sólo me sentaba en la sala de profesores todo el día. Él no iba a colocarme al frente de una clase». El lunes siguiente «recibí una llamada telefónica de la autoridad local. Los miembros del consejo escolar se habían quejado de que yo estuviera en la escuela. Así que se acabó mi plaza». El racismo mostrado hacia Esme Jones por los directores de colegios de Birmingham

significó que no pudo obtener la experiencia docente que requería su formación.

Esme era reacia a regresar a Jamaica sin las calificaciones que necesitaba. En la isla, el legado de la esclavitud seguía vigente: la existencia de plantaciones, todavía encabezada por ricas familias blancas, era un constante recordatorio de por qué las jerarquías raciales eran tan omnipresentes. Aunque Gran Bretaña fuera racista, Esme sentía que no había explorado todo el potencial de un país que tenía casi pleno empleo, y en el que no había nada parecido a la estricta jerarquía racial que había vivido en casa. Al igual que Leo Jones, ella creía que su estancia en Gran Bretaña sería temporal, pero esperaba que con el paso de los años podría obtener la formación que quería para su vuelta a Jamaica. Mientras tanto, se formó como trabajadora social en Leicester, y finalmente se convirtió en madre adoptiva a finales de la década de 1950, cuidando de los hijos de padres negros cuyos alojamientos estaban saturados, húmedos, infestados de insectos, o eran directamente insalubres. «En esos días, muchos antillanos traían a sus hijos, pero no tenían dónde colocarlos», decía. «Si los trabajadores sociales o las escuelas se enteraban, los niños eran puestos bajo custodia de los servicios sociales. Así que comencé a cuidar de los hijos de las personas que conocía, y después fueron los propios servicios sociales quienes me enviaban a los niños.» Este trabajo le aportó lo suficiente para que pudiera permitirse pagar un alquiler. En 1960 «me di cuenta de que tal vez no regresaría. Se hizo más difícil una vez que tuve a los niños [adoptivos]: ¿dónde podría dejarlos? De repente, tenía responsabilidades aquí»[40].

El racismo y los prejuicios sectarios dieron forma a las preferencias habitacionales de muchas personas. En 1955, muchos habitantes del centro de Liverpool querían mudarse porque les desagradaban «los de color» que vivían cerca. Los residentes protestantes seguían amargados por la afluencia de «nuevos» inquilinos católicos que veinte años antes habían sido trasladados allí desde los barrios portuarios[41]. De esta zona huyó Ellen Halliburton con su novio negro Alf; blanca y de veinticinco años de edad, cuando sus padres descubrieron que ambos estaban empezando una relación, echaron de casa a su hija. Después de enfrentarse infructuosamente a varios propietarios hostiles, se les ofreció un puñado de pisos de alquiler público en las afueras, pero los rechazaron por «un piso de

mala muerte» cerca del centro de la ciudad a causa de la hostilidad que les mostraron los potenciales vecinos[42]. Su experiencia estaba lejos de ser infrecuente: una investigación realizada en Londres mostró que las parejas de raza mixta se encontraban con la hostilidad de vecinos y propietarios[43].

Pero los gobernantes, especialmente los conservadores, fueron a menudo responsables de causar o exacerbar el racismo. En el verano de 1958 estallaron disturbios raciales en el distrito urbano de St. Ann's, Nottingham, y en el barrio londinense de Notting Hill. Un catalizador fue la falta de vivienda. En 1957 el gobierno aprobó una Ley de Alquiler que eliminaba todos los controles de alquiler de las propiedades vacías con un valor de mercado que excediera las 40 libras. Los propietarios también podían hacer que se eliminaran los controles de alquiler de las propiedades vacías por valor de menos de 40 libas. Los ministros argumentaron que esto daría más ímpetu al mercado privado de vivienda y alentaría a los propietarios a revitalizar esas áreas del centro de la ciudad donde la gente todavía quería vivir. En realidad, el negocio para los propietarios floreció; entre ellos, el infame londinense Peter Rachman, que compraba casas deterioradas, desalojaba a inquilinos blancos, mantenía los alojamientos vacíos para que se eliminaran los controles de alquiler, y luego aceptaba a inmigrantes recientes como nuevos inquilinos. En un momento en que a los inmigrantes negros les resultaba difícil conseguir vivienda, Rachman podía cobrarles alquileres exorbitantes en condiciones de hacinamiento e insalubridad[44]. En el verano de 1958 la escasez de viviendas asequibles fue una de las razones detrás de la frustración de esos jóvenes blancos que realizaron ataques violentos contra residentes negros locales[45]. Tanto St. Ann's como Notting Hill albergaban a un gran número de hombres blancos jóvenes que o bien estaban en paro o estaban empleados en trabajos eventuales y mal pagados; no sólo carecían de vivienda, sino que tampoco habían vivido la prosperidad de posguerra.

Algunos políticos avivaron deliberadamente los temores de sus electores sobre la inmigración. Si la vivienda deficiente y el desempleo juvenil tuvieron su papel en el desencadenamiento de la violencia, también lo hizo la virulenta aversión de los residentes blancos a que los hombres negros cortejaran a las mujeres blancas. Tanto en St. Ann's como en Notting Hill, los ataques violentos de los jóvenes blancos inicialmente se centraron en las

parejas de raza mixta[46]. Pero los políticos locales fueron a menudo los culpables de avivar estas tensiones, al sugerir que la cantidad de empleos o vivienda era limitada, y que los inmigrantes no merecían ambos. En 1964 residentes de Loughborough, en el Gran Londres, firmaron una petición en protesta contra la asignación de un piso a un trabajador ferroviario negro. La petición fue organizada y presentada por el candidato parlamentario conservador local, Kenneth Payne, quien afirmó que las personas que «nacieron y fueron criadas en este país debían tener prioridad»[47]. El año siguiente, surgió una disputa entre el London County Council (el gobierno municipal de Londres) y el Consejo municipal de Mildenhall (en Cambridgeshire), controlado por los conservadores, sobre la discriminación racial contra los londinenses negros. El primero dio apoyo financiero a varias empresas que deseaban mudarse a Mildenhall, buscando elevar la oferta de vivienda en la capital. Cuando quedó claro que los londinenses negros estaban entre los trabajadores que esperaban mudarse, algunos de los concejales de Mildenhall intentaron excluirlos[48]. Trevor Hagger, el vicepresidente del Consejo de Mildenhall por el Partido Conservador, dijo a los periodistas que «no tienen los mismos estándares que tenemos nosotros […] compran toda la propiedad y duermen diez en una habitación»[49]. Sin embargo, cuando el London County Council amenazó con retirar el apoyo financiero si las «desagradables opiniones» de Hagger se traducían en políticas reales, los residentes locales escribieron a los periódicos para negar que «no estarían satisfechos» con los vecinos negros. En este caso, los inmigrantes estaban trayendo nuevas viviendas y empleos a la zona, y los sentimientos racistas del consejo encontraron poca simpatía entre los residentes. El Consejo de Mildenhall retiró a regañadientes la exclusión racial, pero estableció una cuota para limitar el número de residentes negros[50].

Como mostraba Ellen Halliburton, una mujer blanca de clase trabajadora, no todos los que crecieron en los centros de las ciudades eran racistas. Nada más lejos de la verdad: muchos barrios obreros fueron zonas de acogida para inmigrantes; se esperaba cierta tolerancia y capacidad de adaptación, tanto de los residentes antiguos como de los nuevos, a niveles que rara vez se exigían a la clase media de zonas residenciales. Y la condición de los inmigrantes nunca fue completamente homogénea: la cuestión de clase desempeñó un papel en cómo eran percibidos y tratados, como descubrió

Clare Stevens. Como mujer joven, trabajaba en una tienda en un barrio periférico de clase media, cerca de la Universidad de Bristol. Uno de los clientes habituales de Clare le cedió una habitación a un huésped indio «y pude conocerle. Él me recomendó en el club de tenis al que pertenecía». Pertenecer a un club de tenis era un importante paso para esta chica de clase obrera. Ella disfrutaba socializando con los estudiantes y jóvenes profesionales que conoció allí y rápidamente se sintió atraída por un estudiante indio. El sentimiento era mutuo, y fueron novios durante dos años, cuando Clare tenía poco más de veinte años. Ella «se sentía bastante orgullosa de salir con él, porque era muy inteligente e iba a la Universidad de Bristol». Su condición de estudiante de clase media también podría haber ayudado a tranquilizar a sus padres: «Creo que mi padre no lo veía claro, pero nunca dijo nada»[51]. Salir con un estudiante universitario con una carrera profesional por delante era una propuesta diferente a salir con un marinero sin ninguna residencia fija, como había hecho Ellen Halliburton. El color de su piel todavía importaba, pero la clase también era importante.

No había una sola actitud de «clase obrera blanca» respecto a la raza. En 1960 Robert Colls era un adolescente en la pequeña ciudad de Tyneside, en South Shields; un chico blanco de clase obrera que llegó al instituto (Grammar School), que vivía en una calle de apartamentos en Tyneside (en la que cada pequeña casa adosada se divide en una planta baja y un apartamento en el primer piso). Pero «esta era una clase obrera que no era toda blanca», ya que muchos marineros yemeníes se habían establecido en la zona, viviendo en casas de hospedaje y por tanto ligeramente separados de la vida familiar. «No todos eran amistosos con ellos», recordaba Colls, «aunque, por otra parte, no todos eran amigos de todos»[52].

Los disturbios de 1958 motivaron diversas investigaciones académicas y gubernamentales sobre la inmigración y sus consecuencias, unos análisis que, en ocasiones, conducían a conclusiones sorprendentes. Un estudio de un barrio de Bristol reveló que los residentes blancos que vivían cerca de inquilinos negros tenían menos probabilidades de sentir hostilidad hacia los inmigrantes, y que la experiencia compartida de ser padres de niños pequeños forjaba amistades entre las madres blancas y negras[53]. Esa fue la experiencia de Betty Ennis en Coventry. Su ascendencia iraní la hacía destacar en el centro de la ciudad, particularmente en la década de 1950,

cuando el número de inmigrantes residentes en esa zona era muy bajo. En una ocasión, en la que estaba haciendo la compra, «un niño me siguió, llamándome "negra, negra" […] me sentí como una extranjera». Se sintió más cómoda al volver a su barrio, donde «conocía a todos y todos me conocían» y entre sus amigos tenía tanto a residentes blancos como a migrantes recientes, de otras partes de Gran Bretaña y de ultramar.

La experiencia vital de Betty Ennis en el barrio estuvo facilitada por la atenta estrategia de planificación del Ayuntamiento de Coventry. Se trataba de un gobierno municipal de mayoría laborista que recibió grandes inversiones de los gobiernos de Attlee para que sus habitantes se recuperaran del terrible Blitz de 1940. El Ayuntamiento invirtió este dinero en el centro de la ciudad –donde se inauguró un gran teatro y un centro comercial–, pero también en aquellos vecindarios en los que vivían los trabajadores. El Ayuntamiento de Coventry añadió aulas móviles a las dos escuelas primarias de Willenhall, para atender la afluencia de niños de los albergues de Baginton, donde Betty y Michael Ennis habían vivido antes. En consecuencia, el gran número de migrantes en el área no condujo a la masificación de aulas ni al resentimiento de los padres. Para cuando los habitantes de los albergues comenzaron a mudarse al barrio de Willenhall, muchos de ellos, incluida Betty Ennis, ya conocían a algunos de los antiguos residentes del pueblo. El Ayuntamiento comenzó a construir el centro comercial de Willenhall poco después de que las primeras casas se construyeran en el nuevo barrio, y dejó claro que estas tiendas estaban dirigidas a todos los residentes de Willenhall, no sólo a los inquilinos del barrio. Como resultado, muchos de los residentes de clase obrera de Willenhall dieron la bienvenida al nuevo barrio. Christine Elliott esperaba que «el barrio ofrecería casa a nuestros hijos cuando se casaran». La hija de Christine, Carol, era una adolescente en esta etapa, y estaba «muy emocionada porque nunca habíamos tenido por aquí tiendas o tanta gente joven»[54]. De esta manera se evitó la tensión entre residentes asentados y migrantes recientes.

Las relaciones entre los inquilinos municipales de clase obrera y sus vecinos de clase media fueron a menudo más tensas. Mientras que los propietarios-ocupantes en Willenhall eran optimistas respecto al nuevo barrio, a los propietarios-ocupantes de clase media a menudo les preocupaba que las viviendas públicas redujeran el valor de sus casas. En la

década de 1930 algunos de los residentes de clase media de Oxford habían construido dos muros para separar sus propiedades del pequeño barrio de viviendas públicas de Cutteslowe que se había construido cerca, y lo habían hecho con el apoyo de los concejales conservadores. Los inquilinos municipales tenían que realizar una larga caminata para llegar a las tiendas cercanas y a la carretera principal hacia la ciudad. El Ayuntamiento laborista de Oxford finalmente demolió los Muros de Cutteslowe en 1958, ante la ruidosa oposición de los propietarios[55].

Pero justo cuando se destruían los Muros de Cutteslowe, la oposición de clase media a los nuevos desarrollos urbanísticos estaba creciendo en otros lugares. Al reservar la vivienda pública para los más pobres, la Ley de Vivienda de 1956 de los conservadores exacerbó las sospechas de los propietarios de vivienda, que temían que los inquilinos de alquiler público pudieran ser vecinos indeseables[56]. En 1963 los sociólogos preguntaron a los obreros de la fábrica de Luton: «¿Cuál es la línea que separa a la clase obrera y la clase media?». Andrew Brown habló en nombre de muchos al citar la vivienda como algo importante: «Bueno, hay un ejemplo en Luton. Había un barrio privado y un barrio público, y el privado construyó un muro de ladrillos para separarlos. Es típico de cómo la gente se ve a sí misma»[57].

La Ley también despertó el resentimiento entre aquellos contribuyentes que sintieron que estaban sufragando unos subsidios sociales de los que nunca se beneficiarían personalmente. A lo largo del país, los propietarios-ocupantes e inquilinos de clase media se quejaban en los periódicos provinciales sobre el carácter parasitario de los inquilinos municipales de clase obrera. «La gente de clase obrera, con sus casas subsidiadas […] nos mira por encima del hombro a las clases profesionales, que tenemos que vivir en los pisos de la última planta o en sótanos por los que pagamos unos alquileres exorbitantes, todo para que ellos puedan vivir regaladamente», escribía Gertrude Jordan, de Hove, al *Argus* de Brighton[58]. Tales sentimientos recordaban a las quejas expresadas por los contribuyentes locales a comienzos de la década de 1930, sobre el coste del subsidio de desempleo, o a las de los votantes de clase media que en 1951 afirmaban que las reformas sociales de posguerra les habían costado demasiado. A finales de la década de 1950, como en aquellos primeros años, sus quejas no tenían justificación económica; más bien se basaban en la sensación

persistente de que su trabajo duro y su posición social les daban derecho a gozar de un mejor nivel de vida que sus vecinos de clase obrera. El uso selectivo de los subsidios por parte de los conservadores exacerbó su resentimiento, un uso que se retrotrae a comienzos de la década de 1940, cuando el muy selectivo uso de los subsidios por parte del Gobierno Nacional había animado a los contribuyentes a analizar al detalle si alguien realmente «merecía» ayuda más que ellos.

Tanto los políticos conservadores como los laboristas animaron a los residentes de clase media a «pensarse a sí mismos» como quienes tenían un papel diferente e importante que desempeñar en el país. Esos pioneros de la vivienda de posguerra que exigieron que la vivienda pública creara comunidades «mixtas» a menudo tenían en mente una visión jerárquica de la comunidad –en la que la clase media tendría el papel principal–. Hemos visto que el gobierno laborista de Attlee asumió que los gerentes y profesionales debían tener mejor vivienda que sus trabajadores. En la década de 1950 gobiernos municipales, residentes de clase media y políticos conservadores a menudo fueron un paso más lejos, considerando la falta de liderazgo de la clase media como la causante de muchos de los problemas de los primeros barrios de vivienda pública. En 1953 el párroco de Crawley New Town escribió a *The Times* para quejarse de que «los grupos de altos ingresos no están siendo atraídos [...] en proporción suficiente». Esto, afirmaba, estaba llevando a una «carencia de liderazgo local»[59]. El arquitecto municipal de Liverpool y el director de Vivienda de la ciudad atribuían la falta de empleo local en el barrio de Speke a «la falta de vivienda adecuada para hombres clave que actúen como instructores de los nuevos operativos»[60].

Cuando Harold Macmillan fue nombrado ministro de Vivienda en 1951, presionó a las autoridades locales y nuevas corporaciones municipales para que vendieran parte de su parque de vivienda y así atrajeran a la clase media[61]. Pero muchos residentes de clase media mostraron poco interés en ejercer un liderazgo comunitario, e, independientemente de la calidad de la vivienda que se les ofrecía, rápidamente mudaron la réplica de casa de campo que les ofrecía su nuevo vecindario por una real. En Worcester, la investigadora social Janet Madge descubrió que casas y jardines más grandes no eran la única razón por la que muchos de los profesionales asalariados de la ciudad elegían vivir en las afueras; algunos lo hacían

porque «sienten que eleva su estatus»[62]. Lejos de reconocer que este deseo de distancia social planteaba una amenaza mayor a la «comunidad» que la conducta de los residentes de clase obrera, los políticos simplemente lo incluyeron en sus planes urbanísticos.

En 1962 el periodista Bill Rogers visitó Kirkby, un nuevo «distrito urbano» en Merseyside. Encontró «depresión propia de amas de casa» y «adolescentes aburridos y frustrados». Por decididos y entusiastas que fueran los nuevos habitantes, nunca podrían superar completamente los problemas de los nuevos barrios y municipios. Su posición aislada significaba que las redes familiares y vecinales quedaban rotas, con consecuencias especialmente severas para las mujeres, que, como sugería Bill Rogers, podían sufrir un gran aislamiento. Después de 1956 estos distritos fueron estigmatizados cada vez más como barrios abandonados para los más pobres, en lugar de nuevas comunidades populares.

Pero, después de llevar a cabo numerosas entrevistas, Rogers concluía: «¿Problemas? Kirkby los tiene en abundancia. Pero sobre todo son dolores crecientes»[63]. Pese a la negligencia de los gobiernos conservadores en la década de 1950, muchos barrios estaban floreciendo. «Una generación ha crecido ahora en Dagenham», pudo informar el investigador Peter Willmott en 1963. El gran barrio de vivienda pública que visitó había sido construido en los años veinte en un distrito londinense. En sus primeros años, el barrio había compartido con muchos otros «todas las insuficiencias iniciales; falta de industria local, colegios, transporte y demás, y una población de “una sola franja de edad”» que los investigadores encontraron en los barrios de posguerra. Pero a comienzos de la década de 1960 «familias enteras […] han crecido […] en el barrio, y con ellas redes locales de vecindad»[64].

Los residentes de Dagenham y otros lugares habían trabajado duramente para convertir campos embarrados, con casas pero poco equipamiento, en comunidades vibrantes. Su compromiso demostraba simplemente el entusiasmo de millones de personas por escapar de las viviendas deterioradas en los centros de las ciudades, y del poder de los propietarios privados. También era importante la disponibilidad de trabajo local. Las comunidades no podían crearse solamente a partir de la determinación de sus residentes. Si la gente tenía que realizar largos y costosos viajes para ir a trabajar, no podían invertir tiempo, energía o dinero en sus nuevos

vecindarios. Hacia 1960, dos tercios de los trabajadores de Dagenham estaban empleados en fábricas locales, tiendas y oficinas. Su capacidad para ganarse la vida cerca de casa les permitía costearse el alquiler en su cómoda vivienda pública y tener algo extra; suficiente para visitar a sus padres, que habían quedado atrás en el East End, comprar mobiliario, y disfrutar del cine y sala de baile local[65]. Para los miembros de la generación de posguerra que pudieron vivir más cerca del trabajo, la vivienda pública ofrecía una seguridad y comodidad sin precedentes; pero, si el trabajo se acababa, su situación podía alterarse radicalmente.

Pese a sus frustraciones y molestias, Betty y Michael Ennis sabían que eran afortunados. Los que se habían mudado a viviendas públicas experimentaron un nuevo nivel de comodidad, pero también un cierto grado de control sobre sus vidas; en última instancia, sus propietarios eran responsables ante los votantes, mientras que los propietarios privados no respondían ante nadie. Sin embargo, la vivienda de los trabajadores corrientes nunca fue la prioridad de ningún gobierno de posguerra. El laborismo estaba ocupado intentando proporcionar empleos y servicios sociales; los conservadores, centrados en revivir la vivienda en el sector privado. Y todos los gobiernos entre 1945 y 1960 invirtieron tiempo y dinero en contentar a gerentes y empleadores privados, cuya presencia en las nuevas comunidades se consideraba crucial, y dependía de viviendas de superior calidad. En consecuencia, según se acercaba a su fin la década de 1950, millones de personas continuaban viviendo en masificados barrios marginales. En la víspera de las elecciones generales de 1964, el *Daily Mirror* publicaba en su portada la imagen de una mujer haciendo la colada en un ruinoso patio trasero. El titular resumía las esperanzas frustradas de los últimos diecinueve años: «¿Es esta la tierra prometida?»[66].

[1] Entrevista a Betty Ennis de Hilary Young (2007).

[2] Cifra tomada de Burnett, *Social History of Housing*, p. 274.

[3] A. Holmans, «Housing», en Halsey y Webb (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends*, p. 487, gráf. 14.12.

[4] Citado en «Doorstep Wives Set Planners a Standard», *Daily Mirror* (9 de septiembre de 1953), p. 6.

[5] M. Young y P. Willmott, *Family and Kinship in East London* (Harmondsworth, 1957), p. 187. Véase también C. Vereker y J. B. Mays, *Urban Redevelopment and Social Change: A Study of Social*

Conditions in Central Liverpool, 1955-56 (Liverpool, 1961), que se basó en las entrevistas en Crown Street conservadas en los *University of Liverpool Archives and Special Collections*, realizadas entre 1954 y 1956; E. I. Black y T. S. Simey, *Neighbourhood and Community: An Enquiry into Social Relationships on Housing Estates in Liverpool and Sheffield* (Liverpool, 1954); J. M. Mogey, *Family and Neighbourhood: Two Studies of Oxford* (Londres, 1956); y M. Stacey, *Tradition and Change: A Study of Banbury* (Londres, 1960).

[6] Entrevista a Ann Lanchbury de Hilary Young (2007).

[7] Shelagh Delaney, citada en *Shelagh Delaney's Salford*, dir. Ken Russell (Londres, 1960).

[8] Entrevista a Terry Rimmer de Hilary Young (2007).

[9] *Crown Street Survey*, Merseyside Social Survey Archive, D416/1/23/230, University of Liverpool Archives and Special Collections (ULASC).

[10] P. Thane, *Old Age in Britain* (Oxford, 2000), p. 421.

[11] D. V. Donnison, «The Movement of Households in England», *Journal of the Royal Statistical Society*, Series A, vol. 124, n.º 1 (1961), p. 60; D416/23/198, ULASC.

[12] Vereker y Mays realizaron un estudio sobre el tipo de personas que querían mudarse: *Urban Redevelopment and Social Change.* Las conclusiones extraídas también se basan en las notas de campo de D416/1/23-24, ULASC.

[13] Holmans, «Housing», p. 487.

[14] D416/1/23/207, ULASC.

[15] Donnison, «The Movement of Households in England», p. 60.

[16] M. Woolf, *The Housing Survey in England and Wales* (Londres, 1964), p. 78, gráf. 4.22.

[17] Citado en R. Forrest y A. Murie, *Selling the Welfare State: The Privatisation of Public Housing* (Londres, 1991), p. 26; H. Macmillan, HC Deb., Hansard (4 de diciembre de 1951), vol. 494, cols 2227-354. Véase también el memorándum citado en S. Ball, *The Conservative Party since 1945* (Mánchester, 1998), p. 107.

[18] Entrevista a Christine Elliott de Hilary Young (2007).

[19] *Ibid.*

[20] *Committee on Housing in Greater London (Milner Holland Committee), Report* (Londres, 1965), p. 156.

[21] Entrevista a Vera Goldsmith de Hilary Young (2007).

[22] D. Kelly en *Belle Vale Prefab Project*, *Prefab Days: A Community Remembers* (Liverpool, 2008), p. 16.

[23] Black y Simey, *Neighbourhood and Community*, p. 80.

[24] Sage, *Bad Blood*, p. 102.

[25] Ministry of Housing and Local Government, *The New Towns* (Londres, 1965), p. 2.

[26] H. Beynon, *Working for Ford* (Harmondsworth, 1973), y H. Beynon y R. Blackburn, Perceptions of Work (Cambridge, 1972). Véase también D416/1/23/182, ULASC.

[27] D416/1/23/190, ULASC.

[28] Young y Willmott, *Family and Kinship*, p. 135.

[29] H. B. Rodgers, «Employment and the Journey to Work in an Overspill Community», *Sociological Review*, vol. 7, n.º 2 (1959), pp. 213-229.

[30] Young y Willmott, *Family and Kinship*, p. 187. Véase también Vereker y Mays, *Urban Redevelopment and Social Change;* Mogey, *Family and Neighbourhood;* y Stacey, *Tradition and Change.*

[31] D719/4/W10, ULASC.

[32] Holmans, «Housing», pp. 494-495; Black y Simey, *Neighbourhood and Community*, p. 103.

[33] F. Devine, *Affluent Workers Revisited: Privatism and the Working Class* (Edinburgh, 1992), p. 6; M. Clapson, «The Suburban Aspiration in England since 1919», *Contemporary British History*,

vol. 14, n.º 1 (2000), pp. 151-174.

[34] P. Mandler, «New Towns for Old: The Fate of the Town Centre», en B. Conekin, F. Mort y C. Waters (eds.), *Moments of Modernity: Reconstructing Britain, 1945-1964* (Londres, 1999).

[35] Forrest y Murie, *Selling the Welfare State*, p. 26. Véase también Jones, «Slum Clearance».

[36] Conservative Party Central Office, *United for Peace and Progress. The 1955 Conservative Party General Election Manifesto* (Londres, 1955), p. 3.

[37] «Problem Families and Homeless Families, 1960-64», LCC/CL.HSG, *London Metropolitan Archives.* Véase también B. Rogaly y B. Taylor, *Moving Histories of Class and Community: Identity, Place and Belonging in Contemporary England* (Basingstoke, 2009), p. 49, sobre Norwich; y Jones, «Slum Clearance», p. 526, respecto a una política similar en Brighton.

[38] Entrevista a Elaine Leather de Hilary Young (2006).

[39] Entrevista a Leo Jones, *The Immigrants Project*, http://theimmigrantsproject.org/people/jones/, consultado el 11 de marzo de 2013.

[40] Entrevista a Esme Lancaster, *Birmingham Black Oral History Archive* (BBOHP), Birmingham City Library.

[41] Vereker y Mays, *Urban Redevelopment and Social Change*, pp. 79-80.

[42] Second Chance to Learn Women's History Group, *No One Ever Mentions Love* (Liverpool, 1997), pp. 6-7.

[43] S. Patterson, *Dark Strangers: A Sociological Study of the Absorption of a Recent West Indian Migrant Group in Brixton, South London* (Londres, 1963), pp. 278-292.

[44] Sobre Rachman véase J. Drake, «From "Colour Blind" to "Colour Bar": Residential Separation in Brixton and Notting Hill», en L. Black *et al.*, *Consensus or Coercion? The State, the People and Social Cohesion in Post-war Britain* (Cheltenham, 2001).

[45] J. Davis, «Rents and Race in 1960s London», *Twentieth Century British History vol. 12*, n.º 1 (2001), pp. 69-92.

[46] K. H. Perry, «"Little Rock" in Britain: Jim Crow's Transatlantic "Topographies"», *Journal of British Studies*, vol. 51, n.º 1 (2012); M. Collins, *Modern Love: An Intimate History of Men and Women in Twentieth-century Britain* (Londres, 2003), p. 265, n. 23.

[47] Citado en Drake, «Residential Separation in Brixton and Notting Hill», p. 89.

[48] «LCC Comment», *Cambridge Evening News* (26 de febrero de 1965), p. 19.

[49] «Council Ban Coloured Workers from Scheme», *Cambridge News* (24 de febrero de 1965), p. 4.

[50] «LCC Comment», *ibid.* (26 de febrero de 1965), p. 19.

[51] Entrevista a Clare Stevens, Bristol Reference Library, pp. 20-21.

[52] R. Colls, «When we Lived in Communities», en Colls y R. Rodger (eds.), *Cities of Ideas. Governance and Citizenship in Urban Britain 1800-2000* (Aldershot, 2005), p. 4.

[53] A. Richmond, *Migration and Race Relations in an English City*, pp. 148-160.

[54] Entrevista a Carol Hinde de Hilary Young (2006).

[55] P. Collison, *The Cutteslowe Walls: A Study in Social Class* (Londres, 1963).

[56] Un argumento desarrollado convincentemente en Jones, «Slum Clearance», pp. 510-539.

[57] Registro núm. 008, SN 4871, UKDA.

[58] Jones, «Slum Clearance», p. 528. Véase también «Babies Born to Get Houses», *Cambridge News* (22 de febrero de 1963), p. 5.

[59] C. H. Butler, «Development of New Towns. Shaping a Balanced Community», carta al director, *The Times* (29 de junio de 1953), p. 9. Véase también Hemel Hempstead Development Corporation, *The Development of Hemel Hempstead* (Hemel Hempstead, 1952), p. 3.

[60] *Report on Speke Township by City Architect and Director of Housing*, 19 de septiembre de 1946, D416/1/15, ULASC, p. 601. Véase también «All Mod Con», *Manchester Evening News* (12 de

marzo de 1947), p. 4.

[61] A. Simmonds, «Conservative Governments and the New Town Housing Question in the 1950s», *Urban History*, vol. 28, n.º 1 (2001), pp. 65-83.

[62] J. Madge, «Some Aspects of Social Mixing in Worcester», en L. Kuper (ed.), *Living in Towns: Selected Research Papers in Urban Sociology of the Faculty of Commerce and Social Science*, University of Birmingham (Londres, 1953).

[63] «Town in the Making», *Liverpool Echo* (30 de mayo de 1962).

[64] P. Willmott, *Evolution of a Community* (Londres, 1963), p. 109.

[65] *Ibid.*, pp. ix, 109, 111.

[66] Citado en J. Pilger, *Hidden Agendas* (Londres, 1998), p. 399.

Interludio IV
Amor y matrimonio

En 1956, Viv era madre. Sabía que tenía mucho por lo que estar agradecida: Matt no ganaba demasiado como minero, pero tenía trabajo regular y era «amable y atento». «Iba a trabajar diligentemente y traía dinero, así que no éramos pobres.» Matt era un buen sostén familiar. Tenía un empleo seguro, y se beneficiaba del gradual aumento salarial que vivían los trabajadores manuales desde finales de la década de 1930. Era también generoso con su familia: daba la mayor parte de su salario a Viv para las tareas domésticas. La pareja pudo arreglarse «con lo que teníamos, y podíamos salir cuando queríamos»; con todo ello Viv sabía que su vida era mejor que la que había tenido su madre en los penosos años treinta. La madre de Viv quiso que su hija tuviera una vida más fácil; la casa que alquilaban Matt y Viv era una que «mi madre me consiguió» hablando con el responsable municipal de vivienda sobre las necesidades de esta joven pareja, con un bebé en camino; necesitaban una casa cerca del trabajo de Matt.

La vida de casada de Viv era diferente de la de su madre en otro aspecto: ella y Matt pudieron limitar su familia a sólo un niño. Hacia 1940 la familia promedio tenía dos niños, pero este promedio escondía algunas distinciones de clase importantes: las familias de clase media a menudo eran más pequeñas que las de clase obrera. Las parejas de clase media habían disfrutado durante mucho tiempo de un mayor acceso a información sobre control de natalidad –en publicaciones como *Married Love*, de Marie Stopes– y podían pagar una sanidad privada, en un momento en que las clínicas financiadas por el Estado tenían prohibido prescribir anticonceptivos (algo que no cambiaría hasta 1968). La propia Viv sabía poco sobre contracepción; para los médicos del NHS seguía siendo ilegal aconsejar sobre ello, y ella simplemente le dijo a Matt que tendría que averiguar algo, o arreglárselas sin sexo. Pero lo que cambió en la década de 1950 fue la determinación de las mujeres de clase obrera de no quedar

lastradas por el cuidado de los niños del modo en que lo habían estado sus madres; y sus hijos tampoco soportarían la pobreza que habían conocido. Muchos de sus maridos estaban decididamente de acuerdo, y estas parejas emplearon el limitado abanico de anticonceptivos que tenían disponible –los preservativos y el método de la marcha atrás– para lograr sus aspiraciones. Como dice la historiadora Kate Fisher: «“Planificar” la familia […] reflejaba un enfoque a largo plazo y optimista de la vida»[1]. El pleno empleo y el bienestar animaron a Viv y Matt, y a tantos otros miles de trabajadores, a adoptar tal enfoque.

Pero una vez que nació el hijo de Viv, Stephen, comenzó a ver su vida como una presión constante. Ella y Matt tenían una casa propia, de alquiler público, pero era una de aquellas construidas antes de 1918, y era pequeña y destartalada, oscura y difícil de limpiar. La maternidad era más exigente de lo que Viv había esperado. Stephen tenía serios problemas de salud que implicaban viajes habituales al hospital, que estaba a varios kilómetros de distancia. La sanidad era gratuita ahora, pero no los autobuses. El empleo seguro, un buen salario, y una casa propia: todo ello debía proporcionar una vida mejor a los miembros de la generación de Viv; pero la vida todavía era dura cuando tenías niños que cuidar, y además una casa ruinosa.

Cuando Stephen tenía dos años, Viv hizo lo mismo que muchas mujeres casadas en todo el país: buscó un trabajo a tiempo parcial. En las ciudades y pueblos grandes, las mujeres se beneficiaron de las ampliaciones de plantilla en el trabajo fabril; los empleadores necesitaban urgentemente más trabajadores para la línea de montaje, y no se había reinstaurado la prohibición de las mujeres casadas. En Castleford, las oportunidades de empleo eran más limitadas. Viv volvió al cine donde había trabajado como acomodadora, y consiguió trabajo como camarera en un pub local.

Muchas mujeres buscaban empleo porque necesitaban el dinero. Pero «Matt a veces hacía turnos dobles para traer más dinero, si lo necesitábamos desesperadamente», admitía Viv. Sin embargo, «la pobreza era la excusa que usé para que mi madre cuidara de Steve». Dar lo suficiente para tus hijos puede justificar que una mujer trabaje fuera de su casa. La realidad era que Viv sí necesitaba dinero, pero no para lo que se consideraba «lo esencial» en un pueblo minero en la década de 1950. Quería una televisión, ropa nueva y salir alguna noche por las salas de baile: «Simplemente quería estar fuera con las chicas y tener ese disfrute, las luces, otra vez». Les dijo a

sus padres «que Matt no estaba trabajando y no me daba dinero […] Todo lo que dijeron fue: "Ay, tráete [a Stephen] aquí y le cuidaremos para que puedas ir a trabajar"».

Viv sentía un ligero cargo de conciencia –Matt era un marido atento y amable, después de todo–, pero pronto desapareció, porque ella sabía que sus padres no pensarían mal de él. Muchos hombres se guardaban los salarios para su propio ocio, permitiendo a sus mujeres sólo unos pocos chelines para «tareas domésticas». En los pueblos mineros, que ofrecían poco trabajo a las mujeres, esta retención de gran parte de sus sueldos para sí mismos era ampliamente considerada un «derecho» de los hombres (al menos por su parte), una compensación por su peligroso trabajo y por ser los únicos que aportaban al hogar. Eso no era cierto en el caso de Viv, pero a veces las viejas tradiciones y estereotipos podían jugar a tu favor, y esta era una de ellas. La gente podía aceptar que un hombre se quedara su dinero, ansioso por algo de independencia y una recompensa por su duro trabajo. Que una mujer quisiera más que el matrimonio y los hijos –especialmente si estaba casada con un trabajador diligente– era menos aceptable. «Mentí, pero estaba desesperada»: desesperada por tener distracciones que la alejaran del hastío doméstico, de un bebé enfermo y de un matrimonio prematuro del que estaba empezando a arrepentirse.

[1] K. Fisher, *Birth Control, Sex and Marriage in Britain 1918-1960* (Oxford, 2006), p. 108.

9. Nunca hemos estado tan bien

En 1951 el renombrado investigador social, filántropo y fabricante de chocolate Seebohm Rowntree anunciaba que las reformas sociales de posguerra y el pleno empleo habían «erradicado […] casi por completo» la pobreza[1]. Esta era la conclusión de *Poverty and the Welfare State*, una amplia encuesta social llevada a cabo por Rowntree y su colaborador George Lavers. Apareció justo unas semanas antes de las elecciones generales de ese año; el laborismo la adoptó como una ratificación del Estado del bienestar, mientras que los victoriosos conservadores la recibieron como una señal para fomentar la prosperidad en lugar de centrarse en ayudar a los pobres. Ambos partidos estuvieron de acuerdo en que la pobreza había sido casi eliminada, una ortodoxia que persistió a lo largo de la década. En 1956 el diputado laborista Anthony Crosland citó a Rowntree en su influyente libro *The Future of Socialism*, en el que defendía con firmeza que «los peores abusos económicos e ineficiencias de la sociedad moderna han sido corregidos»[2]. Al año siguiente, el primer ministro conservador Harold Macmillan anunciaba que «la mayor parte de nuestro pueblo nunca ha estado tan bien»[3]. Durante la década de 1950, Gran Bretaña aparentemente se había convertido en una sociedad opulenta.

Pero las voces de los británicos de clase obrera ofrecían una visión diferente. Lejos de ser un periodo de prosperidad sin precedentes, la de los cincuenta fue una década de inseguridad y miedo para mucha gente. Los conservadores, como antes de la guerra, continuaron siendo reticentes a intervenir en el ámbito social o en la industria. La brecha de ingresos entre ricos y pobres, que se había estrechado dramáticamente durante los años cuarenta, se amplió de nuevo en los años cincuenta[4]. La pobreza –prácticamente un tabú en los círculos políticos– continuaba afligiendo a ancianos, enfermos y familias numerosas, y siguió siendo un miedo muy real para miles de trabajadores. La generación que había formado una familia en la década de 1950 todavía podía recordar los difíciles tiempos de la depresión de entreguerras, y era muy consciente de que las nuevas comodidades de los años de posguerra podían ser temporales. Para una

generación que deseaba seguridad, el camino conservador hacia la prosperidad –confianza en el crédito y el libre mercado– estaba destinado a generar ansiedad.

En la década de 1950 la «prosperidad» de la clase obrera se manifestaba en toda una serie inédita de bienes de consumo: televisiones y sofás de tres piezas, neveras, fogones modernos y alimentos precocinados. Pero los consumidores de clase obrera accedían a estos supuestos signos de nueva opulencia «a crédito», a través del pago a plazos (*Hire Purchase*, HP), o tras muchas horas extra de trabajo. A comienzos de los años cincuenta, el investigador social Ferdynand Zweig entrevistó en varias fábricas a cientos de trabajadores de varias ciudades, incluyendo Birmingham y Luton, donde muchos hombres tenían empleos cualificados manuales bien pagados. Zweig descubrió que muchos de estos trabajadores «lograron un relativamente alto nivel de vida, pero no sin trabajo duro, con gran cantidad de turnos y horas extra»[5]. Las familias sólo podían lograr la «opulencia» trabajando más que nunca. Que «nunca hubieran estado tan bien» les supuso mucho trabajo duro, deudas y algo de suerte en la Gran Bretaña de los años cincuenta.

El nivel de vida de la gente de clase obrera era, ciertamente, mejor que en la década de 1930. Los coches y las casas en propiedad estaban más allá de los bolsillos de la mayoría, pero mucha gente podía permitirse el alquiler de una nueva vivienda pública, pagar a plazos una televisión, vacaciones pagadas y algún regalo para los niños. Los empleos eran abundantes –menos del 2 por 100 de la fuerza laboral estaba desempleada a comienzos de la década de 1950– y aumentaron los salarios de los trabajadores manuales[6]. El mayor empleador de hombres era la industria metalúrgica, que empleaba al 15 por 100 de la fuerza de trabajo masculina en 1951 y a la mayoría de hombres en las ciudades donde se concentraba la industria automovilística, como Coventry. Alan Watkins dejó la escuela en Coventry en 1956 y entró como aprendiz de ingeniero en una empresa local. Recién salido de la educación primaria, sabía que «pasabas de aprendiz a ingeniero, y entonces te labrabas una carrera a partir de ahí». El desempleo que su padre había vivido en el Gales del Sur de entreguerras era un recuerdo lejano.

Sin embargo, las diferencias regionales que habían impulsado al viejo Mr. Watkins a Coventry seguían siendo importantes. Para los hombres en trabajos no cualificados los empleos seguros eran más difíciles de encontrar; el transporte era el segundo empleador más grande de trabajadores varones y, junto con la construcción, daba trabajo a miles de obreros no cualificados. A los que vivían en ciudades portuarias como Liverpool, en los puertos de Londres, o en Newcastle y Glasgow, todavía les costaba encontrar cualquier trabajo que no fuera eventual y no cualificado en los muelles o ferrocarriles, o en las nuevas empresas de manufactura. La gente no tuvo en estas zonas el aumento de trabajo cualificado del que disfrutaron otros como Alan Watkins, que vivían en los centros de manufactura ligera e ingeniería. Aquellas empresas que abrieron secciones en los antiguos núcleos industriales intentaron aprovecharse del historial de bajos sueldos de estas regiones y continuaron extendiendo la temporalidad. La Ford Motor Company abrió una planta en Gales del Sur a finales de la década de 1950 y después otra en Halewood, Merseyside, en 1962. Los gerentes de Ford eligieron cuidadosamente sus zonas de implantación, considerando que «el desempleo significa bajos salarios y una fuerza laboral vulnerable». Los trabajadores de estas plantas recibían salarios inferiores que los empleados de la planta británica de Ford en Dagenham, Essex[7].

Sin embargo, la reducción en el desempleo era un avance importante. En 1952 el quinceañero Terry Rimmer abandonaba la escuela en Liverpool. Habría preferido recibir más educación, o entrar como aprendiz, pero su madre viuda necesitaba que encontrara el empleo mejor pagado disponible, y eso significaba ser jornalero. Su primer empleo en Liverpool fue como guarda de almacén en la empresa de ropa Lybro, en 1952. Después de unos pocos meses de aburrirse y «hacer el tonto», «estaba claro que iban a despedirme, él [el jefe] rescindió mi contrato y yo dije: “No, está bien, ya tengo otro trabajo”. Porque en esos días había muchísimos trabajos de jornalero». «¡Ahora los chicos entrevistan a los jefes!», declaraba el *Daily Mirror* en 1955[8]. Los adolescentes que entraban en el mercado de trabajo en la década de 1950 eran la primera generación que descubría que «puedes salir de un trabajo un viernes y el lunes empezar en otro»[9].

La gente tenía más dinero; y más bienes en los que gastarlo. En 1954 el gobierno conservador eliminó el racionamiento de alimentos. Hacia 1956,

el 12 por 100 de los veraneantes británicos se iban de vacaciones al extranjero. Una encuesta realizada en 1955 sobre hogares del centro de Liverpool averiguó que hasta la cuarta parte de este grupo relativamente pobre había tenido unas vaciones lejos de casa en el año anterior[10]. En la más acomodada Coventry, Frank y Rita Gogerty estaban entre aquellos que disfrutaban de toda una serie de nuevas comodidades. Hacia 1950, Frank era un supervisor cualificado en una de las plantas de automóviles de Coventry y, con sus dos hijos en la escuela secundaria, Rita había conseguido un trabajo fabril. «Cuando tuvimos el dinero», dijo Frank, «no lo malgastamos, sino que lo disfrutamos plenamente, o eso creo». Esto incluyó la compra de un coche; Frank fue el primer hombre de su calle en hacerlo, en un momento en que menos del 5 por 100 de los británicos tenía uno, y «amueblamos nuestra casa, lo que no podía permitirse mucha gente entonces». A mediados de la década de 1950, con sus hijos trabajando, Frank y Rita comenzaron a ir de vacaciones al extranjero. En su primer viaje, a San Sebastián, «sentíamos que éramos pioneros». Hacia 1955 aparecían los paquetes de vacaciones, en un momento en el que los empresarios buscaban atraer a este nuevo mercado británico hacia la costa de Benidorm, que rebautizaron como «Costa Blanca»[11].

La promoción de estos nuevos bienes de consumo por parte de los conservadores –acabando con el racionamiento y facilitando a los trabajadores el acceso al crédito– ayuda a explicar por qué ganaron las elecciones generales de 1955 y aumentaron su mayoría en el Parlamento cuando el país fue a las urnas de nuevo, en 1959. Pero el gozo de la gente ante los nuevos bienes de consumo se vio atemperado por la naturaleza insegura de su prosperidad. Mientras que la casa de empeños –en su momento un pilar central de todo vecindario de clase obrera– estaba en declive, aumentaron las compras a plazos (que, al exigir pagos regulares, dependían de tener unos ingresos estables). En 1953 el *Daily Mirror* informaba de que más del 70 por 100 de los residentes de Hartlepool dependían del crédito: «¡Incluso se casan a crédito!»[12]. En 1955 la mayor parte de las familias del centro de Liverpool dependían del crédito para obtener bienes básicos como ropa y mobiliario[13].

A finales de la década de 1950 el número de gente con bienes de consumo como televisores aumentó, pero vivían la misma inseguridad, especialmente en las áreas del norte de Inglaterra y el cinturón industrial de Escocia, que

habían sido más duramente golpeadas por la depresión de entreguerras. A comienzos de la década de 1960 los sociólogos estudiaron 500 hogares en la zona urbana de Liverpool y una zona residencial más próspera al sur, Woolton. Averiguaron que más del 80 por 100 de estas familias dependían de alguna forma de crédito. Entre ellas estaba Joan Hicks, un ama de casa de cuarenta y un años que vivía en Woolton con su marido Bill, ingeniero, y sus dos hijos adolescentes. La familia Hicks tenía en propiedad su pequeña casa adosada, y Bill desempeñaba un trabajo cualificado. Sin embargo, cuando a Joan le preguntaron si tenía problemas para llegar a fin de mes, ella respondió «sí», sin dudarlo. «Hace falta prescindir de cosas para mantener los pagos de la hipoteca y pagar la compra y la televisión», dijo. Le habría gustado tener «más dinero ahorrado, y gastar en ropa para Bill y los niños»[14]. La vida había mejorado desde mediados de los años cincuenta, y podían permitirse lujos que ella nunca había imaginado; pero la precariedad de su posición preocupaba a la sra. Hicks. Muchas familias compartían su insatisfacción; las encuestas de opinión demostraban su fuerte aversión a la deuda[15]. El listado creciente de bienes domésticos en los hogares obreros revelaba sólo una parte de la realidad de los años cincuenta. Muchas de las adquisiciones de la gente tenían una historia a sus espaldas de sacrificio y preocupaciones.

¿Por qué, entonces, la gente acababa altamente endeudada? Una razón principal era la presión política. Los conservadores animaron activamente a la gente a que se apoyara en el crédito. Como el laborismo antes que ellos, los *tories* creían que el crecimiento económico de posguerra se basaba en estimular la demanda de los bienes producidos por la industria británica. Sin embargo, la dependencia de la manufactura era arriesgada. A medida que aumentó la demanda de bienes, los fabricantes incrementaron los precios, tanto para limitar la demanda como para aumentar sus beneficios; llegados a cierto punto, estos picos de precios desalentaron a los consumidores, que dejaron de comprar los bienes, causando desempleo.

Los controles de precios del laborismo, incluyendo el racionamiento, habían regulado tanto la producción como el consumo, pero los conservadores estaban firmemente comprometidos con un mercado libre. Debían encontrar otros modos de estimular el consumo y la obtención de beneficios, y el crédito era uno de ellos. En 1954 los conservadores relajaron las restricciones sobre las hipotecas y el pago a plazos, haciendo

posible que miles de familias pudieran acceder a ambos[16]. En 1955 Rab Butler, el ministro de Hacienda *(chancellor of the Exchequer),* introdujo el impuesto sobre compras de bienes domésticos básicos como tablas de lavar, mientras eximía de impuestos a la mayor parte de los aparatos domésticos más caros, incluidas las máquinas lavadoras. «Los *tories* golpean al ama de casa», clamaba la portada del *Daily Mirror* en apoyo a los laboristas[17]. Todas estas medidas volvían a los bienes de consumo producidos en masa cada vez más atractivos para los asalariados de clase obrera; y aparentemente asequibles.

Aquellos que miraban anhelantes los escaparates de las tiendas tenían buenas razones para comprar lo que veían allí. Aspiradoras, neveras, cocinas, televisiones, vacaciones, aparatos de radio, sofás de tres piezas, coches y motocicletas; todos prometían hacer la vida más fácil y lujosa. Este era un momento en el que millones de personas todavía esperaban una nueva vivienda pública, pero querían disfrutar de la vida tras las privaciones de la guerra, y dar a sus hijos el mejor comienzo posible en la nueva meritocracia de posguerra.

Los anuncios publicitarios ofrecían ayuda sobre cómo hacerlo, proliferando primero en revistas y periódicos, y desde 1955 en Independent Television, el segundo canal de televisión británico y el primero de propiedad privada. La empresa de pinturas Crown Paints prometía «hacer de tu casa un hogar»; los equipamientos de Crosley supondrían «una cocina sin mantenimiento». Las sopas Campbell ofrecían a esposas y madres la oportunidad de «comenzar con el mejor» cuando cocinaran para sus familias; y la cadena de centros vacacionales Butlins les dijo a los maridos que podían proporcionar «las vacaciones perfectas para una madre». Todos garantizaban una vida mejor a «un precio increíblemente asequible». Los bienes de consumo estaban convirtiéndose en un medio de combinar los múltiples roles que la gente debía cumplir en la Gran Bretaña de posguerra: ser un sustento responsable para la familia, y un amante esposo; una esposa glamurosa y madre abnegada; o niños saludables y felices.

Mientras tanto, el atractivo del laborismo para la gente era casi completamente negativo. El programa del partido de 1955 comenzaba con la advertencia de que «la bomba de hidrógeno acecha a toda la humanidad», y sugería que la cuestión más urgente para los votantes debía ser: «¿Qué podemos hacer para afrontar esta amenaza?». El laborismo señalaba que

muchos pensionistas continuaban viviendo en la pobreza, y que los dividendos de los accionistas aumentaban más rápido que los salarios. Pero los políticos laboristas parecían incapaces de ofrecer una alternativa positiva, en un momento en el que los partidos principales estaban de acuerdo en que la amenaza más seria a la paz era el comunismo soviético. El mensaje de los conservadores –que en una era de inestabilidad la gente corriente podía al menos disfrutar de paz y prosperidad en sus propios hogares– fue una motivación que mucha gente consideró más atractiva.

Pero aunque las políticas de los conservadores animaron a la gente a consumir más bienes, también limitaron el poder económico de los consumidores de clase obrera. Su prioridad fue mantener la riqueza del núcleo de su electorado –empleadores, gerentes y empresarios– manteniendo la regulación del comercio al mínimo, y los impuestos bajos[18]. En 1956 los conservadores eliminaron el último de los controles de precios del laborismo: el subsidio que mantenía reducido el precio del pan. El gobierno declaró que esto ofrecería a los consumidores mayor «libertad» de elección, estimulando la competitividad entre las empresas de producción de alimentos, lo cual se consideraba un modo seguro de mantener los precios bajo control. Pero el precio del pan se elevó. Las políticas de los conservadores golpearon duro a los trabajadores corrientes, eliminando cualquier certeza sobre los precios de los bienes básicos, y añadiendo impuestos a los aparatos que compraban. Por otro lado, las clases medias y altas disfrutaron de los impuestos más reducidos desde comienzos de la década de 1930. Al mismo tiempo se amplió la brecha entre las ganancias de los trabajadores manuales y las de los profesionales; ambos experimentaron aumentos de sueldos, pero los profesionales disfrutaron de un aumento mucho mayor[19]. La sociedad supuestamente opulenta, de hecho, estaba extraordinariamente dividida.

A muchos trabajadores les preocupaba el futuro. Aunque los ingresos de los trabajadores manuales aumentaron un 50 por 100 durante la década de 1950, los aumentos de precios significaron que en términos reales sus ingresos sólo aumentaron un 30 por 100[20]. Si bien este todavía era un aumento significativo, se produjo de manera irregular durante la década, y la gente nunca podía estar segura de que cada nuevo avance sería duradero. El gobierno trabajó especialmente para reducir directamente los precios antes de las elecciones generales de 1955 y 1959. Esto ayuda a explicar la

victoria de los conservadores en ambas (aunque de hecho la mayor parte de los trabajadores manuales votaron laborista durante toda la década), pero los votantes sintieron agudamente los aumentos de precios tras las elecciones; Sir Michael Fraser, el asesor principal del Partido Conservador, reflexionaba en 1959 que la costumbre del partido de plantear generosos presupuestos preelectorales podía llevar a una recuperación económica «espectacular tanto en extensión como en velocidad, pero este mismo hecho hacía sospechar a algunos respecto a la estabilidad de la situación resultante»[21]. Este estado de cosas privaba a la gente del poder de planificar el futuro y disfrutar ellos mismos de lo que la mayoría había saboreado por vez primera a finales de los años cuarenta.

«El pueblo» no estaba tan unido como había estado en los años inmediatamente posteriores a la guerra. La brecha entre los ingresos y las condiciones laborales de los obreros cualificados y no cualificados creció a comienzos de la década, cuando los trabajadores cualificados disfrutaron de mayores aumentos salariales que los no cualificados y semicualificados[22]. A medida que más empresas se movían hacia la producción en masa, los sindicatos que representaban a trabajadores cualificados protegían celosamente los derechos de sus afiliados a tener mejores salarios y mayor seguridad en el empleo. Entre ellos destacaba el Amalgamated Engineering Union (AEU), activo en las fábricas automovilísticas británicas. Estas empleaban a muchos trabajadores semicualificados y no cualificados a los que la AEU rotundamente excluía de su afiliación[23].

Incluso dentro de las ciudades más prósperas, los trabajadores podían ver enormes diferencias en sus niveles de vida. Los acuerdos sindicales, y las necesidades de los empleadores, significaban que los trabajadores no cualificados y semicualificados se llevaban la peor parte de los altibajos económicos –o, como los llamaban los críticos conservadores: la economía «stop-go» de la década de 1950–. No tenían la seguridad en el empleo de la que disfrutaban un número mayor de trabajadores cualificados. El padre de Carol Hinde, Jack Elliott, era un peón de fábrica que trabajó en varias plantas automovilísticas de Coventry en la década de 1950: «Nunca duraba demasiado en el mismo trabajo», recordaba ella, «porque no estaba cualificado, así que era siempre el primero en irse a la calle», cuando la demanda de coches caía y los trabajadores resultaban despedidos.

Muchos trabajadores no cualificados y semicualificados envidiaban a sus compañeros cualificados. No sólo los ingresos de los trabajadores cualificados eran mejores que los suyos, sino que las recompensas que estaban disponibles para ellos –en forma de comida, muebles, casas y vacaciones– aumentaron a comienzos de la década, cuando los conservadores acabaron con el racionamiento, apoyaron la construcción privada de viviendas y el crédito comenzó a fluir para los que tenían ingresos seguros. Los trabajadores no cualificados, para justificar su agravio, a menudo se remontaban a la guerra, invocando la retórica de los años cuarenta: sacrificio igual y «reparto justo». Los soldados desmovilizados expresaban su resentimiento ante los trabajadores cualificados que habían permanecido en sus empleos exentos del reclutamiento. Howard Blake había nacido en 1941 en un barrio de clase obrera de Coventry. El padre de Howard había servido con la RAF durante la guerra, pero después de ser desmovilizado en 1948 volvió a su trabajo como conductor de autobús. El sr. Blake señalaba con frustración a su hijo pequeño que «el primer coche que salga de la fábrica será para un tipo que trabajaba en una fábrica, el primer teléfono que salga a la calle será para un tipo que…»[24].

Pero esos trabajadores no cualificados que se habían quedado en las fábricas oponían a esto su propia frustración. Muchos de ellos envidiaban a los soldados desmovilizados como Frank Gogerty, que pudieron volver a casa y retornar a sus antiguos trabajos. El padre de Ann Lanchbury, el sr. Kiddey, «envidiaba a los soldados, pensaba que venían y se quedaban con todos los trabajos». Para la década de 1950, no había una nítida y fácil separación entre los niveles de vida de aquellos que habían servido en las fuerzas armadas y aquellos que se habían quedado en casa; el sr. Blake y el sr. Kiddey señalaban el resurgimiendo de una fractura prebélica entre las condiciones de vida de los trabajadores cualificados y las del resto de la clase obrera.

Estos hombres decepcionados creían que las promesas que se les hicieron en los años cuarenta se habían roto. Muchos de ellos vivieron la década siguiente no como un tiempo en el que aumentaron los niveles de vida, sino como un periodo en el que sus esperanzas de alcanzar el –o volver al– trabajo cualificado se vieron frustradas. Como resultado del desempleo de entreguerras y el parón durante la guerra, muchos miles de hombres habían

descendido por la escala ocupacional. El padre de Ann Lanchbury estaba entre ellos. Carpintero de formación, había sido despedido durante la difícil década de 1930. Durante la guerra se había convertido en trabajador semicualificado en la planta de Jaguar en Coventry, donde se enorgullecía de hacer «todos los interiores de madera de los coches Jaguar». Continuó amando su oficio, haciendo juguetes cada Navidad para los niños que vivían en su calle. En los años cuarenta las esperanzas del sr. Kiddey de que mejorara la vida eran elevadas; Ann le recordaba como «el alma» de las fiestas familiares. Pero a mediados de la década de 1950 esto había cambiado; tenía que «trabajar muchas horas extra» para llegar a fin de mes, y había abandonado la idea de que en algún momento volvería a ser carpintero, y era «un hombre muy decepcionado».

La vida en la década de 1950 no sólo difería entre familias de la misma calle, sino dentro de familias como la del sr. Kiddey. Los años cincuenta han sido recordados durante mucho tiempo como una «época dorada» de la vida familiar, cuando las tasas de divorcio eran bajas y los matrimonios largos[25]. Pero en muchas casas de la «Gran Bretaña familiar»[26] latía la tensión y la decepción. Hacia mediados de la década, los investigadores sociales advertían de que muchos hombres con trabajo no cualificado o semicualificado no parecían dispuestos a mantener a sus familias. En una investigación sobre presupuestos familiares, Michael Young sugería que la tendencia anterior a la guerra, en la que muchos asalariados retenían una parte muy grande de sus salarios sin invertirla en el presupuesto doméstico, había sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial[27]. Otros investigadores afirmaban que esta era una causa principal de penurias para las unidades familiares. A comienzos de la década de 1950 una serie de informes recopilados por las Family Service Units, una agencia de trabajo social voluntario que trabajaba estrechamente con las autoridades locales, criticaban a los trabajadores que no «aportaban un sustento adecuado para sus familias», sugiriendo que su reticencia a trabajar, o a dar sus salarios a sus esposas, era el causante de la pobreza[28].

Algunos hombres eran ciertamente reticentes a anteponer las necesidades de su familia a las suyas. El sr. Kiddey, por ejemplo, se convirtió en «un hombre muy sensible [que] podía ser muy volátil, especialmente después de beber», a lo que se dedicó con creciente regularidad durante la década de 1950. Ann Lanchbury recordaba tensas tardes de viernes y sábados en casa

con su madre, que «sabía muy muy bien que él estaba gastándose el dinero de ella» en el pub. Cuando su padre volvía, podía ser violento. «No parecía enfadado, su apariencia era como: “Mírame, soy un pavo real […] yo gobierno este sitio”».

El sr. Kiddey estaba luchando con una tensión que podía rastrearse hasta el siglo XIX. Generaciones de obreros habían buscado cumplir dos papeles separados. El primero era el de sustento de la familia, una figura glorificada por el gobierno de Attlee. El segundo era el hombre trabajador independiente, fuerte, áspero y autónomo. Estos papeles podían reforzarse mutuamente, pero también podían entrar en conflicto, especialmente en momentos en los que los hombres encontraban difícil y arduo ganar el pan de sus familias. En la década de 1950 a muchos hombres les resultó difícil mantener a sus familias dentro del estilo que la prosperidad parecía exigir[29]. Afortunadamente, no todos ellos reaccionaron con la rabia impotente del sr. Kiddey, pero ejercer el control sobre el dinero y la familia podía ser un factor importante para hombres que sentían agudamente que habían perdido cualquier esperanza de tener un control sobre su trabajo. Su madre enseñó a Ann Lanchbury a atribuir el comportamiento de su padre a su «decepción», tanto con su trabajo como con su incapacidad para mantenerlas.

Los trabajadores no cualificados, por tanto, eran los perdedores en la sociedad opulenta. También lo eran los mayores y las grandes familias. Incluso los optimistas Rowntree y Lavers habían señalado que los pensionistas y las familias con tres o más niños todavía eran probables víctimas de la pobreza, porque los niveles de subsidios estatales eran demasiado bajos como para mantenerles[30]. Durante la década de 1950 sus circunstancias empeoraron. En 1955 el gabinete conservador encargó a un Comité de Servicios sociales que trazara una estrategia para recortar gastos. Sin embargo, las encuestas de opinión indicaban que adoptar las recomendaciones centrales del comité –lo que implicaba reintroducir la evaluación de recursos– sería electoralmente desastroso[31]. En su lugar, el gobierno recortó o congeló muchos subsidios, incluyendo las prestaciones familiares de las que dependían las familias numerosas[32]. En cualquier momento de la década de 1950, el 7 por 100 de los hogares británicos estaban viviendo por debajo de la (muy precariamente definida por Rowntree) línea de la pobreza[33].

Hacia el final de la década de 1950, sin embargo, la vida estaba cambiando a mejor para mucha gente corriente. El sr. Kiddey fue finalmente capaz de convertirse en el tipo de sustento familiar que aspiraba a ser. «Papá era feliz, nadie se sentía amenazado, nadie iba a emborracharse», recordaba Ann. «Todo mi mundo mejoró.» Cuando Ann se casó en 1960, «mi padre, como no había sido capaz de pagar las bodas de sus otras hijas, quiso pagar la mía», y esto la emocionó. Poco después de su boda, el padre de Ann compró su primer coche y sus padres comenzaron a disfrutar de vacaciones fuera de casa por primera vez en sus vidas.

Dos cambios a finales de la década de 1950 tuvieron un profundo impacto en los Kiddey y en miles de otras familias como ellos. Uno fue el desmantelamiento de barrios marginales, lo que significaba que a los Kiddey por fin se les había asignado una nueva vivienda de alquiler público, después de estar años en la lista de espera. Al mismo tiempo, los salarios de los trabajadores no cualificados y semicualificados finalmente comenzaron a aumentar, a medida que sindicatos como la AEU finalmente descubrían la importancia de este grupo creciente de trabajadores y se decidieron a representarlos[34]. Además de disfrutar de la vivienda pública, los trabajadores ahora podían permitirse unos pocos lujos para sus nuevas casas. En 1955 un tercio de los hogares británicos tenía una televisión. Hacia 1960, el 90 por 100 poseían o alquilaban una televisión[35].

Pero la creciente seguridad financiera de estas familias también se debía a una segunda transformación dramática: el empleo de las mujeres casadas. En muchas zonas del país las esposas de clase obrera siempre habían salido a trabajar, pero la proporción que lo hacía aumentó durante y después de la guerra. Un tercio de ellas tenían un trabajo remunerado en 1951, y casi el 40 por 100 diez años después. No sólo muchas salieron a trabajar, sino que permanecían en activo más tiempo. En lugar de abandonar el trabajo cuando eran madres, las mujeres de los años cincuenta fueron la primera generación que tendió más a quedarse en un empleo a lo largo de su vida adulta, haciendo solamente un paréntesis para tener hijos[36]. También pudieron ganar más que las generaciones anteriores. Una minoría de mujeres se beneficiaba de la implementación gradual de un salario igual en el sector público; tras el compromiso de 1955 del gobierno, que prometía igualdad salarial para la carrera funcionarial (algo que afectaba principalmente a los profesionales asalariados), los sindicatos comenzaron a

negociar con éxito la paridad entre hombres y mujeres en los ayuntamientos y en el servicio de Correos. Muchas mujeres se vieron afectadas por el *boom* manufacturero de posguerra, que necesitaba que muchos trabajadores quisieran incorporarse a las líneas de montaje; y empleadores de todo el país introdujeron turnos de amas de casa para reclutar a madres para el trabajo durante las horas escolares, o por la noche.

Las mujeres de clase obrera fueron pioneras en este cambio. En 1965 un estudio de 10.000 hogares mostraba que las esposas de trabajadores manuales y trabajadores jóvenes administrativos y de servicios eran mucho más susceptibles de buscar trabajo que aquellas casadas con profesionales o asalariados de empresas privadas[37]. Algunos sociólogos privados señalaban que el trabajo de las mujeres atestiguaba la irresponsabilidad de las familias: «[Sus] principales efectos económicos», decía Seebohm Rowntree, «son contrarrestar la poca capacidad de algunas amas de casa a la hora de emplear sus recursos económicos y permitir a sus familias de clase obrera disfrutar de lujos que de otro modo estarían más allá de sus medios»[38]. Pero a finales de la década de 1950 un estudio basado en entrevistas con 1.200 madres obreras concluía que la mayor parte buscaban trabajo debido a «presiones financieras, habitualmente muy reales [y] a menudo directamente relacionadas con la escasez de vivienda o el deseo de dar a los niños una mejor educación y material escolar»[39]. En otras palabras, buscaron trabajo porque lo necesitaban. Según los datos del investigador social Pearl Jephcott sobre las mujeres trabajadoras en Bermondsey, «el objetivo era lograr un nivel de vida más elevado para sus familias»[40].

Los puntos de vista de los políticos sobre las esposas y madres trabajadoras nunca eran explícitos. Un estudio del Council for Children's Welfare señalaba que «el gobierno o es ambivalente o carece de políticas. Un ministro puede denunciar a las madres trabajadoras como responsables de la delincuencia juvenil, a la vez que otra institución está intentando atraerlas a la enseñanza o los hospitales»[41]. El trabajo de las mujeres casadas era vital tanto para los empleadores como para las familias de clase obrera. Pero en la sociedad opulenta el trabajo de las mujeres, como el crédito, a menudo era presentado como un «extra», un «lujo»; al expresarlo así, el gobierno no tenía que reconocer, ya no digamos afrontar, los límites de la prosperidad.

Las mujeres trabajadoras por sí mismas no se sentían afectadas por las historias de terror sobre la delincuencia. Las trabajadoras de Bermondsey «decían que la madre negligente era la demasiado indiferente y demasiado indolente como para aprovechar la oportunidad dorada, y quizás efímera, de beneficiar a sus hijos elevando los estándares materiales del hogar». Muchos de sus esposos estuvieron de acuerdo, y ayudaron con el trabajo doméstico y la cocina, de modo que sus esposas pudieran lograr un empleo[42]. «Por eso busqué trabajo», le dijo a un investigador social en 1955 la sra. Edwards, de Liverpool; «para que a mis hijos les fuera mejor»[43]. Su esposo era peón; ella, mujer de la limpieza y camarera a tiempo parcial; vivían en una casa ruinosa y tenían tres niños. Tales ambiciones no eran nuevas, y tampoco lo era la determinación de la mujer por ofrecer a sus hijos apoyo económico; pero a finales de los años cincuenta nuevos empleos dieron a las madres nuevas oportunidades para colmar sus ambiciones.

La duradera imagen de los años cincuenta como una década de esposas con pintalabios y delantal era sólo verdadera en los anuncios publicitarios. A comienzos de la década de 1960, los niños de los años cuarenta habían crecido con la idea de que las «buenas» madres salían a trabajar. Jean McLoughlin lamentaba que su madre «nunca tenía trabajo; bueno, ella no pudo porque siempre tenía un bebé»[44]. Hazel Wood, que creció en Coventry en la década de 1950, comprendía que «muchas mujeres habían salido a trabajar durante la guerra», y cuando su propia madre entró a trabajar de camarera a mediados de la década de 1950 «esto era simplemente normal». A su padre, un trabajador de fábrica, «no le gustó al principio, pero rápidamente se acostumbró», y sus tres niños disfrutaron de la nueva ropa y libros para el colegio que les proporcionó el trabajo de su madre. Hazel sabía, también, que lo que ganaba su madre era importante para su autoestima y buen ánimo. Ella era «hábil con la aguja» y empleaba algunos de sus ingresos para comprar tela barata en el mercado, pero no escatimaba con el diseño. A finales de la década de 1950 pasaba horas haciéndose un vestido *New Look* que requería metros y metros de tela; no iba a dejar que la sucia Coventry y las tareas domésticas impidieran que disfrutara de los frutos de su trabajo. «Todavía puedo verla doblada sobre la máquina, con esa mirada de determinación en su rostro», recordaba Hazel cincuenta años después. El vestido era una recompensa por su propio

trabajo duro; el mensaje que captó su hija era que las mujeres merecían algunos de los placeres de la vida, pero que tenían que trabajar para conseguirlos.

Para mucha gente, la de 1950 fue una década paradójica. Estaban mejor que sus padres, pero no tan bien como parecía sugerir la retórica del gobierno y la publicidad; y no estaban seguros de que los avances que habían experimentado fueran a perdurar. En 1957 Harold Macmillan alimentó sus miedos en su discurso «Nunca hemos estado tan bien». En este discurso ampliamente difundido animaba al debate sobre si el pleno empleo y el Estado del bienestar eran realmente sostenibles; un mercado libre podía traer mayor prosperidad a aquellos que trabajaran duro. Era un mensaje atractivo, pero que condenaba a un grandísimo número de personas a un estilo de vida mantenido sólo a través del crédito, la incertidumbre y el miedo.

En 1957 mucha gente corriente sintió que todavía tenía que experimentar la prosperidad que describía Macmillan. Para aquellas familias con trabajo, «prosperidad» no significaba una vida de comodidad y abundancia, sino muchas horas pasadas en una línea de montaje que nunca acababa, una casa de alquiler público con suelo de lino, una televisión alquilada, un sofá de tres piezas pagado a plazos, un gasto constante en los niños, un pequeño derroche en una noche de sábado o una semana en la costa, tras muchos meses de ahorro. Todos estos logros eran importantes, y valorados por familias para las que la década de 1930 todavía era un vívido recuerdo; pero dependían de que ambos padres trabajaran, y de muchas horas extra, deuda, ahorro y sacrificio. La sociedad opulenta dependía de su trabajo, pero la gente de clase obrera recibía una parte muy pequeña de sus frutos.

[1] B. S. Rowntree y G. Lavers, *Poverty and the Welfare State* (Londres, 1951), pp. 30-31.

[2] Citado en Thane, «Labour and Welfare», p. 104.

[3] Harold Macmillan, discurso en Bedford, 20 de julio de 1957, citado en «More Production "the Only Answer to Inflation"», *The Times* (22 de julio de 1957), p. 4.

[4] A. B. Atkinson y A. Brandolini, «On Data: A Case Study of the Evolution of Income Inequality across Time and across Countries», *Cambridge Journal of Economics,* vol. 33, n.º 3 (2006), fig. 1, p. 383. Mientras que Atkinson y Brandolini intentan demostrar que el índice Gini de desigualdad de ingresos continuó cayendo durante la década de 1950 una vez descontados los impuestos, está claro

que descontados estos la brecha entre los grupos de ingresos se amplió. Esto se debió a políticas impositivas conservadoras que beneficiaron a las clases media y alta, como discuto más adelante en este capítulo. Agradezco a Warren Oliver que llamara mi atención sobre este artículo.

[5] F. Zweig, *The Worker in an Affluent Society: Family Life and Industry* (Londres, 1961), p. 5.

[6] Routh, *Occupations and Pay*, p. 159.

[7] Beynon, *Working for Ford*, p. 65.

[8] «Now the Boys Interview the Bosses!», *Daily Mirror* (16 de septiembre de 1955), p. 8.

[9] Entrevista a James Carroll de Hilary Young (2007). Véase también B. Reed, *Eighty Thousand Adolescents* (Londres, 1950), cap. 2. Mi agradecimiento a Hera Cook por mostrarme esta última fuente.

[10] Calculado a partir de SN 6567, Crown Street, 1955-1963, UKDA.

[11] V. Raitz, *Flight to the Sun: The Story of the Holiday Revolution* (Londres, 2001), p. 229.

[12] «They Even Get Married on Tick!», *Daily Mirror* (6 de marzo de 1953), p. 2.

[13] Calculado a partir de SN 6567.

[14] D719/3/9, SN 6567.

[15] S. O'Connell, *Credit and Community: Working-Class Debt in the UK since 1880* (Oxford, 2009), p. 16.

[16] Raitz, *Flight to the Sun*, p. 228.

[17] «Tories Hit the Housewife», *Daily Mirror* (27 de octubre de 1955), p. 1.

[18] E. H. H. Green, *Ideologies of Conservatism. Conservative Political Ideas in the Twentieth Century* (Oxford, 2002), p. 175.

[19] Routh, *Occupations and Pay*, p. 159.

[20] *Ibid.*

[21] Citado en S. Ball, *The Conservative Party since 1945* (Mánchester, 1998), pp. 111-112.

[22] Reid, *United we Stand*, pp. 290-291.

[23] *Ibid.*

[24] Entrevista a Howard Blake de Hilary Young (2007). Véase también Field, *Blood, Sweat and Toil*, cap. 3.

[25] P. Thane, «Family Life and "Normality" in Post-War British Culture», en R. Bessel y D. Schumann (eds.), *Life after Death: Approaches to a Cultural and Social History of Europe during the 1940s and 1950s* (Cambridge, 2003).

[26] D. Kynaston, *Family Britain, 1951-57* (Londres, 2010).

[27] M. Young, «Distribution of Income within the Family», *British Journal of Sociology*, vol. 3, n.º 4 (1952).

[28] Véase, por ejemplo, «An Investigation into Problem Families», 1950, D495 (LI), R1, pp. 45-46, ULASC.

[29] P. Ayers, «Work, Culture and Gender: The Making of Masculinities in Post-war Liverpool», L*abour History Review*, vol. 69, n.º 2 (2004).

[30] Rowntree y Lavers, *Poverty and the Welfare State*, pp. 36-38.

[31] Sobre las encuestas de opinión, véase R. Lowe, «Modernizing Britain's Welfare State», en L. Black y H. Pemberton (eds.), *An Affluent Society? Britain's Post-War «Golden Age» Revisited* (Aldershot, 2004), p. 37.

[32] Conservative Party, *General Election Manifesto 1959* (Londres, 1959).

[33] Rowntree y Lavers sitúan la cifra en el 3 por 100, pero esto se debía a un error de cálculo en sus datos, como demostraron convincentemente investigadores posteriores: Abel-Smith y Townsend, *The Poor and the Poorest;* T. Hatton y R. Bailey, «Seebohm Rowntree and the Postwar Poverty Puzzle», *Economic History Review*, vol. 53, n.º 3 (2000), pp. 517-543.

[34] C. Cockburn, *Brothers: Male Dominance and Technological Change* (Londres, 1983), pp. 52-60, y Reid, *United We Stand*, pp. 294-329.

[35] S. Bowden, «The New Consumerism», en P. Johnson (ed.), *Twentieth Century Britain* (Londres, 1992).

[36] Calculado a partir de *Census of England and Wales, 1951: Occupation Tables* (Londres, 1954), gráf. 3; y *Census of England and Wales, 1961: Occupation Tables* (Londres, 1964), gráf. 3.

[37] A. Hunt, *A Survey of Women's Employment.* Vol. I, *Report, Government Social Survey 379* (Londres, 1968), pp. 115-117.

[38] Rowntree y Lavers, *Poverty and the Welfare State*, p. 57.

[39] S. Yudkin y A. Holme, *Working Mothers and their Children. A Study for the Council for Children's Welfare* (Londres, 1963), p. 168.

[40] P. Jephcott *et al.*, *Married Women Working* (Londres, 1963), p. 11.

[41] Yudkin y Holme, *Working Mothers and their Children*, p. 27.

[42] Jephcott *et al.*, *Married Women Working*, p. 171.

[43] LUA, D719/4/16, ULASC.

[44] Entrevista a Jean Eagles McLoughlin de Hilary Young (2007).

Interludio V
La sociedad opulenta

En 1956, con veintidós años, Viv estaba desesperada por lograr una porción de la alegría y *glamour* que veía en las películas de Hollywood que se proyectaban mientras trabajaba de acomodadora. Se tiñó el pelo de rubio e iba a bailar siempre que podía persuadir a su madre para que cuidara de su hijo, Stephen. Dedicó mucho tiempo a decorar y pintar su nuevo hogar con restos de botes diferentes de pintura que les sobraban a sus padres, y un papel de pared para el que ella y Matt habían ahorrado. Viv se decía a sí misma que «al menos Matt y yo tenemos una casa propia» –algo que decía que siempre había querido; o, dicho de otro modo, lo que en la década de 1950 se consideraba fundamental para la satisfacción de la gente de clase obrera–. Pero el papel de esposa y madre no era fácil con un ingreso limitado. Viv visitaba la casa de sus padres para poder saborear las buenas cosas de la sociedad opulenta; al tener a más hijos trabajando, su padre y madre ahora podían permitirse meriendas con salmón enlatado o carne picada, antes de «mirar la caja boba». Apenas se parecía a la sociedad de consumo de la retórica conservadora, pero Viv volvía a su propia casa cada vez más insatisfecha: «Miraba a las cuatro paredes; ni siquiera teníamos una radio».

En 1957 apareció un nuevo personaje de tira cómica en el *Daily Mirror:* Andy Capp. Este diminuto norteño ataviado con una gorra de felpa era demasiado vago para trabajar o ayudar en casa a su sufrida esposa Flo, pero siempre tenía energía para sacarle suficiente dinero para una vuelta por el pub o las apuestas. Reg Smythe, el creador de Capp, afirmaba haber basado sus viñetas en las andanzas de su propio padre en Hartlepool, donde, según él, la cosa no había cambiado mucho desde 1930. En unas pocas semanas, Capp estaba recibiendo sacos de cartas de lectores del *Mirror*, tanto hombres como mujeres: «Andy Capp es en secreto el sueño de todo hombre, lo que le gustaría ser», escribía en 1957 al *Mirror* un tal sr. D. L., de Watford. «Hace cincuenta años, si un hombre quería salir una tarde

simplemente se lo decía a su esposa, e iba. ¡Ahora tiene que pedir permiso! Volvamos a los viejos tiempos.» A las mujeres también les gustaba la tira cómica. «Estuve prometida con un “Andy Capp”», escribía una «Anónima» de Gosport. «Su humor seco siempre me divirtió y *su* palabra era definitiva. ¡Pero ay! Me casé con un sureño y, aunque él es inmaculado en apariencia y modales, echo de menos al magistral, duro y espabilado “Andy”.»

Viv ansiaba el mismo tipo de hombre –alguien que fuera independiente, libre de las exigencias del trabajo y la familia, y del miedo al endeudamiento o el desempleo–. Entonces conoció a Keith Nicholson, un minero de dieciséis años. Comparada con su deprimente vida de monotonía, su romance ilícito se pareció a una «película sexy y romántica». Pero al final se impuso la realidad: descubrió que estaba embarazada del hijo de Keith y le dijo a Matt que quería el divorcio. Su embarazo no deseado hizo sentir a Viv que de nuevo no tenía ningún control sobre su vida; los médicos sólo prescribían contracepción en casos médicos (y la píldora anticonceptiva únicamente estaría disponible a partir de 1961); pero al menos podía lograr el divorcio, que el gobierno de Attlee había hecho más barato y accesible para la gente de clase obrera. Matt se fue de vuelta con su madre, y Keith se mudó a la casa de Viv.

Keith ganaba menos que Matt. Su salario de aprendiz minero era de 7 libras a la semana, pero a menudo no le interesaba levantarse e ir a trabajar. Le decía a Viv que la mina era sofocante, calurosa y polvorienta, y agotador y aburrido el trabajo. En invierno nunca veía la luz del día, saliendo de casa cuando todavía era de noche, para trabajar en una mal iluminada galería. Viv no podía culparle: «Lo poco que conseguía no era tremendamente valioso, no daba para mucho».

Ese era el problema con la década de 1950: las buenas cosas de la vida estaban tentadoramente cerca, y las vacaciones, coches y aparatos domésticos prometían todos una vida de comodidad; pero lograrlos y aferrarse a ellos requería un trabajo duro constante, y un poquito de buena suerte. Parte del atractivo de Andy Capp estaba en sortear estas trabas; sus astucias para quedar fuera del control de su jefe, del Estado y de su esposa estaban teñidas de humor, pero también de la indignación y mala conciencia por una prosperidad –o, más precisamente, un mínimo de seguridad extra– que sólo llegaba pagando un alto coste. Andy Capp atraía a aquellos que se preguntaban si el Estado del bienestar y la vida en la línea de montaje

habían privado a los hombres de sus legítimas responsabilidades, y de su poder. Otro «Anónimo», de Edgware, le decía al *Daily Mirror* que le gustaba «Andy Capp porque representa al hombre interior que se rebela contra la rutina y la regimentación de nuestras vidas cotidianas»[1]. Viv también entendía la rebelión de Keith contra el trabajo rutinario que comportaba tan poca recompensa; pero el romanticismo no llevaba comida al plato.

[1] Cartas de los lectores en «Andy Capp Comes Alive!», *Daily Mirror* (19 de junio de 1958), pp. 12-13.

10. La época dorada de la Grammar School

Cuando Macmillan anunció que la gente «nunca había estado tan bien», dos generaciones de niños habían disfrutado de una radical innovación de posguerra: la educación secundaria gratuita. La Ley de Educación de 1944, puesta en vigor por la ministra de Educación laborista Ellen Wilkinson en 1948, hizo gratuita y obligatoria la educación secundaria para todos los niños entre los once y quince años. Wilkinson compartía el objetivo del arquitecto de la ley, el conservador Rab Butler, de proporcionar «igualdad de oportunidades educativas»: el mérito, más que la riqueza o el contexto familiar, determinaría la educación de las generaciones futuras. Pero la expansión educativa posterior a 1948 no creó igualdad de oportunidades. En su lugar, la política del gobierno creó un sistema escolar altamente selectivo que reservaba las mejores plazas para unos pocos. En última instancia tanto el laborismo como los gobiernos conservadores situaron las demandas de los empleadores por delante de las aspiraciones de los padres e hijos de clase obrera, y crearon un sistema educativo que dirigía a la mayor parte de los jóvenes hacia las fábricas de las que dependía la «prosperidad» en tiempos de paz.

La igualdad de oportunidades, desde luego, no había estado disponible antes de 1948. Con anterioridad a esa fecha las escuelas secundarias cobraban matrícula, que impedía el acceso a sus aulas a todos los niños de clase obrera, excepto una pequeña minoría. En 1938 sólo el 14 por 100 de los alumnos de escuela elemental en Inglaterra y Gales progresaron hasta las escuelas secundarias, la mayor parte de esos pocos gracias al limitado número de becas municipales disponibles[1]. Mientras que una proporción mayor de niños escoceses tuvieron una educación secundaria, pocos niños de clase obrera entraron en las escuelas secundarias superiores o Senior Secondary Schools (aquellas que ofrecían un currículo secundario completo y examinaciones externas)[2]. Wilkinson creía que lograr la igualdad de oportunidades dependía de que la educación estuviera hecha a medida de los talentos de cada niño. Y aceptó la recomendación del Comité

multipartidista de Norwood, que en 1943 había propuesto que la educación secundaria se introdujera según líneas tripartitas. La mayor parte de los niños en Inglaterra y Gales estudiarían en una escuela secundaria moderna (Secondary Modern School), el 15 por 100 en escuelas técnicas –diseñadas para educar a planificadores, arquitectos y técnicos– y otro 15 por 100 en escuelas secundarias selectivas, o Grammar Schools, de las que surgirían los médicos, abogados y académicos del país. Este sistema era similar al que ya se había introducido en Escocia, donde la educación secundaria fue gratuita a partir de 1936. Aquí existía una forma binaria de educación secundaria, en la que la mayoría de niños asistían a cursos de tres años en una escuela secundaria básica, mientras que las pruebas de CI determinaban la minoría que era admitida para estudiar en el curso académico de cinco años ofrecido por las escuelas secundarias superiores.

Los padres de clase obrera apoyaron enérgicamente la introducción de la educación secundaria gratuita. En 1945, Mass Observation entrevistó a cientos de personas sobre la nueva Ley de Educación y encontró un extendido deseo de que «todos tengan las mismas oportunidades». Significativamente, el entusiasmo popular por la educación gratuita fue particularmente intenso «entre aquellos que solamente tienen educación primaria»[3], como el padre de Ian White. Ian, hijo de un minero de Lancashire, era «lo que llaman un *Blitz baby*», al haber sido concebido durante un ataque aéreo en 1941. A finales de los años cuarenta «mi padre me llevó a lo alto de la mina y dijo: “Tienes dos opciones: te educas, o bajas a trabajar aquí”, y ahí, en la entrada de la mina de carbón, la corriente ascendía desde dentro, podías oler el azufre, era como estar en el infierno, así que pensé: ¡yo elijo educación!»[4]. La escuela se entendía como el pasaporte para una vida mejor.

Wilkinson, ella misma ganadora de una beca para una escuela secundaria selectiva (Grammar School), tenía dos «objetivos principales» que, según contó en la conferencia laborista de 1946, «provienen en gran medida de mi propia experiencia». Nacida en un hogar de clase obrera de Mánchester, Wilkinson «tuv[o] que abrir[se] camino hasta la universidad». Estaba decidida a asegurar que «ningún niño o niña se vea bloqueado por falta de medios»[5]. El acceso a las escuelas secundarias selectivas estaría determinado por el rendimiento de un niño de diez años en una prueba de inteligencia: el examen «once-plus». La educación tendría que ser la base

de la nueva meritocracia laborista, en la que el esfuerzo y el talento importarían más que el privilegio hereditario.

Wilkinson y su gobierno tenían un tercer objetivo, sin embargo: satisfacer las necesidades de los empleadores. Los tres tipos de escuela secundaria apoyados por Wilkinson no estaban basados en las demandas de profesores, padres o niños. En su lugar, se basaron en los tipos de trabajadores que necesitaría la economía de posguerra, según el gobierno. Los arquitectos de la Ley de Educación esperaban que las Grammar Schools conducirían a «los niños más capaces de la nación» hacia los estudios universitarios, mientras que los pupilos de las escuelas técnicas contribuirían a los «aspectos del diseño y producción de la industria», así como a la planificación de posguerra[6]. Pero la mayor parte de niños afrontaría un futuro diferente. En la conferencia laborista de 1946, Wilkinson se defendió de los numerosos y ruidosos defensores de la educación secundaria integral (no selectiva), muchos de los cuales eran ellos mismos profesores. Declaró que «no todo el mundo quiere una educación académica. Después de todo, el carbón debe extrarse y los campos ararse»[7]. Su afirmación confesaba la ingenua idea preconcebida de que los talentos y deseos de la gente encajarían fácilmente con lo que querían los empleadores. Y lo que muchos empleadores querían a finales de la década de 1940 eran peones para la línea de montaje.

Para finales de la década de 1950, las reformas de Wilkinson habían logrado mucho. Los niños de clase obrera estaban recibiendo más educación formal que nunca. En 1951 menos de un cuarto de los chicos y chicas de dieciséis años habían pasado por la escuela; sólo diez años después eran casi un tercio. Los niños nacidos en la década de 1940 tenían casi el doble de posibilidades de obtener cualificaciones formales que los nacidos en los años de entreguerras[8].

Pero si los niños de clase obrera estaban recibiendo más educación que sus padres, se encontraban en desventaja respecto a sus compañeros de clase media. El 80 por 100 de los niños fueron educados en las escuelas secundarias modernas no selectivas durante la década de 1950[9]. La mayoría de ellos eran los hijos de trabajadores manuales. Estas escuelas eran las parientes pobres de las Grammar Schools. Muchas, de hecho, simplemente eran las viejas escuelas elementales rebautizadas. En 1951, 628 escuelas en Inglaterra y Gales todavía se alojaban en edificios que, en

1920, habían sido certificados como «no acondicionados para su uso»[10]. Entre ellos estaba la escuela de Granby Street, en Liverpool, donde los inspectores de escuela de Su Majestad se horrorizaron al descubrir a niños de cinco a quince años hacinados en aulas abarrotadas «seriamente afectadas por la humedad»[11]. En 1958 el conservador Geoffrey Lloyd, ministro de Educación, reconocía que la mayor parte de las escuelas secundarias modernas británicas carecían de «las instalaciones necesarias para una adecuada educación secundaria, sobre todo en las materias científicas y técnicas»[12]. Pero la inversión del gobierno en las escuelas secundarias modernas siguió siendo baja.

Los niños de clase obrera tenían muy pocas posibilidades de entrar en las académicamente selectivas Grammar Schools. «Estamos creando una nueva clase media», declaraba en 1958 el director de la Grammar School de Mánchester. «Las Grammar Schools son realmente la punta de lanza de la movilidad social»[13]. Sin embargo, menos del 20 por 100 de los hijos de trabajadores manuales obtuvieron plaza en una Grammar School, mientras que más del 50 por 100 de los hijos de profesionales y propietarios de empresas sí lo consiguieron[14]. En Liverpool, informaba el *Daily Post* de la ciudad, «por tomar como ejemplo la zona de Paddington [en el centro de la ciudad], sólo el 10 por 100 de los niños de ese distrito van a Grammar Schools después de los once años. Este porcentaje aumenta hasta el 70 y 80 por 100 en zonas [de clase media] como Childwall y Mossley Hill»[15].

Un gran número de periodistas y políticos –tanto de izquierda como de derecha– sugerían que los padres de clase obrera eran los culpables de los bajos logros educativos de sus hijos. En 1951 *The Economist* consideraba que el gran número de alumnos de Grammar School que abandonaban a los dieciséis años indicaba que «no todos aquellos que claman por una plaza toman su decisión con un pleno sentido de responsabilidad, ni muchos de sus padres son conscientes de cuán riguroso puede ser un curso de Grammar School para el niño que llega con las capacidades muy justas»[16]. Los investigadores J. W. B. Douglas, J. M. Ross y H. R. Simpson sugerían que el bajo número de admitidos de clase obrera en Grammar Schools «quizás se deba a las bajas ambiciones por parte de los alumnos y sus padres de clase obrera manual»; aunque su estudio de 5.000 escolares no ofrecía ninguna prueba definitiva de ello[17].

Sí era cierto que algunos padres se mostraban reticentes a ver a sus hijos pasar por el estrés del examen once-plus, y la abrumadora posibilidad de fracaso. A finales de la década de 1950 J. G. Ballard –antiguo alumno privado y después aclamado escritor de ciencia ficción– se encontró con algunos de estos padres cuando vendía enciclopedias puerta a puerta. Eran un valioso añadido para muchos estantes de familias de clase obrera[18], pero este no era el caso, según descubrió Ballard, en Coventry. «Aquí la gente estaba más interesada en llevarme dentro para mostrarme su televisión, o su salón con sofá […] la educación importaba muy poco»[19].

Ballard, que elegiría educar personalmente a sus propios hijos, no comprendía las aspiraciones de los padres a los que conoció, la mayor parte de los cuales habían experimentado la desesperación de buscar trabajo e intentar llegar a fin de mes. Para ellos, uno de los beneficios más importantes del pleno empleo de posguerra era que daba a sus hijos la oportunidad de una existencia más despreocupada. Entre ellos estaban Jack y Christine Elliott, de Willenhall, en Coventry, cuyas hijas, Carol y Pauline, no pasaron el once-plus en los años cincuenta, y abandonaron la escuela secundaria sin cualificaciones formales. Veinte años antes, Christine había querido una educación secundaria para sí misma, pero sus años en una escuela elemental se habían visto oscurecidos por el desempleo de su padre y la pobreza de la familia, tanto que tuvo una crisis nerviosa a la edad de nueve años. En 1934 «volví [a la escuela] y me había perdido tanto que era la más rezagada. No les importaba, y a mí no me importaba». Para la década de 1950, con quince años sus hijas pudieron encontrar un trabajo de fábrica bien pagado, y aparentemente tenían un empleo de por vida. En Coventry la proporción de niños que pasaban por los exámenes avanzados *(A-level)* era ligeramente más baja que en Inglaterra en su conjunto, reflejando la disponibilidad de trabajo fabril y de oficina[20]. «Sólo quería que fueran felices», decía Christine, y eso significaba evitar el estrés y dificultades que había experimentado, con todos los exámenes necesarios para entrar, y después para tener éxito en la Grammar School.

Algunos padres también albergaban dudas sobre el hecho de que sus hijos ascendieran socialmente. Paul Baker nació en Coventry en 1948, en «una [casa] prefabricada de cartón» en las afueras. Era el hijo de un lechero que había combatido en la guerra. Paul recordaba que su padre «estaba más interesado en el trabajo, en su vida y amigos, supongo [que en la

educación]; lo que aprendió durante los seis años de la guerra fue supervivencia»[21]. La solidaridad con los amigos, mantener un trabajo estable, sobrevivir: estas eran virtudes importantes, y a veces para los padres era difícil reconocer que los hijos tendrían que rechazarlas para lograr salir adelante en la vida. Pero muchos padres también eran escépticos y sospechaban de un sistema educativo que equiparaba el «éxito» al estatus de clase media. A Christine Elliott, por ejemplo, le preocupaba que la educación superior llevara a sus hijas a «pensar que son mejores que los demás […] si ibas a la universidad […] pensabas que eras mejor que los otros, pero no eras diferente. Sólo en tu imaginación».

Algunos progenitores –generalmente el padre– pensaban que la educación no era necesaria para sus hijas. «Él no creía en la educación para las chicas», recordaba Ann Lanchbury; su padre insitió en que la hermana mayor de Ann, Pam, abandonara la Grammar School tan pronto como pudiera, para comenzar a trabajar en 1947. La Ley de Educación ayudó a cambiar esta práctica, cuando no las actitudes subyacentes. Cuando la propia Ann comenzó en la misma Grammar School, en 1952, era consciente de que «mi padre no tenía absolutamente ningún interés», pero «el hecho de que fuera gratis significaba que no podía hacer nada al respecto». Encuestas de trabajadores en Luton y Tyneside en la década de 1960 sugerían que los hombres veían la eduación como menos importante para sus hijas, y muchos de ellos creían que la economía doméstica era más valiosa que el inglés o las matemáticas. Este era especialmente el caso en familias que surgían de áreas con una estricta división sexual del trabajo, como los distritos agrícolas y las zonas mineras del noreste, donde eran escasos los trabajos para mujeres; aunque también era evidente en otros hogares[22]. Norman Lewis, de Lancaster, se casó con veintiún años, en 1951. A comienzos de la década siguiente, sus tres hijos, Yvonne, Carol y David, habían pasado por el once-plus, y lo habían suspendido. «Nunca se habló de que las chicas fueran a la Grammar School», recordaba él; pero Norman lo habría querido para David, y fue a la escuela primaria para averiguar qué podía hacer para ayudar. «Yo quería que a David le fuera bien […] asumí que las chicas se casarían y su vida reflejaría el tipo de compañero que eligieran.» David era diferente, a ojos de su padre; tenía que ganarse la vida[23].

Un cambiante mercado laboral ayudaba a cambiar estas actitudes. De hecho, a lo largo del país, ligeramente más chicos que chicas abandonaban la escuela a los quince años durante la década de 1950. Muchos de los trabajos en expansión que estaban disponibles para las mujeres, tanto de oficina y servicios como trabajos técnicos, exigían cualificaciones formales que sólo se podían obtener a la edad de dieciséis años. La propia Ann Lanchbury se benefició de esto; enfermería, la profesión que eligió, estaba en expansión cuando ella alcanzó la adolescencia, mientras que las elecciones ocupacionales de su hermana Pam habían sido más limitadas[24].

Algunos padres de clase obrera se mostraban ambiguos sobre el hecho de que sus hijos entraran en empleos de cuello blanco o de técnicos profesionales. Algunos, quizás, estaban celosos de las mayores oportunidades de sus hijos, pero mezclada con esto estaba la suspicacia acumulada respecto a los gerentes intermedios y los burócratas. Muchos hombres veían el acceso a tales ocupaciones como algo de lo que no se podía estar orgulloso, independientemente del estatus de tales trabajos en el censo decenal. A mediados de la década de 1950, Peter Willmott y Michael Young descubrieron que «una notable minoría de hombres» en Bethnal Green creía que los trabajadores y gerentes de oficina «no hacían nada» valioso. Estos padres animaron a sus hijos a entrar como aprendices en un oficio, algo que podría ofrecer un trabajo de por vida y una serie de habilidades que podían ser importantes herramientas de negociación laboral[25]. Estos hombres no buscaban frenar a sus hijos; más bien, sus valores se oponían a la jerarquía obrero manual / oficinista / gerente defendida por los sucesivos gobiernos de posguerra. A medida que aumentaron las perspectivas de los trabajadores de cuello blanco, también cambiaron las ambiciones de los hombres. En 1963 los sociólogos descubrieron que una abrumadora mayoría de los trabajadores de automóviles de Luton esperaban que sus hijos accedieran al trabajo de oficina, que era considerado más limpio, seguro e interesante que un trabajo de fábrica. Bernard Harris quería que su hijo James lograra «un buen trabajo técnico, un buen despacho, una buena camisa blanca: un delineante elegante […] es más interesante que mi trabajo y […] es un trabajo que puedes llevar contigo allí donde vayas»[26].

Pero las madres de clase obrera a menudo deseaban más la educación por sí misma. «Es la madre la que les educa», les dijo un hombre de Huddersfield a los científicos sociales Brian Jackson y Dennis Mardsen cuando estudiaron la experiencia de los alumnos de clase obrera que entraban en las Grammar Schools de la ciudad[27]. Algunas de estas mujeres se perdieron el ciclo educativo en la década de 1930, cuando las familias, ante la difícil elección sobre a quién educar, eran más proclives a elegir a los hijos que a las hijas. Pocas veces tenían la oportunidad de experimentar la habilidad, el orgullo y la camaradería que muchos hombres creían que encarnaba el trabajo manual cualificado, y por consiguiente albergaban esperanzas diferentes para sus hijos. La madre de Paul Baker estaba entre ellas. Era trabajadora en las oficinas del Ayuntamiento de Coventry, y a ella se le había negado la educación secundaria, así que estaba decidida a que tanto su hijo como su hija tuvieran mejores oportunidades. Paul era el mayor de sus dos hijos. Le llamó Paul Vincent Baker porque, recordaba él, «en una etapa muy temprana ella tuvo esta visión de que yo iría a Oxford o Cambridge y me convertiría en abogado, y pensaba que un nombre compuesto –Vincent-Baker– sonaría bien». Mientras que el padre de Paul no decía mucho sobre la escuela, «mamá sabía que la educación sería una parte muy, muy importante de la vida después de la guerra». Empleó sus ingresos para pagar lecciones de piano para sus hijos, y «ella siempre intentaba ayudar con los deberes, o con las lecturas»[28].

La mayoría de los padres querían la mejor educación para sus hijos, independientemente del trabajo en el que pudieran terminar. En 1954, el dossier del *Daily Mirror* titulado «La educación en primer plano» publicaba quejas de padres por el estrecho currículo que ofrecían las escuelas secundarias modernas. «Mi hija de catorce años es inteligente. Sin embargo, no puede deletrear muy bien. ¿Por qué?», se preguntaba una «Madre preocupada» de Weston-super-Mare. «Porque pasa demasiado tiempo en la escuela aprendiendo a cocinar y coser, cómo lavar y comprar. Todo eso puede aprenderlo en casa»[29]. En 1959, los inspectores de escuelas de Su Majestad observaron que los padres y los niños de una gran escuela secundaria moderna en Coventry estaban descontentos con la falta de oportunidades para permanecer en la escuela y aprobar los exámenes. No podían hacerlo porque «no hay suficiente oferta de educación postobligatoria para satisfacer la demanda»[30].

Hacia 1959, su sed de aprendizaje era cada vez más difícil de ignorar. El gobierno encargó a un comité encabezado por Geoffrey Crowther que evaluara la educación de los niños de edades entre quince y dieciocho años. El Informe Crowther concluyó que la principal queja entre los padres «de cualquier tipo de vecindario y ocupación» era «que sus hijos, al no poderse asegurar la admisión en una Grammar School, han sido condenados a una escolarización insuficiente». Lo que es más, «la demanda de una educación más larga es aún mayor entre los niños y niñas que entre sus padres». El 16 por 100 de los niños y el 23 por 100 de las niñas que asistían a la secundaria moderna «dijeron que les hubiera gustado permanecer al menos un año más en la escuela»[31].

Como sugiere este afán por la educación, las posibilidades vitales de un niño no estaban determinadas ni por sus aspiraciones, ni por las expectativas de sus padres. La mayoría de los niños tenían una educación secundaria no académica porque la política del gobierno limitó el éxito académico a sólo unos pocos. Esto causó decepción y vergüenza entre miles de niños y sus padres. En 1949, a pesar del aliento de su padre, Ian White, el hijo del minero de Lancashire, suspendió el examen de once-plus. Asistió a una escuela secundaria moderna, donde la única cualificación que obtuvo fue un certificado en jardinería. «Más tarde me formé de manera autodidacta», recordaba cincuenta años después; el recuerdo de este «fracaso» todavía le dolía.

La «preferencia por la Grammar School», concluyeron los científicos sociales Jean Floud y A. H. Halsey después de realizar un estudio exhaustivo a mediados de la década de 1950, «no tiene relación con las realidades del resultado del proceso de selección»[32]. Bill Rainford lo sabía. Él pasó por el examen once-plus en 1958. Al igual que Paul Baker, Bill tenía una madre que era «muy ambiciosa» respecto a sus hijos, y empleó su sueldo como dependienta para «comprarnos libros y juguetes». Su esposo trabajaba en la fábrica local de Dunlop y, según decía Bill, no estaba «menos interesado en nosotros, sino que no creo que considerara que la educación nos ofrecía tanto como pensaba ella». Con toda su ayuda y aliento, Bill estaba seguro de que aprobaría el examen y cumpliría las grandes esperanzas de su madre:

> Estaba desesperado por entrar en los Scouts y mi madre puso como condición que, si superaba el once-plus, podía unirme a ellos, y nunca olvidaré ese día […] Cuando llegué a casa […] mi padre estaba sentado allí, tomando su té, y le dije: «¿Ha llegado?», y mi papá dijo «Sí», y me miró e hizo como [sacude la cabeza], así que me disgusté y subí las escaleras, y creo que mi madre estaba un poco decepcionada también, pero, como ella me dijo más tarde, «después de que hayas tomado tu té», dijo, «lávate y ve a los Scouts». Entonces le contesté: «Pero dijiste que tenía que aprobar el once-plus». Y ella dijo: «No te preocupes».

La señora Rainford no estaba sola al ver que se desvanecían sus aspiraciones. «Los padres de grupos ocupacionales manuales», observaba J. Bynner en una de las encuestas más amplias realizadas sobre las actitudes de los padres respecto de la educación (su equipo entrevistó a miles de madres y padres), «parecen sufrir una serie de decepciones con los logros educativos de sus hijos»[33].

Aquellos cuyo fracaso era más probable fueron los niños de clase obrera. Una razón era la diferencia en los niveles de vida material. Los niños de clase media eran más propensos a tener muchos libros, una habitación cálida y tranquila en la que hacer sus deberes, una casa cómoda y sin preocupaciones financieras. En 1954 una investigación del gobierno sobre el temprano abandono escolar concluía que la «mala vivienda» era crucial para explicar por qué los hijos de los trabajadores manuales abandonaban la escuela a una edad más temprana que los de cualquier otro grupo ocupacional. Los niños de familias numerosas, o cuyos padres no tenían trabajo, eran proclives a tener un bajo rendimiento en la escuela y a abandonar la educación lo antes posible, para buscar trabajo[34].

Si las dificultades materiales ayudaban a explicar el fracaso de la clase obrera, el sesgo de clase en el examen once-plus ayudaba al éxito de la clase media. Para finales de la década de 1950, investigadores sociales como A. H. Halsey subrayaban que el examen constantemente utilizaba referencias culturales típicas de la clase media. La matrícula privada para el examen –asequible para los padres de clase media, pero apenas accesible para los niños de clase obrera– catapultaba las oportunidades de éxito del niño[35]. Todo esto socavaba las afirmaciones de que este era un test objetivo de «aptitudes», más que de la calidad de la enseñanza recibida.

Hacia finales de la década de 1950, algunos investigadores sociales sugerían que el once-plus era un medio insidioso de mantener a la mayor parte de los niños en el nivel más bajo, más que de ayudar a aquellos con

talento a elevarse a lo más alto. En 1955 un informe de Robin Pedley, un investigador en el Departamento de Educación del University College de Londres, captó la atención del *Daily Mirror:* «Señala que en 1953 *uno de cada tres* de los niños que entraron originariamente en la escuela integral de Castle Rushen […] lograron Certificados de Educación; pero en Inglaterra y Gales, en su conjunto, sólo *uno de cada cinco* niños resulta siquiera admitido a las Grammar Schools»[36]. La sugerencia de Pedley de que el once-plus en realidad minusvaloraba el potencial académico de los niños de la nación hizo cada vez más eco en los debates del Partido Laborista. En 1956 la conferencia del partido votó a favor de adoptar una política educativa diferente, que favoreciera las escuelas integrales selectivas en vez del sistema tripartito. El gobierno conservador, sin embargo, siguió oponiéndose implacablemente a acabar con la selección educativa.

Las otras grandes proveedoras de educación, las iglesias, también se mostraron reticentes a proporcionar una escolarización adecuada para sus alumnos de clase obrera. En Liverpool, la Iglesia católica era responsable de la educación secundaria de un tercio de los escolares de la ciudad, pero no estaba dispuesta a ofrecer más que la escolarización más básica a sus feligreses de clase obrera. A finales de la década de 1940 el plan para la educación secundaria de posguerra del Ayuntamiento de Liverpool fue criticado por el ministro de Educación, por su «inadecuada oferta de Grammar Schools». Como explicaba el Ayuntamiento, esto ocurría porque la Iglesia católica no estaba «preparada […] para contemplar una oferta completa de Grammar School»[37]. Ni la Iglesia estaba dispuesta a invertir ningún dinero adicional en las escuelas ruinosas del centro urbano, unos colegios «para todas las edades» que continuaban acomodando a la mayor parte de escolares de clase obrera.

Una de las que sintieron los efectos de todo ello fue Jean McLoughlin. Nacida en 1947, creció en un piso de alquiler público de dos dormitorios en el centro urbano de Liverpool, junto a otros quince niños. Los McLoughlin vivían en Myrtle Parade, a unos pocos minutos de los famosos grandes almacenes Lewis, y de la estación de ferrocarril de Lime Street. El centro de la ciudad y la universidad parecía a un mundo de distancia de Jean. «Mi papá no era realmente alguien dedicado a mantenernos», dijo Jean. Sus hijos no estaban seguros de lo que hacía para vivir, pero sabían que todo padre tenía que tener un trabajo, así que «le preguntamos a nuestra madre y

ella dijo: “Es un chulo”. Así que, cuando preguntaban cuál era la ocupación de tu padre, mi hermano puso “un chulo”». Esto era en St. Anne’s, una antigua escuela elemental católica que en la década de 1950 todavía educaba a niños de cinco a quince años. «Las monjas pensaban que mi madre era maravillosa», recordaba Jean; «decían: “¡Quince hijos, trece de ellos crecidos!”».

Cargar con niños y mantenerlos limpios y con vida era un logro admirado en esta escuela, pero no era suficiente para la propia Jean. Cuando, a la edad de diez años, «suspendió» el once-plus «estaba decepcionada, pero quería a las monjas y si suspendías te quedabas en St. Anne’s». Pero, al cumplir los doce, la actitud de Jean respecto a la escuela había cambiado. Se convirtió en la niña con más edad de su familia que todavía no ganaba un salario. Por consiguiente, «mi madre comenzó a dejarme en casa cada viernes para cuidar de los pequeños mientras ella hacía la colada [en la lavandería del vecindario], y yo lo odiaba». Jean se daba cuenta de cuánto le gustaba aprender cosas nuevas, pero sus maestros de escuela no decían nada sobre sus ausencias, y mucho menos intervenían o sugerían que la propia vida de Jean podía ser diferente o mejor que la de su madre. Se asumía que Jean abandonaría la escuela a la primera oportunidad, y encontraría trabajo –como así fue– a los quince, cuando comenzó a trabajar en la fábrica textil local.

En 1960 Joan Brothers, una posgraduada de la Universidad de Liverpool, descubrió que la resistencia de la Iglesia católica al cambio social y educativo seguía siendo fuerte. Su investigación acerca de la relación entre Iglesia y escuela reveló que la mayor parte de sacerdotes habrían preferido que sus feligreses de clase obrera continuaran en escuelas elementales católicas. Su mayor queja, sin embargo, era que los alumnos de Grammar School tenían la confianza y capacidad suficientes para cuestionar el estatus religioso y social del sacerdote. «Piensan que han aprendido mucho», decía un sacerdote con desaprobación; «parecen pensar que están en posición de replicarte»[38]. Muchos padres preferían que sus hijos asistieran a las nuevas y mejor equipadas escuelas estatales seculares, como la madre de Bill Rainford, que, después de que suspendiera el once-plus en 1958, «luchó con uñas y dientes» para lograr que entrara en la nueva escuela integral de Gateacre, cerca de su moderno barrio de vivienda pública. Los funcionarios del Ayuntamiento le dijeron que esta escuela moderna y bien

equipada no estaba abierta a los niños católicos, incluso a aquellos que habían sido educados en escuelas primarias seculares, como había sido el caso con Billy; se suponía que tendrían que ser transportados en autobús a una destartalada escuela secundaria moderna católica en el centro de la ciudad. La madre de Billy ganó su lucha, pero otros padres y niños estaban condenados a una educación de tercer nivel sencillamente por su religión.

Para los pocos que sí salvaban el obstáculo del once-plus, en un principio la Grammar School a menudo parecía ser la tierra prometida. Muchos eran conscientes de haber hecho felices a sus padres; Howard Blake lo recordaba como «uno de los momentos más felices de mi madre». Los imponentes edificios, los ambiciosos objetivos del profesorado, y los muros adornados con los cuadros de honor de sus antiguos integrantes ayudaban a inculcar un sentimiento de orgullo en el logro que habían alcanzado. En 1959 Paul Baker aprobó el once-plus (para alegría de su madre) y estaba «muy orgulloso» de convertirse en alumno de la Bablake School de Coventry. «El mensaje era: “Todos tendréis éxito”.» Los niños con amor al aprendizaje se deleitaban con las nuevas y excitantes materias ofertadas; sus estudios estaban muy por delante de cualquiera de las cosas que sus padres habían experimentado en la escuela. Lorna Sage, hija de un mecánico de coches en Hanmer, un pequeño pueblo en la frontera galesa, fue en 1955 una de las dos o tres de su clase que aprobaron el examen once-plus, un logro que adjudicaba a su maestro, que vigiló el examen y con algunas trampas magnánimas «permitió que una o dos de nosotras escapara al destino de limpiadoras […] Debo mi posición privilegiada a la conexión del vicariato [ella era la nieta del vicario]». Lorna recordaba su primer curso en el instituto Whitchurch para niñas como el comienzo de una nueva y excitante vida: «El autobús me recogía cada día […] a las 8:15 y me dejaba de nuevo a las 4:30; entre medias estaba yo sola ante todos los latinajos»[39].

Pero, lejos de ser un entorno sin clases, las distinciones sociales entre ellos y sus compañeros de clase media pronto hicieron a muchos alumnos obreros de Grammar School agudamente conscientes de su origen social. «Supongo que fue entonces cuando me di cuenta de que era de clase obrera», dijo Howard Blake, que se encontró estudiando entre los hijos de empresarios y abogados. En 1952 Ann Lanchbury también aprobó el once-plus en Coventry, y asistió a una Grammar School de chicas. «Me pregunto

si el hecho de que estuvieras en una vivienda pública influía en tu aprobado [en el once-plus]», reflexionaba Ann, «porque no lo puedo recordar; realmente no puedo recordar a chicas que vivieran en barrios públicos». Pese a disfrutar sus estudios en el instituto Whitchurch, Lorna Sage se sentía «como una evacuada, o una persona desplazada»[40].

El sentimiento de diferencia e inferioridad de estos niños de clase obrera se vio exacerbado por sus compañeros de clase. La mayor parte de Grammar Schools estaban situadas a cierta distancia de los vecindarios de clase obrera, en los centros de la ciudad o –más frecuentemente– en zonas residenciales de clase media, poco familiares para esos jóvenes obreros. Los compañeros de clase más adinerados a menudo conocían el área y a muchos de sus condiscípulos antes de comenzar la escuela. Algunos de los alumnos de clase media marginaban a sus pocos compañeros de clase obrera, precisamente por su proveniencia. «Los niños de clase media estaban convencidos, de una manera casi obsesiva, de que ellos estaban limpios y los demás no lo estaban», revelaban Brian Jackson y Dennis Marsden, y añadían que

> varios […] se referían a los niños de clase obrera en la escuela como «zarrapastrosos» o decían que iban vestidos como «vagabundos». Pueden haberse dado casos inusuales de niños pobremente vestidos en la escuela, pero en conjunto esto era muy difícil de aceptar como algo generalizado. Nos vimos inclinados a pensar que estábamos ante un ejemplo marginal, donde un caso singular sustentaba un estereotipo social […] «No creo que sea justo», decía Christopher Farrell, «estos mocosos deben tener una oportunidad; pero no en un lugar como [su Grammar School] Marburton College»[41].

Lejos de superar las divisiones sociales, la escolarización selectiva las exacerbaba, sugiriendo que sólo unos pocos «merecían» mejorar en la vida.

Las propias escuelas perpetuaban sutiles pero significativas formas de discriminación. Después de su alegría al aprobar el once-plus, los niños de escuelas primarias en distritos de clase obrera eran susceptibles de acabar en las Grammar Schools menos populares; algo que los investigadores sociales consideraban que tenía poco que ver con los resultados de los exámenes[42]. Estos institutos podían, y de hecho cobraban, por «extras»: papelería, viajes de fin de curso, uniforme y equipo deportivo eran a menudo prohibitivamente caros, pero carecer de ellos podía llevar a que un niño fuera estigmatizado. La hermana mayor de Ann Lanchbury «me compró una cartera, porque había estado en la Grammar School y sabía que

esas cosas importaban». Los padres de Paul Baker «lo arreglaron para que fuera a comer cada día a casa de mi abuela, que era un largo viaje, pero más adelante me di cuenta de que no querían que fuera el único en el patio que comía bocadillos». Sus padres no podían permitirse los almuerzos de la escuela. Jackson y Marsden informaron de que los padres de clase obrera se quejaban de que nunca eran invitados a las escuelas a tratar el progreso de sus hijos, mientras que a otros padres sí se les invitaba[43].

Los niños tenían que elegir si adaptarse o no al *ethos* netamente de clase media de las escuelas. Muchas Grammar Schools disuadían a los alumnos de que entraran en los clubes de jóvenes o equipos de deportes del vecindario[44]. «Los chicos que buscan sus diversiones de ocio en los clubes y sociedades organizadas por la escuela», informaba el manual para padres del Bablake School, «prosperan académicamente más que los que se unen a clubes y sociedades externos, que pueden entrar en conflicto con las lealtades de la escuela»[45]. Pero esto significaba que los alumnos de clase obrera tenían que abandonar a sus amigos del vecindario para encajar en las tareas y deportes de la escuela. La falta de *rugby league* o de fútbol molestaba a los chicos de clase obrera; las Grammar Schools jugaban a *rugby union;* otro aspecto en el que imitaban a las escuelas privadas de Gran Bretaña[46]. Estos elementos de cultura escolar no tenían nada que ver con impulsar el éxito académico; simplemente promovían y perpetuaban el elitismo social.

Los niños se veían desgarrados entre dos mundos: querían hacer que sus padres se sintieran orgullosos, pero se les enseñaba que el éxito dependía de que rechazaran las experiencias de sus padres. Margaret Forster aprobó el once-plus en 1949. Ella era la hija de un trabajador de fábrica; su madre había sido trabajadora municipal hasta que se casó, y claramente no estaba satisfecha con el trabajo doméstico. Animó a Margaret a que prosperara, pero, a medida que su hija progresaba en la Carlisle County High School, «[todo] lo que ella podía ver eran problemas acercándose, un abismo que emergía»[47].

«No vi mucho a mis padres en esa época», decía Paul Baker acerca de sus primeros cuatro años en Bablake School. Su ingreso en la Grammar School coincidió con que su padre, que antes trabajaba de lechero, obtuvo un empleo fabril, mejor pagado; la familia compró su propia casa en Coundon, un suburbio algo más próspero, y Paul, «como era el chico, consiguió el

dormitorio más grande»; su hermana menor, Vicky, se quedó con el más pequeño. Paul se retiraba a su habitación con la excusa de hacer sus deberes; y era cierto que tenía muchos, pero también tenía sentimientos encontrados sobre el estilo de vida de sus padres. Habían sacrificado mucho, y continuaron ayudando de muchas maneras: en la habitación de Paul había una gran estantería que su padre había construido en su tiempo libre para los libros escolares de su hijo. Al mismo tiempo, no entendían hasta qué punto se ampliaban los horizontes de su hijo. Les preocupaba que pudiera considerar su casa insuficientemente equipada, tras ver las casas más lujosas de sus compañeros de clase, y sin embargo para Paul este no era el problema. Para él la cuestión residía en que la escuela abría un mundo más allá de Coventry que se mostraba nuevo y emocionante, pero podía resultar amenazante para sus padres. «Cuando había viajes escolares y demás, a Francia o a esquiar, no pude ir; decían que el problema eran los pasaportes y el dinero, y así era, pero también se trataba de que no sabían por qué alguien querría hacer eso. No era parte de su mundo.» Su madre no podía ver qué sentido tenía malgastar el dinero en viajes al extranjero: ¿qué tenía eso que ver con prosperar y conseguir un buen trabajo? Como igualmente le ocurría a la madre de Margaret Forster, también a ella pudo haberle preocupado la distancia social que la educación de su hijo parecía abrir entre ellos.

Muchos alumnos al final se rebelaban. Paul Baker estuvo entre ellos. A la edad de quince años, había cambiado de ser un orgulloso niño de once años desesperado «por tener éxito» a ser «un intruso […] Me sentí como una carga que ellos [la escuela] legalmente tenían que soportar con estos […] pobres […] Me sentí un poco marginado». Mientras que su educación le daba una idea de qué mundos existían más allá de Coventry, la propia escuela no pudo apoyar sus ambiciones, insistiendo en un plan de estudios estrecho que se orientaba principalmente hacia lograr resultados excelentes en los exámenes. Surgió un grupo de niños cuyo camino parecía conducir hacia la universidad, pero Paul no estaba entre ellos. «Nunca incluyeron a mis padres en discusiones o nada parecido», dijo; «pero había otros que siempre estaban en los eventos, cuyos hijos iban a los viajes». Había más que compartían esa misma experiencia: «Todos éramos niños desaliñados; quienes iban mejor en la escuela eran los que tenían mejor ropa y casa», le decía a un entrevistador en 1956 un exalumno de dieciocho años de una

Grammar School del East End londinense: «Siempre los odié»[48]. La mayoría de los alumnos de Grammar Schools acababa la escuela a los dieciséis años, pero tenían muchas más posibilidades de hacerlo los alumnos de clase obrera que sus compañeros de clase media.

Lejos de ser agentes activos de movilidad social, los maestros de Grammar Schools disuadían a muchos alumnos de clase obrera de que permanecieran hasta el último grado. Se animaba sólo a unos pocos alumnos excepcionales y determinados, y algunos tenían la suerte de encontrarse con profesores que les inspiraron. «Tuve una genial profesora de inglés, Miss Wynne, que me estaba ayudando a ser mejor lectora», recordaba Margaret Forster. «Me dio una lista de todos los autores que debería conocer una persona leída. Era exactamente lo que necesitaba y quería, pero irritaba a mi madre, que consideraba que eso abría entre nosotras el abismo que ella temía»[49]. Más tarde, en el último grado, los profesores publicaban folletos sobre las facultades de mujeres de Oxbridge, que inspiraron a Margaret para intentar matricularse en la universidad, con éxito. Pero la mayor parte de esa pequeña minoría que lograba llegar al último grado era canalizada hacia el trabajo técnico o industrial, más que animada a matricularse en la universidad. El Informe Crowther subrayaba que los pocos niños de clase obrera que continuaban después de los quince años a menudo elegían las pruebas de acceso erróneas para entrar en la universidad, o desconocían que había becas y subsidios estatales disponibles[50]. Las escuelas con un alumnado predominante de clase media no se preocupaban de informar a los alumnos sobre el proceso de solicitud de ingreso en la universidad, asumiendo que sus padres lo harían; y a menudo suponiendo que sus alumnos de clase obrera no estaban destinados al estudio avanzado. El sueño de Paul Baker de convertirse en abogado fue desechado por su maestro, que indicó demasiado tarde que Paul necesitaba aprobar el examen *O-level* de latín para estudiar letras en la universidad. Muchas chicas de clase obrera fueron empujadas a la formación de profesorado básico, pese a lograr las notas necesarias para la entrada en la universidad[51]. Lejos de abrir nuevos horizontes, la Grammar School fue, para muchos niños, una larga serie de obstáculos, exámenes y pruebas que debían salvarse a medida que uno avanzaba por un camino cada vez más estrecho y circunscrito al «éxito».

Unos pocos afortunados y muy determinados lograron llegar, pero eran una minúscula minoría. Sólo el 4 por 100 de estudiantes de dieciocho y diecinueve años fueron a la universidad durante la década de 1950, aunque sólo un cuarto de su grupo de edad llegó a cumplir los requisitos de acceso[52]. Simplemente no había plazas universitarias disponibles para ellos; un estado de cosas que finalmente llevó al gobierno de Macmillan a nombrar el Comité Robbins en 1961 con la tarea de «revisar el patrón de educación superior a tiempo completo»[53]. Pero la recomendación de Robbins de que las universidades se ampliaran no fue implementada hasta que el laborismo llegó de nuevo al poder en 1964, demasiado tarde para la primera generación que había recibido su educación secundaria bajo la Ley de Educación de 1944. Las Grammar Schools no eran responsables por sí solas de esta situación, pero contribuyeron a asegurar que los seleccionados para la universidad procedieran de contextos sociales privilegiados.

Sin embargo, aquellos niños de clase obrera que fueron a Grammar Schools eran susceptibles de entrar en ocupaciones diferentes a las de sus padres. Paul Baker abandonó el instituto poco después de su decimoséptimo cumpleaños. Sus profesores le habían convencido de que accediera a los *A-Levels* de ciencia, que le ayudarían a encontrar empleo; pero la rutina le parecía agobiante y no completó sus exámenes. En su lugar, se convirtió en contable. Se lamentó de que «todo mi interés por las artes, el francés, la literatura, el cine» quedara desaprovechado en su trabajo diario, pero llevaba camisa y corbata al trabajo y tenía más poder sobre su vida laboral del que jamás disfrutó su padre.

Las elecciones ocupacionales de las jóvenes también se estaban ampliando. En 1956 Hazel Wood, de dieciséis años, hija de un trabajador en una fábrica de automóviles de Coventry y una antigua dependienta de tienda, se formó como enfermera. Descubrió su vocación al visitar el hospital local con un amigo «y sabía que era lo que yo quería hacer […] nadie en la familia había sido enfermera, así que no sabían realmente nada sobre ello», pero la amiga del colegio de Hazel, Ann Lanchbury, había descubierto que podían empezar su formación tan pronto como cumplieran dieciséis años y medio. «Muchos de nuestros vecinos y amigos abandonaban automáticamente la escuela e iban a la fábrica», decía Hazel, «pero ni siquiera pensaba en eso […] porque había ido a una Grammar School». Era más probable que entraran en empleos de oficina los antiguos

alumnos de Grammar School que los que salían de la secundaria moderna, y se ocupaban asimismo del creciente número de puestos de gerencia media y profesiones técnicas, o se convertían en técnicos de laboratorio, químicos y delineantes.

Estas nuevas oportunidades no eran el resultado de un cambiante sistema educativo, sino la consecuencia de una revolución en el lugar de trabajo. En los años cincuenta y sesenta aumentó la demanda de técnicos, enfermeras y gerentes intermedios, gracias a la expansión del gobierno local y del National Health Service, así como al crecimiento de las industrias eléctricas y técnicas. En 1951, el 6 por 100 de los trabajadores eran profesionales liberales y el 3 por 100 ocupaban puestos de gerencia. Hacia 1971, el 10 por 100 eran profesionales y el 6 por 100, gerentes[54]. Como señaló el sociólogo G. H. Goldthorpe, las propias Grammar Schools no ampliaron el acceso a las profesiones liberales; lo que importaba era la creciente demanda de profesores, técnicos y enfermeras[55]. El sistema educativo sencillamente determinaba quién obtenía la oportunidad de competir por estos puestos.

La mayor parte de los pocos afortunados sólo ascendían unos pocos peldaños en la escala social. Los alumnos de clase obrera en las Grammar Schools tenían tan pocas posibilidades de encontrar trabajo en las más prestigiosas y remuneradas profesiones, como la abogacía o el funcionariado, como antes de la Segunda Guerra Mundial[56]. Las Grammar Schools seguían siendo decididamente de clase media, y el sector de la educación privada sobrevivió a las reformas de posguerra. Clement Attlee, él mismo antiguo alumno de la escuela privada de Haileybury, se resistió a los llamamientos del ala izquierda del laborismo a acabar con el estatus, concedido a estas costosas y elitistas instituciones, de ser de utilidad pública. A lo largo de la década de 1950 las escuelas privadas educaban al 5 por 100 de la población, pero proporcionaban más de la mitad de estudiantes en Oxford y Cambridge[57]. Los abogados, profesores y altos funcionarios continuaban procediendo casi exclusivamente de la pequeña reserva de graduados de colegios privados y *Oxbridge*[58].

Aquellos niños de clase obrera que lograban llegar a la Grammar School a menudo percibían su limitado éxito como un fracaso. A diferencia de muchos de sus compañeros de clase de escuela primaria, trabajaron en oficinas, poseían sus propias casas y vivían en zonas residenciales muy

lejos de las casas de sus familias. Pero en la década de 1960 las enfermeras y técnicos no ganaban más que la mayor parte de trabajadores manuales cualificados, y tenían pocas perspectivas de promoción. Según lo analizado por Jackson y Marsden en la muestra de su estudio, estos graduados de clase obrera podían frustrarse ante lo poco que se había recompensado su duro trabajo[59]. Pocos de ellos lograron los sueños que sus padres habían albergado para ellos. Paul Baker hablaba de la «culpa» que arrastró siempre por «decepcionar a mi madre». Hazel Wood era consciente de que sus padres veían la enfermería como un trabajo «mal pagado, y sólo querían que a su familia le fuera bien, obtuviera buenos empleos y tuviera bastante dinero […] pensaron que, ya que había ido a una Grammar School, yo sería doctora o [profesora] […] de repente tenían unas aspiraciones y les defraudé».

La generación de Hazel descubrió que cumplir las aspiraciones que sus padres habían albergado no siempre proporcionaba la felicidad. Afortunadamente, la propia Hazel disfrutaba de la enfermería, y sus padres rápidamente estuvieron «muy orgullosos de mí». Tom Courtenay, el hijo de un trabajador portuario de Hull, se sentía menos afortunado. Su madre lo apoyó intensamente a lo largo de la Grammar School y la universidad. Lectora ávida, en una ocasión le había escrito a su hijo que ella «puede que llorara por no haber tenido una educación». Pero su hijo encontraba aburrido el éxito académico. «No es ninguna sorpresa que cuando descubrí que obtener una buena educación en la Universidad de Londres se había convertido en una carga casi intolerable me sentí muy, muy culpable»[60]. No logró su título. La historia de Tom Courtenay tuvo un final feliz: logró obtener una beca para la Real Academia de Arte Dramático, y sus padres demostraron más comprensión de la que él esperaba. Pero muchos de los entrevistados de Jackson y Marsden se sentían «apenados» y «desilusionados» varios años después de comenzar a trabajar como técnicos o maestros de escuela[61]. Mientras tanto, los empleos más privilegiados de Gran Bretaña seguían en manos de una pequeña minoría, que no estaba dispuesta a permitir que nadie más entrara en el círculo.

Cincuenta años después, políticos y periodistas de todo el espectro político crearon el consenso de que la década de 1950 fue la «edad de oro de la movilidad social»[62]. Pero, en realidad, la educación secundaria

selectiva garantizaba que en la lotería del acceso hubiera muy pocos boletos premiados, y la mayoría de ellos fueran a parar a manos de los hijos de padres privilegiados. Muchos trabajadores manuales tenían grandes esperanzas de que las oportunidades de sus hijos fueran mayores, e hicieron todo lo posible para lograrlo. Pero la economía de posguerra necesitaba a miles de trabajadores de línea de montaje y miles más para realizar rutinarios trabajos de oficina; y los sucesivos gobiernos se aseguraron de que el sistema educativo estuviera hecho a medida para garantizarlos[63]. Los pocos «afortunados» descubrieron que «éxito» significaba atravesar un camino estrecho de conformidad, sin cuestionar nada, que ofrecía algunas recompensas materiales, pero rara vez la realización educativa o el progreso profesional que habían esperado. Su «éxito» se basó en el fracaso de muchos. Su educación hizo a muchos niños agudamente conscientes de cuán desigual seguía siendo Gran Bretaña.

A finales de la década de 1950, algunos comenzaron a cuestionarse si la movilidad hacia la clase media debería ser realmente un objetivo de la educación. En 1958, el periodista de televisión Jack Ashley produjo la rompedora serie de televisión de la BBC *Does Class Matter? [¿Importa la clase?]*. Ashley quería examinar «el problema de la clase social en su contexto moderno», incluyendo el alcance de la prosperidad, el impacto del desmontaje de barrios marginales, y los efectos de la educación y la movilidad social. Eligió entrevistar sobre ello a un joven de clase obrera de Oxford: su nombre era Dennis Potter. Este le dijo a Ashley que, aunque esperaba escapar de la pobreza y provincianismo del pueblo minero de sus padres, «desde luego, quiero mantener un sentimiento de identidad, por así decirlo, con ese contexto»[64]. A finales de la década de 1950, un creciente número de personas se hacían eco de la afirmación de Potter de que su experiencia cotidiana daba a las personas de clase obrera una identidad única y valiosa, que no desaparecía si simplemente ganaban más dinero u obtenían un título. Ser clase obrera estaba a punto de ponerse de moda.

[1] Consultative Committee on Secondary Education, *Report of the Committee with Special Reference to Secondary Schools and Technical High Schools* (Londres, 1938), p. 93, gráf. 4.

[2] R. D. Anderson, «Education and Society in Modern Scotland: A Comparative Perspective», *History of Education Quarterly*, n.º 25 (1985); A. McPherson, «Schooling», en A. Dickson y J. H.

Treble (eds.), *People and Society in Scotland*, vol. 3, *1914-1999* (Edimburgo, 1992), pp. 80-107; el sesgo de clase media, evidente en la selección escolar de entreguerras en Escocia, está documentado en J. C. Stocks, «The People *versus* the Department: The Case of Circular 44», *Scottish Educational Review*, vol. 27, n.º 1 (1995).

[3] L. Moss, *Education and the People, NS 46, Government Social Survey* (Londres, 1945), p. 2.

[4] Entrevista a Ian White, 2000.0341, NWSA.

[5] E. Wilkinson, citado en Labour Party, *Annual Conference Report* (Mánchester, 1946), p. 22.

[6] Board of Education, *Educational Reconstruction* (Londres, 1943), pp. 24-25.

[7] Wilkinson, citado en Labour Party, *Annual Conference Report*, p. 22.

[8] G. Smith, «Schools», en Halsey y Webb (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends*, p. 209; McPherson, «Schooling».

[9] R. McKibbin, *Classes and Cultures* (Oxford, 1997), p. 262. La proporción de niños educados en escuelas secundarias académicas fue mayor en Escocia, pero la educación de un niño era tan dependiente del trasfondo de clase como en Inglaterra y Gales; véase L. Patterson, A. Pattie e I. J. Deary, «Social Class, Gender and Secondary Education in the 1950s», *Oxford Review of Education*, vol. 37, n.º 3 (2011), pp. 383-401, y McPherson, «Schooling».

[10] Mr. A. J. Irvine (Lab., Liverpool Edge Hill) Parliamentary Question, House of Commons, jueves 29 de noviembre de 1951, ED 34/165, TNA.

[11] *School Inspectors' Reports*, Lancashire, 'L', ED 156/129, TNA.

[12] Ministry of Education, *Secondary Education for All. A New Drive* (Londres, 1958), p. 2.

[13] Citado en D. Sandbrook, *Never Had It So Good: A History of Britain from Suez to the Beatles* (Londres, 2005), p. 424.

[14] McKibbin, *Classes and Cultures*, p. 262; A. H. Halsey, A. F. Heath y J. M. Ridge, *Origins and Destinations: Family, Class and Education in Modern Britain* (Oxford, 1980), p. 61, gráf. 4.8, y p. 140, gráf. 8.11.

[15] «Keep Class Warfare out of the Classrooms», *Liverpool Daily Post* (4 de enero de 1962).

[16] «Golden Gate or Prison Wall?», *Economist* (30 de enero de 1951), p. 125.

[17] J. W. B. Douglas, J. M. Ross y H. R. Simpson, *All Our Future: A Longitudinal Study of Secondary Education* (Londres, 1971).

[18] Richard Hoggart lo recuerda en *The Uses of Literacy;* las familias de clase obrera continuaron comprando enciclopedias después de la Segunda Guerra Mundial. Cfr., por ejemplo, el informe de uno de los sociólogos que visitó Luton a comienzos de la década de 1960 para hablar con trabajadores del automóvil sobre su prosperidad económica. Entre sus entrevistados estaba Bernard Harris, en cuya sala de estar el sociólogo advirtió «una estantería acristalada en una esquina, llena de libros, incluyendo una enciclopedia»: registro núm. 023, SN 4871, UKDA. Cuando se les preguntaba cómo ayudaron a sus hijos con el trabajo escolar, Martin y Amy Cross respondieron: «Bueno, hemos comprado un lote de enciclopedias»: reg. núm. 007, SN 4871, UKDA.

[19] J. G. Ballard, *Miracles of Life. An Autobiography* (Londres, 2008), p. 160.

[20] Committee of Higher Education, *Report of the Committee appointed by the Prime Minister under the Chairmanship of Lord Robbins 1961-63* (Robbins Report) (Londres, 1963), p. 11.

[21] Entrevista a Paul Baker de Hilary Young (2007).

[22] Por ejemplo, F1102 y T04, SN 6586, UKDA.

[23] sr. N2L, Elizabeth Roberts Archive.

[24] *Census, 1951, England and Wales: General Report* (Londres, 1956), gráf. 59; *Census, 1951, Scotland: Occupations*, gráf. 1; *Census, 1961, England and Wales: Occupation Tables*, gráf. 1; *Census, 1961, Scotland: Terminal Education Age* (Edimburgo, 1966). Sobre la expansión de la enfermería, v. R. White, *The Effects of the NHS on the Nursing Profession 1948-1961* (Londres, 1985).

[25] Young y Willmott, *Family and Kinship in East London*, p. 29.

[26] Record 023, SN 4871, UKDA.

[27] B. Jackson y D. Marsden, *Education and the Working Class: Some General Themes Raised by a Study of 88 Children in a Northern Industrial City* (Harmondsworth, 1966), pp. 161 y 97.

[28] Sobre las aspiraciones educativas de las madres de clase obrera, véase también F. Musgrove, «Parents' Expectations of the Junior School», *Sociological Review*, vol. 9, n.º 2 (1961), pp. 167-180.

[29] «Spotlight on Education», *Daily Mirror* (16 de enero de 1954), p. 2.

[30] *Report by HM Inspectors on Cheylesmore Secondary School*, Coventry, 21 de abril de 1959, ED 162/2205, TNA.

[31] Central Advisory Council for Education (Inglaterra), *15 to 18 (Crowther Report)* (Londres, 1959), p. 64.

[32] J. E. Floud (ed.), A. H. Halsey y F. M. Martin, *Social Class and Educational Opportunity* (Londres, 1956), p. 77.

[33] J. M. Bynner, Department of Education and Science, *Parents' Attitudes to Education* (Londres, 1971), p. 21.

[34] Central Advisory Council for Education (Inglaterra), *Early Leaving (Gurney-Dixon Report)* (Londres, 1954), p. 36. Véase también M. Forster, *Hidden Lives: A Family Memoir* (Londres, 1996), p. 180.

[35] Floud *et al.*, *Social Class and Educational Opportunity*, pp. 44-48; J. E. Floud y A. H. Halsey, «Intelligence Tests, Social Class and Selection for Secondary Schools», *British Journal of Sociology*, vol. 8, n.º 1 (1957).

[36] «These Bright Children are NOT Held Back», *Daily Mirror* (3 de enero de 1955), p. 7.

[37] H. G. Harvey, «Development Plan Minute», GORE, 1948, ED 152/135, TNA.

[38] J. Brothers, *Church and School. A Study of the Impact of Education on Religion* (Liverpool, 1964), pp. 83-84, 97.

[39] Sage, *Bad Blood*, p. 148.

[40] *Ibid.*

[41] Jackson y Marsden, *Education and the Working Class*, p. 47.

[42] *Ibid.*, pp. 106, 112; Douglas *et al.*, *All Our Future*, p. 50.

[43] Jackson y Marsden, *Education and the Working Class*, p. 134.

[44] *Ibid.*, p.126.

[45] Bablake School, *Prospectus 1956*, en www.chascook.com/bablake/prospectusitems (consultado el 10 de abril de 2012), p. 4.

[46] Jackson y Marsden, *Education and the Working Class*, p. 124; P. Bailey, «Foreword», en M. Bailey y M. Eagleton (eds.), *Richard Hoggart: Culture and Critique* (Nottingham, 2011), p. 10.

[47] Forster, *Hidden Lives*, p. 181.

[48] P. Townsend, *Adolescent Boys of East London*, pp. 92-93.

[49] Forster, *Hidden Lives*, pp. 93-94.

[50] Crowther, *15-18*, pp. 62-63.

[51] Jackson y Marsden, *Education and the Working Class*, p. 163; D. Reay, «Surviving in Dangerous Places: Working-class Women, Women's Studies and Higher Education», *Women's Studies International Forum*, vol. 21, n.º 1 (1998), pp. 11-14.

[52] *Robbins Report*, p. 52; véase también A. H. Halsey, «Further and Higher Education», en Halsey y Webb (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends*, pp. 226-227.

[53] *Robbins Report*, p. 1.

[54] Sobre esto, véase C. Mills, «Managerial and Professional Work-histories», en T. Butler y M. Savage (eds.), *Social Change and the Middle Classes* (Londres, 1995), pp. 95-115; y J. H. Goldthorpe y C. Payne, «Class Structure and the Pattern of Intergenerational Fluidity», en J. H.

Goldthorpe, C. Llewellyn y C. Payne, *Social Mobility and Class Structure in Modern Britain* (Oxford, 1987), pp. 115-116.

[55] Goldthorpe y Payne, «Class Structure and the Pattern of Intergenerational Fluidity», en Goldthorpe *et al.*, *Social Mobility and Class Structure in Modern Britain;* y J. M. Goldthorpe, «Problems of "Meritocracy"», en A. H. Halsey *et al.* (eds.), *Education, Culture, Economy and Society* (Oxford, 1997).

[56] Goldthorpe, «Problems of "Meritocracy"», en Halsey *et al.* (eds.), *Education, Culture, Economy and Society.*

[57] *Robbins Report*, p. 80.

[58] Jackson y Marsden, *Education and the Working Class*, p. 175. Véase también T. Bottomore, *Classes in Modern Society* (Londres, 1965), pp. 38, 40.

[59] Jackson y Marsden, *Education and the Working Class*, cap. 5.

[60] T. Courtenay, *Dear Tom: Letters from Home* (Londres, 2001), p. 191.

[61] Jackson y Marsden, *Education and the Working Class*, cap. 5.

[62] «Brown's Social Mobility "Crusade"», *BBC News* (23 de junio de 2008), en news.bbc.co.uk/1/hi/uk/7468506.stm (consultado el 13 de septiembre de 2013). Véase también «Alan Milburn: «Threat to New Era of Social Mobility», *Observer* (26 de mayo de 2012), p. 5; *Social Mobility*, HL Deb., Hansard (20 de junio de 2013), vol. 746, col. 139; R. Bilton, «Social Mobility», *BBC News* (2 de febrero de 2011), www.bbc.co.uk/news/uk-12339401 (consultado el 12 de septiembre de 2013); G. Hinsliff, «Middle-class Grip on Professions "Must End"», *Observer* (11 de enero de 2009), www.theguardian.com/politics/2009/jan/11/labour-government-education-social-mobility (consultado el 13 de septiembre de 2013).

[63] Un argumento compartido por Goldthorpe, «Problems of "Meritocracy"», pp. 664-665, 675.

[64] Citado en H. Carpenter, *Dennis Potter: The Authorised Biography* (Londres, 1998), pp. 58 y 80-81.

11. Héroes de clase obrera

En octubre de 1957 Margaret Forster comenzó a estudiar un grado en Historia en el College de Somerville, en Oxford. Procedía de un barrio de viviendas públicas de Carlisle: su padre era un obrero fabril; su madre, una antigua trabajadora de oficina; su hermano mayor, Gordon, había suspendido el examen once-plus y ahora trabajaba en una farmacia; y su hermana menor, Pauline, todavía estaba en la escuela. Para su sorpresa, encontró que en Oxford «ser clase obrera a finales de los años cincuenta […] era *la moda* […] en vez de avergonzarnos por nuestra clase, o esconderla, hacíamos ostentación de ella, con gran efecto, dándonos cuenta de cuán especiales nos hacía»[1].

Durante el final de la década de 1950 y comienzos de la siguiente, tuvo lugar una revolución cultural en Gran Bretaña. Ser clase obrera se puso de moda. Los adolescentes tuvieron parte de culpa; aunque la «opulencia» seguía siendo limitada, los jóvenes asalariados eran consumidores cada vez más importantes. Los pocos que lograban progresar socialmente, como la propia Forster, también desempeñaron un papel central. No tenían la apariencia de sus padres y llevaban vidas muy diferentes; para muchos periodistas y políticos simbolizaban una sociedad próspera y meritocrática en la que la gente de clase obrera podía desempeñar un papel importante.

Si toda una generación de adolescentes desempeñó un papel importante en esta transformación, también lo hizo un pequeño número de escritores, actores, periodistas y empresarios televisivos que ascendieron socialmente desde orígenes más humildes. Llevaron a los héroes de clase obrera de la generación de posguerra ante una audiencia de miles y a veces millones de personas comunes y corrientes. Crearon a «jóvenes rabiosos», *angry young men* como el Joe Lampton de *Room at the Top*, el Billy Fisher de *Billy Liar*, o el Ken Barlow de *Coronation Street* con sus trencas, y cuyo diploma de Oxford y sus frecuentes despechos le distinguían de los otros personajes en la telenovela más exitosa de Gran Bretaña. Estos jóvenes personificaban un dilema muy moderno: usar las nuevas oportunidades de posguerra para aspirar a la riqueza y el estatus social, o rechazar estas en favor de la

comunidad y solidaridad que podía ofrecer la vida de clase obrera. Ninguna de las nuevas novelas, películas o programas de televisión resolvieron esta cuestión; pero sugerían que la vida de la clase obrera tenía un interés y valor intrínsecos.

Esta revolución cultural cambió las vidas de algunas personas de clase obrera para siempre, que encontraron la celebridad como escritores, actores o estrellas del pop. Pero también llegó a millones de personas más, que vieron cómo sus vidas y experiencias vitales eran retratadas como normales y dignas de mención. Aquellos que entraron en la vida adulta a finales de la década de 1950 y comienzos de la década de 1960 se vieron especialmente afectados, al llegar a creer que merecían una vida mejor que la que habían experimentado sus padres, en la que no sólo encontrarían un trabajo estable, sino más emociones e independencia.

Un año antes de que Margaret Forster llegara a Oxford, nadie podía haber previsto esta transformación. Aunque la mayoría de gente en la Gran Bretaña de los años cincuenta era de clase obrera, las clases medias y altas dominaban la escena, la pantalla y la literatura. BBC Radio ofrecía *The Archers*, «una historia cotidiana de gente del campo» que se centraba en la vida alrededor de la aristocracia rural. La primera telenovela de la televisión –*Grove Family*, en la BBC– seguía la tranquila y cómoda vida familiar en un barrio residencial de clase media, protagonizada por Jack Grove, un constructor autoempleado. Los romances de Hollywood y dramas históricos dominaban el cine, en un momento en el que las audiencias disfrutaban escapando del recuerdo de la guerra y de la vida en sus estrechos hogares. En enero de 1956 el público de los teatros tuvo una última oportunidad de ver el drama de salón de Terence Rattigan *Separate Tables*, en el teatro St. James de Londres, antes de que acabaran sus dos años seguidos en cartel; el mayor éxito que nunca había logrado una obra en ese escenario. Entre la nueva literatura a caballo entre lo culto y lo popular estaba *Lucky Jim*, de Kingsley Amis, una mirada desenfadada a la vida académica. La vida «normal» aparentemente se vivía en salones y universidades, y se centraba en conversaciones y réplicas ingeniosas, no en la ansiedad sobre si duraría la prosperidad, la indignación ante la pervivencia de los privilegios, o las aspiraciones a los lujos de la vida.

Kenneth Tynan, el influyente crítico teatral del *Observer,* estaba entre las multitudes que se agolparon para ver *Look Back in Anger,* de John Osborne, en 1956. La obra se centraba en Jimmy, «un joven rabioso» de clase media baja, o en todo caso procedente de ambientes de clase obrera, y su novia de clase media alta, Alison. Su radicalidad yacía en que la obra se relataba desde el punto de vista de Jimmy, y no desde el punto de vista de los que eran socialmente superiores. Tynan declaró que *Look Back in Anger* era la obra más innovadora que aparecía desde la guerra. En su opinión, 1956 sería recordado como el año en el que «atronó el particular sonido de las barricadas erigiéndose»[2].

Entonces, en abril de 1957, llegó la novela de John Braine *Room at the Top.* Esta narraba la historia de Joe Lampton, un joven de la clase obrera en desarrollo durante la posguerra. *Room at The Top* vendió 34.000 ejemplares en tapa dura en su primer año, y rápidamente se publicó por entregas en el *Daily Express.* Había nacido el héroe de clase obrera. Una nueva ola literaria exploraba los desafíos que afrontaba una generación de hombres y mujeres (más habitualmente hombres) jóvenes, norteños, de clase obrera, que querían prosperar en la vida sin perder sus raíces. En 1958 la novela de Alan Sillitoe *Saturday Night and Sunday Morning* seguía la peripecia vital de Arthur Seaton, un obrero fabril de Nottingham (como había sido el propio Sillitoe). En el mismo año, la dramaturga de dieciocho años Shelagh Delaney, de Salford, logró un éxito inusitado con su obra *A Taste of Honey,* la historia de Jo, una adolescente de clase obrera que abandona su casa, tiene un breve romance con un marinero negro, y se encuentra después sola y embarazada. La novela de Keith Waterhouse *Billy Liar* continuó la tendencia en 1959; el protagonista era un bohemio frustrado, procedente de West Yorkshire, la región nativa de Waterhouse. Al año siguiente se publicó *A Kind of Loving,* de Stan Barstow, y *This Sporting Life,* de David Storey.

Hacia 1960, la vida de la clase obrera también estaba apareciendo en la pantalla. Nueve novelas, relatos breves y obras de teatro de las denominadas «de fregadero» *(kitchen sink)* fueron rápidamente adaptadas a la pantalla, con películas de éxito que definieron la nueva ola del cine británico. En 1961 *Saturday Night and Sunday Morning* fue el mayor éxito de taquilla de Gran Bretaña, superando a todas las demás películas británicas de ese año. Pero lo más significativo fue la emisión de *Coronation Street* en Granada Television, a partir de diciembre de 1960.

Tony Warren, de veintitrés años, describía esta nueva telenovela como «llena de personajes impregnados del escepticismo duro, osado e impúdico del norte de Lancaster»[3]. Granada Television había planeado inicialmente limitar la retransmisión de la telenovela al noroeste del país, pero el atractivo de *Coronation Street* fue tal que rápidamente se convirtió en el programa de televisión más popular de Gran Bretaña.

Muchos de estos escritores se sentían impulsados por la frustración ante el hecho de que la literatura y el cine de posguerra ignoraran decididamente sus experiencias y las de sus familias y vecinos. Shelagh Delaney era una administrativa de la fábrica Salford, que sintió la inspiración para escribir *A Taste of Honey* después de ver la representación de *Variations on a Theme*, de Terence Rattigan, en el Library Theatre de Mánchester. Delaney criticó ácidamente que Rattigan ofreciera un cómodo retrato de «las vidas seguras y cultas de gente que vive en parajes encantadores; y no de la vida tal como la conoce la mayoría de gente corriente». Ella estaba cansada, decía, «de obras en las que la gente de clase obrera sencillamente aparece como imbéciles de los que reírse»[4]. El equipo de *Coronation Street* era muy crítico respecto a lo que Derek Granger, uno de los primeros productores del programa, llamaba «los personajes ordinarios en una fórmula ordinaria; el *sr. y la sra. Cualquiera* de una dulce tierra antiséptica, deshidratada»[5].

Hacia finales de la década de 1950, muchos escritores también creían que la gente de clase obrera estaba desafiando la jerarquía social, bajo formas que no podían ser ignoradas. «Los brillantes jóvenes de provincias ya no estaban satisfechos con sentarse y aceptar lo que se les daba», decía Stan Barstow, el delineante de Yorkshire que escribió *A Kind of Loving*. «El aire crepitaba con una nueva energía. Todo parecía posible»[6]. Pero estos jóvenes desconfiaban de la celebración política de la «meritocracia», y rechazaban la idea de que la gente pudiera, o que necesariamente deseara, escapar de una vida de clase obrera. Cuestionaban que la clase media fuera social o culturalmente superior, y afirmaban que la clase obrera poseía valores –un fuerte sentido de la comunidad, lealtad, creatividad y sinceridad– que podían estar amenazados por la movilidad social o el desmantelamiento de barrios depauperados. «Quería», dijo Alan Sillitoe respecto de su personaje Arthur Seaton, «escribir una novela sobre un trabajador que, aunque no necesariamente fuera el típico espécimen del lugar, estaba tan apegado a él que nada podría hacer que lo abandonara»[7].

Barstow no estaba solo en su creencia de que la gente de clase obrera estaba asumiendo un nuevo control sobre su vida. A finales de la década de 1950 una generación entera había crecido conociendo el pleno empleo y el Estado del bienestar. Simbolizaban lo que Keith Waterhouse –en un especial para el *Daily Mirror* publicado en 1958– llamaba la «Beanstalk Generation». El epíteto, al remitirse a la fábula de las judías mágicas, condensaba la salud y bienestar de aquellos bebés nacidos después de la guerra, que ahora se estaban convirtiendo en adolescentes y cuyas perspectivas eran, decía Waterhouse, mejores que las de «cualquier generación anterior»[8]. No tenían responsabilidades familiares y por eso disfrutaban de amplios ingresos a su disposición. En 1958, Marc Abrams, investigador en la London School of Economics, anunciaba con entusiasmo la emergencia de un nuevo «mercado adolescente» que era «casi en su totalidad de clase obrera». A diferencia de la mayor parte de sus compañeros de clase media, estos jóvenes ganaban un salario al inicio de la adolescencia. Eran los productores y los principales consumidores de cosméticos y cigarrillos, discos y motocicletas; llenaban las salas de baile y las cafeterías[9]. Para estos jóvenes, los «hambrientos años treinta» eran un pasado desconocido.

Los periódicos que entraban en las casas de clase obrera animaban a los adolescentes a verse a sí mismos como pioneros de un nuevo y próspero tipo de vida para la gente común. Las noticias sobre la violencia de los *teddy boys* o las luchas entre *mods* y *rockers* llenaron la prensa durante la década de 1950 y comienzos de la siguiente, y alimentaron el pánico entre los políticos, que se preguntaron si las madres trabajadoras y el deseo de nuevos bienes de consumo producían la delincuencia juvenil. Pero los periodistas también aportaban observaciones más optimistas sobre los adolescentes, especialmente en la última parte de los años cincuenta, cuando se les veía como pioneros de la nueva opulencia. «¡Los *Beanstalkers* son negocio!», declaraba el *Mirror*[10]. En 1958 el *Manchester Guardian* informaba sobre una conferencia de jóvenes trabajadores que concluía que «el movimiento *teddy boy* es algo esperanzador»; Leslie Paul, fundador del movimiento juvenil socialmente progresista Woodcraft Folk, señalaba que «el moderno despliegue de trajes de 25 libras es la protesta de los jóvenes con dinero, que todavía viven en callejuelas deprimentes, contra un pasado del que reniegan»[11]. Era una

generación que experimentaba una prosperidad y oportunidades sin precedentes, y, en una era de salarios en aumento y pleno empleo, a los adolescentes se les animaba a aspirar no sólo a un trabajo estable y a su seguridad económica, sino a la creatividad y la plena realización emocional.

Los políticos también colocaron el foco sobre los adolescentes de clase obrera. En 1960 Leslie Paul aceptó una invitación para unirse al Comité Albemarle, que recibió el encargo del gobierno de descubrir lo que necesitaban y querían los adolescentes. Otros miembros eran Richard Hoggart, quien gracias a las becas pudo completar la secundaria en los años treinta y después se había graduado en la Universidad de Leeds, antes de convertirse en tutor de educación adulta tras la guerra, y escribir *The Uses of Literacy*, publicado en 1957. El informe del comité aprobaba las compras, la moda, la frecuentación de cafeterías y las noches de fiesta como actividades culturales significativas, «cargadas con un contenido emocional», que ofrecían a los jóvenes una salida para la «creatividad» que de otro modo quedaría silenciada en los monótonos trabajos de fábrica y oficina[12]. Todo esto sugería que los adolescentes de clase obrera tenían mucho que ofrecer al país, y merecían que sus aspiraciones se tomaran en serio.

Para unos pocos afortunados, estos años supusieron el estrellato. Jóvenes como Albert Finney, que interpretó a Arthur Seaton en *Saturday Night and Sunday Morning*, y Tom Courtenay, que protagonizaba *Billy Liar* y *The Loneliness of the Long Distance Runner* [*Billy el mentiroso* y *La soledad del corredor de fondo*], fueron los primeros en sus familias de clase obrera que accedieron a la educación superior. El propio Courtenay entró un par de años después de Finney en la Real Academia de Arte Dramático, en un momento en el que «estaba de moda ser de clase obrera, y los jóvenes ambiciosos en Londres competían por demostrar sus credenciales»[13]. Lo mismo era cierto para una pequeña minoría de mujeres. Cuando Shirley Ann Field, una actriz de Bolton de veintidós años, recibió el papel de Doreen en la película *Saturday Night and Sunday Morning*, «Tony Richardson [el director] dijo que habían estado buscando una heroína de clase obrera y me sentí un poco contrariada»; ella había estado intentando perder su acento durante años: «No creo que el norte fuera tanto ignorado, como tratado condescendientemente», decía[14]. En 1961 Tony Richardson llevó *A Taste of Honey* a la gran pantalla, y junto a Shelagh Delaney plantó

cara a la poderosa productora que quería emplear a Audrey Hepburn como protagonista. Richardson y Delaney adujeron con éxito que una «desconocida» haría un mejor trabajo, y una chica de diecinueve años de Liverpool, Rita Tushingham, obtuvo el papel[15].

Una pequeña pero inteligente camarilla de periodistas y escritores de orígenes humildes se dedicaron a promover este tipo de héroes de clase obrera. En *The Uses of Literacy* Richard Hoggart sugería que las comunidades de clase obrera enarbolaban valores que Gran Bretaña estaba en peligro de perder: vecindad, ayuda mutua, honestidad e integridad[16]. Hunter Davies era una generación más joven que Hoggart, y prefería destacar a los pioneros del cambio en la clase obrera. En 1964 Davies, que provenía de un hogar de clase obrera de Carlisle, trabajaba como periodista en el *Sunday Times.* Cuando se hizo con la columna «Atticus» del periódico, «abandonó las entrevistas y cosas varias sobre obispos y personajes de la elite», para centrarse, en su lugar, «en los nuevos y confiados fotógrafos *cockney,* orgullosos actores norteños, jóvenes diseñadores de moda, nuevos dramaturgos televisivos, novelistas de clase obrera y jóvenes estrellas del fútbol»[17].

Periodistas y políticos fueron rápidos en usar a estas estrellas en ascenso como prueba de una nueva meritocracia. Lejos de renegar de su pasado de clase obrera, a estas nuevas celebridades se les animó a aceptarlo –e incluso a inventar uno si era necesario–. «Yo no era realmente de clase obrera», recordaría Rita Tushingham tres décadas después. «Como declaré constantemente a los periodistas, yo provenía de un hogar de clase media, pero continuaron diciendo que era de clase obrera»[18]. La retórica de los políticos sobre la meritocracia y las celebraciones de los periodistas de la prosperidad económica de estos adolescentes sugería que ser de clase obrera significaba ser innovador y trabajar duro: que una estrella procediera de un trasfondo de clase obrera significaba que «se había labrado un ascenso» a través del mérito y el atractivo público. A finales de la década de 1950, John Lennon, un chico de Grammar School que había crecido en zonas residenciales de clase media baja, conoció a Paul McCartney, que estudiaba entonces en la más prestigiosa Grammar School de la ciudad, el Liverpool Institute. Nunca hicieron ningún intento de esconder su origen, pero rápidamente fueron bienvenidos por la prensa como héroes de clase obrera[19]. Los artículos de prensa sobre la relación de Jane Asher con Paul

McCartney se centraron en que se trataba del romance de «la hija del doctor con un novio Beatle», y citaban su respuesta: «La clase ya no importa»[20]. Todo esto sugería que las desigualdades de clase estaban muriendo, si es que no estaban ya muertas; y las reemplazaba una nueva y pujante generación meritocrática.

En 1964 Brian Epstein, bastante conocido ya como *manager* de los Beatles, presumía ante el *Daily Express* de su última cantante, Cilla Black. «Cilla proviene de la más dura y difícil zona de Liverpool, y está llena de la más fabulosa y ardiente vitalidad natural», dijo Epstein[21]; al igual que con los «jóvenes rabiosos», estaba sugiriendo que la gente de clase obrera poseía una autenticidad que derivaba de su experiencia cotidiana de lucha. No estaban lastrados por los rígidos convencionalismos de la vida de clase media o alta, ni sufrían la pobreza que habían soportado sus padres. Las estrellas del pop de comienzos de los años sesenta cantaban sobre la vida cotidiana y vestían con ropa barata, al igual que los actores contemporáneos Albert Finney y Tom Courtenay conservaban orgullosamente sus acentos locales. A comienzos de la década de 1960, desafiaron deliberadamente la estrecha definición del «éxito» que ofrecían los políticos de posguerra y las Grammar Schools.

Los millones de personas que no se hicieron famosas se vieron, no obstante, afectadas por esta nueva visión de los adolescentes de clase obrera, considerados a la vez comunes y especiales. Lo resumía Alan Watkins, de Coventry:

> [Nosotros] nunca vimos […] a nuestros padres como modelos, y en realidad no creo que quisieran que lo hiciéramos. Creo que queríamos triunfar, hacer algo diferente, y creo que ellos también querían que nos fuera mejor. Creo que los ánimos venían de ellos […] «¿Sabes? Puedes hacer eso […] Nunca tuve oportunidad de hacerlo, no podía hacerlo, pero tú lo harás», y mi padre era muy así. Siempre te empujaba, ya sabes, «¡inténtalo!»[22].

Una manera de «intentarlo» era tener éxito en el colegio, pero ese camino sólo estaba abierto a unos pocos. Muchos padres y adolescentes preferían (o no tenían más opción que) permanecer ligados a su vecindario, la familia y los amigos. En vez de intentar escapar de su origen, afirmaban orgullosamente sus credenciales de clase obrera. Judy Walker nació en Coventry en 1940. Después de abandonar la escuela en 1955, trabajó de dependienta en el centro de la ciudad en la nueva franquicia de British

Home Stores, y después lo hizo en una nueva y elegante tienda «dirigida a las jóvenes». A los dieciocho, Judy estaba «rocanroleando seis noches a la semana» en las salas de baile de Coventry. Prefería bailar el twist, decía, porque «hay más espacio para la autoexpresión»[23]. El baile y la moda habían proporcionado durante mucho tiempo a los adolescentes de clase obrera una salida para su creatividad que se les negaba en el trabajo, pero a finales de la década de 1950 y comienzos de la de 1960 su prosperidad económica y su gran número (debido al aumento en los nacimientos durante mediados y finales de la década de 1940) les hicieron destacar más, mientras que el interés de periodistas, políticos y padres daba a sus actividades una nueva significación.

Otros adolescentes, en especial los chicos, formaban grupos de pop. Ian White, de Lancashire, que había suspendido el once-plus a finales de 1940, pasó a formar parte de una banda de *skiffle* a finales de la década de 1950. Terry Rimmer, de Liverpool, que tuvo que abandonar su sueño de estudiar en una escuela de arte a causa de los mínimos ingresos de su madre, estuvo en «montones y montones» de bandas durante la era *Mersey Beat* de comienzos de la década de 1960. Pocos de estos hombres buscaban seriamente la celebridad. El científico social Peter Willmott descubrió que sólo el 10 por 100 de los adolescentes de Bethnal Green aspiraban a convertirse en «exitosos artistas, estrellas de pop y futbolistas profesionales que al menos en cierto sentido mantienen el contacto con sus orígenes»[24]. Pero, como descubrió Ian White, tocar en un grupo de jazz callejero con una tabla de lavar le daba una salida creativa que el trabajo de fábrica nunca podría ofrecerle. A comienzos de la década de 1960 Alan Watkins formó una banda con un grupo de compañeros de trabajo, todos aprendices de ingeniería, como él mismo. La llamaron «The Sentors», bautizándola como «una pieza del motor del Rolls Royce» con la que trabajaban: una reafirmación de orgullo en lo que hacían y en quiénes eran.

Estos adolescentes, y muchos de sus padres, consumían el creciente número de libros, películas y programas de televisión sobre la vida de clase obrera. A medida que aumentaban los salarios, más gente podía permitirse libros, que en cualquier caso eran cada vez más baratos a medida que caía el coste de producción de los libros de bolsillo. «*The Uses of Literacy*, de Richard Hoggart, me impresionó», recordaba Tom Courtenay, que leyó el libro en el año en que cambió su Grammar School en Hull por la

Universidad de Londres. «Hablaba abiertamente sobre la clase obrera que yo conocía. Me encantaba leer sobre la gente entre la cual había crecido, y a la que se tomaba en serio»[25]. La tarde de un sábado, en 1960, Robert Colls leía con dieciséis años *The Uses of Literacy* en la pequeña casa adosada de su familia en South Shields. Se sorprendió al leer sobre gente a la que podía ver desde la ventana de su dormitorio, y se sorprendió al descubrir que un escritor «decía que las vidas que vivían eran sofisticadas y dignas de atención». Cuando Colls acabó el libro, «entendí que lo que veía desde la ventana sin duda era una "comunidad" […] eran noticias bastante impresionantes para un chico de Grammar School que, en ese momento, estaba siendo entrenado para purgarse de lo que era y de dónde venía»[26].

Otros adolescentes de clase obrera se encontraron con la «nueva ola» británica en la escuela. Mientras que las Grammar Schools tendían a centrarse en las examinaciones, los profesores de las escuelas modernas secundarias y *colleges* de educación superior podían ser más osados. En 1963 Janet Hill, una bibliotecaria de Lambeth, emprendió una investigación sobre la lectura y los adolescentes. Recibió una carta de «tres chicas de un reformatorio intermedio [que] informaban con entusiasmo de que "nuestro profesor nos ha leído *La soledad del corredor de fondo*"». Eva Fulleylove, que era tutora de estudiantes de turno semanal en un *college* de Mánchester, escribió que «*A Taste of Honey* demostró ser muy popular» entre ellos, en parte por sus contenidos y en parte porque «hablaba su argot»[27]. Estos libros, películas y obras le decían a esta generación que su trasfondo y experiencias eran importantes; que ellos mismos merecían respeto.

La pequeña pantalla tuvo un impacto aún mayor. Hacia 1960, más del 90 por 100 de los hogares británicos tenían un aparato de televisión. En la tarde del 9 de diciembre de ese año, Carol Hinde, de diecinueve años, hermana mayor de Christine y Jack Elliott y ahora obrera fabril, estaba «al final de la calle, en casa de la madre de John [su prometido], y estábamos esperando a esta novedad en la tele, *Coronation Street.* Y recuerdo a Ena Sharples […] era nuevo y era maravilloso, y era tan divertido ver a gente simplemente sentarse en la mesa de la cocina, simplemente hablando […] gente como nosotros».

En 1961 el *Manchester Evening News* celebraba el primer cumpleaños de la telenovela con una sección de cartas de lectores: «Lo que significa *Coronation Street* para mí». Lectores jóvenes y mayores participaron con

total entusiasmo y aprobación. «Este programa retoma, para muchos de nosotros, el espíritu del viejo Lancashire», escribía M. V. H., de Sale. Era un sentimiento compartido por muchos más, que sentían que la telenovela mostraba el espíritu de buena vecindad que habían amenazado el desmantelamiento de barrios, las urbanizaciones de las afueras y la nueva abundancia material. A los jóvenes espectadores también les atraían los elementos contemporáneos de *Coronation Street*. Linda Haig, de trece años, pensaba que era «típica de la vida de Lancashire» en el presente. La diversidad de comentarios y el debate acalorado sobre quién era el personaje favorito (ningún voto para Ken Barlow, pero muchos para la matriarca Ena Sharples, para la sensata propietaria del pub Rovers, Annie Walker, y para la atrevida *bête-noire* de Sharples, Elsie Tanner) reflejaban la inteligente combinación que lograba la serie entre la cultura que la gente asociaba con los viejos centros urbanos y la seguridad económica de la década de 1960. Independientemente de si pensaban que el programa era nostálgico o actual, muchos espectadores de clase obrera estaban de acuerdo con J. Taylor, de Flixton, en que *Coronation Street* ofrecía divertidos «pedazos de vida real»[28]. En un momento en que pocos programas ofrecían siquiera un vistazo a la vida de la clase obrera, esta era una innovación.

Hacia comienzos de la década de 1960, la gente de clase obrera podía ver sus vidas reflejadas en librerías, en los estantes de las bibliotecas, en los cines y la televisión. Esta revolución cultural iba a contribuir a una nueva asertividad política entre la generación que se hizo adulta en los años sesenta.

Según muchos periodistas y políticos, Gran Bretaña estaba entrando en una era de prosperidad, en la que la clase se convertiría en una identidad cultural, personal, divorciada de la economía o la fidelidad política. Los jóvenes actores o estrellas de pop eran aplaudidos por su autenticidad de clase obrera (mediante el rechazo a la vestimenta y acentos de clase alta), sugiriendo que una nueva generación de adolescentes conservaría lo mejor de los valores de clase obrera mientras disfrutaba de una prosperidad sin precedentes.

Pero este enfoque sobre los pocos que habían sido afortunados obviaba a miles de personas de clase obrera que no pudieron elegir las circunstancias

en las que vivían. Rememorando la década diez años después, el periodista australiano John Pilger emitía una cauta advertencia: «Detrás de la apariencia de un recién descubierto igualitarismo, como la adoración hacia las estrellas del pop, los diseñadores de moda y los actores de clase obrera, "modernizar" la sociedad significó hacer de la pobreza algo más acorde a los tiempos, y desplazar a la gente de los viejos barrios hacia eriales modernos. El mensaje apuntaba a que estos eran tiempos vibrantes, y el progreso era el progreso»[29].

Pilger tenía razón. La clase no era simplemente una identidad cultural, elegida o descartada a capricho. Lejos de la pantalla de televisión o cine, la gente continuó experimentando desigualdades profundas en la educación, en el trabajo y en sus vecindarios. A medida que se acercaban las elecciones de 1964, la brecha entre las exageraciones políticas sobre celebridades sin clase social y las realidades cotidianas de la gente dio paso a una nueva ola de rabia y descontento.

[1] Citado en Carpenter, *Dennis Potter*, pp. 92-93.

[2] K. Tynan, «Backwards and Forwards», *Observer* (30 de diciembre de 1956), p. 8.

[3] T. Warren, *I Was Ena Sharples' Father* (Londres, 1969), p. 61.

[4] Entrevista de 1959 citada en C. McInnes, *England, Half-English* (Londres, 1986), p. 206.

[5] Citado en S. Laing, *Representations of Working-Class Life, 1957-1964* (Basingstoke, 1986), p. 96.

[6] S. Barstow, *In My Own Good Time* (Otley, 2001), p. 85.

[7] Citado en H. Ritchie, *Success Stories: Literature and the Media in England, 1950-1959* (Londres, 1988), p. 191.

[8] K. Waterhouse, «Beanstalkers are Big Business!», *Daily Mirror* (4 de noviembre de 1959), p. 9.

[9] M. Abrams, *The Teenage Consumer* (Londres, 1958), p. 13.

[10] Waterhouse, «Beanstalkers are Big Business!», p. 9.

[11] «Hope in Teddy-Boy Trend», *Manchester Guardian* (5 de mayo de 1958), p. 5.

[12] B. Davies, *From Voluntaryism to Welfare State. A History of the Youth Service in England.* Vol. I: *1939-1979* (Leicester, 1999), cap. 2.

[13] Courtenay, *Dear Tom*, p. 190.

[14] Entrevistada por Andrew Martin sobre *1960: Year of the North*, dir. R. Whyte, BBC 4, 14 de septiembre de 2010.

[15] Rita Tushingham, intervención en el Liverpool FACT Centre, 10 de octubre de 2008.

[16] R. Hoggart, *Uses of Literacy*.

[17] H. Davies, *The Beatles, Football, and Me. A Memoir* (Londres, 2006), p. 150.

[18] Rita Tushingham, 2008.

[19] S. Cohen, *Decline, Renewal and the City in Popular Music Culture: Beyond the Beatles* (Aldershot, 2007), pp. 168-169.

[20] «Miss Asher Falls in Love», *Daily Mirror* (29 de junio de 1964), p. 14.

[21] «I've Got That No. 1 Feeling all Over!», *Daily Express* (18 de febrero de 1964), p. 5.

[22] Sobre las actitudes de los padres de clase obrera respecto al ocio de sus hijos, véase M. P. Carter, *Home, School and Work: A Study of the Education and Employment of Young People in Britain* (Oxford, 1962), p. 280.

[23] Entrevista a Judy Walker de Hilary Young (2007).

[24] P. Willmott, *Adolescent Boys of East London* (Londres, 1966), pp. 163-164.

[25] Courtenay, *Dear Tom*, p. 189.

[26] R. Colls, «When We Lived in Communities: Working-class Culture and its Critics», en Colls y R. Rodger (eds.), *Cities of Ideas. Governance and Citizenship in Urban Britain 1800-2000: Essays in Honour of David Reeder* (Aldershot, 2004), pp. 286 y 284.

[27] «Books Teenagers Really Enjoy», *Observer* (13 de enero de 1963), p. 27.

[28] «What Coronation Street Means to Me», *Manchester Evening News* (24 de octubre de 1961), p. 10.

[29] Pilger, *Hidden Agendas*, p. 401.

Interludio VI
Gastar, gastar, gastar

Hacia 1961, Viv era más feliz que nunca. Estaba casada con el hombre al que amaba y «teníamos un terno, una buena alfombra roja, buenas lámparas de noche, [y] una televisión alquilada». Podía asegurar que Keith y sus hijos tendrían una cena caliente cada noche y estaba orgullosa de que «estos niños realmente se saciaran». No era la única en sentir que la vida finalmente iba bien. En 1960 el salario semanal promedio era de 14 libras y 10 chelines. Se había triplicado desde 1950[1].

Pero en septiembre de 1961 los Nicholson estaban a semanas de perderlo todo. La razón era el crédito: su mobiliario, televisión e incluso su ropa «eran todos a crédito, por supuesto, con algo de ayuda de mamá». Viv se arrepentía de que ella y Keith no hubieran ahorrado antes de casarse. «Nos preguntábamos si realmente habíamos cometido un error al estar juntos», dijo Viv, «porque solíamos escuchar a otros diciendo: "Me casaré cuando haya ahorrado suficiente para la señal de una casa, o para los muebles".»

El empleo seguro y los salarios en aumento significaban que los noviazgos largos tenían mucho sentido hacia comienzos de la década, aunque no siempre eran alegres. El pleno empleo, y en los años cincuenta la disponibilidad de vivienda, significaron que la gente se casaba a edades aún más tempranas (una tendencia que sólo acabaría en la década de 1970), pero necesitaban ahorrar antes para poder pagar las casas y comodidades que deseaban. Sin embargo, en los hogares de estibadores, jornaleros, mineros y obreros metalúrgicos (trabajos en los que la inseguridad o el peligro siempre estaban presentes) ahorrar durante años tenía menos sentido. Viv no tenía la certeza de que Keith completaría su formación y, mientras tanto, el crédito era un modo tentadoramente fácil de hacerse con las buenas cosas de la vida. El parlamentario laborista Nye Bevan criticó la supuesta sociedad opulenta como «un materialismo impulsivo atravesado por el miedo»[2]. Podría perfectamente estar hablando de la vida diaria de Viv. Ella no le dijo a Keith que se estaban ahogando en deudas. Temía que

pudiera cansarse si no disfrutaba de las noches en el pub con sus colegas, y entonces «me quedaría sola con los malditos niños», ya que en 1961 era madre de tres hijos. Los autores de *Coal is Our Life* habían observado que en muchas comunidades mineras «le corresponde a él ganar el dinero y a ella administrarlo sabiamente», pero, incluso si un marido no traía a casa el dinero, su mujer tenía que poner la comida en la mesa para su familia[3].

Llegar a fin de mes seguía siendo una lucha; las nuevas comodidades del hogar escondían una pobreza persistente, en la que las mujeres se llevaban la peor parte. En 1960, cuando Viv dio a luz a su tercer y último hijo, Howard, pesaba apenas cincuenta kilogramos. Ella «casi nunca comía lo suficiente». En el año del nacimiento de Howard, investigadores de Londres llevaron a cabo un estudio de 734 familias en la capital y se encontraron con que las mujeres tenían más probabilidades de sufrir problemas de salud que los hombres, y las que vivían en los hogares más pobres eran las más vulnerables a los trastornos digestivos, el dolor de espalda y problemas en las articulaciones: todas ellas afecciones médicas causadas o agravadas por una dieta deficiente y el agotamiento[4]. Los problemas documentados por Margery Spring Rice en la década de 1930 habían disminuido, pero no habían desaparecido.

Viv sabía que las comodidades hogareñas de su familia –y sin duda su propia casa– dependían mucho más de su trabajo como camarera de lo que Keith estaba dispuesto a admitir. Sin embargo, su capacidad para trabajar dependía de la voluntad de su madre de cuidar a los nietos. En 1961, el asma crónica de su madre empeoraba y anunció: «Ya no puedo cuidar de tus niños».

El martes 19 de septiembre a Viv la separaban «seis libras de la inanición». El viernes siguiente, el cobrador del alquiler de la televisión llamó a casa de los Nicholson, exigiendo que Viv pagara sus atrasos. Preocupada por las consecuencias, Viv pagó. «Ese viernes por la tarde le dije a Keith: “¿Sabes qué creo que vamos a hacer, chico? Nos quedan dos libras. ¿Nos las jugamos?”. “Es la mejor idea que he oído en varios puñeteros meses”, dijo. “Nos emborracharemos”.»

Se suponía que las mujeres de clase obrera no debían administrar sus finanzas de esta forma. El Estado del bienestar de posguerra recompensaba el trabajo duro; la imprudencia estaba mal vista. Pero el sábado 23 de septiembre, mientras Viv se estaba preparando para ir al pub, Keith se sentó

frente a su televisor de alquiler y, al igual que otros 14 millones de personas, revisó su cupón de las quinielas de fútbol de Littlewoods. Cuando el locutor leyó los resultados, Keith apenas podía creer lo que escuchaba. Corrió hacia casa de su suegro, llevando el cupón con él. «Tienes ocho aciertos, muchacho», confirmó el padre de Viv, y las vidas de los Nicholson cambiaron para siempre.

El *Daily Mirror* sabía que su titular del 28 de septiembre de 1961, «La chica que soñaba con ser rica», atraería la atención de los lectores. «La rubia Vivian Nicholson siempre soñó con tener dinero. Mucho dinero», comenzaba el artículo que narraba a los lectores la histórica victoria de Keith. Pasando por alto el colapso de Viv cuando Bruce Forsyth entregó a Keith el cheque, los tabloides se concentraron en lo que sucedió una vez que ella se recuperó: «Agarró un bombín y un paraguas que alguien había dejado por ahí, soltó un puntapié al aire y gritó: "¡Yujuu! ¡Tenemos dinero! ¡A partir de ahora voy a gastar, gastar y gastar!».

Las aspiraciones de Viv reverberaban en los deseos de los millones de personas que echaban quinielas cada semana. Ella quería «celebrar grandes fiestas y no tener que preocuparme por la cocina»; comprar un «gran coche americano» (América era la tierra de los libres y opulentos) y, sobre todo, dar a sus hijos una vida mejor que la suya. «Les compré tanto que no recuerdo qué compré», dijo sobre el viaje a Londres para cobrar el cheque. Entre estas compras, informaba el *Mirror,* había «muñecas más grandes y mejores de las que Vivian pudo codiciar de niña, y que finalmente pudo comprarse con dinero contante y sonante». Esta era la opulencia de posguerra encarnada, y el eco constante de las penurias de antes de la guerra, y servía para recordar a la gente los buenos tiempos que estaba viviendo.

Viv no había ganado el dinero, Keith sí; pero la prensa estaba fascinada con ella (Keith apenas recibió una mención, excepto como un modo de insinuar a los lectores que el primer matrimonio de Viv se había disuelto). Los periodistas especularon sobre cómo gastaría ella el dinero; en sus artículos subyacía aquella antigua preocupación respecto a si las mujeres de clase obrera podían administrar sabiamente el dinero. En 1958, el *Mirror* había informado sobre «la rubia Barbara Carter» a la que «simplemente le encantaba firmar los cheques de hombres». La señorita Carter había pagado su ropa de moda falsificando las firmas de sus (numerosos) novios. El relato

que hizo el periódico del juicio por falsificación concluía con una combinación de admiración y moralina que era común a los relatos sobre el derroche de las mujeres: «En el puerto se vestía elegantemente con un vestido gris, un sombrero azul pálido y guantes largos. Pero después de la sentencia sus elegantes ropas fueron trocadas por la insulsa indumentaria que vestirá en la prisión de Holloway…»[5].

Los hombres se las arreglaban en la vida con trabajo duro; las mujeres con suerte, engaños y sexo, o eso parecían sugerir estas historias. Detrás de estos relatos acechaba un miedo a que la independencia económica que ofrecía la nueva abundancia, a través del salario o el crédito fácil, podía desatar los voraces apetitos sexuales y materialistas de las mujeres.

Después de que se desvaneciera la euforia inicial, la prensa se esforzó en presentar a Viv y Keith como una moderna pareja ejemplar, comprometida con el trabajo duro y el ahorro juicioso. Los periodistas imbuyeron su relato de cierto tono moral, sugiriendo que Keith merecía su premio, tras años de arduo trabajo en la mina. Cinco días después del premio, un artículo en el *Mirror* sobre la vuelta a casa de los Nicholson pintaba un retrato de Keith («un ex minero. "Recalca el ex"») y Viv como «gente normal con gustos sencillos, que han conocido tiempos duros y trabajo duro durante toda su vida, aún joven». Vivian –ahora se usaba su nombre completo, más sobrio– aparentemente había logrado muchas de sus expectativas: «¿El gran coche americano?», decía Vivian. «Son un poco presuntuosos para Castleford, ¿no? Y no muy buenos para nuestras carreteras.» Keith apostillaba: «Nos bastará con un coche familiar británico, querida».

«El papá de Vivian, en el otro extremo de la calle», supuestamente le dijo al *Mirror:* «Si me compran una buena dentadura postiza estaré satisfecho». «Vivian» y Keith planeaban quedarse «en su casa de alquiler público, viviendo tan sencillamente como lo hacían la semana anterior», y Keith aparentemente se arrepintió de su decisión de dejar el trabajo y convertirse en un hombre ocioso[6].

Los recuerdos de Viv de aquellas primeras semanas de riqueza eran muy diferentes. «Por primera vez en mi vida había estado en un gran hotel, donde te traían el desayuno y todo el mundo siempre se arremolinaba a tu alrededor», recordaba en su autobiografía. «Así que Keith y yo nos quedamos en casa de mi madre», disfrutando mientras buscaban el coche soñado por Viv. Finalmente se decidieron por un gran y americano

Chevrolet Impala. Era tan grande que cuando fueron a cumplir su siguiente sueño –una casa– Viv insistió en que limitaran su búsqueda a barrios nuevos, donde las carreteras fueran suficientemente anchas para que ella pudiera conducir fácilmente. Se decidieron por una casa piloto en una urbanización privada a varios kilómetros de su antigua casa. Keith señaló, aliviado, que estaba bastante lejos de la mina; nunca pensó en volver al trabajo, independientemente de lo que dijera el *Mirror.*

Los medios descubrieron que su historia del trágico ganador de quinielas que echa de menos la vida sencilla no tenía atractivo para la mayor parte de lectores. «¡Qué alegría leer sobre gente que va a gastar, gastar, gastar!», escribía la sra. B. Henton desde Slough, en una carta publicada por el *Mirror.* «Habitualmente nos tienen acostumbrados a reacciones aburridas, como “Vamos a continuar trabajando, el dinero no supondrá una diferencia”, por parte de los ganadores de loterías». La sra. Woor, de Ipswich, estaba de acuerdo. «Finalmente una pareja joven ha ganado las quinielas. Y qué sensatos son al querer gastar el dinero», escribió. Solamente «Maestro de escuela retirado» de Cardiff se declaraba «indignado» ante una mujer «cuya idea parece ser gastar en sí misma. Lástima, esta filosofía tiene mucha difusión hoy en Gran Bretaña»[7]. La mayor parte de la gente no estaba de acuerdo. No creían que la gente debiera mostrarse «respetable» y aparentar «que lo merecía» antes de disfrutar de la buena fortuna. Gastar en uno mismo era, en cualquier caso, un placer legítimo en la sociedad próspera, un placer constantemente promocionado en anuncios de prensa, en carteles publicitarios, y en el nuevo canal de televisión, ITV.

La historia de Viv parecía augurar una nueva era. A comienzos de la década de 1960 las antiguas constricciones parecían desaparecer; quizás podía ser posible para una pareja joven y de clase obrera lograr una vida mejor para su familia –y, mientras, pasárselo bien.

[1] Routh, *Occupations and Pay*, pp. 164-166.
[2] Citando en «Opinion of Others», *Torrance Herald* (3 de enero de 1960), p. 1.
[3] Dennis *et al.*, *Coal is Our Life*, p. 196.
[4] PEP, *Family Needs and the Social Services*, pp. 82-83.
[5] «She Just Loved Signing Men’s Cheques», *Daily Mirror* (viernes 13 de junio de 1958), p. 10.
[6] «A Fourpenny Bus Ride to Mum», *Daily Mirror* (30 de septiembre de 1961), p. 7.

[7] Cartas de los lectores, *Daily Mirror* (4 de octubre de 1961), p. 8.

12. ¿Una nueva clase media?

El 1 de enero de 1960 Alastair Hetherington, editor del *Guardian,* hablaba de la década por venir como «los políticos años sesenta». Creía que el final de los años cincuenta había sido testigo del surgimiento de «las nuevas clases medias»: trabajadores de oficinas y de fábricas de automóviles, técnicos, enfermeras, que habían «logrado […] increíbles avances materiales en los años cincuenta». Pero la década de 1960, en opinión de Hetherington, traería cambios incluso más profundos. «[E]sta nueva clase no ha sido suficientemente numerosa como para contar políticamente, ni ha tenido la suficiente autoestima como para saber lo que quiere», declaraba. «En la siguiente década es probable que sea más numerosa, y esté más segura de sí misma»[1]. Tenía razón; pero su suposición de que este grupo se consideraría una «nueva clase media» era errónea.

A comienzos de la década de 1960 los sociólogos investigaron a los trabajadores manuales y de servicios de los pueblos y ciudades de Gran Bretaña, determinados a descubrir cuánto habían influido la abundancia y el trabajo de cuello blanco en las simpatías e identidades políticas de la gente de clase obrera. Comprobaron que la mayor parte de quienes comenzaron a trabajar a finales de la década de 1950 y comienzos de la década de 1960 se encontraban en una situación sustancialmente mejor que la de sus padres. No obstante, la mayor parte de ellos se identificaban como clase obrera, ante la incredulidad de muchos políticos. Sus explicaciones de por qué lo hacían ilustraban una creciente frustración ante las políticas conservadoras que reforzaron la desigualdad social y económica, y a comienzos de la década amenazaban con acabar con el pleno empleo y debilitar el Estado del bienestar. Lo que oyeron los sociólogos les dijo mucho sobre los límites del progreso social que supuestamente estaban evaluando, e indicaba que Gran Bretaña estaba muy lejos de convertirse en un país de clase media.

Fue en la década de 1960 cuando la mayor parte de la gente de clase obrera experimentó la abundancia por primera vez. La década de 1950 fue la década en la que la televisión entró en la mayor parte de los hogares

británicos y una vivienda pública se convertía en una aspiración para mucha gente. A partir de 1960 esa aspiración se convirtió en realidad; unos años después el hacinamiento había disminuido, las familias podían esperar comenzar una vida en su propia casa, en lugar de en el hogar paterno, y al televisor le acompañó una cocina equipada, una nevera y una máquina lavadora doble. Los ingresos de los trabajadores aumentaban: entre 1960 y 1970 la mayor parte de trabajadores manuales y de cuello blanco vieron que su nómina se duplicaba[2]. El desempleo era un borroso y distante recuerdo para la mayoría, y algo desconocido para los jóvenes trabajadores. El recuerdo de la guerra también se desvanecía: en 1960 nadie por debajo de los veinte años podía recordarla bien y en 1970 toda una generación había crecido y formado una familia en tiempos de paz.

Esta transformación social maravilló a los que podían recordar la vida antes de 1939. Entre ellos estaba Tom Harrisson, antropólogo y uno de los fundadores de la organización de investigación social Mass Observation. En 1960 Harrisson y un equipo de investigadores decidieron volver a Bolton, en Lancashire, donde habían realizado muchas encuestas documentando la vida cotidiana en los años treinta y cuarenta (utilizando el pseudónimo «Worktown»). Paseando por las calles de Bolton, Harrisson vio que los niños todavía jugaban en la calle, pero ahora lo hacían con juguetes y llevaban zapatos. Pero el mayor cambio de todos fue las expectativas de seguridad económica de la gente. «En 1936-1937 puede decirse que toda la *atmósfera* inspiraba inseguridad y temor al desempleo», escribió Harrisson en 1961. «En 1960 pocas veces sentimos esa atmósfera de miedo, ya fuera entre los mayores o entre la gente joven»[3].

La gente con la que se encontró Harrisson sentía que podría disfrutar de su seguridad y planificar el futuro. Así lo hacían los trabajadores en otros lugares. En 1963 Alan Watkins completó su aprendizaje de ingeniería en Coventry y saltó directamente a un trabajo cualificado en una de las plantas automovilísticas de la ciudad. Alan y su prometida Veronica sabían lo que querían de la vida: un coche, una casa y vacaciones anuales; y estaban seguros de que podrían lograr sus objetivos. De niño, Alan había identificado a un vecino como «pijo» porque «tenía un coche, ¡increíble! Tenía un coche». Pero sólo diez años después, «veíamos un coche como algo que íbamos a tener […] sabías que íbamos a tener un coche, íbamos a casarnos, íbamos a tener una casa».

Los niños de la década de 1920 consideraban el trabajo duro como una inversión en el futuro de sus hijos, pero a mediados de la década de 1960 la generación de Alan Watkins podía disfrutar ella misma de algunos de los frutos de su trabajo. Brian Thresh había nacido en Mánchester en 1941. Sus padres habían realizado todo tipo de trabajos para llegar a fin de mes en la década de 1930, su padre como peón de fábrica y su madre como limpiadora y dependienta. A finales de los años cuarenta, había visto cómo se recibía con honores a sus tíos desmovilizados cuando volvían con su botín de guerra: sábanas, ropa y cigarrillos que eran difíciles de encontrar. Hacia 1959, sin embargo, la propia vida de Brian era muy diferente. Después de dejar el colegio consiguió un trabajo seguro en la fábrica de Traffold Park, la zona industrial local. Se casó con una mujer que también trabajaba en una fábrica, y con estos dos salarios confiaban en que podrían fundar juntos un hogar. «Incluso cuando los niños estaban de camino, pasábamos los fines de semana fuera», dijo él[4].

En Liverpool, Ron y Edna Jones también disfrutaban la libertad de tener un dinero extra a comienzos de la década de 1960. Ron había abandonado la escuela a la edad de catorce años, en 1947. Le habría gustado seguir allí, pero con la evacuación bélica «me perdí el examen de escolarización» –esto era antes de que entrara en vigor la Ley de Educación de 1944–. En cualquier caso, la familia de Ron le necesitaba fuera, trabajando: su padre era conductor de camionetas con un sueldo muy pobre, y «desafortunadamente, en esos días, sólo trabajaba uno de los progenitores». Ron era afortunado: después de que completara el Servicio Nacional en 1953 consiguió un trabajo bien pagado como conductor de autobús para el Ayuntamiento de Liverpool. Conoció a Edna, una secretaria del Ayuntamiento, en el club social municipal, en 1959. En 1963 se casaron y se mudaron a un piso público: «Edna y yo hacíamos cosas locas. Muchas veces nos levantábamos un fin de semana –el viernes por la noche acababa el trabajo– y el sábado por la mañana decíamos: "¿Qué haremos hoy? Oh, que le den, saldremos", e íbamos a la playa en Morecambe; un libro en la cama y desayuno al día siguiente. La gente solía decirnos "estáis locos", pero veíamos cosas, no nos quedábamos sentados».

La falta de educación superior de Ron, y el propio amor de Edna por su trabajo, significaron que esta ni se planteó dejar su empleo cuando se

casaran; de hecho, continuó trabajando hasta que nació su tercer y último hijo, a finales de los años sesenta[5].

Los políticos y científicos sociales de izquierda temían que la prosperidad estuviera erosionando la identidad de la clase obrera. En 1959 el laborismo sufrió una tercera derrota electoral consecutiva, que los veteranos del partido achacaron al limitado atractivo del partido para los deseos adquisitivos del electorado. En 1960 Michael Young –uno de los arquitectos del programa laborista de 1945– argumentó que «la clase basada en la producción está dando paso poco a poco al estatus basado en el consumo»[6]. Mientras que las «novelas de fregadero» y las películas habían proporcionado a la identidad de clase obrera una nueva distinción cultural, Michael Young sugería que la clase ya no era una fuerza política. La gente ya no se veía como parte de un grupo colectivo de trabajadores que compartían intereses políticos definidos por la necesidad de vender su trabajo. Ahora eran individualistas, sólo interesados en cuánto podían ganar para comprar más bienes para sí mismos y sus familias.

En medio de este debate, J. H. Goldthorpe, un sociólogo de la Universidad de Cambridge, se dispuso a comprobar si habían llegado realmente las «nuevas clases medias». Y descubrió que los resultados electorales en 1959 «sugerían que este declive en el apoyo al laborismo era más marcado en las áreas del país que eran más prósperas […] en las nuevas ciudades y circunscripciones en las que habían sido llevados a cabo programas extensivos de realojamiento»[7]. Por consiguiente, él y su equipo de investigadores sociales se plantearon descubrir cómo la prosperidad económica estaba cambiando la vida de la clase obrera y, más concretamente, la conducta política de la gente.

Era difícil diseñar un estudio que pudiera responder rigurosamente a estas preguntas: ¿cómo identifica a su clase la gente?, ¿qué efecto tiene esto en sus afinidades políticas? Pero Goldthorpe encontró un modo de hacerlo. Su equipo de investigación se dispuso a entrevistar a los «trabajadores prósperos» de Luton, una ciudad en la que había gobernado el laborismo desde 1945, pero que a partir de 1950 había tenido diputados conservadores y nacional-liberales, cuya mayoría había aumentado en las elecciones generales de 1959. Era exactamente el tipo de lugar que el laborismo tendría que ganar si el partido quería tener alguna posibilidad de formar gobierno.

El equipo de Goldthorpe eligió a sus encuestados entre algunas de las fábricas locales que pagaban salarios por encima de la media. La mayor parte de sus 229 encuestados estaban empleados en la planta automovilística de Vauxhall. Entrevistaron a los obreros una vez en la fábrica y otra en casa, para obtener una imagen completa de sus vidas. Cuando visitaron a los obreros en casa, los sociólogos intentaron incluir a las esposas de los obreros en la entrevista. Goldthorpe planteó a su equipo la tarea de descubrir a partir de este grupo si estaba en ciernes una transformación «entre ciertas secciones de la clase obrera británica, hacia los estilos de vida y actitudes sociales de la clase media»[8].

Inevitablemente, había fallas en este estudio pionero. Aquellos entrevistados no eran el grupo homogéneo de obreros manuales que Goldthorpe presentaría más adelante. Procedían de un amplio espectro de contextos sociales: algunos habían sido viajantes en el East End de Londres antes de mudarse a Luton buscando una casa o un trabajo mejor pagado; otros provenían de pueblos de Bedfordshire donde habían trabajado como jornaleros agrícolas. Estaban casados con amas de casa, secretarias, trabajadoras de fábrica, limpiadoras y cocineras de comedor. Lo que tenían en común era el poco tiempo que la mayor parte de ellos había vivido en Luton: pocos llevaban allí más de cinco años (y, por tanto, no habían votado allí en las elecciones generales de 1959)[9]. En sus entrevistas dejaron claro que a menudo todavía se estaban adaptando a la vida en un nuevo ambiente, y que esto afectaba a sus puntos de vista respecto a la comunidad y el trabajo, y su experiencia de ambos.

Más complicado era el hecho de que los entrevistadores tenían que solventar el dilema de cómo situar a estos encuestados dentro de una clase social. Estaban principalmente interesados en la auto-identificación, pero se encontraron con que a los encuestados (comprensiblemente) les resultaban difíciles preguntas tan simples y abiertas como: «¿De qué clase eres?» y «¿Quién dirías que es de clase alta?». Los investigadores dirimieron que la mayor parte de encuestados creían que la clase estaba principalmente determinada por el dinero, una conclusión publicada en su estudio, *The Affluent Worker in the Class Structure*[10]. Pero releyendo las entrevistas se transluce que la mayor parte de entrevistados se resistían a las clasificaciones ofrecidas por sus entrevistadores. En su lugar, hablaban de clase de un modo más históricamente específico y personal, y al hacerlo nos

ofrecen un valioso y rico relato vital de comienzos de los sesenta. En su mayor parte, sin embargo, los resultados de Goldthorpe han aguantado el paso del tiempo; la conclusión central de su equipo fue que la sociedad opulenta ciertamente no había destruido a la clase obrera[11].

Los trabajadores de las fábricas de automóviles de Luton veían a Gran Bretaña como una sociedad biclasista. Ellos y sus esposas tenían un fuerte sentimiento de que la sociedad se dividía entre «los ricos» y «el resto». «Creo que querrían prescindir de la clase media y obrera», decía Fred Graham[12]. Muchos de ellos creían que la clase alta se componía de aristócratas: la «Familia Real», decía Jim Falmer al pedírsele que definiera a esta «clase alta»[13]; «*lords, ladies,* la aristocracia», respondía Harry Harkness[14]. Algunos pensaban que la clase alta también incluía al más reciente grupo de las celebridades adineradas: «estrellas de cine y ellos», añadía Ivor Greggs[15].

Esta clase alta poseía riqueza y poder. Arnold Judd pensaba que la clase alta era una panda de «engreídos» cuyo dinero y privilegio «pasa de padre a hijo; las familias ricas se casan entre ellas»[16]. Ernest Aldridge estaba de acuerdo; pensaba que la clase alta consistía en «la aristocracia, el dinero se lo han regalado»[17]. «Algunos de estos ricos, ¿por qué son ricos?», preguntaba Joe Nash. «Porque poseen miles de acres de tierra que no les pertenecen, robados hace años y heredados»[18].

En contraste, la clase obrera tenía que trabajar para conseguir lo que tenían. «La mayor parte de la gente tiene que trabajar para ganarse la vida», decía Anne Baker; ella pensaba que los trabajadores del sector del automóvil, como su marido Tony, capataces como su hijo David y oficinistas como sus vecinos eran todos «clase obrera»[19]. Lo que separaba a los que trabajaban de los que no lo hacían no era simplemente el dinero, sino también el poder que procedía de una riqueza regalada, títulos aristócraticos y una apropiada red de relaciones y amigos influyentes, además del dominio sobre los que trabajaban para ellos. «Es el dinero familiar y la educación», decía Geoff Smith, «lo que te da poder»[20]. «A mi modo de ver la clase alta es el tipo de gente que han nacido con dinero […] y nunca tuvieron que trabajar para lograrlo», decía Harry Harkness, «mientras que la clase obrera siempre tiene que trabajar para ganarse la vida». Al preguntarle a quién afectaba el poder de la clase alta, Bill

Andrews respondió abruptamente: «Sólo a la clase obrera, que son despedidos [por los empleadores]»[21].

Pocos de estos trabajadores de Luton consideraron la década de 1960 una época dorada de movilidad social. Cambiar de clase social era difícil, y posiblemente indeseable. Se les preguntó por familiares que «les hubiera ido bien por sí mismos». Muy pocos de estos trabajadores podían mencionar a alguien que hubiese ascendido a profesiones liberales, o que incluso se hubiese asentado plenamente como clase media. «Él comenzó desde cero en el comercio de plásticos», decía Irene Peacock sobre su hermano; «trabajó desde abajo para ser gerente en una empresa en Walsall», y era una excepción[22]. Aunque los hombres se mostraban divididos respecto a si deseaban ascender; algunos sí, otros pensaban que entrar en la gerencia sería desleal para sus compañeros de trabajo; la mayor parte consideraba que este tipo de trayectoria significaba «que te fuera bien». También aprobaban la conducta de los que habían logrado colocar «algunas letras antes» de sus nombres, como el hermano de Eric Haines, John, que «estudió mucho» y obtuvo un «buen trabajo» en una oficina de la empresa de manufacturas Skefco, en Luton[23]. A la prima de Terry Jameson, también le había «ido bien» gracias a la educación. «Imparte clases de mecanografía», decía Terry. «Tuvo que ir a todas las clases nocturnas para lograrlo»[24]. Los trabajadores de fábricas automovilísticas de Luton relataban con orgullo estos logros fundamentados en el trabajo duro y el esfuerzo, pero también añadían que eran pocos y aislados. Desde luego, no sugerían que la Gran Bretaña de posguerra fuera una sociedad en la que a cualquiera pudiera irle bien con talento y trabajo duro.

Casi todos a los que se consideraba que les había ido bien se habían «ganado su ascenso», pero la suerte desempeñaba también un papel. Las mujeres tenían más posibilidades de tener «suerte» que los hombres, logrando un buen matrimonio. Muchos de los trabajadores del sector automovilístico y sus esposas creían que la elección de marido de una mujer determinaba su futuro; como en la mayor parte de casos sucedía. Pam, la hermana de Alan Trewick, era enfermera. Su profesión infundía respeto, pero también había «hecho bien casándose con un doctor. Ella parece haberse situado muy bien»[25]. Casarse con un hombre rico seguía siendo la mejor garantía de prosperidad para una mujer. Pero los hombres también podían casarse bien. El tío Harry de Ralph Hearsall «tuvo suerte, la familia

de su esposa les dejó dinero» y como resultado pudo convertirse en agente de seguros[26].

Los trabajadores de Luton eran agudamente conscientes de que ellos y sus parientes no habían tenido las oportunidades accesibles para la gente más rica. Señalaban que «el éxito» dependía de dónde había comenzado una persona, indicando que no creían que existiera la igualdad de oportunidades. «Él no tenía muchas posibilidades de una educación y creo que le ha ido bien», decía Amy Cross de su hermano Walter, que entonces trabajaba en un empleo de cuello blanco para la BOAC (la predecesora de British Airways)[27]. Otros sugerían que el trabajo duro era un modo más honesto de lograr el éxito que servirse del contexto familiar. Jack Marsden mencionaba a su hermano, Matthew, que «comenzó como mozo de oficina». Cuando Matthew hizo el Servicio Nacional «querían que optara a un cargo, pero se negó y acabó como sargento instructor». Cuando volvió al trabajo consiguió un empleo «yendo por el mundo comprando y vendiendo barcos». Pero, además de eso, «siempre se lleva bien con la gente y les ayuda»[28]. Negarse a aceptar un privilegio inmerecido era considerado admirable, y una virtud que distinguía a los obreros corrientes de muchos de «los ricos».

El equipo de investigadores de Goldthorpe se vio especialmente sorprendido por el nivel de insatisfacción que expresaban los obreros de Luton. Los investigadores sólo veían casas cómodas y niños saludables, bien alimentados por robustos salarios. Pero mientras que muchos de los trabajadores de las fábricas no vivían con el miedo o inseguridad que sus padres habían experimentado, compartían la convicción de que sus ingresos dependían de que nunca se acabara el trabajo duro. Un anónimo entrevistador describió su conversación con el sr. y la sra. Garrett (un obrero de fábrica y su esposa) en el verano de 1963: «La esposa se marchó… antes de que sacara el bolígrafo, diciendo que todo el mundo tenía que trabajar demasiado duramente para tener cualquier tipo de vida social, y de hecho cualquier vida en general, y se quejó mucho sobre el coste de la vivienda, la comida, el mobiliario, etcétera».

El entrevistador de la sra. Garrett descartó sus quejas. «De hecho», decía él, «la casa estaba inmaculadamente limpia, muy bien decorada, con mucho gusto, y llena de mobiliario razonablemente bueno y muy bien conservado». Al entrevistador le resultaba obvia la prosperidad de la

familia, lo suficiente como para ignorar la preocupación de la sra. Garrett sobre el coste de la comida, y lograr que se le invitara a la cena. «El café se ofrecía dos veces, así como galletas y sándwiches, pero hábilmente rechacé estos últimos y en su lugar cené un filete; muy bueno también.» Los Garrett, concluía, eran ejemplos óptimos de trabajadores opulentos[29].

Pero los Garrett estaban expresando una queja profundamente sentida y ampliamente expresada: que el trabajo necesario para sufragar sus comodidades hogareñas era excesivo para una sociedad considerada «opulenta». Esto no se limitaba a Luton. En febrero de 1963 un investigador de la Universidad de Liverpool visitó a la familia Jackson en su vivienda pública de Woolton, una boscosa zona residencial del sur. Walter Jackson, un telefonista de la oficina de Correos, le dijo a su entrevistador que «parece que me las arreglo bastante bien», pero también dijo que su nivel de vida era «muy similar» al de cinco años antes; el «coste de la vida [era] más alto», pero no había «aumento alguno» en sus ingresos. Su esposa, Anne, era responsable de gestionar el presupuesto familiar y con cuatro niños le resultaba a veces complicado. Su hija mayor estaba, explicaba ella, trabajando fuera en una fábrica, «lo que hace las cosas fáciles», pero añadía: «Desde luego, tengo que vigilar mi dinero, no va a ningún sitio. Los precios continúan subiendo»[30].

Las quejas que estas familias expresaron eran nuevas para los sociólogos. No estaban describiendo el hambre e inseguridad de la pobreza de los años previos a la guerra, sino más bien la insatisfacción ante el hecho de que los bienes de consumo, a los que estaban continuamente expuestos en escaparates de tiendas y anuncios publicitarios, costaran tanto. «No nos quedamos cortos de comida», dijo la sra. Jackson, «pero nos gustaría más dinero para unos pocos lujos, como unas vacaciones o mejores alfombras»[31]. Otras mujeres de Woolton estaban de acuerdo en que «me lleva todo mi tiempo mantener a la familia alimentada»[32] –esto decía Irene Smith, que trabajaba a tiempo completo como técnica de laboratorio, estaba casada con un oficinista, y sólo tenía un niño.

Estas quejas se vieron exacerbadas por las políticas del gobierno conservador. El tono autocomplaciente del «nunca hemos estado tan bien» de finales de los años cincuenta rápidamente dio paso a la congelación salarial, precios en aumento y un debate sobre la eliminación de los subsidios sociales universales. En los dos años que siguieron a las

elecciones de 1959, las empresas de manufactura elevaron los precios de los bienes domésticos, deseosas de sacar beneficios de la alta demanda de consumo material. En un intento por reducir la inflación, el gobierno impuso una congelación salarial entre los trabajadores del sector público, y animó a los empleadores a rechazar las peticiones de aumentos salariales por parte de los dirigentes sindicales. La sra. Garrett y el sr. Jackson estaban respondiendo a la incertidumbre causada por los precios en aumento. A lo largo de 1962 y 1963 las encuestas de opinión de Gallup mostraron que la principal preocupación de la gente era el alto coste de la vida, a medida que los precios seguían aumentando[33].

Si los precios en aumento causaban a las mujeres una preocupación especial, muchos hombres descubrieron que lograr la «opulencia» implicaba tantas pérdidas como ganancias. Para comienzos de la década de 1960, los trabajadores del automóvil estaban entre los trabajadores manuales mejor pagados, y muchos de ellos podían ganar más que los trabajadores de cuello blanco si hacían horas extra. Ante congelaciones salariales del sector público y salarios estancados en ocupaciones cualificadas, muchos hombres sintieron que tenían pocas alternativas al bien pagado pero aburrido trabajo en la línea de montaje.

Alf Chester era uno de ellos. En 1959 él y su esposa Mary habían cambiado el norte de Londres por Luton. Cuatro años después estaban comprando un adosado, bien cuidado: «Grandes jardines detrás y delante, pintada por fuera, cortinas de encaje». La señora Chester le decía al entrevistador que «hace diez años nunca podríamos habernos permitido lo que tenemos; una tele y una nevera». Pero su marido tenía sentimientos encontrados sobre su mudanza. Anteriormente había trabajado de capataz en el consejo de suministro de agua de la ciudad, el Metropolitan Water Board de Londres; un trabajo de responsabilidad que había disfrutado mucho, pero que no le reportaba tanto dinero como Vauxhall. Su entrevistador consideró que el sr. Chester era «un hombre muy inteligente, que llenaba sus respuestas con referencias nostálgicas a sus días dorados “en el agua”»[34]. Pero los remordimientos de Alf Chester merecen ser tomados seriamente: subrayan que no todo el mundo experimentó la propiedad de una vivienda y los mejores salarios como un aumento de sus «niveles de vida».

Los remordimientos de Alf Chester ayudan a explicar por qué tantos trabajadores manuales ansiaban ser sus propios jefes. Comenzar tu pequeño negocio ofrecía un mínimo de control que parecía atractivo en una era de líneas de montaje, congelaciones salariales del sector público y precios en aumento. Los trabajadores de Luton admiraban a los parientes y amigos que estaban autoempleados. El propio Alf Chester hablaba de su hermano Bill, que «comenzó un negocio desde cero»[35]. «Es carnicero», decía Dennis Bell sobre su hermano menor Frank, «aunque tiene huevos en muchas cestas. Alquila una cosechadora. También solía hacer tareas de labranza y peonadas diversas en granjas agrícolas. Tiene su propio coche y su propia casa»[36]. Los trabajos eventuales de Frank Bell apuntaban al trabajo duro que solía implicar comenzar una empresa desde cero. Sin embargo, muchos de los trabajadores de Luton preferían claramente la idea de no responder ante nadie, en lugar de ser empleados. No mucha gente se atrevía a lanzarse, sintiendo que les faltaba suficiente capital. Pero su sueño atestiguaba un deseo de mayor control sobre el trabajo que desempeñaban y sobre el presupuesto con el que vivían, y también testimoniaba una cierta frustración ante su falta de poder en la sociedad opulenta de 1963.

Los trabajadores de fábrica, los trabajadores de oficina y servicios, y los grupos de profesionales técnicos peor pagados –profesores, funcionarios menores, enfermeras y técnicos especialistas– eran el grupo cuyos votos necesitaba el laborismo para ganar las primeras elecciones generales de la década. Los conservadores estaban obligados a convocarlas en 1964. De hecho, muchos trabajadores fabriles habían votado al laborismo a lo largo de la década anterior, descontentos ante el alcance limitado de la sociedad opulenta. Mientras que las promesas de mayor prosperidad habían ayudado a los conservadores a ganar las elecciones de 1959, muchos más votantes compartían el desencantamiento de los trabajadores fabriles a comienzos de la década de 1960; entre ellos, muchos trabajadores de cuello blanco del sector público. Y, lejos de amenazar las posibilidades de gobierno del laborismo, la migración de trabajadores manuales desde el corazón industrial del país hacia las nuevas ciudades y barrios residenciales estaba ayudando al partido a captar votos y escaños anteriormente conservadores. Luton era un ejemplo: en unas elecciones intermedias, en diciembre de 1963, estos trabajadores fabriles ayudaron a derribar a los conservadores del

poder, y dieron al laborismo la victoria con el 48 por 100 del voto[37]. El equipo de Goldthorpe descubrió que «con la clase obrera británica no hay vínculo relevante entre opulencia y voto conservador (o no laborista)»[38].

En los primeros meses de 1964, se dio inicio al periodo de campañas electorales. El laborismo condujo el debate hacia el difícil terreno de la igualdad, y convirtió las elecciones en una competición entre lo viejo y lo nuevo, entre la elite social y lo popular; presentando a su líder educado en una Grammar School, Harold Wilson, como alguien que estaba más próximo a las necesidades de la gente común que el líder conservador, el aristocrático Alec Douglas-Home. Wilson restó importancia a su carrera de catedrático de Oxford. En cambio, hizo hincapié en sus antecedentes como un alumno norteño de Grammar School, en estrecho contacto con las necesidades de sus electores en la ciudad obrera de Huyton. En 1963, el *Daily Mirror* publicó el *dossier* «El hombre que puede ser el próximo primer ministro», que narraba gran parte de su historia como la del «hijo de un químico de Huddersfield». Wilson contaba que en su época de colegial «pensaba que los gramófonos eran muy ostentosos […] principalmente porque no teníamos uno». Afirmaba que su deporte favorito era «correr largas distancias» –lo cual, entre algunos lectores al menos, habría evocado la reciente adaptación cinematográfica del relato breve de Alan Sillitoe *La soledad del corredor de fondo*, protagonizada por Tom Courtenay interpretando a un chico obrero de reformatorio que mostraba su talento como corredor–. Wilson encajaba con la imagen que el laborismo quería dar de una sociedad meritocrática: aquí estaba el colegial del norte cuyo padre se ganaba la vida a través de la ciencia y la industria, no a través del privilegio heredado, y que había tenido un ascenso «meteórico» desde la Grammar School hasta la academia, y de allí a la política[39].

Wilson había tenido en cuenta las advertencias de Michael Young y Tony Crosland: estaba determinado a no centrarse en los males de la prosperidad económica. «Damos la bienvenida al aumento del nivel de vida de tanta de nuestra gente», declaraba en un discurso en el Royal Albert Hall, en julio de 1964. Tampoco se centró exclusivamente en la supervivencia de la pobreza. El laborismo, sentía él, había intentado esto en 1955 y de nuevo en 1959, y había fracasado. A lo largo de la década de 1950, los dos principales partidos políticos habían hablado de la pobreza casi como un problema exclusivo de viejos y enfermos. En última instancia, esto sencillamente

había reforzado el mensaje conservador de que a la mayoría de las personas «nunca les había ido tan bien». En cambio, Wilson regresó al viejo retrato de Herbert Morrison de «la gente útil» contra los intereses creados, que en 1964 incluían «al especulador […] al evasor de impuestos, al acaparador de tierras» y a los que se dedicaban al «chantaje», como el magnate inmobiliario de los arrabales, Peter Rachman[40].

De este modo, el laborismo afrontó las frustraciones de los trabajadores más jóvenes que estaban mejor que sus padres, pero desencantados con sus limitadas oportunidades. Los discursos de Wilson continuamente se refirieron a la persistencia de la desigualdad social y económica. En un discurso en el Ayuntamiento de Birmingham, Wilson acusó a los conservadores de defender «una sociedad cerrada, en la que el nacimiento y la riqueza tienen prioridad». Defendió a los laboristas como el partido que «quiere crear un gobierno de todo el pueblo para todo el pueblo» en una sociedad «en la que los cerebros tendrán prioridad sobre la sangre azul»[41]. El programa laborista prometía que «la educación secundaria se reorganizará siguiendo líneas integrales […] a ningún niño se le negará la oportunidad de beneficiarse de la [educación académica] mediante una selección arbitraria a la edad de once años». Después de una educación integral, los ciudadanos de esta «Nueva Bretaña» podrían ingresar en un creciente abanico de trabajos técnicos y profesionales, sin depender de la voluntad de los empleadores para crearlos, sino que estaría garantizado por el «plan nacional» del gobierno para la economía. Esta era una Gran Bretaña «activa», que se beneficiaría de una «revolución» en la educación, capacitación y ciencia, generando una «igualdad de oportunidades»[42].

Wilson intentó conectar directamente con las preocupaciones y esperanzas de los votantes de una amplia diversidad de contextos, pero en especial con el creciente número de jóvenes asalariados, la creciente fuerza de trabajo de cuello blanco, y las mujeres; como madres y trabajadoras[43]. En la conferencia del Partido Laborista en 1963 –un año antes de las elecciones– los dirigentes del partido utilizaron hábilmente a estos grupos. El debate sobre la educación fue presentado por Joyce Cope, descrita por el *Daily Mirror* como «una delgada y atractiva madre de cinco hijos». Se opuso al once-plus, y afirmó que «hay tanta integridad y capacidad, por no mencionar moralidad, en *Coronation Street*, como la que nunca hubo en [la adinerada calle] Carlton Terrace»[44]. Como sugería su mención de la

telenovela favorita del país, el laborismo pretendía alinear al partido y a su nuevo líder con los héroes de clase obrera, de moda tanto en la escena como en la pantalla.

En 1964 Wilson desarrolló esta idea de que la gente de clase obrera era al menos tan útil como los mejor situados en la jerarquía social. «He visto un deseo –todavía más bien incoherente, pero en todo caso genuino– por un tipo radicalmente nuevo de sociedad», le dijo a un periodista en septiembre de 1964, un mes antes de las elecciones. «Hay una profunda indignación con el *Rachmanism* y mucha gente está empezando a preguntarse si está bien que el especulador inmobiliario esté situado por encima, en la escala material y social, de la gente que realiza un trabajo productivo útil»[45].

A la mayoría de los trabajadores de automóvil de Luton les gustaba Wilson. La mayoría de ellos ya eran dedicados simpatizantes laboristas que –contradiciendo las teorías de Michael Young– no veían ninguna razón para cambiar su lealtad simplemente porque ahora podían permitirse vacaciones en el extranjero o un coche propio. «Ellos son el partido del trabajador», decía Martin Cross; «sus políticas se basan en el hombre trabajador»[46]. «Son el gobierno para la clase obrera», comentaba Bernard Harris. «Los conservadores sencillamente están allí para su clase.» Bernard era un irlandés que había pasado la mayor parte de la década de 1950 trabajando en la construcción y en fábricas. Estaba orgulloso de su capacidad para mantener a sus cinco hijos pequeños, pero quería que tuvieran trabajos más satisfactorios que los suyos: «Me gustaría que fuera delineante», decía sobre su hijo mayor[47]. Resultó también atractivo, por tanto, el énfasis de Wilson en el «calor blanco de la tecnología» y en una meritocracia basada en la planificación y la ciencia. Los mayores recordaban la década de 1930. «Con lo que he visto antes de la guerra, me mataría votar en otro sentido», decía Bill Allen, que había trabajado en fábricas desde la depresión. Al pedirle que profundizara, dijo escuetamente: «El desempleo. [¿Quieres decir que fue culpa de los conservadores?] –Absolutamente»[48]. Por acomodados que fueran estos trabajadores, sabían que carecían del poder político y económico de «los ricos», y se alinearon con el partido que veían que representaba a la gente corriente.

Las encuestas sugerían en 1964 que los miembros más pobres de la sociedad, y los mayores, eran los miembros de la clase obrera que con más probabilidad votarían a los *tories;* habituados a estar peor que el resto de la

sociedad, muchos de ellos creían que lo mejor a lo que podían aspirar eran migajas de la mesa del rico. Para Eric Talbot, un trabajador no cualificado de Blackpool, las elecciones de 1964 fueron las segundas en las que pudo votar, y votó a los conservadores. «Alguien me dijo, un granjero, "recuerda siempre una cosa: cuando los conservadores están en el poder, siempre algo de dinero te cae", y es verdad, hacen que el dinero siga fluyendo»[49].

Algunos de los trabajadores de automóvil de Luton compartían la precaución de Eric Talbot. «Se han acostumbrado a manejar dinero», decía John Cummings. «El laborismo no sabe qué hacer, no como el rico, que ya está acostumbrado»[50]. La experiencia contaba, pero probablemente no era justo; los *tories* de clase obrera no sugerían que sus patrones fueran intrínsecamente superiores o que el orden social fuera completamente satisfactorio. Las actitudes de estos hombres no eran nuevas en la década de 1960; los conservadores de clase obrera ya habían elogiado la riqueza y experiencia del partido en la década de 1930[51]. Y hacerlo no impedía que hombres como Eric Talbot y John Cummings distinguieran, sin darse cuenta, entre «ellos» y «nosotros». En 1963 la dirección del Partido Conservador había identificado actitudes similares entre los votantes, cuando sus investigadores revelaron que los *tories* eran vistos como «apoyados por las empresas, capaces de hacer próspero al país, pero con escasa preocupación por la gente común». Por el contrario, a los laboristas se les consideraba «preocupados por la gente común»[52]. El apoyo de la clase obrera a los conservadores fue fuerte; pero no sugería que la prosperidad estuviera destruyendo las diferencias de clase o la identidad de clase.

La cautela de esos votantes ayudaba a explicar por qué las elecciones de 1964 fueron muy competidas y se ganaron por un margen estrecho. El día de la votación llegó el 15 de octubre. En la víspera de las elecciones, el *Daily Mirror* advertía a sus lectores de que el resultado «podría ser ajustado». El periódico tenía razón: el laborismo llegó al gobierno con una mayoría de sólo cuatro parlamentarios y un voto total no mucho mayor que en 1959. Muchos propietarios-ocupantes de clase media, y los situados en los tramos impositivos más altos, mantenían satisfechos su apoyo a los *tories*. Mientras tanto, las promesas de prosperidad de Wilson, ambiciosas pero vagas, y su falta de políticas concretas que abordaran la pobreza, no ganaron mayor simpatía entre pobres o ancianos. Lejos de ser una

contundente victoria laborista, las elecciones supusieron en realidad una derrota para los conservadores, que no se habían recuperado del escándalo sexual de Profumo, el *Rachmanism* y la inseguridad económica de principios de la década de 1960[53].

En octubre de 1964, los sociólogos abandonaban Luton. El equipo de investigación de Goldthorpe concluyó que, a pesar de experimentar un aumento en los niveles de vida, la mayoría de estos trabajadores prósperos permanecían incondicionalmente laboristas. Los investigadores no pudieron encontrar una explicación fácil para ello, pero fue porque dieron por sentado el «aumento del nivel de vida», sin cuestionar por qué tantos de sus entrevistados estaban descontentos con sus circunstancias y sentían incertidumbre sobre su futuro. La mayoría de los entrevistados todavía sentían que vivían en circunstancias que no habían elegido; que eran «el resto», a diferencia de «los ricos»[54].

Wilson obtuvo grandes resultados entre los asalariados más jóvenes, muchos de los cuales se sentían frustrados por el abismo entre las promesas de opulencia de los conservadores y la realidad de la vida cotidiana. «No han facilitado precisamente que los jóvenes compren casas y muebles», dijo Alan Baxter, un trabajador de Vauxhall; las de 1964 fueron las primeras elecciones en las que pudo votar. «Es necesario tener dos salarios»[55]. Su generación había sido exhortada a apuntar alto, y estaban desilusionados por encontrarse trabajando horas extra en una línea de montaje. Las congelaciones salariales y los aumentos de precios llevaron a algunos de ellos a esperar un tipo diferente de gestión económica, una en que los políticos electos y los sindicalistas tuvieran más control. «En este día y a esta edad debería haber alguna forma de control sobre las cosas», opinaba el compañero de trabajo de Baxter, Stuart Sharples. «La empresa privada parece ir a trompicones»[56]. Estos jóvenes trabajadores eligieron a los laboristas con la esperanza de materializar sus altas aspiraciones. En gran parte gracias a sus votos, los laboristas conservaron el feudo de Luton en las elecciones de 1964, con un aumento de su mayoría y el 50 por 100 de los votos totales[57].

Al llegar a su fin trece años de gobierno conservador, las preocupaciones de algunos políticos laboristas y científicos sociales de que la prosperidad económica conduciría a las personas a considerarse clase media resultaron

infundadas para una mayoría. Muchos trabajadores creían que Gran Bretaña era una sociedad biclasista, compuesta por «ellos» y «nosotros», y que «ellos» tenían injustamente el poder. Se identificaban como clase obrera no por la cantidad de dinero que ganaban o el trabajo que realizaban, sino por su relación con otras personas en la sociedad en la que vivían. El alejamiento de los conservadores respecto al pacto de posguerra, que les comprometía con el pleno empleo y el bienestar universal, provocó una gran frustración, especialmente entre los votantes jóvenes que habían comenzado a dar por sentado estos avances de posguerra. Estaban impacientes por que el gobierno construyera sobre esta base de seguridad, ofreciéndoles una mayor participación en los beneficios del país, y otorgándoles a ellos y a sus hijos una gama más amplia de oportunidades educativas, de ocio y de carrera. Con Wilson, el laborismo prometió lograr una revolución tecnológica, sin depender de los empleadores para hacerlo; alzar el nivel de vida de todos, y no sólo el de los muy pocos que aprobaban el once-plus; ofrecer una verdadera igualdad de oportunidades, en vez de limar los peores excesos de la pobreza; y dar a los votantes más jóvenes la posibilidad de un tipo de vida diferente, y no simplemente más bienes de consumo. En octubre de 1964, Harold Wilson entró en el 10 de Downing Street como primer ministro, el primer laborista en trece años. Si su partido podía o estaba dispuesto a proporcionar lo que querían los trabajadores de Luton, no obstante, era otra cuestión.

[1] «Political Sixties», *Guardian* (1 de enero de 1960), p. 3.

[2] Routh, *Occupations and Pay*, p. 164; A. Cairncross, «Economic Policy and Performance, 1964-1990», en R. Floud y D. McCloskey (eds.), *Economic History of Britain since 1700. Vol. 3: 1939-1992* (Cambridge, 1994), p. 67.

[3] T. Harrisson, *Britain Revisited* (Londres, 1961), pp. 32-35.

[4] Entrevista a Brain Thresh, NWSA.

[5] Entrevista a Edna y Ron Jones de Hilary Young (2007).

[6] M. Young, *The Chipped White Cups of Dover* (Londres, 1960), p. 11.

[7] J. H. Goldthorpe *et al.*, *The Affluent Worker in the Class Structure* (Cambridge, 1969), p. 21.

[8] *Ibid.*, p. 22.

[9] Devine, *Affluent Workers Revisited*, p. 1.

[10] Goldthorpe *et al.*, *Affluent Worker in the Class Structure*.

[11] *Ibid.*, pp. 151-156.

[12] Registro núm. 109, SN 4871, *Digitized Sample of The Affluent Worker in the Class Structure, 1961-1962*, UKDA. Todos los nombres son pseudónimos.

[13] Registro núm. 031, SN 4871, UKDA.
[14] Registro núm. 081, SN 4871, UKDA.
[15] Registro núm. 033, SN 4871, UKDA.
[16] Registro núm. 049, SN 4871, UKDA.
[17] Registro núm. 056, SN 4871, UKDA.
[18] Registro núm. 034, SN 4871, UKDA.
[19] Registro núm. 005, SN 4871, UKDA.
[20] Registro núm. 043, SN 4871, UKDA.
[21] Registro núm. 082, SN 4871, UKDA.
[22] Registro núm. 021, SN 4871, UKDA.
[23] Registro núm. 047, SN 4871, UKDA.
[24] Registro núm. 018, SN 4871, UKDA.
[25] Registro núm. 048, SN 4871, UKDA.
[26] Registro núm. 079, SN 4871, UKDA.
[27] Registro núm. 007, SN 4871, UKDA.
[28] Registro núm. 009, SN 4871, UKDA.
[29] Registro núm. 037, SN 4871, UKDA.
[30] Registro núm. W402, SN 6567, Crown Street, 1955-1963, UKDA.
[31] Registro núm. W40, SN 6567, UKDA.
[32] Registro núm. W5702, SN 6567, UKDA.
[33] J. Tomlinson, «It's the Economy, Stupid! Labour and the Economy, c. 1964», *Contemporary British History,* vol. 21, n.º 3 (2007).
[34] Registro núm. 030, SN 4871, UKDA.
[35] *Ibid.*
[36] Registro núm. 006, SN 4871, UKDA.
[37] Luton by-election (noviembre de 1963), *British Elections Ephemera Archive,* http://by-elections.co.uk/63.html#luton (consultado el 20 de abril de 2012).
[38] Goldthorpe *et al.*, *The Affluent Worker in the Class Structure*, pp. 164-167.
[39] T. Miles, «The Man Who May Be The Next Prime Minister», *Daily Mirror* (15 de febrero de 1963), p. 12.
[40] H. Wilson y Labour Party, *The New Britain. Labour's Plan. Selected Speeches 1964* (Harmondsworth, 1964), pp. 126-127.
[41] *Ibid.*, pp. 9-10.
[42] *Ibid.*, p. 2.
[43] S. Fielding, «Rethinking Labour's 1964 Campaign», *Contemporary British History,* vol. 21, n.º 3 (2007), pp. 310-315.
[44] «Cheers for Mum and her Five Boys», *Daily Mirror* (2 de octubre de 1963), p. 4.
[45] «Mr Harold Wilson Replies», *Guardian* (22 de septiembre de 1964), p. 10.
[46] Registro núm. 007, SN 4871, UKDA.
[47] Registro núm. 023, SN 4871, UKDA.
[48] Registro núm. 071, SN 4871, UKDA.
[49] Entrevista a Eric Talbot, cinta núm. 2001.0724, NWSA.
[50] Registro núm. 003, SN 4871, UKDA.
[51] C. Steedman, *Landscape for a Good Woman*, pp. 119-121.
[52] Citado en S. Ball, *The Conservative Party since 1945* (Mánchester, 1998), pp. 113-114.
[53] P. Barberis, «The 1964 General Election – the "Not Quite, But" and "But Only Just" Election», *Contemporary British History*, vol. 21, n.º 3 (2007), pp. 283-294.
[54] Goldthorpe *et al.*, *Affluent Worker in the Class Structure,* p. 172.

[55] Registro núm. 025, SN 4871, UKDA.
[56] Registro núm. 063, SN 4871, UKDA.
[57] *Political Science Resources*, http://www.politicsresources.net/area/uk/ge64/i13.htm (consultado el 12 de abril de 2012). Este archivo ha sido posteriormente borrado de la web, pero todavía puede consultarse en el UK Web Archive: www.webarchive.org.uk.

Interludio VII
Ofrecerse

En 1963, Viv se dio cuenta de que el dinero no podía comprar la vida de libertad que había soñado. Ella y Keith adquirieron un gran y moderno chalé en un nuevo barrio privado de la cercana Garforth; «ese fue uno de los buenos momentos que nos dio el dinero». Aunque la propiedad de viviendas estaba en alza, la mayor parte de trabajadores de Castleford eran inquilinos en 1963, sujetos a las normas y regulaciones de los propietarios. Ella y Keith disfrutaban de tener la libertad y generosidad suficientes para organizar escandalosas fiestas nocturnas con sus amigos y decorar su casa exactamente como deseaban. Pero nunca sintieron que pertenecían a Garforth. Los vecinos de Viv eran gerentes y empresarios locales; ellos «eran el tipo de señores […] que sacaban su coche del garaje, lo lavaban, lo volvían a meter, y después lo sacaban de nuevo el sábado y lo volvían a lavar». Sus esposas no trabajaban; en vez de ello celebraban desayunos con invitados, cuidaban de sus silenciosos y obedientes hijos, y limpiaban sus casas. Viv tenía ahora lujos y comodidades, pero se sentía tan encerrada como en su antigua casa municipal.

Para desazón de Viv, sus nuevos vecinos la miraban por encima del hombro: «Ni uno de ellos nos habló». Estaban molestos por las ruidosas fiestas de los Nicholson, y les preocupaba que estos descarados ganadores de la quiniela arruinaran la respetable reputación del vecindario. «Al final alguien decía: “¿Quieres que te corten el césped?”. Porque nunca nos preocupamos por cosas como esas.» Y comparaba con desdén las tiranteces que mantenían con sus vecinos y sus rígidos convencionalismos con el desenfado que reinaba en las calles que ella y Keith habían dejado atrás; olvidando a veces su desesperación por escapar de los vecinos fisgones y las paredes desconchadas. El estilo de vida de clase media que parecía haber adquirido no era tan atractivo como parecía desde fuera. Emplear tantas horas en trabajar duro y mantener ostentosamente las apariencias

caracterizaba las vidas de sus vecinos, mientras buscaban mantener sus limitados privilegios.

A los Nicholson les resultaba difícil llenar su tiempo de ocio. Keith dejó de ir al pub. «Ya no puedo hablar con ellos sobre el trabajo», le dijo a Viv: «Estoy harto de eso, pero no sé qué hacer». Disfrutaron de vacaciones exóticas en Estados Unidos y Europa, pero cuando volvieron sus vidas parecían más vacías que nunca. Viv había insistido en que los niños fueran a un internado, pero descubrió que los echaba mucho de menos. «Descubrí que necesitaba que me necesitaran», dijo ella. Sólo tenía veintisiete años.

Cada vez más hombres y mujeres compartían el sentimiento de Viv: ser superfluos. Aunque el ocio forzoso de los demás se explicaba por diferentes circunstancias. Menos del 2 por 100 de trabajadores ingleses estaban desempleados entre 1945 y 1962, pero en 1963 este número comenzó a aumentar. Se estabilizó alrededor del 3 por 100 a nivel nacional, pero en algunos de los corazones industriales de Inglaterra la proporción de parados era muy superior[1].

Jack Ashley, el joven reportero de la BBC que cinco años antes había realizado el documental *Does Class Matter?*, visitó a las familias afectadas en West Hartlepool. Descubrió que la esperanza respecto al futuro, tan abundante en muchos otros lugares, en aquellas comunidadas golpeadas por el desempleo había sido reemplazada por el miedo. «Sólo da vueltas por la casa durante todo el día, se deprime un poco», decía una mujer sobre su marido, «… y yo también». «Sin dinero para salir», explicaba Jack Ashley en una escena filmada dentro de un club obrero, «se ha abierto una brecha entre los que tienen trabajo y los que no»[2]. Esta división era especialmente aguda en los centros industriales tradicionales de Gran Bretaña: en el noreste, en Clydeside, en Merseyside y en los valles del sur de Gales.

Viv Nicholson, como los hombres y mujeres con los que habló Jack Ashley, estaba dándose lentamente cuenta de que el trabajo –ya fuera empleo remunerado o tareas domésticas– definía quién eras. Viv y Keith ya no encajaban con su familia y amigos, pero no se ajustaban a la imagen de gente empresarial y laboriosa que cultivaban sus nuevos vecinos. También carecían de ese sentimiento de legitimidad que Viv siempre había asumido que comportaría la riqueza. Incluso mientras vivían su sueño, Viv y Keith se sentían «egoístas» y «culpables» por su buena suerte. «Solía tener

terribles temores de que, puesto que habíamos ganado todo este dinero, yo tendría que morir», dijo Viv. «Realmente pensaba que iba a ser castigada por ganarlo.» El miedo a la pobreza acechaba en los márgenes de su mente.

En 1965 Viv pensó que este castigo había llegado. Keith murió en un accidente de coche. No quedaba mucho de su dinero, y la mayor parte de lo que quedaba estaba congelado en un depósito para sus hijos. «La rubia sra. Nicholson, de 29 años, una antigua acomodadora de cine y chica de fábrica, está buscando un empleo», informaba el *Mirror.* Las inestables circunstancias de su vida –«un enorme premio en las quinielas, y la oscura tragedia de un accidente de coche», resumía el periódico– emocionaron a mucha gente[3]. El gobierno laborista de Harold Wilson tenía un año; había llegado la época de *Mersey Beat* y la propiedad en masa de motocicletas, pero, en el mismo año en que Viv lo perdió todo, los sociólogos informaban de que la pobreza, lejos de desaparecer, continuaba arruinando miles de vidas. En 1965 Peter Townsend y Brian Abel-Smith, de la London School of Economics, emplearon informes de gasto del Ministerio de trabajo –que registraban los patrones de consumo de millones de hogares– para demostrar que más de siete millones de personas vivían «sustancialmente por debajo de los ingresos promedio de nuestra sociedad opulenta», debido a bajos salarios e inadecuadas prestaciones familiares[4].

Después de un año de luto, Viv intentó labrarse una nueva vida. Estaba desesperada por preservar algo del *glamour* e independencia que le había procurado la riqueza. Hacia 1967 Carnaby Street de Londres era sinónimo de moda y celebridad, y Viv estaba decidida a formar parte de la escena de los *Swinging Sixties.* Sin dinero, volvió a su recurso más básico: su cuerpo. Formó un espectáculo de cabaret en el Soho, un sórdido distrito lleno de prostíbulos y *sex-shops*, cuyos dueños estaban encantados de sobornar a aquellos agentes de la policía metropolitana dispuestos a hacer la vista gorda ante la pornografía y la prostitución. Aun así, el Soho tenía su propio *glamour*, alimentado por las celebridades que frecuentaban sus clubes, y su proximidad a las brillantes luces de Leicester Square y Oxford Street. Durante un breve periodo, esto fue suficiente para mantener económicamente a Viv, pero el espectáculo de cabaret no duró mucho más; la actuación de Viv no era tan obscena como en los locales más atrevidos del Soho, y el club en el que trabajaba finalmente cerró sus puertas, incapaz de pagar la protección que ofrecían policías y gánsteres locales.

En 1968 Viv volvió al norte. Era el verano del amor en las playas británicas y campus universitarios. En Castleford Viv también encontró el amor, con Brian, «un portero de la sala Crystal Ballroom» que procedía de Mánchester. El matrimonio sólo duró tres meses; Brian rompió la mandíbula de Viv tras descubrir que no se había casado con la millonaria de sus sueños. El norte, retratado como el centro del cambio cultural en novelas y canciones pop, era bastante diferente, en muchos aspectos, del lugar en el que Viv había crecido.

Viv necesitaba una nueva carrera. Quería recuperar el estilo de vida de mujer famosa, que realmente nunca tuvo; o encontrar a un hombre que la mantuviera, en un matrimonio como estaba mandado; al viejo estilo, como el que tuvo con Matt, pero esta vez en un escenario más lujoso. No quería la vida de barrio residencial, que ella y Keith habían experimentado brevemente en Garforth; en vez de ello ansiaba la vida bohemia de aventuras que vivían los *hippies* y estrellas pop de la nueva y moderna Gran Bretaña de Wilson. Pero irrumpir en los *Swinging Sixties* no era fácil sin dinero y contactos. Viv todavía tenía su cuerpo, sin embargo, y su notoriedad aún podía conseguirle algún bolo. Intentó entrar en el mundo del espectáculo una vez más, ahora cantando «Big Spender» en un club de *striptease* de Mánchester. Desafortunadamente, su nombre no fue suficiente para garantizarle la fama; pronto fue despedida por no acceder a quitarse las bragas. En los años sesenta, el sexo seguía siendo uno de los pocos atajos hacia el dinero para una mujer sola.

[1] Gazeley y Newell, «Unemployment», p. 234.
[2] *Waiting for Work*, dir. J. Ashley (1963).
[3] «The "Spend, Spend" Widow Weds Again», *Daily Mirror* (14 de marzo de 1969), p. 5.
[4] Abel-Smith y Townsend, *The Poor and the Poorest*.

TERCERA PARTE

LOS DESPOSEÍDOS, 1966-2010

13. Una nueva Gran Bretaña

En 1969 Huw Beynon, un joven sociólogo de la Universidad de Liverpool, se dispuso a estudiar la relación entre obreros y empleadores en la planta Halewood de Ford, en Merseyside. Los obreros tenían una reputación de fuerte activismo, y Beynon empleó gran parte de su tiempo con los más activos sindicalmente. Les unía la juventud (la mayor parte estaban por debajo de los treinta), y su «poco respeto a la autoridad»: «Vestían ropas elegantes; trajes con cazadora […] Caminaban con un ligero contoneo […] Habían nacido y crecido en la ciudad que produjo a los Beatles y sólo habían conocido el casi pleno empleo […] Ellos […] respetaban la tradición, pero parecían menos atados a ella»[1].

A finales de la década de 1960 los adolescentes de la década anterior se convirtieron en activistas en las fábricas de Gran Bretaña. Luchaban por lograr una mayor autonomía respecto a los políticos, empleadores y propietarios. Querían tener más participación en la gestión de su trabajo.

Instigaron la ola más radical de agitación industrial que había experimentado el país desde la década de 1920. Entre 1965 y 1975 Gran Bretaña vivió, en promedio, 2.885 huelgas cada año. Eran altamente conflictivas; anualmente se perdían alrededor de 251 días laborales[2]. Las huelgas mostraban una nueva asertividad, que se expandió más allá de los trabajadores varones y cualificados –el electorado tradicional de los sindicatos– hasta los jóvenes y mujeres, migrantes recientes y asalariados no cualificados. Fueron a la huelga impulsados por el abismo que había entre sus altas expectativas de vida en una sociedad opulenta, y la realidad que vivían en la fábrica.

Tres años antes de que Beynon comenzara sus investigaciones, muchos de estos jóvenes activistas habían sido responsables de devolver al laborismo al gobierno, con una clara mayoría. El 31 de marzo de 1966, después de dos años en el gobierno, Harold Wilson volvió a las urnas con el eslogan «*Sabéis* que el gobierno laborista funciona». El desempleo había caído, los salarios estaban aumentando, y el gobierno había aumentado el nivel y

alcance de las prestaciones sociales[3]. «Desde que llegamos al poder hemos comenzado un largo proceso para modernizar procedimientos e instituciones obsoletos», declaraba el programa laborista, «acabando con el dominio de los intereses creados, liberando a las fuerzas de la juventud y construyendo una nueva Gran Bretaña»[4]. El laborismo volvería a gobernar, con una mayoría ampliada de noventa y seis escaños.

Pero en las fábricas de Gran Bretaña la indignación crecía. La defensa de Wilson del «calor blanco de la tecnología» exacerbó la frustración de los trabajadores ante sus primitivas condiciones de trabajo. También lo hizo la discrepancia entre la retórica de la meritocracia de posguerra y las escasas recompensas que realmente trajeron el esfuerzo y la ambición. Bill Rainford, de diecinueve años, trabajó brevemente en la planta Halewood de Ford, en 1967. Había abandonado la escuela cuatro años antes. Después de pasar dos años en trabajos manuales sin salida, trabajó como recadero de oficina en Automatic Telephones, que se publicitaba en la prensa local para los «jóvenes ambiciosos que quieren prosperar»[5]. Bill disfrutó de este trabajo lo suficiente para quedarse dos años: «Todos teníamos dieciocho, diecisiete, dieciocho, diecinueve años, y era una batalla constante de ingenio entre [el supervisor] y nosotros intentando dársela con queso». Pero se percató de que «prosperar» no iba a ser posible, por «ambicioso» que fueras: Automatic Telephones sólo necesitaba que la gente realizara trabajo repetitivo, y no había perspectivas de promoción. «Así que pensé: “Me pregunto cómo es en Ford”, porque la paga se suponía que era fantástica». Pronto descubrió por qué. «Alguien me dijo después que la rotación de personal en Ford eran increíble […] El primer trabajo que tuve fue en el taller de prensado. Había un tipo clavando estos paneles y yo tenía que agarrarlos y arrojarlos al palé. Tenía que hacer tantos por hora. Al acabar, las puntas de mis dedos estaban llenas de llagas». Bill Rainford duró un mes.

Mientras tanto, Ian White, de veintiocho años, estaba trabajando en una fábrica de cajas de metal de Mánchester, donde «las condiciones, para la década de 1960, siendo una empresa respetada, eran realmente malas. Salía humo de las carretillas elevadoras, todo el día tragando humo del diésel de las carretillas. No había supresión de ruido […] seguías oyendo los golpes metálicos cuando llegabas a casa, los oías hasta las dos de la mañana»[6]. La realidad del trabajo no salía bien parada al compararla con la elevada

retórica de los ministros sobre el «calor blanco» y con las altas aspiraciones que los profesores, los políticos y la prensa habían instigado en estos jóvenes trabajadores.

Su descontento resulta incongruente frente al mensaje de modernización y progreso social del gobierno de Wilson. «Igualdad de oportunidades» era el eslogan del gobierno, pero el gobierno de Wilson estaba comprometido con una versión diferente de la propugnada por el gobierno de Attlee veinte años antes. En 1965 el ministro de Educación, Tony Crosland, pidió –aunque no obligó– a las autoridades locales que enviaran planes para la reorganización de la educación secundaria en «escuelas tan integrales social e intelectualmente como sea factible» para «dar a todos nuestros niños mejores oportunidades», no sólo para lograr cualificaciones académicas, sino para realizar su potencial social y creativo en los «democráticos años sesenta»[7].

Hacia 1970, un tercio de los alumnos de secundaria estudiaban en escuelas integrales[8]. Los niños de clase obrera que acudían a integrales tenían las mismas oportunidades de llegar a la universidad que aquellos que asistían a las Grammar Schools. Las integrales ampliaban claramente las oportunidades de esa mayoría de niños que de otro modo habrían estudiado en escuelas secundarias modernas[9]. Al mismo tiempo, el laborismo adoptó las recomendaciones del Informe Robbins de 1963 sobre educación superior –en resumen, que las plazas universitarias debían incrementarse un 50 por 100 en cuatro años y haberse triplicado en 1980.

La mayor parte de padres de clase obrera apoyaron estas reformas. Un mes después de que Crosland publicara su circular sobre educación integral, una encuesta de 165 madres en Essex mostraba que sólo una minoría –descrita como «madres de clase media cuyos hijos estudiaron en una escuela primaria modelo»– objetaron a sus propuestas. Aquellas mujeres que «abandonaron la escuela a los quince años» y estaban «casadas con un trabajador manual» eran las más fuertes defensoras del cambio[10]. Odessa Stoute estaba de acuerdo con ellas. Llegada a Leeds desde Barbados en 1960, esperaba lograr una vida mejor para sus hijos. Ella y su marido eran trabajadores de fábrica, y esperaban que sus hijos tuvieran mejores oportunidades. «Las autoridades simplemente pensaban que los niños deberían ir todos a las fábricas, pero yo quería algo diferente para ellos. Tuve que luchar mucho para lograr que entraran en escuelas académicas de

verdad, donde pudieran completar sus [exámenes] GCE.» Cuando la autoridad educativa de Leeds comenzó las consultas sobre el plan de Crosland, «formamos la Asociación de Padres de Chapeltown para luchar […] las escuelas estaban transformándose en integrales para dar a los niños mayores oportunidades»[11]. Durante la década de 1970 la proporción y número de estudiantes universitarios de clase obrera aumentó por primera vez desde la década de 1930[12].

Otros cambios afectaron directamente a los trabajadores adultos. Entre 1964 y 1970 el gobierno laborista construyó más viviendas públicas que los conservadores en los diez años anteriores, y reintrodujeron los controles de alquiler en el sector privado[13]. La gente podía permitirse aprovisionar sus casas con los nuevos aparatos domésticos disponibles. En 1960 menos de un tercio de hogares británicos poseían una nevera o lavadora; hacia 1970 lo hacían más de la mitad[14]. Mucha gente de clase obrera experimentó por primera vez algo que se acercaba a la opulencia.

El cambio fue especialmente perceptible en los núcleos industriales del norte de Inglaterra, Clydeside y Gales del Sur, que se habían perdido la prosperidad de la década de 1950. En 1968 Fred Robson, de treinta y un años, de North Shields, un pequeño pueblo industrial a orillas del Tyne, trabajaba como carpintero naval en los astilleros de Swan Hunter. Al preguntarle los sociólogos qué había cambiado para él en los últimos cinco años, respondió que «la industria me ha dado seguridad. Tengo una vivienda pública»[15]. «Fue entonces cuando […] conseguí un coche», recordaba Terry Rimmer, que trabajaba en la línea de montaje de la planta Halewood de Ford. Hacia el final de la década de 1960, la diferencia entre los niveles de vida de la gente de clase obrera en el sur, más próspero, y el norte industrial era más estrecha que nunca desde finales de la década de 1940.

Para aquella gente que había emigrado desde el Caribe o el sur de Asia para trabajar en Gran Bretaña durante los años cincuenta y comienzos de los sesenta, estos fueron también años en los que pudieron traer consigo a sus hijos y esposas. Odessa Stoute estaba entre ellos. Abandonar su hogar en las Barbados había sido «el acontecimiento más descorazonador de mi vida; dejar a mis dos hijas de ocho y dos años en casa con mi madre y mi padre». Consiguió un trabajo en la fábrica de Burton, en Leeds, fabricando abrigos. Cuando sus salarios aumentaron a mediados de la década de 1960,

«mi marido y yo comenzamos a ahorrar para comprar nuestra casa y conseguir que se nos unieran nuestras dos hijas. Nos las arreglamos, y en 1965 […] las chicas vinieron». Agnes Hind tuvo que esperar aún más. Ella y su marido habían venido a Leeds en 1957, esperando encontrar trabajo y una vida mejor para sus hijos; pero dejaron atrás a su hijo mayor, David. Hasta 1965 la pareja no se sintió lo suficientemente segura como para «pedir prestado el dinero para traerle aquí»[16].

Pero estas mejoras materiales en la vida de la gente todavía dependían mucho del trabajo duro y el sacrificio. Muchas familias se las arreglaban con dos salarios. El número de mujeres casadas con trabajo remunerado continuó aumentando durante la década de 1960. Alan Watkins, en ese momento un ingeniero totalmente cualificado en Coventry, inicialmente se opuso a que su esposa Veronica volviera al trabajo cuando el mayor de sus dos hijos comenzó el colegio en 1969, pero «¡era sólo mi orgullo masculino, pronto me habitué […] y el dinero [que ganaba ella] resultaba útil!». Pero las demandas de trabajo y cuidado de los niños significaban que tanto hombres como mujeres echaban de menos la compañía de su marido o esposa. En 1967 Bill Rainford abandonó Ford y entró a trabajar en la fábrica de tabaco de Ogden, en Liverpool. Fue allí donde conoció a su esposa, Barbara, que trabajaba en la oficina de la fábrica. Hacia mediados de la década de 1970, tenían dos niños pequeños y vivían de alquiler en el barrio residencial de Norris Green. «No nos veíamos mucho en esa época», dijo Bill; él volvía del trabajo a la hora del té para cuidar de sus hijas, justo cuando Barbara salía para un turno de «amas de casa» en la fábrica.

Hombres y mujeres de la generación de Bill y Barbara estaban forjando nuevos patrones de matrimonio y crianza. El nuevo poder salarial de las mujeres, junto con el deseo de los hombres de implicarse más en la vida doméstica, precipitó estos cambios. A finales de la década de 1960 Michael Young y Peter Willmott volvieron a Greenleigh, el barrio en el que muchos de los residentes de Bethnal Green habían sido realojados diez años antes. Young y Willmott descubrieron que allí muchas de las parejas jóvenes casadas compartían los deberes domésticos y decisiones financieras de manera más equitativa que sus padres. «La adquisición de mejores casas hizo que para los maridos valiera la pena gastar dinero en ellas», e invertir tiempo en mantenerlas. Los hombres también fueron más proclives a buscar satisfacción en sus hogares, porque era menos probable que encontraran

satisfacción en su trabajo, a medida que los puestos cualificados dieron paso a tareas mejor remuneradas pero más monótonas en la línea de montaje[17]. Sus empleos les animaban cada vez más a centrarse en la casa como un centro de satisfacción personal: los que producían aparatos domésticos, por ejemplo, podían conseguir un descuento. En 1966 Ann Turner, una dependienta de tienda en Abingdon, consiguió su primera aspiradora a través del trabajo de su marido. Él trabajaba para el Southern Electricity Board. «Entregó a una mujer una nueva [aspiradora] y ella le dijo: "Esta es más antigua, pero funciona, ¿la querrías?"». El sr. Turner también compró «una lavadora de doble tambor; consiguió un descuento en el SEB»[18]. En 1967 una encuesta a partir de más de 4.000 hogares reveló que las mujeres eran las únicas responsables de comprar cocinas, neveras o lavadoras en sólo un tercio de las familias; en la mayoría de casos los maridos, o más habitualmente los dos cónyuges, estaban presentes cuando se compraba un gran aparato[19].

Pero los nuevos papeles de maridos y esposas podían producir dificultades adicionales, pues la mayor parte de hogares todavía necesitaban ajustar cuidadosamente el presupuesto. La toma conjunta de decisiones socavaba la autonomía de algunas mujeres. Ron Jones, un conductor de autobús de Liverpool, estaba orgulloso de que en su casa «era volver a casa el día de paga, arrojar el sobre a la mesa, y eso era todo. No había secretos respecto a la paga, y sabíamos exactamente lo que podíamos permitirnos». Él y su esposa Edna planificaban entonces qué aparato o mueble comprarían después. Ron creía que tenía tanto derecho a opinar como Edna a la hora de decidir entre una nevera o una lavadora. Pero, desde el punto de vista de Edna, Ron debería haber delegado un poco más, porque ella todavía cargaba con la mayor parte de tareas domésticas. Ella valoraba que su primera gran compra fuera una lavadora, para así dejar de llevar la colada a la madre de Ron –tenía que coger el autobús–, algo que se hizo más urgente cuando nació su hijo en 1964. Un sábado, Ron fue al centro a comprar una lavadora a plazos, pero cuando volvió le dijo a Edna que había cambiado de opinión. Había visto lo que pensaba que era una buena ganga. «Yo quería una lavadora, pero él salió y compró una nevera», dijo Edna; «podía haberle reprendido realmente, pero enseguida compramos una lavadora [ríe]», aunque el dinero para esa lavadora lo ganó Edna en cuanto pudo volver a trabajar[20].

Gobernantes y manufactureros animaron a los hombres a que asumieran un papel importante en estas decisiones de consumo, reforzando la vieja idea de que los hombres eran los sustentos económicos de la familia. Los políticos trataron a los maridos como los legítimos dueños del presupuesto: hasta 1974 no hubo una Ley de Crédito de Consumo que aboliera la necesidad de que una mujer casada adjuntara la firma de su marido en cualquier acuerdo de compra. Los fabricantes de aspiradoras, lavadoras y neveras subrayaban la maravillosa técnica de los aparatos, creyendo que esto impresionaría a los consumidores masculinos. Sus anuncios publicitarios animaban a los hombres a contemplar la selección de estos bienes como una tarea cualificada, «científica»[21]. Mediada la década de 1960 Hazel Wood trabajaba de enfermera, y estaba casada con John, un trabajador de fábrica. «Los ingresos de John eran para vivir, y los míos eran para extras» como una lavadora y una televisión; pero elegirlos era trabajo de John: «Encontró buenos modelos en esa tienda de segunda mano» cerca de su casa en Coventry.

Muchos de estos hombres estaban orgullosos de ser padres atentos, así como un sostén económico fiable. Bernard Harris, un católico irlandés que trabajaba en la fábrica Vauxhall de Luton, «a menudo mencionaba que hacía horas extra para poder comprarles cosas [a sus cinco hijos]», al ser entrevistado por un sociólogo en 1963. «[Me] mostró con gran orgullo un vestido de fiesta amarillo chillón de nailon y con volantes que acababa de comprar para el bebé». El sr. Harris le dijo orgulloso a su entrevistador que «no creía en decepcionarles dándoles mala comida; todos reciben las mismas raciones que él». Su esposa Marjorie «estaba completamente de acuerdo»[22]. Como observó el sociólogo Michael Carter en su estudio de los adolescentes en una urbanización de Sheffield, a los padres les encantaba dar a sus hijos una vida mejor que la que habían tenido[23]. Hombres como Bernard disfrutaban compartiendo las buenas cosas de la vida con esposas e hijos, a diferencia de sus propios padres, que se habían negado o a menudo no habían podido hacerlo.

Pero muchos hombres encontraron difícil combinar ser un buen sustento económico con ser un esposo y padre dedicado y afectuoso. El propio Bernard Harris estaba frustrado por su dependencia de las horas extra, que le mantenían alejado de casa tres o cuatro tardes cada semana. La semana laboral promedio cayó de cuarenta y cuatro horas en 1951 a cuarenta horas

a finales de la década de 1960, pero la mayor parte de trabajadores no tenían más tiempo de ocio, porque necesitaban hacer horas extra las tardes y fines de semana[24]. «Es sorprendente», señalaban Simon Yudkin y Anthea Holme en un estudio sobre las madres trabajadoras publicado en 1963, «cómo la sociedad ha aceptado con extraña serenidad el hecho de que los padres difícilmente pueden actuar como parte integrante de sus familias, excepto en un estado de completo agotamiento físico»[25]. Mientras, las mujeres continuaron soportando la carga del cuidado de los niños y las tareas domésticas, a menudo combinando esto con el trabajo a tiempo parcial.

Los hombres en trabajos no cualificados a menudo afrontaban una elección especialmente difícil: ganar lo suficiente para mantener a sus familias con frecuencia requería horas extra o trabajar lejos de casa, lo que significaba ser padres ausentes. John McGuirk –el chico de Bootle que había sido evacuado a Southport durante la guerra– estaba entre ellos. Después de abandonar la escuela en 1951 John pasó un breve periodo en la marina mercante: «Veías el mundo y las mujeres te querían». Entonces, en 1959, conoció a su mujer y se asentó en Merseyside. Hacia 1965, la pareja tenía cinco hijos y vivían de alquiler en una abarrotada casa del norte de Liverpool. En ese año, se les adjudicó finalmente una nueva vivienda pública, con suficiente espacio para que toda la familia viviera cómodamente. Pero para John ganar el dinero necesario con que pagar el alquiler significó trabajar en una cuadrilla de construcción de carreteras, que le alejaba de casa cinco o siete días seguidos. Se sentía furioso e infeliz por perderse tanto de las vidas de sus hijos. «Te tenías que partir en dos», decía.

Más gente alquilaba una casa o piso municipal, pero la vida en las viviendas públicas se estaba haciendo más dura. El laborismo había construido más vivienda que los conservadores, pero mantenía la preferencia de estos últimos por pisos baratos en bloques; una política que cambió sólo en 1968 con el derrumbe de una gran torre de viviendas en Ronan Point, Londres. Los inquilinos a menudo se encontraban abandonados en pisos que ofrecían poco espacio para que los niños jugaran fuera, y tenían cerca pocas tiendas o parques. Al mismo tiempo, los gobiernos locales parecían cada vez más anónimos y arbitrarios. Desde 1968 el crecimiento económico se ralentizó por la competición con las

manufacturas extranjeras. En la década de 1950 Gran Bretaña se había beneficiado de ser uno de los países europeos menos afectados por la guerra; a diferencia de la mayor parte de sus rivales comerciales europeos occidentales, Gran Bretaña no había sufrido la ocupación. Pero hacia finales de la década de 1960 Japón y Alemania Occidental, que había logrado una excelente recuperación tras la guerra, se estaban convirtiendo en serios competidores en varias industrias de las que dependían los trabajadores británicos, como la fabricación de coches, la ingeniería y la electrónica. El gobierno comenzó a exigir recortes de gasto público para compensar la ralentización de las manufacturas británicas. Esto significaba menos dinero para mantenimiento, inspectores sanitarios o agentes de alquiler. En Warrington –una ciudad industrial, pero que no destacaba por tener especiales carencias– el número de inspectores sanitarios se vio recortado. En 1970, el concejal de sanidad señalaba que «la inspección se ha hecho altamente selectiva y sólo se examina a los que están en mayor necesidad»[26]. En un patrón que se repetía por todo el país, a los inquilinos de los grandes barrios de vivienda pública de fuera del centro urbano se les pedía que realizaran largos y costosos viajes de bus al centro si necesitaban discutir las condiciones de las viviendas o retrasos de alquiler con su casero, o bien telefonear –un lujo que muy pocos de ellos podían permitirse[27].

La frustración podía degenerar en violencia. «A veces me calentaba», recordaba Ron Jones sobre sus encuentros con los funcionarios de vivienda del Ayuntamiento de Liverpool. Hacia 1968, el piso municipal de los Jones era demasiado pequeño para que viviera su familia de cinco miembros, pero, aunque Ron visitaba frecuentemente su oficina local de vivienda, se consideraba «engañado» por los funcionarios municipales, que le daban informaciones contradictorias sobre cuánto tendría que esperar para una casa, o si podría conseguir una. Un día, «bajé, le grité al de la oficina, finalmente pudo ver que yo estaba del suficiente mal humor, se asustó, cogió el teléfono y lo solucionó». Los Jones consiguieron su casa.

Ron Jones no era el único que acababa recurriendo a la fuerza física y la agresión para superar los obstáculos burocráticos. Joe Hastings vivía en Norwich; su joven familia estaba igualmente desesperada por tener una casa propia. Joe «solía ir en cada pausa para el almuerzo a la oficina de vivienda […] y me encontraba con este personajito pomposo». Un día, «le agarré, le arrastré desde la ventanilla […] en diez días nos ofrecieron una casa»[28].

El heroico «hombre de a pie» que se enfrentaba a los matones institucionales tiene una larga historia en Gran Bretaña: las historias de Joe Hastings y Ron Jones recuerdan al relato de Ernie Benson amenazando al inspector de evaluación de recursos en la década de 1930. Esta historia tuvo nueva relevancia a finales de los años sesenta. Si los detalles de la historia de cada hombre son verdaderos no importa, en cierto sentido, pues las historias dicen mucho sobre cómo se veían a sí mismos frente a las figuras de autoridad, y que sabían lo limitado que era el control que tenían sobre sus vidas.

Este era el clima en el que la indignación estalló en activismo militante en las fábricas de Gran Bretaña, cuando los trabajadores exigieron mayor control sobre la organización de sus vidas. El laborismo había hecho mucho, pero, cuando el gobierno no pudo cumplir su ambiciosa promesa de un mundo mejor de igualdad e innovación de «calor blanco», los trabajadores de finales de la década de 1960 se decidieron a a crearlo ellos mismos. Querían más control sobre el modo en que se organizaba y pagaba su trabajo. Entre 1965 y 1970 los trabajadores manuales disfrutaron de su mayor periodo continuado de aumentos salariales desde la guerra, y los trabajadores de oficina y servicios también vieron cómo aumentaban sus sueldos[29]. Pero estos avances no los concedió graciosamente un gobierno caritativo; fueron ganados mediante huelgas y paros. «Ningún trabajador logró nunca nada en absoluto gracias la bondad de corazón del empleador», dijo John McGuirk; «lo logró gracias al sindicato o porque fueron a la huelga». El final de la década de 1960 fue, en palabras suyas, «el momento en que los sindicatos comenzaron a luchar». La afiliación sindical se elevó de los 10 millones de miembros en 1960 a 13 millones en 1979; si el 44 por 100 de trabajadores estaban en un sindicato a comienzos de la década de 1960, eran el 55 por 100 al final de la década de 1970[30].

Estas estadísticas sólo cuentan parte de la historia. Las huelgas y paros de finales de la década de 1960 y comienzos de la de 1970 a menudo no fueron oficiales; no fueron orquestados por líderes sindicales, sino que comenzaron en la planta de producción, precipitados por jóvenes obreros, algunos de los cuales ni siquiera eran miembros del sindicato. Estos activistas enmarcaron sus exigencias dentro de una más antigua reivindicación de la clase obrera: la autonomía respecto a los empleadores. Tradicionalmente, tener una

cualificación ofrecía a los hombres un grado de autonomía, un conjunto de herramientas que podían llevar con ellos de un trabajo a otro, y que podían otorgarles poder negociador con los empleadores. Pero a finales de la década de 1960 los empleadores habían tenido éxito en designar como no cualificadas y semicualificadas a muchas de las ocupaciones en expansión, como el trabajo en la línea de montaje. A menudo lo habían hecho con la connivencia miope de una vieja generación de representantes sindicales, que veían el trabajo en las líneas de montaje como «trabajo de mujeres» y aceptaban que se definieran como puestos de baja cualificación y bajos salarios. Pero hacia 1967 muchos hombres dependían de este tipo de trabajo tanto como las mujeres.

Muchos empleadores se sentían tranquilos al pensar que estos trabajadores carecían de la sagacidad política de las viejas generaciones de hombres cualificados. Entre ellos estaba la Ford Motor Company; la planta más antigua de Ford en Gran Bretaña estaba radicada en Dagenham, Essex. A finales de la década de 1950 la empresa abrió una planta en Gales del Sur y en 1962 abrió en Merseyside la fábrica Halewood. La empresa buscó a hombres casados con poco o ningún historial sindical, y a mujeres que provinieran de empleos considerados no cualificados[31].

Pero estos trabajadores también se quejaron: principalmente, los bajos sueldos y lo que estos decían sobre el bajo valor atribuido a su trabajo. En 1968 los trabajadores de Ford hicieron huelga sobre las horas extra –una disputa que incitó las investigaciones de Huw Beynon–. «Las horas extraordinarias», dijo Terry Rimmer, que era uno de estos huelguistas, «reinaban sin oposición». Terry y sus compañeros de trabajo lamentaban que no se les consultara sobre la asignación de las horas extra, las adjudicaciones del impopular pero lucrativo turno de noche, o el nivel de las bonificaciones económicas[32].

No sólo se trataba de exigir mejor sueldo. Una prosperidad sostenida y un casi pleno empleo animaban a trabajadores como Terry Rimmer a creer que el sindicalismo podía ir más allá de sus necesidades materiales inmediatas –salarios y condiciones de trabajo–. En palabras del historiador Alastair Reid, hombres como Terry querían que los sindicatos lucharan por «las oportunidades para la creatividad, la autoexpresión y la participación en la vida laboral cotidiana»[33]. Terry –que se describía como un *«beatnik teddy boy»*– no sólo hizo huelga para impugnar la asignación del trabajo

extraordinario. Su acción era provocada, dijo, por «un espíritu libre dentro de mí que no quería muros a mi alrededor»: estaba cansado de estar a plena disposición de su empleador.

Terry Rimmer sabía, porque lo veía al vivir el ambiente de ocio de la década de 1960 –en su caso, las salas de baile y cafeterías de Liverpool, y las bandas en las que había tocado–, que el mundo ofrecía más que simplemente estar de pie en una línea de montaje. Eso mismo pensaban aquellos obreros que formaban parte del comité de huelga en la fábrica Pilkington de Merseyside en 1970, la mayor parte de los cuales eran adolescentes o veinteañeros a comienzos de la década de 1960, y estaban desilusionados con un sindicato que consideraban «suave» con la dirección. Entre ellos estaban «Nick M», que quería «viajar y dejar atrás todo convencionalismo»; «George F», al que le habría gustado «ser un escritor sobre la naturaleza»; y «Arthur G», que lamentaba su falta de formación académica y «quería ser el artífice de cambios a partir de los cuales la gente pudiera controlar sus propias vidas»[34]. Trabajadores como ellos unían el viejo compromiso del movimiento obrero y sindical por la independencia colectiva de los trabajadores, con los ideales sesenteros de autonomía personal y autoexpresión, promovidos desde la música pop, la moda y las campañas por los derechos civiles. Al hacerlo, declaraban que ese mayor control sobre el modo en que vivían sus vidas debía ser su derecho humano. Pero alcanzar ese derecho podía significar que los obreros tuvieran un nivel sin precedentes de control sobre los procesos de producción, y sobre los salarios.

Los trabajadores del automóvil provocaron muchas de las huelgas. Mientras que los trabajadores en otros sectores estaban frustrados por las horas extraordinarias y las agotadoras exigencias de la línea de montaje, los trabajadores de las plantas de automóviles tenían tres motivaciones adicionales. Una era la naturaleza estacional de la producción de automóviles, lo que significaba que las horas extra se agotaban en ciertos momentos del año, y los despidos temporales eran comunes. Otra era la fuerza de los sindicatos en muchas plantas de automóviles. Mientras que cada vez más huelgas no eran oficiales –eran convocadas por los trabajadores sin consultar a sus líderes sindicales–, la tradición de reuniones y protestas colectivas demostraron ser influyentes. Pero también fue relevante el miedo de los trabajadores a que la producción de automóviles

fuera insostenible, dada la creciente competencia extranjera. Cuando los empleadores argumentaron que necesitaban reducir costes para competir, muchos trabajadores respondieron que lo que realmente se necesitaba era innovación. Terry Rimmer y sus compañeros de trabajo estaban frustrados ante el hecho de que sus gerentes

> no le tomaran el pulso a la realidad, ya sabes. Íbamos bien, conseguíamos contratos, pero la competencia exigía nueva maquinaria, especialmente los japoneses, que sí tomaban el pulso, sabían cuándo necesitaban una nueva planta. Quiero decir, algunas de las plantas que teníamos en Ford cuando comenzamos eran absolutamente terribles. Tuvimos alguna planta en Halewood que se había usado para fabricar tanques de la Primera Guerra Mundial. Así que sólo cuando los sindicatos comenzaron a gritar un poco se probaron cosas nuevas.

En 1968, los trabajadores de la construcción naval en Tyneside también se sintieron frustrados por no tener la oportunidad de compartir sus nuevas ideas con los gerentes. John Ross, un soldador de cuarenta y ocho años en el astillero Swan Hunter, dijo que lo peor de su trabajo era «la regimentación. El control del tiempo, sin margen para la individualidad en mi oficio»[35]. Los empleadores, decían, podían aprender mucho de las ideas y experiencia de los trabajadores en el día a día en la fábrica.

Las demandas de los huelguistas, especialmente en las fábricas de automóviles, causaron gran consternación en los niveles más altos de gobierno. En 1969 Barbara Castle, ministra de Trabajo laborista, dijo en una reunión del gabinete que «la huelga no oficial en la fábrica de Standard-Triumph, en Liverpool, ha sido motivo de gran preocupación». Castle estaba muy preocupada por la fuerza del sentimiento popular que demostraba esa huelga, y la falta de autoridad que los líderes sindicales podían ejercer sobre estos trabajadores. La huelga, dijo, no fue provocada por un pequeño grupo de cabecillas: «Simplemente, reflejaba un estado de ánimo cuasi anárquico en la plantilla»[36].

Castle subestimaba cuán reticentes podían ser los trabajadores a hacer huelga; para la mayoría era un último recurso desesperado, que decía mucho sobre su desilusión con los líderes sindicales, y con sus jefes. Al final de la década de 1960, Hazel y John Wood tenían dos hijos pequeños que mantener. Hazel estaba preocupada cuando John comenzó a trabajar en una fábrica de automóviles de Coventry a finales de la década de 1960, porque «habíamos escuchado que habían hecho una huelga para nada». Pero Hazel rápidamente acabó simpatizando con los huelguistas cuando

John se unió a los piquetes: «Era la única forma en que podían lograr algo», dijo. Las huelgas no oficiales a menudo se desencadenaban como protesta por la inacción o indiferencia de los gerentes y los altos cargos sindicales. Ricky Tomlinson, de treinta años, que más tarde se convertiría en un actor famoso, se irguió en organizador sindical de su cuadrilla de construcción de carreteras. Se sorprendió al descubrir que «algunos de los dirigentes sindicales eran vagos y corruptos. Uno en particular nunca devolvía mis llamadas […] Un día llamé y dije que [era un gerente que] llamaba desde McAlpine's [una gran empresa de construcción]. Se puso al teléfono de inmediato, sonando como un sapo hinchado. No sé si estaba en connivencia con los jefes, o simplemente buscaba una vida tranquila»[37]. Veinte años después de que se produjeran las huelgas en los muelles de Gran Bretaña, más trabajadores que nunca se encontraban frustrados por el proceso de negociación «de arriba a abajo» establecido en la década de 1940, que en la práctica daba a los dirigentes sindicales un asiento en la mesa de negociación, pero confería poca voz a los trabajadores.

Estos eran el tipo de hombres a los que Huw Beynon se propuso entrevistar; pero cuando llegó a Halewood otro sector, aún más inesperado, había comenzado a luchar. En 1968, 187 mujeres que trabajaban en el taller de cosido de la planta de Ford en Dagenham fueron a la huelga exigiendo igualdad salarial con los hombres, para sorpresa tanto de su empleador como de su sindicato. Los gerentes de Ford acusaron a estas mujeres, en su mayoría de mediana edad, calificándolas de «anárquicas e irresponsables»[38]. Lillian Callaghan, una de las trabajadoras, dejó clara su posición: «Los operadores varones del turno de noche reciben 1 chelín y 4 peniques y medio por hora más que nosotras, y creemos que es enormemente injusto. Nuestra exigencia es un salario igual para las mujeres en Ford». Los gerentes defendieron su postura mediante el uso de un argumento antiguo, empleado por sindicatos y empleadores; que «las mujeres no tienen derecho a reclamar el mismo salario […] porque ellas no hacen trabajo por turnos». Un directivo de Ford desestimaba la reclamación de las mujeres de un salario igual considerándola, de manera sintomática, como «un problema emocional», sugiriendo con ello que la igualdad de las mujeres no era un tema serio de debate y que las trabajadoras no eran lo suficientemente racionales como para sentarse en la mesa de negociación[39]. En medio de una enorme publicidad –Callaghan y sus

compañeras de trabajo fueron invitadas a tomar el té por Barbara Castle–, las trabajadoras finalmente ganaron su batalla; aunque sólo en parte. Se les concedió el 95 por 100 del sueldo de los hombres, pero continuaron siendo clasificadas como trabajadoras «no cualificadas» en lugar de alcanzar la condición de semicualificadas, por la que tanto habían luchado[40].

La lucha de las trabajadoras de Ford marcó un alejamiento radical del pasado. Los líderes sindicales habían intentado reclutar a mujeres durante la década de 1960, pero a menudo se mostraban reacios a tomar en serio sus demandas. Sólo una cuarta parte de las trabajadoras pertenecían a sindicatos entre finales de la década de 1940 y principios de la década de 1960. Muchas más se unieron después de 1962, cuando la congelación salarial de los conservadores hizo que se afiliaran muchos trabajadores de oficina y muchas mujeres encontraran trabajo en las líneas de montaje. Pero en 1968 menos de un tercio de las trabajadoras estaban en un sindicato, en comparación con más de la mitad de la fuerza laboral masculina[41].

Los dirigentes sindicales atribuyeron el bajo nivel sindical de las mujeres a su apatía. Afirmaron que las mujeres sólo trabajaban «“para pagarse los gastos” y no podían organizarlas»[42]. Las propias mujeres contaban una historia diferente. «Para muchas de las trabajadoras», señaló un investigador que visitó una gran planta de producción de alimentos en el norte de Inglaterra, «los delegados sindicales estaban con los “jefes”»[43]. El sindicato rara vez defendía las reclamaciones de estas mujeres por mejores condiciones laborales, y los responsables sindicales se resistían a las demandas de igualdad salarial, por temor a que esto tuviera un efecto perjudicial sobre sus miembros varones. En esta fábrica de procesamiento de alimentos, los hombres que trabajaban en el turno de noche estaba realizando exactamente el mismo trabajo que las mujeres durante el día, y eran muy conscientes de que «estaban realizando “trabajo de mujeres”». Sólo su estatus dentro del sindicato los distinguía de la mano de obra femenina, y persuadieron a la dirección de la empresa para que a ellos sí les pagara el salario masculino[44].

Las operarias de cosido de Dagenham hicieron añicos la idea de que los sindicatos podían salirse con la suya haciendo caso omiso de las mujeres y aun así sobrevivir en el cambiante mercado laboral de 1968. Sheila Douglass, una de las operarias de Ford que lucharon por la igualdad salarial, recordaba que inicialmente la respuesta del Sindicato Nacional de

Constructores de Vehículos (NUVB) fue: «¿Para qué hacéis esto? Sólo venís a trabajar para pagaros vuestras compras». Hacer huelga con poco apoyo sindical era desalentador, pero empoderaba: «La poderosa Ford Motor Company, ¿verdad?», decía Bernie Passingham, una de las colegas de Douglass. «Ahora ellos tienen a las mujeres en pie de guerra, y es algo nuevo. Creo que hizo temblar el suelo bajo sus pies»[45]. Su éxito llevó a un grupo de sindicalistas a establecer la Campaña Nacional de Acción Conjunta para los Derechos Iguales de las Mujeres (NJACWER). Sus integrantes pidieron al TUC que liderara una campaña por la igualdad de salarios y derechos laborales para las mujeres. «Después de que se retomara lo de la igualdad salarial […] te dabas cuenta de que quizás empezaba algo bastante importante», dijo Sheila Douglass[46]. La afiliación sindical de mujeres continuó aumentando durante la década de 1970, no sólo en las fábricas, sino también entre secretarias y oficinistas, enfermeras y maestras de escuela.

Las acciones de las mujeres de Dagenham asimismo precipitaron algunos cambios importantes fuera del movimiento laboral. Contribuyeron a la aprobación de la Ley de Igualdad Salarial en 1970. Y lo que es igual de importante: demostraron que los trabajadores no cualificados y semicualificados tenían el compromiso de luchar por sus derechos, y poseían estrategias poderosas para hacerlo. Propusieron que la contribución que hacía un trabajador al producto acabado debía determinar el nivel salarial, en lugar de la habilidad técnica involucrada en su trabajo. Los sindicatos de administración y servicios, los sindicatos del servicio público y el TGWU: todos ellos habían utilizado esta estrategia en las negociaciones a lo largo de la década de 1960, pero la huelga de Dagenham fue la primera gran disputa en la que los trabajadores utilizaron esta lógica para desafiar a sus empleadores, y ganaron.

Los trabajadores no siempre estuvieron unidos. Del mismo modo que las mujeres tuvieron que luchar contra el sexismo de los dirigentes sindicales y de los empleadores, muchos trabajadores negros y asiáticos sufrieron discriminación. En 1961 los habitantes provenientes del Caribe y el sur de Asia conformaban alrededor del 1 por 100 de la población de Gran Bretaña. Durante la década de 1960 el número de inmigrantes aumentó, especialmente aquellos procedentes de India y Pakistán. En 1971 la

población caribeña y sudasiática combinada constituía el 3 por 100 de la gente que vivía en Gran Bretaña.

Los empleadores a menudo trataban a los inmigrantes negros y asiáticos como mano de obra barata y prescindible, y los dirigentes sindicales a menudo los vieron como una amenaza para los trabajadores blancos. Esta era la situación que se encontró Sathnam Gill en 1962. Había llegado a Coventry desde la región de Punjab. El hijo más joven de una familia de agricultores no podía servirse de los terrenos de su padre para vivir, y las oportunidades de empleo en India eran muy limitadas. En la década de 1950 las compañías automovilísticas británicas habían organizado campañas de reclutamiento en Delhi, y el cuñado de Sathnam fue uno de los seleccionados que migraron a Gran Bretaña. Pero para cuando Sathnam se reunió con él en Coventry, el trabajo en las fábricas de automóviles no era tan abundante como antes; la competición extranjera de Japón y Alemania había supuesto un estancamiento en la demanda de coches. Sathnam descubrió que «estás en una cola, ves a tipos blancos que vienen de atrás y consiguen los empleos, y a ti te descartan», una experiencia que, según los investigadores sociales, era típica[47].

Los sindicatos ofrecían poca protección a trabajadores como Sathnam Gill. En Bristol, a comienzos de la década de 1960, la dirección del TGWU se opuso a la exclusión en base al color de piel introducida por la Bristol Omnibus Company; e inmediatamente descubrió que su postura antirracista encontraba la oposición de muchos de sus miembros[48]. Los sindicalistas estaban divididos sobre si oponerse a la discriminación racial, o hacer campaña contra la inmigración justificándola en que los que llegaban hacían bajar los sueldos de los trabajadores británicos[49]. Muchos grupos e individuos mantuvieron actitudes incoherentes respecto a los inmigrantes. El Coventry Trades Council (una asociación de sindicatos locales) se opuso sonoramente a la exclusión racial instituida por muchos dueños de pubs; pero no estaba dispuesto a admitir a trabajadores negros y asiáticos en los bien remunerados empleos de las fábricas locales de automóviles[50]. La mayor parte de sindicatos ignoraron, o eligieron no afiliar, a trabajadores inmigrantes.

Pero los propios inmigrantes comenzaron a organizarse. Tanto sindicatos como empleadores asumieron erróneamente que los trabajadores migrantes eran, en palabras de un sindicalista, «completamente ajenos a la sociedad

industrial»[51]. En realidad, muchos tenían experiencia activista en su lugar de trabajo o comunidad, experiencia que pusieron en práctica en Gran Bretaña. La Indian Workers' Association (IWA), por ejemplo, había sido establecida por migrantes punjabis en la década de 1930, pero fue revivida por una nueva ola de migrantes en la década de 1950. La IWA se sirvió de la tradición punjabi de acción directa, y reclutó a muchos antiguos trabajadores agrícolas, que compartían un sentido colectivo de identidad que trajeron con ellos a Gran Bretaña. Entonces llegó la Ley de Inmigración de la Commonwealth de 1962, que restringió la inmigración y dio prioridad a los migrantes con cualificaciones educativas y profesionales, incluyendo a trabajadores de servicios, estudiantes universitarios, profesores y médicos. «Fue cuando comenzó a venir la gente con formación superior», recordaba Sathnam Gill. No todos ellos podían lograr trabajo a la altura de sus cualificaciones; acababan en las líneas de montaje de Gran Bretaña, y en posiciones de liderazgo dentro del IWA. Muchos de ellos estaban bien versados en teoría marxista y simpatizaban con el comunismo[52].

Los miembros del IWA buscaron ayudarse mutuamente a sobrevivir, creando estructuras sociales y redes de amistad, y procuraron con mayor intensidad un reconocimiento sindical. Sathnam Gill se puso en contacto con el IWA por primera vez cuando «unos pocos de nosotros decidimos organizar un equipo de kabaddi [un deporte típico del Sudeste asiático] en Coventry, y nos dieron dinero». En esta etapa Sathnam había encontrado trabajo no en una de las plantas de automóviles de la ciudad, sino en una pequeña fábrica de productos químicos donde él y sus compañeros de trabajo ganaban unos pobres salarios en condiciones insalubres, trabajando hasta diez horas al día. La mayor parte de colegas de Sathnam eran del subcontinente indio. El equipo de kabaddi forjó vínculos de confianza y amistad entre el grupo, que incluía a un número de migrantes recientes que habían llegado a mediados de la década de 1960. En 1969, con asistencia del IWA, «luchamos y luchamos y luchamos», haciendo huelga y ganándose el apoyo de la sección local del TGWU. La fábrica se sindicalizó y mejoraron algunas de sus condiciones laborales. El propio Sathnam se convirtió en capataz de taller y participó activamente en la sección sindical local.

Los trabajadores migrantes lograron victorias similares a lo largo del país[53]. En 1965 «un notable esfuerzo de organización por parte de los

líderes de la Asociación India de Trabajadores en Southall» dio paso a una huelga de más de 500 trabajadores asiáticos en una fábrica de caucho. Al frente de esta disputa sobre salarios y reconocimiento sindical estaba N. S. Hundal, «un graduado en Derecho de la Universidad de Punjab que intenta progresar en [la asociación de abogados] Gray's Inn». Pese a la negativa del TGWU a pagar a los trabajadores cualquier compensación por la huelga –«el secretario de distrito, el sr. F. Howell, dijo que el problema era cribar las cualificaciones de todos los huelguistas antes de decidir cuánto debían recibir»–, Hundal y sus compañeros de trabajo mantuvieron la huelga durante seis meses. Persuadieron a la comunidad india local para que realizara generosas donaciones, y a los propietarios indios locales para que condonaran los pagos de alquiler durante la duración de la disputa. Su empleador finalmente aceptó la mayor parte de sus demandas[54]. Las relaciones de raza y género siempre habían dado forma a la vida de clase obrera. A veces las identidades colectivas étnicas de los migrantes –fortalecidas por estar en un país desconocido y a menudo hostil– ayudaron a reunir mucho apoyo para sus disputas, como fue el caso entre la comunidad india de Southall. Al mismo tiempo, este fuerte sentimiento de interés compartido daba muestra del racismo que estos trabajadores experimentaban por parte de compañeros de trabajo, vecinos, propietarios y empleadores.

Hacia el final de la década de 1960, las relaciones raciales eran centrales en el debate político. A lo largo de la década de 1960 los gobiernos intentaron reforzar el control de la inmigración, sugiriendo implícitamente que Gran Bretaña no podría dar cabida a más residentes. El ataque más famoso llegó en 1968, cuando el parlamentario conservador Enoch Powell lanzó un virulento ataque a la inmigración, en su discurso «Ríos de sangre». La abierta oposición de Powell a la diversidad racial provocó la desaprobación de la dirección conservadora, pero cientos de estibadores se manifestaron en su apoyo a las puertas del Parlamento. Menos publicitado fue el hecho de que estos estibadores no estaban sindicados, y de que su manifestación había sido provocada por una protesta más general contra el discurso de Powell, convocada cerca de allí por trabajadores blancos sindicados[55]. Mientras que los trabajadores negros y asiáticos tenían que soportar las suspicacias y hostilidad de muchos de sus compañeros de trabajo blancos, no todos los trabajadores blancos eran racistas. Las

acciones de los empleadores –dando trabajo a los migrantes sólo en la medida en que eran fuerza de trabajo barata– exacerbaron tanto la hostilidad de los trabajadores blancos respecto a los compañeros de trabajo extranjeros, como la pobreza en la que vivían muchos migrantes.

Mientras que las relaciones de raza y género podían causar tensión, por otra parte a principios de la década de 1970 la clase obrera británica se estaba volviendo más homogénea. La división entre trabajadores expertos y no cualificados se estaba estrechando. En 1968 el sociólogo Richard Brown entrevistó a más de 200 trabajadores de los astilleros de Tyneside. La mayoría mantenía «lealtades más específicas a grupos particulares dentro de esta totalidad mayor»; a su cuadrilla, taller, oficio o sindicato. Sin embargo, la seguridad económica provocó que los trabajadores no cualificados se volvieran más asertivos, más dispuestos a afiliarse a un sindicato, y más conscientes de las preocupaciones que compartían con los obreros cualificados. Muchos de los hombres a los que entrevistó Brown esperaban que las nuevas oportunidades educativas permitirían que sus hijos ingresaran en el trabajo cualificado manual o de oficina; algunos de sus hijos e hijas ya eran ingenieros o asistentes y oficinistas. Estos cambios significaban que eran menos «cerrados» de lo que habían sido sus padres. «Son conscientes de un “nosotros” como miembros de la clase obrera y como miembros de la comunidad de la construcción naval», concluía Brown[56]. Esto ayudaba a explicar por qué tantos trabajadores pudieron organizarse tan eficazmente en torno a sus demandas compartidas.

Lo que también unía a dichos trabajadores era el malestar frente a unos gerentes distantes y autocomplacientes. Muchos de los trabajadores de la construcción naval a quienes entrevistó Richard Brown estaban molestos por la negativa de sus gerentes a aceptar que los trabajadores podían tener una experiencia de la que inevitablemente carecían los gerentes profesionales, sin experiencia en sus oficios. Esta no era una queja novedosa entre los trabajadores industriales, pero en la década de 1960 se produjo una expansión de la gerencia intermedia, junto con un aumento en el número de gerentes con títulos académicos, que no contaban con experiencia en el trabajo de taller[57]. Los hombres mayores notaron el cambio. «Algunos de estos tipos nuevos que entran como gerentes», decía

John Soulsby, un electricista de astilleros de cuarenta y siete años, «están agotando la paciencia de la gente»[58].

Los hombres más jóvenes, cuyas aspiraciones habían aumentado merced a los avances educativos y la retórica política del «calor blanco», se sorprendieron por la forma en que la administración los trataba. «Es como volver a la Edad Media», declaró Charles Berry, de veinte años de edad, sobre la relación entre trabajadores y gerentes en el astillero Swan Hunter, donde trabajaba como electricista. Charles había permanecido en la escuela secundaria hasta los dieciséis años, antes de entrar como aprendiz en los talleres navales, asumiendo que su educación y experiencia formativa le conducirían a un trabajo más seguro y a una vida mejor de la que había conocido su padre, minero. Pero los talleres funcionaban «como el antiguo sistema de señores y siervos. Hay demasiadas distinciones de clase»[59]. Las reformas de bienestar y educación de posguerra, junto con el casi pleno empleo y la retórica laborista de la igualdad y la innovación tecnológica, procuraron a los jóvenes trabajadores una nueva confianza en su derecho a ser escuchados. Estaban furiosos, tras descubrir que la mayoría de los empleadores no tenían intención de consultarlos.

La actitud de Wilson hacia los huelguistas no hizo nada por mitigar su enfado. Después de las elecciones de 1966, el gobierno dejó de hablar del fin de la desigualdad social. Los cambios en la situación económica internacional fueron una de las causas: frente a la competencia manufacturera extranjera, Wilson guardó silencio sobre el tema del pleno empleo, y en cambio se centró en la erradicación de los casos más extremos de pobreza. Si bien esto representaba un avance respecto a la década de 1950, cuando la pobreza rara vez era tema de debate político, su enfoque sugería que la vida de la mayoría de trabajadores era completamente satisfactoria. El gobierno negociaba cada vez más con grupos de presión y organizaciones centradas en una sola cuestión, como el Child Poverty Action Group (CPAG), fundado en 1966 por científicos sociales y trabajadores sociales. El propio Wilson asistió al lanzamiento de CPAG. A diferencia de los sindicatos, que se basaban en el principio de participación popular, el CPAG se ocupaba esencialmente de hablar en nombre de los pobres, en lugar de hacer campaña con ellos: una política que llevó a algunos miembros principales a dejar la organización a finales de 1960[60].

Al igual que Macmillan antes que él, Wilson se había convencido de que la fuerza de trabajo necesitaba volverse más «móvil», y de que el desempleo a corto plazo iba a formar inevitablemente parte de las carreras laborales de muchos trabajadores. Las exportaciones alemanas y japonesas amenazaban cada vez más el dominio británico de la ingeniería y la industria del motor. La economía británica, creía Wilson, debía ser más liviana; los trabajadores debían aceptar salarios más bajos y menos seguridad laboral. Wilson estuvo de acuerdo con su ministro del Interior, Roy Jenkins, en que la seguridad social debería estar dirigida a grupos particularmente «vulnerables», especialmente los desempleados de corta duración[61].

Al mismo tiempo, Wilson animó a Jenkins a seguir una agenda «permisiva» en los asuntos domésticos. Esto incluía una gran cantidad de legislación diseñada para proteger y extender los derechos del individuo: en 1967 se despenalizó la homosexualidad masculina adulta, y también el aborto; en 1969 el divorcio «sin culpa» se volvió legal por primera vez (antes de esto, una de las partes tenía que aceptar la culpa, generalmente admitiendo crueldad, abandono o adulterio). Estas reformas se vieron acompañadas por legislación que promovía la igualdad sexual y racial. La Ley de Relaciones Raciales de 1965 fue la primera ley británica que abordaba la discriminación racial; la Ley declaraba ilegal tal discriminación en los espacios públicos. La Ley de Igual Remuneración de 1970 prohibía a los empleadores tratar a un trabajador desfavorablemente por su sexo.

Estas reformas, logradas con tanto esfuerzo, representaban avances importantes en los derechos de las mujeres, negros y gays. Pero indicaban la intención del gobierno de que los derechos económicos y políticos se adjudicaran a individuos, más que a grupos. Por ejemplo, las mujeres a nivel individual podrían competir por trabajos en igualdad de condiciones con los individuos de sexo masculino (al menos en teoría). Pero esto no modificaba la subordinación económica y política que la gente de clase obrera compartía como resultado de su relación con la producción: su necesidad de trabajar para vivir.

De hecho, tal legislación iba mano a mano con los intentos de los políticos por socavar la fortaleza económica y política colectiva de los trabajadores comunes. En 1969 Barbara Castle lanzó una serie de medidas en su libro blanco *In Place of Strife [En lugar del conflicto]*, diseñadas para limitar la

capacidad de sindicatos y trabajadores en huelga para iniciar disputas industriales. Las huelgas sólo serían legales si eran aprobadas en votación por una amplia mayoría de la fuerza laboral. El gobierno tendría el derecho de imponer un periodo de «enfriamiento» de veintiocho días en cualquier disputa no oficial, para permitir que se investigara la motivación de la huelga. Los tribunales tendrían el poder de multar a trabajadores y empleadores que quebrantaran un nuevo código de conducta que sancionaría las cuestiones disciplinarias, de despido y arbitraje. En una ruptura radical con los acuerdos de posguerra, este código no sería aplicado por sindicatos, empleadores, o el gobierno, sino por una comisión de relaciones laborales independiente.

El margen para la negociación entre gobierno y trabajadores organizados se había estrechado. *In Place of Strife,* declaraba Castle, «proporciona los medios mediante los cuales podremos reconciliar el derecho a la huelga, una de las libertades esenciales en una democracia, con la necesidad de salvaguardar los derechos de la comunidad; y, sobre todo, proteger la economía nacional frente a la interrupción insensata que suponen las huelgas evitables»[62]. La indignación de los principales diputados laboristas y la rabia de los trabajadores –que llevó a la aparición de más piquetes– impidió que su propuesta se convirtiera en ley. Sin embargo, la jugada de Castle señaló un importante punto de inflexión en las relaciones entre gobierno y sindicatos. Desde 1969, los sucesivos gobiernos tratarían el poder económico y político de la clase obrera como una amenaza a la socialdemocracia, más que como un prerrequisito para un Estado democrático. Como quedó claro tras la defensa de Castle de sus propuestas, su gobierno contemplaba ahora los derechos de los trabajadores como algo separado respecto a «los derechos de la comunidad». El bienestar del pueblo ya no tenía la misma importancia: tenía mayor valor «la economía del país»; y se daba por hecho que la mayor amenaza a la estabilidad económica era el activismo obrero.

* * *

¿Qué había provocado este cambio de actitud? Hacia el final de la década de 1960 estaba claro para los líderes empresariales, para los políticos y para muchos trabajadores que las necesidades de las grandes empresas y las

necesidades de sus trabajadores eran esencialmente incompatibles. En las décadas de 1950 y 1960 tanto los gobiernos laboristas como conservadores habían luchado por mantener el pleno empleo sin perjudicar el deseo de los empleadores de obtener ganancias, lo que llevó a aumentos de precios, que su vez causaron inflación, una caída en la demanda de los consumidores, y después, desempleo. Desde mediados de la década de 1960 el activismo sindical obrero parecía amenazar el delicado equilibrio de la economía de Gran Bretaña. Esto se debió parcialmente a la competencia extranjera, como la manufactura de coches en Alemania y Japón. Pero también era atribuible a la actitud más beligerante de los industriales y empresarios británicos frente a los trabajadores del país. Estos empleadores preferían que sus ganancias aumentaran, no que se redujeran; que se desecharan, pues, las demandas cada vez más enérgicas que planteaban los trabajadores de repartir mejor los beneficios y favorecer, en cambio, una mayor concentración de riqueza para los accionistas.

En 1965 un número considerable de líderes empresariales británicos fundaban la Confederación de Industrias Británicas (la CBI). El *lobbying* de la CBI, más otras redes menos conocidas de líderes empresariales y elites políticas, insufló más presión sobre el gobierno de Wilson para que redujera el poder económico y político de los trabajadores. En 1968 Cecil King, presidente del grupo de prensa que editaba el *Mirror,* tuvo reuniones secretas con Lord Mountbatten para establecer «un gobierno nacional de empresarios» que evitara la «crisis» económica y política[63]. King fue despedido y la alianza no llegó a nada, pero señalaba la creciente frustración que sentía un pequeño pero influyente grupo de líderes empresariales, políticos y magnates de la prensa ante el poder político de la clase obrera industrial.

Aunque estas figuras conservadoras sintieran poca simpatía por el gobierno laborista, Harold Wilson estaba bastante dispuesto a llegar con ellos a un acuerdo de mínimos. De hecho, en 1964 ofreció a Cecil King un título nobiliario y un empleo en la Cámara de Comercio, y en 1967 asignó a Campbell Adamson –exdirector de varias compañías y simpatizante conservador– un puesto directivo en el nuevo Departamento de Asuntos Económicos del gobierno[64]. Dos años después, Adamson se convirtió en director de la CBI, donde apoyó el intento de Barbara Castle de hacer que *In Place of Strife* se convirtiera en ley[65].

Barbara Castle fracasó. En 1969 el poder de los sindicatos dentro del Partido Laborista era suficientemente fuerte como para impedir que sus propuestas se convirtieran en ley. Entre los líderes sindicales que se opusieron a ella había algunos a los que les preocupaba más mantener su pequeña parcela de poder político. Algunos de estos líderes cortoplacistas no habían ayudado a los sindicatos cuando intentaron colocar los intereses de los trabajadores blancos, manuales y masculinos por encima de las necesidades de los trabajadores negros, migrantes y mujeres. Pese a esto, la clase obrera organizada estaba creciendo en número y en poder a finales de la década de 1960. Sus filas se llenaron de inmigrantes, mujeres y trabajadores de cuello blanco. Incluían a oficinistas y trabajadores fabriles cuyas edades iban desde la adolescencia hasta la treintena, una generación indignada porque se habían roto las promesas que les habían hecho profesores y políticos, proyectando una vida más próspera y más excitante que la de sus padres. Habían descubierto a finales de la década de 1960 que no era verdad que el trabajo duro y la iniciativa fueran suficientes para propulsarte a una vida mejor.

Con el amanecer de la nueva década de 1970, el futuro se veía más incierto que nunca desde 1926. Además de impedir que el gobierno de Wilson introdujera leyes antisindicales, estos nuevos y activos trabajadores habían ayudado a lograr aumentos salariales que permitieron a las familias de clase obrera disfrutar de los frutos de la prosperidad que ellas mismas habían producido en las líneas de montaje de Gran Bretaña: neveras, cocinas, coches. Pero el poder económico y político que ansiaban –principalmente un mayor control sobre cómo se organizaba su trabajo, y en interés de quién– no estaba próximo. La tensión entre sus demandas y los objetivos de sus líderes económicos y políticos creció, más que disminuyó, a medida que Gran Bretaña entraba en la década de 1970.

[1] Beynon, *Working for Ford*, pp. 70-71, 191. Véase también «Interview with Chaplain, Wallsend Yard», minutas no publicadas, 1968, Box 1, *Informal Interviews*, Brown: *Shipbuilding Workers* (MSS 371), Modern Records Centre, University of Warwick.

[2] W. Brown, «Industrial Relations and the Economy», en Floud y Johnson (eds.), *Cambridge Economic History of Modern Britain*, vol. 3, p. 403.

[3] Sobre el éxito laborista, v. P. Thane, «Labour and Welfare», p. 107.

[4] Labour Party, *Time for Decision. The 1966 Labour Party Manifesto* (Londres, 1966), p. 2.

[5] Anuncio, *Liverpool Echo* (1 de junio de 1965), p. 9.

[6] Ian White, 2000.0341, NWSA.

[7] A. Crosland, *Comprehensive Education.* Discurso del ministro de Educación y Ciencia en la North of England Education Conference, 7 de enero de 1966 (Londres, 1966).

[8] G. Smith, «Schools», en Halsey y Webb (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends*, p. 199.

[9] A. McPherson y J. Douglas Willms, «Equalization and Improvement: Some Effects of Comprehensive Reorganisation in Scotland», en Halsey *et al.*, *Education. Culture, Economy and Society*, pp. 683-702.

[10] «Comprehensive Issue a Damp Squib?», *Guardian* (18 de junio de 1965), p. 5.

[11] Chapeltown Black Women Writers' Group, *When our Ship Comes In: Black Women Talk* (Castleford, 1992), p. 29.

[12] M. Sanderson, «Education and the Labour Market», en Crafts *et al.* (eds.), *Work and Pay*, p. 281; A. H. Halsey, «Higher Education», en Halsey (ed.), *British Social Trends since 1900: A Guide to the Changing Social Structure of Britain* (Basingstoke, 1988), p. 235, gráf. 6.2.

[13] P. Thane, «Labour and Welfare», p. 108.

[14] S. Bowden y A. Offer, «Household Appliances and the Use of Time in the USA and Britain since the 1920s», *Economic History Review*, *Second series*, vol. 47, n.º 4 (1994), pp. 745-746.

[15] SW20, SN 6586, UKDA.

[16] Chapeltown Black Women Writers' Group, *When our Ship Comes In*, pp. 24 y 27.

[17] M. Young y P. Willmott, *The Symmetrical Family. A Study of Work and Leisure in the London Region* (Londres, 1973), pp. 82 y 100.

[18] Entrevista a Ann Turner, OT 603-604, *Abingdon Oral History Project*, OHC.

[19] IPC Surveys Division, *Domestic Appliances* (Londres, 1967), p. 72, gráf. 45.

[20] Para otros ejemplos, véase E. Roberts, *Women and Families: An Oral History, 1940-1970* (Oxford, 1995), p. 104.

[21] H. Beynon *et al.*, *The Rise and Transformation of the UK Domestic Appliances Industry* (Cardiff, 2003), p. 8.

[22] Registro núm. 023, SN 4871, UKDA. V. también registro núm. 074, SN 4871, UKDA.

[23] Carter, *Home, School and Work*, p. 180.

[24] Reid, *United We Stand*, pp. 291-292.

[25] Yudkin y Holme, *Working Mothers and their Children*, p. 165.

[26] County Borough of Warrington, Medical Officer of Health, *Annual Report of the Medical Officer of Health for the Year 1970* (Warrington, 1970), p. 5.

[27] Rogaly y Taylor, *Moving Histories*, p. 119.

[28] *Ibid.*, p. 160.

[29] Cairncross, «Economic Policy and Performance, 1964-1990», p. 67.

[30] J. McIlroy, N. Fishman y A. Campbell, (eds.), *British Trade Unions and Industrial Politics*, vol. 1 (Aldershot, 1999), p. 103, y A. Campbell, N. Fishman y J. McIlroy (eds.), *British Trade Unions and Industrial Politics*, vol. 2 (Ashgate, 1999), p. 120.

[31] Beynon, *Working for Ford*, p. 65.

[32] Reid, *United We Stand*, pp. 286-268.

[33] *Ibid.*, p. 287; v. también M. Savage, «Class and Manual Workers, 1945-1979», en J. McIlroy, N. Fishman y A. Campbell (eds.), *The High Tide of British Trade Unionism: Trade Unions and Industrial Politics, 1964-79* (Monmouth, 2007).

[34] Citado en T. Lane y K. Roberts, *Strike at Pilkingtons* (Londres, 1971), pp. 164-165.

[35] EW08, SN 6586, UKDA.

[36] Cabinet Office, *Cabinet conclusion on industrial relations*, CAB 128/44 CC51 (69) 3, TNA.

[37] R. Tomlinson, *Ricky* (Londres, 2003), p. 143.

[38] «This is Anarchy, Ford Girls Told», *Daily Mirror* (19 de junio de 1968), p. 1.

[39] «Hope in "Sex War" Strike», *Daily Mirror* (15 de junio de 1968), p. 1.

[40] A. Coote y B. Campbell, *Sweet Freedom: The Struggle for Women's Liberation* (Londres, 1982), p. 10.

[41] Department of Employment, *British Labour Statistics: Historical Abstract: 1886-1968* (Londres, 1982), gráf. 2.1.

[42] H. Beynon y R. Blackburn, *Perceptions of Work: Variations within a Factory* (Cambridge, 1972), p. 142.

[43] *Ibid.*

[44] *Ibid.*, pp. 22, 115.

[45] «This is Anarchy, Ford Girls Told», p. 1.

[46] «A Woman's Worth: The Story of the Ford Sewing Machinists», *Recording Women's Voices Collection*, transcrip. accesible en http://www.unionhistory.info/equalpay/display.php?irn=619 (consultado el 3 de julio de 2012).

[47] Entrevista a Sathnam Singh Gill de Hilary Young (2006). V. también A. Richmond, *Migration and Race Relations in an English City: A Study of Bristol* (Londres, 1973), pp. 50-54.

[48] Correspondencia, Bristol Omnibus Company Ltd, MSS. 126/TG/RES/P/7/D, MRC, University of Warwick.

[49] Para un análisis de las diferentes reacciones a los disturbios, véase S. Patterson, *Dark Strangers*, pp. 143-168.

[50] Coventry Trades Council: correspondencia, MSS.5/3/2/42,44, MRC, University of Warwick.

[51] «Immigrant Solidarity Shown in Strike by Indian Workers», *Guardian* (21 de diciembre de 1965), p. 4.

[52] J. DeWitt, *Indian Workers' Associations in Britain* (Oxford, 1969), pp. 15-18.

[53] *Ibid.*

[54] «Immigrant Solidarity Shown in Strike by Indian Workers».

[55] G. Field, «Social Patriotism and the Working Class: Appearance and Disappearance of a Tradition», *International Labor and Working-Class History*, n.º 42 (1992).

[56] R. Brown y P. Brannen, «Social Relations and Social Perspectives amongst Shipbuilding Workers – A Preliminary Statement: Part Two», *Sociology*, vol. 4, n.º 197 (1970), p. 207.

[57] M. Roper, *Masculinity and the British Organization Man since 1945* (Oxford, 1994).

[58] Registro núm. E11, SN6586, UKDA. V. también J05, SN 6586, UKDA.

[59] Registro núm. E07, SN 6586, UKDA.

[60] R. Lowe y P. Nicholson, «The Rediscovery of Poverty and the Creation of the Child Poverty Action Group», *Contemporary Record*, vol. 9, n.º 3 (1995), pp. 602-611. Sobre la relación del gobierno con el CPAG, véase «Child Poverty Action Group: Request to PM to Receive Manifesto December 1969», memorándum de informe a los ministros sobre CPAG, en *Correspondence with CPAG*, 1965-1969, BN 89/142, TNA.

[61] J. Tomlinson, «The 1964 Labour Government, Poverty and Social Justice», *Benefits*, vol. 16, n.º 2 (2008), pp. 135-145.

[62] Barbara Castle, citada en «Law for the Jungle», *Daily Mirror* (18 de enero de 1969), p. 9.

[63] Pilger, *Hidden Agendas*, pp. 407-408; J. W. Young, «The Diary of Michael Stewart as British Foreign Secretary, April–May 1968», *Contemporary British History*, vol. 19, n.º 4 (2005), pp. 481-510.

[64] Pilger, *Hidden Agendas*, pp. 407-408.

[65] «Safari, then Steel», *The Times* (28 de abril de 1969), p. 23; «CBI Election Call for Curb on Wage Claims», *The Times* (21 de mayo de 1970), p. 19.

14. Problemas y conflictos

En 1970, con la victoria en las elecciones generales del Partido Conservador de Edward Heath, terminaba el periodo de Wilson en el gobierno. Heath logró sólo una victoria ajustada, demostrando la incertidumbre de los votantes respecto a quién podía satisfacer mejor los deseos de mayor control sobre sus vidas laborales y domésticas. «Vivienda» y «empleo» estaban muy arriba entre las principales preocupaciones de los votantes en las encuestas de opinión que precedieron a las elecciones. El gobierno de Heath no hizo nada por aliviar su ansiedad. El desempleo creció y los recortes del gasto público amenazaban los hogares y condiciones de vida de la gente. Las mujeres desempeñaron un papel cada vez más importante en las campañas por salvaguardar los avances producidos durante las décadas de 1950 y 1960.

Más adelante sería aceptada acríticamente, por muchos historiadores y políticos, cierta mitología de los años setenta como una década en la que la avaricia de la gente de clase obrera había causado el desplome económico del país. John Major, primer ministro conservador entre 1991 y 1997, advirtió que era necesaria la legislación antisindical para asegurar que no pudiera producirse un retorno al «salvajismo político» y la agitación de los años setenta. Al ser elegido en 1997, Tony Blair consideró necesario afirmar que en el número diez de Downing Street –la residencia oficial del primer ministro– volverían las «cervezas y sándwiches», pero advirtió a los líderes sindicales que esperaran «equidad, no favores». Y, sin embargo, la realidad de la década de 1970 fue mucho más singular de lo que sugiere esta ortodoxia. Esta fue una década de complots derechistas para dar un golpe de Estado; de vigilancia del gobierno a activistas sindicales; de una política draconiana de piquetes y vivienda; y, en última instancia, de una intervención dramática y catastrófica en la política doméstica británica, por parte de un grupo de financieros internacionales que certificaron el final de la relación de posguerra entre los políticos y el pueblo, y con ello la pérdida de muchos logros quizá limitados, pero importantes.

El gobierno de Edward Heath estaba fuertemente comprometido con un «libre mercado», que para Heath significaba un mercado libre de control gubernamental y sindical. En 1971 introdujo una Ley de Relaciones Laborales, que llevó las recomendaciones de *In Place of Strife* mucho más lejos de lo que nunca imaginó Barbara Castle. Los derechos de los trabajadores a la negociación colectiva y la huelga se vieron fuertemente limitados. De manera más controvertida, se declararon ilegales las disputas intrasindicales, que permitían a los trabajadores de oficios o industrias diferentes movilizarse colectivamente.

El tono de la ley sugería un retorno a las relaciones laborales características de comienzos del siglo XX. Después de 1945 los sindicatos habían conservado cierto grado de poder político, al representar a una gran proporción de la fuerza de trabajo; si muchos trabajadores participaron en la sociedad democrática en la que vivían, fue a través de los sindicatos. La Ley de Heath trataba a los sindicatos como participantes secundarios en el desarrollo económico, que recibían su limitado poder no de la importancia de sus miembros, sino de la generosidad del partido político en el gobierno. El gobierno de Heath estaba decidido a frenar los derechos de negociación existentes que habían poseído los sindicalistas desde la Segunda Guerra Mundial.

Los años que siguieron fueron de intensa tensión política entre la clase obrera y las elites dirigentes. Los rumores de golpes de Estado que apuntaban a militares con conexiones aristocráticas eran constantes. El más famoso llegó en 1973, cuando el general Sir Walter Walker, comandante de la OTAN para Europa del Norte entre 1969 y 1972, formó un ejército privado para proteger a Gran Bretaña de los sindicalistas «comunistas» (con el apoyo secreto pero rotundo de Mountbatten y varios altos funcionarios, así como la simpatía de los empresarios desilusionados con el gobierno)[1]. El propio Ted Heath expresó su exasperación ante la paranoia mostrada por varios altos funcionarios, oficiales de policía y espías. «Me he encontrado con gente en los servicios de seguridad que decían las tonterías más ridículas y cuya entera filosofía era de una idiotez descabellada», recordaría después. «Si uno de ellos estuviera en el metro y viera a alguien leyendo el *Daily Mirror* dirían: “Tras él, es peligroso. Debemos saber dónde lo ha comprado”»[2].

La auténtica amenaza para los derechos políticos y económicos de la gente de clase obrera no provenía de estos grupos en la sombra –por importantes que fueran–, sino del corazón del gobierno. Durante los cuatro años de Heath en el gobierno, declaró cinco estados de emergencia, sugiriendo que no se debía negociar con los huelguistas, sino que debían ser tratados como enemigos del Estado. La determinación con la que el gobierno intentó aplastar el poder político de los trabajadores quedó patente en el tratamiento que recibieron los Cinco de Pentonville y los dos de Shrewsbury. A corto plazo, la Ley de Relaciones Laborales había quedado inutilizada por las acciones del TUC, dirigidas por el TGWU, que a su vez hizo huelga contra ella. Pero en 1972 esto resultó en la encarcelación de los Cinco de Pentonville, estibadores que se habían unido a los piquetes desafiando la ley, que ilegalizaba los piquetes secundarios a proveedores.

Después, en 1972, llegó una huelga nacional en la construcción. Ricky Tomlinson, de treinta y cuatro años de edad, y Des Warren, de treinta y seis –los dos de Shrewsbury–, estaban entre los huelguistas que esperaban instituir un salario mínimo, regulaciones de salud y seguridad más severas, así como abolir el *lump*, una práctica mediante la cual las constructoras empleaban a trabajadores eventuales a los que pagaban menos de lo estipulado por convenio y que, a menudo, se desempeñaban en condiciones altamente peligrosas, en una época en la que moría en Gran Bretaña, de promedio, un trabajador de la construcción al día[3]. Después de visitar los piquetes en Shropshire, Tomlinson y Warren fueron arrestados bajo los cargos de piquete secundario, reunión ilegal, causar una reyerta y –acusación más seria– conspiración[4]. Tomlinson descubrió, incrédulo, que los cargos de conspiración se fundaban en que habían planeado su acción de piquete en «un complot tramado en la primera planta del pub Bull and Stirrup». Después de un juicio de tres meses, en 1973 Tomlinson y Warren fueron juzgados culpables de todos los cargos y sentenciados a dos y tres años de cárcel respectivamente[5].

Mientras, mucha gente que nunca se había considerado a sí misma activista estaba recurriendo a acciones drásticas simplemente para sobrevivir. Hacia 1972, más del 4 por 100 de los trabajadores estaban desempleados. Ann Lanchbury y su marido Norman se hallaban entre los afectados. Ann se había casado con Norman, un peón de fábrica, en 1960. A

lo largo de la década de 1960, Ann trabajó intermitentemente como enfermera, compatibilizando este empleo también con el cuidado de sus dos hijos pequeños. Después, a comienzos de la década de 1970, despidieron a Norman. Con una gran hipoteca que pagar, él y Ann sufrieron, al no poder encontrar rápidamente un nuevo empleo.

Ann no estaba bien en ese momento y no pudo conseguir un empleo fijo o a tiempo completo. Recurrió a sus amigos en busca de ayuda:

> Me dijeron que se me tendría que dar algo de dinero para ayudarnos, así que fui a la Seguridad Social, que estaba a millas y millas de distancia, y caminé, y tenía mucho dolor porque estaba en espera para ingresar en el hospital, para una operación. Entré y me dijeron: «No, no tienes derecho a nada …». Y yo me derrumbé. Ella dijo: «Si no hubieras pagado toda tu hipoteca, habrías obtenido ayuda». Cuanto más te ayudas a ti misma, peor estás.

Los desconocidos, cuyas circunstancias se desconocen, invitan a emitir juicios sobre cuándo debe racionarse la ayuda, y los extraños más llamativos en el Coventry de la década de 1970 eran los inmigrantes asiáticos. Ann, que había trabajado duro para comprar una casa, «lamentaba que hubiera mujeres indias que acababan de llegar al país y estuvieran recibiendo dinero para esto y aquello».

Sin embargo, fue la propia Ann quien se sintió forzada a cometer fraude para poder llegar a fin de mes. Desesperada por no perder su vivienda, se las arregló para encontrar un trabajo a tiempo parcial, pagado en mano, en el café Godiva del centro de la ciudad. «Le dije a Norman: “Bien, nuestras vidas están en nuestras manos”. Él había intentado conseguir un trabajo una y otra vez, ahora era mi turno. El dueño del café Godiva dijo: “Puedes trabajar para nosotros si mantienes la boca cerrada, no le diremos nada al recaudador de impuestos: efectivo en mano. Puedes trabajar para nosotros de nueve a seis”.» Los sábados, cuando el gerente no estaba, las demás camareras llenaban la bolsa de Ann de sándwiches y pasteles para la familia «porque sabían que la cosa estaba complicada». La vida mejoró finalmente cuando Norman encontró trabajo en Bournemouth –pero esto significaba desarraigar a toda la familia de su hogar y amigos–. Ann, como muchas otras mujeres, afirmaba que «simplemente me las arreglé; así eran los primeros años setenta».

Otros encontraron esperanza y alivio en organizarse, corriendo el riesgo de ser tildados de activistas radicales por hacerlo. Entre ellos había miles de

mujeres que fueron duramente golpeadas por el intento de Heath de reducir drásticamente el parque de viviendas públicas. Al igual que Harold Macmillan antes que él, Heath trató de establecer la propiedad de la vivienda como la forma predominante de alojamiento, y convertir la vivienda pública en mera acomodación residual para los más pobres, reactivando el sector privado de alquiler. Su Ley de Vivienda de 1972 orientó a los ayuntamientos para que priorizaran el suministro de vivienda para las personas sin hogar dentro de un espacio de tiempo limitado. Esto causó el caos en las todavía largas listas públicas de espera, y subrayó que la vivienda pública ahora estaba claramente dirigida sólo a los más necesitados. La Ley también retiraba a las autoridades locales el control sobre los precios de alquiler público, al exigir que establecieran alquileres según los precios de mercado, lo que significó que gran parte del alquiler público acababa inmediatamente siendo mucho más caro que el privado. Al mismo tiempo, a los inquilinos de viviendas públicas se les concedió el derecho a comprar su casa, aunque para las autoridades locales era posible retrasar o vetar la materialización de este derecho[6].

En la década de 1960 el experto en vivienda J. B. Cullingworth había advertido a los gobernantes que «la insatisfacción con el aumento de los alquileres puede acabar convirtiéndose en algo más significativo»[7]. En los setenta su profecía se hizo realidad. Los inquilinos públicos experimentaron un aumento del 23 por 100 en el alquiler entre 1971 y 1974[8]. Se produjo una erupción de campañas y huelgas de alquileres, muchas de ellas instigadas por mujeres casadas que vivían en propiedades municipales. Algunas de estas mujeres ya estaban involucradas en la organización de los servicios que sus propietarios no habían proporcionado. En la década de 1970 Betty Ennis, del barrio de Willenhall, en Coventry, trabajaba a tiempo completo en la fábrica GEC de la ciudad, «pero tres noches a la semana solía trabajar en el club juvenil», que dirigía la asociación de vecinos, impulsada por el aumento del número de adolescentes en Willenhall. Mientras los hombres trabajaban durante largas horas al día, las mujeres, que asumían la responsabilidad principal del cuidado de los niños y el presupuesto del hogar, se vieron empujadas a aunar esfuerzos para mejorar el vecindario. A principios de los setenta muchos inquilinos, incluida Betty, impulsaron huelgas de alquiler. «El alquiler seguía subiendo año tras año», dijo Betty. «Fuimos a todas partes, conseguimos autobuses, nos

manifestamos frente al Ayuntamiento de Coventry, frente al Parlamento, y dijimos: “Ni un penique para el alquiler”».

Para mujeres como Betty, los aumentos del alquiler eran simplemente los últimos de una larga lista de agravios de los propietarios de vivienda privada y de alquiler público, que se negaban a escuchar a sus inquilinos. Betty y sus vecinos no podían encontrar ninguna razón tangible para estos aumentos de alquiler, ya que las viviendas públicas ya no proporcionaban un nivel envidiable de comodidad. En 1970, casi un tercio de los hogares británicos tenía calefacción central; eso ya no era dominio exclusivo de los ricos[9]. Sin embargo, los ayuntamientos poseían pocas de estas casas. A principios de la década de 1970 Betty tuvo que obtener un permiso especial del ayuntamiento para poder instalar calefacción central –pagada de su bolsillo– y tuvo que garantizar que dejaría allí las tuberías si se mudaba. «Dije: “Perdone, pero ¿quién va a cargar con las tuberías? Me parece que no”». Era un ejemplo de la desconfianza y la ridícula burocracia que se esperaba que a partir de entonces soportaran los inquilinos de vivienda pública.

La larga y amarga disputa sobre el alquiler acabó en fracaso para los huelguistas, y los conservadores presionaron con sus aumentos de alquiler. Pero las huelgas de alquiler tuvieron un legado imprevisto. Trabajar juntas por un fin común, plantarse ante los políticos y la policía, y afrontar la posibilidad muy real de que las encarcelaran por sus acciones, afectaron profundamente a muchas mujeres. Una de las más largas y duras huelgas de alquiler ocurrieron en el barrio de Tower Hill, en Kirkby, el distrito satélite que el Ayuntamiento de Liverpool había establecido en las afueras de la ciudad. Las mujeres fueron centrales en la disputa[10]. Según una inquilina de Kirkby:

> Si la huelga de alquiler no hubiera ocurrido, me habría levantado, preparado a los niños y habría ido a la escuela, habría charlado con algunas de las mujeres sobre los bebés y los problemas que tienen, los dientes. Y todavía hablo con gente sobre eso, pero va más allá; incluso el tipo de conversación sobre bebés cambia, ya no estás debatiendo los problemas de dientes del bebé, estás hablando del tipo de clínicas que hay para ti, y cuando empiezas a hablar de lo que vas a hacer con el té empiezas a hablar de precios, que es algo que nunca hice antes […] Ahora lo cuestiono todo[11].

Las huelgas de alquiler dejaron claro que las labores domésticas eran una cuestión política, y que los barrios de viviendas podían ser centros desde los

que se gestaran campañas que se convertían en huelgas tan importantes como las de las fábricas. Como esposas y madres, las mujeres adoptaron un papel de liderazgo en estas protestas.

Habiéndose unido para combatir los aumentos de alquiler, muchas de estas mujeres comenzaron a hacer campañas para una mayor participación en el modo en que sus barrios y pisos se construían y gestionaban. Una de ellas era Judy Walker. Judy había nacido a comienzos de la década de 1940 en Coventry. Su padre era un obrero fabril que había muerto de cáncer cuando Judy sólo tenía dieciocho años; su madre era camarera. Judy había crecido en una pequeña casa adosada en el distrito del centro de Hillfields, e iba a la escuela moderna secundaria local. «Cuando dejábamos la escuela, siempre comprabas un gran bote de dulces y te acercabas a los chicos mayores y les dabas dulces, te ponías vestidos bonitos», decía ella. Pero durante mucho tiempo había visto la escuela como un aburrido paréntesis antes de que comenzara su vida real, y cuando cumplió quince años en 1955 estaba decidida a no quedar atrapada en esos rituales infantiles. «No me importaba, sólo agarré mi lata de caramelos, la tiré contra la pared [ríe] […] y salí por la puerta, ya te digo, hacia el atardecer [ríe] […] y nunca miré hacia atrás.» La vida esperaba; en concreto, un empleo en el puesto de cosméticos en las elegantes y nuevas British Home Stores de la ciudad.

Hacia 1960, Judy estaba trabajando con diecinueve años en una elegante *boutique* del centro de Coventry. Su madre se había vuelto a casar, y dirigía un pub junto con el padrastro de Judy, un trabajo que les proporcionó lo suficiente como para conducir un coche y alquilar una casa moderna en un barrio residencial. La vida era cómoda. Pero Judy a veces entraba en pánico ante la idea de que en diez años se despertaría y se encontraría viviendo la misma vida que ellos: «Tengo miedo a hacer lo mismo todo el tiempo y que todo sea aburrido […] van al trabajo y vuelven [a casa], cenan, se sientan y tienen sus cinco minutos de sobremesa, se lavan y afeitan y van al club, van al pub, sábado, cena del domingo, lo mismo; van de vacaciones una vez al año […] [Era] la *mismidad* de todo».

Como muchos de su generación, Judy se sentía con derecho a cosas que sus padres consideraban privilegios; entre ellas un lugar decente para vivir y criar a sus hijos. Sobre estos cimientos esperaba construir una vida más interesante y llena de aventuras que la que habían conocido sus padres.

Diez años después la vida demostraba ser más dura de lo que Judy y muchos de sus compañeros habían esperado. La búsqueda de aventuras de Judy la había llevado a un prematuro matrimonio con Roy, un antiguo recluta de la RAF que se formó como ingeniero y se llevó a Judy con él a Sudáfrica, cuando una compañía automovilística le ofreció trabajo a comienzos de los sesenta. Pero a Judy no le gustaba la vida en Ciudad del Cabo: el coste de la vida era más elevado de lo que habían anticipado, no viajaban tanto como ella había esperado y la vida de expatriada era solitaria y «pija»; era la jerarquía de clases de Gran Bretaña otra vez, pero sin ninguna familia o amigos cerca. Ella volvió a Gran Bretaña en 1969 con sus tres hijos pequeños y, en 1972, estaba divorciada y viviendo en un bloque de apartamentos, de nuevo en Hillfields. La vida era difícil. «No había clubes después de la escuela o algo parecido, que te permitieran trabajar», no había guarderías, y no había parques infantiles a los que se pudiera llegar a pie.

Judy decidió que las cosas sólo cambiarían si ella misma se ponía manos a la obra. Mientras que Ann y Norman Lanchbury se apoyaban mutuamente, Judy sabía que su lucha sólo podría ser efectiva si se unía a otros residentes locales; y acabó siendo una pieza clave en la formación de un grupo informal de mujeres, inicialmente para ayudar a las madres con el cuidado de los hijos, pero pronto el grupo desarrolló objetivos más ambiciosos. «Mi casa era como una sala de reuniones, todas nos reuníamos y hablábamos y tomábamos café y juntábamos ideas. Las cosas eran muy difíciles, pero solíamos celebrar reuniones para hablar de lo que íbamos a hacer con los niños en las vacaciones y todo el mundo venía; especialmente los estudiantes [de la Universidad de Warwick], que venían y ayudaban [con actividades lúdicas] en época de vacaciones.»

En todo el país se reunían grupos similares. Reunían a mujeres de clase media y obrera, que descubrían que sus experiencias de maternidad abrían un importante espacio compartido. En 1969 Jan Williams era una de las mujeres que se reunían en un «Club de la una en punto» financiado por el Ayuntamiento de Peckham para madres locales con niños pequeños. «Solía dar vueltas y vueltas al estanque de patos con el carrito y mis niños, deseando empujarles dentro», dijo. Cuando se unió al grupo, descubrió que la mayor parte de las madres allí eran de clase obrera, aunque algunas eran tituladas de clase media que compartían quejas similares. «Hablábamos

sobre las mismas cosas una y otra vez», dijo, «sobre niños, sobre sexo, sobre ser utilizadas». Para Jan y muchas otras mujeres de Peckham, la desigualdad en el trabajo surgía de las reticencias de sus parejas a ayudar en casa. «Yo […] comencé un trabajo a tiempo parcial y mi marido había dicho que cuidaría de los niños, pero no lo hizo», dijo ella, explicando por qué se convirtió en simpatizante del feminismo[12].

Algunos de estos grupos trajeron cambios duraderos a sus vecindarios. En Coventry, el grupo de Judy fundó una guardería y ludoteca informal, que organizaban de manera voluntaria. Después, animadas por su éxito, comenzaron a exigir que el gobierno local les proporcionara financiación y formación como maestras de guardería, como medio para ayudar a las mujeres a encontrar trabajo por sí mismas, así como para asegurarse de que sus niños eran cuidados por un equipo de gente formada. En otros lugares, los inquilinos establecían grupos de actividades lúdicas, parques infantiles de aventuras y centros comunitarios. A menudo estos grupos eran una mezcla de inquilinos públicos, estudiantes del creciente número de universidades, gente joven de clase media que se estaba mudando a las viviendas baratas ofrecidas por los centros depauperados de las ciudades, y migrantes que no podían encontrar acomodación en otros lugares[13]. En Birmingham, por ejemplo, Ranjit Sondhi, de veintiún años, hijo de un médico indio y antiguo estudiante de la Universidad de Birmingham, se unió a una cooperativa de vivienda en el distrito de clase obrera de Handsworth. Las opiniones políticas de Ranjit habían cambiado tras su trabajo voluntario en uno de los parques lúdicos de la ciudad –«Nunca me di cuenta, en India, de que existía esta clase obrera británica»– y por su implicación en manifestaciones contra el discurso «Rivers of Blood» de Enoch Powell. «Todos éramos trabajadores sociales, profesores», decía sobre su nueva comunidad en Handsworth, «y nos unía querer hacer exactamente lo que nuestra formación nos decía que no hiciéramos. En vez de decirle a la gente qué hacer, queríamos usar nuestra formación para ayudar a la gente en nuestro vecindario, para que hicieran lo que quisieran. Así que al principio simplemente escuchábamos, y después la gente comenzó a decir: “¿Por qué no abrís un centro de asesoría jurídica? ¿Por qué no formamos un grupo de mujeres?”»[14].

Los grupos de mujeres como el que se reunía en el piso de Judy Walker formaban parte del movimiento de liberación de las mujeres, en términos

generales. Lejos de ser simplemente un movimiento de clase media limitado a grupos londinenses de elevación de conciencia, el activismo feminista de la década de 1970 adoptó muchas formas. El grupo de Judy Walker era uno en el que las mujeres de clase obrera y clase media podían encontrar puntos en común para el activismo. Pero la relación entre clase y feminismo nunca carecía de tensión. Muchas mujeres de clase obrera estaban en desacuerdo con la creencia de las feministas de clase media de que el comportamiento masculino era el principal culpable de la explotación de las mujeres. En Kirkby, Rita, una joven madre que trabajaba en una planta de procesamiento de alimentos, no culpaba a su marido por la pesada doble carga de trabajo que soportaba ella, en la línea de producción y en casa: «Lo que me gustaría», decía ella, «es que mi marido gane lo suficiente para que yo deje de trabajar. Me gustaría que a los hombres se les pagara mucho más dinero»[15]. Contradiciendo la cómoda terminología del «turno de las amas de casa», que sugería que las mujeres podían encajar fácilmente el trabajo y la vida doméstica, y que los empleadores les estaban haciendo un favor ofreciéndoles trabajo, mujeres como ella señalaban que su empleo remunerado y su trabajo no retribuido eran agotadores e imprescindibles.

Otras mujeres sentían que el feminismo no abordaba las injusticias económicas subyacentes que daban forma a las vidas de las mujeres de clase obrera. Judy Walker se negaba a describirse como feminista, que para ella significaba «sólo hablar». Los estudiantes de la Universidad de Warwick con los que se reunía no tenían hijos; ellos podían, sentía ella, permitirse perder el tiempo en sentarse y discutir sobre relaciones sexuales y emocionales, mientras que ella «tenía que cuidar de mis hijos». Prefería describirse como «una activista» más que como feminista. Ella apreciaba mucho la compañía y apoyo de las mujeres de su grupo, pero era siempre consciente de las desigualdades de clase, y de la diferencia entre sus circunstancias. «Algunas de ellas tenían titulación, formación en psicología infantil, así que si yo tenía problemas con alguno de los niños les preguntaba a ellas.» Mientras que Judy encontraba esto útil, era más ambivalente respecto a su posición económica en el grupo. Mientras que ella iba justa de dinero, «Diane [integrante del grupo de mujeres] necesitaba una mujer de la limpieza, así que dijo que si podía limpiar para ella. Acabé limpiando para algunas de ellas». A medida que se acercaba el fin de la década de 1970, la lucha de algunas mujeres de clase media por la

liberación continuaba siendo facilitada por el trabajo de las mujeres menos privilegiadas[16].

Judy Walker y sus aliadas tuvieron algunos éxitos duraderos. Los refugios de mujeres, y los parques de juegos y actividades, sobrevivieron a la década. La oferta de guarderías aumentó espectacularmente. En 1965 había plazas disponibles de guardería bajo control municipal para 21.849 niños; un número casi idéntico al de plazas disponibles en 1938. Hacia 1979 había 28.313, un aumento del 30 por 100[17]. La propia Judy había adquirido una cualificación para el cuidado de niños a finales de la década de 1970, y fue contratada como empleada del ayuntamiento.

Pero hacia mediados de la década de 1970 los huelguistas y activistas comunitarios eran tan conscientes de sus derrotas como de sus logros. Internacionalmente, una creciente crisis petrolera estaba forzando la subida de precios del petróleo y amenazando a la industria automovilística, de la cual dependían tantos empleos británicos. Las huelgas de alquiler colapsaron ante la intransigencia del gobierno. Cada vez más inquilinos municipales elegían comprar sus casas. Entre ellos estaba Betty Ennis. Nunca había aspirado a poseer su propia casa, creyendo que la propiedad «siempre causa peleas» y estando bastante satisfecha con el ayuntamiento como casero. Pero en 1974, ante un alquiler en aumento y un pobre mantenimiento por parte del ayuntamiento, Betty inmediatamente reaccionó: «Salté y compré mi casa», y pasó a ser una más de los 46.000 inquilinos municipales que lo hacían desde 1972[18]. El deseo de liberarse del control de los propietarios y de las veleidades de los políticos había provocado muchas de las campañas colectivas de los inquilinos en los primeros años setenta; el mismo deseo impulsó a muchas de estas personas a buscar una forma de libertad más individualista comprando su propia casa.

En 1974, las condiciones de vida de la clase trabajadora parecían mucho más precarias que una década antes. La prosperidad de posguerra había demostrado ser muy efímera. Al aumentar el precio internacional del petróleo, el gobierno de Heath respondió introduciendo controles salariales. Frente a estos, en 1973 los mineros británicos convocaron huelgas, causando una escasez de combustible que llevó al gobierno a instituir una semana laboral de tres días. Heath declaró otro estado de emergencia: el

más serio hasta el momento. En enero de 1974 anunció que los usuarios comerciales e industriales de electricidad se limitarían a operar en una semana de tres días. Sin embargo, esta jugada le costó al gobierno millones de libras, ya que los trabajadores que estuvieron sujetos a la semana de tres días pasaban a optar al subsidio de desempleo; 885.000 personas se registraron para ello en enero de 1974[19]. Hubiera sido más rápido, menos problemático y más barato para Heath llegar a un acuerdo con los mineros, pero su gobierno estaba claramente decidido a convertir la disputa en una confrontación nacional. Esta era una disputa política, no simplemente económica.

Cuando los mineros no mostraron ninguna inclinación a regresar al trabajo, Heath convocó unas elecciones generales de emergencia, planteando a los votantes la pregunta: «¿Quién gobierna Gran Bretaña?». Desafortunadamente para Heath, la respuesta fue: él no. El Partido Laborista de Wilson volvió al poder, con un programa más explícitamente socialista que cualquier gobierno británico anterior. El laborismo declaró su intención de «lograr un cambio irreversible en el equilibrio de poder y riqueza a favor de la gente trabajadora y sus familias». El programa del laborismo se tituló *Trabajemos juntos* y prometía «hacer que el poder de la industria responda genuinamente ante los trabajadores y la comunidad en general». En el corazón de este compromiso estaba el «contrato social», que ofrecía a los sindicatos un papel central en el diseño de las políticas, a cambio de su disposición a limitar las demandas salariales en tiempos de austeridad. La igualdad era un objetivo central: «Igualdad económica, de ingresos, de riqueza y nivel de vida», y la «igualdad social» debía alcanzarse a través del «pleno empleo, la vivienda, la educación y los subsidios sociales». Este era un programa político explícitamente dirigido a la clase trabajadora; a «nuestra gente»[20]. Tuvo el suficiente atractivo como para asegurarle al laborismo una ajustada victoria en las urnas.

Pero el Partido Laborista de Wilson entró en el gobierno sin saber cómo materializar sus ambiciones. En 1975 el gobierno de Wilson lanzó un agrio debate sobre cómo lidiar con el agravamiento de la crisis económica. Algunos izquierdistas, como los diputados laboristas Tony Benn y Stuart Holland, argumentaron que la crisis se derivaba de la codicia de los magnates y financieros de la industria. Benn afirmó que el gobierno no debería dejar que el discurso de los empleadores sobre la «crisis» lo

distrajera de su programa progresista, insistiendo en que las casas y empleos de las personas eran más importantes que salvaguardar los grandes beneficios de los magnates industriales, e hizo un llamamiento a que el gobierno creara empleos en lugar de destruirlos. Como muchos de los trabajadores en huelga a finales de la década de 1960 y comienzos de la década de 1970, Stuart Holland subrayó que los empleadores estaban preocupados por los márgenes de beneficio a corto plazo y, por lo tanto, no lograban innovar. La nacionalización, y el control local de los trabajadores de las industrias y la vivienda, fueron las únicas soluciones a las disputas industriales que se produjeron a mediados de los años setenta. Instó al gobierno a «revertir el dominio actual de los modos de producción capitalistas […] hacia un socialismo controlado democráticamente»[21].

Wilson, economista de formación, comprometido con el capitalismo y convencido de que el poder lo manejan mejor aquellos con conocimientos técnicos y formación política, no estaba dispuesto a escuchar. En todo caso, no estaba claro cómo un gobierno comprometido con la empresa privada, y con tantos enlaces comerciales con el resto del mundo capitalista, podría haber cumplido el tipo de programa que defendían Benn y Holland. Sin embargo, tampoco era posible que Wilson cumpliera las promesas programáticas que él había hecho a los votantes. El 16 de marzo de 1976 dimitió repentinamente; tenía más de sesenta años y, según Geoffrey Goodman, uno de sus consejeros económicos, estaba «cansado y enfermo»[22]. Jim Callaghan se convirtió en primer ministro. Finalmente, bajo presión de la oposición conservadora, altos funcionarios del Tesoro y la CBI, el laborismo buscó la ayuda del Fondo Monetario Internacional (FMI). El ministro de Hacienda, Denis Healey, acordó aumentar los recortes en el gasto público a cambio de un gran préstamo del FMI. La aceptación del laborismo de la asistencia del FMI sugería que el bienestar y el pleno empleo eran lujos de los que había que prescindir durante una crisis económica. Esto suponía un cambio radical de la lógica de 1945, cuando el gobierno de Attlee consideró que proporcionar a la gente empleos y servicios públicos era un requisito previo esencial para el crecimiento económico. Tony Benn, ministro de Energía de Callaghan, consideró que las demandas del FMI eran «un "truco" del capital internacional para atacar a un gobierno que no le gustaba»; capitular ante ellos fue «un acto de desarme económico unilateral, del que el gobierno nunca se recuperó»[23].

El acuerdo del laborismo con el FMI dio munición a los críticos del Estado del bienestar, que argumentaban que el gasto público había conducido a la crisis actual. «[Nosotros] hemos acabado en esta humillante situación por la incontinente expansión del gasto público bajo los mismos ministros que están a punto de pedir más sacrificios», tronaba el *Daily Express*[24]. Sin embargo, nunca se dio ningún argumento convincente sobre cómo, o por qué, el pleno empleo y el gasto social habían causado el declive económico de Gran Bretaña. Los partidarios del acuerdo con el FMI argumentaron que sin él los empleadores habrían llevado sus negocios al extranjero, aumentando el desempleo en Gran Bretaña; pero estos empleadores no eran castigados por su irresponsabilidad o avaricia, como sí lo fueron los mineros en huelga y los trabajadores de la línea de montaje. El papel de la crisis internacional del petróleo se pasó convenientemente por alto, mientras que la postura del FMI fue simplemente aceptada como algo de sentido común, y no como una calculada estrategia de los banqueros, financieros y políticos de derecha que controlaban el FMI, y que promovían un libre mercado mundial a costa del bienestar de los trabajadores.

El laborismo supervisó algunas reformas resultantes de las campañas de la última década. En 1975 entró en vigor la Ley de Igualdad Salarial de 1970. Al año siguiente, el gobierno aprobó la Ley de Relaciones Raciales, que ilegalizaba la discriminación por raza en los lugares de trabajo de Gran Bretaña. Sin embargo, esta legislación de igualdad era una victoria agridulce para los activistas. Proporcionaba un mínimo de derechos que los empleadores y el gobierno debían respetar. La ley ahora oficialmente ofrecía una igualdad de condiciones para las personas, pero el gobierno demostró ser intolerante con la idea de que los derechos de los trabajadores debían extenderse más allá del acceso equitativo al empleo y la igualdad salarial. Las nuevas leyes desafiaban la necesidad de asociación colectiva, y especialmente la influencia política de los sindicatos.

Esto quedó claro en el mismo año en que se aprobaba la Ley de Relaciones Raciales, cuando los trabajadores de Grunwick Film Processing Laboratories, en Willesden, convocaban una huelga. Estaban protestando ante la negativa de su empleador a negociar con ellos los salarios y condiciones, y permitirles afiliarse a un sindicato. El 70 por 100 de los trabajadores de Grunwick eran negros o asiáticos. La mayoría de los que inicialmente se declararon en huelga eran inmigrantes asiáticos, que se

habían establecido en Gran Bretaña tras pasar por Kenia o Uganda. Cuando el periodista Joe Rogaly fue a entrevistarlos, descubrió que la mayoría eran «muy jóvenes» o eran mujeres casadas, como Jayaben Desai, la mujer india de mediana edad que había emigrado desde Tanzania en 1968 y que se convirtió en portavoz de los huelguistas.

Los huelguistas de Grunwick desafiaron la suposición de que las mujeres casadas, los inmigrantes y los trabajadores jóvenes eran ingenuos o apáticos. La empresa Grunwick parecía haber reclutado a inmigrantes con la creencia de que eran más flexibles que los trabajadores blancos. Sin embargo, como observó Joe Rogaly, la empresa se había equivocado: «Gente de este tipo no se deja zarandear fácilmente por mucho tiempo». Algunos de los trabajadores habían ejercido papeles de liderazgo en sus países de procedencia, y la mayoría tenía un fuerte sentido de comunidad que se derivaba de un lenguaje compartido y de la experiencia de la migración: se cuidaban mutuamente. También compartían «un fuerte deseo de trabajar y ahorrar».

Había otras dos características de sus vidas que muchos de los trabajadores de Grunwick tenían en común. La mayoría eran esposas o hijos de hombres que trabajaban en fábricas, en mejores condiciones, y la mayoría de ellos poseían viviendas propias, «y cada adulto capaz en la familia trabajaba y contribuía a la hipoteca»[25]. Los líderes sindicales habían dado por sentado durante mucho tiempo que las esposas e hijos de los trabajadores varones tenían menos probabilidades de ir a la huelga, porque sus salarios tenían menos importancia para su hogar. También creían que era poco probable que los propietarios-ocupantes arriesgaran su hipoteca participando en los piquetes. Los huelguistas de Grunwick desmontaron estas suposiciones. Utilizaron la experiencia laboral de sus maridos y padres en otros lugares como un punto de referencia importante a partir del cual aprender, y juzgar a su empleador. El marido de Jayaben Desai trabajó para la Rank Organisation, y en «la mesa a veces hablamos de mi trabajo y su trabajo», decía ella. «Yo le explicaba todo lo que sucede en mi trabajo y él me explicaba [lo que sabía]; un intercambio de ideas. Una vez me dijo: “Cuando en tu trabajo hay un sindicato, este tipo de dirección no puede comportarse así contigo”»[26]. Puesto que Desai y muchos de sus compañeros de trabajo contaban con la ayuda económica de sus maridos o padres, podían correr el riesgo de ser despedidas por organizar una huelga

no oficial. No todos los hombres les apoyaban: el piquete también incluía a algunas mujeres que habían desafiado a sus maridos, espoleadas por las amistades y la identidad autónoma que habían forjado en el trabajo[27].

Cualesquiera fueran sus motivaciones, los huelguistas contradecían rotundamente las ideas preconcebidas de los gerentes sobre lo que podrían lograr los trabajadores migrantes. «Lo que estás dirigiendo aquí no es una fábrica, es un zoológico»; así se burlaba Desai de uno de los gerentes durante su primera semana en el piquete. «En un zoológico, hay muchos tipos de animales. Algunos son monos que bailan sobre la punta de tus dedos, otros son leones que pueden arrancarte la cabeza de un mordisco. Somos esos leones, sr. gerente»[28].

Grunwick recibió poca publicidad hasta que otros sindicalistas, entre ellos carteros y mineros, mostraron en 1977 su apoyo apareciendo en los piquetes. En este punto, el gobierno del Partido Laborista y la oposición conservadora se unieron para condenar este peligroso espectáculo de unidad de la clase obrera. El portavoz conservador sobre asuntos de ley y orden, Keith Joseph, declaró en la prensa que «el asedio de Grunwick, matones de alquiler incluidos, es una prueba de fuego, tal vez un punto de inflexión, en nuestra vida política y constitucional»[29]. Los sindicalistas se habían convertido, en palabras del *Daily Mirror*, en «ruidosos radicales», en lugar de ser representantes de la gente[30].

La reacción de los políticos ante lo ocurrido en Grunwick demostró cuánto habían cambiado las circunstancias económicas y políticas desde 1970. El acuerdo del FMI había socavado seriamente el compromiso de Gran Bretaña con los principios de pleno empleo y bienestar de posguerra. En palabras de Bernard Donoghue, asesor principal de políticas de Harold Wilson, y su sucesor, Jim Callaghan, esa franquicia de políticas de libre mercado, conocida como *thatcherismo*, fue inaugurada «en forma primitiva» por el gobierno laborista y, sobre todo, el FMI[31]. El gobierno de Callaghan desplegó a miles de agentes de policía para ayudar a los rompehuelgas a atravesar las puertas de Grunwick. Más de 500 personas habían sido arrestadas en los piquetes, en duros y a menudo violentos enfrentamientos. En 1978 los huelguistas fueron forzados a abandonar la lucha. La mayor parte fueron casi inmediatamente despedidos.

Grunwick fue la primera disputa principal en implicar a trabajadores asiáticos y blancos, y mujeres y hombres, trabajando juntos en igualdad. En

este sentido marcó una radical y esperanzadora inflexión en la historia de las protestas obreras. Pero, desde el punto de vista de los líderes empresariales y políticos, esa nueva unidad era peligrosa; sugería la emergencia de una clase obrera nuevamente poderosa, políticamente unida y potencialmente beligerante. No fue coincidencia que la oposición de los políticos a la huelga creciera a medida que los piquetes se hacían cada vez más diversos.

Hacia el final de la década de 1970, el poder económico y político de la clase obrera estaba declinando rápidamente. Durante la década precedente, los gobiernos habían aceptado que la obtención de ganancias y el bienestar de la gente eran en última instancia irreconciliables; una conclusión que devino más nítida por la crisis del petróleo y sus repercusiones. Ante las dos opciones, eligieron la lealtad a aquellos que poseían el poder económico en Gran Bretaña y más allá: industriales, empresarios y financieros. Los principales partidos políticos coincidían en percibir el poder de la clase obrera como una amenaza a la democracia, más que como un prerrequisito para ella. Su decisión de gobernar en favor de los capitalistas, en lugar de representar los intereses de la mayoría del electorado, sería un legado importante y duradero de los setenta.

Las actitudes políticas de la propia gente estaban cambiando al final de la década. El desempleo en aumento y la inseguridad económica habían exacerbado el deseo de la gente por ejercer más control sobre sus vidas, pero la respuesta colectiva a la cuestión de cómo lograrlo –a través del sindicalismo, los grupos de mujeres y las campañas de inquilinos– aparentemente había fracasado. En 1979 Margaret Thatcher ganaba las elecciones generales con la promesa de dar a los votantes el control sobre sus vidas que el laborismo no había podido otorgarles. Su tipo de conservadurismo prometía una libertad individualista, predicada sobre el mito de que todo el mundo podía ejercer una igualdad de elección en un mercado libre. Al final de una década problemática, este era un mensaje atractivo. Pero la breve y triunfante experiencia de las huelgas y campañas perduraría entre los miles de personas que participaron en el activismo de los años entre 1960 y 1970. Cuando los tiempos se volvieron más difíciles, en las décadas de 1980 y 1990, este recuerdo de la acción colectiva y de lo que podía lograr perviviría en la memoria de la gente; una débil réplica a la

afirmación de Margaret Thatcher de que «There Is No Alternative» [«No hay alternativa»] al libre mercado; quizás débil, pero una réplica en todo caso.

[1] *The Plot Against Harold Wilson*, dir. P. Dwyer, BBC 2 (2006). Durante años la discusión sobre estos complots ha sido ignorada como mera paranoia o una teoría de la conspiración más, aunque los comentaristas, así como gente cercana a los protagonistas, han reconocido durante mucho tiempo que las conversaciones sobre los golpes sí tuvieron lugar (véase, por ejemplo, Young, «Diary of Michael Stewart»). Este documental ofreció pruebas sólidas de que tales complots sí existieron y fueron tomados en serio tanto por el gobierno de Edward Heath como por el gobierno de Wilson, que le sucedió en 1974 (y que atrajo mucha más ira de la extrema derecha que el de Heath). Véase también J. Freedland, «Enough of this Cover-up: The Wilson Plot was our Watergate», *Guardian* (15 de marzo de 2006), p. 30; «Britain's Reluctant Colonels», *Observer* (18 de agosto de 1973), p. 9.

[2] Citado en S. Milne, *The Enemy Within: The Secret War against the Miners* (Londres, 1995), p. 302.

[3] Tomlinson, *Ricky*, p. 131.

[4] «Why They Were Jailed», *Daily Mirror* (15 de enero de 1975), p. 5.

[5] Tomlinson, *Ricky*, p. 154.

[6] De hecho, sólo durante un breve periodo fueron incapaces de comprar su casa. Los conservadores habían consagrado el «derecho a comprar» en la Ley de Vivienda de 1936. Esta fue revocada por la Ley de Vivienda de Bevan en 1948, pero Harold Macmillan reestableció el derecho a compra sólo seis años después. Dicho esto, la compra siguió siendo un derecho teórico para la mayor parte de inquilinos hasta la década de 1970. Antes de 1972, las autoridades locales tenían mayor autonomía para decidir si vender o no las viviendas públicas. El gobierno de Heath cambió esta circunstancia, exigiendo que los ayuntamientos dieran una justificación sólida de por qué no vendían su parque de vivienda a los inquilinos. También proporcionaron un incentivo, permitiendo que los ayuntamientos usaran algo de lo recaudado para construir nuevas casas para sus residentes más pobres. Véase Forrest y Murie, *Selling the Welfare State*, pp. 43-48.

[7] J. B. Cullingworth, *Housing in Transition* (Londres, 1963), p. 197.

[8] P. Thane, «Labour and Welfare», p. 108.

[9] Holmans, «Housing», pp. 474 y 479.

[10] J. Murden, «The 1972 Kirkby Rent Strike: Dockland Solidarity in a New Setting?», artículo presentado a la Economic History Society Annual Conference, University of Reading (2006).

[11] Citado en *Behind the Rent Strike*, dirigida por N. Broomfield (1974).

[12] Citado en Coote y Campbell, *Sweet Freedom*, p. 9.

[13] V. Karn, «The Financing of Owner-Occupation and its Impact on Ethnic Minorities», *New Community*, vol. 1, n.º 1 (1977), pp. 49-50.

[14] Entrevista a Ranjit Sondhi, BOHP.

[15] Citado en *Behind the Rent Strike*.

[16] Para una excelente discusión de la continua importancia del servicio doméstico privado, v. Delap, *Knowing Their Place*.

[17] Central Advisory Council for Education (Inglaterra), *Children and their Primary Schools* (Informe Plowden) (Londres, 1967) p. 108, gráf. 4; y A. Rumbold *et al.*, *Starting with Quality. The*

Report of the Committee of Inquiry into the Quality of the Educational Experience Offered to 3- and 4-Year-Olds (Informe Rumbold, Londres, 1990), p. 54.

[18] A. Murie, *The Sale of Council Houses: A Study in Social Policy* (Birmingham, 1975).

[19] Estos datos y gran parte de la información siguiente provienen de documentos almacenados en el TNA. El TNA ha proporcionado un útil resumen: «British Economics and Trade Union politics 1973-1974», TNA, http://www.nationalarchives.gov.uk/releases/2005/nyo/politics.htm (consultado el 16 de septiembre de 2013).

[20] Labour Party, *Let Us Work Together. Labour's Way out of the Crisis*. The Labour Party Manifesto 1974 (Londres, 1974), pp. 14-15.

[21] S. Holland, *The Socialist Challenge* (Londres, 1975), pp. 36-38.

[22] T. Benn, *Against the Tide. Diaries 1973-76* (Londres, 1990), p. 627.

[23] *Ibid.*, p. 551.

[24] «Opinion», *Daily Express* (24 de noviembre de 1976), p. 10.

[25] J. Rogaly, *Grunwick* (Harmondsworth, 1977), p. 27.

[26] Citado en *ibid.*, pp. 15-16.

[27] *Ibid.*

[28] Citado en «Jayaben Desai», Obituary, *Guardian* (27 de diciembre de 2010), p. 18.

[29] Citado en «Mob Rule Challenge to the Cabinet», *Daily Express* (19 de junio de 1977), p. 1.

[30] «Madness and the Martyrs», *Daily Mirror* (24 de junio de 1977), p. 1.

[31] Citado en Morgan, *People's Peace*, p. 385.

Interludio VIII
Retorno a Castleford

En 1976 Jack Rosenthal, un chico de clase obrera de Lancashire, decidió escribir un guion televisivo sobre la vida de Viv Nicholson. La obra para televisión, titulada *Gastar, gastar, gastar,* se emitió al año siguiente. Su decisión causó inmediatamente controversia en el barrio residencial de Garforth al que se habían mudado Viv y Keith tras ganar el premio: los residentes redactaron una petición formal para impedir que la BBC filmara allí (pero no lo lograron). Susan Littler, la actriz de treinta años que interpretaba a Viv, estaba furiosa con ellos. Al interpretar una escena en la que Viv volvía de vacaciones al barrio, ella «saltó de su *Chevy* y soltó sapos y culebras contra todos los cretinos pálidos que vivían ahí», antes de que el equipo de rodaje decidiera que «lo más prudente era marcharse rápidamente».

El éxito del drama –atrajo a millones de espectadores y recibió un premio BAFTA por la actuación de Susan Littler– atestiguaba un duradero interés popular por la vida de clase obrera. Viv Nicholson se convirtió en la heredera de las heroínas de las «novelas de fregadero» de principios de los años sesenta. Susan Littler provenía de Sheffield, y era, según hacía notar *The Guardian,* «la hija de un herrero de Lancashire»: una integrante de la segunda generación de actores de clase obrera que se beneficiaban del interés de posguerra en la vida cultural de la clase obrera. Rosenthal estaba decidido a contar la historia de Viv desde su punto de vista; Littler dijo que «si la obra no le hubiera hecho justicia a Viv», ella «no habría podido hacerla»[1]. Más que intentar ver la historia de Viv a través de las lentes de la clase media, hicieron que los valores, apariencia y aspiraciones de Viv parecieran normales y aceptables. La obra señalaba un contraste interesante y radical con las representaciones que estaban comenzando a dominar los retratos de la vida de clase obrera en la prensa: activistas peligrosos, barrios marginales y avariciosos sindicalistas.

Hacia 1977, cuando se emitió *Gastar, gastar, gastar,* Viv había vuelto definitivamente a Castleford. Su historia era una fábula para su generación. Los «empleos de por vida» para los que se había aconsejado que se formaran los adolescentes de la década de 1950 ahora ofrecían futuros inciertos. La industria automovilística, amenazada por las importaciones baratas, había comenzado a declinar en la década de 1960; otras ramas de la manufactura en masa siguieron su mismo destino cuando la crisis del petróleo de 1973 disparó los precios. La vida de Viv, o, como afirmaba su autobiografía, un «mareante vuelo desde el fondo hasta la cima y de vuelta al fondo», se veía tristemente reflejada en la situación del país.

Los críticos de *Gastar, gastar, gastar* percibieron correctamente que la obra retrataba una era que estaba llegando a su fin. El crítico de televisión del *Observer,* Stephen Gilbert, alabó el drama por entretejer «la tenue luz de las habitaciones y el gesto hosco de los años cincuenta con la clara y frágil mirada de la opulencia de los sesenta»[2]. De vuelta a la década de 1960, parecía como si la vida de clase obrera se hubiera desplegado en una trayectoria ascendente: el progreso llegaba demasiado lento para mucha gente, quizá, pero su calidad de vida estaba mejorando gradualmente. Sin embargo, hacia 1977 esa certeza había sido reemplazada por la inseguridad, el miedo y el desconcierto sobre el futuro; para Viv, para muchas de su generación, y para sus hijos.

[1] «Winning the Pools – and Losing her Clothes», *Guardian* (15 de marzo de 1977), p. 9.
[2] «The Week in View», *Observer* (13 de marzo de 1977), p. 32.

15. Tiempos duros

En 1979 el pacto que se había firmado durante la Segunda Guerra Mundial entre el pueblo y sus políticos –trabajo duro a cambio de un salario para vivir y unas prestaciones sociales como red de seguridad– llegó a su fin. El desempleo aumentó mientras se recortaban los subsidios. Antaño vistos como pilares esenciales de una sociedad civilizada, el bienestar y el pleno empleo ahora eran denunciados por Margaret Thatcher como obstáculos para el crecimiento económico. El «incesante crecimiento del sector público ha colocado una aplastante carga sobre el sector privado, creador de riqueza», declaró en 1981. «No tenemos más alternativa que aceptar una reducción en el nivel de vida para que se recuperen la inversión y el empleo»[1]. Pero ¿quién estaba incluido en ese «nosotros»? El nivel de vida de los más ricos de Gran Bretaña no disminuyó; sólo el de los trabajadores corrientes. Por primera vez desde los años treinta la desigualdad económica creció rápidamente; la brecha entre ricos y pobres se amplió en favor de los primeros[2]. Volvían los tiempos difíciles de antes de la guerra. La gente perdió tanto la seguridad económica como el poder político de negociación que el pleno empleo les había ayudado a conseguir.

Pero, al menos inicialmente, el mensaje de Thatcher demostró ser popular entre mucha gente de clase obrera. Entre sus partidarios estaba Alan Watkins, que había ascendido desde aprendiz de ingeniería en la década de 1960 hasta gerente de producción en una pequeña empresa de Coventry a finales de la década de 1970. Votó a los conservadores en 1979 porque «me gustaba este mensaje de ayudarte a ayudarte a ti mismo […] y sentía que los sindicatos tenían demasiado poder». Para un hombre como Alan, que había trabajado duramente para comprar su propia casa y coche, la afiliación sindical ofrecía pocas ventajas. Estaba de acuerdo con Margaret Thatcher cuando ella proclamó su intención de liberar a Gran Bretaña de los «intereses creados»[3]. A diferencia de Herbert Morrison en la década de 1940, al usar la expresión Thatcher no tenía en mente a los empresarios; pensaba en las autoridades locales y sindicatos, a todos los cuales su gobierno presentaba como burócratas antidemocráticos que obstruían la

libertad de la «gente corriente»[4]. Proclamó su intención de crear un «clima en el que el pueblo británico, los individuos y la industria, puedan prosperar y construir su propia independencia; poseerán su propia casa, y tendrán menos impuestos sobre sus ingresos»[5]. Para Howard Blake, otro ingeniero de Coventry, el thatcherismo en esos primeros días «significaba ponerte en pie, y que te ayudaran a hacerlo». Él se benefició de las nuevas becas del gobierno para quienes quisieran fundar sus pequeñas empresas.

Como el laborismo en 1945, Margaret Thatcher presentó la visión de una sociedad en la que el origen de clase no importaba. A diferencia del Partido Laborista de Attlee, ella propuso que esa nueva sociedad se creara mediante el libre mercado y la competencia, y no a través de la cooperación. Después de las incertidumbres y frustraciones de la década de 1970, su mensaje tenía atractivo para una generación que había crecido aspirando a una mayor autonomía sobre sus vidas, y había visto cómo la obstaculizaban propietarios, empleadores y líderes sindicales.

La política más popular de Thatcher fue la venta de las viviendas públicas. No era la primera conservadora en hacerlo. En la década de 1950, Harold Macmillan había animado a los ayuntamientos a vender su parque de viviendas. En 1972 Edward Heath había facilitado que los inquilinos de alquiler público compraran sus casas, insistiendo en que las autoridades locales atendieran las peticiones de los inquilinos que quisieran comprarlas. Pero la Ley de Vivienda de 1981 de Margaret Thatcher intentó persuadir a los inquilinos para que compraran, ofreciéndoles hipotecas bajas que los gobiernos locales estaban obligados a subsidiar. En un momento en que el gobierno estaba forzando a los ayuntamientos a hacer grandes recortes de gasto, este fue un acto con intenciones y efectos claramente políticos.

Mucha gente puso en práctica la ley, principalmente porque parecía tener cierto sentido económico. Ron y Edna Jones, de Liverpool, estuvieron entre los primeros en comprar su vivienda pública. Como explicaba Edna, lo hicieron porque las nuevas y subsidiadas hipotecas a su alcance eran «más baratas que el alquiler». Muchos inquilinos compraron por esta razón. El acuerdo de 1976 con el FMI llevó a la continuación de los recortes de inversión pública en vivienda. A finales de las décadas de 1970 y 1980 los inquilinos de vivienda pública afrontaban ulteriores aumentos de alquiler, mientras que sus vecindarios se polarizaban cada vez más, y la inversión pública municipal se desplomaba. Ron y Edna Jones eran conscientes de

que posiblemente no podrían soportar más aumentos de alquiler. Ron, que había trabajado como conductor en las décadas de 1950 y 1960, había conseguido un trabajo de comercial en la década siguiente, lo que parecía un paso adelante –«camisa blanca, cuello blanco y corbata»–, pero demostró ser bastante inseguro. Se quedó tres veces sin trabajo, por bancarrota de sus empleadores: la última vez fue en 1979. En 1982, después de tres años de desempleo, lograba volver a trabajar conduciendo autobuses. Comprar una casa parecía un modo de obtener alguna seguridad.

Los conservadores animaron a la gente a usar el crédito y la deuda (incluyendo las hipotecas) para disfrutar de los lujos que anteriormente se les habían negado. En 1982 el gobierno desreguló los mercados financieros y eliminó los controles de crédito, permitiendo que la gente corriente asumiera deudas mucho mayores que antes. Igualmente, los bancos y sociedades de construcción animaron a los nuevos propietarios de casas a pedir grandes préstamos. Cuando Ron y Edna Jones pidieron su hipoteca, el banco Abbey National no sólo les ofreció la hipoteca de 5.000 libras que necesitaban, sino que sugirió que pidieran un préstamo mucho más grande. El gerente sabía que no estaba corriendo riesgos: «Él dijo: "Mirad, ¿querríais 11.000 libras?". Y nos miramos. "No", dijimos, "sólo las 5.000 libras" […] Él dijo: "Míremoslo así, si tomáis las 11.000 libras y no las devolvéis, y no podéis seguir al día con la hipoteca, nosotros recuperamos la casa. Tan simple como eso". Y dijo: "Ahora bien, vosotros conseguís un aumento cada año, así que, ¿cómo no vais a poder pagarlo?"». Pero Ron y Edna no querían correr riesgos: «Firmamos por 5.000 libras».

Lejos de crear una democracia de propietarios, los primeros años ochenta exacerbaron las divisiones sociales. El gobierno no tenía ya el compromiso del pleno empleo; era el primero desde la Segunda Guerra Mundial en sugerir que esto ni siquiera era ideal, mucho menos una prioridad. El desempleo aumentó hasta el 10 por 100 en 1982, con la gente joven y los hombres adultos resultando especialmente vulnerables.

El descontento ante la falta de inversión, la vivienda precaria y el desempleo en aumento estallaron en violentos enfrentamientos entre los residentes locales y la policía. En julio de 1981 los residentes de Brixton en Londres, Toxteth en Liverpool, y Wood Green y Handsworth en Birmingham salieron a las calles a protestar por las intervenciones desproporcionadas de la policía. Como comentó Lord Scarman en una

posterior investigación sobre los disturbios, la «desventaja racial» fue una provocación importante. El derecho de los agentes de policía a «detener y cachear» a las personas consideradas sospechosas –un número desproporcionado de las cuales eran negras– fue un catalizador inmediato[6]. La frustración de los residentes ante este descarado racismo se vio incrementada por el aumento del desempleo, lo que significó que más jóvenes negros pasaban el día en la calle, acosados por la policía por el simple hecho de estar ahí. Pero los disturbios de 1981 no fueron «disturbios raciales» como los de 1958, cuando los residentes negros fueron atacados por racistas blancos en Nottingham y Notting Hill. En 1981 numerosos jóvenes blancos se unieron a los manifestantes negros para expresar su frustración por su falta de empleo y dinero. Carlton Duncan, que había emigrado desde el Caribe a Birmingham durante la década de 1960, vivía en Handsworth en 1981. Experimentó los disturbios como «una rebelión contra la privación, y esa privación en gran medida se concentraba en la comunidad negra. Pero [también la gente de] la clase obrera blanca sufría […] se podía ver a jóvenes blancos corriendo por las calles junto a los negros, y arrojando piedras y encendiendo fogatas»[7]. Los disturbios fueron la única forma de poder colectivo que pudieron ejercer. Entre 1979 y 1984 la afiliación sindical disminuyó de 12,6 a 10,3 millones[8]. La mayor reducción se produjo en la industria pesada, reflejando la pérdida masiva de empleos en aquellas industrias que tradicionalmente se habían situado en el norte de Inglaterra, Escocia y Gales del Sur, y que estaban fuertemente sindicalizadas. Para la generación a la que pertenecían los manifestantes de 1981, el sindicalismo estaba convirtiéndose en una irrelevancia.

En la década de 1980 aparecían nuevas divisiones entre la clase obrera. Las antiguas distinciones entre cualificados y no cualificados, entre trabajadores no manuales y manuales, se habían erosionado ya en la década de 1960, por el aumento de empleo en la línea de montaje y en los trabajos de oficina. Pero ahora surgía una nueva división entre los que tenían trabajo y los desempleados. El sociólogo Ray Pahl observó esto en un estudio sobre las personas que vivían en la Isla de Sheppey. Entre ellas estaban Linda y Jim, una pareja de mediana edad con tres hijos adolescentes. A Jim, antiguo jornalero, le resultó imposible conseguir trabajo después de ser despedido, y Linda, limpiadora a tiempo parcial, proporcionaba el único sustento económico de la familia. En el otro extremo de la isla vivían George, un

estibador con empleo fijo, y su esposa Beryl, que trabajaba a tiempo parcial como cocinera. Las parejas tenían antecedentes sociales y educativos similares, sin embargo sus estilos de vida eran completamente diferentes. «El contraste entre el estilo de vida satisfecho y relajado de Beryl y George, y la vida tensa, angustiosa y conflictiva de Linda y Jim difícilmente podría ser mayor», señalaba Pahl. En su estudio, afirmaba que el desempleo estaba produciendo una nueva forma de «polarización» dentro de los barrios de clase obrera, y describía las calles que visitó, en las que en un «hogar entran múltiples sueldos y hay un excedente de ingresos que plantea el placentero dilema de cómo gastarlo de formas nuevas; mientras que en el portal de al lado hay un hogar con niños por debajo de los cinco años que no pueden salir porque sus padres no pueden comprarles zapatos»[9].

Margaret Thatcher usó esta polarización a su favor, logrando una victoria aplastante en las elecciones generales de 1983. Un año antes se habían desplomado sus resultados en las encuestas, ante la insatisfacción de los votantes con el alto desempleo y la agitación urbana. Pero su gobierno se centró en las batallas que podía ganar. Ignorando la difícil situación de los centros de las ciudades (la política de detención y cacheo no fue enmendada por ley hasta 2007), Thatcher se dedicó a promover el patriotismo. En 1981 también ayudó la boda real del príncipe Carlos con Lady Diana Spencer; un año después Gran Bretaña entraba en guerra con Argentina por una disputa sobre la soberanía de las Islas Malvinas, situadas a unos 300 km de distancia de la costa argentina. El conflicto resultó en una victoria importante, y una oleada de fervor nacionalista. El gobierno sugirió que los desempleados, los agitadores de disturbios y los pobres eran grupos marginales cuyo descontento era de poca importancia para los intereses nacionales e internacionales de Gran Bretaña.

A raíz de su aplastante victoria electoral en 1983, el gobierno de Margaret Thatcher dirigió su mirada hacia un enemigo mucho más importante que los argentinos: la clase obrera organizada. La Ley de Empleo de 1982 robó a los sindicatos gran parte de su poder político. Los empleadores ya no tenían que reconocer un sindicato a menos que la mayoría de sus empleados votaran afiliarse a uno. Aunque esto pareciera superficialmente democrático, muchos en el movimiento sindical preguntaron por qué los trabajadores no podían estar representados por defecto, y después optar por salirse, en lugar de tener que elegir activamente la afiliación sindical. La

actividad sindical ahora era ilegal a menos que fuera precedida por una votación secreta y acordada por una clara mayoría.

Esto negaba a los trabajadores el derecho a decidir rápidamente cuándo usar esta poderosa arma. La doctrina del «taller cerrado», según la cual todos los trabajadores en una empresa tenían que unirse a un sindicato específico, quedó prohibida. El gobierno presentó estas como reformas democráticas, pero las medidas diluían el poder de los trabajadores que elegían unirse a sindicatos.

En 1984 quedó patente la determinación del gobierno de destruir al movimiento obrero. En febrero Ian MacGregor, director del Consejo Nacional del Carbón (NCB), anunció sus planes de cerrar veinte minas, con la correspondiente pérdida de 20.000 empleos, a menudo en zonas que ofrecían poco empleo alternativo. El 12 de marzo de 1984 Arthur Scargill, presidente del Sindicato Nacional de Mineros (NUM), convocó una huelga nacional contra los cierres.

Al explicar sus «reformas», Margaret Thatcher solía invocar la consigna «TINA»: «No hay alternativa». Pero en el caso de los mineros sí había alternativa. En términos económicos no tenía sentido cerrar las minas. El economista de Oxford Andrew Glyn argumentó convincentemente que, incluso si las minas eran tan poco rentables como sugería el NCB (y, de hecho, muchas todavía tenían recursos suficientes para mantener la explotación durante varias décadas), el desempleo resultante obligaría al NCB y a los contribuyentes a financiar grandes pensiones de jubilación, miles de indemnizaciones por despido, y millones de libras en subsidios de desempleo. Era más barato mantener a los mineros trabajando[10].

La decisión de cerrar las minas estuvo motivada políticamente, y tenía una larga historia. Los mineros se quedaron cerca de derrotar al gobierno en 1926, y apenas una década antes habían forzado la marcha del poder de los conservadores. En 1984, el diputado conservador Nicholas Ridley había trazado ya planes para derrotar a los mineros, a los que equiparaba a «alborotadores comunistas». El periodista de investigación Seamus Milne reveló que desde los puestos más altos del gobierno y la policía se autorizaron los numerosos enfrentamientos violentos entre mineros y oficiales de policía, a menudo provocados por la policía al «invadir» los pueblos y ciudades a caballo, como hicieron 5.000 de ellos en Orgreave, Yorkshire, el 18 de junio de 1984. El gobierno de Thatcher «mostró su

disponibilidad para emplear cualquier método disponible; desde financiar en secreto a los rompehuelgas, hasta la vigilancia electrónica en masa; desde la manipulación instigada por agentes provocadores, hasta “montajes” contra los representantes mineros, para socavar o desacreditar al sindicato y sus líderes»[11].

Ante este ataque concertado, es sorprendente que los mineros pudieran siquiera participar en la huelga, como hizo el 80 por 100 de ellos[12]. El gobierno y la prensa conservadora presentaron a Arthur Scargill, el líder del NUM, como el «enemigo interior» –un dictador al que estaban sometidos los mineros–. Pero de hecho el impulso hacia la huelga venía desde abajo. En Yorkshire muchos mineros –furiosos porque el NCB no consultara a los trabajadores sobre sus propuestas– habían abandonado sus puestos antes de que Scargill convocara la huelga. En los meses que siguieron, la violencia policial, la propaganda de la prensa, y –hacia diciembre de 1984– la perspectiva de un largo invierno sin combustible ni regalos de Navidad para los niños fueron poderosos incentivos para que los mineros volvieran al trabajo. Algunos lo hicieron, pero la mayoría continuó en huelga, y lo hicieron a causa de la desesperación: ellos y sus comunidades necesitaban trabajo.

Si la huelga duró tanto, fue gracias al apoyo que recibieron los mineros desde dentro y fuera de sus comunidades. Entre sus mayores partidarios estuvieron muchas esposas de mineros, la mayoría de las cuales no habían estado previamente implicadas en el activismo político. Antes de la huelga, Margaret Donovan, la joven esposa de un minero del valle de Rhondda, tenía una vida «centrada en el colegio y los grupos de actividades para los niños; de hecho [yo] no salía nunca». Su vida era solitaria, tras haberse mudado a un pueblo donde no conocía a nadie excepto la familia de su marido. Atada a la casa por sus niños pequeños, «realmente no pude conocer a nadie». Cuando dio comienzo la huelga, empezó a hablar con sus vecinos, y entonces, a medida que pasaron las semanas, se implicó en la organización de los repartos de comida, y en el comedor comunitario. Llegado el verano de 1984 ya conocía «a una enorme cantidad [de gente], y todos somos buenos amigos»[13]. Como en las huelgas de alquiler de la década de 1970, también el papel de las mujeres en la huelga minera de 1984 reflejó a menudo sus preocupaciones como esposas y madres: ofrecían apoyo emocional a sus maridos en huelga, organizaban comedores y la

distribución de alimentos y regalos de Navidad para los niños. Pero este activismo dio fuerza a la idea de que las oportunidades para sus hijos, tener comida suficiente en la mesa y salarios decentes no eran lujos, sino necesidades, cuya ausencia no se debía a la escasa capacidad doméstica de una mujer, sino a las políticas del gobierno y los empleadores. A partir de su necesidad inicial de cuidar de sus hijos y maridos, surgió un deseo de intervenir en debates políticos más amplios.

Mientras tanto, llegaba un fuerte apoyo desde fuera de las minas. «Si escuchas a la prensa, y miras la televisión, dicen que todo el mundo está en contra de nosotros» –decía Bob Jackson, un trabajador en la mina de Armthorpe, cuando le entrevistaron en diciembre de 1984–, «pero hay una cantidad tremenda de gente haciendo mucho por nosotros». Las agrupaciones locales del Partido Laborista, cooperativas y grupos comunitarios organizaban colectas de comida y ropa para las comunidades mineras, y organizaban vacaciones para los hijos de los mineros. Pero también llegó apoyo desde lugares más sorprendentes. Bob Jackson y su esposa estuvieron entre los cientos de familias mineras y simpatizantes laboristas que se habían beneficiado con entusiasmo del derecho a comprar su vivienda. En 1984 tenían una gran hipoteca, que en principio podría pensarse que sería un impedimento para realizar la huelga. Pero estaban maravillados ante la simpatía que recibieron de la empresa constructora a la que todavía pagaban los plazos de la casa. «Tengo que admitir que me han sorprendido», dijo Bob. «Pensé que intervendrían contra nosotros […] Creo que les debo alrededor de mil quinientas libras. Me envían una carta cada tres meses, diciendo simplemente: "Veo que no hay cambios, así que contactaremos de nuevo en tres meses"»[14]. En la Navidad de 1984 las donaciones llegaron en aluvión desde los pensionistas de barrios céntricos de vivienda pública, propietarios-ocupantes en las zonas residenciales del sur, y jubilados residentes en el campo, en cartas cuyos remitentes tenían direcciones como «La Mansión» o «La Vicaría»[15]. «Siento que esta libra sea una aportación tan escasa», escribía Mary Addey, una pensionista que vivía en el barrio Wyndham, en Londres. «Mi esperanza sincera es que el año 1985 haga justicia a vuestra causa»[16]. Bill Burke, de Portsmouth, admitía que inicialmente había dudado respecto a la causa de los mineros, pero «me horrorizó ver la detención del sr. Arthur Scargill por dos cargos de obstrucción en el depósito de coque de Orgreave. Al ver las noticias de la

BBC me quedó claro cómo el superintendente en jefe Nesbit respaldaba estas acciones policiales de la manera más desafiante y desagradable. Este tipo de gestión policial no me resulta permisible». Incluyó 15 libras en su carta[17]. Mientras que el énfasis de Thatcher sobre la libertad individual era popular, no lo fue tanto su injerencia en los derechos colectivos de la gente; el derecho al empleo, o a organizarse sindicalmente.

El sentimiento de Bill Burke y miles más como él demostró que mucha gente, independientemente del contexto social de procedencia, rechazaba la filosofía conservadora de que «no había alternativa» al desempleo masivo y los recortes en bienestar. En 1984 los mineros tuvieron una oportunidad real de ganar; la propia Thatcher pareció titubear ese verano. Pero el gobierno demostró ser capaz de movilizar a la policía y a gran parte de la prensa en apoyo de su lucha, con poca o ninguna oposición del laborismo. El 3 de marzo de 1985 el NUM se rindió. Los mineros volvieron al trabajo. El movimiento sindical había sufrido un duro golpe a su poder político. Pero el mensaje de los mineros –que sus niveles de vida, familias, pueblos y ciudades dependían de tener trabajo– socavó el mensaje de la propaganda conservadora, que presentaba a Gran Bretaña dividida entre trabajadores ricos por un lado, y perezosos desempleados por el otro. Los mineros mostraron que la división real en la Gran Bretaña de los años ochenta era entre la minoría de los muy ricos que podían permitirse la vivienda privada, la sanidad y la educación, y la mayoría, que dependía del trabajo para sobrevivir, y cuya seguridad laboral era cada vez más precaria.

La vida se hizo más difícil para mucha gente después de 1983, y no sólo para las comunidades mineras. Las políticas económicas de Thatcher no trajeron una recuperación, y sus reformas en las prestaciones y servicios sociales exacerbaron el descontento. Entre 1984 y 1998 la tasa de desempleo nunca bajó por debajo del 7 por 100 y para la mayor parte de la década de 1980 más del 10 por 100 de la fuerza laboral estaba desempleada[18]. La pobreza creció, y al mismo tiempo la gente perdió el derecho a una ayuda automática en tiempos de necesidad. El Estado del bienestar de posguerra nunca había proporcionado una red de seguridad totalmente robusta, pero era suficiente para que se echara de menos cuando el gobierno comenzó su desmantelamiento. En 1988 la Ley de Seguridad Social redujo el nivel de algunos subsidios por debajo de lo que el Grupo de

Acción contra la Pobreza Infantil creía que era un nivel aceptable de vida[19]. Por primera vez desde la década de 1930, la gente desempleada estaba obligada a mostrar que «genuinamente buscaban trabajo» como condición para optar a un subsidio.

La cuestión subyacente era la creencia conservadora en que el bienestar y el pleno empleo habían vuelto a la gente perezosa y dependiente de los subsidios. Recortar la seguridad social, afirmó John Major, ministro de Seguridad Social, impediría que la gente cayera en una «cultura del subsidio». Obviaba el hecho de que en los años cincuenta y sesenta la red integral de prestaciones sociales no había provocado un alto desempleo[20]. El gobierno urgió a que fuera el sector del voluntariado el que asistiera a la gente. En 1989 el diputado conservador Ian Taylor alabó «la sociedad solidaria que ha creado el gobierno» con sus recortes en bienestar[21]. Pero las organizaciones caritativas protestaron, afirmando que no podían atender la creciente demanda de ayuda. Robert Morley, el director de la Family Welfare Association, señaló que la mayoría de organizaciones benéficas, incluida la suya, tenían experiencia y fondos suficientes para ofrecer «primeros auxilios», pero no para sufragar los «gastos cotidianos» que afrontaba un creciente número de personas[22]. Estaba repitiendo una verdad que había quedado patente durante la Segunda Guerra Mundial: esa provisión voluntaria por sí sola no podría ofrecer ayuda de manera sostenida a un gran número de personas.

Algunos de los votantes conservadores se inquietaron al comprobar que no se recuperaba la economía. Aunque Ray Pahl tenía razón al destacar la división entre los desempleados y los que todavía tenían trabajo, estos últimos cada vez resultaban más perjudicados por las tensiones derivadas de la inseguridad y el bienestar limitado. A medida que los derechos sindicales se desmantelaban, Gran Bretaña se convirtió en una economía de bajos salarios. El interés de los medios de comunicación y los políticos en los desempleados descuidaba la pobreza de aquellos que trabajaban. «Mientras que Malton, Pickering y Helmsley, en North Yorkshire, tienen tasas de desempleo en torno a la mitad del promedio nacional, incluyen a muchas personas que viven en la pobreza debido a los bajos salarios y las deficiencias del sistema de seguridad social», advertía un informe del Child Poverty Action Group[23]. Alan Watkins, que había votado conservador en 1979, se enfrentó al desempleo a principios de los ochenta, cuando empezó

el declive de la ingeniería. Tuvo la suerte de conseguir un trabajo como gestor de empleo para el Ayuntamiento de Coventry, encargado de ejecutar un plan de formación juvenil. Pero Alan era muy consciente de que su propio trabajo –formar a jóvenes desempleados– dependía de las colas del paro. «Me sentía bastante culpable, porque mi trabajo se basaba en el desempleo», decía. «El hecho de que la gente estuviera en paro me proporcionaba trabajo a mí, y eso te hace pensar. ¿Soy un parásito?» Alan lo justificaba recordándose que no era responsable del desempleo de esa gente y «estaba tratando de hacer que la gente volviera al trabajo, y eso hacía». Aun así, sentía que «es triste que el paro signifique empleo para ciertas personas» sólo porque «tienes un poco más de experiencia que ellos». A medida que aumentó el desempleo durante la década, miles de personas más se enfrentaron al dilema de Alan. El pleno empleo se había convertido en algo del pasado; entrar en un empleo requería «capacitación» y asesoramiento, dando lugar a una industria completamente nueva de centros de empleo, formadores y asesores.

A finales de la década de 1980, la nueva generación de propietarios de viviendas también sintió preocupación. El derecho a compra resultó desastroso. La política se basó en la suposición de que los antiguos inquilinos conservarían el empleo, pero el desempleo creciente golpeó especialmente a los barrios periféricos y las nuevas ciudades de posguerra. Los habitantes de Skelmersdale, una de las nuevas ciudades más recientes, estaban entre ellos. Desde el establecimiento de la ciudad a finales de los sesenta, los residentes habían confiado en Dunlop y Polythene Drums para que les proporcionaran empleo[24]. En la década de 1970 estas empresas despidieron a cientos de trabajadores. En la década siguiente ambas quebraron. La ciudad estaba llena de casas que los residentes no podían pagar, pero que nadie quería comprar. En 1991 esta desoladora imagen se repetía en todo el país. Para entonces, el 67 por 100 de las viviendas en Inglaterra y Gales estaban ocupadas por sus propietarios, y sólo el 20 por 100 era vivienda pública. En el mismo año, 75.500 propietarios sufrieron el embargo de sus casas por impago de la hipoteca, casi el 1 por 100 de todos los titulares de hipotecas[25].

Los residentes trataron de ayudarse mutuamente. Betty Ennis y sus vecinos sobrevivieron a los ochenta ayudándose unos a otros lo mejor que pudieron. Unos pocos se mudaron fuera de Willenhall, pero muchos más se

sintieron atrapados; las casas que habían comprado carecían de valor. El barrio era considerado un «área de riesgo» al dispararse el desempleo juvenil, pero este también fue el momento en que la vecindad se convirtió en el centro de la vida de los barrios. Cuando cerró la mayoría de tiendas en Willenhall, Betty y algunos de sus vecinos organizaron allí «una tienda comunitaria. La gente traía cosas, solíamos venderlas. Porque las tiendas eran tan, tan caras… Y también estaban cerrando. Así que en la misma tienda teníamos a un abogado que solía venir a dar consejos a la gente de la zona. Luego organizamos el club juvenil. ¿Sabes? Era una comunidad realmente buena». Pero la ayuda mutua no era una alternativa real a la asistencia estatal, y no podía sustituir a un salario digno.

Lejos de aportar independencia a la gente, las reformas de Thatcher les robaron el pequeño poder colectivo que habían tenido como votantes, sindicalistas o inquilinos de vivienda pública. Los habitantes de barrios como el de Betty se encontraron con que la privatización de la vivienda y otros servicios anteriormente ofrecidos por su ayuntamiento no les dio el control sobre sus propias vidas, como decía el gobierno. De hecho, los gobiernos de Thatcher alentaron a las autoridades locales a externalizar servicios, como la recogida de basuras y la jardinería, a organizaciones voluntarias o privadas. La retirada de estos servicios fuera del control de los cargos electos eliminó gran parte del limitado poder que habían ejercido previamente los residentes. Cuando Betty se dio cuenta de que no se estaba cortando la hierba en los espacios públicos de Willenhall, y la basura ya no se recogía, llamó por teléfono «pero resultó que le dijeron: "Oh, no nos pertenece, pertenece al ayuntamiento, no pertenece a Whitefriars [el mayor propietario de vivienda social de Coventry]"; o decían: "Pertenece a otro lugar"». Diversos estudios sobre los inquilinos de vivienda pública en Norwich y Londres confirmaron también que la frustración de los residentes por las subidas de alquiler y la negligencia de los concejales fueron reemplazadas por el desconcierto ante quién era realmente responsable de los servicios públicos y el estado de las viviendas del pueblo[26].

La ansiedad por conservar un techo bajo el que vivir y conservar el empleo afectaba a la vida familiar. Las mujeres casadas –que no eran tan vulnerables al desempleo como las trabajadoras más jóvenes o los hombres

en empleos industriales– a menudo sufrieron para poder cumplir su papel de esposas, madres y, cada vez más, ser el sostén económico principal de sus familias. En 1988 Clare Stevens, de sesenta años de edad, vivía en su ciudad natal de Bristol con su marido, su hija Lynda de veintitrés años, la pareja de su hija, Andy, y el nieto de Clare. Clare había crecido en Bristol durante la década de 1930; su padre estuvo desempleado hasta que ella tuvo diez años. En la década de 1950 consiguió un trabajo de oficina y pensó que los malos tiempos habían desaparecido para siempre, pero de hecho a mediados de la década de 1980 volvieron las dificultades. El esposo de Clare, Lynda y Andy estaban entre el 12 por 100 de la fuerza laboral de Bristol que se encontraba desempleada[27]. Las ganancias de Clare los mantuvieron a todos, así como a su joven nieto. «Sentí que toda la preocupación recaía sobre mí», y, cuando Lynda se dio cuenta de que estaba esperando a su segundo hijo, la familia se sumió en la desesperación[28].

Finalmente, y con grandes reticencias, Clare tuvo que decirle a su hija que tendría que irse: «los desahucié». La casa de Clare sólo tenía dos habitaciones. Lynda y Andy no tenían ninguna posibilidad de conseguir un techo en una de las ciudades más caras de Gran Bretaña. La lista de espera para vivienda pública en Bristol era muy larga, en parte porque el ayuntamiento se había afanado particularmente en vender toda su propiedad, una política alentada por la amplia y próspera franja del electorado local que trabajaba en la banca y en finanzas, o vivía de ingresos independientes. En esta ciudad altamente polarizada socialmente un informe del Child Poverty Action Group afirmaba que este adinerado sector «disfruta de segundas viviendas, vive más tiempo […] se beneficia del aumento de los precios de la vivienda, se beneficia de los bajos salarios y se asegura de que sus hijos reciban una educación selectiva o privada». Este sector ayudó a «crear y ocultar la pobreza de sus vecinos en situación de necesidad»[29]. Lynda, Andy y sus dos hijos «tuvieron que acudir a hostales», recordaba Clare Stevens, «y vivían en una habitación, no tenían calefacción y no había cuna para el bebé». Cuando finalmente se les asignó una vivienda pública, esta se encontraba en Knowle, a kilómetros de cualquier persona que conocieran, y en una zona que sufría los efectos del desempleo y la inversión deficiente en vivienda. «Estaba horrorizada, odiaba dejarlos allí», dijo Clare. Ella y su esposo finalmente «les compraron una casa» más cerca del resto de la familia; una decisión difícil, pues

significaba renunciar a sus propios ahorros, reunidos gradualmente a lo largo de muchos años, para poder aportar un poco más a su limitada pensión estatal[30]. No fue la jubilación que Clare había planeado para sí misma; nadie había imaginado, en la década de 1960, que tendrían que apoyar a sus hijos y nietos justo en la etapa de la vida en la que esperaban disfrutar de algo de comodidad.

Otras mujeres tuvieron que renegociar los roles conyugales, ya que se encontraron trabajando mientras sus maridos se unían a las colas del paro. Entre 1966 y 1977, la proporción de parejas casadas en las que ambos cónyuges eran asalariados activos aumentaron del 43 por 100 al 56 por 100, y continuó aumentando a lo largo de la década de 1980[31]. Algunos hombres se adaptaron bien a la nueva situación. El esposo de Betty Ennis, Michael, se quedó sin empleo en la década de 1970, pasados los cuarenta años, «y nunca volvió a trabajar». Sus roles cambiaron rápidamente: «Llegó a gustarle cocinar, y cuidaba de los niños cuando llegaban de la escuela, creo que lo disfrutó bastante». De todos modos, estar sin trabajo era duro: por su mala salud, Michael tenía recaídas cada vez más frecuentes, y murió joven, en la década de 1990.

Jean McLoughlin, de Liverpool, tuvo una experiencia diferente. Sus horizontes se habían ampliado desde 1963, cuando abandonó la escuela para trabajar en una fábrica. A la edad de diecisiete años, contaría años después, «tuve que casarme»; y lo hizo con su novio Freddie al quedar embarazada, pero estaban enamorados y él tenía proyectos de futuro como técnico de laboratorio. Compraron un propio pequeño bungaló en las afueras de Liverpool, ahorraron mucho, se fueron de vacaciones al extranjero y «traté de hacer algo con mi vida». En 1979, ella había alquilado una tienda y tenía un pequeño negocio de alfombras. Sus hijos estaban bien: el mayor, Darren, apuntaba a la universidad, y la más joven, Danielle, había ganado una beca para la Royal Ballet School. A medida que aumentaba la propiedad de viviendas en la década de 1980, también lo hizo la demanda por la gama de mobiliario atractivo y asequible de Jean.

Pero mujeres como Jean quedaron atrapadas en el dilema de la ideología thatcherista. Por un lado, por fin podían y debían alcanzar una independencia económica, como lo había hecho Jean; pero por el otro también se suponía que cuidarían de sus familias. El énfasis del gobierno en los «valores familiares» sugería que la prosperidad y el bienestar familiar

iban de la mano, pero este no fue siempre el caso. Freddie, que había dejado el trabajo de laboratorio para ayudar en la tienda, todavía esperaba que Jean hiciera todas las compras, cocinara y le diera las ganancias de la tienda. «Él no lo respetaba, pedía lo que se esperaba de ti.» Al revivir el viaje de George Orwell en *Wigan Pier Revisited*, la periodista Beatrix Campbell descubrió que muchos hombres reaccionaron al desempleo de una manera similar a Freddie[32].

En la década de 1970 una minoría de mujeres había encontrado un apoyo colectivo para cambiar sus vidas a través del feminismo, pero la década de 1980 ofrecía solamente dos alternativas claras: vida familiar o individualismo. Más mujeres de clase obrera podían ser económicamente independientes, pero la mayoría de las que buscaban trabajo lo hacían por el desempleo o los bajos salarios de su marido[33]. El resultado a menudo fue la tensión conyugal. Cuando Jean se casó en 1964, se presentaron 37.657 peticiones de divorcio, el 58 por 100 de mujeres (una proporción similar a los años de entreguerras). En 1985, se presentaron 176.969 peticiones, con un 73 por 100 de mujeres[34]. En 1989 Jean se unió a ellas cuando se divorció de Freddie: «Hace muchos años ellas aguantaban», dijo sobre la generación de su madre; «pero yo no iba a hacerlo». Jean se veía a sí misma como parte de una generación pionera cuyos potenciales ingresos les daban mayor poder individual del que pudo tener su madre. Este poder todavía era muy limitado: Jean no pudo conservar su negocio, porque estaba a nombre de su apellido de casada y pertenecía a Freddie. Sin embargo, pudo encontrar un nuevo trabajo como dependienta en WH Smith. Pero vivir la vida en soledad era un desafío, en una sociedad donde a la mujer todavía se le pagaba menos en promedio que al hombre, y en un momento en que las madres solteras eran presentadas como vividoras. A lo largo de la década de 1970 habían aumentado los ingresos de los hogares encabezados por mujeres, pero después de 1983 esta situación se revirtió. El culpable era en parte el elevado desempleo, ya que estas mujeres se convirtieron en las únicas que aportaban un salario a su familia, pero también lo fueron los cambios en el sistema de subsidios, que penalizaban a madres solteras y mujeres divorciadas[35]. Mujeres como Jean tuvieron que abrirse camino por un campo minado de desaprobación y pobreza potencial, para lograr algo parecido a la independencia.

Quienes tenían hijos o nietos también notaron tensiones en sus relaciones. Los padres ya no estaban seguros de cómo preparar a sus hijos para la edad adulta, ahora que las certezas con las que habían crecido –el pleno empleo y un Estado del bienestar– habían desaparecido. «Pensábamos que si trabajabas duro podía irte un poco mejor que a tus propios padres», decía Carol Hinde, que se había casado con un trabajador de fábrica de Coventry en la década de 1960. Cuando abandonó la escuela y comenzó a salir con chicos, ella y su familia asumieron que perduraría el pleno empleo. Pero cuando los hijos de Carol, Jonathan y Karen, entraron en la adolescencia, los tiempos habían cambiado. Ya no estaba claro que los niños pudieran esperar una vida mejor que la de sus padres, o incluso la seguridad de la que habían disfrutado. «Si hubieras dicho, a mis padres o a cualquiera de nosotros, que en los ochenta todo habría desaparecido, nos hubiéramos reído», dijo Alan Watkins.

Los padres no habían preparado a sus hijos para hacer frente a las colas del paro y a luchar para llegar a fin de mes; habían supuesto que no lo necesitarían. ¿Y cómo preparas a los hijos para un futuro incierto? Las formas antiguas de prosperar económicamente, como aprender un oficio, estaban desapareciendo rápidamente a medida que disminuía la industria. «Me gustaría ser yesero, como mi padre», decía un niño de doce años entrevistado en un bloque de viviendas de Londres en 1983. «Papá dice que si tienes un oficio siempre tendrás algo en lo que apoyarte»[36]. Pero eso ya no era cierto en una década en la que el trabajo cualificado estaba disminuyendo, y era probable que los trabajadores cualificados sufrieran desempleo.

Mientras tanto, ¿dónde estaba el laborismo? Después de un breve giro a la izquierda a principios de los ochenta, Neil Kinnock se había hecho cargo del partido en 1983. Kinnock argumentó que los laboristas tenían que «ajustarse a una economía cambiante» apelando a «un electorado cambiante», incluido, por ejemplo, el «estibador […] que posee su propia casa, un coche nuevo, microondas y vídeo, así como una casita cerca de Marbella»[37]. El laborismo, argumentaba Michael Meacher, uno de sus líderes parlamentarios, necesitaba reclutar a «la clase tecnocrática; los diseñadores de “chips” semiconductores, los operadores informáticos, los científicos industriales, los ingenieros de alta tecnología; los que tienen la llave del futuro de Gran Bretaña […] La creciente infraclase de los que no

tienen nada, por grande que sea y por muy desesperada que esté, al final sólo puede llegar al poder a través de políticas que, aparentemente, asisten exclusivamente a los no-tan-pobres y no-tan-impotentes»[38]. De manera poco sorprendente, dados tales sentimientos, el partido únicamente ofreció un tibio apoyo al NUM durante la huelga minera de 1984-1985.

Pero el cambio de dirección del laborismo no impresionó a los votantes. La proporción de quienes fueron a votar cayó en picado durante las décadas de 1980 y 1990, y entre los que se quedaron en casa estaban muchos de los votantes laboristas «tradicionales» de clase obrera[39]. Entre ellos estaba Chris Colbeck, un adolescente de Yorkshire. Sus padres eran trabajadores fabriles, «pero tendían a vapulear a [Neil] Kinnock terriblemente» y no votaban[40]. En 1987 Margaret Thatcher ganó sus terceras elecciones consecutivas. Tony Benn fue uno de los izquierdistas del laborismo que creían que el partido necesitaba revivir su atractivo para la clase obrera. «Lo que ha hecho el Partido Laborista es aceptar la descripción de clase de los *tories:* los obreros prósperos con empleo por un lado, y los inútiles desempleados por el otro», afirmó Benn.

> En realidad, la distinción de clase se da entre los muy, muy ricos que […] pueden permitirse comprar su casa con sus dividendos, pueden permitirse pagar la educación de sus hijos, pueden permitirse pagar todos los costes de atención médica y pueden permitirse pensiones a partir de sus propios recursos, todo ello sin trabajar. Pero el estibador de Bermondsey al que se refería Kinnock […] estaría completamente perdido si perdiera su empleo. Así que representamos a gente que depende de su sueldo para vivir, y esa es una distinción que coloca a los ricos en una minoría y a los trabajadores en una mayoría[41].

Incluso algunos de los que simpatizaban con las reformas de Kinnock creían que era necesario un programa más progresista para ganarse a los votantes. Bryan Gould, que estuvo estrechamente implicado en el diseño de las campañas electorales del laborismo en 1987 y 1992, sugirió que el laborismo necesitaba «una política de impuestos progresivos [que impusiera] mayores incrementos a un número menor de gente en el extremo superior de la escala. Estos eran, después de todo, los únicos que habían disfrutado de ventajas fiscales con los *tories* y habría habido poca simpatía pública por ellos si se les pedía devolver algo de todo eso»[42].

La experiencia de muchos trabajadores sugería que estas voces disidentes tenían algo de razón. La mayor parte de los votos de Margaret Thatcher siempre había procedido de las capas más ricas de la sociedad: los

empresarios y financieros más opulentos, y también la clase media de los barrios residenciales y prósperos del sur. En las elecciones de 1989 el apoyo conservador se había concentrado cada vez más en las zonas más prósperas de Inglaterra; en el sudeste, y en otros nichos rurales. A partir de 1987 no hubo diputados conservadores en Escocia. Una pequeña, rica minoría se había beneficiado de recortes de impuestos y de la desregulación de los mercados financieros. Mientras, al electorado de clase media le preocupaba que un gobierno laborista pudiera subir los impuestos en un momento en el que veían engrosarse sus hipotecas y peligraba la seguridad en el empleo; de ahí el llamamiento de políticos laboristas tan diversos como Benn y Gould al partido para que se centrara en la división entre los muy ricos y el resto de la población. Lejos de desafiar los «intereses creados» y dar a la gente corriente más poder sobre sus vidas, los gobiernos conservadores de la década de 1980 habían exacerbado la división entre los más ricos y el resto.

Mientras que una minoría de ricos aplaudía los recortes en los servicios públicos, la gente de clase obrera se mostraba cada vez más ambivalente respecto al thatcherismo. Chris Colbeck, de diecinueve años e hijo de trabajadores fabriles, estaba estudiando un título profesional en un *college* de las Midlands occidentales. Era típico de la generación más joven, en cuanto que creía que «hay una clase alta y una clase obrera y una clase baja». Las afirmaciones típicas de los conservadores, como la de que los pobres perezosos eran un problema social, tenían su influencia en gente como Chris. Para él, la clase baja eran parásitos, que preferían vivir cobrando el paro que trabajar. Pero era inflexible respecto a que «la gente pija […] el tipo de gente que vive en el campo» eran por lo menos un problema igual de grave; un problema que ningún partido político estaba afrontando[43]. Los conservadores de clase obrera ofrecían razones negativas para apoyar a Thatcher. Melanie Pilkington estaba en la veintena; era ama de casa, y su marido era ingeniero en British Telecom. Hija de un trabajador de fábrica que siempre había votado a los *tories*, ella votaba a los conservadores «porque lo hace mi padre, supongo», y porque le preocupaba crear innecesariamente más inestabilidad económica y política. «Dale a Maggie un par de años más, podremos ver una diferencia en el país. Elige a cualquier otro y tardarán cuatro años en enterarse de algo»[44]. Un estudio de Basildon, una ciudad de Essex en la que los conservadores cosecharon

grandes resultados entre 1980 y 1996, reveló que la única política conservadora que seguía siendo popular era la propiedad de viviendas. Estos votantes no apoyaban tanto los recortes en bienestar de Thatcher, y estaban muy molestos ante el elevado desempleo, pero los investigadores que les entrevistaron observaron que «no pueden ver ninguna alternativa […] no hay partido político que apele a sus intereses»[45].

La débil respuesta del laborismo al thatcherismo sólo fortaleció el argumento de la primera ministra de que no había alternativa al libre mercado[46]. «El laborismo llevó a Gran Bretaña a la bancarrota» fue el potente mensaje de los conservadores en 1987. «Tienes que dar incentivos a la gente» era su rotunda justificación de las privatizaciones[47]. «No hay tal cosa como la sociedad» es la célebre respuesta de Thatcher a la revista *Woman's Own*, después de las elecciones generales de 1987. «Es tu vecino quien está sufragándolos [los subsidios sociales], y si puedes ganarte la vida, entonces tienes el deber de hacerlo»[48]. En un momento en que relativamente poca gente se sentía segura financieramente, la retórica de la primera ministra azuzó los miedos a que el aumento de los subsidios o del poder de los sindicatos simplemente acabaría con la poca seguridad que tenían los votantes. Deborah Temple, una dependienta que vivía en Surrey, explicaba que había votado a los conservadores porque «sencillamente no podía entender por qué dos pensionistas debían estar en una casa de tres dormitorios; por qué simplemente no los echaban y los ponían en un hogar de ancianos […] No se me ha regalado nada en lo que respecta a vivienda. Lo hemos hecho todo nosotros mismos, hemos trabajado duramente para conseguirlo; realmente hemos pagado hasta el último penique»[49].

Sin embargo, la incomodidad que la gente sentía por el aumento de la pobreza y la desigualdad era fuerte; y en última instancia causó la caída de Thatcher. En 1990 el 51 por 100 de los adultos pensaban que el gobierno debía redistribuir la riqueza, de los ricos a los pobres; el 58 por 100 creía que el gobierno debía gastar más en subsidios sociales[50]. En noviembre de ese año, sólo tres años después de su arrolladora victoria en las elecciones generales, Margaret Thatcher era forzada a dimitir ante la virulenta oposición pública a su tasa comunitaria, popularmente conocida como la *Poll Tax*. Esta reemplazaba las tasas municipales, calculadas según el valor de la vivienda del contribuyente, por un impuesto aplicado a cada residente adulto, una decisión que penalizaba a aquellos con ingresos más

bajos. Ante manifestaciones masivas, disturbios en el centro de Londres, y unas encuestas de opinión en las que sólo el 12 por 100 de los votantes apoyaban la *Poll Tax*, Margaret Thatcher se enfrentó a un desafío a su liderazgo que finalmente conllevó su dimisión.

Pero el futuro seguía siendo incierto e inseguro para la mayor parte de la gente. Durante la década de 1980, ser de clase obrera había pasado a significar ser pobre, o vivir con el miedo a caer en la pobreza. En la década de 1970 ser de clase obrera todavía significaba trabajar duro a cambio de una recompensa modesta, pero a finales de la década de 1980 no existía tal garantía. Era menos probable que la gente viera la vida de clase obrera como si tuviera algo positivo que ofrecer en forma de apoyo colectivo; había menos gente que hubiera vivido los efectos del poder colectivo de los sindicatos o las políticas laboristas. Entre 1985 y 1988 un equipo de investigadores liderados por el científico social Paul Thompson entrevistaron a miembros de cien familias en toda Gran Bretaña sobre cómo habían cambiado sus vidas durante el siglo XX. Le preguntaron a cada persona si creía que la gente pertenecía a diferentes clases sociales, y por qué. Louise Beckwith, de dieciocho años, vivía con sus padres en Bedlington, un antiguo pueblo minero de Northumberland. Había abandonado la escuela con dieciséis años, pero sólo había podido lograr un empleo temporal a tiempo parcial, como dependienta. Ella creía que «siempre puedes diferenciar a la gente que no tiene dinero de la que sí tiene»[51]. La sensación de Louise Beckwith de que ser de clase obrera ahora significaba carecer de algo –en este caso, dinero– era ampliamente compartida por su generación. En 1988 Simon Charlesworth, un posgraduado de la Universidad de Cambridge que provenía de Rotherham, volvía a su ciudad natal de Yorkshire, descrita por el Child Poverty Action Group como una ciudad que sufría «serias dificultades y privaciones», para entrevistar a sus habitantes sobre la vida de la clase obrera[52]. «Vengo de un barrio de vivienda pública»; así se describía a sí mismo uno de los entrevistados; «no tenemos dinero, no tenemos trabajos […] no tenemos nada». Entre 1980 y 1986, 189.000 trabajadores de fábrica habían perdido sus empleos en Yorkshire. Casi la mitad de los desempleados en esta región habían estado sin trabajo durante más de un año[53]. Charlesworth hablaba a otro hombre que acababa de perder su trabajo y ya apenas esperaba encontrar otro. «Ellos ahora pasan por encima de todos los demás. No hay

nada que podamos hacer. Quiero decir, si eres clase obrera tienes que trabajar, no hay otra manera. Tenemos que trabajar, es el único modo de ganarte la vida». Cuando te quitan el trabajo, también ocurre lo mismo con la identidad. Lo que quedaba, descubrió Charlesworth, era una identidad que se centraba en el lugar, más que en la vida laboral o la acción política: «Soy de Rotherham»; así lo expresaba un entrevistado[54].

«Los niños de Thatcher» –aquellos que crecieron en la década de 1980– eran conscientes de que para prosperar debían dejar atrás su origen de clase. También eran conscientes de que no podían, o no debían, depender de políticos o empleadores para lograrlo. A finales de la década de 1980 la preocupación por el elevado desempleo juvenil impulsó a docenas de investigadores sociales a entrevistar a jóvenes de clase obrera sobre sus esperanzas y expectativas de futuro. Revelaron la extendida opinión de que «las cualificaciones te ayudan a conseguir un buen empleo»; ya no se trataba de dejar un empleo un viernes para entrar en uno nuevo el lunes, como podían hacer sus padres. También mostraban claramente la expectativa de que en algún momento de su vida estarían desempleados. Pero más que nada querían –en palabras de Shreya, una de las jóvenes entrevistadas en una encuesta sobre escolares asiáticas y blancas de Glasgow– «hacer algo por mí misma». Este deseo urgente e individualista, como la ambición de Anna, su compañera de clase, de «ganar mucho dinero», era algo típico de su generación[55]. A comienzos de la década de 1960 los trabajadores del automóvil de Luton les habían dicho a los sociólogos que querían dinero suficiente para vivir cómodamente, y más tiempo para pasarlo con sus familias y amigos. Sus hijos y nietos tuvieron que preocuparse antes de lograr trabajo, pero también eran conscientes de vivir en una sociedad en la que ser normal no era suficiente para garantizarse la seguridad. «Quiero que me vaya bien, conseguir un buen trabajo», decía Chris Colbeck en la encuesta *100 Families:* y con eso quería decir «bien pagado»[56]. «Creo que lo principal es hacerme un nombre», explicaba Lisa, una mujer inglesa blanca entrada en la veintena, cuando se le preguntó por qué era tan importante para ella fundar un pequeño negocio. «Ella quería “coches grandes y […] casas más grandes” para que la gente pudiera “tenerte en cuenta”»[57]. Pero para la mayor parte de su generación ese «éxito» no era una opción.

[1] M. Thatcher, discurso en el Lord Mayor's Banquet (10 de noviembre de 1980), *Margaret Thatcher Foundation*, http://www.margaretthatcher.org/document/104442 (consultado el 27 de febrero de 2013).

[2] Atkinson y Brandolini, «On Data», p. 384; P. Johnson, «The Welfare State, Income and Living Standards», pp. 228-232.

[3] M. Thatcher, «Speech to Confederation of British Industry Annual Dinner» (19 de abril de 1983), *Margaret Thatcher Foundation*, http://www.margaretthatcher.org/document/105295 (consultado el 17 de septiembre de 2011); Thatcher, «Speech to Journalists Commemorating 5th Anniversary in Office» (27 de abril de 1984), *Margaret Thatcher Fundation*, http://www.margaretthatcher.org/document/105671 (consultado el 20 de septiembre de 2011).

[4] Citado en B. Harrison, *Finding a Role?: The United Kingdom, 1970-1990* (Oxford, 2010), p. 149.

[5] M. Thatcher, discurso en la conferencia de prensa de presentación del programa para las elecciones generales (prensa internacional) (18 de mayo de 1983), *Margaret Thatcher Foundation*, http://www.margaretthatcher.org/document/105320 (consultado el 20 de febrero de 2013).

[6] L. Scarman, *The Scarman Report: The Brixton Disorders 10-12 April 1981: Report of an Inquiry* (Londres, 1982). Esta todavía es una parte de la historia reciente muy poco investigada. Un importante repaso a este periodo puede consultarse en S. J. Lee, *Aspects of British Political History, 1914-1995* (Londres, 1996), p. 358.

[7] Entrevista a Carlton Duncan, BOHP. Véase http://bbohp.org.uk/node/45 (consultado el 16 de septiembre de 2013). Véase también Lee, *Aspects of British Political History*, p. 358.

[8] Harrison, *Finding a Role?*, p. 149.

[9] R. Pahl, *Divisions of Labour* (Oxford, 1984), p. 309. Véase también P. Townsend *et al.*, *Inequalities in the Northern Region. An Interim Report* (Bristol, *c.* 1985), p. 11.

[10] A. Glyn, *The Economic Case against Pit Closures* (Sheffield, 1985).

[11] Milne, *Enemy Within*, p. 5. Las citas de Ridley y Lawson también en esta fuente, p. 7.

[12] *Ibid.*, p. 14.

[13] Entrevista a Margaret Donovan, AUD/503, South Wales Miners' Library, Swansea.

[14] B. Bloomfield, G. Boanas y R. Samuel, *The Enemy Within: Pit Villages and the Miners' Strike of 1984-85* (Londres, 1986), p. 169. Véase también p. 25.

[15] Véanse las cartas en WAIN 1/1-2, Hilary Wainwright Collection, Labour History Archive, Mánchester (LHA).

[16] Carta de Mary Addey, 4 de diciembre de 1984, WAIN 1/1, Wainwright Collection, LHA.

[17] Carta de Bill Burke, 4 de diciembre de 1984, WAIN 1/1, Wainwright Collection, LHA.

[18] D. Gallie, «The Labour Force», en Halsey y Webb (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends*, p. 316.

[19] C. Oppenheim y Child Poverty Action Group, *Poverty: The Facts* (Londres, 1988).

[20] Social Security, HC Deb., Hansard (2 de abril de 1987), vol. 113, col. 1250.

[21] Child Poverty, HC Deb., Hansard (19 de diciembre de 1989), vol. 158, cols. 259-260.

[22] Citado en Family Welfare Association y Child Poverty Action Group, *Carrying the Can: Charities and the Welfare State* (Londres, 1984).

[23] S. Winyard, *Poverty and Deprivation in Yorkshire and Humberside* (Londres, 1987), p. 1.

[24] «Town Centre Parking for 14,000 in Skelmersdale's Master Plan, Women Workers Will be Able to Live Near Jobs», *Liverpool Echo* (2 de junio de 1965), p. 19.

[25] Holmans, *Housing*, pp. 487-489.

[26] C. Peach y M. Byron, «Council House Sales, Residualisation and Afro Caribbean Tenants», *Journal of Social Policy*, vol. 23, n.º 3 (1994), pp. 363-383; Taylor y Rogaly, *Moving Histories*, pp. 79-91.

[27] B. Deacon, *Poverty and Deprivation in the South West* (Londres, 1987), p. 6.

[28] Entrevista a Clare Stevens, Bristol Reference Library.

[29] Deacon, *Poverty and Deprivation*, p. 14.

[30] *Ibid.*

[31] H. Joshi, «The Changing Form of Women's Economic Dependency», en H. Joshi (ed.), *The Changing Population of Britain* (Oxford, 1989); y Joshi, «The Opportunity Costs of Childbearing: More than Mothers' Business», *Journal of Population Economics*, vol. 11, n.º 2 (1998).

[32] B. Campbell, *Wigan Pier Revisited: Poverty and Politics in the Eighties* (Londres, 1984).

[33] L. Harker, *A Secure Future? Social Security and the Family in a Changing World* (Londres, 1996), p. 6.

[34] D. Coleman, «Population and Family», en Halsey y Webb (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends*, p. 62.

[35] Joshi, «Women's Economic Dependency».

[36] Citado en T. Parker, *The People of Providence: A Housing Estate and Some of its Inhabitants* (Londres, 1983), p. 56.

[37] El discurso de Kinnock se publicitó en todo el mundo; v. «Kinnock Fights Copycat-party Image», *New York Times* (30 de septiembre de 1987), p. 12.

[38] Citado en S. Fielding, *The Labour Party: Continuity and Change in the Making of «New» Labour* (Basingstoke, 2003), p. 134.

[39] R. Hefferman y M. Marqusee, *Defeat from the Jaws of Victory: Inside Kinnock's Labour Party* (Londres, 1992).

[40] Entrevista a Chris Colbeck, entrevista. núm. 035, 100 Families study, SN 4938, UKDA.

[41] Citado en Fielding, *Labour Party*, p. 137.

[42] Citado en *ibid.*, p. 141.

[43] Chris Colbeck, 035, SN4938, UKDA.

[44] Entrevista a Melanie Pilkington, entrevista núm. 107, SN 4938, UKDA.

[45] D. Hayes y A. Hudson, *Basildon: The Mood of the Nation* (Londres, 2001), p. 50. Véase también Devine, *Affluent Workers Revisited*, p. 7.

[46] Citado en J. Lawrence y F. Sutcliffe-Braithwaite, «Margaret Thatcher and the Decline of Class Politics», en B. Jackson and R. Saunders (eds.), *Making Thatcher's Britain* (Cambridge, 2013), p. 146. Gracias a Jon Lawrence por enviarme una copia del borrador de este capítulo.

[47] Margaret Thatcher, discurso ante el Consejo Central Conservador (18 de marzo de 1987), *Margaret Thatcher Foundation*, http://www.margaretthatcher.org/document/107605 (consultado el 10 de abril de 2012).

[48] Margaret Thatcher, entrevista para *Woman's Own* (23 de septiembre de 1987), *Margaret Thatcher Foundation*, http://www.margaretthatcher.org/document/106689 (consultado el 10 de abril de 2012).

[49] Deborah Temple, entrevista núm. 139, SN 4938, UKDA.

[50] A. Park y P. Surridge, «Charting Change in British Values», en Park *et al.*, *British Social Attitudes. The Twentieth Report*, p.152.

[51] Entrevista a Louise Beckwith, entrevista núm. 10, SN 4938, UKDA.

[52] Winyard, *Poverty*, p. 1.

[53] *Ibid.*, p. 3.

[54] S. Charlesworth, *A Phenomenology of Working-Class Experience* (Cambridge, 2000), pp. 171, 259, 269.

[55] E. P. Thornley y S. G. Siann, «The Career Aspirations of South Asian Girls in Glasgow», *Gender and Education*, vol. 3, n.º 3 (1991), pp. 237-248.

[56] Chris Colbeck, 035, SN 4938, UKDA.

[57] V. Walkerdine, «Reclassifying Upward Mobility: Femininity and the Neo-liberal Subject», *Gender and Education*, vol. 15, n.º 3 (2003), p. 243.

16. Una sociedad sin clases

A partir de la década de 1990, los políticos tanto de izquierda como de derecha auguraron el surgimiento de una «sociedad sin clases» o una sociedad exclusivamente de clase media. Muchos académicos y periodistas estaban de acuerdo en que la clase simplemente ya no importaba. Y aun así a comienzos del siglo XXI las encuestas sugerían que más de la mitad de los británicos todavía se consideraban clase obrera[1].

Gran Bretaña era una sociedad cada vez más desigual. En 1979 el índice Gini, que mide la desigualdad de ingresos, se mantuvo en 29 puntos. En 2010 había aumentado hasta los 36 puntos. Esto se debía en parte a que el 10 por 100 más pobre se había depauperado aún más. Pero también a que una pequeña elite concentraba mayores cantidades de riqueza en sus manos. Durante las décadas de 1990 y 2000, el 10 por 100 más rico –un grupo de grandes empresarios, profesionales corporativos, financieros, barones de la prensa y aristócratas– disfrutó de un incremento en sus ingresos mucho mayor que cualquier otro grupo. En 1998 poseían más de un cuarto de la renta británica. En 2008 poseían un tercio. Mientras tanto, la mitad menos rica de la sociedad –millones de pensionistas, trabajadores manuales, teleoperadores y trabajadores domésticos de limpieza y cuidados, enfermeras, profesores asistentes, trabajadores de limpieza y oficinistas, así como aquellos que no podían encontrar trabajo o estaban enfermos– vivía con menos de un cuarto de la renta nacional[2].

La desigualdad en aumento hacía a la gente infeliz y enferma. En su meticulosamente documentado *The Spirit Level: Why Greater Equality Makes Societies Stronger,* Richard Wilkinson y Kate Pickett revelan que a medida que aumentaba la desigualdad económica también lo hicieron los trastornos de ansiedad y depresión. Estos aumentaron más entre los más pobres, pero otros tantos miles de personas también estaban sufriendo, incluidos trabajadores profesionales y asalariados, y sus hijos. La desigualdad, como muestran Wilkinson y Pickett, era perjudicial para todos, a excepción del 10 por 100 más rico[3]. Ante un mercado laboral cada vez más inseguro, millones de personas llegaron a cuestionar la ortodoxia

política de que el concepto de clase estaba muerto y que la clase obrera había desaparecido.

En 1990 el primer ministro conservador John Major declaró su intención de crear una «sociedad sin clases»[4]. Dos años después, su victoria en las elecciones generales de 1992 parecía apoyar su afirmación de que habían desaparecido las antiguas fidelidades de clase. Los conservadores celebraron su éxito en áreas «tradicionalmente» de clase obrera como Basildon, en Essex. Durante los siguientes años, el Partido Laborista liderado por Tony Blair llegó a adoptar la idea de que la clase ya no tenía relevancia política. Después del triunfo en las elecciones generales de 1997 –acabando con dieciocho años de gobierno *tory*– el viceprimer ministro John Prescott declaraba que «ahora todos somos clase media». El proyecto del «Nuevo Laborismo» de Blair se basaba en la suposición de que la clase había desaparecido tras el declive de las viejas industrias básicas de las que había dependido la clase obrera, como el acero y la minería de carbón. El nuevo primer ministro también creía que la globalización del capitalismo de libre mercado, asistida por las «leyes necesarias para modernizarlo», había traído nuevos niveles de prosperidad a la mayoría de «nuestra gente»[5]. Según Andrew Adonis, uno de los más estrechos colaboradores de Blair, la prosperidad en aumento significaba que «las viejas etiquetas “clase media” y “clase obrera” tenían cada vez menos sentido»[6].

Según esta lógica política, aquellos que quedaban fuera de la tendencia general hacia la prosperidad eran o gorrones irresponsables, o víctimas indefensas. Los políticos conservadores favorecieron la primera explicación. En 1993 el desempleo se elevó por encima del 10 por 100. El primer ministro John Major respondió introduciendo una «línea telefónica de subsidios» para combatir el fraude. Pero las estimaciones de Interior mostraron que las solicitudes fraudulentas de subsidios daban cuenta de menos del 0,8 por 100 del presupuesto de seguridad social[7].

Cuando el laborismo tomó el poder en 1997, los políticos comenzaron a hablar de víctimas en lugar de gorrones. Pero los ministros hablaban de aliviar la pobreza, más que de erradicar la desigualdad. Los ricos recibían elogios por su emprendimiento, y no críticas a su monopolio sobre el poder financiero. «No tengo tiempo para la política de la envidia», declaraba Tony Blair en el programa laborista de 1997[8]. Para «animar al trabajo y

recompensar el esfuerzo», el laborismo se comprometía a «no elevar los tramos básicos o más altos de los impuestos sobre la renta». El gobierno de Blair se centró en abordar la pobreza más extrema. El laborismo redujo los tramos impositivos sobre aquellos que ganaban los salarios más bajos, y centró las estrategias de regeneración –incluyendo la formación laboral básica y adicional, los centros comunitarios y la vigilancia policial– en los vecindarios «extremamente depauperados»[9]. El gobierno del nuevo laborismo de Blair continuó la antigua tradición laborista de invertir más que los conservadores en servicios públicos como educación y sanidad, para proporcionar a los votantes un nivel de vida básico, y asistir a la gente para que pudieran ayudarse a sí mismos.

Pero intentar erradicar la pobreza sin abordar la desigualdad económica era inútil. Tony Blair habló de su visión de una «igualdad de oportunidades», otro punto de continuidad con los antiguos gobiernos laboristas, pero era una visión que nadie pudo cumplir. El gobierno de Blair estaba comprometido mucho más firmemente con el libre mercado que sus predecesores, e incluso los simpatizantes laboristas dudaban de que esta postura pudiera combinarse con el igualitarismo. Como afirma el militante laborista Ken Coates, «¿Cómo puedes hablar de igualdad y asumir la continua pervivencia de empleadores y empleados? ¿Qué tipo de libertad tiene un empleado?»[10].

La respuesta de Blair era que la pobreza podía reducirse, y mejorarse la igualdad social, cambiando las actitudes y el comportamiento de los pobres y de aquellos «sin trabajo». Su gobierno culpaba de la «exclusión social» y la «cultura del desempleo» a los conservadores, por su falta de inversión en los vecindarios de clase obrera. Firmemente comprometido con el libre mercado, el Nuevo Laborismo rechazó la idea de que los planes de creación de empleo proporcionarían una solución. Frank Field, ministro de Reformas de Bienestar, afirmó que muchos de los situados fuera del mercado de trabajo simplemente no eran «empleables»[11]. Su falta de educación, formación y motivación era la que tenía que abordarse, no el comportamiento de los empleadores. David Blunkett –ministro, con Blair, de Educación y Empleo– afirmó que el laborismo debía poner coto al «comportamiento antisocial tanto en los barrios como en la sala de juntas»[12].

En la práctica, el gobierno estaba más ocupado con solventar y penalizar el comportamiento de la gente corriente que el de los consejos de administración. En 1998 se formó una Unidad de Exclusión Social para solventar los problemas culturales de la «infraclase» de Gran Bretaña. El gobierno introdujo las órdenes de comportamiento antisocial (ASBO), que castigaban a las personas problemáticas en los barrios desfavorecidos mediante la imposición de toques de queda y la prohibición de entrar en ciertas áreas. Hubo miles de sancionados, como muestra de su popularidad entre los residentes de clase obrera, que habían vivido aterrorizados por sus vecinos y olvidados por los políticos y la policía. Pero, como Betty Ennis había dicho sobre su barrio, «la gente se queja de los jóvenes porque es más fácil que señalar a los poderosos».

Las ASBO reforzaban las divisiones sociales, no entre los imprudentes jóvenes de «infraclase» y sus vecinos trabajadores, sino entre la elite adinerada y aquellos que carecían de trabajo, riqueza o poder. Quizás pudieron disuadir a algunos alborotadores, pero también borraron toda presencia de jóvenes de clase obrera en los centros financieros de las ciudades. En 2008 la periodista Anna Minton fue a Mánchester, cuyo ayuntamiento seguía siendo un buque insignia laborista, pero había adjudicado más ASBO que cualquier otra autoridad local. Minton descubrió que si bien la mayoría de ASBO fueron asignadas a personas acusadas de comportarse de manera antisocial en sus barrios, la característica más común entre los ASBO de Mánchester era la prohibición a los sancionados de entrar en el centro de la ciudad; el área central más privatizada de cualquier conurbación británica, tachonada de pequeñas tiendas y cafeterías[13].

Abordar las necesidades y preocupaciones de los dueños de negocios y consumidores adinerados significaba excluir a las personas jóvenes de clase obrera del centro de su ciudad. Esto no ayudó a hacer frente a la falta de oportunidades para estos jóvenes. Mientras se alentaba a las comunidades de clase obrera a sumarse a la «inclusión» social, la inclusión financiera no era una prioridad. Los empleadores más grandes de Mánchester, como los de la mayoría de ciudades del siglo XXI, eran cadenas de comida rápida, bares y servicios al cliente, que empleaban a personal temporal y a tiempo parcial, por el salario mínimo. Estos trabajadores rara vez podían permitirse

el lujo de disfrutar de los servicios que proporcionaban, o de vivir en el centro de la ciudad en la que prestaban servicios[14].

El enfoque del gobierno en la «infraclase» sugería que la auténtica división social en Gran Bretaña era entre los consumidores que trabajaban duro y los irresponsables desempleados. Esto era un mito. Un estudio sobre cientos de familias británicas durante la década de 1990 reveló que muchas personas se encontraron viviendo en la pobreza en varios momentos de sus vidas, a menudo como resultado del desempleo, aunque a veces debido a los bajos salarios. En 1997, 4,5 millones de personas en edad de trabajar vivían en hogares en los que nadie tenía empleo. Uno de cada seis británicos dependía de los subsidios estatales para sobrevivir, una proporción mayor que en cualquier otro país europeo occidental, y tres veces la de Alemania. La mayor parte de familias que dependían del trabajo manual o empleos de oficina de baja remuneración vivieron en algún momento por debajo del nivel de la pobreza, siendo especialmente vulnerables a las dificultades cuando los hijos eran jóvenes, o si uno de los progenitores estaba enfermo, desempleado o tenía una edad avanzada. «Mucha más gente de lo que pueda parecer a primera vista es "alcanzada" por la pobreza y recibe ayuda a corto plazo del sistema de subsidios», escribía el investigador social Stephen Jenkins, refutando la extendida idea de que «la cultura del desempleo» y la dependencia de los subsidios podían explicar la pobreza[15].

Al comienzo del siglo XX Gran Bretaña seguía siendo una sociedad dividida por la pertenencia de clase: entre la minoría adinerada que conservaba el poder político y económico, y la mayoría que tenía que ganar un salario decente para llegar a fin de mes. Muchos de estos últimos encontraron más difícil mantenerse que sus padres, y la razón no era su propia irresponsabilidad, sino la creciente inseguridad laboral. En 1990, Bill Rainford había trabajado ya veinte años en la línea de producción de la fábrica de tabaco Ogden, en Liverpool. Había permanecido allí porque los salarios estaban bien y había otros beneficios: una cantina, un club y una buena pensión. Pero hacia 1990 Bill «estaba en una especie de lío». Con más del 20 por 100 de la fuerza de trabajo de Liverpool desempleada, y afrontando una dura competencia internacional, Ogden redujo los salarios, y se aprovechó de la legislación antisindical para erosionar el derecho a vacaciones de los trabajadores, y para introducir el trabajo por turnos. Con

cuarenta años, Bill se vio con que debía trabajar por las noches. Sus gerentes pudieron mantener la amenaza de despido contra los empleados que no cumplieran con los exigentes nuevos objetivos de productividad. Bill «simplemente detestaba, detestaba ir a trabajar».

Bill se había esforzado mucho por adaptarse a una situación cambiante. Finalmente surgió un trabajo como guardia de seguridad en Ogden; solicitó el trabajo y lo consiguió: «Seguían siendo turnos, pero pensaba que trabajaría con mejor ánimo». Tras unos meses, sin embargo, Ogden fue adquirida por Hanson Trust, una compañía de construcción con reputación de negociar duras adquisiciones que les granjeaban suculentos beneficios y conllevaban numerosos despidos. Estas adquisiciones eran rutinarias en la industria británica a comienzos de los años noventa, pero suponían gran ansiedad y agitación para los trabajadores. Después de un año «nos dijeron que los salarios de los oficiales de seguridad eran demasiado altos, así que nos despidieron a todos y nos volvieron a contratar». Bill recordaba que «teníamos que realizar más tareas por menos dinero […] Además de ser guardias de seguridad, nos volvimos también limpiadores de inodoros» –algo que al principio encontró tan degradante que no se atrevió a decírselo a su esposa Barbara–[16]. Se consoló esperando la jubilación.

Pero el trabajo por turnos, la inseguridad y la falta de control producen estrés y mala salud. En 2002 a Bill le diagnosticaron diabetes, y su médico insistió en que pidiera la jubilación anticipada. La diabetes, como la obesidad y las enfermedades cardiovasculares, es cada vez más común en las sociedades ricas, pero estos condicionantes tienden a afectar a aquellos que están fuera del 10 por 100 más rico. Estos problemas crónicos de salud son causados, o exacerbados, por los bajos ingresos y el estrés. Como explican Wilkinson y Pickett: «Cuando experimentamos algún tipo de estrés agudo […] nuestros cuerpos producen una respuesta de lucha o fuga […] cuando seguimos angustiados durante semanas o meses y el estrés se vuelve crónico, entonces […] la energía en forma de glucosa en el torrente sanguíneo puede llevarnos a engordar en los lugares equivocados […] e incluso conducir a la diabetes»[17]. Los trabajadores por turnos son particularmente vulnerables, posiblemente porque los patrones de sueño irregulares agotan el cuerpo, debilitan el sistema inmune e interrumpen la vida familiar de una persona[18]. Bill se jubiló temprano, y con una pensión mucho más baja de lo que esperaba: en Ogden no habían mencionado que,

con la subcontratación del trabajo de seguridad, se extinguían también sus derechos de jubilación.

* * *

El país en el que vivió Bill Rainford no era la Gran Bretaña de nítida clase media que describía la retórica de los políticos. Mucha gente de su generación rechazó la idea de que en su país ya no había clases. John McGuirk, el hijo del trabajador de Bootle que se había ganado la vida en una cuadrilla de construcción de autopistas, se jubiló a finales de la década de 1990. En la década de 2000 su esposa había muerto, vivía solo en una vivienda municipal en ruinas y disfrutaba «jugando a la lotería. Siempre apuesto a mis números, y me siento aquí y sueño durante horas con lo que haría con el dinero». Le distraía de la «preocupación por las facturas de la calefacción», que se estaban convirtiendo en una carga cada vez mayor a medida que aumentaba el coste del combustible. Dependía en gran medida de su hija para la comida y la ropa. Era de clase obrera, decía, «porque tengo menos que otros», y con ello no se refería a los obreros no-manuales ni a los propietarios de vivienda, sino a «los ricos».

La sensación de John McGuirk de que la clase surgía de la desigualdad era compartida por otros en circunstancias más cómodas. Ya jubilado, Sathnam Gill esperaba regresar a su Punjab natal, después de haber ahorrado suficiente dinero para construirse una casa allí. Sin embargo, con su experiencia en sindicalismo y políticas laborales, se identificaba como clase obrera: «Yo trabajo, así que nunca podré ser de clase alta». La sociedad estaba dividida entre «el 5 por 100 de las personas que dirigen el país y el 95 por 100 que son como nosotros». Carol Hinde estaba de acuerdo. En el año 2000 era abuela; su madre, Christine Elliott, era viuda. Ambas habían trabajado durante toda su vida adulta. «Soy de clase obrera», dijo Carol Hinde. «Vas a trabajar. Y necesitas ir a trabajar para vivir. Eso es lo que significa clase obrera para mí». Alan Watkins, el ingeniero de Coventry que se encontró dirigiendo un plan de formación juvenil en la década de 1980, también dijo que «me clasifico a mí mismo como clase obrera» porque había tenido que trabajar para ganarse la vida.

Alan Watkins fue una de las muchas personas que tuvieron que adaptarse a las circunstancias cambiantes, de formas que no había esperado. Planificar

el futuro, algo que se le permitió a las generaciones que habían crecido después de la Segunda Guerra Mundial, no siempre condujo a los resultados prometidos. Hazel Wood también aguardaba su jubilación en la década de 1990. Ella y su esposo John tuvieron un trabajo remunerado desde sus adolescencias. Pero en 1999, a la edad de cincuenta y ocho años, a John se le diagnosticó un linfoma no Hodgkin y le dijeron que sólo le quedaban unos meses de vida. Se jubiló temprano y Hazel, que había supuesto que continuaría trabajando hasta los sesenta años, hizo lo mismo para poder cuidar de él. John murió en 2003, a los sesenta y dos años.

La experiencia de las mujeres con los presupuestos domésticos y sus fuertes vínculos familiares y de amistad significó que a menudo les resultaba más fácil adaptarse a esta época de jubilaciones tardías que a los hombres[19]. Hazel tenía un estrecho círculo de amigas, y disfrutó el hecho de que sus aceptables pensiones les permitían planear reuniones y ver el mundo juntas durante la jubilación, después de muchos años de trabajo y de criar a sus hijos. De todos modos, «perder a John fue algo terrible para mí, porque hacíamos tantas cosas juntos […] es el hecho de que trabajes toda la vida y ambos trabajáis a tiempo completo, y ajustando las cosas, y, ahora que tienes tiempo para hacer estas cosas, él no está allí […] No es justo». La vulnerabilidad de los trabajadores manuales frente a la enfermedad y la muerte prematura aumentó después de 1979 por primera vez en sesenta años –resultado del estrés, el desempleo y la pobreza[20].

Los miembros de la generación de Hazel sentían que algo se había perdido desde los años de posguerra. Tenían claro que los treinta años posteriores a 1945 no fueron perfectos: el poder de la gente de clase obrera surgió de la necesidad de mano de obra de los empleadores, lo que a su vez dio a la fuerza de trabajo y sus familias una seguridad económica sin precedentes, además de nuevos derechos políticos. La seguridad laboral ofrecía a la gente la capacidad de planificar el futuro; también lo hizo el Estado del bienestar. Billy y Barbara Rainford lo explicaban de esta manera:

> Barbara.— Pero siempre parecieron ser tiempos felices [en la primera parte de su vida adulta].
> Bill.— Sí, pero no lo veas de color de rosa.
> Barbara.— No, no, lo que quiero decir es que la gente no tenía dinero […] *(se queda en silencio)*

Bill.— La infraestructura del país parecía estar en su lugar ¿verdad? […] Me preocupo más por mis nietos de lo que me preocupo [por mis hijos].

Barbara.— Sí, iba a decir justo eso, simplemente te preguntas en qué tipo de vida van a crecer[21].

Para Bill y Barbara Rainford, el desmantelamiento del Estado del bienestar y la desaparición de empleos para toda la vida significaba que no tenían confianza en que sus nietos disfrutarían de seguridad en la edad adulta. No estaban solos. En 2011 una encuesta sobre un censo de miles de británicos llevada a cabo por la organización BritainThinks comprobó que el miedo que prevalece entre las personas mayores de clase obrera es que «nuestros hijos y nietos no podrán permitirse el lujo de casarse y tener hijos»[22]. Lejos de querer vivir del Estado, el miedo prevaleciente entre este grupo y sus hijos es que a las futuras generaciones se les negará la independencia que valoran.

Para comprender las experiencias de estas generaciones más jóvenes, hablé con algunos de mis antiguos compañeros de clase sobre sus vidas desde que salieron de nuestra gran escuela integral, socialmente mixta, en Newcastle-upon-Tyne[23]. A principios de la década de 1990, aproximadamente el 15 por 100 de nuestra promoción de 300 estudiantes fue a la universidad, un poco menos que el promedio nacional, en un momento en que un cuarto de los estudiantes de dieciocho años ingresaban en la educación superior[24]. Mi pequeña muestra de veinte compañeros de clase –todos a los que pude rastrear– reflejaba esto. Dos –John y Shelley– habían ingresado en la educación superior a los dieciocho años, pero el resto abandonó la escuela o la universidad para conseguir un trabajo. Cuando me puse en contacto con ellos en 2013, estábamos todos al final de la treintena. Todos mis antiguos compañeros de clase, excepto Shelley, vivían en el noreste de Inglaterra.

La mayoría de mis compañeros de clase son hijos de trabajadores manuales, y varios contemplaron cómo sufrían sus padres el desempleo de larga duración, o vieron a sus madres trabajar en múltiples empleos para llegar a fin de mes. La importancia del trabajo duro para salir adelante era un tema común de su infancia en los años ochenta. «Mis padres trabajaron a todas horas para ahorrar y comprar una casa», recordó John, que creció en un piso municipal. Sus padres eran oficinistas, y «prácticamente me criaron mis abuelos»[25]. Shelley recordaba a su madre «haciendo cualquier cosa,

y todo lo que pudo, para mantener a dos niños pequeños, incluyendo trabajos de limpieza o en un bar[26]. La madre de Jack era madre soltera; «tuvo trabajos de limpieza, a veces dos trabajos a tiempo parcial a la vez. Era muy trabajadora, pero no ganó mucho dinero y a veces pasó por dificultades»[27]. Su énfasis en la necesidad del trabajo duro para llegar a fin de mes recuerda a la forma en que niños como Christine Elliott describían cómo era crecer en los años veinte y treinta. Sus historias son un recordatorio de que la década de 1980 fue difícil para muchas personas, y que perdura el recuerdo de esos años.

Superficialmente, mis compañeros de clase personificaban la transformación de Gran Bretaña en una sociedad de clase media, por no decir una supuesta sociedad sin clases. Todos estuvieron en puestos asalariados, no manuales, con títulos impresionantes: eran consultores, administradores y ejecutivos de ventas. Treinta años antes, el 55 por 100 de los trabajadores habían sido empleados en trabajos manuales; llegado el milenio, más del 70 por 100 estaban empleados en trabajos no manuales, comúnmente en puestos de ventas, en cafés y centros de llamadas, o como procesadores de datos en oficinas[28]. Vestían trajes elegantes, lucían cortes de pelo a la moda y la mayoría poseía al menos un automóvil. Ninguno era un profesional de nivel alto (o *senior,* definido por el censo oficial como doctor, académico, político, financiero o abogado), pero ninguno estaba desempleado. La mitad de ellos habían crecido en casas o apartamentos de alquiler público o privado, pero sólo uno de ellos vivía ahora en un alojamiento alquilado. Como decía Jacqui, una exconsultora industrial que ahora estudia Electrónica en la universidad, sobre ella misma y su pareja, Doug –«un ingeniero muy trabajador»–, «parecemos muy ricos, por la gran casa y los automóviles»[29]. Aparentemente apoyaron el punto de vista de Tony Blair de que una «economía de servicios basada en el conocimiento», sin restricciones por la regulación estatal, «ofrece a millones de nuestros ciudadanos la oportunidad de encontrar nuevos trabajos, aprender nuevas habilidades, emprender nuevas carreras, establecer y expandir nuevas empresas; en resumen, hacer realidad sus esperanzas de un futuro mejor»[30].

Pero si la generación de Jacqui se distingue de sus padres por sus ocupaciones no manuales, su falta de seguridad les distingue de sus abuelos. Los que prosperaron en su carrera tuvieron que asumir riesgos ansiógenos

para hacerlo. Obtener una casa propia implicaba grandes riesgos. El aburrido camino del trabajo duro y la conformidad, que recordaban quienes fueron niños de Grammar School en la posguerra, como Paul Baker, casi parece atractivo cuando se compara con las incertidumbres que afrontaron los ambiciosos trabajadores jóvenes en la década de 1990. Shelley se graduó en moda y trabajó en la industria desde entonces, para convertirse finalmente en asistente ejecutivo de uno de los mejores diseñadores de moda del mundo. «El momento más duro fue quedarme sin trabajo mientras vivía en Londres, y la necesidad de luchar por un nuevo empleo dentro de la misma compañía». Shelley tenía unos veinte años en ese momento, «¡era ingenua y estaba a kilómetros de mi familia!». Se había aferrado con éxito a su carrera, y pensó que era una «buena lección de vida»: aprender a hacer frente a la inseguridad era claramente necesario para muchos integrantes de su generación.

Las ganancias podían ser enormes, pero también lo fueron las pérdidas. Sandra había sido menos afortunada que Shelley, aunque no por falta de trabajo duro y determinación. En la década de 2000 había abrazado la «cultura empresarial» elogiada por Margaret Thatcher y Tony Blair, convirtiéndose en su propia jefa como entrenadora de natación. En 2010 Sandra votó «*tory*, por su promesa de apoyar a las pequeñas empresas. Empleaba a once personas y sentía que la "alta sociedad" era alcanzable». Pero cuando la recesión golpeó los bolsillos de las personas, la demanda de clases de natación cayó, justo en el momento en que se rompía el matrimonio de Sandra, y se encontró afrontando casi en exclusiva el cuidado de sus hijos pequeños. Su negocio quebró, y sus once empleados perdieron sus trabajos. Mirando hacia atrás, al voto que emitió en 2010, sólo dice una cosa: «¡qué idiota fui!»[31].

Evitar el riesgo no era una opción en un mercado de trabajo tan incierto. Desde que dejó la escuela a los dieciocho años, Jacqui había pasado gran parte de su vida laboral empleada en contratos temporales, haciendo trabajo administrativo rutinario. Luchó arduamente por continuar trabajando, habiendo sido testigo de la experiencia de su padre: un exconstructor naval que dejó el astillero para trabajar en una fábrica en la década de 1980, viendo que el cierre estaba a la vuelta de la esquina, para acabar finalmente en el paro en la década de 1990. Al observar cómo crecían su humillación y ansiedad cada vez que tenía que renovar el paro, Jacqui «se dio cuenta de

que mi padre, mi héroe, era un tipo normal y corriente, con las mismas preocupaciones que todos los demás». Cuando él encontró otro trabajo, fue «con uno de esos molestos contratos de cero horas», demasiado habituales a mediados de los noventa. Jacqui aprendió de la experiencia de su padre que tenías que cuidar de ti misma: necesitabas saber cuándo quedarte en un trabajo y cuándo irte.

A principios del siglo XXI, el tipo de empleo informal y temporal del que dependía el padre de Jacqui se había convertido en una forma de vida para muchas personas. No deberíamos idealizar el trabajo en el pasado; a muchos trabajadores en las décadas de 1920 y 1960 les resultaban aburridos sus trabajos, y antes de la Segunda Guerra Mundial millones de trabajadores sufrían la inseguridad. En la década de 1930 el desempleo había sido la causa principal de pobreza. En 2000, el desempleo era más bajo, pero tener un trabajo ya no garantizaba que pudieras llegar a fin de mes. Los bajos salarios eran ahora la causa principal de pobreza. A pesar de que el laborismo introdujo un salario mínimo en 1998, un número cada vez mayor de trabajadores no ganaba lo suficiente para vivir, porque la expansión más rápida se daba en los empleos a tiempo parcial, temporales e informales[32].

En 2012 Jack, de treinta y ocho años, estaba entre los que sólo habían conocido empleos inseguros. Había abandonado la educación a los dieciocho años, armado con un Diploma Nacional en Ocio y Tiempo libre del Business and Technology Education Council. Sólo pudo encontrar trabajos a tiempo parcial en bares y pubs, trabajando apenas unas pocas horas cada noche. «Mi primer "trabajo de verdad" fue como reponedor en el Tesco local […] por veinte horas a la semana me pagaban 4,10 libras la hora […] Entonces logré asegurarme un empleo como gerente de almacén en una tienda», pero esto sólo duró dos años y su condición de empleo a tiempo completo era sólo parcialmente positiva: Jack logró obtener una hipoteca gracias a este contrato, pero «no disfrutaba el tiempo que pasaba allí». Se las arregló para conseguir otro trabajo, y pasó el resto de su veintena trabajando como dependiente. En la treintena, encontró un trabajo que esperaba que fuera duradero, como auxiliar administrativo en unas grandes oficinas. Pero este trabajo nunca puede ser completamente seguro, ya que su empleador gestionaba hipotecas; sus ganancias dependían de que las personas se hipotecaran y de los desahucios de quienes no podían pagar.

Si la situación económica cambiaba, Jack sabía que podía ser despedido. No le gustaba, pero nunca esperó nada más: «Creo que siempre supe que no iba a ser rico y que siempre tendría empleos relativamente mal remunerados, como mi madre antes que yo, y como [tenían] también muchos de mis amigos».

Las historias relatadas por la generación de Jack comparten una sensación de impotencia. Los empleadores y políticos defendieron los contratos de cero horas y a tiempo parcial, declarando que eran necesarios para que Gran Bretaña compitiera en un mercado laboral globalizado. Señalaron que los convenios colectivos, las estructuras de ascensos laborales y la contratación fija que ofrecían, por ejemplo, algunos puestos de funcionarios –en ayuntamientos o entre el profesorado universitario– generaban improductividad y complacencia. En 2002 Tony Blair presentó una nueva estructura laboral para el sector público que hacía hincapié en la flexibilidad laboral, e introducía la remuneración basada en resultados. Afirmó que «los servicios públicos exitosos tienen prácticas flexibles de contratación y empleo», incluyendo «sistemas flexibles de pago» e «incentivos» como la remuneración vinculada al rendimiento. La permanencia en el empleo, los salarios fijos y las estructuras de promoción eran «prácticas restrictivas» que obstaculizaban la productividad[33].

Sin embargo, nadie ha ofrecido pruebas sustanciales de que la seguridad laboral y los derechos laborales generen ineficiencia. De hecho, parece más bien lo contrario. En 2011 se perdieron 131 millones de días laborales por enfermedad –alrededor de cuatro días y medio por cada adulto empleado–. Las causas más frecuentes fueron el estrés, la depresión o la ansiedad[34]. Durante el mismo periodo de tiempo, los empleadores informaron de un gran aumento en el número de trabajadores que acudían enfermos al trabajo, en concreto con problemas de salud mental, como la depresión; lo que sugiere que las cifras de baja por enfermedad subestiman enormemente el nivel de estrés de los trabajadores y el temor de los empleados a perder sus trabajos por enfermedad durante la recesión que había comenzado en 2008[35].

Incluso aquellos que «prosperaron» y «lo lograron» lo pasaron mal si carecían de activos privados a los que recurrir. Sus ganancias llegaron a costa de un trabajo duro e interminable, y una orientación individualista que a menudo rechazaban. A sus veinte años, Jacqui se propuso conquistar el

mercado de trabajo con «trabajo duro, perseverancia, determinación y una enorme sonrisa». Ella se abrió paso hasta convertirse en un «analista de mercado a tiempo completo» (en la década de 2000 tener un trabajo a «tiempo completo» era un logro importante). Pero al empezar la treintena se le pidió que renunciara cuando su marido se despidió del trabajo para firmar por una compañía rival. «Mi gerente pensó que era peligroso que permaneciera en la compañía mientras trataba información confidencial.» Como observa el sociólogo Richard Sennett respecto al capitalismo contemporáneo, «un régimen que no brinda a los seres humanos ninguna razón profunda para cuidarse unos a otros no puede conservar su legitimidad por mucho tiempo»[36]. Los empleadores de hoy dictan que los trabajadores vivan según dos objetivos irreconciliables y en pugna: lealtad incuestionable a sus jefes, pero también interés propio, en un mundo donde los empleadores no cuidan de sus trabajadores. Algunos empleados, como el marido de Jacqui, Doug, logran que el sistema juegue a su favor, pero son una minoría, y su éxito suele ser limitado. Para Doug, «éxito» significaba cambiar de empleo, trabajar largas horas y poner en peligro la carrera de su esposa. Sobrevivir en este tipo de mercado laboral a menudo conlleva enormes pérdidas sociales, así como exigir a los trabajadores que sacrifiquen tiempo con sus familias y renuncien a la posibilidad de tener relaciones a largo plazo en su comunidad local, al cambiar regularmente de puesto de trabajo y de domicilio[37].

Pero políticos y empleadores sugieren que son los valores de la gente común los que resultan problemáticos. A pesar de que la recesión que comenzó en 2008 fuera causada por la excesiva especulación de los banqueros, los políticos han culpado del desempleo resultante a los propios trabajadores. Estos son castigados por no trabajar lo suficiente o no adaptarse al mercado laboral «global» aceptando reducciones salariales. En 2010 George Osborne, el ministro de Hacienda conservador, acusaba a los «gandules» y «haraganes» de pasar sus días «entre siestas y subsidios»[38]. Al año siguiente, el primer ministro David Cameron se comprometió a reparar una «Gran Bretaña rota» caracterizada por el crimen, el embarazo adolescente y la falta de trabajo: efectos de la «recompensa sin esfuerzo, el crimen sin castigo, los derechos sin responsabilidades»[39]. Los medios han reflejado este tono. En 2007, los periódicos y tabloides británicos usaron la

palabra *scrounger* («gorrón») 46 veces. En 2010 se mencionó 219 veces; 240 en 2011[40].

Esta narrativa resultó persuasiva. Llegado el año 2010, la mayoría de la gente en Gran Bretaña creía que los estafadores se hacían con más de un cuarto del presupuesto social, y que los recortes de subsidios del gobierno de coalición se dirigían exclusivamente a los desempleados[41]. La mayoría de mis antiguos compañeros de clase creía que «hay quienes no merecen subsidios», en palabras de Jacqui. «Odio pagar a los desempleados voluntarios», decía María, jefa de planificación de una empresa de agentes inmobiliarios[42]. En una sociedad en la que a las personas se les dice que dependan de sí mismas, a los que están en apuros se les culpa de sus circunstancias. En la encuesta BritainThinks de 2011, los encuestados creían que la gente de clase obrera era «vaga», «codiciosa» y «drogadicta». Por el contrario, describían a las personas de clase media como «trabajadoras», y creían que las caracterizaban el «esfuerzo» y «talento»[43]. Sin embargo, de hecho, el gobierno estima que actualmente menos del 1 por 100 del presupuesto de bienestar se solicita fraudulentamente. En cuanto a los recortes de subsidios que golpean más a los desempleados, voluntarios o no, más de un 60 por 100 de los afectados por los recortes entre 2010 y 2013 fueron gente activa en el mercado de trabajo[44].

El resentimiento contra los «gorrones» atestigua la frustración de las personas por las exiguas recompensas que aporta su propio trabajo duro. Ron Jones, el exconductor de autobús de Liverpool, se encuentra entre ellos. Jubilados, él y su esposa Edna viven en la casa de Huyton que compraron al ayuntamiento en 1982. Los vecinos de Ron viven de subsidios sociales; Ron los llama «gorrones». Se consuela a sí mismo pensando que ellos «no han podido lograr lo que tenemos: las vacaciones, ser dueños de nuestra propia casa», pero se queja de que pueden «fumar y beber», lujos que tuvo que abandonar para pagar las vacaciones y la hipoteca. Mas la ira ante los que viven «de las políticas sociales» a menudo es provocada por la decepción de la gente ante su propia situación[45].

Si algunos culpan a los solicitantes de subsidios por su situación, hay otros resentidos con los trabajadores migrantes. Políticos y periodistas se han llevado las manos a la cabeza con el racismo de la «clase obrera blanca», un grupo que parece incapaz de adaptarse a la Gran Bretaña

multicultural. En 2007 la BBC encargó una serie de dramas y documentales: la «Temporada blanca», diseñada para «poner el foco sobre la clase obrera blanca en la actual Gran Bretaña». Como insinuaba el título, el enfoque de estos programas estaba en «el aumento de la popularidad de la política de extrema derecha», y esas personas sobre las cuales se centraba la campaña eran definidas como si se encontraran «bajo asedio». Los programas se realizaron a raíz de las elecciones locales de 2005, cuando el Partido Nacional Británico (BNP), de extrema derecha, quedó en quinto lugar en las elecciones a la alcaldía de Londres y sacó un puñado de concejales. En 2009, los partidos políticos de extrema derecha antiinmigración disfrutaron de un gran éxito en el Parlamento europeo: el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) obtuvo más del 17 por 100 de los votos, y el Partido Nacional Británico logró dos diputados, elegidos en el noroeste y en Yorkshire y Humber. El periodista de la BBC Gavin Hewitt concluyó que «la clase obrera blanca» se sentía «ignorada y marginada» por los principales partidos políticos[46].

Entre mis antiguos compañeros de clase, Jack, auxiliar administrativo, fue el único que se unió a un partido político: al BNP. Lo explicaba así: «Mi hijo tenía cinco o seis años y yo tenía una hipoteca sobre una casa de tres dormitorios. Siempre había estado en el extremo inferior de los niveles de renta». Luchando a veces para salir adelante, Jack comenzó a interesarse por la política. «El BNP estaba en las noticias en ese momento, porque su líder, Nick Griffin, acababa de ser declarado no culpable de instigar el odio racial. Para mí esto parecía como el hombre pequeño del que abusaban los poderes dominantes». Este fue el primer partido político que tenía miembros «justo como yo, clase obrera, blanca, y que explícitamente declaraba su intención de “colocar a Gran Bretaña del lado de la gente como yo”». Las preocupaciones de Jack eran principalmente económicas; su interés en el BNP se vio desencadenado por su autorrepresentación como un partido marginado por el *establishment* británico. La figura del «pequeño» oprimido resultaba atractiva para muchos votantes que se encontraban en la posición de Jack, pero era menos previsible que dieran tanto apoyo a las ambiciones de poder del BNP. Los éxitos electorales del BNP en 2009 se debieron a la menor participación electoral, que había descendido a medida que colapsaba el apoyo a los partidos principales, y no a un gran aumento en el voto directo para el BNP. Esto sugiere desilusión

con los partidos principales, más que una postura antiinmigración entre los votantes de clase obrera[47].

Políticos, empleadores y periodistas fueron parcialmente responsables del éxito de la extrema derecha. En 1992 y 1997 se les pidió su opinión sobre la inmigración a los residentes de Basildon, predominantemente blancos de clase obrera. Más de la mitad de ellos creían que el gobierno «daba demasiado apoyo» a los inmigrantes, y en 1992 más de un tercio creían que la inmigración debía restringirse. Pero hacia 1997 menos de un quinto pensaban que debía limitarse la inmigración, mientras que más de tres cuartos expresaron su apoyo a la legislación antirracista. Este cambio reflejaba un declive en la inmigración como preocupación política y como tendencia periodística, en un momento en que el Nuevo Laborismo le dio la vuelta a la agenda política, resituando el debate sobre el desempleo y la educación en la campaña de las elecciones generales de 1997 (ambas fueron preocupaciones cruciales para los residentes de Basildon)[48]. Pero desde comienzos de la década de 2000 los políticos buscaron desviar la atención respecto a su papel en la perpetuación de la desigualdad económica, colocando una vez más la raza en el debate político, e intentando sugerir que esta, y no la clase, era la división social más profunda en la Gran Bretaña del siglo XXI. Como escribió Owen Jones en *Chavs: The Demonization of the Working Class*, los poderosos lograron adscribir «los problemas de la "clase obrera blanca" […] a su piel blanca, y no a su clase»[49]. Al mismo tiempo, políticos y empleadores han utilizado deliberadamente a los trabajadores migrantes como mano de obra barata –con la aquiescencia de la Unión Europea y el FMI– y después les han culpado por el desempleo.

Esto no es una excusa para el racismo. Muchos británicos negros, asiáticos e inmigrantes se sentían igual de marginados que Jack; sólo necesitamos recordar la indignación de Betty Ennis ante el estado de abandono de su barrio en Coventry. Muchos racistas vivían en zonas donde no tenían contacto alguno con gente negra o asiática, y no se veían directamente afectados por los trabajadores migrantes. Deborah Temple, que votó conservador durante la década de 1980, compartía el desagrado por los «negros» con su padre laborista, pese a no haber conocido o visto nunca a una sola persona negra en su pequeña ciudad de Surrey. «Sé que está mal», decía Deborah, «pero si una familia negra se mudara a la casa de

al lado yo me iría […] no hemos crecido con negros, no conocemos cómo son sus vidas»[50].

Pero tales actitudes no eran ni inevitables ni universales. Mucha gente mayor y de clase obrera blanca, en áreas donde la inmigración había sido superior a la vivida en la ciudad natal de Deborah, creían que la creciente diversidad racial y étnica de Gran Bretaña supondría un cambio a mejor. Alan Watkins hablaba de cómo se habían derrumbado sus prejuicios:

> Creo que la gente tiende a ver a la gente en compartimentos estancos, algo que me parece realmente desafortunado. No encuentras mucho de eso en el barrio, eso es bueno. Mi jefa es una mujer afrocaribeña –creo que hace veinticinco años, yo [habría] considerado eso bastante difícil de asumir–. Siempre le digo a ella: «Tú y yo no deberíamos llevarnos bien, porque eres una mujer negra afrocaribeña, yo soy un señor blanco de más de cincuenta años», ya sabes, los estereotipos: de ningún modo pueden conocerse, y tal. Y desde luego que puedes. Creo que ella es una gran gerente.

James Carroll, un antiguo estibador, hablaba con orgullo de su ciudad natal, Liverpool, como un «crisol». A Barbara Rainford, que trabajó en las fábricas de Liverpool toda su vida, le gustaba el hecho de que sus nietos «jueguen juntos [con niños negros y asiáticos] en el colegio, y no les supone ninguna diferencia […] y eso es fantástico, está bien». Como todas las perspectivas, estas eran selectivas; los vecindarios de Liverpool, por ejemplo, estuvieron fuertemente segregados por la raza y religión durante gran parte del siglo XX. La propia Barbara Rainford hablaba de «sentirse como una extranjera en el centro de mi propia ciudad», un comentario sobre lo poco que ofrecía Liverpool a la gente de clase obrera en términos de vivienda, empleos y compras. Pero la actitud de Barbara, por un lado contenta de que sus nietos jugaran en el colegio con una amplia mezcla étnica de amigos, y por el otro lamentando sentirse como una «extranjera», muestra que la raza y la inmigración se han convertido en los únicos marcos aceptables dentro de los cuales la gente de clase obrera blanca puede hablar de desigualdad. Cuando empleadores y políticos les dicen por qué escasean los empleos o viviendas, la gente se preocupa de las oportunidades de sus hijos y nietos, frente a las oportunidades de los trabajadores migrantes, a los que los empleadores son animados a usar como mano de obra barata. En un país donde ningún partido político principal habla de acabar con la desigualdad económica, sino que todos hablan de la necesidad de controlar la inmigración, la raza se ha convertido en el único medio legítimo

mediante el cual la gente de clase obrera blanca puede reafirmar su derecho a algunos de los bienes y servicios que ayudan a producir.

Mientras que los medios prefieren centrarse, escandalizados, en muy determinados aspectos de la vida de la «clase obrera blanca», se obvian los prejuicios de las clases alta y media –sean hacia la gente de clase obrera blanca o negra–. En la página web *Mumsnet*, padres anónimos del siglo XXI hablaban abiertamente sobre la correlación que ven entre clase y buenos colegios. Al justificar la decisión de enviar a su hijo a una escuela integral, «Happy-gardening» señalaba que «nos hemos mudado recientemente a una pequeña ciudad demasiado de clase media, y el examen de nivel estaba cerca»[51]. En un artículo para el *The Guardian*, Karen Glaser entrevistó en 2009 a padres ateos de clase media que habían elegido enviar a sus hijos a escuelas religiosas. Sian Martin explicaba que había cambiado a su hijo de su escuela primaria local a una escuela judía porque «a Noah le gusta leer pero no el fútbol, dos cosas que iban en su contra en un colegio donde el éxito significaba que todo el mundo alcanzara un cierto nivel»[52]. De vuelta a *Mumsnet*, la persona tras el alias «Lardass», cuyos hijos estaban siendo educados en escuelas privadas, respondía a un crítico: «Afrontemos los hechos; todos tenemos un corazón pijo y muchos pagarían por evitar que su hijo hablara como el típico jugador de fútbol de primera división»[53]. Otros hablaban de que querían asegurar a sus hijos un privilegio que no estuviera al alcance de otros. «En algunas profesiones ayuda tener el colegio “correcto” en tu curriculum», explicaba «amck700»[54]. Los padres de clase media variaban en su punto de vista sobre los británicos negros y asiáticos, y los migrantes, tanto como la gente de clase obrera. Otra usuaria del foro de *Mumsnet* decía que había enviado a sus hijos a una escuela primaria en la que los niños blancos eran la minoría, porque era más de clase media que los otros colegios locales, y «la cultura de clase obrera no da valor a la educación», mientras que otros padres deliberadamente eligen colegios blancos, a menudo en zonas en las que la población local negra o asiática es de clase obrera[55]. Como señala la periodista Polly Toynbee, «ningún partido ha desarrollado ideas radicales para romper la división de clases entre quién va a qué escuela», porque esto significaría «desafiar los intereses de la clase media»[56].

Pero las motivaciones de estos padres blancos de clase media eran sorprendentemente similares a las de familias que querrían evitar.

Compartían el miedo de la clase obrera a que, en una era de inseguridad laboral y escasez de vivienda asequible, sus hijos no pudieran disfrutar de los niveles de vida que habían experimentado sus padres. Ni el racismo de clase obrera ni los prejuicios de clase media explican por qué, en 2010, Gran Bretaña seguía siendo el país económicamente más desigual de la Unión Europea. Es la perpetuación de la explotación, y no los actos individuales de discriminación, la que explica la desigualdad. Las acciones de la clase media no fueron responsables de la distribución desigual de riqueza y poder, con la cual no tienen nada que ganar. Precisamente, como en 1945, también en 2010 aquellos que tenían que trabajar para vivir tenían mucho más en común entre sí que aquellos que podían vivir sin trabajar.

Pero en 2010 era menos probable que la gente viera la clase y la desigualdad como un medio para explicar sus circunstancias. Al no poder reconocer la desigualdad económica como un problema, los políticos y empleadores neoliberales sugieren que los individuos son responsables de su propia infelicidad o pobreza, en lugar de poner el foco sobre las relaciones económicas en general. Alguna gente culpa a los «gorrones» o a los inmigrantes de sus difíciles circunstancias, otros culpan a sus vecinos de clase media; pero hay más gente que se culpa a sí misma. Rememorando su vida, Bill Rainford no podía señalar problemas particulares con los gerentes, ni el estrés y agitación que le habían causado las turbulencias económicas de las décadas de 1980 y 1990, pero en última instancia creía que «le habría ido mejor» si «no me hubiera dedicado a fantasear» en el colegio. Esta idea de que la gente es responsable de sus propias circunstancias es una concepción que la generación de Bill recibió junto con su leche gratuita en la escuela: era central para la retórica política de posguerra sobre la promoción de la «meritocracia». Revisitando su «fracaso» en el examen once-plus, Bill dijo: «Sólo soy carne de cañón para la fábrica».

Generaciones crecidas en las individualistas décadas de 1980 y 1990 estaban aún más convencidas de que eran totalmente responsables de sus circunstancias. Mi antiguo compañero de clase John, un funcionario de bajo nivel, creía que nada le había lastrado; había tenido «una familia estable, muchos amigos y oportunidades educativas aceptables. ¡Es culpa mía si no las aproveché!». Las mujeres de la generación de John ofrecían explicaciones individualistas similares para explicar el éxito o el fracaso,

pero veían su personalidad como algo al menos tan importante como el trabajo duro. Shelley estaba convencida de que «el mayor obstáculo» para lograr sus ambiciones era «mi propia confianza personal». Los reveses eran vividos como juicios sobre su personalidad: Jacqui se sentía «traicionada» cuando su jefe la despidió, arruinando su fuerte convicción de que el trabajo duro y honesto, la determinación y una «gran sonrisa» la llevarían al éxito. Como han revelado los sociólogos Bev Skeggs y Valerie Walkerdine, estas actitudes no se limitan al noreste de Inglaterra: las mujeres de ambientes de clase obrera a las que entrevistaron en la Inglaterra meridional también veían su apariencia y personalidad, de manera similar, como determinantes de sus vidas, y cualquier fracaso las hacía sentir una baja autoestima, ansiedad y depresión[57].

Pero según mis compañeros de clase se preparaban para cumplir los cuarenta años, las actitudes hacia la clase y la desigualdad parecían estar cambiando en Gran Bretaña. El éxito de *The Spirit Level* daba una pista: este estudio académico sobre «por qué la desigualdad es mala para todos nosotros», escrito por dos sociólogos, se convirtió en un sorprendente *bestseller* cuando se publicó en 2010[58]. *Chavs*, de Owen Jones, logró un éxito similar un año después. Una encuesta realizada por el *think-tank* British Future indicó que más del 60 por 100 de los británicos se identificaban como clase obrera[59].

No era ninguna coincidencia que este nuevo interés en la clase coincidiera con la primera gran recesión en veinte años. Tras la contracción del crédito en 2008, muchos trabajadores –independientemente de si se consideraban clase obrera o clase media– se sentían mucho menos seguros a nivel financiero. En 2011 menos de un cuarto de la gente que se describía como clase media sentía que tenía seguridad financiera. Este grupo estaba jubilado y tenía una carrera corporativa o profesional detrás; estaban entre el 7 por 100 de la población lo suficientemente rica como para haber pagado una educación privada para sus hijos[60]. La mayoría se sentía mucho menos confiada en sus circunstancias. Independientemente de si la gente se definía como clase obrera o clase media, muchos reconocían que la división crucial en la sociedad seguía siendo entre el 1 por 100 más rico y poderoso, y el resto de la población, que tenía que ganar dinero para llegar a final de mes.

Aquella gente que se consideraba clase obrera lo hacía, principalmente, por la misma razón que habían dado las generaciones anteriores: tenía que trabajar para vivir. Hacia 2010, ese simple hecho parecía muy importante en un mundo donde podía perderse el empleo. Jonathan, el hijo de Carol Hinde, era mando intermedio en una pequeña empresa, pero Carol no estaba segura de que estuviera mucho mejor que su hija, Karen, cocinera en la escuela primaria local. Jonathan y Tash, su esposa, tenían «un coche fabuloso […] un Mitsubishi, una gran cosa negra», y un «hermoso» chalé. «Si no supiera nada más, diría que son clase media», decía Carol. Pero ella sabía que Jonathan y su esposa tenían que trabajar muchas horas para financiar su estilo de vida, que ninguno de sus trabajos eran seguros, y que «tienen deudas, una enorme hipoteca […] mucha deuda». En suma, ella no pensaba que la situación de su hijo fuera muy diferente de la de su hija: ambos tenían que trabajar para vivir, y ambos sufrirían si sus trabajos desaparecieran. Una generación más joven está de acuerdo. «Soy de clase obrera porque he tenido que trabajar duro para conseguir todo lo que tengo», dijo Jacqui. Como decía John, de treinta y ocho años, «todos tenemos que trabajar para vivir, así que diría que todavía soy clase obrera. Siempre lo seré, supongo».

Gente de un amplio abanico de ocupaciones y contextos sociales compartía el punto de vista de John sobre que la necesidad de trabajar para vivir definía a la clase social. En 2007 la página web de la BBC publicó la encuesta British Social Attitudes correspondiente al año 2006, que sugería que casi el 60 por 100 de los británicos se denominaban clase obrera, aunque sólo un tercio estaban empleados en trabajos manuales. Los lectores y espectadores estaban invitados a participar. «Supongo que soy clase media, al ser profesora con una titulación universitaria», decía Megan, de Cheshire. «Pero salgo a trabajar cada día […] así que en realidad soy clase obrera.» Alan Griffith, de Londres, escribía que «soy clase obrera porque tengo un empleo, y trabajo para alguien». «Si los jefes te pagan para trabajar, y no eres dueño de tu empresa, entonces eres clase obrera», escribía Lucien, desde Norwich[61]. Cuarenta años después de que el equipo de Goldthorpe visitara a los trabajadores del automóvil de Luton, estos empleados profesionales y de cuello blanco expresaban visiones muy similares a las que habían escuchado los sociólogos en las líneas de montaje

de Vauxhall. La clase no estaba determinada por el nivel de ingresos de una persona, sino por su poder; principalmente, su poder económico.

La clase como una identidad política colectiva era, sin embargo, menos popular de lo que había sido treinta años antes. Diferentes gobiernos han defendido desde la década de 1980 una narrativa política individualista, y las manifestaciones colectivas de la fortaleza de la clase obrera (principalmente los sindicatos) eran criticadas por egoístas o criminales. A comienzos del siglo XXI los sociólogos descubrieron que mucha gente prefería describirse como «corriente», al considerar «clase obrera» como un término politizado con connotaciones de la década de 1970. Otros veían «clase obrera» como un término socialmente estigmatizado, que era cada vez más intercambiable por «infraclase»[62]. Y hacia 2010 mucha gente veía la clase como una identidad colectiva que no les ofrecía nada en esa sociedad individualista. «Espero no ser de ninguna clase», decía Shelley, que tuvo que luchar duro para ascender en su carrera.

Pero, se describieran como se describieran, pocos sentían en 2010 que una sociedad individualista o desigual fuera algo bueno. Muchos cuestionaban la lógica de una sociedad que exigía trabajo cada vez más duro a expensas de la vida familiar, la amistad y los servicios públicos. La vida diaria de Shelley giraba alrededor del trabajo, sus dos hijos pequeños y su marido, y sus principales preocupaciones eran «ser una buena madre» y «los problemas financieros», preocupaciones que convergían en «proporcionar un futuro para mis hijos, para que puedan tener una educación y una vida con oportunidades». Centrarse en los hijos es un medio de expresar y encontrar el amor, en una sociedad que ofrece poco espacio para la acción colectiva fuera de la familia. Hayes y Hudson averiguaron que existían sentimientos similares entre la gente mayor de Basildon, donde «fuera de la familia, no hay modo de vincular un proyecto individual o conjunto de esperanzas y aspiraciones con las acciones y riquezas colectivas»[63]. Pero, entre este grupo, hacer un descubrimiento científico o médico que pudiera contribuir al bien social más amplio siguió estando en lo más alto de una lista de «logro personal más satisfactorio», sugiriendo que la gente quería contribuir a la sociedad[64].

Mucha gente creía que la autoayuda colectiva –facilitada por el Estado– debía ampliarse para ayudar a los necesitados. Entre la generación de más edad, ya entrado el siglo XXI, Judy Walker y Betty Ennis seguían

implicadas en campañas comunitarias y en defensa de la vivienda pública. Examinando su vida, Judy Walker –ahora abuela, madre de tres hijos, dependienta convertida en trabajadora de guardería, en su momento expatriada y dos veces casada– veía su activismo como algo central en todos esos roles, que definía quién era: «Soy una activista». La gente joven era menos probable que estuviera en sindicatos o partidos políticos, reflejando el declive de los sindicatos y la cambiante orientación del Partido Laborista. Sin embargo, mis compañeros de clase citaban abrumadoramente la «pobreza» como un problema que querrían erradicar del globo. Su deseo generalizado de que aquellos que lo necesiten reciban asistencia estatal es compartido por una mayoría de británicos[65].

Las preocupaciones de gente como Jacqui, Shelley y John están fundamentadas en el hecho muy real de que Gran Bretaña se está convirtiendo en una sociedad más desigual. Para asegurar que sus hijos y nietos puedan llevar vidas plenas sin este miedo, necesitamos crear un mundo comprometido con la igualdad económica y social. Descartar esto como algo utópico es ignorar los deseos de varias generaciones, y su vida de penurias y trabajo duro, de la que surgen sus aspiraciones. En una sociedad tan rica en recursos naturales y tan avanzada tecnológicamente como es la nuestra, esas generaciones, y todos nosotros, merecemos más.

[1] Por ejemplo, encuesta Guardian/ICM, 2007, citada en «Riven by Class and No Social Mobility», *Guardian* (20 de octubre de 2007), p. 3; A. Park *et al.* (eds.), *British Social Attitudes: The 23rd Report. Perspectives on a Changing Society* (Londres, 2007); Gallup/MORI, «Class and the British», 2006; A. Park *et al.* (eds.), *British Social Attitudes: The 27th Report* (Londres, 2010).

[2] Datos extraídos de http://www.poverty.org.uk/09/index.shtml (consultado el 18 de enero de 2013) y R. Wilkinson y K. Pickett, *The Spirit Level. Why Greater Equality Makes Societies Stronger* (Londres, 2010), pp. 17-18.

[3] Wilkinson y Pickett, *Spirit Level*, pp. 63-72 y 129-144.

[4] Citado en *Today* (24 de noviembre de 1990).

[5] Tony Blair, citado en Fielding, *The Labour Party. Continuity and Change*, p. 80.

[6] Citado en Hayes y Hudson, *Basildon*, p. 30.

[7] *Department for Work and Pensions, The Results of the Area Benefit Review and the Quality Support Team from April 2000 to March 2001: Fraud and Error in Claims for Income Support and Jobseeker's Allowance* (Londres, 2002). Véase también K. A. Grove, «Understanding Benefit Fraud: A Qualitative Analysis», Ph. D. Thesis, University of Leeds (2002); S. Brand y R. Price, *The Economic and Social Costs of Crime*, Home Office Research Study n.º 217 (Londres, 2000), fig. 4.6.

[8] Labour Party, *New Labour because Britain Deserves Better* (Londres, 1997), p. 2.

[9] Social Exclusion Unit (SEU), *Bringing Britain Together: A National Strategy for Neighbourhood Renewal* (Londres, 1998), p. 2.

[10] Citado en S. Fielding, *Labour: Decline and Renewal* (Mánchester, 1999), p. 148.

[11] Citado en *ibid.*, p. 106.

[12] David Blunkett, citado en *ibid.*, p. 146.

[13] A. Minton, *Ground Control: Fear and Happiness in the Twenty-first-century City* (Londres, 2012).

[14] S. Griffiths, *A Profile of Poverty and Health in Manchester* (Mánchester, 1998).

[15] S. P. Jenkins, «Dynamics of Household Incomes», en R. Berthoud *et al.* (eds.), *Seven Years in the Lives of British Families: Evidence on the Dynamics of Social Change from the British Household Panel Survey* (Bristol, 2000), p. 127. Véase también C. Pantazis, D. Gordon y R. Levitas, *Poverty and Social Exclusion in Britain: The Millennium Survey* (Bristol, 2006), p. 21.

[16] V. también *ibid.*

[17] Wilkinson y Pickett, *The Spirit Level*, pp. 85-86.

[18] Health and Safety Executive, *Managing Shiftwork* (Londres, 2006), p. 10.

[19] P. Thane, *Old Age in English History. Past Experiences, Present Issues* (Oxford, 2000), p. 491.

[20] R. Fitzpatrick y T. Chandola, «Health», en Halsey y Webb (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends*, pp. 110-113.

[21] Entrevista a Bill y Barbara Rainford realizada por Hilary Young (2007).

[22] BritainThinks, *What about the Workers? A New Study on the Working Class* (Londres, 2011), p. 6.

[23] Contacté con veinte antiguos compañeros a través de redes sociales. Hablamos en persona o a través de correo electrónico. Lo que se afirma a continuación también se basa en trabajos sociológicos contemporáneos, incluyendo R. Sennett, *The Corrosion of Character. The Personal Consequences of Work in the New Capitalism* (Londres, 1998).

[24] Halsey, «Further and Higher Education», p. 226.

[25] John Henderson a la autora (2013).

[26] Shelley Landale-Down a la autora (2013).

[27] Jack M (pseudónimo) a la autora (2012).

[28] D. Gallie, «The Labour Force», en Halsey y Webb (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends*, p. 288.

[29] Jacqueline Robinson a la autora (2013).

[30] Tony Blair, citado en Fielding, *Continuity and Change*, p. 80.

[31] Sandra Hastings a la autora (2013).

[32] R. Dickens, P. Gregg y J. Wadsworth (eds.), *The Labour Market under New Labour* (Basingstoke, 2003); Harker, *A Secure Future?*, pp. 4-5.

[33] Prime Minister's Office of Public Services Reform, *Principles into Practice* (Londres, 2002).

[34] Office of National Statistics, «Working Days Lost», http://www.hse.gov.uk/statistics/dayslost.htm (consultado el 23 de enero de 2013).

[35] Chartered Institute for Personnel and Development, «Absence Management Annual Survey», http://www.cipd.co.uk/research/ absence-management (consultado el 23 de enero de 2013); S. Bevan, «SicknessPresence Makes the Heart Grow Weaker?», Work Foundation, http://www.theworkfoundation.com/blog/920/Sickness-presence-makes-the-heart-grow-weaker (consultado el 23 de enero de 2013).

[36] Sennett, *Corrosion of Character*, p. 148.

[37] *Ibid.*, cap. 2.

[38] George Osborne, discurso en la Conservative Party Annual Conference (8 de octubre de 2012), citado en http://www.channel4.com/news/osborne-unveils-10bn-benefits-cut-package (consultado el 18 de enero de 2013).

[39] David Cameron, citado en «Broken Society is Top Priority – Cameron», https://www.bbc.com/news/uk-politics-14524834 (consultado el 13 de enero de 2013).

[40] A. Chakrabortty, «To Understand the Deepening Mess We are in Now, it's Worth Looking at the Words of a Polish Economist in 1944», *Guardian: G2* (15 de enero de 2013), p. 4.

[41] S. Milne, «There is a Problem with Welfare, but it's not "Shirkers"», *Guardian*, http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2013/jan/08/welfare-problem-real-scroungers-greedy (consultado el 18 de enero de 2013).

[42] Maria Ferguson a la autora (2013).

[43] «Deborah Mattinson: From Cloth Caps to Cafetieres», *Independent on Sunday* (20 de marzo de 2011), p. 5; BritainThinks, *Speaking Middle English. A Study on the Middle Classes* (Londres, 2011).

[44] Milne, «There is a Problem with Welfare»; «Voters "Brainwashed by Tory Welfare Myths"», *Independent*, http://www.independent.co.uk/news/uk/politics/voters-brainwashed-by-tory-welfare-myths-shows-new-poll-8437872.html (consultado el 22 de enero de 2013).

[45] Para una espléndida explicación de esta actitud entre los obreros norteamericanos, v. R. Sennett y J. Cobb, *The Hidden Injuries of Class* (Nueva York, 1972), pp. 138-140.

[46] G. Hewitt, «The BNP and the White Working Class», http://www.bbc.co.uk/blogs/thereporters/gavinhewitt/2009/10/the_bnp_and_the_white_working.html , 22 de octubre de 2009 (consultado el 24 de enero de 2013); R. Klein, «White and Working Class», *Daily Mail* (29 de febrero de 2008). Klein encargó la «White Season» de la BBC.

[47] Una conclusión extraída también por Hayes y Hudson, *Basildon*, pp. 39, 50-51.

[48] *Ibid.*, pp. 50-52.

[49] O. Jones, *Chavs: The Demonization of the Working Clas*s (Londres, 2012), p. xv.

[50] Entrevista a Deborah Temple, *100 Families.*

[51] Happygardening, publicación en el hilo «boarding prep to local comp», *Mumsnet*, 16 de mayo de 2011, https://www.mumsnet.com/Talk/education/1214948-boarding-prep-to-local-comp (consultado el 26 de abril de 2013).

[52] «The Meaning of Life in School», *Guardian: Education* (6 de septiembre de 2009), p. 1.

[53] Lardass, publicación en el hilo «Cheltenham Ladies College or Wycombe Abbey?», *Mumsnet*, 19 de marzo de 2012, http://www.mumsnet.com/Talk/secondary/a1419346-Cheltenham-Ladies-College-or-Wycombe-Abbey (consultado el 26 de abril de 2013).

[54] Amck700, publicación en el hilo «Why on Earth would you go State if you could Afford Private?», *Mumsnet*, 20 de febrero de 2013, http://www.mumsnet.com/Talk/education/a1688558-Why-on-earth-would-you-go-state-if-you-could-afford-private (consultado el 26 de abril de 2013).

[55] Shagmundfreud, publicación en el hilo «Schools and their Ethnic Make-up», Mumsnet, 12 de marzo de 2012, http://www.mumsnet.com/Talk/education/a1703982-Schools-and-their-ethnic-makeup (consultado el 26 de abril de 2013). Sobre los padres y su elección de colegios en base a su composición social y étnica, véase M. Benn, *School Wars: The Battle for Britain's Education* (Londres, 2011), y D. Reay, *White Middle-class Identities and Urban Schooling* (Basingstoke, 2011).

[56] P. Toynbee, «This Bold Equality Push is Just What we Needed. In 1997», *Guardian* (28 de abril de 2009), p. 9.

[57] B. Skeggs, «Haunted by the Spectre of Judgement: Respectability, Value and Affect in Class Relations», en K. P. Sveinsson (ed.) y Runnymede Trust, *Who Cares about the White Working Class?* (Londres, 2009), pp. 36-44; Walkerdine, «Reclassifying Upward Mobility».

[58] «The Spirit Level», *Guardian* (14 de agosto de 2010), http://www.guardian.co.uk/books/2010/aug/14/the-spirit-level-equality-thinktanks?intcmp=239 (consultado el 21 de enero de 2013).

[59] British Future, *State of the Nation* (Londres, 2013), p. 3.

[60] BritainThinks, *Middle English*, p. 37.

[61] «What is Working Class?», *BBC Magazine*, http://news.bbc.co.uk/1/hi/magazine/6295743.stm (consultado el 20 de septiembre de 2013).

[62] B. Skeggs, *Formations of Class and Gender: Becoming Respectable* (Londres, 1997); M. Savage, G. Bagnall y B. Longhurst, «Ordinary, Ambivalent and Defensive: Class Identities in North-west England», *Sociology*, vol. 35, n.º 4 (2001), pp. 875-892. Sobre las connotaciones negativas de ser de clase obrera, v. también T. Woodin, «Muddying the Waters: Changes in Class and Identity in a Working-class Cultural Organisation», *Sociology*, vol. 39, n.º 5 (2005), pp. 1001-1018.

[63] Hayes y Hudson, *Basildon*, p. 35.

[64] D. Hayes y A. Hudson, «Basildon Man: Beyond the Shell-suits», *Spikedonline*, http://www.spiked-online.com/newsite/article/11735#.UimUWhwug9A (consultado el 3 de marzo de 2012).

[65] A. Park *et al.* (eds.), *British Social Attitudes: The 29th Report* (Londres, 2013), pp. vi–vii.

Epílogo

La historia de Viv Nicholson, de forma exagerada, refleja la historia de la clase obrera desde 1910 hasta 2010. Esta ha sido una historia de auge y caída (aunque no de destrucción o desaparición). En la época en la que nació Viv, la gente de clase obrera vivía políticamente subordinada. Todavía era así cuando Viv entró en la séptima década de su vida, y ella misma volvía a donde había empezado, una vivienda pública de Castleford. Pero entre medias todos habían compartido muchísimas experiencias. Estas, y los recuerdos que generan, continúan teniendo consecuencias.

Viv fue quien fue gracias al azar; la aleatoriedad del lugar y contexto de su nacimiento determinó su punto de partida en la vida, y aquel dinero imprevisto le dio notoriedad. Lo mismo ocurrió con el resto de la clase obrera. No eran clase obrera por el modo en que se comportaban, ya fuera irresponsable (como afirmaban los políticos de la década de 1930) o generoso (como afirmaron los investigadores sociales veinte años después), sino por las circunstancias en las que se encontraban, y que no habían elegido.

Estas circunstancias siempre fueron moldeadas por una minoría que ostentaba el poder económico y político, y entre cuyos intereses se encontraba suprimir o reprimir las necesidades y expectativas de la mayor parte del pueblo británico. Las clases media y alta nunca estuvieron completamente unidas en sus objetivos, y siempre hubo momentos en los que la gente de clase obrera podía hacer que sus voces fueran escuchadas y lograr al menos algunas de sus aspiraciones. Sin duda, los años anteriores y posteriores al nacimiento de Viv estuvieron marcados por un debate enconado sobre la desaparición del servicio doméstico, que previamente había caracterizado la relación entre la clase obrera y sus empleadores, y justificado la falta de regulación y negociación en su vida laboral. Pero mientras que muchos entre las clases media y alta preferían emplear a criados, un número creciente de ellos empezó a depender más de la actividad empresarial y manufacturera para sus ingresos; querían trabajadores baratos, y los encontrarían en sus antiguos trabajadores

domésticos. La gente joven de clase obrera, sólo una generación mayor que Viv Nicholson, usó esto en su provecho, cambiando el servicio doméstico por un empleo industrial o de oficina. Trabajando junto a decenas o cientos de otros asalariados, fueron capaces de exigir colectivamente mejores salarios y horarios laborales.

Su poder creció durante la Segunda Guerra Mundial, gracias al pleno empleo. Esto no llevó a la igualdad social, como mostraba la difícil vida de Viv, pero la clase obrera sí se convirtió en una fuerza económica y política extremadamente importante, cuyos intereses (representados por los líderes sindicales y laboristas) darían forma a la agenda política, en tiempos de guerra y de paz, en Gran Bretaña. Cada vez más gente se consideraba clase obrera, o consideraba que sus intereses coincidían punto por punto con los de la clase obrera. Entre ellos, muchos trabajadores de cuello blanco de primera generación, y muchos empleados del sector público, como los profesores, que también se beneficiaron del Estado del bienestar de posguerra.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los trabajadores industriales y de servicios se hicieron más numerosos que los sirvientes domésticos, sus vidas cambiaron gracias al sindicalismo, la vivienda pública, la educación gratuita y la sanidad pública. En aquellos días exuberantes de posguerra, Viv experimentó la emoción de tener horizontes nuevos, cuando se le decía que incluso podría cumplir su ambición de estudiar en una escuela de arte. Pero no estaba sola al sentir que las promesas de una vida mejor no se habían cumplido; aunque la pobreza fuera menos dolorosa, todavía sentía la necesidad de ganarse la vida con el primer trabajo disponible. La educación, como los vestidos *New Look*, simbolizaba una vida mejor, frustrantemente fuera de su alcance. La gente de clase obrera no tenía tanto espíritu comunitario, ni era tan sacrificadamente desinteresada como les gustaba sugerir a algunos de los planificadores e investigadores sociales de posguerra: como demostró la propia Viv, la prolongada desigualdad social y económica –reforzada por los sucesivos gobiernos conservadores– alimentó un rencor, que podía expresarse tanto en forma de envidia y avaricia, como en generosas campañas colectivas para mejorar sus derechos.

Hacia comienzos de la década de 1960, la sensación de que la prosperidad sólo les llegaba a otros estaba remitiendo; cuando Viv logró su riqueza, también el resto de su generación estaba descubriendo sus nuevas

ambiciones: una casa propia, una televisión, incluso un coche. Aun así, la pobreza no fue erradicada; enfrentaban un futuro incierto las mujeres que se encontraron sin marido, o las que cuidaban solas de sus hijos, o las personas enfermas o en el paro. Los políticos preferían presentar a los pocos que ascendieron socialmente como héroes que demostraban que Gran Bretaña era ahora una meritocracia; pero millones de personas descubrieron que sus expectativas no se habían cumplido, y muchas se unieron a los piquetes para protestar por ello. Lo hicieron en un momento en que muchos legisladores y empleadores estaban decidiendo que el Estado del bienestar y el pleno empleo eran lujos que impedían que las ganancias aumentaran tan rápido como les hubiera gustado. El activismo militante en las fábricas y calles reforzó su decisión de comprometer al país con el libre mercado, no solo en interés del «crecimiento» económico (para una minoría), sino para destruir el poder político de la clase obrera.

Del mismo modo en que Viv perdió su dinero y a sí misma en la década de 1970, también su familia y amigos, y miles de trabajadores en todo el país, comenzaron a experimentar dificultades, a un nivel inédito. Los políticos y la prensa culparon a la gente por sus circunstancias, que se atribuyeron al despilfarro o a una insensata dependencia del Estado. Estos críticos obviaban deliberadamente que los políticos habían enseñado a toda una generación a dar por hecho el pleno empleo, aprovechar nuevas oportunidades de crédito, trabajar duro y comprar más para para proporcionar a sus hijos un futuro cómodo. Los gobiernos conservadores y el Nuevo Laborismo instaron a sus votantes a que cuidaran de sí mismos en lugar de depender del Estado; a que planificaran su futuro y el de sus hijos. Pero planificar el porvenir resultó difícil en la década de 1990, cuando el mercado de trabajo era cada vez más inseguro, en un país donde las ganancias tenían clara prioridad sobre el bienestar de las personas.

Viv prefería la obra de Jack Rosenthal sobre su vida, retransmitida en 1977, al musical de 1999 *Spend, Spend, Spend.* Rosenthal no tuvo miedo de retratar a Viv como alguien que disfrutaba de su buena fortuna, glamurosa y abiertamente, aferrándose a la vida acomodada que anhelaba. Pero en la década de 1990 la única representación aceptable de la clase obrera en la política, la prensa y el escenario era como personas ingenuamente honestas o patéticas. El musical se remonta a los primeros momentos en los que la prensa describía la vida de Viv y Keith, intentando retratar a los recién

premiados como una pareja inocente y tosca, que se encontraba fuera de lugar, y en secreto anhelaba volver a la vida humilde que solían llevar, o al menos a una opulencia razonable, sin abandonar la tranquilidad de los barrios residenciales, limitando sus aspiraciones a una casa adosada con un coche en el garaje y una pensión al final de una larga vida laboral. «Fue muy triste y frustrante ver mi vida en el escenario de esa manera», explicó Viv. «No creo que realmente entendieran la realidad de lo que pasé», tanto antes como después de ganar el premio[1].

Si el relato de Viv refleja una historia más amplia, la fantasía explica su actual interés. La historia de Viv Nicholson sugiere la conclusión radical de que el mundo, quizás, no es lo que inicialmente parece. En la historia de Viv, la suerte y la casualidad explican el éxito, no el ahorro o el trabajo duro. La ética del trabajo se subordina al placer del ocio, el goce presente prevalece sobre la planificación del futuro; y el ahorro, tan defendido por políticos e investigadores sociales durante décadas, se muestra infructuoso. Hay algunos que heredan el privilegio, otros lo obtienen a través de la suerte o la casualidad, y después está la mayoría de la gente, que tienen que luchar por todo lo que consiguen.

Viv Nicholson articuló deseos que eran, y son, tabú. Se negó a ser víctima o mártir, deseó las cosas buenas de la vida y rechazó el mito de que se las entregaría el mérito por sí solo. Ella reflejaba un deseo entre la gente de clase obrera, extendido y profundamente sentido, de tener un mayor control sobre sus vidas. Una aspiración de autonomía e independencia respecto a políticos, empleadores y arrendadores dio forma a las acciones de mucha gente, ya fuera a la hora de unirse a un piquete, comprar su vivienda municipal, o rellenar un boleto de quinielas o de algún sorteo de lotería. La gente como Viv no quería simplemente más dinero: quería el poder de controlar sus circunstancias, para poder encontrar satisfacción y una vida plena.

En todo caso, si la de Viv es una historia de superación, también demuestra los límites de la fantasía; especialmente la fantasía sobre la que se construye el mundo contemporáneo del trabajo temporal, la flexibilidad, el *networking* y el riesgo: cualquiera puede reinventarse, y debe hacerlo de un día para otro. Y de hecho Viv no lo logró: el dinero se agotó y ella siguió siendo una mujer de clase obrera de Castleford. Sus experiencias antes de «ganar» fueron tan importantes como todo el dinero que ganó, si se trata de

definir su lugar en el mundo. La historia de Viv muestra que incluso la apuesta mejor premiada de la historia no pudo facilitar la movilidad social. Una vez que ella logró la casa en propiedad de sus sueños, se dio cuenta de que la meta no merecía el esfuerzo que le llevó conseguirla. Pues la clase implica y limita a todo el mundo, y la clase media estaba principalmente centrada, tanto entonces como ahora, en el trabajo duro, el esfuerzo y el interés propio que son necesarios para mantener y reproducir cualquier privilegio en una sociedad de clases.

Alguna gente lo rechazaba, y todavía lo hace. Pero aquellos cuya vida se haya visto mínimamente rozada por las turbulencias económicas de las últimas cuatro décadas todavía se ven atraídos por el desafío de Viv a la respetabilidad y la vida humilde. En 2007 una entrevista del *Daily Mail* con la septuagenaria Viv –que todavía vivía en Castleford– suscitó una enorme y abrumadora reacción de los lectores a una de las respuestas de Viv: dada la oportunidad «haría una vez más exactamente lo mismo». Katherine, de Wakefield, decía simplemente: «Amo a Viv Nicholson. Yo tenía diez años cuando ganó su dinero y la he admirado desde entonces». «Ella lo hizo a su manera» fue el comentario de aprobación de David Luff.

Pese a la propagación, desde la política, de una historia diferente de la clase obrera –una historia en la que el trabajador sabía cuál era su lugar, o intentaba salir de él, o al menos tenía la decencia de ser limpio y ordenado mientras vivía en la pobreza–, mucha gente encontró en la historia de Viv algo que les gustaba más: ambición, extravagancia, y un rechazo a ser arrastrada al arrepentimiento y la vergüenza, sólo por creer que la vida no debía vivirse siguiendo los patrones preestablecidos. «Buena suerte para Viv», escribía por correo electrónico Katy desde Inverness. «Era natural hacer eso, iluminar tu vida»[2].

«Iluminar tu vida» un poco; a eso pudo aspirar la mayor parte de la gente durante casi todo el siglo XX. La gente en este libro nos dice que podemos aprender del pasado; pero que no debemos intentar repetirlo. La gente cuya historia he intentado contar nos ofrece relatos que contradicen las descripciones de políticos y periodistas. Lejos de hacer perezosa a la gente, los subsidios, la sanidad, la educación pública y los empleos elevaron las aspiraciones de la gente y le dieron la seguridad y certeza suficiente para perseguirlas. Pero las políticas sociales y los empleos no bastaban para cambiar completamente sus vidas. Siempre hubo clase obrera en el siglo

XX, porque la desigualdad económica nunca se erradicó. Lo que es esperanzador respecto a las historias narradas aquí es que sugieren un interés persistente y compartido en conformar un mundo menos desigual. La infelicidad, el dolor, la rabia y la vergüenza que sintieron muchas personas –ya fuera al trabajar como sirvientes domésticos a comienzos del siglo XX, o cien años después como consultores informáticos en paro– fueron causados por la desigualdad. Podemos aprender del pasado, y de los recuerdos que este inspira.

La mayor fantasía en la Gran Bretaña del siglo XX, repetida una y otra vez en los relatos que hemos presentado aquí, es que la gente corriente merece una vida mejor. Esta idea se mantuvo viva antes de la Segunda Guerra Mundial gracias al movimiento obrero, a las esperanzas de los padres respecto al futuro de sus hijos, y a la determinación de la gente por pasarlo bien frente a las adversidades. Durante la Segunda Guerra Mundial, y en los años posteriores, el Estado renovó la esperanza de que la fantasía podía cumplirse mediante el pleno empleo y un Estado del bienestar.

Puede que se haya incumplido esta promesa, pero se ofrecieron suficientes materiales –en la retórica política, pero también con los subsidios sociales, las oportunidades de empleo, o la educación y sanidad gratuitas– para que se cumpliera todo su potencial radical. Se le dio forma en las ambiciones de los padres respecto a sus hijos, y en las luchas por lograr mejores condiciones en los centros de trabajo y los vecindarios. A veces estas luchas se convirtieron en demandas concretas, para que la sociedad se reorganizara alrededor de las necesidades de su gente, y bajo su control. Los cientos de personas cuyas historias he transcrito aquí sugieren que esa transformación todavía puede imaginarse.

Durante los últimos treinta años, la clase obrera ha declinado como fuerza económica y política. Pero los tiempos podrían estar cambiando. En 2011 la organización British Future señaló en una de sus investigaciones sociológicas que una mayoría de británicos continuaban denominándose clase obrera. Este grupo incluía a un tercio de aquellos con más ingresos. Rachael Jolley, directora editorial de British Future, sugería que ser clase obrera se ha convertido en la identidad «más de moda, más prestigiosa» que se puede adoptar en la Gran Bretaña moderna[3].

Hemos visto que ser de clase obrera ha llegado a ser relevante, una vez más, a causa del retorno de la inseguridad masiva, tanto para los

profesionales y técnicos como para los asalariados, y tanto para los propietarios de vivienda como para los inquilinos. La clase sobrevivió por la más débil de las razones. Pero Rachael Jolley apunta con sus palabras a otra razón que explica por qué la gente elige clasificarse como clase obrera. Pese a que los políticos hayan demonizado a la clase obrera contemporánea como irresponsable y parasitaria, mucha gente asocia a las anteriores generaciones de trabajadores con descripciones más elogiosas: ellos «sabían cómo pasarlo bien», no eran «pretenciosos» y crearon «comunidad»[4]. Las historias de Barbara y Bill Rainford, Betty Ennis y Paul Baker nos recuerdan que nunca fue tan simple: la existencia de clases siempre fue el síntoma de una extensa desigualdad. Pero también sugieren que algunas cosas se han perdido: principalmente una concepción de la vida basada en la cooperación y la camaradería, más que en luchar con los demás para abrirte camino hacia la cima. Al aprender sobre su historia, podemos comenzar a imaginar un futuro diferente.

[1] «What happened next?», *Observer* (6 de julio 2003), último acceso en http://www.guardian.co.uk/theobserver/2003/jul/06/features.magazine67 (4 de enero de 2013); S. Browne y J. Greene, *Spend, Spend, Spend*, dir. J. Sams (1999).

[2] «Spend, Spend, Spent», *Daily Mail* (22 de abril de 2007); accesible en http://www.dailymail.co.uk/femail/article-449820/Spent-spent-spent--pools-winner-living-87-week.html (último acceso el 20 de septiembre de 2010).

[3] British Future, *State of the Nation*, p. 3.

[4] BritainThinks, *What About the Workers?*, p. 26.

Posfacio
Nuestro Estado actual, 2011-2015

Gran Bretaña sigue siendo una sociedad dividida en clases. La brecha entre los más ricos y los más pobres es más amplia de lo que ha sido nunca desde comienzos del siglo XX. Los avances tecnológicos parecen implicar el empobrecimiento de la mayoría, en lugar del enriquecimiento general. La democracia está en crisis, y las decisiones más importantes sobre nuestras vidas las toman, cada vez más, los propietarios de las corporaciones multinacionales. Y el gobierno de coalición entre conservadores y liberaldemócratas (2010-2015), como única solución a la crisis económica, no propuso otra cosa que la aceptación de la desigualdad e inacabables recortes de servicios sociales, educación y vivienda. Sea cual sea el partido que gane las próximas elecciones, parece que estamos destinados a un futuro de incertidumbre e inseguridad.

En tales tiempos turbulentos, puede parecer frívolo debatir sobre historia. Pero cuando la elite gobernante propone que los niños se limiten a estudiar la historia de los que han gobernado, sobre la base de que estos son quienes han nutrido los «valores británicos», deberíamos preocuparnos[1]. Más preocupantes aún son los recortes en las clases de educación adulta, que dieron espacio para que se crearan historias alternativas. Desde 2014, el Ruskin College de Oxford, que ha garantizado a varias generaciones de clase obrera una segunda oportunidad educativa (incluyendo a mis padres), se ha visto obligado a cobrar matrículas a sus estudiantes.

Sin saber lo que ocurrió en el pasado, es muy difícil para nosotros contrarrestar el «sentido común» político de que el mundo debe ser como es. No nos queda otra opción que depender de versiones blanqueadas del pasado, como las producidas en series televisivas de época, que sugieren que la clase es una parte «normal» y «tradicional» de nuestra herencia británica, una parte inamovible del orden social. En realidad, la clase surge de los conflictos entre grupos diferentes, que se definen principalmente por su relación con los medios de producción. En el capitalismo las ganancias de pocos dependen de la explotación de la mayoría, y esto provoca tensión,

a veces un conflicto abierto. El conocimiento de la historia nos da pistas sobre modos alternativos en los que el mundo podría organizarse en interés de todos nosotros, no sólo de los más ricos.

Durante los últimos cinco años, la clase dirigente se ha acostumbrado a decirnos que nuestro futuro nunca ha sido tan brillante. El ministro de Hacienda *(chancellor of the Exchequer)* declaró en 2014 que las políticas de su gobierno estaban logrando «seguridad económica» y un «crecimiento sostenible»[2]. Pero mucha gente corriente viene sufriendo cada vez mayores penurias desde que estallara la crisis financiera de 2008, lo cual se ha visto exacerbado por los recortes sociales del gobierno. El 11 de mayo de 2010 David Cameron, líder del Partido Conservador, recibió la invitación para formar nuevo gobierno. En semanas, su coalición de conservadores y liberaldemócratas aprobó un «presupuesto de emergencia». No satisfecho con los 73.000 millones de libras en aumentos impositivos y recortes de gasto que había heredado de su predecesor laborista, George Osborne introdujo unos recortes adicionales de 40.000 millones de libras, incluyendo 11.000 millones de recortes en servicios sociales y una congelación salarial de dos años en el sector público, y un incremento en el IVA del 20 por 100.

A finales de verano y durante el otoño de 2008, tras el *crash* financiero, Gran Bretaña experimentó una enorme crisis económica, tan grande que puso en riesgo el sistema capitalista y, según se nos cuenta, hizo necesarias estas medidas de austeridad. El capitalismo es un truco basado en la confianza. En la cúspide de nuestra sociedad jerárquica, la preservación del capitalismo depende de que la gente invierta dinero y tiempo en empresas, de las que se espera que crezcan y generen beneficios. Si la gente pierde la confianza y deja de introducir dinero en el sistema, este puede colapsar. Pero, paradójicamente, si la gente tiene demasiada confianza en el dogma capitalista de que consumo y producción pueden expandirse eternamente, entonces se producen demasiados bienes o servicios para demasiados pocos consumidores. Al final, los empleadores reducen la producción y se despide a trabajadores. Esto ocurrió en 2008. La situación empeoró aún más por la enorme cantidad de especulación financiera a la que se habían dedicado banqueros y agentes de bolsa durante la década precedente, libres de regulación estatal en un mercado cada vez más libre y globalizado. La crisis también se acentuó por la enorme cantidad de dinero que los gobiernos occidentales habían dedicado a la «guerra contra el terror», que los había

llevado a endeudarse con instituciones financieras globales a unos niveles desconocidos hasta la fecha.

El pueblo se centra en la clase obrera, pero puesto que la clase es una relación, necesitamos saber quiénes conforman la elite. Para gran parte del siglo XX, se puede hablar de los líderes políticos y empresariales británicos como un grupo aparte, con objetivos e intereses específicos, pero ahora la clase dirigente se entiende a sí misma como auténticamente global. Entre sus miembros están los líderes de corporaciones y empresas que viven de los beneficios que produce para ellos el trabajo del 99 por 100 de la humanidad. Dentro de esa clase dirigente también están los políticos que actúan en interés del 1 por 100 más rico. Algunos de estos políticos provienen de familias que están dentro de ese 1 por 100; otros desde luego que no, pero mediante sus acciones perpetúan la desigualdad en la que vivimos, y mientras tanto logran cuotas de poder para sí. Son un recordatorio de que la clase no es una identidad o una determinada franja de ingresos, sino una relación de poder desigual. También podemos incluir en la clase dirigente a los magnates mediáticos que usan los periódicos y canales de televisión para promover la idea de que la desigualdad, la clase y el capitalismo son normales, y siempre han estado y estarán con nosotros. Como deja muy claro el análisis de Owen Jones en *The Establishment,* este grupo se dedica activamente a aferrarse a su poder[3]. En los últimos años, académicos, políticos y periodistas interesados en la clase han dependido de sondeos de opinión y encuestas a pie de calle para averiguar si la gente se siente de clase obrera o de clase media. Pero hay que observar a los ricos y poderosos si queremos comprender la clase, y cómo desafiarla. Y necesitamos examinar las acciones, no sólo las palabras empleadas por la gente para definirse a sí misma. Muchos políticos podrían preferir presentarse como hombres o mujeres del pueblo, pero la determinación de aquellos a los que Owen Jones denomina el *establishment* a la hora de monopolizar el poder económico y político revela que, en la Gran Bretaña contemporánea, todavía persisten las divisiones de clase.

Aquellos que conforman la clase dirigente comparten responsabilidad por la crisis financiera que comenzó en 2008. Aunque habitualmente promuevan el individualismo, esta clase dirigente está encantada de trabajar colectivamente para conseguir sus objetivos, y trabajaron duro para promover un mercado libre (aunque no tuvieron problema alguno en apoyar

cualquier legislación que coartara los derechos sindicales), un endeudamiento masivo y crédito sin límite para los muchos a fin de aumentar los beneficios de los pocos. Pero no han sido ellos, sino la gente corriente de clase obrera, la que más se ha visto afectada. En 2005, los situados en el 10 por 100 más rico gastaron el 19 por 100 de sus ingresos en vivienda y comida, mientras que los empleados en el sector servicios destinaron el 26 por 100 de sus ingresos, y los desempleados el 35 por 100. Para comienzos de 2011, la diferencia entre el gasto de estos grupos se había incrementado. Los más ricos continuaron gastando menos de un cuarto –22 por 100– de sus ingresos en estos bienes básicos, pero los trabajadores del sector servicios estaban gastando el 32 por 100 de sus ingresos en comida y vivienda, mientras que los parados de larga duración necesitaban destinar el 41 por 100 de sus ingresos a estos bienes de primera necesidad. Este cambio se debió parcialmente al aumento de precios, pero también al declive de los salarios en los sectores manual y de servicios, así como a los recortes en el valor de las cotizaciones a la seguridad social[4]. Las penurias que causaron estas medidas a millones de trabajadores y desempleados han empeorado desde entonces, después de que el gobierno introdujera una congelación salarial en el sector público, en 2010, y las «reformas» de ayudas y subsidios introducidas a partir de 2011. Los recortes en seguridad social afectaron principalmente a los trabajadores que ganaban menos de 20.000 libras al año. Que miles de personas estaban luchando por llegar a fin de mes quedó claro en 2013, cuando el número de personas que acudieron a los bancos de alimentos del Trussell Trust –el mayor gestor de bancos de alimentos del país– aumentó más allá del 300 por 100[5].

Mientras que la gente con los ingresos más bajos ha sido más duramente golpeada por la crisis, todos los trabajadores han sentido sus efectos, y es probable que experimenten mayores penurias en el futuro. Muchos desempleados y trabajadores mal pagados, y aquellos que dependen de las ayudas por enfermedad, maternidad y otras prestaciones sociales, son viudas, niños y padres que viven con –o dependen de– otros trabajadores para recibir su ayuda. Es más, millones de trabajadores son susceptibles de experimentar el desempleo en algún momento de sus vidas, y otros tantos millones también podrían depender de la asistencia social en tiempos de necesidad. No existe un grupo estático de «pobres» o «sin trabajo».

Los políticos repiten tantas veces lo de que nunca nos fue tan bien porque les preocupa especialmente nuestra rabia colectiva, y lo que podemos lograr con ella. Tienen buenos motivos para temernos. El capitalismo no está en riesgo de perecer por el colapso de los mercados financieros o el desempleo masivo; las economías capitalistas nunca han sido especialmente eficientes y, en el pasado, ya se produjeron grandes derrumbes financieros. La crisis actual es espectacular, pero su amenaza a la clase dirigente viene de la indignación que ha causado entre la gente común. En los años transcurridos desde 2008 ha quedado claro que el capitalismo –en palabras de John Maynard Keynes– depende de la «increíble creencia en que los más ruines entre los hombres harán las cosas más ruines por el bien de todos». Desde 2008 mucha gente ha perdido la fe en el sistema. Protestas directas y explícitas, como el movimiento *Occupy* que acampó frente a la catedral de St. Paul entre octubre de 2011 y junio de 2012, han sido brutalmente desmantelados por la policía, empleando métodos –caso del «encapsulamiento» *(kettling)*– que fueron introducidos primero como medidas antiterroristas, tras el ataque de al-Qaeda al World Trade Center de Nueva York en 2001. La rabia y el descontento incipientes, que finalmente estallaron en forma de revueltas en muchas de nuestras ciudades y pueblos durante el verano de 2011, tuvieron como respuesta sentencias de prisión draconianas, alabadas por el primer ministro, que declaró la «guerra a las bandas». Pero los participantes en los disturbios que hablaron con los investigadores, que buscaban la causa de «los peores desórdenes civiles en esta generación», en general no pertenecían a bandas y muchos estaban indignados con «las injusticias sociales y económicas que percibían»[6].

La indignación pública se expresó también de modos más silenciosos pero no obstante significativos. La gente retiró sus ahorros de los bancos. Perdimos cualquier confianza que conserváramos en la capacidad de los políticos y las corporaciones globales para gestionar la economía. En septiembre de 2008 los encuestadores de MORI descubrieron que más de la mitad de todos los adultos británicos creían que la situación económica era una de las cuestiones más importantes a las que se enfrentaba Gran Bretaña; la mayor proporción desde que la organización comenzó a hacer esta pregunta en sus encuestas, en 1974[7]. En los años que han pasado desde entonces, libros que sugieren que la desigualdad era mala para todos nosotros, como *Chavs* de Owen Jones, y *The Spirit Level* de Kate Pickett y

Richard Wilkinson, se han convertido en superventas, y no sólo entre la elite progresista y cosmopolita a la que gran parte de los medios suele presentar despectivamente como los últimos izquierdistas supervivientes. Estos autores atrajeron a grandes multitudes a actos públicos en bibliotecas y centros comunitarios, en todo el país. «The Spirit Level: Britain's New Theory of Everything?» preguntaba la BBC, y concluía que probablemente lo era[8]. Editoriales de periódicos denunciaron el desprecio de la elite por la democracia, la justicia y la igualdad: «Mientras que las familias son perseguidas por cada penique, los gigantes corporativos esquivan enormes pagos de impuestos», proclamaba un titular del *Daily Mail* en 2011[9].

Es fácil creer que aquellos que nos gobiernan no escuchan a la gente corriente. Pero el pánico con el que saludaron el movimiento *Occupy*, las revueltas de 2011 y la creciente ola de indignación desde luego que despertó en ellos una preocupación por saber cuánto nos pueden apretar las tuercas antes de que nos rebelemos. Y uno de los resultados es que ningún político o líder corporativo admite abiertamente, en la Gran Bretaña de hoy, que la desigualdad es algo bueno. En la década de 1930, y de nuevo en la década de 1980, los políticos conservadores estaban encantados en afirmar públicamente que la desigualdad económica era beneficiosa. Margaret Thatcher dijo a los votantes que «no puedes tener… igualdad material… sin ningún incentivo, la gente simplemente no iría a trabajar»[10]. En la década que siguió a la amplia victoria laborista de 1997, los gobiernos de Tony Blair declararon que estaban interesados en erradicar la «exclusión social», no la desigualdad económica. Pero hoy todos los grandes partidos afirman que su objetivo es una mayor igualdad. El Partido Laborista tituló su manifiesto para las elecciones de 2010 «Un futuro justo para todos»[11]. Los Liberal-Demócratas prometieron «distribuir el poder de manera justa entre la gente»[12]. El gobierno de coalición formado en 2010 prometió velar por que «se proteja a aquellos en situación de mayor necesidad»[13]. En 2009 David Cameron afirmó ser un ávido lector de *The Spirit Level* y estar de acuerdo con sus autores en que «las [sociedades] más desiguales son las peor situadas según casi todos los indicadores de calidad de vida» y que «debemos centrarnos en cerrar la brecha entre la parte inferior y el medio [aunque aparentemente no entre la inferior y la superior]»[14]. En 2013, después de tres años del gobierno de coalición de Cameron, su canciller de Hacienda, George Osborne, pidió a los votantes que juzgaran a

su gobierno sobre el hecho de que «la desigualdad de ingresos está en su punto más bajo en 28 años»[15]. Su declaración fue inmediatamente respondida, con acierto, por políticos laboristas y por numerosos economistas, pero el debate posterior demostró simplemente hasta qué punto los partidos principales consideran que la igualdad es una cuestión importante: afirmar no defenderla puede llevar a su destrucción.

Pero hacer declaraciones corroborando nuestro deseo por una mayor igualdad no significa que los políticos pretendan lograrla. Nuestros líderes políticos mencionan la severidad de los programas económicos, pero todos están de acuerdo en que necesitamos «austeridad» para salir de la crisis económica en la que estamos. De hecho, incluso al declarar su interés en la justicia y la igualdad, los conservadores se jactan de que han logrado ir «más rápido y más lejos» en su aplicación del libre mercado, en sólo unos pocos años de gobierno de coalición, que los gobiernos de Margaret Thatcher en una década[16]. El gobierno ha permitido que las universidades triplicaran el costo de la matrícula, pese al hecho de que sólo un tercio de los jóvenes de dieciocho años se beneficiba de una educación superior cuando llegaron ellos al poder; han reducido los subsidios sociales y los han hecho más difíciles de solicitar; han desahuciado a miles de personas de sus viviendas públicas de alquiler y, al aumentar los impuestos al consumo (como el IVA) en lugar de los impuestos directos, han asegurado que aquellos que ganan menos se vean desproporcionadamente golpeados.

Estas medidas contrastan con la retórica de «igualdad» y «justicia» que constantemente nos presentan; pero las acciones de los políticos, como sus vacuos discursos, surgen del miedo que nos tienen. Si queremos creer que la crisis en la que nos encontramos no es culpa nuestra, ¿qué podríamos llegar a hacer? Y si fuéramos a pensar que la crisis no sólo ha sido causada, sino también empeorada, por el 1 por 100 más rico de la sociedad, cuyos intereses se oponen diametralmente a los nuestros, ¿cómo deberíamos actuar? Al intentar conservar su poder, esta elite está ocupada erosionando el nuestro. En las últimas décadas se ha producido un asalto continuado contra los avances de la clase obrera, logrados en los dos siglos anteriores: avances fundamentados en nuestro reconocimiento de que, al organizarnos colectivamente, tendríamos más poder que los pocos que dicen ser nuestros líderes. Nuestro derecho a organizarnos colectivamente en sindicatos; a la negociación colectiva sobre las condiciones de trabajo, horarios laborales y

salarios; y a tener voz sobre cómo se organiza nuestra sociedad; porque nuestra fuerza de trabajo es esencial. Todo ha sido erosionado.

Nuestra elite gobernante, los líderes empresariales y políticos, no se dedican a organizar una conspiración para embaucarnos o reprimirnos. Parece poco probable que se sienten en habitaciones oscuras para planificar nuestro empobrecimiento. Muchos de ellos creen genuinamente que organizar la sociedad de cualquier otro modo que no fuera capitalista sería malo para todos. Asumen que su crianza, educación o espíritu empresarial les prepara para ser los mejores líderes de un país en crisis. Pero detrás de estas suposiciones está su creencia compartida en que reorganizar la sociedad debilitaría su control del poder[17]. Como la mayor parte de gente a la que le va bien con el *statu quo*, muchos de ellos no tienen deseo, ni voluntad, y por tanto tampoco ganas de imaginar un futuro diferente. Al intentar justificar los privilegios, y el sistema capitalista sobre el cual descansan, miran hacia el pasado. Pero el pasado en el que se apoyan es una fantasía. Constantemente dan forma nueva a mitos de larga data. Merece la pena explorar el abismo entre estos mitos y lo que realmente ocurrió en el pasado, para desmontar el mayor mito de todos: que el capitalismo pueda funcionar siquiera en interés de todos nosotros.

Mito 1: la crisis económica fue causada por el Estado de bienestar

Los conservadores afirman que la crisis económica fue o causada o exacerbada por los gobiernos laboristas entre 1997 y 2010, que «gastaron demasiado en los años dorados». Ed Balls, el ministro de Hacienda en el «gabinete en la sombra» de los laboristas, por otra parte afirma que, con un gobierno laborista, «habrá recortes de gasto, habrá decisiones difíciles»[18]. Entre las decisiones que el laborismo ya ha tomado está el coincidir con el gobierno de coalición en que la universalidad del sistema de servicios sociales es demasiado cara e «injusta». El líder laborista a la sazón, Ed Miliband, sugirió que «debemos hacer más para controlar el gasto en seguridad social. Eso significa tomar decisiones difíciles que ha tomado este gobierno, como reducir el subsidio invernal de combustible para el 5 por 100 más rico de los pensionistas»[19]. El embrollo en el que estamos

está causado, por lo visto, por la gente mayor que enciende sus calefactores de gas.

Tras esta lógica opera la creencia en que el bienestar es demasiado caro para la nación. Pero ¿cuál es la alternativa? Un débil compromiso con el bienestar acaba estimulando un mayor gasto público en cosas que no benefician a nadie. A comienzos de los años treinta, el gobierno introdujo una evaluación de los medios de que disponía cada familia a fin de regular quién tenía derecho a un subsidio de paro. Esta medida no redujo el desempleo, pero aumentó el gasto público en desempleo durante la década siguiente, a medida que sucesivos ministros introdujeron medidas graduales para segurarse de que la gente no muriera de hambre bajo su mandato. En 2013 Iain Duncan Smith, el ministro de Trabajo y Pensiones conservador, afirmaba que su «estrategia en justicia social» pasa por realizar «una ruptura histórica con un sistema que… inconscientemente aliment[ó] la dependencia, en lugar de animar a la independencia»[20]. Pero las prestaciones sociales no vuelven avariciosa o perezosa a la gente. En ningún momento del último siglo el reducirlas ha aumentado el empleo. De hecho, cuando más gente pudo encontrar trabajo fue en las décadas de 1950 y 1960, con el Estado del bienestar en su punto álgido.

Mientras que los políticos de hoy evalúan el coste del bienestar en términos de cuánto dinero les exige gastar, hay otros costes que surgen al no proporcionar una red de seguridad para los más vulnerables. En la década de 1930 un sistema de subsidios raquítico e inhumano que sucesivos gobiernos gestionaron se cobró un enorme coste mental y físico en la salud de las personas. El desempleo causó la ruptura de familias. Muchos jóvenes asalariados fueron forzados a abandonar las casas de sus padres y alojarse en pensiones, para que sus irrisorias ganancias no provocaran la suspensión del subsidio paterno de desempleo. En otras familias, el marido y padre desempleado abandonaba el hogar, incapaz de cuidar de sí mismo y de su familia. En su *bestseller* de 2014, *Harry's Last Stand*, un nonagenario Harry Leslie Smith, hijo de un minero desempleado, recordaba que «el amor que una vez unió [a mis padres] fue destruido por el desempleo forzoso». Cuando su progenitor no pudo mantener a la familia, el matrimonio se derrumbó; el padre murió joven, mientras que el propio Harry –todavía en edad escolar, pero ahora al cargo de la manutención de su familia– y su madre trabajaron duro para llevar comida a la mesa[21].

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los mecanismos de asistencia social, relativamente integrales, no desangraron al país. La gente no se hizo dependiente del Estado; de hecho experimentó esas prestaciones como un cimiento sólido sobre el que construir vidas más esperanzadoras para sí y para sus hijos. Como historiadora de la vida de clase obrera, recelo de lo que podríamos llamar cronologías «oficiales» del pasado: la versión de la clase dominante de las épocas históricas. Tienden a segmentar el pasado en los reinados de reyes y reinas y los mandatos de diversos primeros ministros. La mayor parte de nosotros recordamos el pasado de manera diferente. Lo recordamos en términos de generaciones, porque tendemos a aprender historia de nuestras familias o de viejos vecinos o colegas. Los recuerdos que son importantes para nosotros a menudo no tienen una conexión obvia con las versiones oficiales de la historia: el nacimiento de un padre, la boda de una abuela, la emigración de un antepasado. Otros acontecimientos sí nos conectan con historias más amplias, pero habitualmente no del mismo modo en que lo hacen las historiografías oficiales: la emigración de los abuelos en busca de un trabajo o un hogar; la participación de un familiar en la huelga general de 1926; o un tatarabuelo que acabó en una *workhouse*. O como es el caso de la Segunda Guerra Mundial, las victorias de la gente de clase obrera tras ganar la guerra y arrancar un pacto para tiempos de paz que comprometiera al gobierno con el bienestar de la gente común. En los recuerdos de mucha gente destacan tres momentos clave de los años cuarenta. Uno es la publicación del Informe Beveridge en 1942: el modelo para el Estado de bienestar de posguerra. El segundo son las elecciones de 1945, cuando el laborismo ganó las elecciones gracias a unos votantes decididos a no retornar a un pasado de pobreza. Y el tercero es el retorno a la paz, cuando reclutas y mujeres fueron desmovilizados, y los trabajadores asignados a las fábricas militares fueron libres de abandonar sus puestos. La mayor parte de la gente conecta ese último evento personal con la introducción del Estado de bienestar, la educación secundaria gratuita y un Servicio Nacional de Salud (NHS) en 1948; acontecimientos que no les privaron del derecho de cuidar de sí mismos, sino que les dieron el poder para planificar su futuro y el de sus hijos, mientras disfrutaban de la seguridad del presente. Este Estado del bienestar no era prohibitivamente caro. A lo largo de los años de posguerra, el gasto británico en bienestar fue inferior al de la mayor parte

de estados europeos, pero los niveles de empleo siguieron siendo muy altos, y la productividad creció[22]. La desigualdad de ingresos era baja y la salud de los trabajadores manuales mejoró notablemente.

Lo que la historia nos recuerda es que dirigir los servicios y prestaciones sociales solamente a los más pobres no es la respuesta adecuada. Más bien necesitamos que la riqueza se redistribuya más equitativamente. Si los servicios del Estado del bienestar sólo están destinados a los más pobres de entre nosotros, con ello sugerimos que son un grupo estático cuyas vidas no están relacionadas con las de los demás. Pero la desigualdad y el contexto económico que la genera tiene efectos deplorables en la salud y bienestar de un grupo de población mucho mayor[23]. Hoy, el desempleo de nuevo está cobrándose un alto precio sobre las vidas familiares. En marzo de 2014, cuando George Osborne nos aseguró que estábamos viviendo una recuperación económica, 2,2 millones de personas estaban desempleadas[24]. El inseguro mercado de trabajo y el aumento del empleo temporal significó que un número mucho mayor de gente *temía* al desempleo; por sí mismos y por sus hijos. Un estudio sobre los trabajadores de Bristol certificó que a los empleados del sector público les preocupaba perder la capacidad para planificar su futuro y el de sus hijos. Un trabajador social que ganaba 51.000 libras describía la «incertidumbre» e «inseguridad» que sentía respecto a su trabajo, en un momento en que el gobierno declaraba que el sector público estaba hipertrofiado y había que recortarlo. Un agente de policía, que ganaba 44.000 libras al año, se describía como alguien que temía los recortes de horas de trabajo, los recortes en pensiones y, finalmente, los despidos; estaba, dijo, constantemente «a la espera de qué pasará, pensando en eso». Su familia había acogido a inquilinos, temiendo no poder afrontar los pagos de la hipoteca; una estrategia que significaba que él y su mujer debían compartir su dormitorio con sus tres hijos[25]. El miedo y la angustia no se limitaban a los desempleados, sino a los millones de personas que se preocupan por lo que les sucedería si perdieran sus empleos; o cómo se las arreglarían sus hijos si no tuvieran empleos a los que acceder. Ansiedad y estrés son perjudiciales y también caros: el estrés es una de las mayores causas de baja por enfermedad en Gran Bretaña[26].

No hay motivos económicos para destruir el Estado del bienestar. Recortar en ayudas y servicios sociales es enormemente caro. Que la clase

dominante proponga hacerlo nos recuerda que las decisiones sobre el modo en que vivimos son siempre subjetivas y políticas, nunca son objetivamente «económicas». El gobierno está buscando realizar recortes en bienestar no porque crea que esto aumentará significativamente la cantidad de dinero a disposición del gobierno. En lugar de ello, creen que les ayudará y justificará la concentración de poder en sus manos, erosionando nuestra creencia, y nuestra capacidad para reivindicarla, en que la sociedad debe organizarse en interés de todos, no sólo en interés de los más ricos. Pero la realidad es que el gasto social no causó la crisis económica en la que ahora nos encontramos. La acumulación de la riqueza mundial en manos de unos pocos es la responsable. Su deseo de lograr beneficios tiene grandes costes para la gente corriente, que no puede llegar a fin de mes, para la democracia –a medida que las decisiones sobre cómo organizar la sociedad se toman cada vez más a nivel europeo o en corporaciones globales– y para el propio planeta, como demuestran las recientes controversias sobre el deseo de las compañías petrolíferas de realizar extracciones mediante el *fracking*.

Mito 2: sólo podemos resolver la crisis económica trabajando todos muy duramente

Fuera cual fuera la causa de la crisis económica, todos estamos de acuerdo en que queremos salir de ella. Y los políticos de todos los partidos afirman que la gente común tiene la llave para lograrlo: trabajando mucho, por supuesto. Se nos dice que estamos «todos juntos en esto». Se apela a nosotros en cuanto «familias que trabajan duro»[27]. Esa insidiosa expresión implica que nuestro derecho a la ciudadanía no es un derecho de nacimiento, sino que descansa sólo en nuestra capacidad para trabajar hasta la extenuación. «Las familias que trabajan duro» nos trae a la cabeza, silenciosa pero efectivamente, su mítica contraparte: el gorrón de los subsidios, el *chav*, la infraclase parásita.

Pero nadie puede trabajar todo el tiempo. La gente que está demasiado enferma o vieja para trabajar, y aquellos que tienen responsabilidades de cuidados, no tienen por qué ser capaces de conseguir y conservar un empleo. Una de las lecciones del último siglo es que nunca ha habido una

«infraclase» estática, ni en todo caso un sólido ejército de trabajadores acomodados. Más bien vivimos en una sociedad en la que el 99 por 100 de nosotros depende de nuestra capacidad laboral para vivir, y el 1 por 100 vive de los beneficios que les procuramos.

Es más difícil ser miembro de una «familia que trabaja duro» hoy día que en cualquier década posterior a 1940. No sólo hay un alto desempleo, sino que ha cambiado la naturaleza del trabajo. Ahora mucha más gente depende necesariamente del trabajo a tiempo parcial, en empleos estacionales o temporales, y en contratos de cero horas. Entre 2011 y 2012, el número de trabajadores empleados en trabajos a tiempo completo descendió en 118.000, mientras que el número de los que dependen del trabajo a tiempo parcial aumentó en 86.000[28]. Una estimación conservadora sugiere que cerca de 1,3 millones de trabajadores están actualmente empleados en contratos que no garantizan un número mínimo de horas de trabajo[29].

Es más, trabajar duro no va a resolver la crisis en la que nos encontramos. Trabajamos más horas que en los últimos cincuenta años, pero la brecha entre los más ricos y los más pobres en nuestra sociedad nunca ha sido tan grande. Los trabajadores peor pagados a menudo soportan jornadas laborales más largas; entre los que trabajan más de cuarenta y cinco horas a la semana están los operarios de grúas, camioneros y trabajadores de línea de producción fabril. Horarios más largos no llevan a un aumento en la productividad. En 2011 la Oficina Nacional de Estadística reveló que los trabajadores británicos con contratos a tiempo completo trabajaron, de media, más de cuarenta y dos horas a la semana, mientras que en Dinamarca, un país que ha capeado la crisis económica algo mejor que Gran Bretaña, los trabajadores pasaron una media de treinta y nueve horas semanales en el trabajo[30].

El trabajo duro nunca ha resuelto la pobreza. Si lo hiciera, entonces nadie habría sido pobre durante las tres décadas que siguieron a 1945, cuando el trabajo era más abundante que en las décadas anteriores o posteriores. Pero de hecho, a la gente mayor, a las familias numerosas y a las madres solteras les resultaba muy difícil llegar a fin de mes. La responsabilidad recae en parte en las decisiones de los políticos, que ofrecieron niveles inadecuados de subsidios sociales a estos grupos. Pero más grave fue la decisión de muchos empleadores: pagar a sus trabajadores salarios muy bajos. Entre los trabajadores peor pagados estaban la mayor parte de los empleados en

cuidados, como ayuda doméstica o de limpieza, así como los que trabajaron como jornaleros o en trabajos a tiempo parcial en las líneas de producción. Muchos de estos trabajadores eran mujeres, o jóvenes recién salidos de la escuela; los líderes sindicales a menudo estuvieron de acuerdo en que a estos grupos de trabajadores se les pagara menos que a los hombres adultos porque, supuestamente, no necesitaban mantener a una familia. Pero muchas sí necesitaban mantener a familiares dependientes, y les resultó difícil, si no imposible, lograrlo con sus bajos salarios.

Los empleadores –incluido el Estado– adujeron que el trabajo que realizaban estos asalariados era «no cualificado» o «semicualificado». Pero tales definiciones son siempre subjetivas, no científicas. Simplemente significan que la clase dirigente elige clasificar el cuidado de otras personas, o la producción de bienes como ropa o alimentos procesados –bienes que miles de personas querían y necesitaban– como no especialmente valiosos. Desde luego no significaba que estos trabajadores estuvieran trabajando menos horas, o menos duramente, que otros asalariados. Este tipo de empleos proliferaron en las décadas posteriores a 1945, y hoy muchos trabajadores dependen de ellos, pero tienen que trabajar muy duramente para llegar a fin de mes. Los bajos ingresos exigen que muchos hombres y mujeres se pluriempleen, o que trabajen jornadas larguísimas en su empleo, o empleos. Un repartidor que gana 20.000 libras al año trabaja en jornadas de doce horas porque, de otro modo, no puede alimentar a sus hijos: «Si no trabajo con esos horarios, lo pasamos mal», le dijo uno al investigador social Will Atkinson[31].

Así que exhortar a la gente a trabajar duro no tiene sentido en términos económicos. Muchos políticos sugieren que el trabajo duro es necesario para garantizar el crecimiento económico, que se nos dice que es la base para una sociedad más justa. En 2010, al presentar el Presupuesto de emergencia de su gobierno, el ministro de Hacienda declaró que «a menos que resolvamos nuestras deudas no habrá crecimiento… un plan creíble para recortar nuestro déficit presupuestario va a la par de una recuperación económica firme y sostenida, con baja inflación y un desempleo en descenso»[32]. Pero la interminable búsqueda del «crecimiento» por la clase dirigente, para aumentar su riqueza, es una de las razones por las que estamos en serias dificultades. Especulando sobre un crecimiento continuado, el 1 por 100 más rico depositó su confianza en un mercado en

eterna expansión. Sin embargo, el crecimiento económico, como el propio mundo, es necesariamente finito. Cuando los consumidores no pudieron comprar más bienes, cuando dejaron de acumularse los beneficios, se produjo el derrumbe.

Aunque el crecimiento económico es el objetivo de las empresas y corporaciones, no es necesario que sea nuestro objetivo. El crecimiento económico no es necesario. Crecer a toda costa puede perjudicarnos a nosotros y al mundo en que vivimos, a medida que la tierra bajo nuestros pies es despiadadamente explotada en busca de más recursos naturales para convertirlos en productos a partir de los cuales unos pocos pueden lograr ganancias, mientras todos nosotros pagamos las consecuencias en forma de polución, destrucción de nuestros parajes naturales y cambio climático. Después de emprender un estudio exhaustivo sobre la desigualdad, Richard Wilkinson y Kate Pickett concluyeron que «el crecimiento económico no es el patrón a partir del cual debe juzgarse todo lo demás… ya no contribuye a nuestra calidad de vida real… el consumismo es un peligro para el planeta»[33]. El crecimiento económico no redistribuirá la riqueza. En 1974 los beneficios –acumulados por el 1 por 100 más rico– daban cuenta del 35 por 100 del PIB. En 2011 suponían ya el 47 por 100 del PIB[34]. En otras palabras, durante un periodo en el que gobiernos y corporaciones se han centrado cada vez más en crecer económicamente, la riqueza se ha concentrado cada vez más en las manos de los ricos.

En lugar de dividir a la gente entre quienes son, o no, miembros de «familias que trabajan duro», deberíamos más bien cuestionarnos por qué hay que trabajar duramente. La historia de la clase obrera se relata a veces como la historia del pueblo y su voluntad de tener mayor control sobre –y más identificación con– su trabajo. O queriendo tener acceso a un trabajo, en todo caso. Pero por importantes que fueran estas luchas, la auténtica historia de la clase obrera desde comienzos del siglo XX ha sido la de evitar trabajar más de lo necesario para «ellos». Eso significaba entrar en el trabajo reservado de fábrica durante la Segunda Guerra Mundial, porque combatir, en 1914, no había reportado beneficio alguno para la gente corriente. Y si bien significaba votar al laborismo en 1945 para garantizar el pleno empleo y un Estado del bienestar, los avances reales en los años de posguerra fueron logrados por la gente, que se movilizó para mejorar las condiciones de trabajo y, de manera importante, reducir la cantidad de

tiempo que empleaban en el trabajo. En general, las personas trabajan porque lo necesitan, no porque lo deseen.

Esta actitud tiene mucho sentido. Trabajar demasiado causa infelicidad, depresión, estrés, mala salud, y muertes prematuras. Los hombres que fueron padres en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial a menudo se sintieron insatisfechos por elegir entre ser un buen sustento económico para sus familias, o ser padres activos capaces de emplear su tiempo en jugar con y cuidar de sus hijos. Ahora sabemos, por medio de investigadores sociales y sanitarios, que tener relaciones significativas y amorosas con familiares y amigos es importante para mantener una buena salud mental, y que trabajar demasiado puede perjudicar también nuestra salud física. Desde la década de 1980 la proporción de gente que sufre cáncer y diabetes ha crecido. Sabemos ahora que esto está directamente vinculado con un aumento en el trabajo nocturno y por turnos, que perturba los patrones de sueño y la capacidad de la gente para disfrutar de tiempo con sus amigos y familias[35].

Desde 2010, un número cada vez mayor de trabajadores han soportado otra forma de estrés: una falta de control sobre el trabajo que realizan. En 2012, investigadores que habían estudiado trece países europeos, incluyendo el Reino Unido, mostraron que tener un empleo muy exigente, pero uno sobre el que no ejerces demasiado control, aumenta el riesgo de enfermedades cardiovasculares[36]. Entre este tipo de empleos está el trabajo en una ajetreada línea de producción; en un restaurante de comida rápida o un bar donde tienes que responder ante interminables clientes; en un *call center* en el que se espera de ti que alcances objetivos periódicos; o en una oficina con exigentes plazos de entrega. Cada vez más se incluye en este grupo a trabajadores del sector público como enfermeras, trabajadores sociales o profesores, que tienen que soportar inspecciones exigentes, y se espera de ellos que cumplan los deseos de políticos o gestores profesionales, con poca financiación o apoyo. Relativamente pocos trabajadores pueden recurrir a un sindicato: el 56 por 100 en el sector público pero apenas el 14 por 100 en el privado. En general, sólo el 29 por 100 de las trabajadoras y el 23 por 100 de los trabajadores están sindicados[37]. La privatización de muchas áreas del Servicio Nacional de Salud y del sector educativo significa que más y más trabajadores son empleados por organismos sobre los cuales no tienen control alguno. Los

empleadores del sector privado son menos susceptibles de aceptar el reconocimiento sindical, y no responden ante los políticos electos.

No hay razón para que debamos trabajar en horarios tan amplios. Durante gran parte del siglo XX, académicos y políticos asumieron que los avances tecnológicos llevarían a un mayor tiempo de ocio, no a trabajar más. A finales del siglo se intensificó el debate respecto a cómo emplear mejor el mayor tiempo libre del que disponían. En los años treinta, aplicados investigadores sociales y profesores de escuelas públicas escribieron libros con títulos como *El problema del ocio*, que mostraban una preocupación por el efecto de la música de baile americana y las películas de Hollywood sobre la gente joven (quienes, por su parte, en general consideraron que el fascismo era una amenaza mayor, y muchos morirían combatiéndolo). Se lograron algunas victorias importantes. Una fue la Ley de Vacaciones Pagadas de 1938, logro de activistas sindicales y feministas que lucharon para que las vacaciones pagadas anuales fueran un derecho universal. Durante las décadas de 1950 y 1960, a medida que caía el número de horas semanales de trabajo y los métodos de producción mecanizada se convirtieron en la norma, los sociólogos preguntaron a la gente de clase obrera cómo empleaban el tiempo en el que no trabajaban, convencidos de que estaban siendo testigos del comienzo de un nuevo modo de vida al que daba forma el consumo y el ocio, más que el trabajo. Pero, a comienzos del siglo XXI, mucha gente trabajaba todavía muchas horas, a menudo en las horas más antisociales del día o la noche. Después, en 2013, la vida laboral se amplió ulteriormente cuando el gobierno alzó la edad mínima de jubilación hasta los sesenta y siete, y sugirió que tendría que aumentar todavía más para las generaciones futuras. Aparentemente, disponemos ahora de menos tiempo de ocio que hace medio siglo.

¿Qué fue mal? Al trabajo le da forma la política. Desde los años sesenta, pero especialmente desde la década de 1980, un número creciente de nosotros ha estado empleado en no-trabajos que no aportan nada, como mandos intermedios, consultores y *coaches*[38]. Formar a la gente en «empleabilidad» se ha convertido en una industria en sí misma. Los mismos políticos que afirman que el sector público está hinchado y requiere «modernización» –y por modernización entienden despidos y la destrucción del escaso poder que conservan los sindicatos– se muestran bastante satisfechos al comprobar que cada vez más de nosotros trabajamos en el

sector privado, en empleos sin sentido. La razón, como señala el antropólogo David Graeber, es política: «La clase dominante ha descubierto que una población feliz y productiva con tiempo libre en sus manos es un peligro mortal»[39]. Sus antecesores lo descubrieron en carne propia a finales de la década de 1960 y comienzos de la siguiente. Pese a los fallos del Estado de bienestar y el número de empleos disponibles, la garantía de un mínimo estándar de vida fue un logro importante para la clase obrera en la gran Bretaña de posguerra. La generación que creció en los años cincuenta y sesenta vio que su sociedad era capaz de alimentar y vestir a todo el mundo, y sobre este cimiento se sintieron capaces de plantear nuevas exigencias: una vida que no implicara simplemente llegar a fin de mes sino que incluyera viajes, formación y mayor control sobre cómo organizar sus lugares de trabajo y comunidades. Estas demandas alimentaron los movimientos sociales a lo largo del globo. En Gran Bretaña estudiantes, trabajadores e inquilinos organizaron huelgas, sentadas y ocupaciones para desafiar las jerarquías que gobernaban las universidades, la vivienda pública, las fábricas y escuelas. La clase dominante aprendió una importante lección. Se espera de todos nosotros que trabajemos aún más duro, generemos beneficios para la minoría que posee poder económico y político, y no que empleemos nuestro tiempo de modos significativos, como cuestionar o desafiar el *statu quo*.

Mito 3: las oportunidades de la clase obrera se ven bloqueadas por mujeres e inmigrantes

Desde 2010 el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) se ha convertido en una fuerza principal dentro de la política británica. Periodistas y políticos suelen decirnos que esto ocurre así porque la «clase obrera blanca» odia a los inmigrantes. El líder laborista Ed Miliband afirmó que «la migración ha… causado problemas», ejerce «presión sobre nuestra economía», y «necesita ser gestionada correctamente»[40]. Muchos políticos de derecha que querrían detener la inmigración también creen que las decisiones que toman las mujeres sobre la crianza y el trabajo tienen un efecto mucho más significativo sobre los niveles de vida de la gente que la

ciega búsqueda de beneficio de los CEO. Nigel Farage, líder del UKIP, afirmó que las mujeres que accedían a la baja por maternidad «valían menos» para sus empleadores que los empleados varones. David Willetts, el entonces ministro de Universidades conservador, criticó al feminismo por animar a las mujeres a ocupar empleos y puestos universitarios que de otro modo habrían correspondido a hombres[41].

Detrás de todo esto está el espectro de la clase obrera «tradicional» que, según este mito, serían los hombres blancos. A esta clase obrera aparentemente le iba bien hasta que mujeres e inmigrantes comenzaron a robarles el trabajo. Pero, de hecho, el capitalismo siempre ha dependido de la inmigración y del trabajo de las mujeres; remunerado y no remunerado. Hasta 1939, los sirvientes domésticos eran el grupo ocupacional más amplio en Gran Bretaña, y la mayor parte de ellos eran inmigrantes procedentes de pueblos irlandeses, o de comunidades mineras en County Durham y aldeas de condados cercanos a la capital, que emigraban para vivir y trabajar en los hogares de sus empleadores. Durante el último siglo, a la gente se le ha dicho repetidas veces que deben desplazarse a donde hay trabajo: no pueden esperar que el trabajo vaya a ellos. En los años treinta los gobiernos instituyeron un plan de transferencia de fuerza de trabajo en el que los trabajadores en paro migraban desde el norte de Inglaterra a fábricas en el sudeste. En la década de 1980 Norman Tebbit le dijo a los desempleados que se subieran a sus motos. Veinte años después, Tony Blair prefirió hablar de la necesaria «flexibilidad» y de una fuerza de trabajo «globalizada», pero ambos términos se referían a lo mismo: los trabajadores debían desplazarse adonde estuviera el trabajo, y no al revés. Esto se traducía en que ciudades enteras fueron construidas por migrantes; como Coventry, que acogió oleadas de trabajadores galeses, del noreste de Inglaterra y posteriormente de países de la Commonwealth, personas que llegaron para trabajar en las fábricas de coches de Coventry desde los años treinta hasta la década de 1970. Los distritos portuarios en ciudades costeras como Liverpool y Bristol han acogido durante mucho tiempo a trabajadores inmigrantes que dependían del mar para ganarse la vida. Habitualmente, los migrantes encontraban acogida en distritos de clase obrera, porque eran baratos y cercanos a los centros de pueblos y ciudades.

La tolerancia y adaptabilidad tanto de los inmigrantes como de las comunidades a las que se unían demuestra que la gente blanca de clase

obrera no es inherentemente racista. También demuestra que la clase obrera nunca ha sido exclusivamente blanca. Inmigrantes irlandeses, negros y asiáticos han participado en huelgas y protestas, a menudo junto a trabajadores que nacieron y se criaron en el pueblo donde trabajaban. Lejos de desplazar a los residentes y trabajadores blancos, los trabajadores inmigrantes a menudo sufrieron bajos salarios y viviendas hacinadas. Eran más susceptibles de sufrir soledad y falta de apoyo que los británicos. Mientras que sólo el 10 por 100 de los británicos blancos visitan muy poco a amigos o parientes, la cifra es del 17 por 100 entre algunos grupos migrantes[42]. Experimentan los mismos tipos de problemas que los trabajadores británicos blancos, pero su explotación se ve exacerbada porque políticos y empleadores insisten en tratarles como una fuerza de trabajo temporal sin derecho a la mayoría de subsidios o servicios.

Al centrarnos en los inmigrantes, perdemos de vista a los auténticos culpables: empleadores y políticos que convierten a los trabajadores inmigrantes en esclavos asalariados baratos y explotables. A los inmigrantes se les acusa de «socavar los salarios» de los trabajadores británicos, pero no son ellos quienes fijan sus salarios: lo hacen los empleadores. Gran Bretaña ha dependido durante mucho tiempo de la migración, como la mayor parte de países occidentales, porque los inmigrantes proporcionan un suministro laboral a muy bajo coste. Esto no es porque el trabajo de los inmigrantes inevitablemente carezca de valor; aunque no tienen otra alternativa que aceptar trabajos mal pagados, estos empleos generalmente consideraríamos que desempeñan un papel importante, como el trabajo en centros de cuidados o en la hostelería. Los inmigrantes son baratos, de hecho, porque así el Estado receptor no tiene que preocuparse de los costes asociados con la crianza y formación de trabajadores «indígenas», y por tanto reduce el coste en educación y cuidados sanitarios. Sin duda al representar a los inmigrantes como una fuerza de trabajo temporal –pese a que su contribución a la economía británica siempre ha sido importante (piénsese en el comercio de esclavos)–, el gobierno puede justificar no pagar por las pensiones de estos trabajadores, su asistencia sanitaria o la educación de sus hijos mientras están en el país. En el libre mercado europeo, se anima a los trabajadores a ir allá donde esté el trabajo, y no hay mucho trabajo en grandes franjas de Europa oriental, donde el socialismo de Estado ha sido sustituido por unos

gobiernos altamente comprometidos con la economía de libre mercado y con un gasto mínimo en bienestar; una estrategia animada por sus consejeros del Fondo Monetario Internacional y por socios clave en la Unión Europea, incluyendo a sucesivos gobiernos británicos.

Si a los inmigrantes se les señala erróneamente por la crisis económica, ocurre lo mismo con las mujeres. Mientras que la afirmación de David Willett de que las mujeres ambiciosas se han hecho con los empleos de los hombres fue criticada en 2011, políticos y periodistas han continuado atacando la autonomía económica de las mujeres, bajo la forma de expresar una «preocupación» por su fertilidad. Se nos dice que las jóvenes ambiciosas eligen posponer la maternidad a cambio de afianzarse en una carrera. Al mismo tiempo, a las mujeres con hijos se las critica por no lograr un buen empleo en su ocupación elegida: Chris Ham, director ejecutivo del King's Fund[43], culpó de la escasez de personal en los departamentos de Accidentes y Emergencias al incremento en la proporción de médicas[44]. Comparadas con los hombres en este tiempo de austeridad, se presenta a las mujeres como si les fuera realmente bien: aparentemente todas están bien formadas, son capaces de lograr empleos exigentes y tener un control definitivo sobre cuándo tener una carrera, un hijo o comprar una casa. Pero sus avances –es decir, su igualdad con los hombres ante la ley– se presentan como los causantes de los problemas sociales y económicos.

Observar cómo viven las mujeres de carne y hueso nos sugiere que en realidad no nos va tan bien. Las mujeres suponen la mitad de todos los profesionales, pero están concentradas en los empleos de menor remuneración, como la enfermería. Son más del 80 por 100 entre los trabajadores de cuidados, ocio y servicios, que tienden a estar muy mal pagados[45]. De hecho, las mujeres estamos en peligro de retroceder a las condiciones que soportaron las trabajadoras antes de 1939, cuando las trabajadoras del servicio doméstico no tenían salario mínimo ni sindicatos, y sus horarios eran largos y no estaban regulados. Se sabía muy poco sobre sus condiciones de trabajo porque la mayor parte de ellas vivía en las buhardillas o sótanos de sus empleadores. Hoy día, Gran Bretaña todavía depende fuertemente de un ejército de mujeres empleadas eventualmente, muchas de ellas inmigrantes. Las altas proporciones de empleadas eventuales y trabajadoras inmigrantes en este sector significa que no hay una estimación fiable sobre cuántas mujeres están empleadas en el trabajo

doméstico, y hay muy poco interés político en descubrir cómo viven y trabajan. Pero su expansión puede verse en el número creciente de jóvenes mujeres que acceden a estos empleos. Mientras que hace treinta años los empleos de limpieza solían estar ocupados por mujeres mayores que buscaban que su trabajo encajara con el cuidado de sus hijos, ahora las mujeres jóvenes y solteras vuelven una vez más a depender de hacer la limpieza de otros para llegar a fin de mes. Entre 1993 y 2013, la proporción de mujeres entre los dieciséis y veinticuatro que realizan un trabajo de baja remuneración, como la limpieza de hoteles y oficinas, se ha triplicado, pasando del 7 al 21 por 100[46].

Lejos de «elegir» salir y ganar dinero en lugar de tener hijos, muchas mujeres van a trabajar para mantener a los hijos, maridos o compañeros desempleados y padres que, en una edad avanzada, se enfrentan a la pobreza. En 1996, el 67 por 100 de las madres con hijos dependientes salieron a trabajar; hacia 2013, fueron el 72 por 100. El 60 por 100 de las madres solteras son asalariadas[47]. Las mujeres todavía tienden a ocuparse de la mayor parte del trabajo doméstico, infravalorado y no remunerado. Puesto que tienden a ocuparse del presupuesto del hogar, a menudo son agudamente conscientes de las dificultades por las que pasan sus familias. Del mismo modo en que las mujeres solían ser las que negociaban préstamos y acudían a casas de empeños en Gran Bretaña antes de 1939, desde 2010 las mujeres han acumulado más deuda y han acabado vendiendo sus posesiones en páginas web como eBay para llegar a fin de mes[48]. Mientras que muchas mujeres prefieren recurrir al trabajo a tiempo parcial dadas las limitaciones que les impone el trabajo –no pagado– de cuidados, el número de trabajadoras a tiempo parcial que querrían un empleo a tiempo completo está creciendo, desde el 8 por 100 en 2004 hasta el 13 por 100 en 2011[49].

Comparado con 1939, ahora las profesionales comparten más claramente algunos de los problemas a los que se enfrentan sus trabajadoras de limpieza o niñeras. La inseguridad económica y los horarios laborales excesivos no son exclusivos de los pobres. La mayor parte de mujeres trabajadoras también se enfrenta a estas cuestiones. Los empleos profesionales ahora exigen años de «formación», gran parte de ellos no remunerados o mal pagados. En mi propia profesión, la académica, lo habitual es que alguien esté bien entrada en la treintena antes de alcanzar un

puesto permanente, si es que lo consigue. Antes de esto cabe esperar años de contratos temporales, a veces por horas. La mayor parte de sus horas de trabajo (y hay muchas más académicas que académicos contratadas eventualmente o a tiempo parcial) se destinan a la enseñanza, que es una parte importante pero infravalorada del trabajo[50]. Para lograr un puesto académico permanente también necesitas investigar y acumular publicaciones académicas, que son tareas que a menudo se espera que un profesor temporal haga en «sus horas libres», por las tardes o fines de semana (cuando no está preparando las clases o evaluando el trabajo de los estudiantes). Otras profesiones dependen, de manera similar, de disponer de mucho personal mal pagado y con una gran carga de trabajo, empleado en puestos o becas que no ofrecen el tiempo, ingresos o seguridad que mucha gente querría experimentar antes de tener hijos.

No se pueden dar buenas razones para defender que pasar meses como becario no remunerado, o años en un puesto mal remunerado, deba ser un prerrequisito para entrar en la academia, la abogacía o los medios de comunicación. El estado de estas profesiones, y sin duda del mercado de trabajo en su conjunto, es el resultado de decisiones políticas. Los políticos y líderes corporativos debaten cómo abrir las becas a un abanico más amplio de población, pero no discuten si es necesaria la existencia de prácticas y becas en ocupaciones que hace unos pocos años funcionaban perfectamente sin ellas. Tampoco hay pruebas de que ahora haya más gente compitiendo por menos puestos profesionales. La proporción de gente empleada como profesionales ha aumentado progresivamente desde la década de 1970, lo cual indica una mayor demanda de abogados, profesores, académicos y doctores.

Una vez más, la creciente inseguridad de las profesiones tiene una causa política. Gobiernos recientes han aumentado las matrículas y tasas universitarias porque afirman que la formación superior es demasiado cara como para que la financien los contribuyentes. Pero al mismo tiempo el gobierno ha encarecido la educación universitaria al aumentar las exigencias y la presión sobre el profesorado universitario. Los profesores pagados por horas son necesarios porque los gestores universitarios y los políticos animan a los estudiantes a creer que son «consumidores» y que el valor de su educación reside en el número de horas que se sientan en un aula con un académico presente. Sería más económico para la universidad

que simplemente empleara a más académicos con contratos permanentes. Sin embargo, el personal temporal es más manejable, está ansioso por agradar y por ocuparse del trabajo que nadie más tiene tiempo de realizar. Es poco probable que arriesguen sus posibilidades de lograr un puesto permanente cuestionando la naturaleza de las instituciones, o el mundo en el que se encuentran.

Para las mujeres, la maternidad puede parecer desde luego menos agradable en este mundo inseguro. Es verdad que algunas mujeres siempre han elegido no tener hijos, y que un control fiable de la natalidad nos ha dado mayor poder para hacer esta elección sin sacrificar también la oportunidad de tener relaciones sexuales satisfactorias. Esa decisión no ha tenido un impacto perjudicial sobre la sociedad, y es poco probable que lo tenga en el futuro: la población del planeta continúa aumentando. Lo que debería preocuparnos son las razones negativas que llevan a las mujeres a sentir que no tienen más opción que retrasar el momento de tener hijos, o que deben elegir entre el trabajo y la vida familiar. Los recortes gubernamentales en cuidados (preescolares) son una advertencia a las mujeres que elijan tener hijos de que tendrán que buscarse guarderías asequibles. Los padres han de preocuparse por mantener a su hijo a través de un sistema educativo que –según se nos dice habitualmente– no se adapta a sus necesidades, una universidad cuyas matrículas se han más que triplicado en los últimos diez años, y, después, durante décadas de incertidumbre. Puesto que las mujeres todavía cargan con la mayor parte del cuidado infantil y las tareas domésticas, no es nada sorprendente que muchas de nosotras dudemos si ser madres. Los altos costes de la vivienda y el trabajo inseguro significan que las madres pueden acabar manteniendo a sus hijos, doméstica y financieramente, hasta los treinta años. Y entonces, cuando llegan los nietos, de nuevo llega la preocupación por el cuidado preescolar. Cada vez es más habitual que a los abuelos, especialmente a las abuelas, se les pida que ocupen el lugar de las guarderías, que han sufrido recortes desde 2010; su ayuda es especialmente esencial en familias con bajos ingresos, y los que deben ocuparse de los nietos en horarios especialmente amplios sufren de agotamiento, estrés y depresión[51].

Mito 4: la movilidad social, promovida por una educación selectiva y privada, puede resolver la desigualdad

Tanto la izquierda como la derecha política tienden a estar de acuerdo en que la vida era mejor en los años cincuenta. La izquierda sugiere que esto fue a causa del sólido Estado del bienestar y el pleno empleo. Pero los grandes partidos de derecha e izquierda tienden a concordar en que una de las dimensiones más beneficiosas de la sociedad de posguerra fue la mayor movilidad social, facilitada por Grammar Schools selectivas. El gobierno actual ha declarado su apoyo a la educación selectiva, sugiriendo que esto puede ayudar a promover una meritocracia en la que «todo el mundo, independientemente del contexto social, tenga la oportunidad de ascender tan alto como permitan sus talentos y ambiciones»[52].

Es irónico que exista un consenso político sobre el hecho de que la Gran Bretaña de posguerra fuera una sociedad meritocrática, teniendo en cuenta la falsedad de esta afirmación. Mientras que los subsidios sociales y el pleno empleo, la sanidad universal y la educación gratuita hicieron de la británica una sociedad más saludable, productiva y equitativa, el examen once-plus y las Grammar Schools no produjeron una meritocracia. Lejos de garantizar mayores oportunidades para la mayoría, la educación secundaria selectiva simplemente cimentó las divisiones sociales ya presentes en la Gran Bretaña de posguerra. Los años de posguerra son recordados no como la era de la Grammar School, sino de la escuela secundaria moderna, escasamente financiada, pobremente equipada, y abarrotada: el tipo de escuela que educó a más del 80 por 100 de los niños británicos entre los años cuarenta y sesenta.

Los defensores de las Grammar Schools afirman que al menos ofrecen nuevas oportunidades a una minúscula minoría de niños de clase obrera con talento. Pero cincuenta años de investigación sobre el sistema educativo han demostrado que no hay una medida adecuada y objetiva de «talento» o «potencial». Los niños que entran en las escuelas académicamente selectivas, o que acaban en las franjas superiores de las academias y escuelas públicas no son necesariamente más «brillantes» que sus compañeros menos afortunados. Algunos defensores de la selección educativa aducen que estos niños, no obstante, merecen más: les ha ido bien

porque sus padres se interesaron en su educación. Es cuestionable que los hijos deban ser castigados por las equivocaciones de sus padres, pero en cualquier caso los logros educativos de los niños no están estrechamente relacionados con las aspiraciones de sus padres. Aquellos educados en las décadas de 1950 y 1960 a menudo recuerdan la amarga decepción de sus ambiciosos padres ante el «fracaso» de los hijos que no lograron entrar en la Grammar School. Si los padres de clase obrera fueran realmente una barrera para el progreso educativo de sus hijos, entonces la educación integral, introducida por el laborismo en los años sesenta, habría sido un terrible fracaso. Poquísimos niños de clase obrera habrían llegado a la universidad. De hecho, la proporción de niños de clase obrera que llegaron a estudiar en la universidad aumentó drásticamente desde la década de 1970, precisamente porque las escuelas integrales permitieron que una generación de hijos de la clase obrera realizara exámenes *A-level* y entrara en la educación superior.

Las escuelas académicamente selectivas tienen un poco glorioso historial de exclusión de niños de clase obrera. En los años de posguerra, era más probable que los niños de clase obrera que realizaban el once-plus abandonaran especialmente pronto las Grammar Schools. La nueva era de «Academies» inaugurada a partir de 2010, así como las «Free Schools»[53], introducidas en los últimos tres años, presenta ya un balance mediocre en lo tocante a aceptar a niños de clase obrera. Menos del 10 por 100 de los niños de las Free Schools pueden acceder a comidas escolares gratuitas, comparados con el 17 por 100 general. Las cada vez más habituales prácticas de *setting* (agrupar a los alumnos según el rendimiento específico) o *streaming* (agruparlos según sus «capacidades») y la selección perjudican a los niños de clase obrera, que acaban de manera desproporcionada en los grupos con peores resultados. Las Academies y las Free Schools están logrando la poco envidiable reputación de excluir a los niños de clase obrera de los exámenes, para no empañar los resultados académicos de estos centros[54].

En cualquier caso, la educación no consigue incrementar la movilidad social. El aparente aumento en la movilidad social que se produjo en la Gran Bretaña de posguerra se debió a la expansión de algunos empleos –enfermería, enseñanza, trabajo de oficina y puestos técnicos– que fueron categorizados por los expertos del gobierno como «profesiones». La

expansión de estas ocupaciones no fue gracias a las Grammar Schools, sino por un compromiso político con la expansión del Estado del bienestar y, en la década de 1960, con el apoyo a la investigación científica. El Servicio Nacional de Salud, la educación secundaria gratuita, la oferta estatal de trabajo social y subsidios sociales, y la expansión de industrias técnicas y científicas significó una mayor demanda de profesores, oficinistas, enfermeras y ténicos. Hoy, los niños de clase obrera que logran permanecer en la escuela y progresar en la universidad descubren que sus oportunidades están dictadas por el mercado laboral.

Centrarse en la movilidad social como meta educativa lleva a estrechar los horizontes de todo el mundo. Las escuelas y universidades no pueden crear oportunidades laborales, por mucho que se urja a los estudiantes a creer que pueden y deben. Muchos estudiantes, tras la universidad, desempeñan ahora empleos no profesionales, y para solventar esto los gestores universitarios y políticos aducen que necesitan aprender a ser empleables. Muchas universidades insisten ahora en que los tutores universitarios –que sólo se han desempeñado como historiadores, teóricos literarios o profesores de derecho– ofrezcan a sus estudiantes (o les insten a asistir a) cursos o seminarios sobre «empleabilidad»[55]. Los estudiantes que desean estudiar arqueología en la Universidad de Liverpool, por ejemplo, pueden encontrarse con «módulos de extensión de conocimientos, diseñados para potenciar tu empleabilidad»[56]. Esto ocurre a pesar de que la historia nos enseñe que el desempleo nunca es causado por la no empleabilidad de la gente, sino sencillamente por la falta de empleos. Como consecuencia de ello, la academia ahora está llena de lo que David Graeber llama «trabajos de mierda» *(bullshit jobs),* con gente empleada para formar a los académicos en enseñar materias de las que no saben nada, a gente que es poco probable que saque algún beneficio de ellas[57].

Una sociedad tan tecnológicamente avanzada como la nuestra, tan rica en recursos naturales y riqueza, puede y debe comprometerse a proporcionar a *todos* los niños el mejor comienzo posible en la vida, no sólo a unos pocos escogidos. Los que defienden la educación selectiva señalarán que no todo el mundo puede acceder a los empleos clasificados como profesionales: necesitamos solamente una cantidad finita de abogados, doctores, académicos y banqueros. Reducen la discusión a una obsesión sobre quién debería ser elegido exactamente para estos puestos principales, asumiendo

que otros se ocuparán de averiguar cómo educar al restante 80 por 100 de la humanidad. Y, sin embargo, nunca podemos permitirnos que sean otros quienes respondan, pues en un sistema educativo selectivo, incluso en una sociedad relativamente próspera, la educación de la mayoría contará con recursos insuficientes, precisamente porque la elite dominante asigna muy poco valor al trabajo que puede realizar la mayoría de la población. A partir del año 2010, el gasto en educación se ha desplomado al ritmo más rápido de los últimos sesenta años[58].

Estos hechos señalan el auténtico problema que hay con la movilidad social: que no puede, ni ha podido, ni podrá resolver o siquiera reducir la desigualdad económica. Pues el concepto mismo de movilidad social se sustenta precisamente en que vivimos en una sociedad desigual, donde algunas formas de trabajo son públicamente mejor valoradas que otras; principalmente a través de salarios más altos. Más que preocuparnos por crear un medio «justo» de determinar quién alcanza la cima de nuestra jerarquía social y ocupacional, necesitamos cuestionar la jerarquía misma. ¿Por qué se paga más a los abogados de empresas, banqueros y políticos, que a los músicos, escritores y artistas? ¿Por qué se les paga tan poco a aquellos cuyos empleos consisten en retirar nuestra basura, ocuparse de nuestros asilos, trabajar en nuestras bibliotecas y limpiar nuestras calles? Y lo que es más, ¿por qué se les hacen a menudo contratos tan inseguros? ¿Por qué sugerimos a nuestros hijos que hacer más ricos a los ricos intrínsecamente vale más que cuidar de la gente siendo maestro, enfermero, cuidador o padre a tiempo completo?

Claramente, esta jerarquía de empleos no valora demasiado el cuidar de los demás. De hecho, se basa en valores que no compartimos muchos de nosotros. En 2012 un estudio nacional sobre ingresos, gastos y bienestar señaló que la gente «con ingresos más altos refiere una mayor satisfacción y felicidad en la vida, y menor ansiedad». Sin embargo, en la mayor parte de estos casos, estos abogados, gestores financieros y contables derivaban su satisfacción de lo que eran capaces de hacer fuera del trabajo. Sus empleos eran importantes para estos trabajadores porque les permitían sufragar el tiempo que empleaban en relajarse con la familia y los amigos. Pero estos trabajadores no pensaban necesariamente que lo que hacían en su trabajo fuera significativo. Los investigadores que les encuestaron concluyeron que «un mayor ingreso familiar no está significativamente relacionado con la

sensación de la gente de que las cosas que hacen en la vida sean valiosas»[59]. Trabajar como abogado de empresa o banquero puede conllevar riqueza y estatus profesional, pero no permite que la gente haga lo que considera que es una contribución valiosa a la sociedad; y parece que la mayor parte de nosotros quiere ser capaz de realizar tal contribución.

Mito 5: la avaricia y egoísmo de la gente nos impide crear un tipo diferente de sociedad

En la medida en que no hay justificación económica o política para tratar al capitalismo como el único modo de organizar nuestra sociedad, los defensores de este Estado en el que estamos, en última instancia se parapetan tras la afirmación de que todos somos demasiado avariciosos para vivir de otra manera. Una vez más, señalan la historia reciente para argumentar su postura: sacan a colación los años setenta, cuando los «avariciosos» sindicalistas abusaron del poder limitado de negociación que les ofrecía el Estado de posguerra, y exigieron salarios aún mayores. O en la izquierda, señalan la década de 1980, cuando la clase obrera «se vendió» a Margaret Thatcher, anteponiendo los beneficios particulares que la privatización del parque público de viviendas y de las empresas públicas ofrecía, frente al espíritu colectivo de las décadas anteriores.

En ningún caso esto es una representación precisa de lo que ocurrió. En los años setenta, corporaciones y gobiernos decidieron empequeñecer los estados del bienestar en todo el mundo occidental. En Gran Bretaña, políticos y economistas a menudo presentaron esto como el resultado inevitable de la competición internacional en industrias como la manufactura de automóviles, y de la «crisis del petróleo» de comienzos de la década de 1970, cuando los precios se dispararon. Pocas veces reparan en el hecho de que gran parte de la «competición internacional» llegó de Alemania Occidental, un Estado que, en parte por su cercanía al Bloque Oriental y por tanto con la necesidad de mostrar que el capitalismo ofrecía una alternativa creíble al socialismo de Estado, se comprometió fuertemente con el sindicalismo, el bienestar social de los obreros y los salarios relativamente altos, pero todavía pudo innovar en las industrias en

expansión. También tienden a pasar por alto el hecho de que una «crisis petrolífera» no exige por sí misma recortes de gasto público y desempleo; el debate sobre si tales medidas debían introducirse fue una razón de que los gobiernos laboristas de 1974-1979 fueran tan inestables. La decisión de debilitar a los sindicatos y por tanto el poder económico y político de la clase obrera –como trabajadores y como consumidores– fue precisamente eso: una decisión, no algo inevitable. Fue una decisión política tomada por una clase dirigente que se había horrorizado por los movimientos populares de trabajadores y estudiantes de finales de la década de 1960 y comienzos de la década siguiente, cuando la gente exigió mayor control sobre su trabajo y sus vidas. En Gran Bretaña estos acontecimientos llevaron a varios miembros del *establishment* a defender un golpe de Estado militar, y algo más grave todavía: a que el gobierno conservador de Edward Heath declarara no menos de cinco estados de emergencia entre 1970 y 1974.

En la década de 1980 el Partido Conservador de Margaret Thatcher pareció dispuesto a ofrecer una alternativa a la inestabilidad política de los setenta. Con ello, mucha gente de clase obrera votó por sus gobiernos, y han votado por gobiernos conservadores desde entonces. A menudo, los votantes conservadores actúan a partir de una sensación negativa de que, en palabras de la propia Thatcher, no hay alternativa a la economía neoliberal que defienden los conservadores. Y el laborismo frecuentemente favoreció esta sensación generalizada, al no proporcionar ningún programa alternativo y creíble. En los años ochenta Margaret Thatcher fue el único líder político que se apropió de las demandas de los movimientos sociales de finales de los sesenta por una mayor independencia personal, y mayor autoexpresión y autodeterminación. Sus gobiernos pregonaron que lo lograrían fomentando que las personas se adueñaran de sus hogares y negocios, promesas que demostraron ser atractivas para millones de votantes, aunque en realidad fueran vacuas. Los negocios de mucha gente se hundieron, y millones más sufrieron el desempleo. Muchos de ellos vieron cómo sus recién adquiridos hogares acabaron embargados.

En retrospectiva es increíble, dada la fortaleza de la ideología neoliberal, que mucha gente de clase obrera no votara a los conservadores en los ochenta. En realidad, las participaciones electorales comenzaron a declinar, y la tendencia ha continuado desde entonces. Lejos de ver esto como un signo de «apatía» o egoísmo, necesitamos preguntar por qué la gente no

tiene fe alguna en los políticos. ¿Podría ser porque, desde la década de 1980, nadie ha tenido el arrojo de admitir que el neoliberalismo sencillamente no funciona?

Nuestra vida cotidiana no sugiere que seamos innatamente egoístas. En su lugar, sugiere que la mayor parte de la gente quiere ayudarse mutuamente y que sobreviva el mundo en que vivimos. El modo en que elegimos vivir demuestra que la mayor parte de nosotros comprende que, en última instancia, ayudarnos es algo que nos beneficiará individualmente. Cerca del 16 por 100 de británicos emprende algún tipo de trabajo voluntario, que es una cifra alta dadas las estrecheces y urgencias que el trabajo y el cuidado de familiares producen en el día a día de mucha gente, pero el voluntariado tiene claramente sus recompensas[60]. Casi el 90 por 100 de las personas habitualmente se ve con amigos o familiares. En muchos distritos de clase obrera la familia y los grupos de amigos continúan proporcionando apoyo y felicidad a la gente[61]. Y la gente quiere cambiar y adaptar sus estilos de vida para acomodar las necesidades de los demás y del planeta en que vivimos. En el año 2000, en Gran Bretaña, sólo el 11 por 100 de los residuos se reciclaban, pero en 2012 la gente recicla más del 43 por 100 de su basura[62]. Mientras que gobiernos y corporaciones discuten sobre lo poco que pueden hacer para reducir las emisiones de carbono, el resto de nosotros hemos encontrado tiempo en nuestras ajetreadas vidas para considerar cómo reducir nuestro impacto negativo en el mundo que heredarán nuestros hijos. Dado que muchos de nosotros hemos crecido bajo la ortodoxia neoliberal, que nos insta a ocuparnos sólo de nosotros mismos, esto es un logro que merece la pena celebrar.

Cuando cualquiera critica el capitalismo pueden esperar inmediatamente que se le pida un plan detallado para una sociedad alternativa. Pero la historia nos enseña que las revoluciones no comienzan con una persona ofreciendo un programa coherente para construir un mundo nuevo. En realidad, la revolución tiende a desencadenarse cuando aquellos que creen que tienen el derecho de conservar el poder se niegan a reconocer las reivindicaciones y agravios que una gran mayoría comparte. En este Estado nos encontramos con una clase dirigente que se niega a aceptar que vivimos en tiempos difíciles, ya no digamos reconocer la necesidad de realizar reformas. Pero si la historia nos enseña algo, es que todo cambia. Afirmar

que no hay alternativa al mundo en que vivimos demuestra la frágil y en última instancia autodestructiva naturaleza de nuestra elite.

Lo que tenemos que hacer ahora es comenzar a preparar los primeros pasos hacia un modo alternativo de vida, para vivir mejor que bajo el neoliberalismo. Esta sociedad no producirá una época dorada de la clase obrera: no puede haber tal cosa, pues la clase atestigua la desigualdad, y la desigualdad no ha funcionado para ninguno de nosotros. En su lugar, deberíamos comenzar a discutir cómo crear una sociedad auténticamente sin clases. Y la historia de la clase obrera nos ofrece algunas conclusiones.

En primer lugar, el crecimiento económico no mejora la calidad de vida, pero la redistribución económica sí puede hacerlo, y lo hará. Gran Bretaña fue un lugar más sano y feliz en los años de posguerra porque había cierta redistribución. Pero la lección de aquellos años es que no puede confiarse en que la clase dirigente redistribuirá riqueza y poder. Necesitamos confiar en nosotros mismos para encontrar un modo más democrático y transparente de crear una sociedad equitativa.

Podemos hacerlo porque lo hemos hecho antes. La solidaridad ha logrado importantes victorias, y puede ofrecer una alternativa real a la austeridad. Observemos los enormes logros que la lucha colectiva alcanzó durante el último siglo: mejores condiciones de trabajo, jornadas laborales más cortas, un sector público ampliado que nos dio mejores trabajos y mejor asistencia, vivienda protegida y educación gratuita. La clase obrera ha decaído como fuerza política colectiva, pero no ha ocurrido lo mismo con el deseo de ayudarse mutuamente; sólo que ahora mismo, para muchos, la única salida es preocuparse de los inciertos futuros de hijos y nietos. Al mostrar que el esfuerzo colectivo puede traernos grandes avances para todos, la izquierda podría justificar la redistribución de ingresos y propiedad, que es el único modo de crear una sociedad sin clases. El *establishment* político replica que esto es absurdo, pero todavía no nos ha mostrado la lógica que opera en su propia e inverosímil concepción: que «las familias que trabajan duro» pueden superar la desigualdad perpetrada por una elite poderosa determinada a aferrarse a sus privilegios. Y no tienen respuesta ante la irrefutable prueba de que la movilidad social deja a la mayor parte de la gente –incluyendo a la mayor parte de mujeres e inmigrantes– en lo más bajo de la sociedad.

Necesitamos cuestionar por qué el trabajo está en el centro de nuestras vidas. No hay razón por la que tantos de nosotros tengamos que emplear la mayor parte de nuestras vidas trabajando en empleos que aportan poco o nada. De hecho, no hay razón por la que no podamos ser todos capaces de realizar un trabajo valioso, organizado en beneficio de toda la sociedad, y no para el 1 por 100 que vive de las ganancias. Esto significaría trabajar menos horas, con lo cual todos tendríamos más tiempo para hacer el tipo de cosas que las encuestas nos dicen que nos gusta hacer, y que también son buenas para nuestra salud: relajarnos con la familia y amigos. Esto tendría en general beneficios ambientales también, pues la búsqueda del crecimiento económico sólo llevará a la destrucción de nuestro planeta.

Para lograr esta nueva sociedad necesitamos innovación e imaginación, y para eso necesitamos un sistema educativo muy diferente. Incluso los niños que hoy «tienen éxito» en la escuela no van a tener necesariamente por ello una calidad de vida mucho mejor. Pues si se juzga un sistema educativo por su capacidad para cumplir las exigencias del mercado laboral –en el sentido de que asignaría un empleo adecuado para cada persona a la que forma–, entonces no es un sistema que anime a cuestionar la sociedad de hoy. Si se necesitaran pruebas ulteriores de que, respecto a la universidad, ya no se espera que amplíe los horizontes de la gente, sino que los estreche, estas se encuentran en el nuevo mantra de la «empleabilidad». Uno de los factores que *ha* causado desempleo en el pasado es la falta de innovación: a comienzos de los años setenta, la complacencia de los empleadores y la reticencia a desarrollar nuevas técnicas de manufactura fueron quejas constantes de los sindicalistas en la industria automovilística, y de hecho se confirmó su predicción de que los productos británicos serían menos atractivos que las importaciones alemanas y japonesas. Por tanto, es preocupante que nuestro sistema educativo esté diseñado para satisfacer las necesidades de los empleadores, en lugar de animar a la gente a pensar soluciones a la crisis en la que estamos. Políticos y directivos animan a estudiantes y padres a equiparar valor con número de horas en un aula. Podemos redefinir el valor de la educación como la cantidad de oportunidades que nos proporciona para pensar imaginativamente y expresarnos libremente, o las oportunidades que nos ofrece para experimentar formas de aprendizaje atrevidas o incluso arriesgadas. Y la educación no debe limitarse a escuelas o universidades, o a grupos de edad

específicos. Tan pronto como comenzamos a ver la educación como algo que puede beneficiarnos a todos, no tendremos dificultad en argumentar que, como sociedad, debemos invertir en ella.

Si pretendemos proponer ideas más concretas para una sociedad mejor, necesitamos idear maneras para que la gente pueda reunirse y aprender de las experiencias de los demás. Las voces de clase obrera se escuchan muy poco en los espacios públicos. Los sindicatos han perdido gran parte de su poder. Los medios sólo piden su opinión a personas de clase obrera en circunstancias muy específicas: generalmente en debates sobre cuestiones raciales o de inmigración, momento en el que hordas de reporteros desembarcan en pequeños pueblos y ciudades donde la extrema derecha espera ganar votos. Los reportajes sobre la experiencia de la crisis económica y sus consecuencias han tendido a limitarse a interrogarles sobre qué partido político creen que es el culpable del embrollo: puesto que todos ellos lo son, y todos defienden medidas de «austeridad», esta línea de investigación no ha descubierto demasiado respecto a las quejas y esperanzas latentes en la visión que la gente tiene del futuro. Los límites del debate político están estrictamente delimitados. Pero está claro que mucha gente sí quiere construir una sociedad mejor y más compasiva que se dedique más a redistribuir que a la inacabable búsqueda del crecimiento económico. Veo esto en las charlas que he dado en todo el país sobre *El pueblo* desde su primera publicación, en 2014. Los auditorios públicos en Warwickshire, librerías de Oxford y Edinburgo, bibliotecas de Liverpool y festivales literarios en Ilkley; todos están llenos de gente que se pregunta cómo aprender de la historia, y cómo cambiar el mundo en que vivimos.

Pero a estas alturas, ¿podemos encontrar un modo de debatir y compartir nuestro descontento? Los críticos señalan que sólo el 60 por 100 de los británicos se identifica como clase obrera cuando se les pregunta al respecto en las encuestas de opinión. Eso deja fuera casi a un 40 por 100 que, pese a ser explotado por ese 1 por 100 que posee la mayor parte de nuestra riqueza, no se considera clase obrera. Mucha gente parece creer que la raza es una cuestión política más crucial que la clase. Las afirmaciones de políticos y medios de comunicación, que pretenden certificar que la clase ha muerto, a menudo van de la mano de argumentos en favor de que el tiempo de la solidaridad ya pasó. A lo largo de los últimos cinco años, periodistas y políticos sólo han dejado de pregonar que la clase estaba muerta para

aseverar habitualmente, acto seguido, que la clase obrera contemporánea es derechista y racista. Por ejemplo entre abril y junio de 2014, cuando las elecciones europeas resultaron el escenario propicio para que políticos y medios de comunicación afirmaran que «la clase obrera blanca» nunca votaría un programa reformista de izquierdas[63]. A esta conclusión se le dio un peso adicional en junio de 2014, cuando BBC Radio 4 emitió dos documentales sobre clase e igualdad. El primero –cuyo título, *The Unmaking of the English Working Class*, remitía a la célebre obra del historiador E. P. Thompson– se apoyaba completamente en voces académicas, e intentaba descubrir cuándo se «deshizo» la clase obrera; simplemente se daba por descontada la suposición de que la vida de clase obrera y su identidad se habían transformado irreversiblemente desde los años sesenta[64]. El segundo, *Generation Right,* afirmaba que los trabajadores por debajo de los treinta años, de tener la ocasión, abolirían el Estado de bienestar[65]. Todo esto sugiere que la clase no importa; que trabajar para ganarse la vida no tiene por qué unir necesariamente a las personas; que no ven el actuar juntos como algo importante; que no ven que la solidaridad pueda ayudarles, y que no pueden o no quieren pensar en una alternativa al neoliberalismo.

Pero la clase sí importa. Sugerir que la clase está muerta porque «sólo» el 60 por 100 de la gente se identifica como clase obrera es errar el tiro. Podríamos decir que es sorprendente que tantos de nosotros nos identifiquemos como clase obrera, dado que pocas personas por debajo de los cincuenta años de edad habrán tenido ocasión de trabajar en sitios donde los trabajadores sindicados constituyeran algo más que una pequeña minoría, y todos por debajo de los cincuenta años de edad han crecido bajo gobiernos decididos a hablar de Gran Bretaña como una sociedad de clase media o sin clases, gobiernos defensores del mito de que podemos y debemos depender sólo de nosotros mismos. De manera reveladora, el documental de Radio 4 *Generation Right* se basaba en la idea, bien documentada en encuestas, de que la gente *de más* de treinta años simpatiza especialmente con la idea de ayuda mutua, sea o no facilitada por el Estado[66]. Este hecho –que mucha gente está a favor de cambiar el modo en que se organiza nuestra sociedad, y en interés de quién– raras veces se dicute en los medios, o entre los políticos.

El modo en que pensamos sobre la clase obrera ha cambiado claramente desde hace cincuenta años. Cómo reflexiona la gente sobre el mundo depende del lenguaje que tiene a su disposición. Durante gran parte del siglo XX, la clase ofreció una manera de entender la distribución desigual del poder, pero también una herramienta que la gente empleaba para comprender su vida diaria y su lugar en la sociedad. Investigadores sociales, periodistas y algunos políticos estuvieron profundamente interesados en el modo en que la democracia de masas o la pobreza, y después el Estado de bienestar y el pleno empleo, afectaron las vidas de aquellos que categorizaban como clase obrera. Y la gente a la que encuestaron eligió identificarse como clase obrera porque creía que esto revelaba más cosas en común con otra gente, que dependía de ganarse diariamente el pan, que con su jefe, por agradable que él o ella fuera.

La clase, como relación de poder desigual, da forma a la sociedad británica. Y cada vez más académicos y políticos son conscientes de esto. Cincuenta años después del llamamiento de E. P. Thompson a rescatar a los trabajadores de «la enorme condescendencia de la posteridad» en su libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (y pese a las afirmaciones posmodernas de que no existen las identidades colectivas, o que el grupo dominante en la sociedad marca los términos del debate hasta tal punto que nunca podemos alejarnos de su programa político), los académicos se centran de nuevo en lo que significa ser clase obrera[67]. Periodistas y académicos continúan empleando el concepto de clase como un medio para describir a la gente, porque parece captar algo importante: su relación con el trabajo y con el modo en que esto enmarca sus vidas[68].

Es cierto que mucha gente se muestra indecisa respecto al término clase obrera. En un mundo neoliberal en el que se nos dice constantemente que nuestro éxito, incluso nuestra supervivencia, depende de nosotros, identificarse como miembro de un colectivo es difícil. Muchas de las personas con las que hablé, especialmente aquellas por debajo de los cincuenta años, pensaban que «clase obrera» tenía connotaciones negativas. Querían que se pensara en ellos como individuos, en lugar de como miembros de un grupo que, durante la última década, ha sido sometido al ridículo y la censura por la prensa y muchos de nuestros políticos.

Pero, al hablar sobre sus vidas, muchos miembros de este grupo volvieron a «clase obrera» para describir las circunstancias en las que se encontraban.

«Clase obrera» era para ellos un modo mejor de describir cómo vivían que muchas de las palabras que usa la clase dominante. En general, la gente no se describe como «excluidos», «marginales», «minoría» o «infraclase», pese a que estos términos son moneda común en los medios. No tienden a describirse como héroes o víctimas. En vez de ello, experimentan el mundo como el lugar en el que desempeñan un papel central –pero a menudo no reconocido– como madres, como sostén económico familiar, como hijas, amigos o vecinas, como cuidadores o destinatarios de cuidados. Son conscientes de que su bienestar no es necesariamente importante para los que mandan, pero en el pasado, como en el presente, su experiencia en primera persona les ha dado medios para rechazar la afirmación de que no importan. El lenguaje es importante. El «doblepensar» sobre el que escribió George Orwell en *1984* todavía es demasiado evidente en Gran Bretaña, en un gobierno comprometido con la «justicia» que recorta las ayudas a los más vulnerables; en el nombre de *think tanks* como «The Centre for Social Justice», que dicen defender la justicia social, pero cuyas políticas, dirigidas a acosar a una infraclase sin culpa, no desvelan interés alguno en abordar las causas profundas de la pobreza.

Pero la fijación en la clase-como-identidad sólo puede impulsarnos hasta cierto punto. En los años recientes, académicos y políticos han estado muy ocupados con las identidades y la autonomía de los individuos. Los sociólogos y periodistas tienden a tratar la clase como una etiqueta, la que los encuestadores emplean al pedir a la gente que identifique la clase a la que pertenece. Eso, sin embargo, nos dice muy poco sobre cómo vive la gente, cuáles son sus preocupaciones, y si creen que deberían cooperar y colaborar con otra gente. En la academia, los estudios sobre el activismo sindical han dado paso a la investigación sobre la «autoidentidad». Los académicos raras veces emplean la clase como un marco a través del cual entender el poder, la continuidad y el cambio, aunque de la cuestión de género sí se ha hecho este uso[69].

Eso puede parecer que no importa demasiado fuera de las torres de marfil de la academia, pero es patente en otras áreas de la sociedad. En Gran Bretaña, el gobierno ha declarado que el tratamiento de preferencia para la depresión y el estrés es la terapia cognitivo-conductual (CBT). Esta se basa en la premisa de que, al hacer pequeños cambios en el modo en que pensamos sobre el mundo que nos rodea –o renunciando a pensar en nada

que no sea nuestro inmediato presente–, podemos mejorar nuestra salud mental. No se invierte en otras formas de tratamiento que subrayen la necesidad de reflexionar sobre las relaciones con otros en el presente y en el pasado. Esto ocurre pese a las abrumadoras evidencias de que las circunstancias en las que vive la gente, incluyendo sus relaciones con otras personas, afectan profundamente a su salud mental. Nunca se discute el hecho de que muchos casos de depresión podrían evitarse creando un mundo más equitativo[70].

La clase no es una identidad –el modo en que eliges denominarte–, sino lo que haces. No se define por las ropas que vestimos o la música que escuchamos, sino por nuestras relaciones con otras personas, relaciones que se forman principalmente, pero no del todo, a partir del hecho de si tenemos o no tenemos que trabajar para vivir. En lugar de preocuparnos por cuánta gente elige responder a los encuestadores que es clase obrera, deberíamos prestar atención a lo que E. P. Thompson llamó la «experiencia» de las personas: el modo en que reflexionan, se relacionan y comprenden el mundo en el que viven. Y si lo hacemos, nos encontramos con que es más probable que identifiquen la injusticia cuando la sufren quienes tienen más cerca, en lugar de ellos mismos. Sus recuerdos dejan claro que el modo en que la gente experimenta el mundo no es sólo un proyecto individual. En la década de 1960 el estudio sobre el «trabajador opulento», realizado con cientos de trabajadores de la automoción en Luton, preguntó a los encuestados a qué clase pertenecían, y por qué. Mientras que la mayor parte de encuestados respondieron decididamente que eran clase obrera, titubearon al intentar describir las causas y consecuencias de la existencia de clases. El análisis abstracto del mundo en general era algo que les resultaba difícil, precisamente porque –como señaló E. P. Thompson en 1963– la clase es una relación, no una «cosa»[71]. Pero cuando en fases anteriores de la investigación se les pidió que hablaran de miembros de su familia a los que pensaban que les había ido bien por sí mismos, la mayor parte de encuestados ofrecieron respuestas completas y fluidas. Sus respuestas a esta pregunta revelan mucho más sobre su experiencia de la clase. Al discutir el «buen» matrimonio de una hermana, o el arduo esfuerzo de un hermano por «labrarse una carrera», los encuestados trazaron hasta dónde creían que las circunstancias limitaban su capacidad de acción en la Gran Bretaña moderna; cómo interactuaban el género y la

clase; y al comparar a sus parientes con aquellos que nacieron con privilegios, describieron de qué modo la clase era una relación de poder desigual.

De manera similar, las entrevistas que realicé a personas a caballo entre los treinta y los cuarenta años de edad en la década de 2000 revelaron que, para ellos, la clase pasaba a ser importante al hablar de sus parientes. Adoptaban el discurso neoliberal del individualismo para explicar sus propios éxitos y (más habitualmente) fracasos. Pero, al hablar de sus hijos o parejas, eran mucho más explícitos acerca de las circunstancias que sentían que habían limitado sus oportunidades. No estaban dispuestos a creer que era por estupidez o por pura vagancia la razón por la que aquellos a los que querían no «tenían éxito» en el mundo moderno. Al buscar una explicación de por qué un marido que trabaja duro o unos hijos saludables carecían de seguridad financiera, comenzaban a enmarcar sus experiencias en términos de clase.

La insatisfacción de la gente con el neoliberalismo es fácil de identificar si escuchamos atentamente. La fijación de los políticos y los medios de comunicación sobre los partidos de extrema derecha con puntos de vista radicales sobre la inmigración es comprensible. Sin embargo, el resultado más preocupante de las elecciones municipales y europeas fue que sólo el 34 por 100 de los votantes fueron a votar. Sólo el 9 por 100 de esos votantes depositaron la papeleta del UKIP, y no sabemos realmente por qué lo hicieron[72]. Lo que podemos decir con seguridad es que dos tercios del electorado no albergan ninguna fe en que cualquiera de los partidos políticos, o el proceso electoral, pudiera satisfacer sus necesidades y aspiraciones. Dado que las elecciones se libraban entre partidos comprometidos con el neoliberalismo, rivalizando por escaños en un parlamento cuya premisa es desarrollar «un gran mercado único» para el comercio, podemos deducir que el neoliberalismo no es muy atractivo para mucha gente[73].

Los debates sobre cuánta gente se describe hoy como clase obrera, comparada con las respuestas de antaño, tienden a sugerir que ha habido un cambio sísmico en la sociedad durante los últimos cincuenta años: una ruptura entre una era dorada de la vida de clase obrera, y la realidad neoliberal de un presente inmutable. Observar el pasado y el presente de ese modo nos induce a creer que la sociedad en la que vivimos es inalterable:

que hemos alcanzado realmente el fin de la historia. Pero es posible ver grandes continuidades entre la historia y el presente, y estas sugieren que podemos cambiar nuestra sociedad a mejor. Una de estas continuidades es que la gente valora el trabajo de cuidados, ya sea criar a hijos o cuidar de la gente mayor o vulnerable. Al afirmar ese valor, podemos defender con argumentos populares que hay que cambiar el mundo. El capitalismo promociona productos: se nos induce a ver lo que compramos como objetos y no como parte de un proceso más largo de producción que implica a otras personas que son como nosotros. Pero la mayor parte de nosotros asigna un enorme valor a las relaciones que tenemos con otras personas. Su incapacidad para pasar tiempo con la familia o los amigos fue la razón principal por la que los sirvientes abandonaron sus puestos en 1914 y 1939 en favor de los horarios más cortos y los empleos no residenciales que ofrecían las fábricas de munición. En nuestras familias y vecindarios reconocemos que el trabajo de crear y asistir a otra gente es de importancia equivalente, ya sea como padre, profesora, enfermero o trabajador de cuidados. Como saben claramente los medios de comunicación y el gobierno, el mejor modo de socavar el Servicio Nacional de Salud no es sugiriendo que los contribuyentes deben pagar más para que los enfermos y ancianos reciban una sanidad adecuada, porque la mayor parte de la gente estaría de acuerdo en hacerlo. En su lugar, agitan el miedo y el pánico sugiriendo que, en tiempos de gran necesidad, nuestros hijos y padres serán abandonados en asilos, o languidecerán en listas de espera. Pero la respuesta de la gente a esto no es creer que el cuidado de los niños o ancianos no sea importante. Simplemente aprenden que al Estado no le importa demasiado, y entonces ellos mismos cargan con más responsabilidades de cuidados. Continuamos valorando un trabajo, el de cuidar de otros, aunque nuestros políticos no lo hagan.

Valorar este tipo de trabajo ha conllevado victorias importantes en el pasado reciente. Dado que esta forma de trabajo importa tanto a la gente, yo diría que no necesitamos esperar a que todo el mundo se declare clase obrera, o a favor de la solidaridad, antes de intentar conseguir un mundo mejor. Los silencios de la gente sobre ciertas cuestiones no significan que estas cuestiones no sean importantes para ellos. Pueden significar que estas cuestiones están tan normalizadas que no necesitan ser discutidas; como la desigualdad. Los silencios también pueden ser pistas, que nos sugieren que

la gente reconoce que ciertos temas no les importan a quienes están en el poder. Durante el último siglo, en general las personas no solían declararse abiertamente clase obrera, o en favor de la solidaridad. A veces porque se sentían inermes, incapaces de hacer algo sobre estas cuestiones. Más a menudo, simplemente porque daban ambas descripciones por descontadas; y sabían que mencionarlas no aportaba valor a sus argumentos. Durante casi todo el siglo XX, la mayor parte de la gente consideró normal cuidar de otra gente. Pero en la década de 1930, y de nuevo en los años setenta, las feministas comenzaron a hablar de lo importante que era este trabajo, y defendieron que debía valorarse públicamente: a través de la inversión estatal, o a través de pagos para quienes lo realizaran (el salario doméstico), o socializando ese trabajo creando más guarderías y hospitales. Muchas mujeres apoyaron estas propuestas, el movimiento feminista creció, y un resultado fue que en la década de 1970 las plazas en guarderías británicas aumentaron a un ritmo considerable.

Destacan otras continuidades en este último siglo. La inseguridad es una de ellas. El desempleo antes de 1939 era un hecho, y a partir de los años setenta lo volvió a ser. En 1938 Mass Observation pidió a encuestados de Bolton, en Lancanshire, que ordenaran diferentes aspectos de la felicidad: la «seguridad» quedó en primer lugar, y con ello se referían a seguridad económica. Para la mayor parte de ellos esta era una aspiración más que una realidad. Mientras que sólo una minoría de gente había estado desempleada, la mayor parte compartían hogares y familia; su experiencia sí afectaba a otra gente, especialmente porque otra continuidad del último siglo es que muy pocos hogares pudieron sobrevivir con un único salario masculino. Es más, la incomodidad que expresaban las personas con trabajos que creían que no servían para nada valioso nos ofrece el potencial para forjar conexiones entre estos trabajadores y los desempleados, quienes son constantemente exhortados por los medios y los políticos a verse como parásitos sin valor para la sociedad. En 2014 unos investigadores repitieron la encuesta de Mass Observation, esta vez con estudiantes de un *college* de educación terciaria y adulta en Bury, la mayor parte de los cuales eran jóvenes y procedían de hogares de trabajadores manuales o de servicios. La seguridad volvió a resultar su primera preocupación; pero esta vez le seguía muy de cerca la «igualdad»[74]. Estos estudiantes, que habían crecido en tiempos neoliberales, dedujeron igualmente de su propia experiencia vital

que el trabajo por sí solo no puede proporcionar seguridad, que el bienestar material no puede deshacer los desequilibrios de poder en nuestra sociedad, y que una transformación política y económica nos beneficiaría a todos nosotros.

Reconocer la futilidad de gran parte del trabajo que hacemos ayudaría a acabar con otra continuidad entre el pasado y el presente: la ambigua posición de la clase media. A menudo se nos dice que esa reducida franja media de población no estará de acuerdo en pagar más impuestos para tener un Estado de bienestar, ni en apoyar la vivienda en régimen de cooperativa o las escuelas integrales de distrito. Pero de hecho, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los profesionales liberales se contaban entre los usuarios más asiduos y satisfechos del Servicio Nacional de Salud, de las escuelas secundarias que empezaban a ser gratuitas y de las ayudas infantiles y de maternidad. La necesidad compartida de ganarse la vida, y una experiencia compartida de los recursos limitados, junto con el llamamiento nacional del laborismo a un «sacrificio igual» durante la guerra e inmediatamente después, les resultaron atractivos. Hacia la década de 1950, la recuperación de la vivienda privada y la continuidad de la educación privada por parte de los laboristas, y la apelación constante de los conservadores a las amas de casa y empresarios, animaron a la clase media a verse una vez más como un grupo separado, con un conjunto de preocupaciones políticas y necesidades sociales que les separaban y les hacían superiores a los trabajadores manuales y sus familias.

Cómo, cuándo y por qué determinados grupos de personas eligen distinguirse como clase media en unos puntos, pero no en otros, demuestra que la clase es tanto política como económica. Lo que haces para vivir no determina tu clase: la determina el modo en que actúas. Durante tres generaciones, profesionales y trabajadores asalariados altamente cualificados han sido capaces de creer que, como ellos, sus hijos disfrutarían de la misma o mejor educación, mayores ingresos, seguridad en el empleo, y vivienda. Pero ya no es el caso. Han pasado menos de diez años desde que estos trabajadores retiraron sus ahorros de los bancos, temiendo el colapso financiero global; y ahora se enfrentan a la preocupación de que sus hijos e hijas no disfruten de sus propios y limitados logros respecto a educación gratuita, propiedad inmobiliaria y una modesta pero segura pensión. Según concluía un informe de British Future

en 2013, los profesionales son pesimistas respecto a la perspectiva de una recuperación económica, y más de un tercio de ellos se denominan clase obrera, más que clase media[75]. Hay espacio ahora, como lo había en 1945, para un movimiento político que reivindique que los que trabajan con las manos y los que lo hacen con la cabeza tienen una causa común, también porque los llamados trabajadores de clase media probablemente están más angustiados acerca de sus perspectivas futuras que en cualquier momento desde 1940.

La autonomía –respecto a empleadores, propietarios y políticos– ha sido durante mucho tiempo una aspiración importante y ampliamente compartida. No hay oposición binaria entre los conservadores de clase obrera y los simpatizantes laboristas. La historia del último siglo es, en muchos aspectos, la historia de millones de personas corrientes que buscaron un mayor control sobre sus vidas. Según las circunstancias, el deseo de autonomía animó iniciativas colectivas para la ayuda mutua, como el sindicalismo, pero en otras ocasiones comenzaron sus propios negocios o compraron su propia casa. A lo largo de sus vidas mucha gente recurrió tanto a medios individuales como colectivos para lograr un mayor control sobre sus vidas. En los años sesenta muchos de los sindicalistas más aguerridos entrevistados en Luton y Tyneside aspiraban a trabajar para sí mismos. Los que fueron orgullosos inquilinos de los primeros barrios de vivienda pública durante las décadas de 1930 y 1950, más adelante compraron sus propias casas. No experimentaron esto como una trayectoria suave e inevitable, sino más bien como una respuesta pragmática a las circunstancias en las que se encontraron. Los que compraron sus viviendas de alquiler público en los ochenta a menudo lo hicieron porque los recortes en los presupuestos municipales amenazaban con disparar sus alquileres. Lo hicieron para ganar autonomía, y por eso compraron sus casas, apoyándose a menudo en los recuerdos familiares o personales de cómo era vivir a merced de los propietarios privados antes del *boom* de vivienda pública en los cincuenta. Este era un destino al que pocos quisieron retornar; una experiencia que, para mucha gente, fue al menos tan formativa como trabajar para vivir.

Sería posible argumentar que comprar una casa propia, empezar un negocio propio, o unirse a un sindicato eran decisiones tomadas por un deseo de alcanzar mayor seguridad, más que de autonomía respecto a los

poderosos. Pero un análisis en detalle del lenguaje que utilizaba la gente demuestra una estrecha conexión entre «que le vaya bien a uno» y no tener que trabajar en exceso. En las encuestas sociales de mediados del siglo XX, se aprecia una ruptura entre la visión que manejan los sociólogos respecto al nivel de vida, y la de sus encuestados. Mientras que los primeros se remitían a hogares acogedores y un salario suficiente, muchos de los trabajadores fabriles a los que entrevistaban expresaron insatisfacción ante sus circunstancias vitales. Algunos mencionaban la monotonía de trabajar en una línea de producción; otros se quejaban de los horarios y horas extra necesarias para mantener sus hogares. Sus recuerdos socavan la afirmación, por parte de los políticos, de que el capitalismo puede funcionar para todos nosotros. Nunca lo ha hecho.

Pero si queremos que el cambio ocurra, ¿cómo lo iniciamos? ¿Cómo se sabe a qué se parece una revolución? Los críticos señalan que Gran Bretaña no es especialmente conocida por movimientos de protesta de masas, aunque de hecho debería ser así: sólo en el siglo XX hubo al menos tres momentos: la huelga general de 1926; el periodo entre 1940 –cuando se evitó la derrota en la Segunda Guerra Mundial mediante la movilización masiva de la fuerza de trabajo– y las reformas de bienestar de 1948; y los movimientos sociales de finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, cuando la clase dominante se sintió seriamente amenazada. En 1926, y a comienzos de la década de 1970, esta movilización provocó una represión brutal de los huelguistas. En los años cuarenta la necesidad de fuerza de trabajo obrera para derrotar al nazismo arrancó enormes concesiones como la garantía de empleo y el Estado del bienestar. Pero también se producen revoluciones más pacíficas y a largo plazo; y quizá ya estemos en medio de una de ellas.

El último siglo fue el siglo de la clase obrera, cuando el derecho a voto, el poder colectivo y las posteriores derrotas políticas de la clase obrera –definidas como tales por los trabajadores y por la clase dominante– ocuparon una nueva centralidad tanto en la política formal como en la vida cotidiana. Pero no siempre se percibió así. Los entrevistados por Mass Observation durante la Segunda Guerra Mundial a menudo hablaban de la embrutecedora monotonía de su trabajo, y de su pesimismo respecto a que la guerra fuera a acabar pronto. Los entrevistados en encuestas sociales de mediados de siglo a menudo expresaron su frustración con su vida cotidiana

en la línea de producción. En la actual Gran Bretaña, como en la Segunda Guerra Mundial, vivimos a la vez en un periodo increíblemente prosaico respecto a nuestra vida cotidiana, en la que nada parece cambiar –los diferentes partidos políticos dicen prácticamente lo mismo, no se ve el final de la crisis, y simplemente continuamos trabajando si tenemos la suerte de tener empleo–; pero, en otro nivel, claramente vivimos tiempos extraordinarios.

Sucesos muy especiales como terminar la escuela o marchar del hogar, ser padres o divorciarse, o acabar desempleados, siempre han cumplido un papel importante en la experiencia de la gente, como hitos que les animan a reflexionar sobre sus circunstancias y sus opciones, y sobre las desigualdades en el poder. Cuando poblaciones enteras experimentan esta dislocación –como en la Segunda Guerra Mundial, o en la crisis económica que comenzó en 2008 y que continuamos experimentando–, puede producirse una reflexión colectiva y un consenso respecto a que el cambio es posible. Durante la Segunda Guerra Mundial, para mucha gente, destacaron dos momentos: el Informe Beveridge de 1942, que ofrecía un plan definido para desarrollar un Estado del bienestar en la posguerra, y la elección de un gobierno laborista en 1945. Al final de esta crisis, también podremos citar acontecimientos trascendentales. Las elecciones de 2015 pueden ser uno de ellos, no por el gobierno elegido, sino por el debate que desencadenaron. Veremos.

En definitiva, la expresión «clase obrera» es sólo una etiqueta, una expresión que resume las relaciones desiguales de poder con las que vivimos; ha sido utilizado en la izquierda para hablar románticamente sobre la posguerra, y en la derecha para insinuar que la «clase» crea divisiones y no es sino una excusa para rechazar la responsabilidad individual. Si la palabra nos parece pasada de moda para la gente de hoy, entonces puede que no sea necesario intentar recuperarla, aunque creo que merece la pena. No porque la gente necesite abrir los ojos ante la crisis que padecemos, o que se le recuerde lo que compartimos con los demás –no hace falta, somos conscientes de todo ello–, sino porque la clase sugiere una relación dinámica que tiene un potencial de transformación. A diferencia de «los pobres», la «gente trabajadora», las «familias que trabajan duro» o «los excluidos», el término «clase obrera» no demoniza o quita poder a nadie.

Todo lo contrario: en el término está implícita nuestra capacidad para cambiar el mundo uniéndonos a otros que comparten nuestras experiencias.

Pero lo importante es reconocer esa experiencia compartida y construir sobre ella, no pelearnos por cuestiones semánticas. Al escribir mi historia del siglo XX llamé a la clase obrera *el pueblo*, una expresión frecuentemente utilizada por políticos, activistas sindicales y muchos otros durante el último siglo. La expresión dio con una fibra sensible especialmente en 1945, cuando el laborismo prometió construir una sociedad para «el pueblo laborioso» y no en favor de los «intereses creados» que dependían del trabajo de otros para obtener sus grandes ganancias. Esto se cumplió sólo parcialmente, no porque en un momento dado los trabajadores intelectuales inevitablemente divergieran de los trabajadores manuales, o porque el bienestar hiciera a la gente perezosa e irresponsable, sino porque el laborismo no se comprometió con la redistribución de la riqueza y el poder. Pero la idea de que la sociedad podía y debía organizarse más justa y democráticamente resultó muy popular entonces, y podría volverlo a ser: la campaña del «sí» en el reciente referéndum escocés ciertamente se benefició del descontento popular con la injusta distribución del poder económico y político. Las auténticas conquistas del siglo XX fueron logradas por gente corriente, que buscaba un mayor control sobre sus vidas; no sólo a través de la papeleta de voto, sino en sus lugares de trabajo y en sus calles. Habitualmente esta gente corriente se prepara para lograr cambios con pocas esperanzas de tener éxito, pero a menudo la celeridad de la transformación puede ser increíble. Nadie pudo prever en los días oscuros de 1933 que, doce años después, Gran Bretaña se comprometería con el pleno empleo y un Estado de bienestar; y los votantes de 1945 jamás podrían haber vaticinado que sus propios hijos contribuirían a un avance masivo en los derechos de mujeres, negros, inquilinos y trabajadores con sus protestas durante las décadas de 1960 y 1970.

Si el pasado nos enseña algo, es esto: si el pueblo quiere un futuro mejor, podemos y debemos crearlo nosotros mismos.

[1] BBC News, «Historians Split over Gove’s Curriculum Plans» (27 de febrero de 2013), http://www.bbc.co.uk/news/education-21600298 (consultado el 16 de junio de 2014). Michael Gove,

ministro de Educación por aquel entonces, presentó más adelante una versión revisada y diluida del currículo que había propuesto originalmente, revisión que, no obstante, seguía otorgando escasa consideración al papel de la gente común como agente de cambio.

[2] BBC News, «George Osborne Hails UK Growth in Washington Speech», 11 de abril de 2014, http://www.bbc.co.uk/news/uk-politics-26989056 (consultado el 10 de junio de 2014).

[3] Para saber más sobre la clase dirigente, véase O. Jones, *The Establishment: And How They Get Away With It* (Londres, 2014).

[4] Las cifras proceden de W. Atkinson, «Economic Crisis and Classed Everyday Life», en W. Atkinson, S. Roberts y M. Savage (eds.), *Class Inequality in Austerity Britain: Power, Difference and Suffering* (Basingstoke, 2012), p. 16.

[5] C. Green, «Anger as Employment Minister Esther McVey denies food bank use is linked to welfare reforms», The Independent, 14 de mayo de 2014.

[6] *Guardian* y la London School of Economics, *Reading the Riots: Investigating England's Summer of Disorder* (Londres, 2012), pp. 4-5.

[7] http://www.ipsos-mori.com/researchpublications/researcharchive/poll.aspx?oItemId=2262.

[8] BBC News, «The Spirit Level: Britain's New Theory of Everything?» (12 de octubre de 2010), http://www.bbc.co.uk/news/uk-politics-11518509 (consultado el 16 de junio de 2014).

[9] «As Families are Chased for Every Penny Corporate Giants Dodge Massive Bills», *Daily Mail* (20 de diciembre de 2011).

[10] Margaret Thatcher, entrevista de televisión para el programa *Weekend World* de la LWT, London Weekend Television (5 de junio de 1983), http://www.margaretthatcher.org/document/105098 (consultado el 10 de junio de 2014).

[11] Partido Laborista, *A Future Fair for All* (Londres, 2010), p. 1.

[12] Véase el manifiesto de 2010 de los Liberal-Demócratas, http://www.politicsresources.net/area/uk/ge10/man/parties/libdem_manifesto_2010.pdf (consultado el 10 de junio de 2014), p. 2.

[13] Gobierno del Reino Unido, *The Coalition: Our Programme for Government* (Londres, 2010), p. 7.

[14] D. Cameron, «The Big Society», Hugo Young Lecture, 2009, https://conservative-speeches.sayit.mysociety.org/speech/601246 (consultado el 16 de junio de 2014).

[15] «The Budget 2014: Full Transcript of George Osborne's Speech», http://www.growthbusiness.co.uk/news-and-market-deals/business-news/2458167/the-budget-2014-full-transcript-of-george-osborneand39s-speech.thtml (consultado el 16 de junio de 2014).

[16] M. Fallon, «Look at What the Conservatives are Achieving», *Daily Telegraph* (2 de marzo de 2011).

[17] Una cuestión desarrollada en O. Jones, *The Establishment*, pp. 11-14, 297-298.

[18] «Ed Balls Pledges to "Balance the Books" by 2020», BBC News (25 de enero de 2014), http://www.bbc.co.uk/news/uk-politics-25885606 (consultado el 10 de junio de 2014).

[19] E. Miliband, «We won't do a Derren Brown on you like David Cameron», *Sun on Sunday* (26 de enero de 2014), https://www.thesun.co.uk/archives/politics/537827/we-wont-do-a-derren-brown-on-you-like-david-cameron/ (consultado el 10 de junio de 2014).

[20] Prefacio de I. Duncan Smith a HM Government (Gobierno del Reino Unido), *Social Justice: Transforming Lives. One Year On* (Londres, 2013), p. 5.

[21] H. L. Smith, *Harry's Last Stand* (Londres, 2014), p. 46.

[22] P. Johnson, «The Welfare State, Income and Living Standards since 1945», en *The Cambridge Economic History of Modern Britain*, vol. 111: *Structural Change and Growth 1939-2000* (Cambridge, 2004).

[23] Hecho señalado de manera incuestionable en R. Wilkinson y K. Pickett, *The Spirit Level: Why Equality is Better for Everyone,* 2.ª ed. (Londres, 2010).

[24] Oficina Nacional de Estadística (ONS), *Labour Market Statistics* (mayo de 2014), http://www.ons.gov.uk/ons/rel/lms/labour-market-statistics/may-2014/statistical-bulletin.html (consultado el 16 de junio de 2014).

[25] W. Atkinson, «Economic Crisis and Classed Everyday Life», pp. 21-22.

[26] ONS, *Sickness Absence in the Labour Market* (Londres, 2014).

[27] Tanto por parte del Partido Conservador: «Budget 2014: Giving Security to Britain's Hardworking Families», http://sharethefacts.conservatives.com/post/80078187719/budget-2014-giving-security-to-britains-hardworking (consultado el 16 de junio de 2014), como del Laborista: https://www.labour.org.uk/hard-working-families (consultado el 16 de junio de 2014).

[28] ONS, *Business Register and Employment Survey* (Londres, 2012).

[29] ONS, *Analysis of Employee Contracts that Do Not Guarantee a Minimum Number of Hours* (Londres, 2014).

[30] ONS, *Hours Worked in the Labour Market 2011* (Londres, 2011).

[31] W. Atkinson, «Economic Crisis and Classed Everyday Life», p. 23.

[32] George Osborne, citado en «Budget 2010», *Guardian* (22 de junio de 2010), http://www.theguardian.com/uk/2010/jun/22/budget-2010-public-sector-cuts (consultado el 10 de junio de 2014).

[33] R. Wilkinson y K. Pickett, *The Spirit Level,* p. 269.

[34] D. Reay, «"We Never get a Fair Chance". Working-Class Experiences of Education in the Twenty-First Century», en W. Atkinson *et al., Class Inequality in Austerity Britain,* p. 33.

[35] S. Archer *et al.,* «Mistimed Sleep Disrupts Circadian Regulation of the Human Transcriptome», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America,* vol. 111, n.º 6 (2014).

[36] M. Kivimaki *et al.,* «Job Strain as a Risk Factor for Coronary Heart Disease: A Collaborative Meta-analysis of Individual Participant Data», *Lancet,* vol. 380, n.º 9852 (2012).

[37] Department for Business Innovation and Skills (BIS), *Trade Union Membership 2012* (Londres, 2013), p. 6.

[38] D. Graeber, *The Democracy Project: A History, a Crisis, a Movement* (Londres, 2012).

[39] D. Graeber, «On the Phenomenon of Bullshit Jobs», *Strike Magazine* (agosto de 2013), http://www.strikemag.org/bullshit-jobs/ (consultado el 2 de mayo de 2014).

[40] «Ed Miliband's Immigration Speech to the IPPR in Full», *Politics.co.uk*, 22 de junio de 2012 (consultado el 10 de junio de 2014); «Britain Needs Real Change, Not False Promises», discurso de Ed Miliband's en Thurrock del 27 de mayo de 2014, http://press-archive.labour.org.uk/post/86997808779/britain-needs-real-change-not-false-promises-ed (consultado el 6 de junio de 2014).

[41] «Nigel Farage: Working Women who Take Maternity Leave are "Worth Less" than Men to City Employers», *Daily Mirror* (21 de enero de 2014), http://www.mirror.co.uk/news/uk-news/nigel-farage-women-ukip-leader-3042606 (consultado el 12 de junio de 2014); «David Willetts: Feminism has Held Back Working Men», *Daily Telegraph* (1 de abril de 2011), http://www.telegraph.co.uk/education/educationnews/8420098/David-Willetts-feminism-has-held-back-working-men.html (consultado el 12 de junio de 2014).

[42] M. Savage, «Broken Communities?», en W. Atkinson *et al., Class Inequality in Austerity Britain,* p. 151.

[43] Ahora un *think tank* «independiente», nació en el siglo XIX vinculado a la atención sanitaria caritativa. Sin defender abiertamente la privatización del NHS, especialmente a partir de 2014 sus

documentos y declaraciones insisten en introducir pagos o co-pagos sanitarios y barreras de acceso a la atención sanitaria universal *[N. del T.]*.

[44] «Women Leave Motherhood Too Late, Chief Medic Warns», *Daily Mail* (17 de enero de 2014), http://www.dailymail.co.uk/news/article-2540964/Let-mothers-breastfeed-office-Chief-medical-officer-says-nursing-child-everyday-life-work.html (consultado el 12 de junio de 2014).

[45] ONS, *Women in the Labour Market* (Londres, 2013), p. 11.

[46] The Work Foundation, *The Gender Split* (Londres, 2013).

[47] ONS, *Women in the Labour Market*, p. 4.

[48] W. Atkinson, «Economic Crisis and Classed Everyday Life», p. 23.

[49] TUC, «Women and Work», http://www.tuc.org.uk/economic-issues/labour-market/labour-market-and-economic-reports/women-and-work (consultado el 12 de junio de 2014).

[50] R. P. Reilly, L. Miller y W. Hirsh, «Workforce Planning in Academic Institutions» (Londres, 2013), pp. 9-10.

[51] S. Arthur, D. Snape y G. Dench, *The Moral Economy of Grandparenting* (Londres, 2005); A. Mooney y J. Statham, *The Pivot Generation: Informal Care and Work after Fifty* (Bristol, 2002); J. Statham, «Grandparents Providing Childcare. Briefing Paper», 2011, https://www.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/181364/CWRC-00083-2011.pdf (consultado el 16 de junio de 2014), p. 12.

[52] Gobierno del Reino Unido, *The Coalition: Our Programme for Government* (Londres, 2010), p. 7.

[53] Para saber más sobre estos nuevos tipos de escuela se puede consultar, respectivamente, estas páginas web: https://www.gov.uk/types-of-school/academies y https://www.gov.uk/types-of-school/free-schools *[N. del T.]*.

[54] D. Reay, «"We Never get a Fair Chance"…», pp. 34-36.

[55] A. Pegg, J. Waldock, S. Hendy-Isaac y R. Lawton, *Pedagogy for Employability, Higher Education Academy* (Londres, 2012); «What are you Doing to Improve the Employability of your Graduates?», *Guardian* (4 de abril de 2011), http://www.theguardian.com/higher-education-network/blog/2011/apr/04/management-admin-and-services-student-experience (consultado el 13 de junio de 2014).

[56] http://www.liv.ac.uk/archaeology-classics-and-egyptology/archaeology/undergraduate/ (consultado el 13 de junio de 2014).

[57] D. Graeber, «On the Phenomenon of Bullshit Jobs».

[58] H. Chowdry y L. Sibeta, *Trends in Education and Schools Spending* (Londres, 2011).

[59] J. Lewis, *Income, Expenditure and Personal Wellbeing, 2011/2012* (Londres, 2014), p. 5.

[60] ONS, «Measuring National Well-being: Life in the UK, 2014» (Londres, 2014), p. 6.

[61] L. McKenzie, «The Stigmatised and De-valued Working Class: The State of a Council Estate», en W. Atkinson *et al.*, *Class Inequality in Austerity Britain.*

[62] ONS, «Measuring National Well-being», p. 6.

[63] «UKIP: Can Yorkshire be a Political Springboard?» (9 de junio de 2014), http://www.bbc.co.uk/news/uk-england-27579796 (consultado el 13 de junio de 2014).

[64] *The Unmaking of the English Working Class*, BBC Radio 4 (emitido el 9 de junio de 2014).

[65] *Generation Right*, BBC Radio 4 (emitido el 16 de junio de 2014).

[66] M. Savage, «Broken Communities?», p. 155.

[67] E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, 2.ª ed. (Harmondsworth, 1968), p. 8.

[68] Por ejemplo, R. McKibbin, *Classes and Cultures: England 1918-1951* (Oxford, 1998).

[69] L. Tabili, «Dislodging the Centre, Complicating the Dialectic: What Gender and Race Have Done to the Study of Labor», *International Labor and Working-Class History*, 63, 1 (2003), pp. 14-

20.

[70] R. Wilkinson y K. Pickett, *The Spirit Level*.

[71] E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, p. 10. Véase asimismo E. P. Thompson, «Eighteenth-Century English Society: Class Struggle without Class?», *Social History*, vol. 3, n.º 2 (1978), pp. 133-165.

[72] «Ten Key Lessons from the European Election Results» (26 de mayo de 2014) http://www.theguardian.com/politics/2014/may/26/10-key-lessons-european-election-results (consultado el 13 de junio de 2014).

[73] «How the EU Works», en la página web de la UE, http://europa.eu/about-eu/index_en.htm (consultado el 13 de junio de 2014).

[74] J. Carson y S. McHugh, «Happiness and Wellbeing: Emerging Lessons from Social Science», *paper* presentado en la Recording Leisure Lives Conference, University of Bolton, abril de 2014.

[75] British Future, *State of the Nation 2013* (Londres, 2014), pp. 4-8.

Agradecimientos

Como todas las mejores cosas de la vida, este libro ha sido en muchos aspectos el fruto de la colaboración (aunque asumo todos sus posibles defectos). Me gustaría agradecer a los colegas del Girton College, Cambridge, de la Universidad de Warwick y Oxford las muchas discusiones fructíferas y excelentes consejos. El generoso apoyo del personal administrativo y de servicio en todas estas instituciones, y especialmente en el St. Hilda’s College, Oxford, hizo posible la escritura de este libro.

Que pudiera emprender este proyecto investigador fue en su mayor parte gracias a una beca del Economic and Social Research Council (RES-061-23-0032-A). Me gustaría agradecer al personal de todos los archivos y bibliotecas que consulté, especialmente a los archivistas del Modern Records Centre, en la Universidad de Warwick, y a las universidades de Essex y Liverpool por permitirme acceder a varias encuestas sociales de las décadas de 1950 y 1960, que contienen las grabaciones de más de mil familias de clase obrera. Gracias también al equipo del Economic and Social Data Service por su ayuda a la hora de digitalizar estas grabaciones, y al UK Data Archive por actuar como repositorio para las bases de datos resultantes, que cualquier investigador interesado puede consultar ahora. La Nuffield Foundation me otorgó becas adicionales más reducidas, que me permitieron beneficiarme de la inestimable sabiduría y asistencia de Katie Ankers y Daniel Grey, buenos amigos además de colegas.

La beca del ESRC me permitió emplear a Hilary Young como asistente investigadora. Tengo una deuda especial con Hilary. Además de asistirme con la digitalización de las encuestas sociales de posguerra, también me ayudó a desvelar algunas voces importantes de la clase obrera. Aunque cientos de autobiografías e historias orales de la clase obrera se conservaron en bibliotecas y archivos locales en las décadas de 1970 y 1980, la generación que creció después de 1945 estuvo escasamente representada. Los recortes en el gasto público de las décadas de 1980 y comienzos de la década de 1990 diezmaron los grupos comunitarios y las pequeñas editoriales que animaron la recolección de autobiografías de gente de clase

obrera. Hilary Young llevó a cabo entrevistas biográficas con veintidós personas que se autoidentificaban como clase obrera, y cuya mayoría habían nacido en la década posterior a 1938 (colocamos anuncios en la prensa de Coventry y Liverpool para buscar a candidatos, y entrevistamos a gente que estuviera dispuesta a hablar de cómo era la vida «corriente», de «clase obrera», tras la Segunda Guerra Mundial). Hilary ayudó a crear un conjunto maravillosamente rico de entrevistas, que ahora están disponibles para su consulta a través del UK Data Archive. Estoy extremadamente agradecida a Hilary Young, a sus entrevistados, y a todos quienes concedieron su tiempo para hablar conmigo sobre sus vidas y recuerdos: Paul Baker, Howard Blake, James Carroll, Jean Eagles McLoughlin, Christine Elliott, Betty Ennis, Maria Ferguson, Frank Gogerty, Sandra Hastings, John Henderson, Carol Hinde, Edna y Ron Jones, Ann Lanchbury, Shelley Landale-Down, Elaine Leather, Dolly Lloyd, John McGuirk, John Musgrove, Barbara y Bill Rainford, Nellie Rigby, Terry Rimmer, Jacqueline Robinson, Sathnam Singh Gill, Ted Taylor, Judy Walker, Alan Watkins, Hazel Wood, y todos los que han querido permanecer anónimos. También me gustaría dar las gracias a Vivian Nicholson y a su hijo Howard por permitirme situar su historia en el centro de mi libro.

Asimismo deseo agradecer a todos los que me invitaron a discutir este proyecto con ellos en los seminarios de investigación y charlas públicas sobre historia, y al hacerlo me ayudaron a pulir mis ideas. Aprecié especialmente las estancias en la Universidad de Sydney (en la que generosamente Chris Hilliard ejerció de anfitrión) y en el Institute of Historical Studies, en la Universidad de Texas, en Austin. En Oxford, Sheila Forbes, rectora de St Hilda’s, me animó a escribir para un público más amplio que los académicos, Julia Mannherz leyó todo el manuscrito, y los estudiantes que optaron por cursar mi asignatura especial, «Gran Bretaña, desde la bomba hasta los Beatles», me regalaron mucho material para la reflexión. También aprecié enormemente los comentarios de Lin Harwood sobre borradores anteriores, y su entusiasmo por el libro.

Que mi manuscrito se convirtiera en un libro le debe mucho a mi maravillosa agente, Rachel Calder. Ella me ayudó a hacer legibles mis ideas, y a encontrar una magnífica editora en Georgina Laycock. Ambas han guardado un equilibrio entre la edición minuciosa y perspicaz y el

entusiasmo generoso. Gracias a ellas y a todo el equipo en John Murray por su trabajo duro en la producción de este libro.

Tuve la suerte de poder disfrutar del apoyo, interés y ánimo de muchos familiares y amigos. Entre ellos, Ruth y Nigel Todd, Lin Harwood, Helen y John Archer, Liz Allen, Manus y Joe Docherty, Margot Finn, Rebecca Liebman, Seria Paseta, Carolyn Steedman y Alex Shepard. La integridad e irreverencia de Rob y Carol Lees y Jill Hughes siguen siendo recordatorios inestimables de que a veces necesitas cambiar el mundo, no a ti mismo.

Hay tres personas a las que deseo dar especialmente las gracias. Mike Savage ha sido un sólido aliado, un buen amigo y un excelente crítico. Pat Thane fue enormemente generosa con su consejo, apoyo, hospitalidad y lectura crítica. Ella también me presentó a Andrew Davies, cuyas últimas líneas de su primer libro, *Leisure, Gender and Poverty,* sugerían que merecía ser escrita una historia de la vida de clase obrera que fuera más allá de 1945. Esa chispa de inspiración fue inestimable, pero ha resultado ser la menor de las contribuciones que él ha hecho a mi vida. Este libro está dedicado a él.

Créditos de las imágenes

La autora y los editores querrían agradecer a aquellos entrevistados en el libro que, generosamente, han permitido la reproducción de sus fotografías personales.

Fuentes adicionales

The Advertising Archives: 6 arriba, 7 superior izquierda, 9 abajo. © Mary Evans Picture Library: 4 abajo/Illustrated London News Ltd, 10 arriba/Roger Mayne, 12 centro/Shirley Baker. © Getty Images: 1 superior izquierda, 2 abajo, 3, 4 superior izquierda, 5 centro, 10 centro y abajo, 12 abajo. © Richard Grassick/Amber Film & Photography Collective: 15 abajo. © Sirkka-Liisa Konttinen/Amber Film & Photography Collective: 14 abajo. © Mirrorpix: 4 superior derecha, 11 superior derecha, 13 abajo. © Keith Pattison: 15 arriba. © REX/Courtesy Everett Collection: 11 superior izquierda y abajo. Royal Borough of Kensington and Chelsea/18 Stafford Terrace/fotografía de Edward Linley Sambourne: 1 superior derecha. TUC Library Collections, London Metropolitan University: 14 arriba. Por gentileza de West Yorkshire Archive Service: 1 abajo.

Bibliografía seleccionada

El año de publicación consignado en cada entrada corresponde al de la edición empleada, al margen de cuál sea el año de la primera edición.

MATERIAL INÉDITO

Birmingham City Library: Birmingham Black Oral History Archive.
Bodleian Library, University of Oxford: Conservative Party Archive.
Brighton Museum, My Brighton and Hove archive, http://www.mybrightonandhove.org.uk.
Bristol City Library: Bristol oral history collections.
East Sussex Record Office: Lewes in Living Memory oral history collection.
The Immigrants Project: http://theimmigrantsproject.org.
Imperial War Museum: oral history collection.
Labour History Archive, People's History Museum, Mánchester: Labour Party Archive y Hilary Wainwright Archive.
Lancashire Record Office: North West Sound Archive.
Leicestershire Record Office: Wolsey strike papers.
Liverpool Central Library: Liverpool Corporation Archives.
London Metropolitan University: TUC Archive.
Margaret Thatcher Foundation: discursos de Margaret Thatcher.
Modern Records Centre, University of Warwick: TUC Archive.
Nottingham Local Studies Library: Making Ends Meet oral history collection.
Nuffield College, Oxford: Great Britain Social Survey.
Oxfordshire History Centre: oral history collections.
South Wales Miners' Library: oral history collections.
Tameside Local Studies Library: Manchester Studies oral history collection.
The National Archives: Cabinet Office, Ministry of Education, Ministry of Housing and Ministry of Labour papers.

UK Data Archive: SN 2000, Family Life and Work Experience Before 1918; SN 4871, ejemplar digitalizado de *The Affluent Worker in the Class Structure, 1961-1962;* SN 4938, 100 Families; SN 6567, Crown Street, 1955-1963 y SN 6586, digitalización de Richard Brown, *Orientation to Work and Industrial Behaviour of Shipbuilding Workers 1968-1969:* manual workers' questionnaires.
University of Essex: the National Social Policy and Social Change Archive.
University of Lancaster: the Elizabeth Roberts Archive.
University of Liverpool: Family Service Units Archive and Merseyside Social Surveys Archive.
University of Sheffield: Left Book Club Archive.
University of Strathclyde: Scottish Oral History Archive.
University of Sussex: Mass-Observation Archive.

MATERIAL BIOGRÁFICO

Athill, D., *Life Class: The Selected Memoirs of Diana Athill* (Londres, Granta, 2009).
Balderson, E. junto con Goodlad, D., *Backstairs Life in a Country House* (Newton Abbott, David and Charles, 1982).
Ballard, J., *Miracles of Life: An Autobiography* (Londres, Fourth Estate, 2008).
Barstow, S., *In My Own Good Time* (Otley, Smith Settle, 2001).
Beckwith, M., *When I Remember* (Londres, Nicholson and Watson, 1936).
Belle Vale Prefab Project, *Prefab Days: A Community Remembers* (Liverpool, Enterprise, 2008).
Benn, T., *Against the Tide: Diaries 1973-76* (Londres, Arrow, 1990).
Benson, E., *To Struggle is to Live*, 2 vols. (Newcastle, People's Publications, 1980).
Brittain, V., *Testament of Youth: An Autobiographical Study of the Years 1900-1925* (Londres, V. Gollancz, 1978).
—, *Testament of Experience: An Autobiographical Study of the Years 1925-1950* (Londres, Virago, 1979).
Bryan, B.; Dadzie, S. y Scafe, S., *The Heart of the Race: Black Women's Lives in Britain* (Londres, Virago, 1985).

Burnett, J., *Useful Toil: Autobiographies of Working People from the 1820s to the 1920s* (Londres, Allen Lane, 1974).
—, *Idle Hands: The Experience of Unemployment, 1790-1990* (Londres, Routledge, 1994).
Castle, B., *Fighting All the Way* (Londres, Macmillan, 1993).
Chapeltown Black Women Writers' Group, *When Our Ship Comes In: Black Women Talk* (Castleford, Yorkshire Art Circus, 1992).
Colls, R., «When We Lived in Communities», en Colls and R. Rodger (eds.), *Cities of Ideas. Governance and Citizenship in Urban Britain 1800-2000: Essays in Honour of David Reeder* (Aldershot, Ashgate, 2005).
Courtenay, T., *Dear Tom: Letters from Home* (Londres, Black Swan, 2001).
Davies, H., *The Beatles, Football, and Me: A Memoir* (Londres, Headline, 2006).
Foley, A., *A Bolton Childhood* (Mánchester, WEA, 1973).
Foley, W., *Child in the Forest* (Londres, BBC, 1974).
—, *The Forest Trilogy* (Oxford, Blackwell, 1992).
Forster, M., *Hidden Lives: A Family Memoir* (Londres, Penguin, 1996).
Goldman, W., *East End My Cradle* (Londres, Robson, 1988).
Halsey, A. H., *No Discouragement: An Autobiography* (Basingstoke, Macmillan, 1996).
Heron, L. (ed.), *Truth, Dare or Promise: Girls Growing Up in the 50s* (Londres, Virago, 1985).
Hoggart, R., *The Uses of Literacy* (Harmondsworth, Penguin, 1957); ed. cast.: *La cultura obrera en la sociedad de masas* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2013).
Last, N.; Broad, R. y Fleming, S., *Nella Last's War: The Second World War Diaries of Housewife, 49* (Londres, Profile, 2006).
Last, N. y Malcolmson P. y R., *Nella Last's Peace: The Second World War Diaries of Housewife, 49* (Londres, Profile, 2008).
—, *Nella Last in the 1950s* (Londres, Profile, 2010).
Lee, L., *As I Walked Out One Midsummer Morning* (Harmondsworth, Penguin, 1971).
Lessing, D., *Walking in the Shade: Volume Two of my Autobiography, 1949-1962* (Londres, HarperCollins, 1998); ed. cast.: *Un paseo por la sombra* (Barcelona, Debolsillo, 2008).

Lifetimes Group, *A Couple from Manchester* (Mánchester, Manchester Polytechnic, 1975).
—, *Something in Common* (Mánchester, Manchester Polytechnic, 1975).
MacColl, E., *Journeyman* (Londres, Sidgwick and Jackson, 1990).
MacDougall, I. (ed.), *Voices from the Hunger Marches* (Edimburgo, Polygon, 1991).
Marshall, S., *Fenland Chronicle: Recollections of William Henry and Kate Mary Edwards Collected and Edited by Her Daughter* (Cambridge, Cambridge University Press, 1967).
Mitchell, H., *The Hard Way Up: The Autobiography of Hannah Mitchell, Suffragette and Rebel* (Londres, Virago, 1977).
Mitford, J., *Hons and Rebels* (Londres, Indigo, 1996); ed. cast.: *Nobles y rebeldes* (Barcelona, Libros de Asteroide, 2014).
Mullins, S. y Griffiths, G., *Cap and Apron: An Oral History of Domestic Service in the Shires, 1880-1950* (Leicester, Leicestershire Museums, *c*. 1986).
Nicholson, V. junto con Smith, S., *Spend, Spend, Spend* (Londres, Jonathan Cape, 1977).
Pickles, H., *Crooked Sixpences Among the Chalk* (Hawes, Leading Edge, 1993).
Roberts, R., *The Classic Slum* (Harmondsworth, Penguin, 1974).
Sage, L., *Bad Blood: A Memoir* (Londres, Fourth Estate, 2000).
Second Chance to Learn Women's History Group, *No One Ever Mentions Love: An Inside View of Black and White Relationships* (Liverpool, Liverpool Community College, 1997).
Snowden, P., *An Autobiography* (Londres, Nicholson and Watson, 1934).
Steedman, C., *Landscape for a Good Woman* (Londres, Virago, 1986).
Thompson, F., *Lark Rise to Candleford* (Harmondsworth, Penguin, 1973).
Tomlinson, R., *Ricky* (Londres, Time Warner, 2003).
Warren, T., *I Was Ena Sharples' Father* (Londres, Duckworth, 1969).
Whitehorn, K., *Selective Memory* (Londres, Virago, 2007).

OBRAS CONTEMPORÁNEAS

Abel-Smith, B. y Townsend, P., *The Poor and the Poorest: A New Analysis of the Ministry of Labour's Family Expenditure Surveys of 1953-54 and 1960* (Londres, Bell, 1965).

Beales, H. L. y Lambert, R. S. (eds.), *Memoirs of the Unemployed* (Londres, V. Gollancz, 1934).

Berthoud, R. *et al.* (eds.), *Seven Years in the Lives of British Families: Evidence on the Dynamics of Social Change from the British Household Panel Survey* (Bristol, Policy, 2000).

Beynon, H., *Working for Ford* (Harmondsworth, Penguin, 1975).

Beynon, H. y Blackburn, R. M., *Perceptions of Work: Variations Within a Factory* (Cambridge, Cambridge University Press, 1972).

Black, E. I. y Simey, T. S., *Neighbourhood and Community: An Enquiry into Social Relationships on Housing Estates in Liverpool and Sheffield* (Liverpool, Liverpool University Press, 1954).

Bott, E., *Family and Social Networks: Roles, Norms, and External Relationships in Ordinary Urban Families* (Londres, Tavistock, 1957).

Bowley, A. L. y Hogg, M., *Has Poverty Diminished?* (Londres, P. S. King, 1925).

BritainThinks, *Speaking Middle English: A Study on the Middle Classes* (Londres, BritainThinks, 2011).

—, *What About the Workers? A New Study on the Working Class* (Londres, BritainThinks, 2011).

British Future, *State of the Nation* (Londres, British Future, 2013).

Brothers, J., *Church and School: A Study of the Impact of Education on Religion* (Liverpool, Liverpool University Press, 1964).

Butler, C. V., *Domestic Service. An Enquiry by the Women's Industrial Council* (Londres, G. Bell, 1916).

Cameron, C.; Lush, A. y Meara, G., *Disinherited Youth: A Report on the 18+ Age Group Enquiry Prepared for the Trustees of the Carnegie United Kingdom Trust* (Edimburgo, Constable, 1943).

Campbell, B., *Wigan Pier Revisited: Poverty and Politics in the Eighties* (Londres, Virago, 1984).

Caradog Jones, D., *Social Survey of Merseyside*, 3 vols. (Liverpool, Liverpool University Press, 1934).

Carter, M. P., *Home, School and Work: A Study of the Education and Employment of Young People in Britain* (Oxford, Pergamon Press, 1962).

Casswell, J., *The Law of Domestic Servants: With a chapter on the National Insurance Act, 1911* (Londres, Jordan, 1913).
Charlesworth, A., *A Phenomenology of Working-Class Experience* (Cambridge, Cambridge University Press, 2000).
Coates, K. y Silburn, R., *Poverty. The Forgotten Englishman* (Harmondsworth, Penguin, 1970).
Collison, P., *The Cutteslowe Walls: A Study in Social Class* (Londres, Faber and Faber, 1963).
Crosland, A., *Comprehensive Education. Speech by the Secretary of State for Education and Science, at the North of England Education Conference, January 7th, 1966* (Londres, Labour Party, 1966).
Cullingworth, J. B., *Housing in Greater London* (Londres, LSE, 1961).
—, *Housing in Transition: A Case Study in the City of Lancaster, 1958-1962* (Londres, Heinemann, 1963).
Davies, M. L. (ed.), *Life as We Have Known It* (Londres, Virago, 1984).
Dennis, N.; Henriques, F. y Slaughter, C., *Coal Is Our Life. An Analysis of a Yorkshire Mining Community* (Londres, Eyre and Spottiswoode, 1956).
Douglas, J. W. B. y Simpson, H. R., *All our Future: A Longitudinal Study of Secondary Education* (Londres, P. Davies, 1971).
Family Welfare Association and Child Poverty Action Group, *Carrying the Can: Charities and the Welfare State* (Londres, CPAG, 1984).
Floud, J. E. (ed.), con Halsey, A. H. y Martin, F. M., *Social Class and Educational Opportunity* (Londres, Heinemann, 1956).
Gavron, H., *The Captive Wife: Conflicts of Housebound Mothers* (Harmondsworth, Penguin, 1968).
Glass, D. (ed.), *Social Mobility in Britain* (Londres, Routledge, 1954).
Glyn, A., *The Economic Case against Pit Closures* (Sheffield, National Union of Mineworkers, 1985).
Goldthorpe, J. H.; Lockwood, D.; Bechofer, F. y Platt, J., *The Affluent Worker: Industrial Attitudes and Behaviour* (Cambridge, Cambridge University Press, 1968).
—, *The Affluent Worker in the Class Structure* (Cambridge, Cambridge University Press, 1969).
Gordon, D. y Pantazis, C., *Breadline Britain in the 1990s* (Aldershot, Ashgate, 1997).
Harrisson, T., *Britain Revisited* (Londres, V. Gollancz, 1961).

—, *Living Through the Blitz* (Londres, Collins, 1976).
Harrisson, T. y Madge, C., *War Begins at Home* (Londres, Chatto and Windus, 1940).
Hayes, D. y Hudson, A., *Basildon: The Mood of the Nation* (Londres, Demos, 2001).
Hemel Hempstead Development Corporation, *The Development of Hemel Hempstead* (Hemel Hempstead, Hemel Hempstead Corporation, 1952).
Holland, S., *The Socialist Challenge* (Londres, Quartet, 1975).
Jackson, B. y Marsden, D., *Education and the Working Class: Some General Themes Raised by a Study of 88 Children in a Northern Industrial City* (Harmondsworth, Penguin, 1966).
Jephcott, P., *Rising Twenty: Notes on Some Ordinary Girls* (Londres, Faber and Faber, 1948).
—, *Some Young People* (Londres, Allen and Unwin, 1954).
Jephcott, P.; Seear, N. y Smith, J., *Married Women Working* (Londres, Allen and Unwin, 1962).
Jones, O., *Chavs: The Demonization of the Working Class* (Londres, Verso, 2012); ed. cast.: *Chavs. La demonización de la clase obrera* (Madrid, Capitán Swing, 2012).
Kerr, M., *The People of Ship Street* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1958).
Kuper, L. (ed.), *Living in Towns: Selected Research Papers in Urban Sociology of the Faculty of Commerce and Social Science, University of Birmingham* (Londres, Cresset Press, 1953).
Madge, C., *War-time Patterns of Saving and Spending* (Cambridge, Cambridge University Press, 1943).
Madge, C. y Harrisson, T., *Britain by Mass Observation* (Harmondsworth, Penguin, 1939).
Marsden, D., *Mothers Alone: Poverty and the Fatherless Family* (Londres, Allen Lane, 1969).
Mogey, J. M., *Family and Neighbourhood: Two Studies in Oxford* (Londres, Oxford University Press, 1956).
Muchnick, D. M., *Urban Renewal in Liverpool: A Study of the Politics of Redevelopment* (Londres, Bell, 1970).
Orwell, G., *The Road to Wigan Pier* (Londres, V. Gollancz, 1937).

Pantazis, C.; Gordon, D. y Levitas, R., *Poverty and Social Exclusion in Britain: The Millennium Survey* (Bristol, Policy, 2006).

Park, A. *et al.* (eds.), *British Social Attitudes: The 20th Report* (Londres, Sage, 2003).

—, *British Social Attitudes: The 22nd Report. Two Terms of New Labour: The Public's Reaction* (Londres, Sage, 2005).

—, *British Social Attitudes: The 23rd Report. Perspectives on a Changing Society* (Londres, Sage, 2007).

—, *British Social Attitudes: The 26th Report* (Londres, Sage, 2010).

—, *British Social Attitudes: The 27th Report* (Londres, Sage, 2010).

—, *British Social Attitudes: The 29th Report* (Londres, Sage, 2013).

Parker, T., *The People of Providence: A Housing Estate and Some of its Inhabitants* (Londres, Hutchinson, 1983).

Patterson, S., *Dark Strangers: A Sociological Study of the Absorption of a Recent West Indian Migrant Group in Brixton, South London* (Londres, Tavistock, 1963).

Pember Reeves, M., *Round About a Pound a Week* (Londres, G. Bell, 1913).

Pickett, K. G., *Migration and Social Adjustment: Kirkby and Maghull* (Liverpool, Liverpool University Press, 1974).

Political and Economic Planning, *Family Needs and the Social Services* (Londres, Allen and Unwin, 1961).

Priestley, J. B., *English Journey. Being a rambling but truthful account of what one man saw and heard and felt and thought during a journey through England during the autumn of the year 1933* (Londres, Heinemann and V. Gollancz, 1934).

Richmond, A. A., *The Colour Problem* (Harmondsworth, Penguin, 1955).

—, *Migration and Race Relations in an English City: A Study in Bristol* (Londres, Oxford University Press, 1973).

Rogaly, J., *Grunwick* (Harmondsworth, Penguin, 1977).

Rosser, C. y Harris, C., *The Family and Social Change: A Study of Family and Kinship in a South Wales Town* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1965).

Rowntree, B. S., *Poverty and Progress: A Second Social Survey of York* (Londres, Longman, 1941).

Rowntree, B. S. y Lavers, G. R., *Poverty and the Welfare State: A Third Social Survey of York Dealing only with Economic Questions* (Londres, Longman Green, 1951).
Scarman, L., *The Scarman Report: The Brixton Disorders 10-12 April 1981: Report of an Inquiry* (Londres, HMSO, 1982).
Smith, H. L., *New Survey of London Life and Labour*, 9 vols. (Londres, P. S. King, 1934-1935).
Spence, J., *A Thousand Families in Newcastle-upon-Tyne: An Approach to the Study of Health and Illness in Children* (Londres, Oxford University Press, 1954).
Spring Rice, M., *Working-Class Wives: Their Health and Conditions* (Harmondsworth, Penguin, 1939).
Stacey, M., *Tradition and Change: A Study of Banbury* (Londres, Oxford University Press, 1960).
—, *Power, Persistence and Change: A Second Study of Banbury* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1975).
Sveinsson, K. P. (ed.) y Runnymede Trust, *Who Cares about the White Working Class?* (Londres, Runnymede Trust, 2009).
Temple, W. y el Pilgrim Trust, *Men without Work* (Cambridge, Cambridge University Press, 1938).
Titmuss, R. M., *Birth, Poverty and Wealth: A Study of Infant Mortality* (Londres, Hamish Hamilton, 1943).
—, *Problems of Social Policy* (Londres, HMSO, 1950).
—, *Essays on the Welfare State* (Londres, Allen and Unwin, 1959).
Tout, H., *The Standard of Living in Bristol: A Preliminary Report of the Work of the University of Bristol Social Survey* (Bristol, Arrowsmith, 1938).
Townsend, P., *The Family Life of Old People: An Inquiry in East London* (Londres, Institute of Community Studies, 1957).
—, *Poverty in the United Kingdom* (Harmondsworth, Penguin, 1979).
Townsend, P. y Davidson, N., *Inequalities in Health: The Black Report* (Harmondsworth, Penguin, 1982).
Vereker, C. y Mays, J. B., *Urban Redevelopment and Social Change: A Study of Social Conditions in Central Liverpool, 1955-56* (Liverpool, Liverpool University Press, 1961).

Wilkinson, R. y Pickett, K., *The Spirit Level: Why Greater Equality Makes Societies Stronger* (Londres, Penguin, 2010).
Williams, R., *The Long Revolution* (Harmondsworth, Penguin, 1965).
Willmott, P., *Evolution of a Community. A Study of Dagenham After Forty Years* (Londres, Institute of Community Studies, 1963).
—, *Adolescent Boys of East London* (Londres, Institute of Community Studies, 1966).
Women's Group on Public Welfare, *Our Towns: A Close-Up* (Oxford, Oxford University Press, 1944).
Young, M. y Willmott, P., *Family and Kinship in East London* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1957).
—, *Family and Class in a London Suburb* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1960).
—, *The Symmetrical Family: A Study of Work and Leisure in the London Region* (Harmondsworth, Penguin, 1973).
Yudkin, S. y Holme, A., *Working Mothers and Their Children: A Study for the Council for Children's Welfare* (Londres, Sphere, 1963).
Zweig, F., *Labour, Life and Poverty* (Londres, V. Gollancz, 1948).
—, *Women's Life and Labour* (Londres, V. Gollancz, 1952).
—, *The Worker in an Affluent Society: Family Life and Industry* (Londres, Heinemann, 1961).

ARTÍCULOS CONTEMPORÁNEOS

Broady, M., «The Organisation of Coronation Street Parties», *Sociological Review*, vol. 4, n.º 2 (1956).
Brown, R. y Brannen, P., «Social Relations and Social Perspectives amongst Shipbuilding Workers – A Preliminary Statement», partes 1 y 2, *Sociology*, vol. 4, n.º 197 (1970).
Davison, R., «Britain Abolishes the Household Means Test», *Social Service Review*, vol. 15, n.º 3 (1942).
Donnison, D. V., «The Movement of Households in England», *Journal of the Royal Statistical Society*, Series A, vol. 124, n.º 1 (1961).
Floud, J. E. y Halsey, A. H., «Intelligence Tests, Social Class and Selection for Secondary Schools», *British Journal of Sociology*, vol. 8, n.º 1 (marzo

de 1957).
Mildon, I. y Wallis, I., «West Indian Home Owners in Croydon», *New Community*, vol. 6, n.os 1 y 2 (1977-1978).
Mogey, J. M., «Changes in Family Life Experienced by English Workers Moving from Slums to Council Estates», *Marriage and Family Living*, vol. 17, n.º 2 (1955).
Rodgers, H. B., «Employment and the Journey to Work in an Overspill Community», *Sociological Review*, vol. 7, n.º 2 (1959).
Young, M., «Distribution of Income within the Family», *British Journal of Sociology*, vol. 3, n.º 4 (1952).

HISTORIAS Y ANÁLISIS (MONOGRAFÍAS)

Addison, P., *Now the War Is Over: A Social History of Britain, 1945-51* (Londres, BBC, 1985).
Alexander, B., *British Volunteers for Liberty: Spain, 1936-1939* (Londres, Lawrence and Wishart, 1986).
Alexander, S., *Becoming a Woman and Other Essays in Nineteenth and Twentieth Century Feminist History* (Londres, Virago, 1992).
Atkinson, W.; Roberts, S. y Savage, M. (eds.), *Class Inequality in Austerity Britain: Power, Difference and Suffering* (Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2012).
Bain, G. S. y Price, R., *Profiles of Union Growth: A Comparative Statistical Portrait of Eight Countries* (Oxford, Blackwell, 1980).
Barron, H., *The Miners' Lockout: Meanings of Community in the Durham Coalfield* (Oxford, Clarendon, 2009).
Bingham, A., *Gender, Modernity and the Popular Press in Interwar Britain* (Oxford, Clarendon, 2004).
Black, L. y Pemberton, H. (eds.), *An Affluent Society? Britain's Post-War «Golden Age' Revisited»* (Aldershot, Ashgate, 2004).
Bloomfield, B.; Boanas, G. y Samuel, R., *The Enemy Within: Pit Villages and the Miners' Strike of 1984-85* (Londres, Routledge, 1986).
Bullock, A., *The Life and Times of Ernest Bevin*, 3 vols. (Londres, Heinemann, 1966-1983).

Burnett, J., *A Social History of Housing, 1815-1970* (Newton Abbot, David and Charles, 1978).
Calder, P., *The People's War: Britain 1939-45* (Londres, Cape, 1969).
Cannadine, D., *The Decline and Fall of the British Aristocracy* (New Haven, Yale University Press, 1992).
Clapson, M., *Invincible Green Suburbs, Brave New Towns* (Mánchester, Manchester University Press, 1998).
Conekin, B.; Mort, F. y Waters, C. (eds.), *Moments of Modernity: Reconstructing Britain, 1945-1964* (Londres, Rivers Oram, 1999).
Crafts, N.; Gazeley, I. y Newell, A. (eds.), *Work and Pay in Twentieth Century Britain* (Oxford, Oxford University Press, 2007).
Davies, A., *Leisure, Gender and Poverty: Working-Class Culture in Salford and Manchester, 1900-1939* (Buckingham, Open University Press, 1992).
—, *City of Gangs: Glasgow and the Rise of the British Gangster* (Londres, Hodder, 2013).
Davies, A. y Fielding, S. (eds.), *Workers' Worlds: Cultures and Communities in Manchester and Salford, 1880-1939* (Mánchester, Manchester University Press, 1992).
Delap, L., *Knowing their Place: Domestic Service in Twentieth-Century Britain* (Oxford, Oxford University Press, 2011).
Devine, F., *Affluent Workers Revisited: Privatism and the Working Class* (Edimburgo, Edinburgh University Press, 1992).
DeWitt, J., *Indian Workers' Associations in Britain* (Oxford, Oxford University Press, 1969).
Dickens, R.; Gregg, P. y Wadsworth, J. (eds.), *The Labour Market under New Labour* (Basingstoke, Palgrave, 2003).
Field, G., *Blood, Sweat and Toil: Remaking the British Working Class, 1939-1945* (Oxford, Oxford University Press, 2011).
Fielding, S., *Labour: Decline and Renewal* (Mánchester, Baseline, 1995).
—, *The Labour Party: Continuity and Change in the Making of «New» Labour* (Basingstoke, Palgrave, 2003).
Forrest, R. y Murie, A., *Selling the Welfare State: The Privatization of Public Housing* (Londres, Routledge, 1991).
Gallie, D.; March, C. y Vogler, C. (eds.), *Social Change and the Experience of Unemployment* (Oxford, Clarendon, 1994).
Gazeley, I., *Poverty in Britain, 1900-1965* (Basingstoke, Palgrave, 2003).

Gilroy, P., *There Ain't No Black in the Union Jack: Cultural Politics of Race and Nation* (Londres, Unwin Hyman, 1987).
Gittins, D., *Fair Sex: Family Size and Structure, 1900-39* (Londres, Hutchinson, 1982).
Glennerster, H., *British Social Policy since 1945* (Oxford, Oxford University Press, 2000).
Goldthorpe, J. H., con Llewellyn, C. y Payne, C., *Social Mobility and Class Structure in Modern Britain*, 2.ª ed. (Oxford, Oxford University Press, 1987).
Gorst, A.; Johnman, L. y Lucas, W. S. (eds.), *Post-War Britain, 1945-64: Themes and Perspectives* (Londres, Pinter, 1989).
Graeber, D., *The Democracy Project: A History, a Crisis, a Movement* (Londres, Allen Lane, 2013); ed. cast.: *Somos el 99%: una historia, una crisis, un movimiento* (Madrid, Capitán Swing, 2014).
Halsey, A. H. (ed.), *British Social Trends since 1900: A Guide to the Changing Social Structure of Britain* (Basingstoke, Macmillan, 1988).
Halsey, A. H.; Heath, A. F. y Ridge, J. M., *Origins and Destinations: Family, Class and Education in Modern Britain* (Oxford, Oxford University Press, 1980).
Halsey, A. H. con Webb, J. (eds.), *Twentieth-Century British Social Trends* (Oxford, Oxford University Press, 2000).
Holmes, C., *John Bull's Island: Immigration and British Society, 1871-1971* (Basingstoke, Macmillan, 1988).
Jeffreys, K., *War and Reform: British Politics During the Second World War* (Mánchester, Manchester University Press, 1994).
Johnson, P., *Saving and Spending: The Working-Class Economy in Britain 1870-1939* (Oxford, Clarendon Press, 1985).
—, (ed.), *Twentieth-Century Britain: Economic, Social and Cultural Change* (Londres, Longman, 1994).
Jones, B., *The Working Class in Mid Twentieth-Century England: Community, Identity and Social Memory* (Mánchester, Manchester University Press, 2012).
Jones, O., *The Establishment: And How They Get Away With It* (Londres, Allen Lane, 2014); ed. cast.: *El Establishment. La casta al desnudo* (Barcelona, Seix Barral, 2015).

Joyce, P., *Visions of the People: Industrial England and the Question of Class, 1848-1914* (Cambridge, Cambridge University Press, 1990).
Kynaston, D., *Family Britain, 1951-57* (Londres, Bloomsbury, 2010).
Laing, S., *Representations of Working-Class Life 1957-1964* (Basingstoke, Macmillan, 1986).
Langhamer, C., *Women's Leisure in England, c. 1920–c. 1960* (Mánchester, Manchester University Press, 2000).
Mahoney, P. y Zmroczek, C. (eds.), *Class Matters: «Working Class' Women's Perspectives on Social Class* (Londres, Taylor and Francis, 1997).
McKibbin, J., *The Ideologies of Class: Social Relations in Britain, 1880-1950* (Oxford, Clarendon Press, 1991).
—, *Classes and Cultures: England 1918-1951* (Oxford, Oxford University Press, 1998).
—, *Parties and People: England 1914-1951* (Oxford, Oxford University Press, 2010).
Middlemas, K., *Politics in Industrial Society: The Experience of the British System since 1911* (Londres, André Deutsch, 1979).
Milne, S., *The Enemy Within: The Secret War Against the Miners* (Londres, Pan, 1995); ed. cast.: *El enemigo interior. La guerra secreta contra los mineros* (Madrid, Alianza, 2018).
Minton, A., *Ground Control: Fear and Happiness in the Twenty-First-Century City* (Londres, Penguin, 2012).
Morgan, K. O., *The People's Peace: Britain since 1945* (Oxford, Oxford University Press, 1990).
O'Connell, S., *The Car and British Society: Class, Gender and Motoring 1896-1939* (Mánchester, Manchester University Press, 1998).
—, *Credit and Community: Working-Class Debt in the UK since 1880* (Oxford, Oxford University Press, 2009).
Pilger, J., *Hidden Agendas* (Londres, Vintage, 1998).
Reid, A. J., *United We Stand: A History of Britain's Trade Unions* (Londres, Penguin, 2010).
Roberts, E., *A Woman's Place: An Oral History of Working Class Women 1890-1940* (Oxford, Blackwell, 1984).
—, *Women and Families: An Oral History, 1940-1970* (Oxford, Blackwell, 1995).

Rogaly, B. y Taylor, B., *Moving Histories of Class and Community: Identity, Place and Belonging in Contemporary England* (Basingstoke, Palgrave, 2009).

Routh, G., *Occupations and Pay in Great Britain, 1906-1979* (Londres, Macmillan, 1980).

Saltzman, R., *A Lark for the Sake of their Country: The 1926 General Strike Volunteers in Folklore and Memory* (Mánchester, Manchester University Press, 2012).

Samuel, R. y Thompson, P., *The Myths We Live By* (Londres, Routledge, 1990).

Savage, M., *The Dynamics of Working-Class Politics: The Labour Movement in Preston 1880-1940* (Cambridge, Cambridge University Press, 1987).

—, *Identities and Social Change in Britain since 1940: The Politics of Method* (Oxford, Oxford University Press, 2010).

Savage, M. y Miles, A., *The Remaking of the British Working Class, 1840-1940* (Londres, Routledge, 1994).

Sennett, R., *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in the New Capitalism* (Londres, Norton, 1998); ed. cast.: *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo* (Barcelona, Anagrama, 2000).

Sennett, R. y Cobb, J., *The Hidden Injuries of Class* (Londres, Fontana, 1971).

Skeggs, B., *Formations of Class and Gender: Becoming Respectable* (Londres, Sage, 1997).

Smith, H. L., *War and Social Change: British Society in the Second World War* (Mánchester, Manchester University Press, 1986).

—, *Britain in the Second World War: A Social History* (Mánchester, Manchester University Press, 1996).

Stevenson, J. y Cook, C., *Britain in the Depression: Society and Politics, 1929-39* (Londres, Longman, 1994).

Tabili, L., *Global Migrants, Local Culture: Natives and Newcomers in Provincial England, 1841-1939* (Basingstoke, Palgrave, 2011).

Tanner, D.; Thane, P. y Tiratsoo, N. (eds.), *Labour's First Century* (Cambridge, Cambridge University Press, 2000).

Thane, P., *Foundations of the Welfare State* (Londres, Longman, 1996).

—, *Old Age in English History: Past Experiences, Present Issues* (Oxford, Oxford University Press, 2000).

Thompson, E. P., *The Making of the English Working Class* (Harmondsworth, Penguin, 1968); ed. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Madrid, Capitán Swing, 2012).

Todd, S., *Young Women, Work, and Family in England, 1918-1950* (Oxford, Oxford University Press, 2005).

White, J., *Rothschild Buildings: Life in an East End Tenement Block, 1887-1920* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1980).

—, *The Worst Street in North London: Campbell Bunk, Islington, Between the Wars* (Londres, Routledge, 1986).

Zweiniger-Bargielowska, I., *Austerity in Britain: Rationing, Controls, and Consumption: 1939-1955* (Oxford, Oxford University Press, 2000).

HISTORIAS Y ANÁLISIS (ARTÍCULOS)

Abrams, L., «"There was Nobody like my Daddy": Fathers, the Family and the Marginalisation of Men in Modern Scotland», *Scottish Historical Review*, vol. 78, n.º 206 (1999).

Alexander, S., «A New Civilization? London Surveyed 1928-1940s», *History Workshop Journal*, vol. 64, n.º 1 (2007).

Ayers, P., «Work, Culture and Gender: The Making of Masculinities in Post-war Liverpool», *Labour History Review*, vol. 69, n.º 2 (2004).

Bowden, S. y Offer, A., «Household Appliances and the Use of Time: The United States and Britain since the 1920s», *Economic History Review*, vol. 48, n.º 4 (1994).

Clapson, M., «The Suburban Aspiration in England since 1919», *Contemporary British History*, vol. 14, n.º 1 (2000).

Dale, P. y Fisher, K., «Implementing the 1902 Midwives Act: Assessing Problems, Developing Services and Creating a New Role for a Variety of Female Practitioners», *Women's History Review*, vol. 18, n.º 3 (2009).

Davis, J., «Rents and Race in 1960s Londres, New Left on Rachmanism», *Twentieth Century British History*, vol. 12, n.º 1 (2001).

Dawson, S., «Working-Class Consumers and the Campaign for Holidays with Pay», *Twentieth Century British History*, vol. 18, n.º 3 (2007).

Gazeley, I. y Langhamer, C., «The Meanings of Happiness in Mass Observation's Bolton», *History Workshop Journal*, vol. 75, n.º 1 (2012).

Hatton, T. J. y Bailey, R. E., «Seebohm Rowntree and the Post-war Poverty Puzzle», *Economic History Review*, vol. 53, n.º 2 (2000).

Jones, B. «Slum Clearance, Privatization and Residualization: The Practices and Politics of Council Housing in Mid-twentieth-century England», *Twentieth Century British History*, vol. 21, n.º 4 (2010).

—, «The Uses of Nostalgia: Autobiography, Community Publishing and Working Class Neighbourhoods in Post-war England», *Cultural and Social History*, vol. 7, n.º 3 (2010).

Joshi, H., «The Opportunity Costs of Childbearing: More than Mothers' Business», *Journal of Population Economics*, vol. 11, n.º 2 (1998).

Karn, V., «The Financing of Owner-Occupation and its Impact on Ethnic Minorities», *New Community*, vol. 1, n.º 1 (1977).

Langhamer, C., «The Meanings of Home in Postwar Britain», *Journal of Contemporary History*, vol. 40, n.º 2 (2005).

Lowe, R. y Nicholson, P., «The Rediscovery of Poverty and the Creation of the Child Poverty Action Group», *Contemporary Record*, vol. 9, n.º 3 (1995).

Lucey, H.; Melody, J. y Walkerdine, V., «Uneasy Hybrids: Psychosocial Aspects of becoming Educationally Successful for Working Class Young Women», *Gender and Education*, vol. 15, n.º 3 (2003).

Mitchell, M., «The Effects of Unemployment on the Social Condition of Women and Children in the 1930s», *History Workshop Journal*, vol. 19, n.º 1 (1985).

Pedersen, S., «Triumph of the Poshocracy», *London Review of Books,* vol. 35, n.º 15 (8 de agosto de 2013).

Rawnsley, S., «The Membership of the British Union of Fascists», en K. Lunn y R. Thurlow (eds.), *British Fascism. Essays on the Radical Right in Interwar Britain* (Londres, Croom Helm, 1980).

Reay, D., «Surviving in Dangerous Places: Working-class Women, Women's Studies and Higher Education», *Women's Studies International Forum*, vol. 21, n.º 1 (1998).

—, «A Useful Extension of Bourdieu's Conceptual Framework? Emotional Capital as a Way of Understanding Mothers' Involvement in Children's Schooling», *Sociological Review*, vol. 48, n.º 4 (2000).

Saltzman, R., «Folklore as Politics in Great Britain: Working-class Critiques of Upper-class Strike Breakers in the 1926 General Strike», *Anthropological Quarterly*, vol. 67, n.º 3 (1994).

Savage, M., «Affluence and Social Change in the Making of Technocratic Middle-Class Identities: Britain, 1939-55», *Contemporary British History*, vol. 22, n.º 4 (2008).

Smyth, J., «Resisting Labour: Unionists, Liberals, and Moderates in Glasgow between the Wars», *Historical Journal*, vol. 46, n.º 2 (2003).

Thane, P., «What Difference Did the Vote Make?», *Historical Research*, vol. 76, n.º 192 (2003).

—, «Michael Young and Welfare», *Contemporary British History*, vol. 19, n.º 3 (2005).

—, «The Making of National Insurance, 1911», *Journal of Poverty and Social Justice*, vol. 19, n.º 3 (2011).

—, «Unmarried Motherhood in Twentieth-Century England», *Women's History Review*, vol. 20, n.º 1 (2011).

Thompson, E. P., «The Peculiarities of the English», *Socialist Register,* n.º 2 (1965); ed. cast. en *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos* (Valencia-Alzira, Centro UNED «Francisco Tomás y Valiente», 2012).

Thornley, E. P. y Siann, S. G., «The Career Aspirations of South Asian Girls in Glasgow», *Gender and Education*, vol. 3, n.º 3 (1991).

Tiratsoo, N., «Popular Politics, Affluence and the Labour Party», en A. Gorst, L. Johnman y W. S. Lucas (eds.), *Contemporary British History, 1931-61: Politics and the Limits of Policy* (Londres, Pinter, 1991).

Tomlinson, J., «It's the Economy, Stupid! Labour and the Economy, *c*. 1964», *Contemporary British History*, vol. 21, n.º 3 (2007).

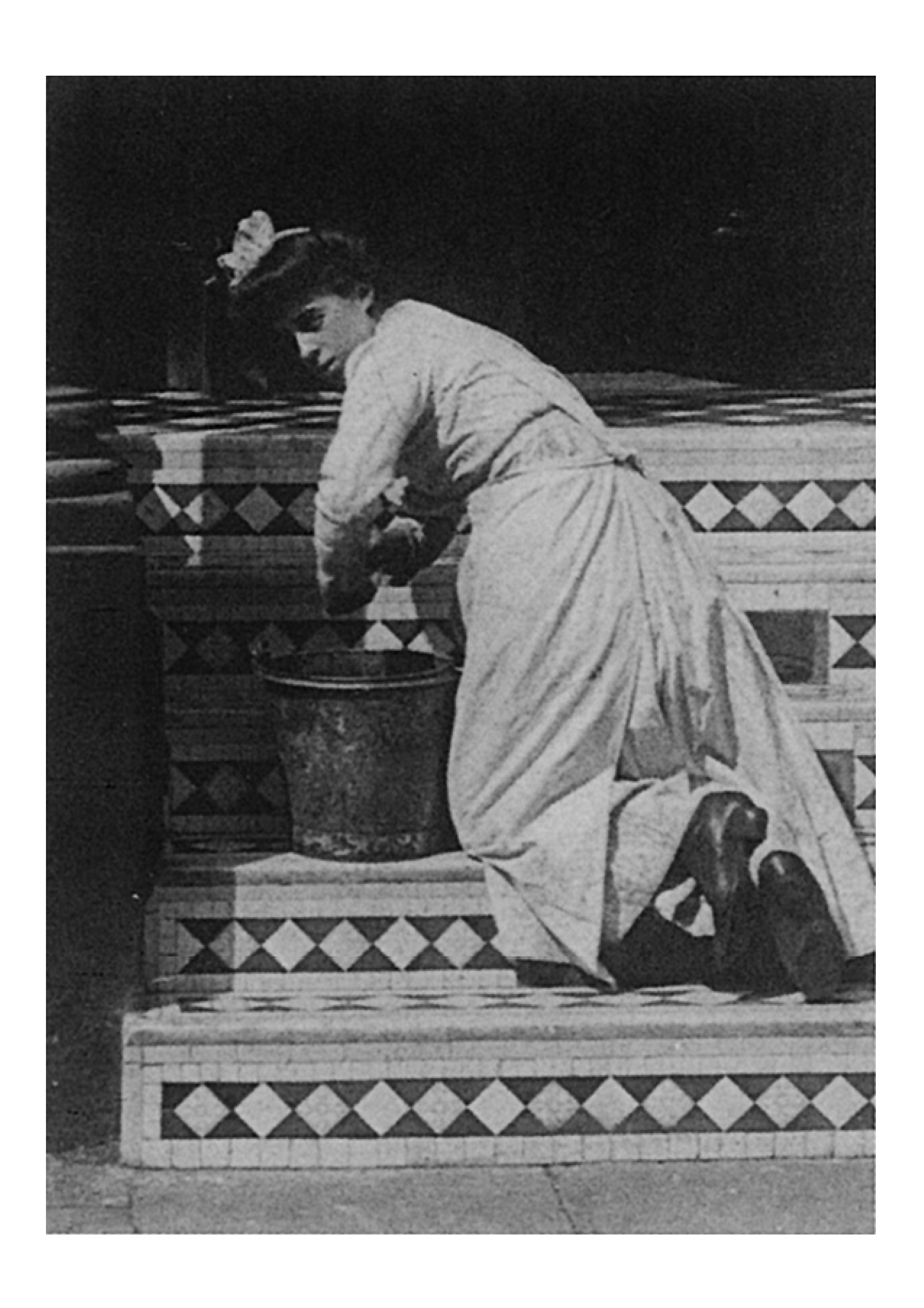
Webster, C., «Healthy or Hungry Thirties?», *History Workshop Journal*, vol. 13, n.º 1 (1982).

TESIS INÉDITAS

Grove, K. A., «Understanding Benefit Fraud: A Qualitative Analysis», Ph.D. (Leeds, 2002).

Lewenhak, S., «Trade Union Membership among Women and Girls in the United Kingdom, 1920-1965», Ph.D. (Londres, 1972).

Whitworth, L., «Men, Women, Shops and "Little Shiny Homes": The Consuming of Coventry, 1930-39», Ph.D. (Warwick, 1997).



Hasta los años treinta, los criados del servicio doméstico eran una presencia ubicua en los pueblos y ciudades de Gran Bretaña. Esta doncella limpia los escalones de una gran casa privada (Londres, *c.* 1910).



Tras la Gran Guerra, numerosos veteranos de guerra y sus esposas se vieron en la calle, sin hogar ni empleo, como le sucede a esta familia, fotografiada en la londinense Fleet Street (noviembre de 1919).



Trabajadoras de la fábrica textil de Burton, en Leeds, muestran con orgullo sus medias de seda y sandalias de charol (1932).



Jean Donnelly, abuela de la autora, fotografiada poco después de comenzar a trabajar en una tienda de Woolworths en Leeds, tras mudarse desde Hawick, su lugar natal, una ciudad textil de los Scottish

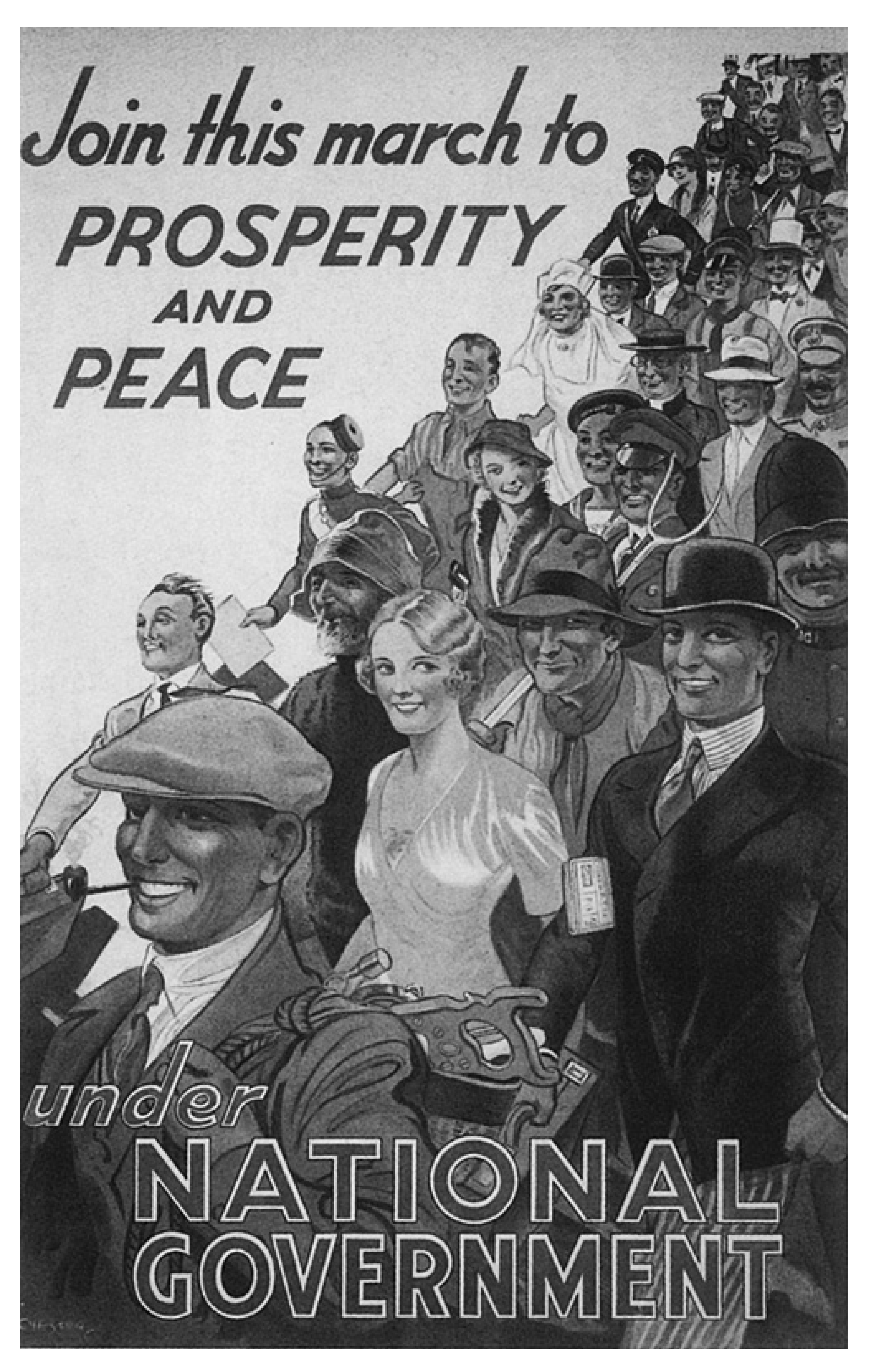
Borders severamente castigada por la crisis industrial (1935).



Frank y Rita Gogerty disfrutando de un paseo por la localidad costera de Skegness (*c.* 1937).



Jóvenes trabajadoras de la fábrica de chocolates Cadbury en Bournville (Birmingham, 1932).



En los años treinta los gobiernos de concentración nacional, dominados por los *tories*, se atribuyeron el mérito por las mejoras salariales y en el empleo industrial de la Inglaterra meridional y las

Midlands.



Participantes en la marcha del hambre de Jarrow y de camino a Londres, encabezados por la diputada laborista Ellen Wilkinson, reciben avituallamiento en un vecindario cercano a Luton (1936).



Durante la Segunda Guerra Mundial, virtudes propias de la clase obrera como la frugalidad y el ahorro fueron ponderadas de manera creciente.



En 1945, los votantes eligieron el primer gobierno laborista con mayoría absoluta.



Mujeres y niños de Clydeside esperan en la calle, portando unos pocos efectos personales, tras un bombardeo nocturno efectuado por la aviación alemana (invierno de 1941).



Betty y Michael Ennis (derecha) en Coventry, delante del albergue para trabajadores migrantes donde se hospedaron hasta que fueron realojados a principios de los años cincuenta.



Una promoción de vivienda pública municipal en Croydon, cuyas obras muestran unas casas semiadosadas bastante espaciosas. A menudo, los inquilinos se mudaban a ellas cuando las casas vecinas seguían en construcción y los embarrados campos en derredor aún no habían sido urbanizados ni acondicionados (1948).



Bill Rainford y su hermana delante de su casa prefabricada nueva en Belle Vale (sur de Liverpool, *c.* 1950).

"Look what we made with our new Electric cooker!"

Electric cookers have thermostat control on the oven, quick-heating boiling plates, and new, variable switches which give perfect heat-control from fast boiling to slow simmering — *and lower*, if you want it!

Go round and see one at your Electricity Service Centre. They are friendly, knowledgeable people there, and will be glad to help you. They can also let you have details about easy payments, and the new, free book, full of clever ideas for saving work, ELECTRICITY IN YOUR KITCHEN: or you are welcome to write for a copy to EDA, 2 Savoy Hill, London, W.C.2.

ELECTRICITY

a Power of Good in the kitchen



En los cincuenta, anunciantes y políticos incentivaron la compra de electrodomésticos, relajando para ello los requisitos para acceder a créditos. Este anuncio promete «facilidades de pago».



Muchas familias continuaron viviendo en los centros urbanos durante los años cuarenta y cincuenta, como fue el caso de la familia Hirst en Hunslet, Leeds. La fotografía muestra a Fred (izquierda) y Jack Hirst delante de su casa (1948).



Entre estas personas que disfrutan de un fin de semana de mujeres en Blackpool –así como de retratarse montadas en el coche de un fotógrafo profesional–, se halla la abuela y la madre de la autora: Jean Hirst (delante, en el centro), nacida Donnelly, y la hija de esta, Ruth (detrás, en el centro), que tenía siete años (1951).



Los años de casi pleno empleo de la posguerra prometían a los jóvenes trabajo de por vida en las industrias nacionalizadas.



Muchos varones quisieron involucrarse más en el cuidado de la familia, mientras que la jornada laboral se acortaba y el número de miembros de los núcleos familiares disminuía. Retrato de Terry Rimmler con su primera hija, Michelle (1959).



Ann Lanchbury, nacida Kiddey, posa junto a su padre delante de la casa familiar, una vivienda pública de Coventry, en los años cincuenta.



A finales de los años cincuenta, muchas familias disfrutaban haciendo vida social en unos hogares cada vez más cómodos y mejor equipados. La fotografía muestra a Hazel Wood (de soltera, Watson) y su novio John en casa de los padres de ella, una vivienda pública (1959).



El trabajo proporcionó a muchos jóvenes un sueldo, así como amigos con quienes alternar y gastarlo. En la fotografía aparecen Judy Walker (tercera por la izquierda) con sus amigas del trabajo en la British Home Stores (Coventry, *c.* 1958).



Harry, Ruth, Ralph y Neil Hirst fotografiados en Hunslet con sus ropas nuevas, adquiridas con motivo de la festividad de Pentecostés (Leeds, finales de la década de 1950).

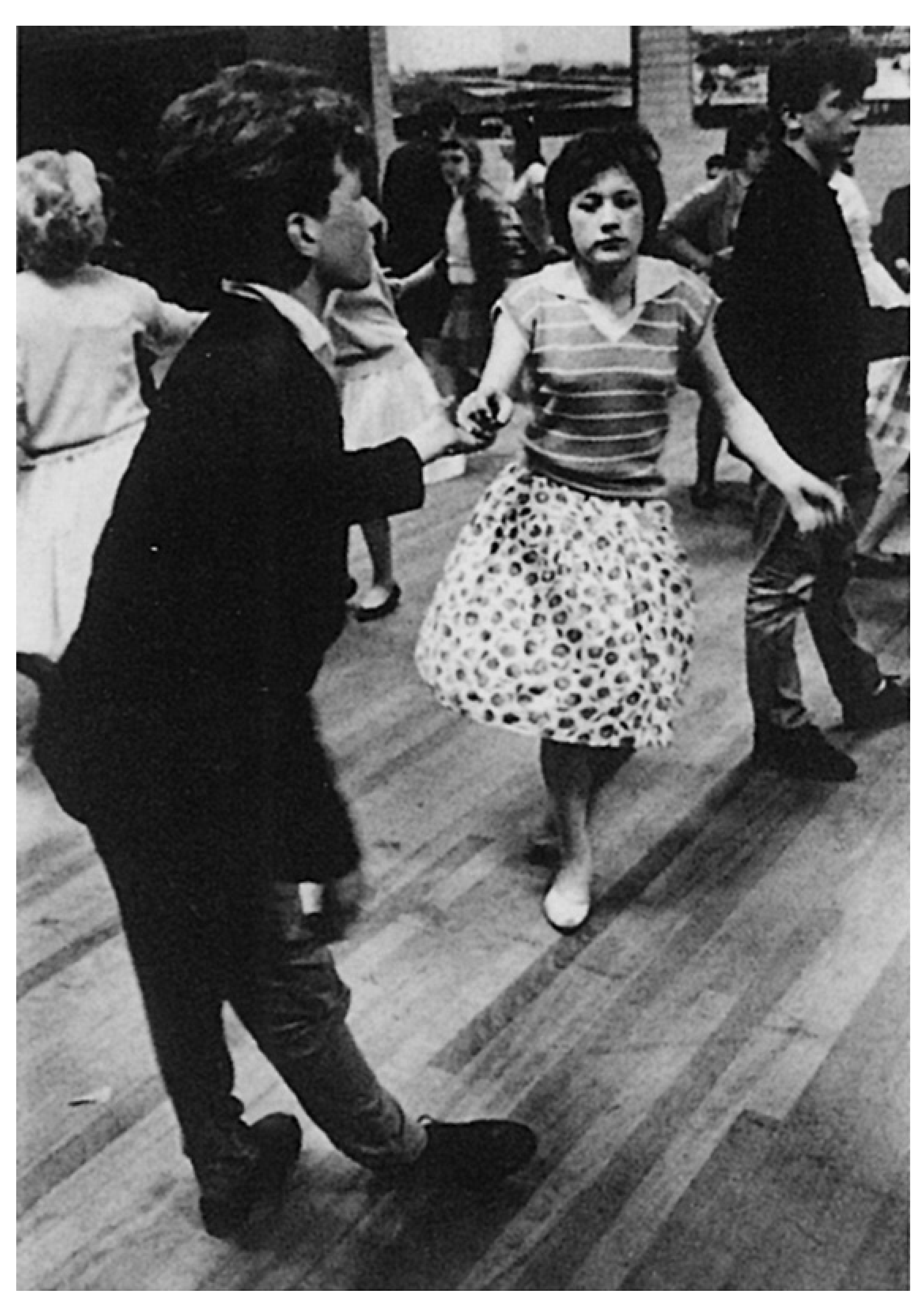


Durante los años sesenta, los vestidos de boda blancos comenzaron a popularizarse a medida que la gente disponía de más dinero para gastar y se volvía habitual el matrimonio a edades más tempranas.

En la fotografía aparecen Ann y Norman Lanchbury, recién casados (Coventry, principios de la década de 1960).



Hacia los años sesenta, más familias podían permitirse adquirir una lavadora, si bien la mayoría seguía recurriendo al crédito para hacerlo.



El sociólogo Michael Carter descubrió que los padres querían que sus hijos lo «pasaran mejor» de lo que ellos mismos, en su juventud, habían hecho. En la imagen, adolescentes bailando en un club de

Park Hill (Sheffield, 1961).



Hasta finales de los sesenta, muchos niños eran escolarizados en escuelas victorianas, pobremente dotadas, donde se entremezclaban alumnos de muy diferentes edades.



A finales de la década de 1960, cada vez más niños eran escolarizados en escuelas integrales como esta de Woolwich, Londres.



YIPPEE! WE'VE WON £152,000

—I'll SPEND and SPEND and SPEND!

That's what pools-win wife Vivian Nicholson said yesterday. For her full story—

SEE PAGE TWO

En 1961, Vivian Nicholson y Keith, su esposo, ganaron el mayor premio quinielístico del que se tenga memoria.



La novela de John Braine *Room at the Top (Un lugar en la cumbre),* publicada originalmente en 1957, fue la primera de muchas en ser protagonizada por jóvenes de clase obrera. En 1959 se estrenó

una famosa película basada en esta novela.



La primera pieza teatral de Shelagh Delaney, *A Taste of Honey*, que en 1961 tuvo una popular adaptación cinematográfica, fue un poderoso recordatorio de cuán poco habían cambiado las cosas para la gente de clase obrera.



Alan Watkins y sus dos hijos disfrutan de una excursión en el auto familiar a mediados de los años sesenta.



El rostro cambiante de los barrios obreros en Gran Bretaña: un joven ciclista pedalea entre la colada tendida y un solitario vehículo por una calle adoquinada (Salford, 1962).



En la posguerra, era creciente el número de casadas que encontraban empleo en los «turnos de amas de casa», como en esta fábrica de EMI (Middlesex, 1965).



En la década de 1960 aumentó la demanda de algunas profesiones, como la enfermería. La foto muestra a Hazel Wood con compañeros de trabajo durante su primer *Boxing Day* (26 de diciembre) como enfermera (Coventry, *c.* 1961).



Trabajadoras de la factoría Ford de Dagenham se manifiestan en demanda de la equiparación salarial (1968).



Los huelguistas de Grunwick manifestándose ante el congreso del TUC (1977). Jayaben Desai está a la derecha.



A principios de los años setenta, numerosos barrios obreros como Byker, Newcastle, se convirtieron en páramos.



Una mujer trata de impedir que detengan a su marido durante la huelga minera en Easington (County Durham, agosto de 1984).



Con el tiempo ha aumentado el número de trabajadores negros, además de blancos, que integran las filas de los piquetes, y lo mismo sucede con los asalariados no industriales. En la imagen, protestas contra una reducción de plantilla protagonizadas por el personal del servicio de *catering* del Hospital de Saint Nicholas (Newcastle, 1968).



La colección REVERSO ⓐ Historia crítica tiene como objetivo ofrecer miradas alternativas sobre la historia. Tiene preferencia por los procesos sociales, políticos y culturales de las últimas décadas, pero también por aquellos que, pese a ser más remotos, sean objeto de debate y controversia en la actualidad. Recupera el ideal clásico de analizar el pasado para entender mejor el presente, pero aspira también a penetrar en el presente para desentrañar los relatos que desde él se construyen sobre el pasado.

La colección publica libros respaldados por una investigación rigurosa, pero atractivos para un grupo amplio de lectoras y lectores inquietos. No quiere glosas, redundancias, ni acomodo a los consensos historiográficos establecidos, sino ideas propias y atrevidas que miren de forma crítica la realidad. No aspira a construir ningún nuevo consenso sobre el pasado, sino a disentir con fundamento y a reproducir el disenso también en su interior.

REVERSO ⓐ Historia crítica concibe la historia en un sentido amplio y transdisciplinar muy alejado de las habituales divisiones burocráticas y corporativas del conocimiento. Quiere dar más voz a una nueva generación de autoras y autores que ya se están haciendo oír, pero también a quienes lo hicieron con voz propia en tiempos más monótonos.

Quiere ser, en definitiva, una forma rigurosa, ágil, plural, discrepante y crítica de mirar al pasado y al presente.

Document Outline